

LA ESTRELLA DE LOS GITANOS

ROBERT SILVERBERG

Nacido en Nueva York en 1936. Robert Silverberg es uno de los escritores anglosajones más prolíficos de ciencia ficción. En su haber tiene más de ochenta libros del género, así como unos doscientos relatos cortos, muchos de ellos nunca reunidos en antología; además, ha publicado unos sesenta libros de divulgación científica sobre los temas más diversos. Tras una primera época de gran producción durante los años cincuenta y sesenta, buena parte de la cual él mismo considera ahora que no se halla a la altura de su obra posterior (de hecho, él mismo ha revisado profundamente algunas de estas novelas en los últimos años, antes de su reedición). La obra de Silverberg llegó a su cumbre a principios de los años setenta, época en que aparecieron sus mejores novelas. A finales de esa misma época, y tras unas explosivas declaraciones en las que afirmaba estar hastiado del mundo de la ciencia ficción, Silverberg anunció su retirada definitiva de la literatura del género; sin embargo, mediados los años ochenta, ya fuera por decisión propia, presión de los editores, o las constantes peticiones de sus lectores, Silverberg volvió a la palestra, publicando ahora de una manera mucho más reposada, pero manteniendo siempre una gran calidad.

Robert Silverberg cuya obra ha merecido un premio Hugo y cinco premios Nebula, ha sido también durante varios años presidente de la Science Fiction Writers of America, la asociación que engloba a los principales escritores del género, y su labor como antologista ha dado obras tan importantes como la serie de antologías New Dimensions, una de las mejores de los Estados Unidos. Gran parte de su obra ha sido publicada en español. De ella destaquemos *Alas nocturnas*, recopilación de tres relatos cortos, uno de los cuales, el que da título al libro, mereció un premio Hugo, *El hombre en el laberinto*, *Tiempo de cambios*, *El hombre estocástico*, *El mundo interior*, *Muero por dentro*. El libro de los cráneos y *Sadrach en el horno*. Una de sus más recientes novelas, *Gilgamesh el rey*, aparecida hace poco en español, se aparta de los cánones clásicos de la ciencia ficción, siendo más bien una recreación, más fantástica que mítica, de la legendaria figura del rey asirio. Con *La estrella de los gitanos*, Silverberg vuelve a adentrarse en una mitología muy particular, aunque esta vez dentro de unos cánones mucho más clásicos del género.

DOMINGO SANTOS

para Karen

*Oh estrella de maravilla, estrella de la noche,
estrella que brillas con una real belleza,
en tu camino hacia el oeste, fiel a tu curso,
guíanos hasta tu perfecta luz.*

UNO:

EN LA ESTACIÓN DE LAS NIEVES

*Ésas son las Tres Leyes:
Lo que es sagrado es lo que es eficaz.
Los que viven de acuerdo con el sentido común son justos a los ojos de Dios.
La Única Palabra es: ¡Sobrevivir!
Ésta es la única Palabra: ¡Sobrevivir!*

1

Lo que me impulsó a abdicar fue en principio la realización de que había llegado el momento de abandonarlo todo y huir de ello. Una de mis tácticas favoritas, con la que he tenido a menudo mucho éxito, es atacar mediante la retirada. Agresión pasiva, podríamos llamarlo.

Y así, en la estación de las nieves, dejé atrás Galgala, mi trono y mi palacio y todo, y partí hacia el mundo llamado Mulano, que significa Mundo de los Espectros. Lo que buscaba en Mulano no era ni más ni menos que un lugar tranquilo donde vivir -yo, que siempre me había movido en un mundo de ruido y excitación-, y eso fue lo que encontré allí, en medio de todo aquel resplandor nevado. Tenía ciento setenta y dos años de edad, y en lo que a mí se refería era como si nunca en mi vida hubiera sido el Rey de los Gitanos, y que me condenara si alguien iba a convencerme de ser el Rey de los Gitanos de nuevo.

No echaba en falta el trono. No echaba en falta mi palacio. No echaba en falta Galgala. Excepto por el oro, supongo. Sí, echaba en falta el oro de Galgala. Por su brillo. Por su belleza. (Ciertamente, no por su valor. ¿Qué valor?)

En Galgala todo es de oro. Los gatos y los perros, o lo que ustedes llamarían gatos y perros en los viejos días de la Tierra, tienen oro líquido corriendo por sus venas. Hay oro en las hojas de los árboles, hay pepitas de oro en las arenas de los desiertos, hay partículas de oro en los adoquines de las calles. Todo eso es cierto. En Galgala las calles están literalmente pavimentadas con oro. Ya pueden imaginar ustedes lo que el descubrimiento de un planeta así podría haberle hecho a la economía galáctica si aún estuviera basada en el patrón oro cuando fue descubierto Galgala. Pero, por supuesto, ese arcaico aunque cómodo sistema había quedado anticuado hacía siglos cuando el primer equipo de exploración se posó allí.

Ahora el oro carece completamente de valor en cualquier rincón de la galaxia, gracias a Galgala. Pese a ello, el metal posee aún su fascinación para todos nosotros, estúpidos mortales, pese al duro golpe que el descubrimiento de Galgala asestó a su valor en el comercio. Y especialmente fascina a esa especie particular de estúpidos mortales que los demás llaman gitanos. Mi gente. La de ustedes también, muy seguramente: porque espero y creo que la mayoría de los que lean este libro serán de mi propia raza. (Me refiero a aquéllos que se llaman a sí mismos los roms. Que se han llamado a sí mismos con este nombre desde que la Tierra fue Tierra.)

Nosotros los roms siempre hemos amado el oro. En los viejos días nuestras mujeres acostumbraban a adornarse con chillonas guirnaldas de monedas de oro, entretejidas en cadenas también de oro que colgaban sobre sus encantadores y bamboleantes pechos como si fueran ristras de ajos. Prácticamente necesitabas una sierra para penetrar esa masa y alcanzar sus pechos danzarines debajo de aquella cantidad de metal amarillo. Y nosotros los hombres..., ioh, los trucos que hacíamos con nuestro oro, allá en Hungría y en Rumania y en todos aquellos otros lugares olvidados de la vieja y perdida Tierra! ¡Ese rollo de napoleones de oro envueltos en un pañuelo y metidos en nuestros pantalones para formar un engañoso bulto, y hacer que uno pareciera que estaba dotado con una trompa como la de un elefante! ¡Imaginen la decepcionada sorpresa de las muchachas gitanas cuando caían los pantalones!

(Pero, por supuesto, uno no puede sorprender realmente a una muchacha gitana, porque ya lo han visto casi todo. Y no es el tamaño lo que buscan nuestras avispadas mujeres: es la habilidad y el arte, y un cierto vigor.)

Bien, había renunciado a Galgala y a todo su dorado resplandor por siempre jamás. Mi poder y mi gloria estaban ahora detrás de mí. Y Mulano era mi hogar.

Mulano era un mundo agradable y pacífico. Era frío, pero en realidad no era inhospitalario. Había en él un silencio que me encantaba. Y yo disponía de numerosos espectros y serpientes de nieve e incluso uno o dos dobles para hacerme compañía. Y también estaba el pájaro llamado Mulesko Chiriklo, el pájaro de los muertos. Creo que nunca fui más feliz en todos mis años. Los había enviado a todos al infierno, a todos aquellos que nunca habían comprendido hacia dónde iba yo y qué era lo que me empujaba. ¿Queréis un rey? Muy bien: id a buscaros un rey. Quiero estar solo por una vez en la vida. Eso fue lo que les dije. Y aunque ahora estaba solo, seguía sintiéndome tan alegre y malicioso como siempre: la alegría siempre me ha desbordado. Y la malicia. En Mulano me sentía tan dulce como un corderito dormido sobre una carreta llena de ajos recién cosechados y cebollas silvestres. ¡Chapite! Lo cual significa, en nuestra vieja lengua romani: ¡Es cierto!

El día de Mulano tiene catorce horas y la noche otras catorce, y también hay un período de tiempo entre el día y la noche que dura siete horas, en el que ambos soles se hallan a la vez en el cielo, el amarillo y el naranja sangre. Ese momento del día lo llamo el Doble Día. Me pasaba horas enteras fuera de mi burbuja de hielo, observando las franjas de luz que se

entrecruzaban y chocaban y luchaban entre sí hasta que una engullía y transformaba la otra.

Y siempre había un momento, al final del Doble Día, en que los dos soles se hundían detrás del horizonte en un solo instante, de tal modo que el cielo se volvía verde y luego gris y luego negro, entre un aliento y el próximo. Las estrellas aparecían en ese momento. Y era el momento de la Estrella Romani. La veía de pronto, resplandeciendo en el cielo como la antorcha de los dioses, la enorme y brillante esfera de ardiente luz roja que, hacía mucho tiempo, había dado nacimiento a mi pueblo. Y me dejaba caer de rodillas, estuviera donde estuviese en aquel momento, y cogía un puñado de nieve, y me frotaba las mejillas con él para impedir echarme a llorar. (No me importa llorar de alegría, pero me enferma llorar de tristeza y añoranza) Y luego pronunciaba las palabras de la plegaria de la Estrella Romani. Si había algún espectro conmigo -digamos Thivt, o Polarca, o Valerian-, le hacía pronunciar también las palabras. Y cuando habíamos pronunciado las palabras le decía:

—La ves ahí arriba, ¿verdad que la ves, Polarca?

—La veo, sí, Yakoub.

—¿A qué distancia crees que está de aquí?

Y él decía, encogiéndose de hombros: —Seiscientas leguas, y luego dos o tres kilómetros.

Y entonces yo decía:

—El viaje de diez mil años termina con un solo paso. ¿No lo crees así, Polarca?

Y él respondía:

—Así es, Yakoub.

Y permanecíamos allí, al frío resplandor rojo de la distante Estrella Romani, hasta que podíamos sentir la fría nieve que empezaba a fundirse bajo el cálido abrazo de nuestra estrella; y entonces pasábamos dentro y cantábamos las viejas y tristes canciones hasta que había transcurrido la noche. Y así era como vivía yo en Mulano, entre los espectros y las serpientes de nieve, en la estación de las nieves, en aquella época en la que nunca había sido el Rey de los Gitanos y en la que nunca iba a permitir que me hicieran de nuevo Rey de los Gitanos.

2

Ser Rey, bien, ése era mi destino. Estaba marcado para ello. Fui atrapado por los engranajes del reinado en mi infancia, de la misma forma en que un nadador es atrapado por las olas altas y revolcado una y otra y otra vez sin ser capaz de volver a salir a la superficie. Lo que aprende el nadador es que nunca escapará del torbellino de las olas a menos que se lo tome con calma y se deje arrastrar por ellas y aguarde el momento en que pueda recuperar el control. Lo mismo ocurre con ser rey: si estás marcado para serlo, no tiene ningún sentido luchar en contra ello. Más vale tomártelo con calma y permitir que tu destino te arrastre y te lleve hasta donde se supone que debe llevarte. Así es como funciona el destino.

Sabía que se suponía que yo debía ser rey porque el espectro de una vieja acudió a mí y me lo dijo, cuando yo apenas era un niño gitano. Yo no sabía que ella era un espectro; no sabía de quién era el espectro; no sabía qué estaba intentando decirme. Pero sabía que ella estaba allí. Pensé que era un sueño que de alguna forma se había desprendido de mi mente durmiente y se paseaba por allí, libre y visible, a la luz del día. Esto ocurrió en la ciudad de Vietorion, en el planeta Vietoris, mi mundo natal, uno de los mundos del gran Imperio de las estrellas. Yo tenía -¿quién sabe?- tres años, cuatro quizás. Hace mucho tiempo.

Ella era horriblemente vieja y arrugada, la mujer más vieja que jamás haya podido existir. Supe de inmediato que tenía que haber algo mágico en ella, al ver aquellos signos de extrema vejez en su rostro, porque incluso en aquellos días era fácil someterse a una remodelación y apenas se veía a nadie que pareciera viejo. Aquí estoy yo hoy, con prácticamente dos siglos a mis espaldas, y mi pelo es tan negro como siempre, mis dientes son fuertes, mi piel firme. Uno tiene que mirar directamente a mis ojos, y a través de ellos a mi alma, para descubrir lo largo que ha sido mi viaje y hasta dónde me ha llevado.

Pero ella parecía vieja, aquel espectro de mi infancia. Su rostro estaba arrugado y lleno de profundas grietas, y creo que había huecos entre sus dientes, y su nariz era tan afilada como la hoja de un cuchillo. En medio de su correoso y apergaminado rostro gitano brillaban sus ojos, dos estrellas oscuras iluminadas por intensos y misteriosos hornos internos. Era algo brotado de los cuentos de hadas, la vieja bruja, la arpía mágica, la vieja decidora de la buenaventura gitana. Cojeando arriba y abajo por mi pequeña habitación, apoyando la garra de una de sus manos en mi pequeña muñeca. Murmurándome nombres mágicos:

—Tú eres Chavula —me susurró—. Tú eres Ilika. Tú eres Terkari.

Nombres de reyes. Grandes nombres, nombres que retumbaban y resonaban en los corredores del tiempo.

En ningún momento le tuve miedo. Era la vieja mujer sabia, la madre de las madres, la vidente. Lo que en nuestra lengua romani llamamos la phuri dai. ¿Cómo podía temer yo a la phuri dai? Y, al fin y al cabo, todavía era demasiado joven para temerle a algo.

—Tú eres el elegido —me canturreó—. Serás el grande.

¿Qué podía decir yo? ¿Qué comprendía? Nada. Nada.

—Naciste en pleno mediodía —me dijo—. Ésa es la hora de los reyes. Tú eres Terkari. Tú eres Ilika. Tú eres Chavula. Y ellos son tú. ¡Yakoub Nirano Rom, Yakoub el Rey! Tienes la magia en ti. Tienes el poder.

Me estaba cantando profecías, y yo pensé que era un juego. Estaba derramando sobre mí el destino de mi vida, tejiendo la inescapable red de mi futuro a mi alrededor, y yo me reía divertido y maravillado, sin comprender nada de las cargas que estaba arrojando sobre mis hombros. Había como un resplandor alrededor de ella, una mágica aura de electricidad. Sus pies nunca tocaban el suelo. Aquello era lo mejor de ella para mí, la forma en que flotaba. Pero por supuesto yo era muy joven. Nunca antes había visto un espectro. No comprendía nada de sus principios. Toda la magia se explica por sí misma con sólo que vivas lo suficiente como para permitir que las respuestas lleguen a ti, y más tarde lo comprendí todo. Más tarde supe que en realidad ella no me estaba profetizando nada, sino diciéndome tan sólo las cosas que ella ya había visto pasar. Eso es lo que significa tener el poder de un espectro: arrastrar el futuro, el absolutamente delimitado y completamente inalterable futuro, al pasado. Volvería a encontrarme de nuevo con la vieja, mucho más tarde. Cuando fui nombrado rey, ella se convirtió en mi consejera, mi phuri dai por derecho propio. Pero por aquel entonces yo sólo era un niño forcejeando con las perplejidades de mis cuchillos y tenedores, y ella era la mágica mujer flotante que venía a mí de día o de noche en medio de una resplandeciente aura de brillante luz y tocaba mi mano con la suya y me susurraba:

—Serás el que nos llevará de vuelta a casa.

3

Cuando me retiré a Mulano no estaba intentando escapar a mi destino, aunque a ustedes quizá les dé esta impresión. Creerlo o no es su elección. Yo sabía lo que estaba haciendo. ¿Cómo puedes escapar a tu destino? Es como decir que estaba intentando escapar de mi piel, que estaba intentando escapar de mi aliento, que estaba intentando escapar de mis pensamientos. En Mulano no estaba intentando escapar de nada: estaba intentando simplemente llenar ese gran esquema del destino que durante toda mi vida había sabido que debía llenar. A veces es necesario huir muy aprisa en lo que parece la dirección equivocada si esperas llegar alguna vez al lugar donde quieres ir.

Por supuesto, todo el universo envió emisarios a importunarme cuando llegué a Mulano. Nadie puede permanecer oculto mucho tiempo en una galaxia tan pequeña como ésta.

El primero que acudió fue un rom, naturalmente. Me hubiera sorprendido y probablemente me hubiera dolido enormemente si hubiera sido un gaje. Los roms siempre son más rápidos que nadie cuando se trata de seguir una huella. Ustedes ya lo saben, si son roms; o al menos deberían saberlo, y rezo a quienquiera que sea el dios que tengamos más cerca para que así sea. Y si no son ustedes roms..., si pertenecen al otro tipo, si son gaje..., entonces lean y aprendan. ¡Lean y aprendan!

Cuatro o cinco años antes, no lo sé exactamente, cuando decidí dejar los mundos del Imperio civilizado a mis espaldas y me encaminé a perderme en las nevadas extensiones de Mulano, cuidé muy mucho de dejar un rastro tras de mí. Era algo de sentido común. Incluso cuando quieres estar a solas para pensar, o para curar tus heridas, o simplemente para ocultarte durante un tiempo, deseas dejar a tus espaldas el patrin, las señales de tu paso. Si no lo haces, ¿cómo te encontrará tu familia? Y si tu familia no puede encontrarte nunca, ¿quién eres tú?

En los viejos días en la perdida Tierra las señales del patrin hablaban de cosas simples, y eran colocadas de una manera simple. Por aquel entonces éramos un pueblo mucho más sencillo. Unos cuantos signos rascados en el suelo, o algunas rayas de carbón en una pared: eso era suficiente. Cuando tu camino te llevaba lejos de los carromatos de tu kumpania, dejabas señales detrás de ti para indicar dónde habías ido y también para guiar a los tuyos si viajaban por el mismo camino. Había un signo así – O – que significaba: «Aquí hay gente muy generosa que es amiga de los gitanos», y había uno así – + – que significaba: «Aquí no te van a dar nada», y uno así – /// – que significaba: «Ya hemos robado este lugar» Y luego había signos

que decían que había agua para los caballos, o que había cerdos y pollos para llevarnos, o que en esta ciudad vivía mucha gente estúpida que deseaba que se le dijera la buena ventura. Y también podías dejar pistas para ser usadas por aquellos que te seguían a la hora de adivinar el porvenir: «Esta mujer quiere un hijo», o: «Aquí codician mucho el oro», o: «El viejo morirá pronto»

Todo esto lo sé no sólo porque es la tradición, sino porque he recorrido personalmente los senderos de la vieja Tierra, la Tierra que existió hace mil o dos mil años, mientras espectaba para ver qué podía ver.

¿Dudan de mí? ¿Pero por qué deberían dudar de mí?

Créanme. Sé de lo que hablo. ¿Cómo podría ser de otro modo? Cuando les digo algo es porque sé que es cierto. Soy demasiado viejo para mentir, al menos para mentirme a mí mismo; y lo que digo aquí tengo que decírmelo a mí mismo antes de poder decírselo a ustedes. Les mentiría sin dudarlo si viera que con ello iba a ganar algo. Pero no aquí. Aquí sólo puedo ganar lo que espero ganar contándoles la absoluta verdad.

(Quizá alguna pequeña mentira de tanto en tanto. Sólo soy humano. Pero no mentiras grandes. Créanme.)

Cuando fui a vivir a Mulano dejé mi patrin a mis espaldas en cincuenta lugares distintos. Por supuesto, mi patrin no se trataba de un simple asunto de señales marcadas con carbón en las paredes. Al fin y al cabo, éstos son los días del Imperio, cuando todo el mundo posee magia en la punta de los dedos. Así que marqué mi camino con signos de fuego en el cielo del atardecer en Galgala, y lo escribí en resplandeciente azul y oro en las conchas de una tribu de escarabajos del viento en Iriarte, y lo enterré en los horribles sueños de un pequeño y hediondo ladrón en Xamur. Y lo dejé de otras maneras en otros lugares aquí y allá por todo el Imperio. No tenía la menor duda de que sería hallado. Pero que no sea demasiado pronto, rezaba.

El primero que me encontró, como he dicho, fue un rom. Eso fue gratificante, el que un rom fuera el primero. Deseas que los tuyos te confirmen tus propios prejuicios sobre ellos. Era joven y muy alto y tenía la piel oscura como la noche, con unos brillantes ojos y unos dientes blancos y una melena de reluciente pelo negro que le llegaba hasta los hombros. Era tan alto y esbelto que había en él una especie de belleza y fragilidad que le hacía parecer casi como una mujer, pero pude asegurar en seguida que era lo bastante fuerte como para desmenuzar rocas con sus manos.

Acudió a mí mientras yo estaba pescando el pez especia en el borde occidental del glaciar Gombo. Hacía tanto tiempo desde que había visto por

última vez un auténtico ser humano vivo, no un espectro, no un doble, que por un momento me sentí realmente desconcertado. Casi deseé echar a correr. Podía sentir las poderosas ondas de vibración de la vida que emanaba de él golpear contra mi alma con el impacto de un millar de gongs.

Pera me mantuve en mi sitio y me recobré. Deseara lo que deseara, no iba a obtenerlo de mí, y si empujaba y presionaba yo iba a empujar y presionar también. Los reyes somos así. No necesitas ser un hijo de puta para ser rey, pero normalmente nunca llegas a rey si eres blando.

Me hizo el signo rom y me dirigió el antiguo saludo rom:

—Sarishan, Yakoub.

Luego, hablando aún en romani, me deseó larga vida y muchos hijos y el continuado favor de los dioses y ángeles, y unos cuantos floreos medievales más de la misma índole.

—Hablo imperial, muchacho —le dije cuando pareció que ya había agotado su repertorio. Un poco de irritación gratuita es útil a veces: les mantiene en desequilibrio mientras intentas imaginar qué es lo que van a hacer a continuación. Aunque aquél parecía demasiado inocente para pensar en algo muy elaborado.

Se mordió los labios. Había esperado que yo le respondiera con un patriótico torrente en romani. La Gran Lengua y todo eso. Me miró desconcertado y dijo:

—Vos *sois* Yakoub, ¿no?

—¿Tú qué crees?

Creí poder oír los engranajes de su cabeza girando, cliqueteando, zumbando, gruñendo. Sí, sí, debía estar diciéndose: Esto es Mulano, y éste es el lugar donde ha desaparecido Yakoub, y este hombre se parece a Yakoub, y no hay nadie más viviendo en este planeta, así que tiene que ser realmente Yakoub. Pero quizá no estuviera pensando nada de aquello. Era tan joven y agradable que ahora sospecho que tendí a subestimarle.

Finalmente dijo:

—Por todas partes circulaban dos rumores, uno que estabais muerto, el otro que habíais ido a algún mundo fuera del Imperio.

—¿Cuál de los dos deseas creer?

—Nunca hubo ninguna duda. Yakoub vivirá eternamente.

¡Oh, Señor! ¡La adoración al héroe, en todo su esplendor púrpura! Estaba esforzándose por no temblar. Hizo rápidamente los tres signos del respeto, uno tras otro, sin la menor pausa, incluido uno que yo no había visto desde hacía al menos cuarenta años. Empecé a preguntarme si era realmente tan joven como parecía, o simplemente el fruto de una buena

remodelación. Pero luego vi que tenía que ser joven. Hay una expresión de temerosa maravilla que brota siempre de los ojos de un hombre joven cuando se halla en presencia del auténtico poder y autoridad masculinos, y que simplemente no puede ser falseado, y que no aparece nunca en el rostro de alguien pasados los treinta años, por mucha que sea la habilidad del artista. Aquel muchacho tenía esa expresión. Sabía que se hallaba de pie delante de un rey; y ese conocimiento estaba licuando sus huesos.

Me dijo que se llamaba Chorian y que procedía de un mundo conocido como Fénix, en el sistema Haj Qaldun, y que era un rom del linaje kalderash. Ésa es también mi rama de la tribu. Me dijo igualmente que llevaba tres años intentando hallarme.

Nada de eso era particularmente interesante para mí. El primer impacto de su presencia estaba difuminándose ya. Me tomó uno o dos momentos, pero volvía a estar tranquilo. Me aparte de él y seguí con mi pesca.

En esta parte del glaciar el hielo era perfectamente límpido y podías ver las largas formas tubulares de los peces especia, tanto los de la clase roja como los de la variedad superior turquesa, deslizarse serenamente por el fondo del helado río a cincuenta metros de profundidad. Yo tenía una red de vibraciones ahí abajo, agitándose suavemente a la brisa molecular.

Dijo:

—Es Lord Sunteil quien me dio instrucciones de encontrarlos.

Eso era interesante. La imagen de Sunteil flotó en mi mente: la mano derecha del emperador, su sucesor más probable, halagador y escurridizo y quizás un poco siniestro. Miré por encima del hombro y lancé a Chorian una larga, lenta y fría mirada.

—¿Estás al servicio del Imperio, entonces?

—No —dijo—. Estoy en la nómina de Lord Sunteil. —Había como un guiño en su voz—. No es lo mismo.

Sí, definitivamente lo había subestimado. Aquélla era una sutil distinción, muy elegantemente expuesta: se había dejado comprar, pero no había vendido nada. Deseé abrazarle por ello. A veces pienso que la sangre rom se está empobreciendo, pero todavía no se había convertido enteramente en agua, si aquel muchacho era la prueba. Y por supuesto los habitantes de Fénix tienen en general una bien ganada reputación de hábiles y escurridizos. Había permitido que el aspecto de aparente ingenuidad de Chorian me engañara.

Sin embargo, no le ofrecí ni siquiera un atisbo de aprobación. No quería que empezara a mostrarse demasiado complacido de sí mismo demasiado pronto. Ese es el peligro de cualquier rom; empiezas a embaucar a los

pobres gaje antes de que te hayan asomado los primeros dientes, y descubres lo fácil que es, y eso puede volverte vanidosa, lo cual está a sólo un paso de volverte descuidado. Nunca podemos permitirnos el ser descuidados. Así que, en vez de alabar su pequeña y elegantemente expuesta distinción, me limité a encogerme de hombros. En cualquier caso, tenía mi pesca de la que ocuparme.

Mi red estaba casi en posición. El momento era crítico y requería toda mi concentración. Hacer descender una red de vibraciones a través del hielo sólido es un asunto delicado. Agité los dedos sobre el teclado de control como si estuviera arpegiando una melodía en mi citara, y la red descendió un poco más y osciló y se estremeció.

En el hielo, un pez especia turquesa captó la melodía de la red y giró en redondo para mirar con fijeza su brillante boca abierta. ¡Adelante, encantador bastardo, meneas la cola y métete dentro! Pero el pez no parecía tener intención de hacer aquello. Alzó la cabeza y miró hacia arriba a través del hielo, y vi sus enormes ojos verde dorados, sabios y solemnes, brillando como dos soles gemelos. He aquí un pez listo, pensé. Ese pez tiene sangre romani en sus venas. Podía oírle reír a través de cincuenta metros de hielo. Ese pez es mi primo, pensé.

—¿Has pescado alguna vez con red de vibraciones? —pregunté.

—No hay invierno en Fénix. Nunca había visto hielo antes de venir aquí.

—Oh. Hubiera debido recordarlo.

—Fui a muchos lugares mientras os estaba buscando. Estuve en Marajo, estuve en Duud Shabeel, estuve en Xamur. Nunca vi tampoco nada de hielo en esos lugares.

Tecleé una secuencia en el teclado de control y aparté la boca de la red del pez especia turquesa. Ya no sentía deseos de atraparlo, no después de la forma en que me había mirado.

Chorian dijo:

—En Xamur es donde conseguí descubrir finalmente dónde habíais ido.

—Dios te dio una nariz. Es lógico que la utilices para oler las cosas. ¿Por qué te envió Sunteil?

—Lord Sunteil teme que estéis planeando regresar al Imperio —dijo el muchacho—. Piensa que esa abdicación vuestra es alguna especie de engaño; que sólo estáis midiendo vuestro tiempo hasta que estéis preparado para volver. Y que, cuando volváis, seréis más poderosos que nunca antes.

Aquellas palabras me alcanzaron directamente como una patada en las ingles. Me di cuenta con sorpresa de que Sunteil se había dado cuenta.

Aunque nadie de mi propio pueblo, al menos al parecer, había conseguido hasta entonces imaginar mi juego, de alguna forma Sunteil lo había hecho.

Lo cual significaba no sólo que Sunteil era listo, lo cual hacía ya mucho tiempo que sabía, sino que era posible que fuese más listo de lo que yo había imaginado. Eso podía traernos problemas cuando finalmente muriera el viejo emperador y Sunteil, como esperaba la mayoría de la gente, le sucediera. Porque no tenía ninguna duda de que iba a tener que enfrentarme cara a cara con Lord Sunteil, yo o mi inmediato sucesor, respecto a asuntos de la máxima importancia para el futuro del pueblo rom, cuando Sunteil se convirtiera en el siguiente emperador.

Pero si él había captado mi estrategia, ¿de qué servía enviar a Chorian hasta allí para decírmelo? Tenía que haber un truco en alguna parte.

—No lo entiendo —dije—. ¿Lord Sunteil envía a un joven rom a averiguar si el viejo rey de los roms tiene intención de crear problemas? ¿Qué sentido tiene eso? ¿Cree realmente que vas a espiarme para él? Eso es demasiado simple.

—Lord Sunteil es un hombre sutil. Y tortuoso.

—Eso he oído, sí.

—Quizá piense que vos me diréis cosas que nunca le diríais a un gaje. Y quizá espere realmente que yo se las cuente.

—¿Y lo harías?

Chorian me miró horrorizado.

—Siento una fuerte lealtad hacia Lord Sunteil, y él lo sabe. Pero nunca le revelaría los secretos del Rey de los Roms, ni por nada del mundo. Nunca. Nunca.

—¿Ni siquiera aunque yo deseara que lo hicieses?

—¿Eh?

—Mira —dije—, Sunteil está completamente equivocado acerca de lo que piensa que estoy haciendo aquí, y no es de ninguna utilidad para nadie el que siga creyendo nada de lo que cree. Quiero que le cuentes la verdad acerca de mi abdicación. Eso no puede ser considerado como una traición. Tú recibes dinero del Imperio por hacer ese trabajo, ¿no? Bien, entonces dale al Imperio lo que le corresponde por lo que paga. Ve y haz saber a Lord Sunteil que no necesita preocuparse acerca de mi vuelta para crear problemas. He perdido completamente el interés por el poder. Completamente.

¡Dios, cómo podía estar diciendo aquellas palabras! Pero en aquellos momentos creía a pies juntillas en cada una de ellas. Ésa es la primera regla de mentir con éxito: cree tú mismo en lo que estás diciendo, o nadie lo hará

tampoco. En aquel instante exacto sabía tan claramente como que tenía dos testículos entre las piernas que no deseaba volver a ser rey. No había pensado lo mismo hacía cinco minutos, y probablemente no volvería a pensar igual cinco minutos más tarde, pero lo que estaba diciendo era lo que creía en lo más profundo de mi corazón, en aquellos momentos al menos.

Chorian se quedó allí inmóvil, escuchando con aquella embelesada adoración, la boca abierta, engullendo cada sílaba de las estupideces que yo le estaba lanzando.

Majestuosamente, proseguí:

—He quedado harto, muchacho, y he terminado definitivamente con ello. Todo eso del poder ya no me sirve. Ha llegado el momento en que me retire discretamente a un lado. Mulano es donde pienso seguir viviendo. Si Lord Sunteil supiera lo bueno que es pescar aquí, seguro que comprendería.

Pensé que aquél era un buen floreo para terminar.

Pero Chorian era más complicado de lo que había supuesto.

—Le diré a Lord Sunteil eso, sí —dijo suavemente, cuando yo hube terminado—. ¿Y debo decirle eso mismo también a vuestro primo Damiano? —Todo inocencia, sólo un apuesto y joven mensajero cumpliendo con los encargos de sus superiores—. ¿Que no pensáis regresar al Imperio? ¿Aunque reine un gran desorden entre los roms, porque no hay ningún rey? ¿Aunque vos seáis el único capaz de poner fin a la crisis?

4

No esperaba ni remotamente aquello. En mi sorpresa, golpeé con tal fuerza las teclas de control que la red giró boca abajo en el fondo justo en el momento en que un elegante pez especia rojo empezaba a mostrar su interés hacia ella. Hubiera debido darme cuenta de que aquello no iba a ser tan sencillo como parecía al principio. Además, ¿para quién estaba trabajando realmente aquel muchacho?

—¿*Damiano*? —exclamé, casi un gemido—. ¿Qué tiene que ver él con esto? ¿Dónde hablaste con mi primo Damiano?

—En Marajo, en la Ciudad de las Siete Pirámides. Le dije que Lord Sunteil me había enviado tras de vos, y él me dijo: Sí, ve, encuentra al rey y dile que su trono le está aguardando.

Mi corazón empezó a latir de una manera horrible.

Calma, calma. ¡Cómo odio cuando las sirenas de alarma empiezan a sonar de aquel modo dentro de mis viejos huesos! Pero me recuperaré entre un parpadeo y el siguiente, y refrené el flujo de adrenalina. A veces la sabiduría no es más que un adecuado control de tus glándulas endocrinas.

—Nunca tuve un trono —dije—. Nunca fui rey de nada.

Chorian, sin embargo, no estaba dispuesto a seguir tragando aquello.

—Vos fuisteis un baro rom —dijo—. El gran gitano. El jefe.

—Nunca. Absolutamente no. Quítate esta idea de la cabeza. —Mis manos temblaban un poco. No quería que Chorian se diera cuenta. Para distraerle, señalé y agité los brazos y exclamé—: Mira, ahí, ¿ves ese pez que se acerca cautelosamente a la red?

Era otro turquesa, de apariencia no tan lista como el primero. Le dediqué toda mi atención. Era una forma conveniente de cambiar de tema hasta que hubiera tenido la oportunidad de asentar un poco las cosas en mi cabeza.

Podía sentir ya el sabor de la dulce carne del pez especia en mi lengua: romero, cúrcuma, comino, pimienta dorada. Hice que la red danzara para él. La envié agitándose hacia él, la hice retroceder, conseguí que suplicara ser capturado. Su largo morro se frunció mientras zigzagueaba ante el señuelo. Se sumergió con una maravillosa agilidad en las cristalinas profundidades, atravesando el hielo como si no estuviera allí.

¡Ven, hermoso bastardo! ¡Métete de una vez!

—¿Qué es esa crisis de la que hablas? —pregunté cautelosamente.

—No hay rey. Las naves exploradoras siguen adelante, pero no hay ningún plan. Surgen disputas, y no hay nadie que las solvente.

Miré fijamente a mi pez, como si pudiera atraerlo únicamente con el

poder de mi mente.

—Hay formas de arreglar esas cosas, incluso sin un rey —dije.

—Las ha habido. Durante cinco años. Pero las cosas se están poniendo cada vez más difíciles y tensas. Damiano me pide que os diga que ahora los jefes rom desean elegir un nuevo rey. No os van a esperar más tiempo, ni siquiera aquéllos que nunca creyeron que hablaras en serio cuando abdicasteis. Si definitivamente no pensáis volver, entonces están preparados para elegir a alguien en vuestro lugar.

¡Así que era eso!

Aquello había sido ideado como un señuelo, aquella tranquila afirmación dicha como de pasada. Para empujarme; Sunteil no era el único que había imaginado lo que estaba tramando realmente; y ahora mis primos del Reino Rom pretendían responder a mi baladronada con otra igual. Ése era el auténtico mensaje que Chorian había venido a entregar. Puede que estuviera en la nómina de Sunteil, pero a quien servía realmente era a Damiano. Lo cual era lo mismo que decir que servía a los roms; que era como tenía que ser. Sunteil deseaba información, sí. Pero Damiano deseaba hacerme volver. Y ésta era su forma de empujarme a hacerlo.

Pero ni siquiera ahora iba a morder el anzuelo. No podía; no ahora, todavía no.

—¿Necesitan un rey? Entonces dejemos que lo elijan.

—¡Pero vos sois el rey!

—¿No me has oído la primera vez? ¿Cómo pueden elegir a alguien en mi lugar si yo nunca he tenido un lugar?

—¡Pero eso no es cierto! ¿Cómo podéis decir que no fuisteis el rey cuando fuisteis el rey? ¡Sois el rey!

Estaba desconcertado. Tenía que estarlo. Me había esforzado mucho en conseguir que lo estuviera. Me eché a reír. Le dejé que se interrogara acerca de aquella risa y volví a mi pesca. Rápidamente, suavemente, cerré la boca de la red y la arrastré hasta la superficie del glaciar. El pez especia turquesa saltaba y daba vueltas y se estremecía. Lo tenía. Alcé la red hasta que rompió la piel del glaciar, y la seguí alzando hasta que se elevó veinte metros en el aire. El sol naranja estaba alto en el este, y una franja de fuego escarlata recorría la helada tierra como un río de oro fundido. A aquella brillante luz mi pez cambió de colores un millar de veces, chillándome desde cada ángulo del espectro mientras lo mantenía allá en lo alto. Luego envié un rápido haz de fuerza a través del borde de la red, y el pez se inmovilizó.

—Ya está —dije. El orgullo me inundó. Incluso un idiota puede ser rey, y puedo listar muchos que lo han sido, pero pescar con una red de vibraciones

es una historia distinta. Se necesita ojo rápido y muñeca flexible. Requiere años conseguir la habilidad, y dudo que haya nadie mejor que yo en ello—. ¿Lo has visto? —exulté—. ¿El tiempo, la coordinación? Hay auténtico arte en lo que acabo de hacer. —El muchacho me miraba con la boca abierta, la mente perdida aún en la maraña de la política interestelar. Me volví hacia él—. Muchacho, estás invitado a cenar conmigo esta noche —dije expansivamente—. Aunque sólo sea una vez en tu vida, tienes que probar el sabor del pez especia.

—Vuestro primo Damiano...

Le miré con ojos furiosos.

—¡Que le den por el culo a mi primo con un colmillo de marfil! Dejemos que él sea rey, si quiere.

—El reino os pertenece a vos por derecho, Yakoub.

—¿De dónde has sacado todas esas ideas idiotas? —dije, suspirando—. Nunca quise ser rey. Te lo he dicho diez mil veces: nunca fui rey. Fui rey en sus cabezas, quizá. Todo esto está detrás de mí ahora. Si necesitan un rey, deja que encuentren a alguien para que sea su rey. Aquí es donde vivo. Aquí es donde moriré.

Dije esto con una auténtica y resonante convicción. En aquellos momentos hubiera jurado mi sinceridad. Puedo recordar ocasiones en las que juré fidelidad eterna a Esmeralda con la misma pulsante sinceridad. Y también estaba convencido de ello.

—Sí —dije de nuevo, grandilocuentemente—. He dicho mi adiós al Imperio. ¡Aquí es donde moriré!

—¡No, Yakoub!

Sus ojos estaban vidriados por la impresión. Iban más allá del mero amor y reverencia hacia mí. Había embrollado completamente su cabeza con mis discursos contradictorios y con mi afirmación de vivir todo el resto de mi vida en Mulano. Trabado por su juventud, era incapaz de seguir mis giros y revueltas. Y, cuando hablé de morir, fue como si viera en la posibilidad misma de mi muerte su propia e impensable extinción avanzar inexorablemente hacia él. Si yo podía morir, él también. Aferró mi brazo y exclamó, con el alocado y estúpido fervor romántico de los auténticamente jóvenes:

—No debéis hablar de esta forma. Nunca moriréis. ¡Nunca!

Me encogí de hombros.

—Bueno, tal vez. Pero si alguna vez fui rey, ya no lo soy. ¿Queda esto claro?

—¿Y la sucesión..

—Que le den por el culo a la sucesión. La sucesión no me interesa. La sucesión me importa menos que el prepucio de un buey. Por eso estoy aquí en vez de en alguna otra parte. Por eso tengo intención de...

Chorian jadeó. Sus ojos se desorbitaron. Emitió un leve sonido estrangulado, gorgoteante.

No creía que la telaraña de confusiones que había tejido a su alrededor pudiera afectarle tan profundamente. Y tenía razón. Chorian jadeó de nuevo y abrió la boca y gorgoteó algo más, y finalmente consiguió señalar más allá de mi hombro, y yo miré hacia atrás y vi lo que realmente le había alterado.

Tres serpientes de nieve habían aparecido en escena.

Tres encantadores instrumentos de muerte, tres heladas cintas de verde esmeralda estriadas de rubí y zafiro y moteadas de oro. Debieron parecerle horribles, pese a que eran pequeñas, no más de ocho o diez metros de largo, cada una fundiendo un amplio y brillante sendero para sí mientras se deslizaban en gráciles curvas hacia el lugar donde estábamos de pie.

Tenían los ojos clavados en mi pez especia. Estaban convergiendo hacia él desde tres direcciones distintas.

—Oh, no, no, primas —murmuré.

De pronto apareció un impulsor en la mano de Chorian; trasteó con el enfoque. Una vena gruesa como un dedo se hinchó en su frente. De nuevo el gran gesto. Suspiré. Hay que ser muy paciente con los jóvenes.

—No lo hagas —dije, adelantando un brazo y devolviendo el arma a su bolsillo—. Sólo son carroñeras. No nos harán ningún daño, y es un crimen contra Dios hacerles daño a ellas. Pero no voy a permitirles que se apoderen de mi pez. —Caminé hacia ellas. Se enroscaron hundiéndose en el hielo y se quedaron muy quietas, como perros azotados. El calor y la pulsación de la vida les desagradaba. Hubiera podido matarlas simplemente tocándolas: tengo mucho calor en mí—. Lo siento, primas —dije gentilmente—. Es un asunto de yo o vosotras, y ya deberíais saber cuál es la elección. Es mi pez, no el vuestro. Me costó malditamente sacarlo.

Se agitaron un poco. Parecían tristes y desconsoladas. Sentí lástima por ellas.

—Os diré lo que vamos a hacer. Esta noche dejaremos que el rey disfrute de su festín real, primas. Lo que quede mañana por la mañana será vuestro. ¿De acuerdo?

Evidentemente, no lo estaban. Pero no había mucho que pudieran hacer al respecto. Miraron al pez, luego a mí, luego de nuevo al pez. Emitieron pequeños sonidos que eran casi lamentos. Mi alma lloró por ellas. Era una

estación dura. Pero me mantuve firme y, al cabo de un momento, volvieron sus colas y se alejaron culebreando.

Chorian me estaba mirando de nuevo con una expresión de asombrada maravilla.

—No son peligrosas —dije—. Grandes, sí, pero dulces como gatitos, y ni la mitad de feroces. Son estrictamente carroñeras. Supongo que ya sabes que los carroñeros son sagrados. Porque restablecen la vida a los mundos.

Pero él ya había olvidado las serpientes. Algo que yo había dicho le estaba agitando ahora.

—No habéis dejado de decirme una y otra vez que nunca fuisteis rey. Pero hace un momento hablasteis de vos como rey. El rey disfrutará de su festín real esta noche, eso fue lo que dijisteis. No os comprendo. ¿Sois rey o no?

—No soy rey —dije—. Pero soy regio.

Me miró desconcertado.

—Hablasteis de vos mismo como rey. Yo os oí.

—Fue una forma de hablar.

—¿Qué? —Se sentía perdido.

—Hay realeza en mí, así que puedo hablar de mí mismo como rey, si me place. Y puedo decir que he sido rey, o puedo decir que nunca he sido rey, como me plazca. Porque la realeza perdura siempre. El reinado puede desaparecer, pero no la realeza; nunca, muchacho, jamás. Una vez has aceptado la carga y aprendido cómo mantenerte erguido debajo de ella, esa fuerza nunca te abandona, aunque la carga sí lo haga. —Me eché el pez especia sobre mi hombro. Debía pesar cincuenta kilos, pero no iba a permitir que eso me preocupara—. De modo que esta noche cenarás con el rey, muchacho, y lo que comas será comida real. Y dentro de uno o dos días volverás allá de donde viniste, ¿queda claro? Y les dirás que Yakoub habla en serio cuando dice que estaba cansado de ser rey. Yakoub ha abdicado. Permanentemente. Absolutamente. Retroactivamente. Eso es lo que le dirás a Sunteil. Eso es lo que le dirás a Damiano. Puedes decírselo al propio emperador, si quieres. Es un error dudar de mí.

Oí una risa en la distancia. Supe, sin mirar a mi alrededor, que era la risa de los espectros. Mulano es un lugar de muchos espectros. Están los espectros nativos y luego están los espectros visitantes, y los dos no son el mismo tipo de cosa. Los espectros nativos son formas de vida que resulta que no son vida carnal; hay miles de millones de ellos y están por todas partes, y te brillan en medio del aire como linternas, una presencia amistosa pero no muy apta para la conversación. Ésos son los espectros que dan su

nombre a este mundo. Mulo, espectro, una espléndida palabra toman. Mulano, lugar de espectros. Fue un rom quien le dio nombre a este mundo, a causa de todas los espectros que viven aquí. Pero desde que yo llegué a Mulano muchos espectros del tipo más familiar han venido a visitarme, mis primos, derivando a través del vacío del espacio y los abismos del tiempo hasta este helado lugar para hacerme compañía: Polarca, Valerian, a veces Thivt, que es también mi primo aunque no sea coro, y varios otros de tanto en tanto. No necesitas saber quiénes son, todavía no. Viejos amigos que vienen de visita: eso es suficiente por ahora. Una docena de veces al día siento el crepitar eléctrico de sus auras en el aire, y el campanilleo de sus risas flota hasta mí, y sé que alguien muy cercano a mí y muy querido está flotando cerca. Ahora pude sentir su presencia. Estaban riendo. Eran espectros-primo. El otro tipo no ríe.

Supe por qué estaban riendo.

—Que ninguno de vosotros dude tampoco de mí —les dije.

5

Colgué mi pez a cocer en un globo gravitatorio, donde los jugos darían vueltas y vueltas en torno a él y mantendrían uniformemente mojados todos sus lados. Algunos espectros de Mulano, atraídos por la tensión electromagnética del proceso de cocción, se acercaron ruidosamente para ver si había algo de comer para ellos. No iban detrás del pez, sólo de las ondas infrarrojas aromatizadas por el pez que emanaban de él. ¿Saben? Es posible impartir aroma a la energía a lo largo de todo el espectro, simplemente cocinando algo interesante en su banda. Quizás ustedes no sean capaces de detectarlo, pero simplemente pregunten a cualquier espectro de Mulano.

Mientras el pez se cocinaba, el sol amarillo empezó a arrastrarse en el cielo occidental y se inició el Doble Día. Las habituales auroras del Doble Despuntar empezaron a rutilar detrás de las montañas, e inmediatamente los espectros perdieron interés en mi pez: había comida mucho mejor para ellos allá fuera. Chorian contempló incrédulo los sorprendentes efectos de luz.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Pasa cada día hacia esta hora. Mira.

—¿Puedo ayudaros en algo ahí dentro?

—Ve a mirar —dije—. No se ven esas cosas en los mundos del Imperio.

Salió. Me encanta cocinar, pero odio tener público. Para otras cosas sí, pero no cuando estoy intentando preparar una comida. Cocinar, como hacer el amor, es algo que hay que hacer en privado. Fui de un lado para otro de la burbuja de hielo, preparando las cosas para la cena, una botella de vino de Marajo helado y un racimo de resplandecientes uvas de Iriarte y una bandeja de pequeñas ostras de Galgala, que fui sacando de los distintos bolsillos dimensionales donde guardo almacenadas esas cosas. Cuando todo estuvo organizado asomé la cabeza fuera de la burbuja y llamé al muchacho. Brillantes sábanas de sinuosos colores se agitaban como tremendos estandartes eléctricos sobre nuestras cabezas, y los enormes campos de hielo parecían incendiados con un millón de tonos sutilmente cambiantes de aguamarina y esmeralda y jade, rubí y borgoña y escarlata, limón, cobalto, amatista, magenta, oro.

Las luces me golpearon de inmediato, y sentí un torrente de fuerza espectral lanzarse contra mí surgido del pasado, sepultándome como una avalancha.

No había espectralado desde que había llegado a Mulano. No era que ya fuese demasiado viejo o hubiera perdido interés; era simplemente que me parecía más importante permanecer arraigado en el presente y aquí que liberarme y flotar a través de otros lugares y épocas. Pero eso no quería

decir que otras épocas no acudieran flotando a través de mí. No hay forma de escapar al pasado. O bien vas a él, o él viene a ti; y aquella noche, en el repentino resplandor de la aurora, los muros del tiempo retrocedieron y un millón de ayeres me engulleron en un alocado torrente carmesí.

—¿Estáis bien, Yakoub? —oí preguntar al muchacho, muy lejos—. ¿Yakoub? ¿Yakoub?

La perla azul de la vieja Tierra flotó repentinamente en medio de la ensordecedora quietud de puro silencio entre un sol y el otro. Era el único lugar tranquilo en aquel ruidoso silencio, pero una vez apareció fui incapaz de mirar a ninguna otra cosa. Incluso cuando existía, la Tierra debió ser algo muy lejano al más hermoso planeta del universo, pero verla aparecer ahora allí de la nada, con todo su frío y antiguo azul, fue tan maravilloso que su visión me atrapó con una mano ineludible.

—¿Qué veis, Yakoub? ¿Qué es lo que hay allí?

No era realmente la Tierra, por supuesto. Era sólo el espectro de la Tierra. ¿Creen ustedes que sólo los espectros de la gente vagan por el continuo? Los planetas también tienen espectros. La diferencia estriba en que los espectros de la gente sólo pueden ir en una dirección a través del tiempo, de adelante hacia atrás, pero los espectros de los planetas pueden moverse en ambas direcciones. La Tierra se hallaba a mil años de distancia en el pasado, pero allí estaba, tendiéndose hacia mí a través de media galaxia. Era como un don especial. Para mí, sólo para mí.

—Hey —dije—. ¡Hey, Tierra! ¡Tierra, mírame! ¡Soy yo, Yakoub! ¡Estoy aquí! ¡Soy yo a quien vienes a visitar, Tierra!

Aquello era magia. Lo olvidé todo de Chorian. Me eché a reír y saludé con la mano a aquel resplandeciente planeta azul de ahí arriba, y alcé los brazos muy por encima de mi cabeza, y agité los puños en el brillante cielo, y salí a los campos de nieve, y empecé a bailar y a dar cabriolas. Y canté a todo pulmón canciones rom de amor a la Tierra, con la cabeza echada hacia atrás y los hombros erguidos.

Quizás esto les parezca extraño. ¿Por qué debería importarme la Tierra? No había nacido allí y nunca había vivido en ella, y de hecho jamás la había visto. ¿Cómo hubiera podido? Murió mucho tiempo antes de mi época. Había ido a menudo allí espectrando, pero no había ninguna forma en que hubiera podido visitarla en carne y hueso.

Pero la amaba, de una forma muy peculiar.

Consideren que la Tierra era nuestra segunda madre, y nunca olviden eso: fue una madre dura, pero una madre que supo moldearnos bien. La Estrella Romani pudo darnos nacimiento, pero fue la Tierra quien nos

modeló, la fragua en la que fuimos templados. Para nosotros la Tierra fue un miserable lugar de exilio, y quizá debiéramos haberla odiado por eso; ¿pero cómo podíamos odiar un lugar que nos hizo fuertes? En la Tierra nos adaptamos a la vida que llevamos ahora viajando por entre las estrellas. Así que le canté y le bailé y le grité mi amor, a aquel fantasmal mundo azul, separado siglos de mí, colgando allí en silencio entre aquellos dos soles alienígenos.

—¡Aquí estoy! —grité—. ¡Yo, Yakoub! ¿Me recuerdas?

—¿Podéis ver la *Tierra*? —susurró Chorian. Apenas podía divisarle, parecía estar tan lejos. Pero vi sus ojos. Brillaban intensamente—. ¿Dónde está? ¡Mostrádmela, Yakoub!

Vi la Tierra y vi mucho más. Todo fluía sobre mí a la vez. Era de nuevo un muchacho esclavo, nadando para salvar la vida por el cálido lodo viviente del mar de Megalo Kastm y sintiendo latir y pulsar todo un planeta contra mis desnudos vientre y piernas. Y luego estaba a los controles de mi astronave, sintiendo la energía del cosmos estremecerse a través de mí y tomándola y enfocándola y lanzándola de vuelta, y enviando la enorme y resplandeciente nave en su salto a través de los años luz. Y luego estaba de pie en la sesión de coronación del gran kris en Galgala, el gran salón de los juicios donde eran decretados los destinos, contemplando desde arriba a los nueve solemnes krisatora de los roms, los jueces que sujetan las riendas del universo en sus manos. Me estaban ofreciendo el reino, porque Cesaro o Nano, que había sido el rey, había muerto; y yo lo estaba rechazando. Y entonces uno por uno me hicieron el signo real, hasta que me vi doblegado bajo el peso multiplicado por nueve de su fuerza, que era la voluntad colectiva de todo mi pueblo desde el inicio del tiempo, y asentí y me arrodillé ante ellos, y luego ellos se arrodillaron ante mí, y fui rey. Como la vieja había dicho que lo sería, la arrugada y marchita phuri dai que había venido a mí con palabras mágicas cuando yo apenas había salido de mi cuna.

Y ahora, aún atrapado en visiones, vi mis dominios junto a la orilla del más benigno de los océanos de Xamur, que creo que es el más hermoso de los nueve planetas reales. Pero esto debió ser antes, con anterioridad a mi coronación, puesto que mi hijo Shandor estaba de pie ante mí, el primero de todos mis hijos y mi preferido, y era sólo un niño pequeño. Había desafío en los ojos de Shandor. Había hecho algo prohibido, y yo había hablado con él, y ahora lo habían traído ante mí y habían dicho que lo había hecho de nuevo. Le golpeé, y la marca de mi mano quedó en su mejilla, y siguió desafiándome, y le golpeé de nuevo. Parecía tener ocho, nueve, quizá diez años. Entonces le quería terriblemente, sólo Dios sabe por qué. Alcé mi

mano contra él por tercera vez. «Alto», dijo alguien, y yo dije: «No, todavía no» Y ellos dijeron: «Sólo es un niño, Yakoub», y yo dije, golpeándole de nuevo: «Tengo que enseñarle dos cosas. Una es respetar la Ley, y la otra es no sentir miedo. Así que le golpeo para impedirle quebrantar más la ley, y le golpeo para impedir que se convierta en un cobarde» Y vi rabia y amor en los ojos de Shandor, que era exactamente lo que yo sentía hacia él. De modo que le golpeé de nuevo, y esta vez brotó sangre de sus labios.

Y la sangre era del color del caliente mar que baña las orillas de Nabomba Zom. Allí estaba el palacio de Loiza la Vakako, que fue más que un padre para mí, aunque ni una sola vez alzó su mano sobre mí. Estaba de pie lado a lado junto a la roja resaca bajo el Abrumador estallido del gran sol azul de Nabomba Zom, y Loiza la Vakeko me dijo: «¿Sabes, Yakoub, que a todo rom le son concedidas dos vidas, una en la cual vives como te place y cometes todos los errores que quieras cometer, y la segunda en la que tu tarea es remediar todos los errores de tu primera vida?» Y yo me eché a reír y dije: «Intentaré recordar eso, padre, cuando entre en mi segunda vida» Pero el taimado rostro de Loiza la Vakako se volvió solemne y sombrío y me dijo: «Ésta es tu segunda vida, Yakoub» Eso fue justo antes de que fuera arrancado por la fuerza de Nabomba Zom y vendido como esclavo por segunda vez, para sufrir como un sapo miserable en los terribles túneles de Alta Hannalanna. Fue en Alta Hannalanna cuando sentí por primera vez el ardor del látigo sensorial sobre mi prosencéfalo, que casi estuvo a punto de terminar conmigo antes de que hubiera podido apenas empezar. Vi al vigilante alzar de nuevo el látigo, y remolinos de amarilla fuerza restallaron en los cielos, y me lancé contra él y le arranqué el látigo de las manos, diciendo: «Ahora se derramará la sangre de tu alma» Porque hay muchos tipos de sangre, y los he visto todos.

No había ningún fin a aquello. Todas mis esposas desfilaron en una sola visión ante mí, aquellas a las que amé y aquellas a las que no, Esmeralda y Mimí e Isabella y Micaela y también algunas otras que he olvidado completamente, y algunas mujeres que nunca fueron mis esposas pero sin que fuera culpa mía. Abracé de nuevo a mi perdida Malilini, mi primer y auténtico y dulce amor. Y Mona Elena, mi prohibida mujer gaje. Y la dorada e infiel Syluise. Acudieron amigos y los abracé, Polarca, Valerian, Biznaga. Un centenar de paisajes alienígenos danzaron en mi cerebro. Mundos con anillos en el cielo, mundos con muchos soles, mundos con ninguno. ¡Dios mío, qué visión era aquello! Tenía ciento setenta y dos años de espectros en mí, y todos ellos desfilaban a la vez. Como buen rom, he estado en todas partes y lo he visto todo y todo vive en mí, y todo está ocurriendo al mismo

instante, porque palabras como «pasado» y «presente» y «futuro» son en realidad meras estupideces gaje. Todo lo que existe es. Ahora contemplo las auroras siseando en el cielo sobre Mulano y ahora recorro las floridas praderas de la Estrella Romani y ahora me yergo en la Plaza de las Mil Columnas en Atlantis y ahora avanzo hacia el trono del Decimoquinto emperador, y ahora afilo las hojas de los caballeros francos que tomarán Jerusalén de manos de los sarracenos por la mañana, y ahora me siento en el consejo real de los roms en el dorado Galgala con la vieja Bibi Savina, la phuri dai, a mi lado, y ahora estoy con mi padre en la ciudad de Vietorion mientras él señala hacia una estrella roja en el cielo. A veces mi dama Syluise está a mi lado, y a veces es alguna otra, y a veces estoy solo. Veo templos de cristal y puentes que cruzan el cielo. Las visiones no terminarán nunca. Un millar de miles de almas se apiñan en mí, almas roms, almas gaje, almas de criaturas que no son humanas en absoluto; y todas son mías. Hay una infinitud de mundos y yo estoy en todas partes. Me agito en el lodo y floto entre las estrellas. Y resuena una risa prodigiosa, llenando hasta tal punto los cielos que apenas hay lugar para nada más. La risa es la mía.

Estaba a un centenar de metros de la burbuja de hielo y las hordas de espectros de Mulano hormigueaban a todo mi alrededor, girando en torno a mí como furiosos insectos. Debía haber estado irradiando suficiente energía como para alimentar a toda su nación durante un mes.

Chorian, apartándolos prudentemente a un lado, acercó su rostro al mío.

—¿Yakoub? ¿Podéis oírme, Yakoub?

—¿Qué crees? Por supuesto que puedo, muchacho.

—No sabía qué os estaba ocurriendo. Pensé que tal vez os hubierais ido muy lejos espectrando.

Sacudí la cabeza.

—No, muchacho. Los espectros acudieron a mí. Que no es lo mismo.

—No compr...

—Ni tienes por qué. La cena está lista. Vayamos dentro y disfrutemos de nuestro festín real.

6

El muchacho permaneció conmigo durante otros cuatro días o así, y tuve que soportar constantemente su asombro y su reverencia. Aquella expresión de absoluta adoración, el bajo tono deferente de su voz, su no disposición a permitirme realizar ni siquiera la tarea más sencilla sin saltar a ofrecerme su ayuda, llegó a un punto en que deseé darle de patadas para hacerle volver a entrar en razón. Incluso mis eructos eran un éxtasis para él. Nadie se había comportado nunca así conmigo cuando era realmente rey. Por la forma en que actuaba aquel muchacho, cualquiera hubiera pensado que yo era algún frágil y mimado lord del Imperio, algún pálido y decadente príncipe gaje, y no un auténtico rom.

Bien, era muy joven. Y, aunque fuera rom, supuse que había pasado la mayor parte de su corta vida en los altos círculos imperiales y no entre su propia gente. De modo que tal vez tenía la sensación de que así era como debía comportarse en presencia del Rey de los Gitanos. O quizá -¡Dios maldiga el pensamiento!- sea así como el Imperio ha corrompido y pervertido a los jóvenes roms de nuestros días, de tal modo que todos van por ahí haciendo reverencias y tocando el suelo con la frente y arrodillándose delante de cualquiera con superior rango y poder.

¡Rey de los Gitanos! ¡La idea en sí no era más que estupideces gaje! Nunca hubo ningún Rey de los Todos los Gitanos en los viejos días de la Tierra. Eso no era más que un mito, una fábula inventada por el folklore rom a fin de engañar a los gaje, o tal vez los gaje lo inventaron para engañarse a sí mismos, puesto que así es a menudo como actúan. Teníamos reyes, de acuerdo, estábamos *llenos* de ellos, uno para cada tribu, cada kumpania, cada grupo vagabundo. Tenía que haber un jefe de algún tipo después de todo, alguien con inteligencia, fuerza, sentido de lo que es justo, a fin de mantener la autoridad dentro de la tribu y mantenerla unida frente a todos los desafíos mientras viajaba a través de tierras hostiles con extrañas leyes. ¿Pero un rey? ¿Un solo y poderoso Rey de los Gitanos que gobernara a millones de roms vagabundos esparcidos por los seis continentes de la Tierra? Nunca hubo nada así.

Por aquel entonces éramos un pueblo pobre. La escoria de la Tierra, eso éramos, sucios y harapientos vagabundos en quienes nadie confiaba. Los gaje nos temían tanto y desconfiaban tanto de nosotros que siempre estaban vigilándonos, incordiándonos, haciéndonos montones de preguntas estúpidas y miserables. Era su forma de intentar hacer que encajáramos en su estúpida y miserable forma de vida. Cuando llegábamos a un nuevo lugar teníamos que pedir permisos de residencia, documentos de ciudadanía,

pasaportes, todo tipo de papeles absurdos. No sentíamos respeto hacia esas peticiones, porque, ¿por qué debíamos someternos a las leyes gaje cuando disponíamos de unas leyes propias perfectamente buenas? Sin embargo, la Tierra era territorio gaje, y ellos eran muchos y nosotros pocos, ellos eran ricos y nosotros pobres, ellos tenían el poder y nosotros no teníamos nada, de modo que aceptábamos su juego, y lo jugábamos, y respondíamos a sus preguntas. Les decíamos lo que deseaban oír, porque ésa era la manera más simple y más eficiente de tratar sus idioteces.

Y una de las cosas que más deseaban oír cuando una de nuestras caravanas llegaba a su ciudad era que teníamos un líder, un hombre de gran autoridad que podía mantener alguna especie de control sobre nosotros e impedir que difundiéramos el caos entre ellos. Si descubrían quién era nuestro líder, entonces tendrían a alguien con quien tratar, y de esa forma podrían controlarnos. O eso imaginaban.

¿Quién está a cargo aquí?, nos preguntaban. Bueno, nuestro rey, les decíamos. (O nuestro duque, o nuestro conde, o nuestro marqués, según el título que pareciera complacerles más.) Es ese hombre de ahí.

Y el rey o el duque o el conde o el marqués daba un paso adelante y les decía, hablando en su propio idioma, todo lo que deseaban oír. Normalmente no era el auténtico jefe de la tribu. El auténtico jefe tendía a mantenerse en segundo plano, de modo que los gaje no pudieran tomarle como rehén o interferir de ninguna otra forma con él, si eso era lo que pretendían hacer, y algunas veces eso era precisamente lo que pretendían. En vez de ello enviábamos a alguien que parecía un rey, algún rom alto de anchos hombros con unos ojos brillantes y un gran bigote, que tal vez no fuera nadie en la tribu pero que disfrutaba fanfarroneando y hablando con voz fuerte y representando el papel de un gran hombre. Él les decía a los gaje todo lo que deseaban oír. Sí, decía, somos buenos cristianos respetuosos de la ley y no deseamos causar ningún problema. Sólo nos quedaremos un tiempo aquí, remendando vuestros potes y afilando vuestros cuchillos, y luego seguiremos nuestro camino.

Así que pronto se difundió la noticia de que la forma de tratar con una tribu de gitanos que llegara a tu ciudad era buscar al rey de la tribu -porque cada tribu tenía un rey- y tratar con él; de otro modo era como intentar tratar con el viento, las olas, la arena de una playa. Y más pronto o más tarde a alguien se le ocurrió preguntar: ¿No hay un rey de reyes, un rey que esté por encima de todas vuestras tribus? Y nosotros les dijimos: Sí, sí, tenemos un gran rey. ¿Por qué no? Les complació oír aquello. Sentían una fuerte necesidad de creerlo: que éramos una nación esparcida por todas las

demás naciones, que teníamos un rey del mismo modo que ellos tenían un rey, y esa palabra se hizo ley en todas las tribus de todos los países. Para ellos era excitante y amedrentador creer en eso. Éramos extraños y misteriosos, éramos alienígenas. Teníamos nuestras propias costumbres y teníamos nuestro propio lenguaje e íbamos y veníamos por la noche, y leíamos la buenaventura y vaciábamos los bolsillos y robábamos pollos y si se presentaba la oportunidad nos llevábamos a los niños más hermosos y los convertíamos en gitanos. Y teníamos un rey que gobernaba sobre todos nosotros y nos dirigía en la guerra secreta que estábamos librando contra toda la humanidad civilizada. Les gustaba creer eso; necesitaban creer eso.

Dale a un gaje cualquier estúpida fantasía y la abrazará y la embellecerá hasta que se convierta para él en algo más verdadero que la verdad. Cada vez que cinco de nuestras tribus se reunían en el mismo lugar para celebrar un festival, los gaje imaginaban que estábamos preparándonos para elegir un nuevo rey. ¿Es eso lo que estáis haciendo, elegir un nuevo rey? Y nosotros decíamos, poniendo caras largas: Sí, sí, nuestro viejo rey ha muerto, ahora estamos eligiendo al mejor y más sabio y más fuerte de entre todos nosotros para que nos gobierne. A veces incluso efectuábamos alguna especie de elecciones, si veíamos que podíamos ganar algo con ello. Y entonces les decíamos a los gaje: Este es nuestro nuevo rey, el Rey Karbaro, el Rey Mijloli, el Rey Porado, o cual fuera su nombre. Todas esas eran palabras obscenas en lengua romani, pero, ¿qué sabían los gaje? Cuanto más obsceno era el nombre que inventábamos, mejor el chiste. Y buscábamos algún miembro de la tribu apuesto y bien parecido, con más vanidad que sesos, y lo proclamábamos Rey de los Gitanos, y él se pavoneaba sonriendo y aceptando el vasallaje de todos, y los gaje se sentían tremendamente impresionados. Pagaban buen dinero para asistir a la fiesta de la coronación, y pagaban más dinero aún para tomar fotos de nosotros bailando y cantando en nuestros curiosos trajes tribales, y mientras ocurría todo esto nos deslizábamos entre ellos y vaciábamos sus bolsillos, no porque fuéramos criminales innatos sino simplemente para castigarles por su estupidez. Y los gaje se marchaban sintiéndose complacidos consigo mismos porque habían visto la coronación del nuevo Rey de los Gitanos. Y luego nosotros seguíamos también nuestro camino y nadie volvía a pensar en el Rey Karbaro. Pero los gaje seguían creyendo que éramos súbditos de un supremo gobernante cuyo poder era absoluto y cuyas órdenes viajaban misteriosamente por todo el mundo a través de misteriosos correos.

Finalmente llegó un tiempo en que dejaron de creer en ello. Eso fue en el siglo XX o quizás en el XXI, cuando todo el conocimiento estuvo al alcance

de todo el mundo con sólo apretar un botón, y hasta el mayor tonto del culo empezó a creer que ya lo sabía todo.

Éste es el mundo moderno, se decían solemnemente unos a otros los tontos del culo. Y se sentían muy orgullosos de sí mismos por vivir en el mundo moderno. Ya nadie era ignorante, nadie era supersticioso, nadie podía ser engañado por la jerga ni las buenas palabras. Entre las cosas que todo el mundo sabía ahora estaba el que nunca había habido nada parecido a un Rey de los Gitanos, que la misma idea no era más que un engaño, uno de los innumerables fraudes que esos ladrones vagabundos, los gitanos, habían maquinado para confundir y engañar a los pobres y crédulos patanes a los que convertían en sus presas.

Toda esa gente bien informada que vivía en el mundo moderno no sólo dejó de creer en el Rey de los Gitanos, sino que supongo que incluso dejó de creer en los gitanos. No había lugar para los gitanos en ese reluciente mundo moderno suyo. Los gitanos eran harapientos y desaseados e indomables; los gitanos eran impredecibles; los gitanos eran simplemente un concepto desagradable.

Así que empezaron a pensar que nos habíamos extinguido. Que éramos mero folklore antiguo, esos curiosos y abigarrados gitanos, oh. Oh, sí, había habido un tiempo en que habían existido los gitanos, del mismo modo que había existido la viruela y los ahorcamientos públicos y las sangrientas guerras religiosas; pero todo eso había desaparecido. Después de todo, éste era el mundo moderno. Los gitanos, decían, se han instalado todos en casas normales y se han casado con gente normal y llevan vidas normales. Votan, y pagan los impuestos, y van a la iglesia, y no hablan más que el idioma del país donde residen. Los gitanos a la antigua han desaparecido por completo, tragados por la civilización moderna, decían. Qué lástima, decían, que los viejos y pintorescos gitanos ya no estén aquí.

Y más o menos por ese tiempo, cuando nos habíamos vuelto invisibles para la sociedad gaje debido a que parecía que habíamos empezado a pertenecer a ella, cuando desaparecimos de la vista, entonces fue cuando comprendimos que necesitábamos organizarnos adecuadamente y seguir adelante como una auténtica nación. Fue entonces cuando empezamos a formar realmente nuestro gobierno gitano -no una fantasía esta vez, sino auténtico-, y a elegir a nuestros primeros reyes de verdad.

Teníamos que hacerlo. La invisibilidad tiene sus ventajas, pero a veces puede ser un inconveniente. El mundo estaba cambiando muy aprisa. Aquellos fueron los años cuando los gaje empezaron a abandonar su pequeña Tierra y a dirigirse a los planetas más cercanos. Antes de mucho,

sabíamos, iban a estar viajando a las estrellas. Si seguíamos invisibles seríamos dejados atrás. Así que teníamos que emerger de nuestro camuflaje gaje. En eso residía nuestra única esperanza de alcanzar de nuevo nuestro hogar. La Tierra no era nuestro hogar, aunque nunca nos habíamos atrevido a decirles eso a los gaje; nuestro auténtico hogar estaba muy lejos, lo que más ansiábamos era regresar a él y terminar de una vez por todas con nuestra vida errante.

Así fue como empezamos a tener reyes. Eso ocurrió hace mil años en la Tierra, en los primeros días del viaje estelar, antes de que nadie supiera que seríamos nosotros los que conduciríamos a la humanidad de la Tierra a los cielos. Chavula fue el primer rey, y después de él Ilika, y luego Terkari, y más adelante... bueno, todo el mundo conoce los nombres de los reyes. Fueron los hombres que nos llevaron a las estrellas y nos convirtieron en lo que somos hoy, dueños de muchos mundos, señores de las rutas de la noche.

Y finalmente, en la plenitud de los tiempos, vinieron a mí y me dijeron:

—El rey ha muerto, Yakoub. ¿Serás tú nuestro rey?

¿Qué podía decir? ¿Qué podía hacer? Nadie en su sano juicio desea ser rey; y pese a todo lo demás que haya podido ser, siempre he estado en mi sano juicio. Créanme en eso. Pero también soy hombre de mi gente y, por poderosos que seamos ahora, todavía somos, pese a todo, un pueblo en el exilio. Eso te impone ciertas responsabilidades. Yo nací en el exilio y también mi padre, y también los padres de mis padres durante cincuenta generaciones hacia atrás. Si yo era el hombre que podía conducir ese largo exilio a su final, ¿cómo podía negarme? En cualquier caso había vivido toda mi vida bajo el yugo del conocimiento de mi destino; y mi destino era ser rey.

Cuando era un muchacho mi padre me llevó al mirador cerca de la alta cima del monte Salvat en Vietoris, que es el mundo donde nací, y me preguntó:

—¿Cuál es tu hogar, muchacho?

Y yo le dije que mi hogar estaba en tal y tal calle de la ciudad de Vietorion, en el mundo Vietoris. Entonces me señaló el brillante ojo rojo de la Estrella Romani que resplandecía sobre el negro telón de fondo del cielo y me dijo:

—¿Tú crees que este lugar que tienes bajo tus pies es tu hogar? No, muchacho. Ese lugar es tu hogar. Y algún día nuestro rey nos llevará hasta allí de nuevo.

Y me miró, y la expresión en sus ojos me dijo, más claramente de lo

que hubiera podido hacerlo cualquier palabra, que esperaba que yo fuera ese rey. Yo nunca le había hablado de las visiones que había tenido cuando era muy pequeño, el espectro de la vieja que había venido hasta mí y había plantado la semilla del futuro en mi alma; y me sentí incapaz de decírselo ahora, porque no tenía forma de decirle: Sí, padre, sí, seré ese rey. Seré el que os conducirá al hogar, no hay ninguna duda sobre ello; el espectro de una vieja me lo dijo, me trajo la noticia desde el futuro. Ahora desearía haber tenido la oportunidad de decírselo. Pero no lo hice, ni a él ni a nadie. Supongo que ésa es la esperanza de todo padre rom, que su hijo sea el elegido. Entonces él era un esclavo y también lo era yo, y no mucho después fui vendido y apartado de él en la plaza del mercado de Vietorion, y nunca volví a verle. Pero he contemplado la Estrella Romani cada noche de mi vida, desde el mundo en que me halle en aquellos momentos, y he sentido el calor de su luz sobre mis mejillas sin importar lo fría que haya sido la noche; porque es la luz de nuestra estrella, nuestro hogar. Y cuando vinieron a mí y dijeron: «¿Quieres ser nuestro rey, Yakoub?», ¿cómo podía decir que no, cuando tal vez yo fuera ese rey que nos conduciría de vuelta a casa? Así que permití que el reino cayera sobre mí, y a su debido tiempo renuncié a él, y sé que volveré a aceptarlo de nuevo si es necesario, porque hay grandes logros que es preciso conseguir y sé que yo soy el vehículo para lograrlos.

7

Mientras el muchacho Chorian estaba todavía conmigo, el espectro de Polarca vino a visitarme. Chorian estaba fuera en el hielo en aquellos momentos, cazando anguilas nube con mi lazo y mi tridente: era joven y ágil y lleno de energías, y enviarlo fuera a cazar era una buena manera de quitármelo de encima cuando empezaba a cansarme de toda aquella interminable adulación suya.

Hubo un sisear y un crepitar en el aire y Polarca dijo, en el manto de radiación verde con el que le gustaba envolverse cuando espectraba;

—¿Te está molestando? Lo asustaré para que se vaya.

—Pronto se irá por voluntad propia.

—Parece un buen chico. ¿Para qué vino?

—Creo que para decirme que me lo pensara mejor y volviera a Galgala para ser de nuevo rey.

Polarca meditó aquello. Nos conocemos desde hace más de cien años, desde que ambos éramos meros galeotes en el pozo de sinapsis de Nikos Hasgard en Mentiroso. Polarca es un rom de la estirpe lowara, y afirma proceder de una larga dinastía de emperadores, papas y tratantes de caballos de la Tierra. Solamente creo la parte de los tratantes de caballos, pero nunca expresaría mis sospechas acerca del resto. Espectra más que nadie a quien conozca; es un hombre realmente inquieto.

—No vas a ir —dijo finalmente Polarca.

—¿Me lo preguntas o me lo dices?

—Ambas cosas, Yakoub.

—No voy a ir —respondí—. Eso es cierto.

—Ni siquiera aunque Damiano diga que será elegido un nuevo rey si tú no vuelves.

—¿Escuchaste eso?

Polarca sonrió. Cuando un espectro sonríe, es algo parecido al estallido de un pequeño relámpago.

—Estaba justo a tu lado. ¿No me viste?

—Si necesitan un nuevo rey, que tengan un nuevo rey —dije—. Yo me quedo aquí.

—Completamente de acuerdo, Yakoub. Es lo más sensato, sin la menor duda.

El problema con el espectro de Polarca es que habla sin puntuación, así que la mitad de las veces no sé distinguir una pregunta de una afirmación, y no da inflexión a sus palabras, de modo que no puedo distinguir tampoco el sarcasmo de la sinceridad. Eso no es una

característica de todas los espectros; sólo de Polarca. Polarca es un tonto del culo, y su espectro lo mismo.

—Tú también crees que es lo más sensato, ¿verdad? —dije.

—Por supuesto que sí. Tan sensato como lo fue para Aquiles el marcharse enfurruñado a su tienda.

Seguía sin poder decir si me estaba apoyando o aguijoneando. No hay mucha gente que pueda desequilibrarme como lo hace Polarca.

—No me nombres a Aquiles —dije—. No es relevante, y tú lo sabes malditamente bien. —Luego añadí—: En realidad, lo vi una vez. No era absolutamente nada.

—¿A Aquiles? ¿Lo viste?

—Un rufián. Unos ojillos pequeños y unos labios gruesos como pedazos de carne. Un enfurruñado crónico. Grande y fuerte, pero sin un gramo de nobleza en él.

—Quizá viste a alguien distinto —sugirió Polarca.

—Dijeron que era Aquiles.

—Espectrando hasta tan lejos, ¿quién puede estar seguro? Todo está cubierto de bruma.

—Vi su escudo —insistí—. Era el escudo correspondiente, una auténtica obra maestra del arte. Pero él no era más que un rufián. Lo que hago yo no es lo mismo que hizo Aquiles en su tienda. —Guardé silencio por unos momentos, preguntándome si no me estaría engañando a mí mismo en aquello. Al cabo de un rato dije—: Sunteil también está mezclado en eso. ¿Lo sabías?

—El muchacho está al servicio de Sunteil, sí.

—No —dije—. Está en la nómina de Sunteil. Hay una diferencia. ¿No se lo oíste decir? Llevas merodeando por aquí toda la semana.

—Estuve fuera un tiempo. Estaba en Babilonia cuando dijo eso. Estaba escuchando a Hammurabi proclamar el código de las leyes.

—Apuesto a que sí. Sunteil le envió porque cree que mi abdicación es un truco y que probablemente estoy preparando algo sospechoso ocultándome aquí en Mulano.

—¿Y no es cierto?

—Así que le envió para espiarme. Al menos, eso es lo que dice el muchacho.

El manto de Polarca siseó y crepitó y ascendió unos cuantos grados en el espectro.

—¿Enviar a un rom a espiar al rey de los toros? Sunteil no es tan estúpido como eso, Yakoub.

—Lo sé. Entonces, ¿qué está haciendo Sunteil?

—Te echa en falta, Yakoub. Ésta es su forma de pedirte que vuelvas.

—¿Sunteil me echa en falta?

—El equilibrio del Imperio se ha visto roto. El emperador gaje necesita un rey rom como contrapeso para mantener las cosas niveladas, y en estos momentos no hay ningún rey.

—¿Lo sabes de cierto o sólo lo estás aventurando, Polarca?

—¿Qué supones tú?

—No juegues a las adivinanzas conmigo, cochino bastardo. Ésa es *mi* especialidad. Ya tienes sobre mí una ventaja injusta por el hecho de ser un espectro. ¿De qué parte del futuro vienes?

—¿Crees que voy a decírtelo?

—¡Eres un cerdo, Polarca!

—¿Lo dices *tú*, cuando vas por ahí espectrando?

—Eso es distinto. Yo soy el rey. A mí no se me exige que le diga nada a nadie. Y si solicito información de uno de mis súbditos...

—¿Uno de tus súbditos? No soy súbdito de nadie. Soy un espectro, Yakoub.

—Entonces eres el espectro de un súbdito.

—Eso no cambia nada —dijo—. Lo que estás intentando obtener de mí es información privilegiada.

—Y yo hago una petición privilegiada. Soy el rey.

—Mierda, Yakoub. Abdicaste hace cinco años.

—Polarca... —barboté. Estaba empezando a exasperarme.

—Además, ningún espectro con algo de ética revela el punto del tiempo de donde viene. Ni siquiera a su rey.

—¿Ni siquiera cuando se halla en juego el bienestar de la nación rom?

—¿Qué te hace pensar que lo está?

—Estás intentando volverme loco —gemí,
Se echó a reír.

—Estoy intentando ponerte de pies en el suelo, Yakoub. Mira, sé sólo un poco paciente, y todo volverá a tener sentido para ti, ¿de acuerdo? Confía en mí. Veo cosas maravillosas frente a ti. Déjame mostrarte... La verdad se halla claramente visible en la palma de tu mano, lo único que necesitas es ojos para ver. Por una pequeña cantidad, no más de un par de monedas pequeñas, el viejo gitano sabio echará a un lado los misteriosos velos del futuro y te revelará...

—Vete al infierno, lárgate —le dije.

Y lo hizo, en un parpadeo. Me quedé sentado allí, contemplando con

ojos parpadeantes el lugar donde había estado. Una docena o así de espectros nativos de Mulano, atraídos por la pequeña zona de energía negativa que Polarca había dejado atrás, acudieron corriendo a alimentarse. Flotaron en el frío aire frente a mí como una nube de brillantes mosquitos. Y entonces volvió Polarca, dispersando frenéticamente a los espectros de Mulano de su zona de interpolación.

—¿Dónde has ido? —pregunté.

—No es asunto tuyo.

—¿De esta forma le hablas a tu rey?

—Abdicaste —me recordó de nuevo.

—Creo que estás disfrutando con esto.

—Fui a Atlantis —dijo—. Durante seis semanas. Acababan de consagrar el Templo de los Delfines, y la Confluencia del Cielo estaba cubierta por un metro de dorados pétalos de flores. Creí ver a tu dama Syluise allí, en el carro de uno de los grandes príncipes. Le hubiera transmitido tus saludos, pero ya sabes lo brumoso que se vuelve todo cuando espectras hasta tan lejos.

—¿Viste a Syluise en Atlantis? ¿Estás seguro?

—Lo estoy si tú quieres que lo esté.

Quiero a Polarca, pero odio tratar con su espectro. Esperas que tu compañero rom te agujonee y te incordie un poco de tanto en tanto, especialmente si te conoce desde hace cien años o así y además es un experto en hallar los lugares y momentos exactos donde agujonear e incordiar. Y él espera que tú le agujonees e incordies un poco a la recíproca también. Pero Polarca, en espectro, tiene todas las cartas. Un espectro conoce no sólo el pasado y el presente, sino también una buena porción del futuro. Muchas veces le he dicho a Polarca que se aprovecha injustamente de ello. No le importa en absoluto. Me ataca desde seis lados a la vez. A veces me hace sentir como un idiota, y no estoy acostumbrado a eso. Me hace sentir como un gaje intentando hacer tratos con un rom. Y sin embargo sé que me quiere. Incluso cuando me atosiga así, dice que lo hace por puro amor.

Polarca desapareció de nuevo. Me quedé con un residuo de intranquilidad e irritación. Había visto a Syluise, había dicho. En Atlantis, nada menos. Había transcurrido mucho tiempo desde que había pensado por última vez en Syluise. Deseé que Polarca no la hubiera traído de nuevo a mi mente ahora.

Me bastaba cerrar los ojos para verla, montada en los carros allá en Atlantis. Volviendo locos a los antiguos señores de la gran ciudad, y probablemente a las damas también. ¿Qué podían pensar de ella allí, con su pelo como el oro y todo lo demás? Aquellos atlantes morenos y de pelo oscuro nunca habían visto a nadie con el pelo rubio antes: debía refulgir entre ellos como una diosa. Como una Venus, una majestuosa y resplandeciente Venus.

Atlantis fue una ciudad rom, ¿saben? Por muchas otras fábulas que hayan oído, la auténtica verdad es que nosotros la fundamos, nosotros creamos su maravillosa grandeza, nosotros fuimos quienes sufrimos cuando se hundió bajo el mar. Fue nuestro primer asentamiento en la Tierra, hace mucho tiempo, cuando llegamos ahí tras la destrucción de la Estrella Romani. Más tarde los griegos intentaron reclamarla para sí, pero ya saben cómo eran los griegos: un puñado de gente sombría, mitad ignorancia y mitad mentiras. Atlantis fue nuestra. Durante los cinco mil años siguientes a su destrucción no construyeron los gaje de la Tierra nada que se acercara ni remotamente a su esplendor arquitectónico. Fue la primera ciudad de la Tierra. Y con ello no quiero dar a entender simplemente magníficos edificios y columnas de mármol. Teníamos alcantarillado, y baños con agua corriente, mientras el resto de la población de la Tierra se vestía aún con pieles de animales y cazaba arrojando sus lanzas a sus presas.

Una gran ciudad, sí. Demasiado buena para durar. De todos modos, nunca fue nuestro destino ser un pueblo sedentario. Quizá fue presuntuoso por nuestra parte edificar algo tan maravilloso como Atlantis. Tenía que sernos arrebatada. El volcán rugió, la Tierra se desplazó, el mar engulló Atlantis, y nosotros huimos en barcos, unos pobres y golpeados supervivientes, para seguir nuestra suerte por los caminos del mundo. De ahí viene la conocida aversión de los gitanos a viajar por mar, ¿saben?: de los horrendos sufrimientos que experimentamos durante nuestra huida de Atlantis. Pero fue maravillosa mientras existió, y aquellos que conocen el secreto de espectral vuelven a ella a menudo para mirar maravillados. Llegar hasta allí exige un cierto esfuerzo: Atlantis, descubrimos hace tiempo, se halla justo al límite de nuestro alcance espectral. Y nos resulta difícil ver

las cosas con mucho detalle allí, porque, como han oído, cuanto más lejos espectra uno, más profundamente se ve rodeado todo por una especie de bruma. Pero seguimos yendo de todos modos.

Y Syluise, con su dorado pelo flotando al viento mientras se yergue en el carro de algún señor atlante...

Ninguna mujer ha ejercido en mi vida tanto poder sobre mí como Syluise. Para mejor o para peor. Nunca he podido escapar a su conjuro. Eso me enfurece, ese poder que tiene ella sobre mí, y sin embargo, si pudiera cambiar el pasado y extirpar de mi vida toda huella de su presencia, Dios sabe que no lo haría.

La conocí en Estrilidis. ¿Hace cincuenta años? Algo así. Cesaro o Nano era aún el rey, y yo era un enviado diplomático. Estrilidis es un mundo cálido y húmedo, con densos bosques jamás hollados y todo tipo de extrañas criaturas. Que recuerde, los felinos tienen dos colas allí. Y los insectos..., iah, los insectos, qué cosa más sorprendente son! Como rubíes con patas, como esmeraldas, como diamantes azules. Estaba contemplándolos una noche ascender por las paredes del lugar donde me alojaba, una sorprendente procesión de grandes bichos resplandecientes, cuando de pronto vi algo aún más sorprendente: una mujer de oro, desnuda como el amanecer, flotando más allá de mi ventana. Unos perfectos pechos rosados, unas amplias caderas, unas largas y bien torneadas piernas. Resplandeciendo como el fuego, *parpadeando* como un espectro. Pero, ¿cómo podía ser un espectro? Evidentemente no era rom, no con aquel esplendoroso pelo amarillo, no con aquellos sorprendentes ojos azules. Y sólo los roms pueden espectrar. Por supuesto que era rom, aunque totalmente transformada por pura vanidad a aquella deslumbrante forma gaje. Lo descubrí más tarde. Pero, pese a todo, no era un espectro. Lo que vi era la real y auténtica Syluise, manteniéndose como por arte de magia suspendida en el aire. Me hizo señas con la cabeza. La seguí a la noche, ella flotando como un fuego fatuo, yo corriendo tras de ella. Ella sonriendo, yo mirando. Con la boca abierta. Maravillado.

Se detuvo en las profundidades del bosque y se volvió hacia mí, y cuando corrió a mis brazos tuve la sensación de haber capturado una llama, Nos hundimos juntos en el cálido y húmedo suelo. Ella rió; arañó mi desnuda espalda con sus uñas; arqueó su cuello como un gato.

—¿Quieres que te haga rey? —preguntó.

Llovía, pero el calor de nuestros cuerpos era tal que evaporaba el agua antes de que pudiera golpearnos. Era como una fiebre.

Se rió de nuevo. Apoyé mis manos en sus pechos: sus pezones eran

ardientes y duros, pulsaban contra mis palmas. Acaricié sus sedosos muslos y se abrieron para mí. Y entonces me aferró. ¡Oh, la dulzura de aquel abrazo! Cerré los ojos y vi la luz de un millar de estrellas de un millar de colores. Y sentí el calor de aquel millar de soles abrasarme. Ustedes pensarían que era mi primera mujer, tan aniquilador fue aquel momento para mí. Entonces yo tenía ya veinte años, más o menos. Pero en aquel momento, como golpeado por un rayo, todas las demás mujeres que la habían precedido a lo largo de toda mi vida fueron erradicadas de mi memoria. Sólo quedó aquélla. ¿Quién era? ¿Importaba? ¿Me importaba? Me sentía perdido en ella.

Mientras nos movíamos empezó a hablar, un suave y bajo canturreo; y al cabo de un momento me di cuenta de que estaba hablando en romani, que de aquellos labios perfectos brotaba un sorprendente flujo de las palabras más obscenas que pueden pronunciarse en nuestra lengua. ¿Cómo podía conocer aquellas palabras esa mujer gaje? Bien, de acuerdo, de acuerdo, ella era tan rom como yo, bajo aquella fachada asumida. Mientras me murmuraba y canturreaba aquel sorprendente fluir de obscenidades, la miré maravillado, y entonces se echó a reír, y lo mismo hice yo. Y entonces me arrastró con ella hasta la cúspide del placer.

—Me llamo Syluise —dijo luego.

Aquéel fue el principio. Cuando regresé a Galgala ella vino conmigo. Cuando me convertí en rey un poco más tarde, pensé en hacerla mi esposa; pero cuando fui a hablar con ella de tales asuntos, había desaparecido, y transcurrió todo un año antes de que volviera a verla. Así fue como empecé a comprender lo que era realmente Syluise. Pero entonces ya era demasiado tarde.

Puesto que Mulano no es un mundo del Imperio, no hay un servicio regular de astronaves. La única forma de llegar o salir de él es por el relé de tránsito, que es un poco como intentar viajar arrojándote el mar con un gancho en el cuello y esperar que algún pájaro gigante te agarre y te transporte allá donde desees ir. Chorian, una vez entregado el mensaje de Damiano y obtenida mi respuesta, estaba preparado para irse, pero necesitó la mayor parte de una semana antes de poder agarrar su tránsito y partir. Así que fue mi huésped durante todo ese tiempo. No es que me queje. Había llegado a gozar con mi soledad, y deseaba que volviera tan pronto como fuera posible; pero un huésped es un huésped. Quizá los gaje echen sin contemplaciones a alguien que se presente a su puerta; un rom, nunca.

En realidad no era tan malo tenerlo por los alrededores. Aparte el hecho de pasarse un poco más de lo necesario con su adoración -y realmente no podía impedirlo; yo era cinco veces más viejo que él, y además un rey, o al menos un antiguo rey, y legendario en cincuenta o sesenta mundos-, era una compañía bastante agradable. No era ni con mucho tan ingenuo como parecía a primera vista; lo que había tomado por ingenuidad era en su mayor parte su estilo de inocencia de ojos muy abiertos, que probablemente no era más que una pose debida a su juventud. Y no era justo culparle por el hecho de ser joven. No era culpa suya, y pronto debería prescindir de ello. Había felicidad en él, y fuerza, y un buen corazón rom. Además, conocía todos los chismorreos de la corte. Me sorprendió descubrir lo ansioso que me sentía de ser puesto al corriente de todas las intrigas triviales e insignificantes de los círculos internos de la Capital; y él parecía saberlo todo, los nombres de las actuales amantes del emperador, la situación exacta en esos momentos de Lord Sunteil, Lord Naria y Lord Periandros en el favor del emperador, la última escapada no eclesiástica del archimandrita Germanos, y todo lo demás.

Le pregunté cómo había llegado a emplearse en el Imperio.

—Fui vendido a él —dijo—. Nuestra kumpania se dispersó durante la gran sequía en Fénix, y fui puesto a la venta como esclavo. Tenía siete años. El falangarca Dilvimon me vio y me compró por cincuenta cerces. Fui esclavo de Sunteil hasta que cumplí los diecisiete, y cuando me concedió mi libertad me pidió que me quedara a su servicio, cosa que hice. Confía en mí y me trata bien. Y creo que es bueno para nuestro pueblo tener a un rom como la mano derecha de Lord Sunteil.

Sonaba completamente casual acerca del hecho de haber sido esclavo. Era posible; ser vendido como esclavo no era una gran desgracia y, como mi

reverenciado mentor Loiza la Vakako dijo cuando yo mismo iba a ser vendido por segunda vez, puede ser una experiencia altamente educativa para un joven rom. Después de todo, es en el agua donde aprendes a nadar. Pero sé que hay algunos que no tienen en tan alta estima como yo la institución.

Dije:

—¿Así que eres Imperio por fuera, pero sigues siendo rom por dentro?

Chorian sonrió ampliamente.

—¿Y qué otra cosa puedo ser? Auténtico rom, en carne y hueso —dijo—. Lo único que Lord Sunteil puede comprar de mí es mi tiempo. Mi alma nunca ha estado en venta. —Habíamos estado hablando en imperial, pero para esto último cambió a romani, por supuesto. Cuando es necesario decir la verdad absoluta, un rom habla en el lenguaje de su propio pueblo.

Tenía que ser un auténtico rom, hasta el punto de conocer la Gran Lengua. Pero Chorian había crecido ente los gaje, y había tristes lagunas en su educación. Nadie le había enseñado las antiguas canciones y las antiguas danzas; no sabía nada de conjuros y sortilegios; no tenía ni idea de cómo espectralar. Pero aún no había tenido ninguna oportunidad, desde que era niño, de sumergirse en el Swatura, las crónicas de nuestra raza, y el curso de nuestra historia empezaba a embrollarse en su mente.

Por supuesto, estaba familiarizado con los acontecimientos de los últimos mil años, de cómo el Reino había surgido a la existencia y de la forma en que había dispuesto sus extrañas relaciones con el Imperio. Si no otra cosa, las responsabilidades de Chorian en la corte imperial podían haber exigido de él que fuera consciente de aquella parte de la historia. Pero el resto de ella lo conocía solamente en sus brumosas líneas generales, trozos y fragmentos aquí y allá: algo de nuestros primeros días en la Estrella Romani, nuestra salida a la Gran Oscuridad, nuestro error por el espacio y nuestra llegada a la Tierra. Tenía algún conocimiento de la grandeza de la Atlantis romani, y de la catástrofe que la había destruido. Sabía algo acerca de los terribles años de nuestra vida como desheredados entre los gaje de la Tierra. Pero nada de aquello tenía un significado sólido para él. Todo era nebuloso, vago, abstracto, mera historia, una lodosa maraña de antiguas migraciones y persecuciones prácticamente sin sentido, hacía mucho tiempo y muy lejos. De hecho, parecía la historia de otra gente. No tenía la sensación de que nada de aquello le hubiera ocurrido a él. Pero así era; por supuesto, así era. Todo lo que le había ocurrido a cualquier rom les había ocurrido a todos los roms. Si no eres uno con la historia no tienes historia; y si no tienes historia no eres nada en absoluto.

En los pocos días que estuvo conmigo intenté ayudarlo. Justo antes del momento en que terminaba el Doble Día, lo llevaba fuera a los resplandecientes campos de hielo y le mostraba dónde localizar la Estrella Romani.

—Ahí —decía, señalando—. La gran roja. O Tchalai, la Estrella de Maravilla. O Netchaphoro, la Corona Luminosa, la Mensajera de Luz, el Halo de Dios. ¿La ves ahí arriba? ¿La ves, Chorian?

—¿Cómo podría no verla, Yakoub?

Y se arrodilló ante ella en el hielo.

—Hay dieciséis haces de luz que brotan de ella —le expliqué—. Uno para cada una de las dieciséis tribus originales. Puedes ver eso en el estandarte del Reino, la estrella de dieciséis puntas. Esa estrella tiene un planeta, Chorian, y es el mundo más maravilloso en todos los mil millones de galaxias.

—¿Habéis estado allí alguna vez, Yakoub?

—En mis sueños, sí.

—¿Pero nunca la habéis visto con vuestros propios ojos?

—¿Y cómo podría? Es tierra santa. Está absolutamente prohibido para cualquiera de nosotros ir allí, es el peor tipo de sacrilegio. Ningún rom ha puesto su pie en ese mundo en diez mil años.

Tuvo problemas para comprender eso: ¿por qué simplemente no subíamos a nuestras naves y partíamos a reclamar nuestro antiguo mundo natal? Sería muy fácil. ¿Qué nos lo impedía? Podíamos ir a cualquier sitio que quisiéramos, ¿no? Los jóvenes son tan impetuosos. Y no comprenden realmente la naturaleza del mundo invisible, de los lazos que no podemos ver pero que nos atan y nos constriñen. Le expliqué que se trataba de cumplir con nuestro destino a largo plazo, de un plan que estaba más allá de nuestra habilidad de captarlo. Le dije que no podíamos regresar a la Estrella Romani hasta que hubiéramos recibido una señal, una llamada, de que había llegado el momento.

Y entonces dije:

—Pero tengo intención de ir allá antes de morir, muchacho. ¿Por qué crees que he vivido tanto? Hice un juramento. Nada de muerte para mí, muchacho, hasta que haya tocado con mis dos talones el suelo de la Estrella Romani.

Me lanzó una mirada peculiar.

—¿Aunque eso sea sacrilegio?

Me volví furioso hacia él.

—¿Qué estás diciendo? No puedo ir hasta que llegue la llamada,

¿entiendes? Pero la llamada llegará pronto. Lo sé, Chorian. Tengo la certeza absoluta de ello. Y cuando ocurra..., cuando llegue el momento...

—Vos seréis el primero ahí arriba.

—El primero, sí. Mostrando el camino para el resto de nosotros. ¿Entiendes ahora?

Asintió. Contempló el negro cuenco del cielo. El aire de Mulano es frío y claro y no hay las luces de ninguna ciudad que empañen la visión del cielo. Nunca he conocido ningún otro mundo desde el cual pueda verse tan fácilmente la Estrella Romani.

—Si es tan maravilloso allí, Yakoub, ¿por qué nos fuimos?

—Tuvimos que hacerlo —respondí—. Una madre prudente echa a sus hijos para que se abran su propio camino en el universo; y la Estrella Romani fue una madre prudente para nosotros.

¿Era así? De pronto, allí, por un momento, me lo pregunté. Arrojarlos de nuestro hogar con una espada llameante y forzarnos a miles de años de desanimante error, ¿es eso prudencia? ¿Es sabiduría? ¿Es algo propio de una madre?

Escuché lo que estaba diciendo, esa frase insincera acerca de la madre prudente que nos había arrojado de su seno, y por un extraño instante todo mi sentido de la arquitectura de nuestro destino se estremeció y se tambaleó y pareció a punto de venirse abajo. A veces todo ese vocear de proverbios no es más que una forma de barrer la angustia y el dolor e incluso el resentimiento y meterlo todo debajo de la alfombra. Pero lo que tú barres debajo de la alfombra tiene una forma especial de arrastrarse de nuevo fuera y morderte, y eso no es sólo un proverbio. Es una observación.

Arrojados por nuestra prudente madre. Bien, sí. O nuestro padre. La Estrella Romani era nuestra madre y Dios era nuestro padre, y Dios había reparado en nosotros, felices y complacidos en la Estrella Romani, y se había dicho a Sí mismo: Esos gordos y perezosos roms se están volviendo complacientes. Se están volviendo arrogantes. Están empezando a olvidar que este universo es en realidad un valle de lágrimas, un lugar de riesgo y azar donde sólo gracias a la mayor buena suerte puedes completar todo un día sin que ocurra ninguna monstruosa catástrofe. Esos roms se lo han pasado bien aquí durante demasiado tiempo. De acuerdo. Les arrojaré de este lugar de una patada en el culo. Que aprendan lo que es realmente la vida. Y así lo hizo. Y hemos estado sufriendo a causa de nuestra antigua buena suerte desde entonces.

Hubo un tiempo en la Tierra un pueblo gaje llamado los judíos, que creían que eran el pueblo especial de Dios. Él los arrojó también de una

patada en el culo, simplemente para enseñarles que Él no tiene preferidos, o que, aunque los tenga, puede someterlos a penalidades más duras que aquellas a las que somete a sus enemigos. Es una historia muy similar, en ciertos aspectos: sufrimientos, persecución, pobreza, exilio. Pero no fue tan duro con ellos como lo fue con nosotros. A ellos los hizo abogados, doctores, profesores. A nosotros nos hizo afiladores y adivinos. ¿Qué tipo de lección quería enseñarnos? Al menos se apaciguó un poco con el correr del tiempo, y nos ofreció algunas ocupaciones con un poco más de clase. Todavía hay algunos judíos por ahí, pero no creo que muchos de ellos sean pilotos de astronaves. Y estoy casi completamente seguro de que ninguno de ellos es rey.

Bien, quizá todo eso haya valido la pena, me dije. El arrojarlos al exilio, el vagar, los sufrimientos. Así que respondí a mi propia pregunta con un sonoro: Sí. Por supuesto que había valido la pena. ¿Quién era yo para quejarme? Ahí estaba Chorian, contemplándome con adoración, a mí, el hombre sabio, el viejo rey, la encarnación de nuestra raza, y me estaba diciendo con los ojos: Cuéntame, cuéntame, cuéntame, Yakoub. Háblame de nuestra gran y maravillosa historia. De cómo ocurrió todo, de cómo empezó. Me sentí avergonzado de haber dudado aunque sólo fuera por un instante, de que hubiera empezado a sentirme resentido, a hacerme preguntas.

Y mientras permanecíamos allá en la oscuridad y el frío, le conté la antigua leyenda, la más antigua de todas nuestras leyendas, la Leyenda del Sol Dilatado, del mismo modo que me la había contado a mí mi padre mientras estábamos de pie juntos en aquella empinada ladera del monte Salvat una noche en Vietoris hacía mucho tiempo, y del mismo modo que yo se la había contado a mis muchos hijos, a lo largo de muchos años, en muchos mundos distintos.

Le hablé de nuestros antiguos días de grandeza, de las maravillosas ciudades de la Estrella Romani, los resplandecientes palacios y las espléndidas torres, los enormes paseos y las amplias avenidas, las brillantes columnas y plazas. Le conté cómo el cielo sobre la Estrella Romani brillaba siempre con la luz de todos los cielos. Le hablé de las once lunas que se extendían como brillantes joyas de horizonte a horizonte. Le describí los ríos que rielaban como vino nuevo, las montañas que desafiaban a las estrellas, las doradas praderas y los deslumbrantes lagos. Y le hablé de la gente apuesta y feliz.

Luego le conté cómo llegamos a saber que todo aquel esplendor iba a sernos arrebatado. Primero Mulesko Chiriklo, el pájaro de los muertos, haciendo su nido en el más alto contrafuerte del Gran Templo. Después la voz de mujer gritando la canción fúnebre por la noche, que pudimos oír en todas las ciudades a la vez. Y luego el viento que soplaba desde el sur, donde van a vivir las almas de los muertos, y que no se detuvo durante catorce meses. Y otros presagios después de eso: un año en el que no hubo verano, y un día en que el sol no se alzó, y una noche en la que no pudieron verse las estrellas en ninguna parte del mundo.

No teníamos forma de comprender esos presagios, porque no habíamos conocido más que la felicidad en la Estrella Romani. Nunca había habido una sequía, ni un terremoto, ni una inundación, ni una epidemia. Las estaciones iban rodando a su debido tiempo y la tierra era fértil. No había enfermedades entre nosotros, y cuando nos llegaba la muerte era repentina y limpia, en la extrema vejez. Así que cuando los presagios empezaron a presentarse llamamos a los sabios que podían interpretarlos por nosotros; y vinieron de todas partes del mundo, y se reunieron en la gran plaza de la capital. Conferenciaron durante noventa y nueve meses, y estudiaron, y apelaron a la guía de los dioses. Luego, en el mes que hacía cien, el rey los encerró a todos en el Salón Largo del Gran Templo, y les hizo saber que no tendrían ni comida ni bebida hasta que nos dijeran qué era lo que iba a ocurrir y cómo debíamos enfrentarnos a ello; y no se supo nada de ellos durante noventa y nueve horas, pero a la hora que hacía cien indicaron que les había sido concedida una revelación, y entonces se les permitió salir.

Nuestra dulce Estrella Romani, declararon, había decidido arrojarnos al universo para que nos abriéramos camino por nosotros mismos, y no serviría de nada llorar y quejarse o rezar, porque el tiempo era corto y era preciso emprender acciones rápidas.

Pronto, dijeron, iba a producirse un cambio en el sol que era nuestra

madre. Iba a dilatarse y hacerse más grande, y en vez de su cálido resplandor rojo dador de vida arrojaría un salvaje brillo de luz azul que arrojaría un terrible calor que ningún ser vivo podría resistir. En un monstruoso y asesino mediodía, nos dijeron los sabios, el fuego mortal cruzaría los campos y las praderas, las montañas y los valles, las ciudades y las llanuras. El mundo se volvería negro y los mares hervirían, y toda la vida terminaría en torno a la Estrella Reman. Y luego el sol reduciría su volumen tan rápidamente como había entrado en erupción, y su suave luz roja regresaría, pero ahora no iluminaría más que las ruinas destrozadas y carbonizadas de nuestro mundo muerto.

Inmediatamente hubo llantos y hubo quejas y hubo rezos, y la gente le pidió desesperadamente al rey que nos salvara; y el rey dijo:

—Esto es algo que el destino arroja sobre nosotros, y no podemos hacer nada por impedirlo. Pero hay una forma de salvarnos. —Y el rey propuso que construyéramos tantas naves espaciales como pudiéramos, y las llenáramos con gente y animales y plantas y todos los tesoros de nuestro mundo, y partiéramos a la Gran Oscuridad con ellas, y aguardáramos ahí fuera hasta que el cataclismo hubiera desandado su camino; y entonces volveríamos a la Estrella Romani y reedificaríamos nuestra vida. De este modo cesaron los llantos, y las quejas y las plegarias; y la construcción de las naves empezó. Pero muy pronto resultó claro que no podíamos construir las suficientes. Porque el momento del cataclismo estaba ya casi encima de nosotros, y apenas teníamos suficientes naves para llevar a una persona de cada mil al espacio. Y entonces llegaron noticias que aún eran peores: que el sol no se dilataría una vez sino tres, durante el transcurso de los próximos diez mil años, de modo que no serviría de nada intentar regresar a la Estrella Romani; cualquier cosa que pudiéramos reconstruir sería destruida de nuevo en la próxima dilatación, y de nuevo en la otra después de ésta.

Así supimos que la mayor parte de nosotros roamos a morir, y que el resto iba a verse arrojado de nuestro hogar para morar durante largo tiempo en el exilio. No podíamos comprender por qué Dios había elegido hacernos esto, pero sabíamos que no era cosa nuestra hallar razones a los designios de Dios.

—¿Pero sólo uno de cada mil pudo huir? —preguntó Chorian, horrorizado.

—Ni siquiera tantos como éstos —dije—. Uno de cada cinco mil, quizás, Uno de cada diez mil. Teníamos sólo dieciséis naves. Se hizo un sorteo, y fueron elegidos nombres, y las dieciséis naves partieron hacia la Gran Oscuridad. Y un día miraron tras ellos y vieron una nueva estrella en el cielo

que resplandecía con un brillante blanco azulado, y el resplandor rojo de la Estrella Romani ya no podía verse por ninguna parte; y ese día lloraron y se quejaron y rezaron, y después volvieron sus rostros hacia delante, porque sabían que no había nada tras ellos que desearan volver a ver.

—¿Y éstos fueron los roms que se asentaron en la Tierra?

—Sí —dije—. Aunque primero fuimos a algunos otros lugares; pero la Tierra era lo más parecido a la Estrella Romani, y ahí fue donde decidimos vivir.

—¿Pese a que los gaje estaban ya en ella?

—*Porque* los gaje estaban ya en ella. Los gaje estaban moldeados de una forma muy parecida a los roms, tanto que una raza podía incluso mezclarse y procrear con la otra, ¿entiendes?; y ésa fue la prueba de que los roms podían vivir y prosperar en la Tiene. Así que nos asentamos en ella, en una gran isla deshabitada hasta nuestra llegada, donde los gaje no podrían molestarnos; porque los gaje eran un pueblo rudo y estúpido y primitivo y nosotros sabíamos que nos incordiarían y nos molestarían y nos harían la guerra si intentábamos vivir entre ellos. Ocupamos esa isla, ellos no podían impedirnoslo, y a su debido tiempo edificamos en ella una gran ciudad y llegamos a vivir casi tan espléndidamente como lo habíamos hecho en la Estrella Romani; pero cuando caía la noche mirábamos a los cielos y podíamos ver la luz roja de la Estrella Romani brillar allí, y sonábamos en todo lo que una vez había sido nuestro, y nos decíamos a nosotros mismos que algún día volveríamos a nuestro mundo natal y lo convertiríamos de nuevo en lo que había sido antes de que nosotros fuéramos expulsados de él.

—¿La Estrella Romani se había vuelto roja de nuevo? —preguntó Chorian.

—Sí; exactamente tal como los hombres sabios habían predicho, así ocurrió; se hizo más brillante, muy repentinamente, y llameó con rápidas y letales exhalaciones, y luego volvió a su aspecto normal, y todo volvió a ser como antes.

—Pero ni siquiera entonces volvimos.

—Ésa fue sólo la primera dilatación del sol. Sabíamos que habría dos más.

—¿Y las ha habido?

—Una —dije—. Casi seis mil años después de que nos fuéramos. Lo vimos en el cielo, un gran estallido blanco azulado. Eso fue en la época del nacimiento de Jesu Cretchuno, el niño Cristo que algunos dicen que es el hijo de Dios; y quizá conozcas la leyenda de los tres reyes que acudieron a

adorarle en su cuna. Uno de esos reyes era rom; y sabía que la estrella que anunciaba el nacimiento del niño era la estrella que nos había dado también nacimiento a nosotros, y que estaba llameando por segunda vez, tal como nuestros sabios habían predicho.

Chorian contempló el cielo durante largo rato. Luego dijo:

—¿Y la tercera dilatación?

—Pronto —dije—. Otros mil años. O quinientos. O quizá mañana. Ése es el signo que hemos estado aguardando, la llamada, esa tercera dilatación. Y entonces al fin los roms podrán volver con seguridad a su auténtico hogar. Si tu precioso emperador nos lo permite, por supuesto. Lo cual es nuestra principal tarea en el universo, luchar por volver a tomar posesión de nuestra estrella; y te digo, muchacho, que yo estaré aquí para ver ese día.

Una repentina sombra oscureció la oscuridad, arrojando una gran guadaña contra las estrellas. Por un instante la Estrella Romani desapareció de la vista; y oí la profunda y ululante voz del pájaro de los muertos, que acababa de pasar sobre nuestras cabezas y se estaba perchando ahora en un árbol cercano. Sus enormes alas negras lo envolvieron como un sudario, y sus ojos zafiro brillaron en la noche.

—Mulesko Chiriklo —dije—. Un pájaro de buen agüero. Sigue a los roms de mundo en mundo.

Agité la mano hacia él, haciendo el saludo rom; y Mulesko Chiriklo ululó su saludo de respuesta. Sabía lo que me estaba diciendo. Era lo que me había dicho siempre. Estaba ofreciéndole al Rey de los Gitanos las bendiciones de la noche y la esperanza de un rápido regreso al antiguo país natal. Miré a Chorian. Parecía aterrado. Castañeteaba los dientes y estaba de pie, con los hombros hundidos de una forma peculiar, en absoluto adecuada para alguien tan joven y fuerte como él.

Le di una palmada en el hombro.

—Vamos, muchacho. Entremos y veamos si queda un poco de vino decente.

Mientras nos encaminábamos a mi burbuja de hielo, oí la risa de los espectros roms en el viento nocturno.

Al cuarto día Chorian tenía su antena de tránsito sintonizada a su vector más alejado, y ya era el momento de irse. Empaquetó las escasas pertenencias que había traído consigo en el espacio más pequeño posible y desdobló su casco de viaje, esa suave red de malla cobriza, no más grande que un pañuelo cuando está doblada para almacenaje, que le protegería durante su solitario vuelo a través de los espacios interestelares.

Unos momentos antes de ponerse el casco se volvió hacia mí, y le vi forcejear consigo mismo para decir algo, pero las palabras no llegaron a salir de su boca. Aquello me turbó. Un rom nunca debería sentir miedo de decirle a otro las cosas que tiene auténticamente en su corazón.

Me acerqué a él y apoyé mis manos en sus hombros. Tuve que alzarlas, pese a que no soy bajo.

—¿Qué ocurre, primo? ¿Qué es lo que quieres decirme?

—Que..., que voy á irme ahora...

—Eso ya lo sé, primo —dije muy suavemente.

—Y deseaba decir..., sólo decir...

Vaciló. Dejé que mis manos siguieran sobre sus hombros y aguardé.

—He sido un problema para vos, ¿verdad, Yakoub?

—¿Un problema?

—He venido a este lugar que habíais elegido para estar solo, y os he molestado cuando no deseabais ser molestado. Y me habéis aceptado porque la ley rom dice que no hay que echar a los huéspedes, pero os enfurecía el que yo estuviera aquí.

—Mierda de dinosaurio —dije, y lo dije con vigor, y lo dije en romani, lo cual no fue fácil, porque si bien hay muchas palabras para «mierda» en romani, no hay ninguna que signifique «dinosaurio» De todos modos lo dije, y él comprendió lo que había dicho.

—Habéis sido muy amable, Yakoub.

—Ya basta de preámbulos, muchacho. Los dos somos roms. Dime lo que hay en tu corazón.

Bajó la vista y rascó la nieve fresca con la puntera de su bota. Era muy joven, y a cada minuto que pasaba se hacía aún más joven. Mientras le observaba, intenté comprender cómo era el ser tan joven, intenté recordar cómo había sido cuando yo lo era. ¡Dios mío, hacía tanto tiempo de eso! Existir en el momento, no envuelto todavía en capa tras opaca capa de experiencia. Ser transparente, con los huesos visibles a través de la piel, con cada motivación claramente a la vista justo debajo de la superficie. No había sentido nada parecido desde hacía ciento cincuenta

años. Quizá ni siquiera entonces.

—Esos últimos días... —empezó, y se interrumpió de nuevo.

—¿Sí?

—Nunca conocí a mi padre, Yakoub. Fui vendido y separado de mi kumpania cuando sólo tenía siete años.

—Lo sé, muchacho. Y sé lo que es eso. Yo también fui vendido a los siete años, la primera vez.

—Lord Sunteil ha sido lo más parecido a un padre para mí, en este sentido. No es malo, ¿sabéis? Es un gaje y es la mano derecha del emperador, pero no es malo, y si alguien se ha portado alguna vez en mi vida como un padre conmigo ha sido Lord Sunteil. Pero no es lo mismo. Él no es de la sangre.

—Entiendo lo que quieres decir.

—Y estos últimos días..., estos últimos días, Yakoub...

Se volvió y miró hacia su izquierda, muy lejos en el campo de nieve, como si pensara que tenía que ocultar de mí las lágrimas que amenazaban con romper la barrera de sus párpados y estallar en sus ojos. Fingió buscar el aura del tránsito, pero yo sabía lo que estaba haciendo en realidad, y sentí tristeza por él por pensar que tenía que ocultar de mí su alma. Esto es lo que ocurre por crecer entre los gaje, pensé.

—Escucharos mientras me contabais las historias del Swatura..., oír de vuestros propios labios la historia de la Estrella Romani, la Leyenda del Sol Dilatado... —Inspiró profundamente y se volvió de nuevo, mirándome ahora directamente, y sí, sus ojos estaban húmedos, y que me vendan de nuevo como esclavo si los míos no estaban igual que los suyos, sólo un poco. Luego dijo, todo de corrido—: Por un tiempo durante esos últimos días comprendí lo que debe ser tener un auténtico padre, Yakoub.

Así que finalmente había conseguido decirlo.

No había nada que yo necesitara decir a cambio. Le sonreí y le abracé y le besé en la boca a la antigua manera rom, y le di a sus hombros un buen y enérgico apretón final y aparté mis manos de él, y nos quedamos el uno frente al otro en silencio. El Doble Día estaba amaneciendo ahora. El sol naranja estaba saliendo al cielo en el lado opuesto al amarillo, y el hielo ardía en llameantes colores.

Al cabo de un rato dijo:

—Temo que no voy a volver a veros de nuevo.

—¿Porque crees que nuestros caminos no volverán a cruzarse, o porque

piensas que mi tiempo está llegando ya a su final?

—Oh, Yakoub...

—El primer día que llegaste aquí me dijiste que viviría eternamente. No creo que eso sea cierto y no creo que desee que sea cierto. Pero tengo que seguir el tiempo suficiente para poner el pie en la Estrella Romani. Tú lo sabes. Y sabes que lo haré.

—Sí. Lo haréis, Yakoub.

—Y nos encontraremos de nuevo mucho antes de ese día. No sé cómo o dónde o por qué será, pero nos encontraremos. En algún lugar. En algún momento. Y, mientras tanto, hay tareas que te están aguardando, muchacho, y que deberías estar haciendo ya. Ahora vete. Y ve con cuidado. Sigue con Dios.

—Seguid vos también con Dios, Yakoub.

Me sonrió. Creo que estaba aliviado de dejar todo aquel lloroso asunto de la despedida a sus espaldas, y debo confesar que yo también.

El aura del tránsito estaba ya alzándose. Una fuente de luz verde brillante brotó de la antena que había montado en el campo de hielo a pocos cientos de metros de distancia.

—Será mejor que te vayas —dije.

Deslizó el casco de viaje sobre su cabeza, y los delgados pliegues de cobriza malla cayeron a su alrededor hasta casi llegar al suelo. Un momento antes de pulsar el botón en su hombro que haría imposible toda comunicación entre nosotros, me miró fijamente a los ojos Y dijo:

—Todavía sois rey, Yakoub. Siempre seréis rey.

Entonces tocó el botón, y la frágil red se iluminó y se hinchó como un globo, sellándolo en una esfera protectora de helado aire de Mulano que ninguna fuerza podía romper. Durante tanto tiempo como permaneciera activado el campo del caso estaría protegido de todo en aquella esfera. Incluso de la terrible oscuridad y del frío del vacío que se extiende entre un espacio y otro.

Durante un largo rato le observé desde el umbral de mi burbuja de hielo mientras permanecía de pie allí en medio del hielo, bañado por el verde resplandor del aura del tránsito y la mezcla de naranja y amarillo de los dos soles. Estaba aguardando a que algún errante brazo rastreador del relé de tránsito lo encontrara y lo recogiera y se lo llevara con él, de vuelta a los mundos del Imperio.

Sentí lástima por él. El viaje por relé de tránsito no es ni divertido ni agradable. De hecho, es un terrible engorro. Créanme. He tenido montones de oportunidades de descubrirlo de primera mano a lo largo de los años. Tú

te quedas de pie y esperas; te quedas de pie y esperas. En un millar de nexos distintos en torno al universo interior se asientan las estaciones de rastreo del tránsito como gigantescas arañas, barriendo las regiones adyacentes del espacio con sus brazos de largo alcance. Más pronto o más tarde una de ellas te descubrirá, si eres lo bastante paciente y has introducido las coordenadas correctas en tu antena. Y entonces te cogerá y te alzará y se te llevará, y te lanzará a través del espacio auxiliar, y eso sin seguir ninguna ruta que encaje particularmente con tus necesidades, sino simplemente una que encaje con el esquema de aberturas del entramado de espacio-tiempo que halle en aquellos momentos. Y más pronto o más tarde, normalmente más tarde, te depositará -no más ceremoniosamente de lo que haría con un montón de ropa sucia- en un relé de recepción de uno de los mundos del Imperio. Es un proceso lento y abrumador y básicamente humillante, en el que entregas todo el control de tu destino a una fuerza inanimada que no sólo es indiferente a cualquiera de nuestros deseos, sino que se halla también completamente más allá de tu comprensión. Durante horas, días, meses, a veces años, derivas como un juguete infantil perdido en un mar infinito, flotando dentro de tu esfera protectora sin ninguna distracción y sin más compañía que tus propios e implacables pensamientos; porque aunque tus procesos metabólicos se hallan en suspensión mientras eres mantenido fuera del continuo espaciotemporal ordinario, tu mente sigue trabajando como siempre. Una agotadora y aburrida forma de viajar. No es que quiera quejarme. Hay demasiados mundos, y no las suficientes astronaves, para que el Imperio pueda establecer un servicio turístico regular a lugares como Mulano. Yo mismo vine hasta aquí por relé de tránsito; y cuando llegue el momento de irme, así es como me marcharé.

Chorian permaneció de pie allí sin moverse, alto y erguido como un buen soldado, a la luz de los dos soles, durante lo que me pareció una eternidad y media. Al cabo de un rato empecé a pensar que quizá observándole estaba obstaculizando de alguna forma la llegada de su rayo barredor, porque las cosas funcionan a veces de este modo. Así que entré y conjuré el bathalo drom, el conjuro del buen viaje, para él. No estaba seguro de que hiciera ningún efecto, puesto que Chorian estaba encerrado en su esfera protectora, donde posiblemente el conjuro del buen viaje no podía alcanzarle. Pero valía la pena intentarlo. El conjuro del buen viaje es uno de los auténticos, uno de los que puedes confiar que haré su trabajo. No es simplemente charlatanería de brujas, algo que alguna vieja drabami de la Edad Media pudo elaborar a base de agua de lavarse, hojas de guadaña y úteros de rana; se basa en las grandes líneas de fuerza que corren a través

de los ejes curvos del universo de orilla a orilla.

En cualquier caso, tejí el conjuro para él; y luego creo que debí quedarme ligeramente dormido; y cuando volví a salir para mirarle, ya se había ido.

Los soles se estaban poniendo. Recé una pequeña plegaria y aguardé el momento de la Estrella Romani.

DOS:

LA ÚNICA PALABRA

Yo estaba con Loiza la Vakako cuando un mensajero vino hasta él y le dijo que un cierto rom loco de su familia, mientras estaba borracho, había desafiado a cinco gajes a que le siguieran a través de un paso de montaña que no era mucha más ancho que la hoja de una espada. Los seis se habían despeñado y habían muerto, pero el rom había sido el último en caer, y aquellos que habían observado toda la escena lo habían alabado extravagantemente por su valor.

Loiza la Vakako se echó a reír.

—A veces el valor ante la muerte es cobardía ante la vida —dijo. Y nunca volvió a mencionar al hombre.

1

Uno o dos días después de la partida de Chorian, decidí sacudirme un poco las telarañas y trasladarme a alguna otra parte del territorio. No era que estuviera intentando ocultarme de más visitantes, ahora que sabía que podían hallarme. Nunca estaría perdido para aquellos que sabían cómo buscar. Pero había vivido ya bastante tiempo en aquel lugar. Hay algo en el alma rom que no nos permite vivir durante mucho tiempo en el mismo lugar.

En los viejos días, cuando existía la Tierra, la mayoría de nosotros éramos nómadas. Vagabundos. Vivíamos en caravanas y vagábamos por donde nos placía. Por la noche dormíamos bajo las estrellas a menos que el tiempo fuera malo. En invierno juntábamos los carromatos y nos asentábamos temporalmente para pasar la estación; pero, tan pronto como llegaba la primavera, salíamos de nuevo. En al menos una docena de idiomas de la Tierra la palabra «gitano» terminó significando «vagabundo»

Los poetas decían cosas como: «Al mar debo volver, para llevar la vida errante de los gitanos» Lo cual, debo señalar, es una tontería, por supuesto, con el debido respeto a los literatos. Un auténtico gitano antes matará a su caballo para hacer salchichas con su carne que ir al mar. El mar, el mar, el hediondo mar con su olor a pescado, nunca ha sido un lugar donde puedas encontrar a un gitano. Vivir junto a la orilla, sí, esto está bien. Buena brisa, espléndidas comidas. ¿Pero dejarse acunar por las olas? No, nunca. Mejor los más amplios mares del espacio, tranquilos y..., bien, pueden captar una idea general de lo que esos viejos, desencaminados pero bienintencionados poetas estaban intentando decir. Al menos pensaban en nosotros.

Por alguna razón, nuestro nomadismo era tremendamente irritante para los gaje. Todo lo que no pueden controlar hace que les hormiguee el cráneo por dentro. A veces intentaban dictar leyes que exigían que nos aposentáramos en algún lugar. ¡Ja! ¿Qué bien podía hacernos eso? Acostumbrábamos a decir que hacer vivir a un gitano en un lugar fijo era como uncir un león a un arado. Verte atado toda tu vida a las mismas cuatro paredes y techo, la misma pequeña extensión de terreno, la misma calle polvorienta..., bien, eso era una tortura, eso era esclavitud. Nosotros estábamos hechos para vagabundear.

Bien, las cosas cambian, más o menos; pero cuanto más cambian las cosas, más siguen siendo lo mismo. (No puedo atribuirme el mérito de esta frase. Es sabiduría gaje, pronunciada por uno de sus sabios hace mil años. No se sorprendan tanto. Incluso los gaje tienen sus momentos de sabiduría) Ya no hay leones, y tampoco hay arados, y los gitanos dejaron de vivir en

caravanas hace ya mucho tiempo. Pero seguimos teniendo problemas con la idea de vernos atados. Podemos vivir en casas durante un tiempo, pero sólo durante un tiempo. Más pronto o más tarde nos vamos a otra parte. Y cuando nos vamos a otra parte no es de un pequeño país a otro, en el mismo continente del mismo pequeño planeta. Es para dar grandes saltos a través de miles de años luz.

(Hoy no habría un Imperio de no ser por nosotros. Los gaje no pueden negarlo. Puede que ellos construyeran las astronaves, pero fuimos nosotros quienes las pilotamos hasta los más recónditos rincones del espacio. Y todo porque somos un pueblo inquieto; y todo porque no podemos llamar hogar a ningún lugar, excepto nuestro auténtico hogar que nos fue tan cruelmente arrebatado hace diez mil años. Otros lugares no son el hogar. Sólo un refugio. Un sitio donde aguardar)

Bien. Era el día del traslado. Unas nubes verdeazuladas recorrían el cielo limón. El aire era claro y triplemente frío. Ni siquiera había espectros merodeando por los alrededores. Un buen día para emprender el camino, Yakoub Roto. Adelante, antes de que el viejo Demonio cuelgue su peso en su corazón y te empuje hacia abajo. El viejo Demonio, el taimado, o Beng, sí. Puede que también sea mi primo, pero no voy a invitarle a cenar.

Vacíé la burbuja de hielo donde había vivido durante el último año o así y reuní todas mis cosas y las empaqueté en mi pequeño y elegante sobrebolsillo de cien metros cúbicos, y cuando tiré del cordón de cierre envié noventa y nueve coma noventa y nueve de esos metros cúbicos del contenido del sobrebolsillo a una cómoda dimensión de almacenaje en el continuo adyacente. Lo que quedó tenía una masa insignificante y ningún peso en absoluto. Lo até a mi manga con un cordón y lo dejé colgar balanceándose libremente a mi lado mientras emprendía el camino hacia mi nueva casa.

Estaba al otro lado del glaciar Gombo y aproximadamente a un centenar de kilómetros al norte. Un agradable paseo. Me puse a cantar para mí mismo, en romani, durante todo el camino, sin preocuparme demasiado de que lo que decía tuviera sentido, porque, ¿quién estaba escuchando? Y cuando los dedos de los pies me empezaron a gruñir me detuve y eché la cabeza hacia atrás y grité mi nombre al viento y me agarré los testículos y agité los brazos y alcé las rodillas hasta mi barbilla y volví a bajar las piernas dando una fuerte patada y giré sobre mí mismo como un maníaco, bailando una de las antiguas danzas. ¡Hoy! ¡Hootchka pootchka hoyo zim! Y luego seguí andando, riendo, con el sudor resbalando por la enmarañada jungla negra de mi pelo y vientre. ¡Hoy! ¡Yakoub de los roms está de nuevo en

camino!

Empezó a nevar una hora después de mi partida. El cielo se volvió blanco y el horizonte desapareció, y ya no hubo más puntos de referencia para orientarme. A partir de entonces la nieve azotó mi rostro durante todo el camino. La bebí y la escupí. Incluso en la blancura y la uniformidad mantuve mi rumbo. Hacía mucho tiempo, en un planeta llamado Trinigalee Chase, del que aparte esto no me gustaría volver a hablar, me enseñaron un truco para mantener el rumbo sin ningún instrumento excepto el que tenemos entre las orejas, y que ahora me hizo un buen servicio. Esto es lo único que recuerdo de Trinigalee Chase que me alegro de no haber olvidado.

Vayas donde vayas en Mulano, el paisaje es siempre el mismo: hielo, nieve, hielo, nieve. El planeta no posee inclinación con respecto al plano de la eclíptica, así que no existe un auténtico cambio de estaciones, y aunque tiene dos caprichosos soles que le proporcionan grandes cantidades de vívida luz, está demasiado lejos de ellos para recibir un auténtico calor. Así que ambos hemisferios de Mulano están sumidos todo el tiempo en el invierno. No había tenido ningún día sin nieve desde mi llegada.

Pero eso no me preocupaba. Había pasado buena parte de mi vida en mundos tropicales. Generalmente hablando, los planetas donde había decidido asentarse la humanidad eran planetas en los que el clima era benigno; quizá un poco fríos en torno a los polos en algunos, pero normalmente agradables en todo el resto durante todo el año. Suaves y translúcidas olas, playas de arena fina, verdes frondas agitándose en la suave brisa: ése era el mundo básico gaje. Si habían colonizado algunos menos hospitalarios -Megalo Kastro, digamos, o Alta Hanualanna- era debido a que poseían materias primas que eran demasiado valiosas para pasarlas por alto. Aparte esto, considerando los muchos millones de planetas que existen sólo en nuestra galaxia, los gaje no ven demasiadas razones para instalarse en los menos acogedores. No puedo decir que les culpe por ello.

La única excepción a eso es el mundo de donde salieron todos, la Tierra. Por supuesto, ellos no colonizaron la Tierra, simplemente evolucionaron en ella. Y se marcharon de ella tan rápido como pudieron. Como hubiera hecho cualquier ser con una cierta sensibilidad. ¡Ah, el clima de la Tierra! Una cosa infernal y caprichosa, ese clima. Lo sé por mis estudios y mis ocasionales y pequeños viajes espectrales. Aparte unos cuantos lugares realmente agradables, no muy aptos para grandes bloques de población, toda ella era o demasiado cálida o demasiado fría, o demasiado húmeda o demasiado seca, o demasiado desértica o demasiado lujuriente. Allá donde el clima era decente te encontrabas normalmente con

terremotos o erupciones volcánicas o huracanes como parte del paquete.

(A los gaje les gusta argumentar que la diversidad natural de este tipo es lo que hace grande una raza, y quizá sea así. Pero tengo que señalar que según el relato del Swatura el clima de la Estrella Romani era absolutamente perfecto, y sin embargo nosotros conseguimos crear una civilización más bien impresionante allí, gracias)

(Por otra parte, la Estrella Romani fue golpeada por dos erupciones solares letales en un lapso de seis mil años. Supongo que siempre ganas algo y pierdes algo)

De todos modos, un clima ligeramente helado nunca me ha molestado en demasía. Y Mulano, por el hecho de hallarse fuera del control del Imperio y no ser totalmente inhabitable incluso en sus peores condiciones, era exactamente el tipo de planeta donde podía tomarme un tranquilo descanso sabático de mis tareas de gobierno. No era probable que fuera molestado por turistas o comerciantes de esclavos o buhoneros de sinapsis o tratantes de cadáveres o traficantes de agonías o agentes del censo o corredores de bolsa o vendedores de enciclopedias o prospectores o recaudadores de impuestos o cualquier otra del millón de frívolas distracciones de la vida del siglo XXXII. La nieve alcanzaba hasta tan profundo que incluso los arqueólogos permanecían alejados de allí. Quizá se dejaban ver algunos espectros ocasionales, pero eran de mi propia gente, así que no había ningún problema. Y yo sabía que podía vivir confortablemente en una burbuja de hielo, porque en una ocasión había pasado un par de años en Zimbalou, que es uno de los mundos nómadas roms. Las burbujas de hielo son allí un estándar de alojamiento para todo el mundo que viva al nivel de la superficie. En sus vagabundeos de un lado para otro de la galaxia, Zimbalou no se halla nunca lo bastante cerca de ningún sol como para que se fundan los hielos, y eso es bueno, porque sus principales ciudades se hallan enterradas en profundos túneles debajo del hielo, y cualquier cosa que trajera algo de calor a su superficie significaría un desastre total. Es un lugar oscuro y decepcionante, pero a su gente le encanta. Yo casi llegué a quererlo. En cualquier caso, allí aprendí el arte de construir burbujas de hielo.

Así que subí la ladera del glaciar y coroné la cima y bajé por el otro lado, y me encaminé al norte hasta que llegué al lugar escogido. Era un lugar especial en un planeta que no tiene muchos lugares especiales. Lo había encontrado y lo había señalado unos días antes de que apareciera Chorian.

Aunque básicamente Mulano no es más que un enorme, vacío, blanco y

resplandeciente campo de hielo, esta parte era diferente. Tenía un rasgo sorprendente, algo realmente peculiar. ¡Dios, cómo me gusta una buena peculiaridad! Y ésta era una peculiaridad tan peculiar que incluso a diez kilómetros de distancia podía sentirla emanar hacia mí, y su fuerza era como el rugir de un tremendo órgano de tubos cuya música llenara la mitad de los cielos.

Ascendías una baja y roma colina cubierta de blanco y, bruscamente, el verdor aparecía delante de tus ojos, extendiéndose hasta tan lejos como podías ver a través de cegadores valles de nieve y colinas y ascendiendo por la ladera de un distante glaciar. Y ese verdor no era más que miles y miles de carnosos tentáculos verde mar, tan gruesos como tu brazo en la parte superior y como tu muslo en la inferior, brotando de la nieve cada pocos metros hasta una altura de cinco o diez o veinte metros y agitándose constantemente en lentas ondulaciones como gruesos cables. Había como una música voluptuosa en sus sinuosos y deslizantes movimientos. Imaginé aquellas cosas retorcientes y agitantes como si me estuvieran susurrando, diciéndome: Ven aquí, baro rom, ven aquí, ven aquí, deja que acariciemos tu hermosa barba negra. Déjanos proporcionarte alegría, baro rom.

La primera vez que vi aquella escena creí que podían ser los miembros expuestos de alguna enorme horda de extraños animales atrapados y enterrados por algún tremendo alud de nieve. Aquel día el espectro de Valerian estaba conmigo, y le dije eso, y él respondió:

—Es una excelente suposición, Yakoub. —Lo cual era su forma habitual de decirme que acababa de decir una tontería.

(Valerian nunca ha tenido tacto. Es la oveja negra de los roms, un viejo pirata del espacio. Hubo un tiempo en que fue comandante de la marina Imperial, hasta que descubrió que prefería la piratería, y ahora su cabeza está puesta a precio, aunque me sorprendería enormemente que alguien consiguiera obtenerla alguna vez. Como nación, nosotros los roms deploramos la piratería, al menos públicamente, así que deploramos a nuestro primo Valerian, pero él practica ese negocio como si fuera poesía, y hay que admirarle por ello)

—¿Has visto alguna vez antes algo parecido a esto? —le pregunté. Pero se había ido. Apreté un puño y lo agité en el lugar donde había estado unos momentos antes, resplandeciendo en el aire—. ¡Hey, Valerian! ¡Hey, éste es mi lugar, este sitio exactamente! ¡Ven a mirar!

Eso fue hace una o dos semanas. Ahora estaba de vuelta, con la intención de quedarme. Los tentáculos seguían oscilando como antes, serpenteantes como gusanos, verdes como el pesar. Los más próximos

estaban lo suficientemente cerca como para que pudiera adelantar una mano y hacerles cosquillas. O hacérmelas ellos a mí. Tenían huecos y depresiones circulares, e hileras de pequeñas protuberancias de un color verde más oscuro a todo lo largo.

Descargué mi proyector Riemann, tan práctico para rechazar la materia tangible no deseada en lugares intangibles, y me preparé para excavar una nueva burbuja de hielo. Pero primero tenía que asegurarme que no me estaba construyendo el nido en el flanco de alguna montaña enterrada o algún otro accidente sepultado de la geografía local igualmente poco prometedor. Y también deseaba saber más sobre aquellos tentáculos. Así que conecté el proyector para efectuar un atento barrido, que alineó las moléculas de la geografía local de una forma conveniente y convirtió la sub-superficie en algo más o menos transparente en un radio de quinientos metros a mi alrededor. Así fue como descubrí que aquellas cosas retorcientes que parecían de caucho y brotaban de la nieve eran en realidad ramas de árboles. Las pequeñas protuberancias verdes eran sus hojas. Estaba de pie directamente encima de un enorme bosque prácticamente enterrado en la nieve hasta las copas de sus árboles.

Árboles, sí. Extraños, esbeltos, seductoramente curvados, ondulando como encantadoras bailarinas de muchos brazos misteriosamente enraizadas a sus lugares en el escenario. Quizás incluso fueran inteligentes. Supongo que no les importaba estar enterrados de aquella manera, puesto que la nieve es un espléndido aislante y la temperatura del aire era desagradablemente baja en aquella época del año. Quizás emergían de su nevada tumba sólo una vez cada cincuenta o mil años, pensé..., durante lo que tal vez pudiera considerarse verano en Mulano, si había alguna vez algo parecido a esa estación allí. O -lo más probable- vivían perpetuamente de aquella manera bajo la nieve, de la misma forma que los peces especia vivían tan felizmente en el hielo de los glaciares. Si viajas lo suficiente terminas viéndolo todo, e incluso más.

Bien, parecía que no tenía nada que temer de ellos, y rompían la monotonía. Así que gradué mi proyector al nivel de compactación y practiqué un agujero en el hielo para mí, largo y profundo, ligeramente inclinado hacia abajo justo hasta el lugar donde empezaba el bosque. Construí esta burbuja un poco más grande que la anterior, con paredes brillantes y un encantador suelo luminiscente y una amplia ventana que ocupaba casi todo un lado. Pasé medio día modelando una elegante puerta a partir de un bloque de hielo montado sobre un grueso marco de la misma útil sustancia. En su superficie interior colgué la pequeña y brillante esfera

Vogon que mantendría luz y energía y un perpetuo globo de cálido y suave aire entre yo y el riguroso mundo exterior.

Luego entré y cerré la puerta, y pronuncié la palabra que activaba la esfera Vogon. Todo se volvió luminoso y alegre. ¡Hey! ¡Yakoub tiene de nuevo un techo sobre su cabeza!

Entonces me dediqué a recuperar mis posesiones de las distintas dimensiones adyacentes donde las había almacenado.

Mis tesoros. Las cosas que me arraigaban a mí mismo y me recordaban lo que había sido y lo que todavía me faltaba ser. La mullida alfombra de pelo largo, de dos Yakoub de largo por tres de ancho, tejida en un maravilloso rojo y verde y azul y negro en la propia perdida Tierra por los cincuenta esclavos castrados de un sultán. Las tres lámparas de bronce, chatas y de grueso vientre, con los nombres de mis padres inscritos en sus costados. El collar de monedas bizantinas de oro que había pertenecido a aquella maravillosa prostituta Mona Elena, y que tenía intención de devolverle cuando la viera de nuevo. El lustroso pergamino de mi cargo, redactado por nueve amanuenses de Duud Shabeel que se habían quedado ciegos con la labor, y que hubiera debido entregar tras mi abdicación pero no lo había hecho porque no podía soportar la idea de depararme de algo tan ingenioso: bastaba con mirarlo el tiempo suficiente para tener la completa seguridad de que no ibas a morir nunca. La piedra astral, extraída de la sangrante garganta de un dragón de arena en Nabomba Zom, en cuyas profundidades la roja luz de la Estrella Romani brilla con una maravillosa calidez. La rueda de las maravillas. La vara de los misterios. El cetro rom, bareshti rovli rupui, la vara de plata del jefe, con su pomo de ocho lados con borlas rojas grabado con los cinco grandes símbolos, nijako, chjam, shion, netchaphoro, thushul: hacha, sol, luna, estrella, cruz. La estatua de la Virgen Negra Sara, nuestra santa patrona. El velo que había pertenecido a La Chunga, la bailarina gitana. El juego de herramientas de hojalatero, torcidas y desgastadas. La piel de oso raída y medio pelada, la única de su clase en el universo. Los candelabros de oro. Las cartas del Tarot. La guadaña que fue sumergida en el agua de mi baño cuando nací, para alejar a los demonios. El amuleto de los fósiles de erizos de mar. El pequeño y apreciado niglo espinoso, el puerco espín que nos trajimos con nosotros desde la Tierra a la mitad de los mundos de la galaxia, tallado en el llameante jade amarillo de Alta Hannalanna. Y más, mucho más, los tesoros de una larga vida, las acumulaciones de toda mi gran odisea.

Arreglé todas aquellas cosas en la burbuja de hielo de la forma en que me gustaba dejarlas arregladas. Luego salí y saludé a los agitantes brazos

verdes que se alzaban de la nieve justo delante de mí, y grité mi nombre tres veces, y grité las palabras de poder, y agité mi miembro en el helado aire y oriné delante de mi puerta, hendiendo un cálido reguero amarillento en la nieve para señalar mi territorio. Y me eché a reír y bailé otra danza rápida, agitando brazos y piernas, ¡Hootchka pootchka hoyá zim! ¡¡Yakoub! ¡Yakoub! ¡Yakoub!

Era casi como estar de nuevo en mi residencia real, en mi palacio en Calgala, donde viví mientras era Rey de los Roms y modelaba los destinos de los mundos. Encendí las lámparas y cogí el cetro y me erguí en medio de la alfombra, y de nuevo acudieron a mí, uno a uno, los jefes de los roms, diciendo: «Yo soy Frinkelo», «Yo soy Fero», «Yo soy Yakali», «Yo soy Miya», presentándome sus disputas y sus preocupaciones y sus sueños. Esté donde esté, ese lugar es mi residencia real, mi palacio. Ése es uno de los grandes secretos roms, la razón por la que podemos ser vagabundos. No se trata de que no tengamos raíces, sino de que todos los lugares son uno para nosotros y nos arraigamos allá donde estemos, porque cada lugar al que podamos llegar en nuestro errante camino es el mismo lugar: es el lugar conocido como No Estrella Romani. Y, en consecuencia, cualquier lugar puede ser nuestro hogar, puesto que ninguno de ellos es nuestro hogar.

Así que viví en el silencio y la soledad de aquel nuevo lugar al lado del extraño bosque, y fui feliz en compañía de mí mismo. El espectro de Polarca acudió a mí, y el de Valerian, y los de varios de los otros, brumosas figuras que derivaban a través del tiempo para demostrarme que aún seguían amándome. La vieja y sagaz Bibi Savina vino una o dos veces; esa lista y astuta mujer que me ha dado tantos buenos consejos durante todos estos largos años, no sólo mientras era rey sino incluso antes: porque fue ella la que se me apareció espectrando en mi infancia para decirme que sería y debería ser rey.

—Éste es el lugar —dijo ahora, y me guiñó un ojo—. Quédate aquí hasta que deje de serlo. —Era bueno ver una mujer de nuevo, aunque fuera tan vieja como Bibi Savina. Estaba encorvada y llena de arrugas, aquella Bibi Savina, y parecía tener al menos dos veces mi edad, pese a que yo era lo bastante viejo como para ser su padre. Nunca se había hecho una remodelación. Era difícil imaginar a Bibi Savina remodelada, yendo por ahí como una llamativa muchacha. ¿La hubiera deseado, si se hubiera hecho cambiar a joven y hermosa? Por supuesto, nunca he sentido nada parecido hacia Bibi Savina: ¿cómo podría ser de otro modo? Aparte todo lo demás, hubiera sido un fantástico escándalo, considerado su alto papel en el gobierno, si hubiera puesto un dedo sobre ella. No es que no me alegrara de

ver a Bibi Savina, me sentía más que alegre, pero me hubiera gustado ser visitado mientras estaba en Mulano por alguien hacia quien sintiera también un poco más de pasión. Cuando vives en un iglú en medio de un campo de nieve, un par de hermosos pechos y unos muslos tersos proporcionan una maravillosa cantidad de calor y luz. (¿Consideran impropio que un hombre de mi edad hable así? Entonces simplemente aguarden. Aunque supongo que no tendrán tanta suerte como yo; si llegan a mi edad, los jugos no correrán por su cuerpo de la misma forma que corren por el mío)

Por supuesto, resulta imposible hacer el amor con un espectro, pero, como siempre digo, hay un cierto deleite en tener a una mujer hermosa por los alrededores, aunque sea intangible. Me hubiera encantado una visita de la elegante y esbelta y perpetuamente hermosa Syluise, por ejemplo, esa extraordinaria mujer que me ha obsesionado durante tantos años; pero Syluise no me visitó. Me hubiera sorprendido mucho que lo hiciera. Hubiera sido algo demasiado cariñoso por parte de ella. De todos modos, tenía mis esperanzas, como todo el mundo. Raras veces abandonaba mis pensamientos. No dejaba de recordarla de mil formas distintas. Cómo acostumbraba a meterse en una bañera llena de esos protozoos luminiscentes azules de -¿dónde era? ¿Iriarte? ¿Estrilidis?- y salir de ella como una Venus, reluciente, deslumbrante. Y yo lamía todo su cuerpo para eliminar los protozoos que habían quedado adheridos a su piel. Su sabor aún está conmigo. Oh. La muy zorra. Cómo la quería. La sigo queriendo. Cada hombre está predestinado a tener una Syluise en su vida, creo. Incluso un rey.

Los espectros llegaron; los espectros se fueron. Y a veces, cuando estaba solo, cerraba los ojos y me hallaba en Galgala, en mi corte, con nubes de oro a todo mi alrededor, o flotaba en el placentero mar de Xamur, o estaba en la capital subiendo al son de un centenar de trompetas la amplia y cristalina escalinata de la plataforma del trono del Decimoquinto emperador, que se ponía en pie para darme la bienvenida y me ofrecía una copa de vino dulce con sus propias manos. Yo, Yakoub, nacido esclavo y vendido tres veces, ¡y ahí estaba el emperador, y Sunteil a su lado, y los lores Naria y Periandros no muy lejos, dándome la bienvenida! Dulces sueños, auténticos sueños, felices sueños de una vida sin nada que lamentar. Y me dije a mí mismo que podía seguir con aquello un centenar de años más, mil años, viviendo al brillante resplandor de mis recuerdos y completamente satisfecho.

2

Más adelante, Syluise vino a verme después de todo. O su espectro, mejor dicho. No puedo decir que llegó justo cuando ya había perdido las esperanzas, porque nunca había tenido ninguna esperanza de verla, sólo calenturientas fantasías que sabía de antemano que eran infundadas. Y de pronto, ahí estaba, Syluise la dorada, Syluise la gloriosa, flotando en el aire justo delante de mí.

—No me has echado en falta, ¿verdad? —dijo. Querida Syluise. Siempre abriendo con una estocada.

—No he pensado en nadie más que en ti durante todo este tiempo —respondí. Con voz a la vez romántica y sarcástica. ¿Cuál era la verdad? ¿Cómo podía saberlo?

Torbellineantes ondas de esplendor electromagnético la rodeaban como una aurora, arrojando un halo esmeralda, escarlata, violeta, dorado. Su aspecto era impresionante en su interior. Nunca la he visto con un aspecto que no fuera impresionante, no importaba la estación, la hora del día, el clima geofísico o emocional. Esa es su especialidad: una belleza tan intensa que es irreal. Es como su propia estatua.

—Ha pasado mucho tiempo, ¿no crees, Syluise?

—He estado viajando.

—Polarca me dijo que te vio en Atlantis.

—¿De veras? Tiene buena vista. Te busqué allí, pero no estabas.

—No espectro mucho estos días —dije.

—No. Te entierras en la nieve y contienes la respiración hasta que tu rostro se pone azul. ¿No es eso lo que estás haciendo, Yakoub?

Apenas podía soportar el contemplarla, tan hermosa era. Una belleza extraña, en absoluto rom, cascadas de brillante pelo dorado, ojos azul intenso, largas y esbeltas piernas. Es rom, lo sé, pero hace mucho tiempo que se hizo cambiar a aquella forma gaje. Que nunca altera: hace ochenta años que la conozco, y no ha envejecido ni un solo día. Es su propia estatua, sí.

Pero hay más en ella que su resplandeciente belleza. Se comporta como una auténtica mujer ante los hombres, como una gran cortesana; y Dios sabe que interpreta de forma magnífica su papel. Pero todo es un juego para ella, esas tempestuosas pasiones. Algo más arde dentro de ella, algo indescifrable, intocable, alguna ambición más profunda que hacer que los hombres se arrodillen ante su belleza. La belleza es sintética, después de todo. Puede que fuera baja y tosca y fea, con ojos vacuos y cintura gruesa y tez cenicienta, antes de hacerse remodelar como una diosa. Por todo lo que

sabía, igual pudo ser un hombre, antes de la remodelación.

—He renunciado al reino —dije.

—Sí, lo sé. Abdicaste. Pero, ¿por qué pasar tu retiro en un lugar como éste?

—Porque había cosas sobre las que necesitaba pensar. Éste es un buen lugar para pensar.

—¿Lo es?

—Mi mente trabaja bien en clima frío. Y un ambiente austero como éste me permite limitarme a lo esencial.

Lo esencial. Deseaba avanzar hacia ella y abrazarla fuertemente contra mí. Esos pechos, esos labios. Eso era lo esencial. Su perfume llenando el aire. Los espectros de Mulano se habían arracimado a su alrededor, desconcertadas por la energía que emanaba de ella. Mi garganta estaba seca y me dolían los testículos. Quizás hubiera sido mejor que ella no hubiera aparecido nunca por allí. No puedes hacer el amor con un espectro, pero por supuesto puedes desearlo.

—¿A qué cosas esenciales te refieres, Yakoub?

He sobrevivido a todas mis esposas. Syluise no me tendrá. No quiero más. Hay en ella algo duro y contradictorio que me hipnotiza.

Pero quizá ya he tenido bastantes esposas para una sola vida. Probablemente no me casaría con Syluise ni aunque ella me aceptara alguna vez. Pero de todos modos se lo pido, de tanto en tanto. Y ella me rechaza siempre.

Dije:

—El futuro del reino es lo único esencial, Syluise.

—Pero eso ya no es una preocupación para ti ahora.

—Sigo siendo el rey.

—¿Lo eres? Piénsalo. Dices que has abdicado. No puedes ser rey y no ser rey al mismo tiempo.

—Me estoy tomando unas vacaciones, eso es todo.

—Oh, entonces, ¿de eso se trata? ¿De unas vacaciones?

—De tomarme un tiempo para reevaluar las cosas. Para pensar un poco en todo. Un movimiento táctico. Podría tener el trono de vuelta en un minuto, si lo pidiera. —Sonrió: un leve agitar de sus perfectos labios; un débil brillo de sus maravillosos ojos—. ¿Lo dudas? —pregunté.

—No dudo que tú lo crees.

—Pero tú no.

—Tú *crees* que puedes ser rey y no ser rey al mismo tiempo. Debería haberme dado cuenta de eso desde un principio. Si alguien sabe cómo

funciona tu mente, ése soy yo.

—¿Qué estás intentando decir, Syluise?

—Te conocí en tiempos de Cesaro o Nano, antes de que fueras rey. Recuerdo cómo acostumbrabas a insistir que nunca aceptarías el trono ni en un millón de años, que su misma idea te disgustaba, que se lo arrojarías al rostro si alguna vez intentaban ofrecértelo. Dijiste eso una y otra vez, y luego, cuando acudieron a ti, lo agarraste tan aprisa como pudiste y no lo soltaste en cincuenta años. ¿Crees que puedo tomarme en serio nada de lo que digas, Yakoub? Eres el único hombre que conozco que puede mantener seis ideas contradictorias a la vez y sentirse perfectamente cómodo con ellas.

—Yo no quería ser rey. Rechacé el trono. Una y otra vez, hasta que vi que tenía que ser rey, que no había otra opción. Y entonces terminé aceptando.

—¿Y la abdicación? ¿Por qué lo hiciste?

Su voz se suavizó de pronto de una forma sorprendente. Por un momento ya no estaba sólo peleando conmigo. Parecía realmente preocupada. Me sentí derretir en el amor. Como un niño, como un Chorian. Como un papanatas.

—¿Realmente quieres saberlo? —pregunté.

Se me acercó más. La aurora a su alrededor murió, y descendió hasta situarse casi al nivel del suelo y casi a mi alcance. Sólo un beso, pensé. Esos rosados pezones endureciéndose contra mis palmas.

—Quiero saberlo, sí. —Su voz seguía siendo suave.

—Un movimiento táctico —dije.

En mi mente ardía el recuerdo de aquellos últimos días antes de que me presentara ante el gran kris para abdicar. Aquella época de desesperación y trastorno en mi alma, cuando, mirara hacia donde mirara, sólo veía caos y descomposición. Los hombres y mujeres jóvenes emperifollándose para parecer gaje, los matrimonios mixtos, los pilotos estelares efectuando pequeños desvíos para dedicarse a sus pequeñas operaciones de contrabando, y todo lo demás: la decadencia final de una antigua y gran raza, o al menos eso me parecía a mí. Había intentado decirme a mí mismo que exageraba, que me estaba volviendo quisquilloso y conservador con la edad. Pero al final todo había estallado dentro de mí, de una forma repentina e incontrolable: una sensación de que todo estaba haciéndose pedazos y de que había que tomar alguna medida desesperada. Fue entonces cuando reuní a la krisatora y les dije que abdicaba; y aunque viva diez mil años nunca olvidaré las expresiones de absoluta sorpresa y

desconcierto en sus rostros cuando les di la noticia.

Ella frunció el ceño. Como una nube cruzando el rostro del sol. —¿Un movimiento táctico? —dijo—. No comprendo.

Inspiré profundamente. Nunca había hablado explícitamente acerca de aquello antes, no con Polarca, no con nadie. Pero nunca había sido capaz de ocultarle nada a Syluise.

—Tenía la impresión de que las cosas estaban yendo mal en el Reino, que habíamos perdido nuestro rumbo, que habíamos olvidado nuestra finalidad. Necesitaba impresionar a la gente. Hacer que reaccionara. A fin de volver a situar el Reino de nuevo en su rumbo.

—¿Su rumbo?

—Me refiero a la Estrella Romani —dije.

—¡Oh, Yakoub!

Sonó triste y cariñosa y condescendiente a la vez. Pero más condescendiente que ninguna otra cosa.

—¿Dónde están los roms de la Estrella Romani? —pregunté—. ¿Queremos nuestro auténtico mundo de nuevo, o estamos dispuestos a vivir para siempre en el exilio? ¿Hemos pensado alguna vez en estas cosas últimamente? El único Lugar Auténtico, Syluise: ¿no significa eso nada para ti?

Su aurora llameó de nuevo. Ya no pude ver su rostro.

—Un pueblo gordo, complaciente, rico y asentado: ¿es eso lo que somos, Syluise? ¿Pilotando nuestras naves, sirviendo a los gaje, bien arropados en el imperio? No. No. Si perdemos de vista lo que realmente importa, nos perdemos de vista a nosotros mismos. Nos convertimos en algo no mejor que los gaje. ¿Es eso lo que quieres, Syluise? Quizá sí. Tu hermoso pelo gaje. Su estrecha cintura gaje. —Sentí que la rabia ascendía bruscamente dentro de mí, ascendía y ascendía—. ¿No lo comprendes? Vi a mi propio pueblo perder su rumbo. Y yo, su rey, presidiendo toda la catástrofe.

Un violento soplo de viento cruzó la llanura de hielo, alzando remolinos de nieve y arrojándolos contra nosotros. Los duros torbellinos blancos cruzaron a través de su cuerpo sin que ella pareciera darse cuenta.

—¿Y abdicar, Yakoub? —dijo suavemente—. ¿Cómo va a mejorar eso las cosas?

—Me necesitan —dije—. Ya han enviado un mensajero a pedirme que vuelva. Vendrán más. Me suplicarán. Me pedirán que imponga mis condiciones. Entonces se las diré. Y no tendrán elección. Seré rey de nuevo, Syluise. Pero esta vez ellos tendrán que seguirme allá donde les conduzca. Y

donde les conduciré será a la Estrella Romani.

—Oh, Yakoub —dijo de nuevo. Su aurora se hizo tan densa como el núcleo de un sol. Ya no podía verla, pero sí oírla. ¿Estaba llorando, dentro de aquella cegadora luminosidad de energía?

No. Aquel sonido era una risa.

¡Syluise! La maldita zorra sin corazón. La fuerza del odio que sentí en aquel momento hacia ella hubiera podido conducir una flota de astronaves desde un extremo al otro de la galaxia.

3

A veces, cuando estaba a solas, podía sentir la presencia de los reyes gitanos de todos los siglos pasados apiñándose dentro de mi alma. Sentía muy cerca a Chavula, aquel pequeño y decidido hombre que había obligado a los gaje a aceptarnos a bordo de sus naves. Y a Ilika, con su llameante barba roja, el que nos mostró cómo se daba el salto, la rápida conversión de la fuerza mental de los roms en la energía necesaria para atravesar los años luz. Claude Varna el gran explorador, el descubridor de mundos. Tavelara, Markko, Mateo, Pavlo Gitano, todos agitándose dentro de mí, compartiendo conmigo su espíritu, animándome a seguir adelante. Y había otros reyes también, figuras oscuras sin nombres ni rostros, los reyes de tiempos inmemoriales, reyes del mundo antiguo, los toscos reyes de los caminos de la Tierra; e incluso otros reyes más antiguos, reyes de la Atlantis gitana, reyes incluso de la Estrella Romani. El día en que me convertí en el más alto baro rom todos habían entrado dentro de mí, y aún merodeaban conmigo y los sentía en mi interior. Y les estaba agradecido.

¿Y quiénes eran éstos, esos otros que acechaban entre las brumas? Era incapaz de verlos pero sí podía sentirlos, misteriosos, desconocidos. Tenía una idea de quiénes eran. Eran reyes aún por venir, sucesores de Yakoub, los reyes del futuro aún no nacido, agitándose en mi alma. Sabía que yo iba a tener que morir a fin de poder liberarles para que vivieran sus destinos, y sentía un cierto dolor al saberlo; pero tendría que ser así. Eso era lo correcto. ¡Dadme la oportunidad de vivir mi destino, todos vosotros, reyes por venir, y luego podréis tener el vuestro!

Syluise se había reído de mí. Bien, dejemos que ría. Sabía por qué me había sido concedido el reino y tenía intención de realizar aquello para lo que había sido elegido. Me habían elegido porque la visión era más fuerte en mí que en cualquier otro; y aunque todos los demás hubieran perdido la visión ahora, yo no. Sólo pedía una cosa, que se me permitiera vivir el tiempo suficiente. Eso era todo lo que pedía. Una cosa que siempre había temido era que pudiera morir sin haber devuelto la Estrella Romani a mi pueblo. ¿Pero qué importaba, se preguntarán ustedes, si yo moría antes de tiempo? Estaría muerto: ¿qué me importaría ya a mí todo lo demás?

Si se preguntan ustedes eso, es que no comprenden nada.

El poder de alcanzar lo que debía ser alcanzado estaba en mí. Si disponía del poder y fracasaba en hacer uso de él, eso sería indigno. Mi pueblo me maldeciría por siempre. Si hay una vida después de esta vida, me asfixiaría bajo el peso de su desprecio. Y si no..., bien, no importa. Debo vivir como si todos los roms aún por nacer me estuvieran contemplando.

Como si cada día tuviera que sufrir el implacable examen de su escrutinio.

4

Puede que piensen ustedes que después de todas estas visitas tuve la ocasión de gozar de una cierta intimidad. Pero no pasó mucho tiempo antes de que volviera a tener compañía.

Esta siguiente visita fue más bien desconcertante, porque se trató del Duc de Gramont. O de su doble. No estaba seguro de cuál, y de ahí el desconcierto. Y la inquietud.

Julien de Gramont es un viejo amigo qué ha conseguido trazar una línea muy clara entre las esferas sobrepuestas de autoridad del Reino Rom y del Imperio. Eso es una medida de la habilidad de Julien. Como profesión, Julien ha afirmado siempre ser el pretendiente del trono de la antigua Francia, uno de los más importantes países de la Tierra allá por el año 1600. Francia se libró de sus reyes hace ya mucho tiempo, pero eso no importa; no puedo ver que pueda causar ningún daño el reclamar un trono obsoleto. Lo que no acabo de comprender exactamente, aunque Julien ha intentado explicármelo siete u ocho veces, es el extremo de reclamar el trono de un país en un planeta que ya no existe. Tiene algo que ver con la grandeza, dice él. Y la gloria. Esa segunda palabra la pronuncia gluar, o algo así. El francés es una lengua muy extraña.

(Sólo de pasada quiero señalar, puesto que no es probable que se les ocurra por ustedes mismos la idea, que la amada Francia del Duc de Gramont era un lugar no mayor de lo que sería una plantación de tamaño medio en un mundo de tamaño medio como Galgala o Xamur. De todos modos, Francia había tenido sus propios reyes, y su propio idioma, y leyes, y literatura, e historia, y todo lo demás. Y de hecho fue un lugar muy importante, en su tiempo. Lo sé porque estuve allí una vez, de hecho, exactamente en la época en que se libraron de sus reyes. Un aspecto extraño y en cierto modo curioso de los gaje de la Tierra es que consideraron necesario dividir su pequeño planeta en un centenar de pequeños países independientes. Por supuesto, esa disposición nos complicó sobremanera las cosas mientras vivimos entre ellos. Pero todo terminó hace ya mucho tiempo)

El primer par de años que viví en Mulano tuve a un doble del Duc de Gramont viviendo allí conmigo. Julien lo hizo crear para mí como un regalo de despedida cuando supo de mi abdicación, porque sabe que me encanta la cocina francesa, un campo en el que él es un experto; así que pensó que tal vez me gustaría tener mi propio chef francés mientras vivía en mi autoimpuesto exilio.

Pero generalmente los dobles sólo duran uno o dos años, o quizá un

poco más en un clima frío como Mulano. Luego se desvanecen. Y no vuelven a la vida. Mi doble de Julien se desvaneció, de la forma habitual y en el momento habitual, hacía ya varios años. Cuando ahora vi lo que tomé por el doble del Duc de Gramont abrirse camino hacia mí por entre los agitantes brazos de mi bosque -deteniéndose una o dos veces para arrancar una hoja y metérsela en la boca, como para probarla y ver si valía la pena para utilizarla en alguna salsa-, no pude hallarle sentido a nada de aquello.

-*Alors, mon vieux!* -exclamó-. *Mes hommages! Comment ça va? iSacrebleu,* hace frío aquí!

Le lancé una mirada inexpresiva y retrocedí un poco. Comprendo a los espectros, comprendo a los dobles, pero, ¿el espectro de un doble?... No.

Dije con voz deshilachada:

—¿De dónde vienes?

—Ah, ¿ése es el mejor saludo de bienvenida que puedes ofrecerme, *mon ami*? —Hablándome en un tono frío, seco, profundamente ultrajado—. Me paso media horrible eternidad encerrado en la cápsula del relé para llegar a este deprimente lugar, y no muestras la menor alegría al verme, ni expresas el menor regocijo, simplemente me haces una pregunta, bruscamente, sin el menor asomo de cortesía. ¿Que de dónde vengo? *iQuel type!* ¿Dónde está el abrazo? ¿Dónde están los besos en las mejillas? —Alzó las manos y se lanzó a una loca retahíla de palabras en francés, como un robot traductor que se hubiera vuelto loco—. *Joyeux Noël! Bonae Année! A quelle heure part le prochain bateau? J'ai le mal de mer! Faites venir le garçon! Par ici! iLe voici! iIl faut payer!* —Y se puso a dar saltos de un lado para otro como un loco.

Al cabo de un momento se calmó, como si sus engranajes estuvieran acabando la cuerda, y se detuvo allí tristemente, contemplando congelarse su propio aliento frente a su nariz.

—¿Así que no te alegras en lo más mínimo de verme? —dijo con mucha suavidad.

Lo estudié. A veces los dobles parecen un poco transparentes en los bordes. Éste no. Éste no parecía un doble en absoluto. Tenía los rápidos y penetrantes ojos de Julien, los elegantes movimientos de Julien. Su pequeño bigotito oscuro y su pequeña barba puntiaguda estaban cuidadosamente recortados al milímetro, sin ningún pelo torcido, exactamente igual a como los llevaba siempre Julien. Los dobles pierden rápidamente estos detalles. La degradación entrópica se instala en ellos, y su definición empieza a fallar.

—Entonces, ¿eres realmente tú?

—*Oui* —dijo—. Soy realmente yo.

—¿El auténtico Julien?

—¡*Sacrebleu! iNom d'un chien!* ¡Auténtico, auténtico, auténtico! ¿Qué pasa contigo, *cher ami*? ¿Dónde ha ido a parar tu cerebro? ¿Acaso este terrible frío..

—El doble que me diste —indiqué—. Me resultaba imposible imaginar cómo un doble podía volver después de todo este tiempo.

—¡Ah, el doble! El doble, *mon vieux*.

—Se desvaneció hace mucho, ¿sabes? Así que cuando lo vi de nuevo..., cuando creí verlo...

—*Oui. Bien sûr.*

—¿Cómo podía saberlo? ¿Un doble regresando después de haberse desvanecido? Se supone que eso es imposible. ¿Alguna especie de truco? ¿Alguna forma de deslizarse un asesino más allá de mi guardia? ¡Por los cuernos del diablo, hombre! ¿Qué se suponía que debía pensar?

—¿Y qué piensas ahora?

Le lancé otra larga y escrutadora mirada de cerca.

Se puso de nuevo nervioso cuando no dije nada. Agitó las manos, sacudió la cabeza de aquella manera elegante tan propia suya.

—*Cordieu, cher ami! Mon petit romanichel. Gitan bien-aimé.* Querido Mirliche, estimado Cascarrot. ¡Sólo soy yo! ¡El auténtico Julien! De veras, no soy un doble. Ni un asesino. Soy simplemente tu querido Julien de Gramont. *N'est-ce pas?* ¿No puedes creerlo? ¿Qué dices, Rey de los Gitanos?

Sí. Por supuesto. ¿Cómo podía dudarlo? Era el genuino Julien. Ningún doble podría llegar a generar tanto calor, tanto frenesí, tanta exasperada pasión.

Me sentí embarazado.

Me sentí contrito.

Me sentí como un maldito estúpido.

Confundir a un hombre con su propio doble puede que no sea una ofensa que requiera un duelo, pero evidentemente no es ningún cumplido. Y hacérselo al pobre Julien de Gramont, con sus pretensiones reales y su excitable temperamento galo...

Bien, me disculpé de la forma más profusa, y él insistió que se trataba de un error inofensivo, y le invité a mi burbuja, y preparé una buena cafetera para él, el antiguo café rom, negro como el pecado, caliente como el infierno, dulce como el amor, y al cabo de cinco minutos todo aquello era asunto olvidado, nadie había resultado ofendido, nada había pasado. Julien había traído regalos para mí, dos sobrebolsillos llenos de ellos, y ahora procedió a extraerlos de la dimensión de almacenamiento y a apilarlos en mi

suelo. ¡Querido y dulce Julien, siempre preocupado por mi confort gastronómico!

—*Homard en civet de vieux Bourgogne* —anunció, sacando uno de esos útiles frascos que te preparan y calientan la comida con sólo apretar con el dedo el botón de puesta en marcha—. *Carré d'agneau rôti au poivre vert. Fricassée de paulet au vinaigre de vin. Pommes purée. Les filets mignons de veau au citron*. Todo está etiquetado, *mon ami*. Todo es auténticamente francés, nada de los platos grotescos de los pastores de Galgala, nada de asquerosas gachas de Kalimalea, nada de temblequeantes monstruosidades de los pantanos de Megalo Kastro. Aquí está. Aquí. ¿Te gustan los riñones? ¿Te gustan las mollejas? *Fricassée de rognons et de ris de veau aux feuilles d'épinards. Hé, mon frère? Coquilles Saint-Jacques? Pâté de fruits de mer en croûte? Bouillabaisse marseillaise?* Te he traído de todo.

—Eres demasiado bueno conmigo, Julien.

—He traído lo bastante para que puedas comer como un ser humano durante dos años, quizá tres. Es lo menos que puedo hacer por ti, en esta terrible soledad salvaje. Dos años de espléndida cocina francesa. —Me lanzó una mirada de soslayo—. ¿Cuánto tiempo más piensas seguir aquí, *mon cher*? ¿Dos años? ¿Tres, cuatro?

—¿Es eso lo que has venido a averiguar, viejo amigo?

El color ascendió a sus mejillas.

—Tu larga ausencia de los mundos civilizados me preocupa. Yo la lamento. Tu pueblo la lamenta. Eres un hombre importante. Yakoub.

—Entre los rom —le dije—, decimos «importante» cuando queremos decir «corpulento» ¿Lo sabías? «Un hombre importante» significa para nosotros un hombre con una enorme barriga. —Contemplé los frascos diseminados por toda la burbuja, docenas de ellos, con un número indefinido de primos suyos metidos todavía en la dimensión de almacenaje. Palmeé mi cintura, que en los últimos años se había vuelto verdaderamente regia—. Así que, ¿para qué has traído todo esto, Julien? ¿Quieres que sea más importante aún de lo que ya soy?

—Los mundos te reclaman, Yakoub. —Su fabricado acento francés desapareció de pronto; habló en el más puro imperial—. Hay un enorme caos ahí fuera, porque no hay rey. Las naves se pierden en los caminos estelares; la piratería aumenta; las disputas entre los grandes hombres quedan sin resolver. Tu pueblo tiene una gran necesidad de ti. Incluso el Imperio te necesita. ¿Te das cuenta de eso, Yakoub?

—No pretendo ofenderte, Julien. Pero desearía saber quién te dijo que vinieras aquí.

Pareció incómodo. Jugueteeó con su puntiaguda barbita. Trasteó con sus frascos, jugueteeó con las etiquetas. Dejé que la pregunta colgara en el aire entre los dos.

—¿Quieres decir, quién me dijo que viniera aquí? —dijo finalmente.

—No creo que sea una pregunta muy complicada, ¿verdad?

—Vine aquí porque eres echado en falta. Eres necesitado.

—No te ocultes detrás de verbos pasivos. Julien. ¿*Quién* me echa en falta? ¿*Quién* me necesita? ¿*Quién* ha pagado para que acudas a una estación de tránsito y vengas hasta aquí para hablar conmigo?

Al cabo de un momento dijo, hoscamente:

—Periandros.

—Ah. La gran sorpresa.

—Si lo sabías, ¿por qué lo preguntas?

—Para ver qué ibas a decir.

—¡Yakoub!

—De acuerdo. Así que te envió Periandros. ¿Significa eso que el siguiente será el hombre de Naria?

Frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Los tres lores del Imperio, eso es lo que quiero decir. El hombre de Sunteil se marchó de aquí hace poco. Ahora tú estás aquí en nombre de Periandros. Cabe suponer que el Número Tres deseará entrar también en contacto conmigo, y quizá el archimandrita también, o incluso, Dios no lo permita, el propio emperador. Si el emperador sigue aún con vida.

—El emperador sigue aún con vida —dijo Julien—. ¿Qué es eso acerca de Sunteil?

—Envió a un muchacho rom llamado Chorian.

—Conozco a Chorian. Demasiado joven, pero muy competente. Y muy astuto, como todos vosotros los roms.

—¿Lo es? ¿Lo somos?

—¿Qué es lo que preocupa a Sunteil?

—Que mi abdicación sea alguna especie de truco, y que regrese al Imperio cuando menos sea esperado, para ocasionar la mayor cantidad de problemas.

Julien irradió serenamente.

—Por supuesto que tu abdicación es alguna especie de truco. La pregunta que debe rondar por la mente de Sunteil es por qué lo has perpetrado, y qué puede hacerse para persuadirte que abandones el juego al que estás jugando. —No respondí a eso, pero él no parecía esperar tampoco

ninguna respuesta. Me miró por unos instantes y luego, con sólo el más pequeño y exquisito gesto de su ceja, se volvió y empezó a dar vueltas por mi burbuja, tomando esto y aquello, manoseando mis más queridas posesiones con la delicadeza que sólo da la práctica del más experto tratante en antigüedades, que es una de las profesiones que ha practicado en su vida. Le dejé hacer. No iba a causar ningún daño. Acarició un brillante dilko de seda amarilla, un pañuelo rom que había pertenecido a alguno de la perdida y fabulosa tierra de Bulgaria, hacía quince siglos. Acarició el velo de La Chunga. Tabaleó un rápido ritmo en mi antigua pandereta, y luego posó reverentemente las manos sobre mi lavuta, mi violín gitano, que había pasado de rom a rom como todo el resto de aquellas cosas desde la época en que la Tierra aún existía.

—¿Puedo? —dijo.

—Como si estuvieras en tu casa.

Lo colocó en posición debajo de su barbilla, golpeó suavemente la caja de resonancia con las yemas de los dedos, cogió el arco. E hizo que aquel viejo violín riera, y luego que llorara, y luego lo hizo cantar. Todo ello en ocho o nueve compases. Me miró con ojos brillantes, triunfante.

—Tocas como un rom —le dije.

Se encogió modestamente de hombros.

—Halagas como un rom —respondió.

—¿Dónde aprendiste a tocar?

Hizo sonar uno o dos compases más.

—Hace años, en Sidri Akrak, había un viejo rom que se hacía llamar el Zigeuner Bícazuluí. Tocaba en la plaza del mercado fuera del Palacio del Trierarca, y Periandros envió a uno de sus falangarcas para invitarle a entrar; y durante año y medio aquel Bicazului fue el músico de la corte. Le pedí que me enseñara algunas de las viejas melodías.

—Hay veces en que tengo que recordarme a mí mismo que no eres rom, Julien.

—Hay veces en que yo tengo que hacer lo mismo —respondió.

—¿Qué le ocurrió a ese Bicazului tuyo? ¿Sabes dónde está ahora?

—Eso fue hace mucho tiempo —dijo Julien, haciendo un gesto vago—. Era muy viejo. —Volvió a dejar el violín y se dirigió a la ventana. Durante largo rato miró fuera. El sol amarillo estaba bajo en el cielo y las nubes se estaban agrupando; se preparaba una tormenta. Los tentáculos de los árboles se agitaban más lentamente de lo habitual. Al cabo de un rato dijo— : ¿Te gusta este lugar, Yakoub?

—Me parece muy hermoso, Julien. Me siento en paz aquí.

—¿De veras?

—Sí. De veras. Me siento realmente en paz aquí.

—Es un extraño lugar para ti en el otoño de tu vida, Yakoub. Esos campos de hielo, esta tempestuosa nieve...

—La paz. No olvides la paz. ¿Qué importa un poco de nieve, si tienes paz?

—¿Y esas repelentes cosas verdes? ¿Qué son? —Había desagrado en su voz—. *Ces horribles tentacules. ¿Des poulpes terrestres?* —Se estremeció, un movimiento preciso y elegante.

—Son árboles —dije.

—¿Árboles?

—Árboles, sí.

—Entiendo. ¿Y esos árboles también te parecen hermosos?

—Este lugar es mi hogar ahora, Julien.

—Ah. *Oui. Oui.* Discúlpame, *mon ami.*

Permanecimos uno al lado del otro junto a la ventana. El sonido de los compases que había ejecutado al violín resonaba aún en mis oídos. Y también oía las últimas palabras que yo acababa de pronunciar, creando ecos y ecos y ecos. Este lugar es mi hogar, este lugar es mi hogar.

Por un momento pensé en pedirle que saliera fuera conmigo para que así pudiera mostrarle el lugar donde, en una noche clara, el fuego rojo de la Estrella Romani brillaba en el cielo. Julien, le diría, no te he dicho la verdad. Ése es mi hogar, Julien, le diría. Y luego pensé: No. No. Le quiero mucho pero nunca lo entenderá, y en cualquier caso no debo decirle nada, porque es gaje. Ciertamente, es gaje. Pensé de nuevo en la música que le había arrancado a mi violín; y me dije: Hay veces en que tengo que recordarme a mí mismo que no eres rom, Julien.

5

Parecía avergonzado por haber hablado tan duramente de Mulano, y al cabo de un rato preguntó si podíamos salir a dar un paseo, para que así pudiera enseñarle las bellezas del paisaje. Yo sabía que ya había tenido más que suficiente de las bellezas del paisaje cuando había cruzado el bosque desde el lugar que fuera donde le había dejado caer la cápsula del relé de tránsito; aquélla era su forma de rectificar. Pero salimos de todos modos, y le mostré los árboles desde cerca, y le señalé el gran fluir deslizante de los glaciares, y le dije los nombres que les había dado a las montañas que se alzaban como un dentado muro en el horizonte.

—Tienes razón —dijo finalmente—. En cierto modo es muy hermoso, Yakoub.

—En cierto modo, sí.

—Quiero decir de veras.

—Lo sé, Julien.

—Querido amigo. Ven: ya es hora de cenar, ¿no crees?

Volvimos dentro. Contempló durante largo rato sus frascos y seleccionó finalmente uno, y apretó el pulgar contra el botón de puesta en marcha. La superficie interior del frasco se volvió brumosa mientras se calentaba. Rebuscó en uno de sus sobrebolsillos y extrajo una botella de vino tinto, e hizo saltar el corcho con ambos pulgares.

—*Le déjeuner* -proclamó-. Cassoulet á la manière *du Languedoc*. Ha sido una tarde larga y fría, pero eso me sanará. ¿Quieres un poco de pan? —Rebuscó en el sobrebolsillo y extrajo una baguette que muy bien podía haber sido horneada en París hacía sólo tres horas. Durante unos momentos se atareó sirviendo la cena.

Luego dijo, prosiguiendo con nuestra conversación anterior como si no se hubiera producido ninguna pausa:

—No creo que Sunteil tema tu regreso. Creo que no es tu regreso lo que teme.

—Polarca tiene la misma teoría.

—¿Polarca? ¿También ha estado aquí?

—Su espectro. Todavía está. Quizá flotando al lado mismo de tu hombro mientras comemos. —Durante unos instantes di cuenta del cassoulet en silencio, ayudándolo a bajar con generosos tragos de vino, y emití un resonante eructo para demostrar mi apreciación—. Esto está realmente bueno, Julien. Si en mi próxima vida tuviera que ser un gaje, me gustaría ser un francés de Francia, y comer así tres veces al día.

—El Rey de los Gitanos me hace un gran honor con esa espléndida

alabanza, Yakoub.

—El *antiguo* Rey de los Gitanos, Julien.

—Conservas el título hasta tu muerte, o hasta que los jueces del gran kris de desposean formalmente de él. Tu abdicación no liga al gobierno rom. Como bien sabes.

—¿Ahora eres abogado además de chef? —pregunté.

—También sabes que los asuntos sucesorios son de una profunda importancia para mí, Yakoub. Constituyen mi gran pasión, mi abrumadora obsesión.

—Creía que tu gran pasión era la comida —dije, quizá demasiado secamente—. Y tu abrumadora obsesión tenía algo que ver con las mujeres.

—No te burles de mí, Yakoub.

Esta vez le había herido realmente. Lo lamenté, y así se lo dije. Quizá tuviera sus pequeñas pretensiones. Pero era un viejo amigo, y muy querido.

Al cabo de un rato dijo:

—Nadie comprende tu abdicación. La ven como una traición a todo para lo que has estado trabajando durante una larga y honorable vida.

Supongo que hubiera podido explicárselo entonces. ¿Acaso pensaba, acaso todos ellos pensaban, que no había habido ninguna razón para mi marcha, que simplemente había arrojado mi corona por simple capricho? Admitiré aquí y ahora que había habido ocasiones en Mulano en las que me había despertado en mitad de la noche bañado en sudor, convencido de mi absoluta estupidez. Pero generalmente no pensaba que ésa fuera la situación, y evidentemente no deseaba que ellos lo pensarán, ni los grandes señores del Imperio ni aquellos que eran ahora los grandes gitanos. ¿Acaso creían que yo era tan veleidoso, tan caprichoso, tan irresponsable? ¿Yo? Habla, Yakoub; explícate, defiéndete. Éste es tu momento.

Pero la risa de Syluise resonó en mis oídos. Y también me recordé una vez más que este viejo y querido amigo mío era un gaje, y un confidente del emperador, y que además estaba directamente en la nómina de Lord Periandros, de modo que todo lo que dije fue:

—El poder mantenido durante largo tiempo se vuelve insípido, Julien. ¿Sabes lo que ocurre cuando dejas una botella de champaña demasiado tiempo abierta?

—No puedo creer que eso te haya ocurrido a ti, *mon ami*.

—¿Durante cuánto tiempo he sido rey? ¿Cuarenta años? ¿Cincuenta años? Más que suficientes.

—¿Así que eso es lo que piensas hacer? ¿Quedarte sentado aquí en medio de todo este hielo y toda esta nieve..., discúlpame, amigo mío, pero

no puedo conseguir que me guste este lugar..., quedarte contemplando esos desagradables tentáculos verdes agitarse y serpentear como si te hicieran señas durante todo el resto de tu vida, ¿sin hacer nada más?

—¿Durante todo el resto de mi vida? Eso no lo sé. Pero esto es lo que he estado haciendo, sin embargo. Me gusta hacerlo. Esto es lo que pretendo seguir haciendo, Julien, hasta que deje de gustarme, si alguna vez llega a ocurrir. Si.

—Esto es lo que no comprendo. Un momento de aburrimiento, un acceso de mero despecho, Yakoub, y te permites arrojar a un lado todo lo que tú...

—Déjame tranquilo, Julien. Sé lo que estoy haciendo.

—¿Lo sabes?

—Sé lo que he hecho mientras era rey. ¿No es eso suficiente para ti? ¡Maldita sea, Julien, déjame en paz!

Aparté a un lado mi plato y me dirigí a la puerta de la burbuja y miré fuera, a los suavemente ondulantes brazos del bosque. Escuché mi respiración, inspirar-exhalar, inspirar-exhalar. Envié pequeños mensajes de saludo a mi hígado, mi páncreas, mi aparato digestivo. Hola, viejos amigos. Y mis órganos corporales me respondieron con pequeños y amistosos mensajes. Hola, aquí. Nos conocemos tan bien, mis órganos y yo. Me bañé en su admiración. La alta estima en que me tenían me complacía enormemente. Los entendíamos a la perfección. Si jugábamos bien nuestras cartas podíamos seguir juntos otros doscientos años. Quizás incluso más. Pensé en ello y me sentí bien. Pensé en la cena de aquella noche. Pensé en el vino. Pensé en la nieve que estaba empezando a caer en remolinos a la inversa de las agujas del reloj. En lo que no deseaba pensar era en ser de nuevo rey. Deseaba pensar en no ser rey. La presencia o la ausencia de mi poder era lo que me proporcionaba vida y vigor en estos días.

Mi mente se llenó con pensamientos lascivos que no tenían nada que ver con lo que Julien había estado diciendo. Contemplando los verdes miembros del bosque agitarse voluptuosamente, sentí extrañas agitaciones en mi interior. Podía salir allí fuera, pensé, y tenderme desnudo en medio de ellos, y entonces ellos me abrazarían como una amante. Imaginé toda aquella miríada de tentáculos acariciando mi cuerpo, deslizándose aquí y allá por todos los lugares sensibles, sabiendo exactamente lo que más me gustaba. Sorbiendo, estrujando, cosquilleando, hurgando. Oh. Ah. ¡Oh, sí, bien! ¡Muy bien! Derivé suavemente hacia profundas fantasías erotobotánicas, extrañas pero agradables delicias florales. Había una espléndida comida en mi estómago y un buen vino tinto en mi cerebro, y

ahora mis ingles empezaban a cobrar vida con aquellos anhelos deliciosamente nuevos. ¡A mi edad, aún capaz de responder a algo extraño y nuevo! Prestad atención a eso, todos vosotros. Escuchad y aprended. Podéis pensar que los viejos fuegos se apagan, pero no es cierto. No. Ni siquiera en este helado mundo. En absoluto. Nunca.

Julien se detuvo a mi lado. Su voz perforó cruelmente mi ensoñación.

—¿Y tu pueblo, Yakoub? ¿Lo dejarás eternamente sin rey? ¿Permitirás que la liga de pilotos se desintegre?

La visión de las delicias tentaculares estalló como un globo pinchado. Me sentí furioso contra él por haberla roto. Hubiera debido darse cuenta. Un momento de solitaria reflexión, un sagrado interludio. Privado y sacrosanto. Y lo había destrozado sin siquiera un pensamiento. Y afirmaba ser francés.

Pero contuve mi irritación. En bien de la antigua amistad. Dije hoscamente:

—La krisatora sabe lo que tiene que hacer. Si desean otro rey, pueden declarar el cargo vacante y elegir a alguien. De otro modo, los roms pueden arreglárselas bastante bien sin un rey durante cinco años, o cincuenta, o quinientos si es necesario. Los franceses se las arreglaron sin uno, ¿no?, durante algo así como mil trescientos años.

—Y ya no hay más franceses —dijo Julien lúgubrementemente.

—¿Qué quieres decir?

—Ya no estamos en ninguna parte. No somos nada. Somos un recuerdo, un libro de recetas de cocina, y un difícil lenguaje que apenas nadie comprende. ¿Es eso lo que quieres para tu pueblo, Yakoub?

—Somos roms. Lo hemos sido desde antes de que hubiera franceses o ingleses o alemanes o cualquier otra de los millones de tribus de la Tierra. Seguiremos siendo roms tengamos rey en este momento o no. —Encontré mi vino y di un largo trago. Eso me calmó un poco. Era un vino espléndido, y cuando mi irritación se hubo calmado lo suficiente se lo dije. Los franceses podían ser una cultura extinta, pero *alguien* aún sabía cómo hacer un Burdeos decente.

Al cabo de un momento añadí:

—¿Por qué estoy en los pensamientos de Lord Periandros?

—El emperador es viejo y débil.

—Eso no es ninguna noticia, Julien.

—Pero ahora el final parece estar a la vista. Un año o dos quizá, pero no puede durar mucho más que eso.

—¿De veras? Los roms no van a ser entonces los únicos con problemas sucesorios. ¿Qué otra cosa hay de nuevo?

—Esto es serio, Yakoub. Hay tres altos lores, y el emperador no ha mostrado la menor inclinación hacia ninguno de ellos.

—Eso lo sé. Dejémosles que echen a suertes quién le sucede, entonces.

—Son hombres muy fuertes, y muy decididos. Si el emperador muere sin indicar ninguna preferencia, puede haber una guerra por el trono.

—No —dije, con una enérgica sacudida de cabeza—. Eso es completamente inconcebible. ¿Qué crees que es esto, la Edad Media?

—Creo que es el año 3159 A.D., Yakoub, y que hay un Imperio de varios centenares de mundos en juego, y nada esencial ha cambiado en la naturaleza humana desde los tiempos de Roma y Bizancio. Periandros no se sentará ociosamente a ver cómo Sunteil consigue el trono, ni Naria se echará graciosamente a un lado para dejarle paso a Periandros, ni...

—No habrá más guerras, Julien. La humanidad ha cambiado. Alcanzar las estrellas consiguió ese cambio.

—¿Lo crees de veras?

—La guerra es una idea pasada de moda —dije altaneramente—. Como el apéndice, como el dedo meñique del pie. Otros quinientos años, y nadie nacerá ya con apéndice, y que les aproveche. Mil años más, y no habrá tampoco dedo meñique del pie. Y la guerra ya ha desaparecido. Tú lo sabes tan bien como yo. Es un concepto obsoleto en esta era de imperio galáctico.

—Estaba empezando a caldearme con mi propia retórica. Eso siempre es una señal de peligro. Pero seguí de todos modos—. No ha habido ninguna auténtica guerra desde..., desde no sé cuándo. Centenares de años. Mil, quizá. No desde que la Tierra se fue al infierno arrastrando consigo todas sus mezquindades. —Me sentía extraordinariamente excitado—. ¡Las guerras son algo impensable en la sociedad galáctica de hoy! ¡No sólo impensable, sino logísticamente imposible!

—No estés tan seguro de ello.

—¿Por qué eres tan pesimista, Julien?

—Sólo soy realista, *mon ami*. —Hubo una repentina y helada tristeza en sus ojos que a duras penas fui capaz de soportar. Había pensado mucho en aquello. No era que yo no lo hubiera hecho también; pero llevaba alejado del mundo cinco años. ¿Me había ido demasiado lejos para seguir estando en contacto con la realidad? No. No. No. Añadió—: Creo que resultaría muy fácil revivir la idea de la guerra. Quizás un tipo de guerra completamente nuevo, una guerra entre las estrellas, pero igualmente sangrienta y horrible.

¿Sí? No. Todo esto son tonterías, pensé. Me reí en su cara. Pobre melancólico Julien, perdido en aquellas morbosas fantasías apocalípticas. Asustado por los fantasmas. ¿Una guerra? ¿Entre las estrellas? Si el vino le

hacía esto, quizá debiera limitarse al agua. Ahora estaba empezando a aburrirme.

—Olvida todo esto —le dije—. Soy demasiado viejo para asustarme con ese tipo de cosas.

—Entonces te envidio. Porque yo estoy realmente asustado.

—¿De *qué*? —exclamé.

Se mantuvo tranquilo. Calmado como la muerte.

—Esta ausencia de una clara línea de sucesión es un vacío demasiado grande. Un vacío puede engendrar fuerzas disruptivas, amigo mío, y cuanto más grande el vacío, mayores las disrupciones.

No podía discutirle aquello. Estaba orillando la línea de separación entre política y física. Nunca discuto de física.

—Encontrarán una solución —dije, más suavemente y sin excesivo vigor. Creo que estaba empezando a experimentar una lenta falta de confianza en mí mismo—. Un acuerdo entre ellos. Una división racional de la autoridad. Quizás incluso una partición del Imperio, ¿quién sabe? ¿Acaso eso no sería una buena idea?

—No hay un vacío, sino dos —prosiguió, como si yo no hubiera dicho nada—. Porque también está ausente el Rey de los Rom.

—No empieces de nuevo con eso, Julien.

—Sólo dime esto, Yakoub: dejando a un lado la cuestión de reasumir tu autoridad, ¿y si volvieras al Imperio y pidieras una audiencia con el emperador..., te recibirá, seas rey o no..., y le señalaras claramente la naturaleza de la crisis?

Entonces vi cuál era su auténtico juego. No me gustó. Dije:

—¿Y abogar por el nombre de Lord Periandros, quizá, como su sucesor? Julien enrojeció.

—¿Crees que soy tan torpe como para pedirte eso?

—Vas a favor de Periandros, ¿no?

—Voy a favor de la estabilidad. Estoy cerca de Periandros. Pero preferiría ver a Sunteil llevando la corona, o a Naria, que ver al Imperio desmembrarse en una guerra civil. Lo que importa es que tiene que haber alguna sucesión. Puede que tú puedas conseguirlo. Nadie más se atrevería a hablar de tales cosas con el emperador.

—He abdicado, Julien.

—El sistema está desequilibrado sin ti.

—Polarca dijo lo mismo, virtualmente con las mismas palabras. El espectro de Polarca. Dejémoslo desequilibrado, pues. ¡Estoy harto del equilibrio del sistema, Julien!

—Yakoub...

—¡Harto!

—La posibilidad de una guerra...

Agité impaciente las manos ante él, como si sus palabras fueran ventosidades y estuviera intentando limpiar el aire.

—Si tan sólo consideraras, Yakoub, el riesgo de permitir que esta inestabilidad...

Le corté de nuevo.

—No —dije—. Ya basta de eso. —E inmediatamente cambié de tema—: ¿Cómo dijiste que se llamaba esa cosa que hemos comido, Julien?

—*Cassoulet, mon ami* —respondió con un suspiro.

—¿Y de qué está hecho? —Siempre puedes distraer a un francés preguntándole por una receta de cocina.

—De salchichón de ajo, falda de cordero, filete de cerdo, a lo que se le añaden judías blancas y...

—Es soberbio —dije—. Absolutamente soberbio. Creo que voy a tomar un poco más.

6

Llegó la noche. Permanecimos sentados en silencio. Los viejos amigos tienen el privilegio de poder guardar silencio el uno con el otro. La aguanieve golpeó furiosamente contra mi ventana durante un rato. Luego la tormenta pasó, y el cielo empezó a aclararse. Las estrellas se abrieron camino a través de las cada vez menos densas nubes de tormenta, brillando con fiera intensidad contra aquel profundo telón de negrura que sólo puede verse en un mundo donde no vive nadie.

Permanecí sentado en silencio, sí. Sintiendo la plenitud de mi estómago, sintiendo también una cierta presión sobre mis hombros que sabía que era el peso de todo el universo moviéndose encima de mí. Aquel inmenso e inconcebible mecanismo de relojería, aquellos miles de billones de silenciosas estrellas deslizándose por sus senderos celestes, arrastrando consigo sus miles de trillones de mundos mientras giraban alrededor del desconocido eje que era en algún lugar el centro de todo. Todo entrelazado, todo conectado por invisibles ejes y puntales que imaginamos comprender.

Y entonces pensé en nuestro pequeño rincón en medio de todo aquello, aquel punto diminuto, nuestros pocos cientos de mundos dentro de nuestra única galaxia..., la galaxia que parece tan enorme cuando viajamos a través de ella, pero que es sólo un diminuto puntito en la totalidad del colosal tapiz. Los mundos de los hombres, de los gaje, de los roms. Reino e Imperio. Todos nuestros intrincados forcejeos y maniobras: eran tan pequeños en relación con el gran cielo. Pequeños, sí, pero no triviales, porque, ¿qué era el universo después de todo, sino un átomo y otro y otro y otro, cada uno tan importante como cualquiera de sus compañeros en la estructura del conjunto? No, no trivial. Nada es trivial. Réstale un átomo al universo, y todo está perdido.

Así que iban a necesitar pronto un nuevo emperador, en aquel pequeño rincón del universo que lo es todo para nosotros. Bien, sabía lo que era esa situación. Estaba por allí cuando el Decimocuarto emperador se estaba muriendo, y soy lo bastante viejo como para recordar los últimos días del Decimotercero. Estar cerca de un emperador agonizante tiene sus peligros, como es peligroso estar cerca de una estrella a punto de apagarse. La estrella ha estado llameando durante nueve mil millones de años y ahora su vida está a punto de terminar: en unos pocos momentos la loca danza de los pequeños y ardientes núcleos se verá inmovilizada para siempre y sólo quedará una esfera de fría negrura donde había habido una feroz luz. Entonces ocurre, y en ese momento del nacimiento del vacío un gran soplo de aire hacia dentro aparece aullando desde cada rincón del cosmos a la

vez. Puedes verte barrido al azar hasta los confines del universo si eres atrapado en el camino cuando los vientos convergen hacia ella.

(Por supuesto, sé que no hay aire en el espacio entre las estrellas. No sean tan estúpidamente literales. Sólo intenten comprender el sentido de lo que estoy queriendo decir)

El Decimoquinto estaba muriéndose, y arrastraba poderosos tornados en su estela. Y luego, cuando el rugir cesara y la mortal quietud se adueñara de todo, habría que nombrar a alguien como Decimosexto y poner el universo en sus manos. Sunteil, Periandros, Naria, ésas eran las elecciones. Los tres lores del Imperio. Bien, no había ninguna sorpresa allí. Los conocía a los tres. Les había visto ascender y les había visto ocupar sus posiciones. Año tras año de sutiles empujes y maniobras hasta que el poder estuvo a su alcance; y ahora sólo quedaba una maniobra más. Y los nervios de todos se crispaban a punto de estallar hasta que todo hubiera acabado.

(Cuánto más fácil hubiera sido para todos, supongo, que hubiéramos establecido desde un principio el Imperio como una monarquía hereditaria. Con el heredero evidente conocido desde mucho antes por todo el mundo. No existiría nada de este horrible temor a un caótico interregno. Mucho tiempo para que los burócratas sobre cuyos hombros descansa realmente todo el sistema pudieran evaluar al nuevo hombre y elaborar cómo mantenerlo bajo control, de modo que todo siguiera fluyendo por los cauces esperados tras el cambio de poder)

(Mucho más fácil, sí. Pero muy estúpido también, y a largo plazo catastrófico. La historia de las monarquías hereditarias nos dice que son lo mismo que tirar los dados..., puedes tener suerte y conseguir cinco u ocho buenas tiradas sucesivas, pero es imposible seguir así siempre, y más pronto o más tarde puedes estar absolutamente seguro de perder. La historia está sembrada de los oxidados restos de las monarquías dinásticas. Es decir, la historia gaje. Desde el principio de los tiempos nosotros los roms hemos tenido el suficiente buen sentido como para confiar sólo en los líderes elegidos)

Entre los contendientes de la inminente disputa por el Imperio, Sunteil era el más de mi agrado. El viejo diablo estaba metido dentro de aquel hombre. Podías ver la malicia en sus ojos: la chispa, el destello. Sunteil era un hombre de Fénix, en Haj Qaldun, el mundo natal de Chorian, un lugar de desiertos de arenas tostadas y perenne calor. Si el calor de Fénix no te vuelve loco, te vuelve listo y brillante. Entre los roms del Reino hay un dicho: «Cuenta tres veces tus dientes cuando beses a alguno de Fénix» Sunteil era de este tipo. Siniestro y tortuoso. Mi tipo de hombre. Casi

merecía ser rom.

Julien había elegido alinearse con Periandros. No podía entenderlo. ¡Ese pequeño y opaco contable! No era en absoluto el tipo de persona para Julien. ¿Qué había hecho Periandros para comprarlo..., prometerle que le construiría una nueva Francia para él en alguna parte, y lo sentaría en su trono como rey?

El planeta natal de Periandros era Sidri Akrak, un mundo donde los más hirsutos monstruos con rostros de pesadilla recorren gritando las calles de las ciudades, cosas con colmillos negros y carnosidades rojizas, con protuberantes y feroces ojos del tamaño de platos, con cuernos que se ramifican un centenar de veces y están rematados por terribles tentáculos urticantes. Los visitantes de Sidri Akrak, si no son advertidos, se hunden a veces en terribles colapsos nerviosos antes de transcurrir quince minutos de estancia. Y sin embargo los akrakianos toman a sus monstruosidades como algo simplemente casual, como si no fueran más que perros o gatos. Así es como son: almas de contables. Nada les alcanza. No tienen ni sangre ni testículos ni nada en sus cabezas excepto alguna especie de engranajes cliqueteantes y zumbantes, o así me lo parece al menos. ¡Cómo los desprecio! Y Periandros era un akraki del akrakikan, lo más puro entre lo puro. He conocido robots con más pasión en una simple articulación que él en todo su cuerpo. Sin embargo, había conseguido el favor del Decimoquinto emperador y se había alzado de la oscuridad hasta los pies mismos del trono. Ahora parecía estar en disposición de alcanzarlo. No sé: quizá algo como Periandros sea el tipo de criatura mejor adaptada para reinar en el Imperio Gaje. Ha habido emperadores akraki antes, y no fueron los peores. Supongo que los gaje consiguen el tipo de emperadores que merecen.

Y Naria. El más joven; era al que menos conocía de los tres. Un nativo de Vietoris que exhibía en su piel el más profundo de los tonos púrpura y en su pelo un llameante escarlata que caía hasta sus hombros. Parecía demasiado frío y calculador para mi gusto. No me interpreten mal..., un poco de cálculo está bien; todos somos un poco calculadores; pero la frialdad es otro asunto. Quizá sintiera prejuicios hacia él por el hecho de sus orígenes vietorianos, mi propio mundo natal en cierto modo, aunque nunca fuera para mí un «hogar», sino simplemente el lugar donde nací -en la esclavitud-, y de donde fui arrancado de mi padre y vendido de nuevo antes de que supiera nada de nada. Me resulta difícil pensar en Vietoris o en ninguno de sus habitantes gaje sin estremecerme, aunque todos me dicen que es un mundo gentil y encantador. Lord Naria de Vietoris puede que tenga muchos rasgos amables destellando como tesoros enterrados en algún

lugar muy dentro de su alma, pero nunca he visto ninguna prueba de ellos, y le deseaba un absoluto fracaso en la confrontación que se abriría ante él.

Sunteil, Periandros, Naria. Si yo regresaba al Imperio, ¿conseguiría influir en la elección? ¿Debía? ¿Podía? Julien de Gramont estaba en lo cierto respecto a que debía interesarme por la lucha que se avecinaba. Quien gobierne el Imperio es un asunto que concierne tanto a los roms como a los gaje: después de todo, compartimos una misma galaxia. Y sólo un estúpido pensaría que es posible separar de alguna forma real los intereses de los roms de los intereses de los gaje; las dos razas son interdependientes, y eso es algo que sabemos demasiado bien. Lo cual fue precisamente el motivo de que fuéramos los roms los que erigiéramos el Imperio.

(¡Intenten hacer que un gaje crea eso! ¿Pero por qué deberíamos intentarlo?)

—Bien, ¿regresarás al fin? —preguntó Julien.

Habíamos comido y comido y luego habíamos comido un poco más, y ahora él había sacado del sobrepolsillo una botella de un espléndido y viejo cotac de reflejos dorados de Galgala que pasaba sin ninguna dificultad. Pero yo había aprendido, cuando apenas era un muchacho que vivía en el elegante palacio de Loiza la *Vakako*, cómo impedir que mi cerebro fluyera hacia fuera a medida que el alcohol fluía hacia dentro.

—*A votre santé* —exclamé, alzando mi copa hacía él.

Alzó la suya.

—Caballos y riqueza —dijo en buen romani.

Bebimos. Hice seña de que llenara de nuevo las copas.

—Esplendor y gracia —dijo.

—Alegría y perversidad —respondí.

—¡Delicias y exquisiteces!

—¡Diversión y libertinaje!

—¡A tu edad, eres un bribón, Yakoub! —exclamó.

—Oh, no. En el fondo soy una persona muy prosaica. Soy tan insípido como tu Lord Periandros, amigo mío. ¿Debemos tomar otra copa y decir que la fiesta ha terminado?

—¿Por qué no vuelves al Imperio? —preguntó una vez más—. Has estado fuera cinco años. ¿No es suficiente?

—A mí no me lo parece.

—El caos caerá sobre nosotros cuando muera el emperador. ¿Puedes permitir que ocurra eso?

—¿Cómo puedo impedirlo? De todos modos, a veces el caos es algo deseable.

—No para mí, Yakoub.

—Eres un buen hombre, Julien, pero eres un gaje. Hay muchas cosas que no comprendes. Creo que me quedaré aquí.

—¿Durante cuánto tiempo más?

—Hasta que sea el momento de marcharme.

—El momento es ahora, Yakoub.

Me encogí de hombros.

—Dejemos que venga el caos. No es asunto mío.

—¿Cómo puedes decir eso, Yakoub? Tú, un hombre de honor, de responsabilidad, un rey...

—Un antiguo rey, Julien. —Me levanté, me desperecé y bostecé—. Llevamos comiendo y bebiendo durante la mitad de la noche. Las estrellas han salido y se están marchando del cielo. ¿Debemos decir que ya es suficiente y desearnos buenas noches? —No era propio de mí decir de algo que ya era suficiente; pero quizás estuviera cambiando. Quizás estaba empezando a hacerme viejo. ¿Era posible eso? No. No, no lo creía. Quizás era simplemente que me había cansado de defenderme de la insistencia de Julien.

Me miró durante largo rato sin responder.

Luego dijo con voz suave, y en un romani sin fallo.

—Te perdono, y espero que Dios pueda perdonarte también.

Aquello me abrumó. Eran palabras que se pronuncian entre nosotros cuando las conciencias son puestas en regla, se han dicho todas las palabras a un moribundo o éste las ha pronunciado para arreglar todas sus cuentas. ¿Sabía eso Julien? Tenía que saberlo. Había permanecido cerca de los roms durante la mayor parte de su vida. Seguro que sabía lo que queríamos decir cuando pronunciábamos esas palabras. *¡Te aves yertime mandar!* ¡Te perdono! Me aterró y me turbó con esas palabras de una forma que raramente me había sentido aterrado o turbado en toda mi larga vida.

—¿Una última copa? —dijo, al cabo de un rato.

—Creo que ya hemos bebido suficiente para una sola noche —respondí.

Julien se quedó conmigo otros tres días, o cinco, o no sé cuántos. Hubiera podido quedarse un mes, o para siempre, si hubiera querido. Íbamos con mucho cuidado con lo que hablábamos. Casi siempre hablábamos de comida, que es un tema seguro. Salíamos cada día a cazar o a pescar, y volvíamos con los trineos cargados de animales de Mulano, y por las noches Julien preparaba lo que habíamos conseguido a la manera clásica francesa, explicándome cada paso del proceso a medida que trabajaba.

Era un chef milagroso. Capturé un pez especia para él, e instintivamente supo que no necesitaba más que escalfarlo en su propio jugo; pero con otras cosas elaboraba maravillas utilizando solamente la pequeña colección de hierbas y especias que había traído consigo del Imperio. Los efectos que conseguía eran sorprendentes. En un mundo tan helado como Mulano no hay gran variedad en lo que a vegetación se refiere, y la vida animal es también bastante escasa. Excepto los espectros, por supuesto, que se alimentaban de energía electromagnética y no les importaba un comino que hubiera o no hierba. Ninguno de aquellos animales me había parecido nunca excesivamente sabroso. Los peces especia eran espléndidos, por supuesto. Pero las demás cosas eran en el mejor de los casos insípidas. Aun así, Julien consiguió algo espectacular con una red llena de corredores del hielo. Eran unos animales pequeños, con media docena de brillantes ojos azules encima de sus redondeados cuerpos y una infinidad de veloces patas debajo. Hizo un ragú con ellos; y fue algo maravilloso. Convirtió un cesto lleno de caracoles leopardo en algo propio de dioses. Y lo que fue capaz de hacer con las anguilas nube desafía toda credulidad. Creo que incluso llegó a pensar seriamente en probar de cocinar algunas serpientes de nieve. Hasta que le dije que me negaba de plano a cazar y comer carroñeros. Julien hubiera sido capaz probablemente de cocinar todo un lote de espectros si hubiera podido hallar alguna manera de atraparlos. En una ocasión que yo estaba atareado en otra parte, salió y cortó algunos zarcillos tiernos de los árboles más cercanos a mi burbuja para utilizarlos en la ensalada. Aquello me preocupó. Imaginé a los árboles heridos agitándose de dolor debajo de la nieve. Pero la ensalada fue algo sorprendente.

De tanto en tanto hablábamos de los viejos tiempos que habíamos pasado juntos en este o aquel mundo, Xamur, Galgala, Iriarte. Hablamos de mis mujeres, Syluise, Esmeralda, Mona Elena. Y de las suyas. Aquello fue agradable. Julien hacía que todas las mujeres parecieran diosas. Imagino que él las hacía sentir como diosas, también: hay algunos hombres con esa habilidad, aunque debería haber más. Habló de las fiestas de hacía años, de

los queridos amigos desaparecidos hacía mucho, de los cambios que traen los tiempos. Pero nunca volvió a mencionar la sucesión imperial o los problemas que había causado mi abdicación. Le agradecí su voluntad de contenerse. Pero se había contenido demasiado tarde. Aquella primera noche había metido algo dentro de mi piel con su plegaria romani del perdón, y aquel algo estaba barrenando mi carne sin piedad.

Pensé que iba a hacer un último esfuerzo para conseguir que terminara con mi exilio el día que abandonó Mulano. Las palabras estaban allí, justo detrás de sus dientes, podía asegurarlo; pero las mantuvo enjauladas y no las dejó salir.

Durante largo rato nos miramos el uno al otro sin decir nada. Y sentí una gran oleada de lástima por él. Vi en sus ardientes ojos la penetrante y desesperada soledad del hombre cuya raza ha desaparecido, cuya nación es una fantasía. Para Julien todo era la cocina, la hermosa lengua francesa, la gloria, la gloria; pero Francia tenía menos posibilidades de regresar de las que tiene un río de volver corriente arriba hasta su fuente, ¡y qué secreta crucifixión debía ser aquel conocimiento para él! Así que se ocupaba de los asuntos de los reinos que aún existían, y quizá tuviera la impresión de que con sus idas y venidas diplomáticas estaba manteniendo de alguna forma el recuerdo del reino que había sido. ¡Pobre Julien!

Nos abrazamos en silencio y en silencio se fue, dirigiéndose hacia el este a través del bosque de tentáculos hacia el punto de cita donde debería aguardar su relé de tránsito. Lo último que vi de él fue que se había detenido junto a uno de los árboles y estaba palmeando su elástico tronco, como si estuviera felicitándolo por el agradable sabor de sus succulentas yemas.

Permanecí solo mucho tiempo después de eso. Mis días y mis noches transcurrieron apaciblemente, mientras pensaba más en el pasado que en el futuro. La muerte estuvo en mi mente durante gran parte del tiempo. Eso era extraño. Nunca había pensado mucho en la muerte. ¿De qué sirve pensar en la muerte? La muerte es algo para desafiar, no para pensar en ella. Había estado muchas veces cerca de la muerte, pero ni una sola vez había pensado que pudiera llevarseme, ni siquiera en aquella ocasión cuando el lodo del mar de Megalo Kastro, que está vivo y le gusta devorar carne, estaba sorbiendo mi piel. Quizás eso sea porque siempre he tenido espectros a mi alrededor, contándome mi futuro, aunque lo hicieran a su engañosa manera. No en la forma en que nosotros acostumbábamos a engañar a los gaje, nada de cartas ni bolas de cristal. Cuando un espectro te cuenta tu futuro, saboreas la seguridad de que tendrás uno. Durante buena parte de mi juventud uno de esos espectros protectores que me visitaba a veces era el mío propio. Nunca me lo dijo, pero llegué a reconocerme en él, porque su voz era fuerte y su risa estruendosa hasta el punto de hacer estremecer los mundos. Ése soy yo; así es como he sido siempre, incluso cuando era joven, abriéndome constantemente hacia ese tipo de abrumador vigor. ¡Cómo disfrutaba viéndolo, ese espectro de un hombre de pecho como un barril y anchos hombros y grueso bigote negro y llameantes ojos, derivando hacia mí desde las brumas del tiempo! Mientras él estuviera conmigo, ¿de qué debía tener miedo?

Pero ahora no me visitaban los espectros de Yakoub, ni había visto ningún otro desde hacía mucho tiempo. Empecé a preguntarme por qué. ¿Estaba a punto de cumplirse mi tiempo? ¡Y un demonio! Sin embargo, no dejaba de imaginarlo. Es un asqueroso placer, imaginar tu propia muerte. Me veía a mí mismo regresando de un día en el hielo, sudando y esforzándome bajo el peso de algún animal que había cazado. Y tendiéndome sólo un momento, y sintiendo que algo dentro de mi cuerpo buscaba de pronto salir desesperadamente. Nos enseñan la única Palabra cuando somos jóvenes, y la única Palabra es: ¡Sobrevivir! Pero hasta para todos llega un momento en que esa palabra ya no se aplica, y seguir luchando ya no sirve, y cuando llega ese momento es una locura oponerse a él. Incluso para mí, ese momento llegará, por mucho que intente negarlo. Me enloquece, saber que debe llegar incluso para mí. Sin embargo, en mi imaginación, me siento calmado cuando llega. ¿Qué es eso, la muerte de Yakoub? ¿Aquí en este desolado mundo de nieve? Oh. Entiendo. Entiendo. Bien, entonces, éste es el momento. No más luchar contra él. ¡En qué

filósofo puede convertirse de pronto un hombre, cuando sabe al final que no tiene elección! Así que entonces me levantaba y salía fuera, y cavaba una tumba para mí en la nieve, y me tendía bajo la luz de la Estrella Romani. Y me enterraba a mí mismo, y decía las palabras para mí mismo, y lloraba por mí mismo, y bailaba y me emborrachaba por mí mismo, y derramaba el licor sobre el blanco pecho del campo de nieve como una libación, y al final cantaba el lamento para los muertos sobre mi propia tumba, el *mulengi dilli*, el relato de mi larga vida y mis magníficas hazañas. Y mientras interpretaba todo esto, dentro de mi cabeza oía la voz de Yakoub el Rom preguntándome: ¿Qué son todas estas tonterías, Yakoub? ¿Por qué juegas contigo de esta manera? Pero no podía darle ninguna respuesta, y me descubría una y otra vez dejando que aquellos pensamientos invadieran mi mente, y confieso que sentía un cierto placer en ello, un asqueroso placer, fingiendo que ya no me importaba, que ya no agarraba la vida por los testículos en una presa que no pudiera romperse, que estaba dispuesto a tenderme y descansar, que finalmente ya había tenido bastante.

Entonces tuve al tercero de mis visitantes. Llegó al mediodía, lo cual es una hora extraña para un rom, la hora oscura, el momento más misterioso de la jornada.

Era el mediodía del Doble Día, ¿entienden?, de modo que era una hora doblemente extraña, cuando los dos soles de Mulano se hallan a su máxima altura a la vez y la luz de uno borra las sombras del otro. Un instante sin sombras, un momento muerto en el tiempo. Cuando llega ese momento paro todas las cosas que esté haciendo y cierro mis fosas nasales al aire, porque, ¿quién sabe qué espíritus viajan libremente en ese instante?

El día del tercer visitante el aire era curiosamente cálido -cálido para Mulano, quiero decir-, como si la primavera estuviera ya en camino. Había un débil brillo en la superficie del hielo, una especie de fusión de apenas unos milímetros de grosor, y los espectros indígenas se arracimaban sobre ella, siseando y crepitando con una peculiar excitación.

Había salido a dar un largo paseo aquella mañana del Doble Día, hasta el borde del glaciar y subiendo hasta la mitad de su lentamente deslizante ladera, tallando mi camino con un hacha para el hielo como algún cazador prehistórico. Había una cueva que me gustaba en la ladera del glaciar. Era honda y de techo bajo, con unas paredes vítreas que resplandecían con un fuego bermellón cuando la luz de ambos soles penetraba a través de su techo, y muy al fondo había una lengua espiralada de hielo que rampaba desde el suelo de la cueva como si fuese alguna especie de antiguo altar, aunque dudaba que fuera nada más que una formación accidental. Iba a

menudo allí, apoyaba mis enguantadas manos sobre sus pulidas curvas, y cenaba los ojos, y sentía todas las estrellas en sus rumbos girar por mi cerebro.

En mi camino de vuelta de aquel lugar llegó el momento del mediodía, y me detuve inmóvil con todas mis aberturas cerradas. En aquel momento entre momentos una profunda e intensa voz dijo: —*Sarishan*, primo.

La sorpresa me llegó con la fuerza de una patada. Sentí la urgencia de echar a correr y huir instintivamente. Un súbito y espontáneo fluir de hormonas primordiales de miedo inundó mi sangre. Pero reaccioné casi con la misma rapidez para recuperar el control, deteniendo el fluir, ordenando a las células de mi sangre que devoraran aquel repentino torrente invasor antes de que pudiera alcanzar mi cerebro.

—¡Damiano! —exclamé—. ¡Primo!

Como si se hubiera materializado de un banco de nieve. Una figura larga y esbelta, con la tensa y contenida fuerza de un látigo enrollado. Todos los roms son mis primos, pero Damiano es realmente mi primo, el hijo del hijo del hermano menor de mi padre. Sus ojos son roms y su grueso y caído bigote es rom, pero ha vivido la mayor parte de su vida bajo el abrasador sol de Marajo el de las destellantes arenas, y como protección su piel ha adoptado gruesos pliegues apergaminados que hacen que no me parezca ni rom ni gaje sino algo que ni siquiera es humano.

Manteniéndose a una cierta distancia de mí, miró a su alrededor y agitó la cabeza.

—¡Vaya lugar, primo! ¡El muchacho dijo que era desolado, pero nunca imaginé algo así!

—Hay una gran belleza aquí, primo. Es un lugar maravilloso. Quédate una o dos semanas y lo verás.

—Acepto tu palabra. ¿Te molesto, primo?

—¿Molestar?

—Me das la impresión de que no te alegra verme.

—*Devlesa avilan* —dije, la vieja fórmula de bienvenida—. Es Dios quien te trajo.

—*Devlesa oraklam tume* —respondió Damiano—. Es con Dios que te encontré. El *muchacho* dijo que este lugar era todo hielo, pero no le creí. No me dijo ni la mitad. ¿No hay nada vivo aquí excepto tú?

—Hay ríos helados por los que nadan brillantes peces como si lo hicieran por el agua. Hay criaturas espectro de pura energía a todo nuestro alrededor mientras hablamos. Hay pequeños animales que corren por el hielo y se alimentan de plantas invisibles o unos de otros. Y en el otro lado

de esa colina hay un gran bosque, primo, aunque creo que no reconocerás los árboles como tales árboles.

—¿Y eres feliz aquí?

—Nunca he sido tan feliz.

—Sólo soy Damiano, primo. No necesitas bailar alrededor de la verdad conmigo.

Mis ojos llamearon.

—¿Has recorrido cinco mil años luz para llamarme mentiroso?

—Yakoub, Yakoub...

—¿Dijo el muchacho que parecía feliz?

—Sí. Lo dijo.

—Y yo lo digo ahora. ¿Hay que pedir a los espectros que declaren como testigos también?

—Yakoub.

—Damiano..., primo... —Luego estábamos riendo, y luego finalmente nos abrazamos, y nos palmeamos mutuamente la espalda, y bailamos una pequeña danza de alegría en la brillante y delgada costra de hielo semifundido—. Ven —dije, y le conduje, medio corriendo, de vuelta por encima de las colinas y valles a mi burbuja de hielo.

Jadeó a la vista del bosque.

—¡Chorian no dijo nada de eso!

—Nunca lo vio. Cuando estuvo aquí yo vivía en otra parte.

—¿Ésos son tus árboles?

—Puedo mostrarte cómo crecen, debajo del hielo.

Se estremeció.

—En otra ocasión, quizá.

Abrí varias de las botellas que me había dejado Julien de Gramont, y le preparé una comida como espero que Damiano no se hubiera atrevido a esperar nunca de mí en Mulano; el vino fluyó libre, y él lo engulló a la manera de cualquier rom errante, un vaso entero de un simple trago. Creo que eso le hubiera dado a Julien un ataque de apoplejía, ver un vino de una cosecha tan rara descender de aquella manera por el gáznate de mi primo. Pero Julien estaba muy lejos, y no sentíamos la necesidad de honrar sus productos de la manera que merecían en su ausencia: imité a Damiano trago a trago, hasta que nos sentimos bien y relajados el uno con el otro y su piel extrañamente apergaminada brilló como un fuego de carbón.

Sabía que no había venido hasta allí para ver el lugar. Damiano es un gran hombre en Marajo, con intereses en importantes negocios de todo tipo, plantaciones de huevos de fuego y granjas magnéticas y un enorme negocio

de cría de esclavos y mucho más, y aunque hubiera nueve Damianos seguiría sin tener tiempo suficiente de supervisarlo todo de una forma adecuada, como a menudo declaraba. Y sin embargo había hecho el viaje hasta mi pequeño y desolado escondite, y había acudido solo y en su yo real, sin enviar un simple espectro o un doble. Eso era un gran cumplido. Bien, así que deseaba añadir su voz al coro que me urgía que abandonara mi exilio. Bebimos y comimos y comimos y bebimos, y aguardé a que soltara su discurso, pero en vez de ello sólo habló de asuntos de la familia, los primos de Kalimaka que estaban extrayendo elementos transuránicos de su sol y vendiéndolos al mejor postor, y los de Iriarte que habían perdido cinco sistemas solares en una sola tirada de dadas y luego habían vuelto a ganarlos antes del amanecer, y los de Shurarara que sin molestarse siquiera en pedir permiso del imperio habían sacado su mundo de su órbita y estaban preparándolo para convertirlo en un mundo nómada, diciéndoles a todos que tenían intención de abandonar enteramente la galaxia. Eso último me desconcertó.

—¿Hablan en serio, Damiano? ¿Qué piensan utilizar como sol, mientras cruzan los centenares de miles de años luz?

—Oh, tienen un sol, primo. O su equivalente: para mantenerlos a todos calientes, al menos. Esa parte no constituye ningún problema. Pero nadie cree que lleguen a abandonar realmente la galaxia. Están difundiendo la historia simplemente para cubrir su desaparición, cuando todo lo que pretenden hacer es encaminarse a las Colonias Exteriores y vivir como piratas, a ocho o diez mil años luz del Centro. Golpea y corre, golpea y corre.

—Ésta no es la forma rom de hacer las cosas —dije hoscamente.

—¿Qué me dices de Valerian?

—Un pirata, sí. ¿Pero todo un mundo de ellos?

—Corren extraños tiempos, Yakoub. Con el Imperio y el Reino sin cabeza visible...

Ah. Ahí estaba, al fin.

Tendió su copa pidiendo más vino. La llené, la engulló.

—¿Sigue muriéndose el emperador? —pregunté.

—Le dan seis meses, un año.

—¿Y luego?

—Sunteil, creo.

—Podría ser peor.

—Podría. Creo que es manejable. Pero la cuestión es: ¿será capaz el nuevo rey de manejarlo?

—El nuevo rey.

Aquello sonó extraño a mis oídos. Más que extraño. Sentí el eco de aquellas palabras resonar y resonar en mi alma, y empezaron a dolerme los huesos.

—El nuevo rey, sí. —Tendió por enésima vez la copa. ¡El maldito! Había clavado su anzuelo muy profundamente en mí.

Le serví más vino.

—¿Hay un nuevo rey?

Damiano se encogió de hombros, asintió, se encogió de nuevo de hombros. Luego se levantó y se puso a pasear por la burbuja, tocando ese viejo artefacto gitano y luego ese otro, paseando la yema de los dedos por el inmemorial pasado. Yo hervía y burbujeaba con el ansia de saber. ¡El maldito! ¡El maldito! ¡De qué hermosa manera me había atrapado!

Dije, fingiendo indiferencia:

—Chorian dijo que la krisatora estaba pensando celebrar unas elecciones, puesto que yo parecía ser sincero acerca de mi abdicación. Pero Julien de Gramont, ya le conoces, el pretendiente francés..., estuvo aquí poco tiempo después. Siguió insistiendo en que volviera a Galgala y reclamara el trono.

—Le dijiste que no estabas interesado, primo.

—¿También sabes eso? ¿Julien ha estado en contacto contigo?

—Julien ha estado en contacto con todo el mundo —dijo Damiano—. En particular con la krisatora. Informó de lo que tú le dijiste.

—Ah.

—De modo que ha habido nuevas elecciones.

—Ya era hora —dije. Casualmente. Manteniendo fume el control, pese a que ardía por dentro. Me concedí un poco más de vino, y meforcé a beberlo como hubiera hecho Julien, saboreando su bouquet—. Así que debemos alegrarnos de que el Imperio se haya salvado del caos y no haya más mundos convertidos en mundos pirata. Los roms tienen de nuevo un rey y Sunteil será pronto emperador, y todo está bien de nuevo.

La curiosidad hacía estragos en mis entrañas. Pero no iba a preguntar.

Damiano sonrió de una forma curiosamente oblicua y descentrada.

—Lo de Sunteil todavía no es seguro, ya sabes. Y no tenemos ninguna razón para creer que vaya a ser bueno para los roms tampoco.

—¿A causa del nuevo rey, quieres decir?

—A causa del nuevo rey, sí.

Permanecí sentado absolutamente inmóvil, mirándole. Y Damiano, con

todo el enrojecimiento del vino asomando en los oscuros pliegues de su apergaminada piel, permaneció sentado con la misma inmovilidad que yo, devolviéndome impasible la mirada. Noté su gran fuerza. Realmente, tenía la sangre de mis padres en sus venas. ¿Era él/ el nuevo rey? No, no, nunca hubiera podido alejarse tanto de Galgala tan pronto después de la elección, si ése hubiera sido el caso.

—De acuerdo —dije—. ¿Quién es, Damiano?

—¿Te importa?

—Sabes que me importa.

—Te has alejado mucho de todo ello. Ahora vives más allá del Imperio, en un lugar de hielo y espectros y peces brillantes.

—¿Quién es?

—¿Por qué nos hiciste eso, Yakoub?

—Llega un tiempo en el que es necesario un cambio.

—¿Para los roms, o para Yakoub?

—En Yakoub es en quien estaba pensando —dije—. Tenía que abandonarlo todo, o me hubiera asfixiado en mi cargo.

—Bien, así que te fuiste, y ahora ha habido un cambio. No sólo para ti, sino para todos nosotros.

—¿Quién es, Damiano?

Me lanzó una terrible mirada.

—Shandor —dijo.

—¿Mi hijo Shandor es el Rey de los Gitanos?

—Shandor, sí.

Esa simple afirmación fue como una gigantesca daga clavándose y retorciéndose en mis entrañas. Pude sentir ríos de mi propia sangre alzarse y desbordarse. Necesité el mayor esfuerzo de mi vida para controlarme y no saltar por encima de la mesa y clavar mis manos en la garganta de Damiano, para hacerle tragar sus palabras y fingir que no habían sido pronunciadas nunca. Pero no me moví ni dije nada. Aquello era una calamidad más allá de toda medida, y yo había sido su arquitecto involuntario.

En medio de mi asombrado y despedazado silencio, Damiano dijo:

—¿Y bien, Yakoub?

—Nunca preví eso. En todos mis sueños y planes, nunca preví eso. —Agité la cabeza una y otra vez—. ¿Cuánto tiempo hace que ocurrió?

—Es muy reciente.

—Si algo de esto no es cierto, Damiano, si cualquier cosa que me has dicho hoy...

—Shandor es el rey. Que se mueran mis hijos dentro de la próxima hora si te he dicho alguna cosa que no sea verdad.

—Dios mío. Dios mío.

¡El salvaje y colérico Shandor, el único hombre en todo el universo al que no había sabido nunca cómo controlar! Shandor el rojo. Shandor el asesino. ¿Él? ¿Rey? Hubiera debido tomarlo de su cuna y arrojarlo de cabeza al oscuro y siseante corazón del cráter de Idradin. Así quizás hubiera habido alguna posibilidad de detenerle. ¿Cómo no había previsto que aquello podía ocurrir?

—¿Lo están aceptando los mundos? —pregunté.

—Se arraciman en torno a él. Corren hacia él. Hay tanta hambre de tener rey de nuevo, Yakoub. Incluso un rey como Shandor.

—Dios mío —dije de nuevo—. ¡Shandor!

—¿Es eso lo que deseabas cuando te marchaste, Yakoub?

—Se supone que no se debe entregar el reino al hijo del rey. —Mi voz era como plomo—. Va contra la costumbre. El reino no es hereditario.

—Él lo pidió. Él les forzó.

—¿Forzó a la krisatora?

—Ya sabes cómo es Shandor.

—Sí —dije—. Sé cómo es Shandor. —Sentí que en mi alma se iniciaba un terremoto. Grandes peñascos se desprendían de mi espíritu y caían rodando sobre mí, y yo me veía aplastado por ellos. Ahora vi toda la inmensidad del error que había cometido abandonando Galgala. Había dejado el lugar abierto para él, sin sospechar nunca el alcance de sus ambiciones, o de que pudiera llegar a verlas nunca realizadas. Y él había corrido a llenar aquel lugar. ¡Qué estúpido había sido, mientras me decía todo el tiempo a mí mismo que había sido soberbiamente listo! Ser hábil e invulnerable durante ciento setenta y dos años, y luego jugar la última carta, pensando que era la jugada más hábil de todas, y con ello destruir en un momento de habilidad equivocada todo lo que había construido a lo largo de mi vida...

Nunca he sentido tanta vergüenza como la que sentí en aquel momento.

Damiano debió verlo en mi rostro, alguna clara expresión del horror y la angustia que sentía, porque se reflejó en el suyo; me miró fijamente a los ojos, y pareció sobresaltado e impresionado por lo que vio allí. No podía enfrentarme a aquello. Me volví de espaldas a él y me dirigí a la puerta de mi burbuja y seguí andando, fuera, a la cruda noche. El Doble Día había terminado mientras hablábamos, y las estrellas proyectaban hacia mí su luz

desde todas las esquinas de los cielos. Iba a empezar a nevar de nuevo. Los primeros y dispersos copos cayeron revoloteando junto a mi cabeza. Permanecí de pie a solas en medio del campo de hielo, consciente de que había espectros por todos lados a mi alrededor, espectros de Mulano y quizá también el de Polarca o Valerian: sus heladas risas estaban en todas partes en la noche. Pero sabía que no iba a oír esas risas mucho más tiempo. El juego había terminado para mí, más pronto de lo que había pensado, y sin que yo ganara lo que había esperado ganar. La cuestión ahora no se centraba en ganar, sino en salvar lo que se pudiera.

Damiano estaba de pie a mi lado, sin decir nada.

—Dame un día y medio para recoger mis cosas —dije.

TRES:

HE VENIDO COMO EL TIEMPO

Krishna:

He venido como el tiempo, el destructor de los pueblos, listo para la hora que madura hacia su ruina.

Todos quienes te reciben deben morir; golpea, con brazo firme..., no importa.

Así pues, golpea. Conquista reino, riqueza y gloria.

-- Bhagavad-Gita

1

Nunca había esperado ser rey de nada. Ésa es la verdad, no importa lo que piense Syluise. Por supuesto que la profecía estaba sobre mí prácticamente desde el tiempo en que apenas había aprendido a sonarme las narices solo, pero transcurrieron años -en realidad toda una vida- antes de que llegara a comprender lo que el espectro de Bibi Savina estaba intentando decirme, allá en mi infancia en Vietoris. Sólo en retrospectiva penetré finalmente en los misterios de sus cantos y sus magias. Supongo que podría decirles a ustedes que desde el principio estuve lleno de pasión por ser el hombre más importante y decirle a todo el mundo lo que tenía que hacer y dejar que me lamieran las botas cada día, pero eso sería una mentira. Yo no era así cuando era pequeño. Quizá me volví de esa forma más tarde, un poco, pero recuerden que ser rey hace cosas extrañas a hombres de otro modo modestos. Todo lo que deseaba al principio era simplemente vivir hasta mañana, y luego vivir hasta pasado mañana, y abrirme camino por el estrecho sendero entre el dolor por un lado y el final de todo dolor por el otro, viviendo alegre cada día. Aunque fuera un esclavo, aunque estuviera condenado a un exilio eterno, lo que deseaba era simplemente esto: no un reino, sino sólo alegría.

Mi padre fue Romano Nirano, un rom entre los roms, un hombre que llevaba la majestad en la punta de su dedo meñique. Como saben, fui apartado de él y vendido cuando tenía siete años, pero puedo verle ahora como si estuviera de pie justo a mi lado, con su ancho rostro de recios pómulos, los enérgicos y meditabundos ojos hundidos en sus órbitas, el recio bigote colgante, la gran melena de pelo negro que cubría la mitad de su frente. Es mi rostro también. Hemos heredado ese rostro a lo largo de todos los miles de años desde que fuimos echados de la Estrella Romani, y creo que es un rostro que perdurará hasta el final de los tiempos. Como nosotros.

Él ya era esclavo cuando nací yo. De su padre había heredado una catástrofe tan grande de deudas que no había posibilidad de pagarlas ni en cinco vidas. El viejo había sido un especulador de lunas y se había visto atrapado en el Pánico de 2814, cuando todos los metales pesados perdieron completamente su valor; y después de eso nos vimos arrojados durante siglos a la indigencia. Mi padre hubiera podido borrar todo aquello declarándose en bancarrota, pero mi padre creía que declararse en bancarrota era una cobardía.

Así que se vendió a sí mismo y a mi madre y a mis cinco hermanos y hermanas a cambio de un finiquito. Las deudas de la familia fueron borradas de los libros y nos convertimos en esclavos de la Agencia Volstead, una gran empresa interestelar controlada por el Imperio.

—No es ninguna desgracia ser esclavo —me dijo mi padre. Yo tenía entonces cinco años y acababa de descubrir que era distinto de la mayoría de los demás niños. Yo pertenecía a alguien—. Es un simple arreglo, eso es todo. Puede que sea un inconveniente a veces, pero nunca una desgracia. Es un arreglo que deseas alterar tan pronto como te sea posible, de acuerdo, y si tienes la posibilidad y no la aprovechas, entonces sí es una desgracia. Pero aparte eso no hay ninguna vergüenza implícita en ello.

Deben entender: se estaba refiriendo a la esclavitud moderna. La institución era muy distinta en los tiempos antiguos. Pero todo lo era. Puede que hoy utilicemos los mismos nombres para muchas cosas que en los tiempos antiguos -«esclavo», «rey», «emperador, espectro»-, pero el significado de esas palabras no es el mismo. El pasado remoto no sólo es un país extranjero, como alguien dijo una vez, sino otro universo completamente distinto.

Supe que era un esclavo antes de saber que era un rom. O, para decirlo más exactamente, siempre supe que era un rom, pero no fue hasta que cumplí los seis años que supe que la mayoría del resto de la gente no lo era.

En casa hablábamos romani y fuera de casa imperial, y cambiábamos de una lengua a otra sin ninguna dificultad. Yo creía que todo el mundo hacía lo mismo. Mi madre nos contaba antiguas leyendas roms, historias de dioses y demonios, de brujos y brujería, de heroicos viajes en caravana a través de extrañas tierras lejanas. Yo creía que todo el mundo conocía esas historias. Guardábamos nuestros tesoros rom en casa, monedas de oro, instrumentos musicales, pañuelos de brillantes colores, iconos sagrados. Nunca entré en las casas de mis compañeros de juegos, así que nunca supe que ellos no tenían esas posesiones.

Cuando cumplí los seis años salí un día para tallar una bola de gloria del

árbol de bolas de gloria junto a la orilla del río, y cuando llegué allí descubrí que mi hermana Tereina estaba siendo atacada por un grupo de otros niños. Tereina tenía doce arios y sus atacantes, chicos y chicas juntos, debían tener ocho o nueve, de modo que su cabeza sobresalía sobre todas las demás; pero eran media docena, y la estaban atormentando.

—¡Basura rom, basura rom, basura rom! —cantaban mientras trazaban círculos a su alrededor—. ¡Rom, rom, rom, rom!

Estaban intentando arrancarle el collar que llevaba al cuello. Era una cadena de resplandecientes élitros de escarabajos viento que el hermano de mi padre había traído como regalo para ella de Iriarte, y era su propiedad más preciosa, con sus pulsantes iridiscencias de un centenar de sutiles colores. Tereina golpeaba frenéticamente las manos que intentaban aferrar el collar. Era demasiado alta para ellos, pero habían conseguido desgarrar la parte delantera de su blusa, y se le veían los pechos, y vi que estaban marcados con rojos arañazos en la piel.

—Basura rom, basura rom, basura rom...

Me vio y llamó mi nombre. Y me pidió en romani que la ayudara, y luego dijo en imperial:

—¡Yakoub, lánzales el mal de ojo! ¡Échales un conjuro, Yakoub!

Yo sólo tenía seis años. Pero era grande y fuerte, y no tenía ninguna razón para sentir miedo de ellos. Y mi madre me había contado las leyendas del mal de ojo, la magia negra que las *drabame*, las viejas brujas gitanas, utilizaban para hacer sufrir a sus enemigos. Algunas de esas leyendas eran pura fantasía y algunas eran reales, aunque a aquella edad yo no tenía forma de saber cuáles eran qué. Para mí todo era real entonces, y creía que podía lanzar a los que estaban atormentando a mi hermana al núcleo del mismo sol con sólo pronunciar las palabras adecuadas y hacer los gestos adecuados. Creo que ellos también lo pensaban; porque hice que mis ojos cambiaran e hinché las mejillas y doblé los brazos por encima de mi cabeza y avancé hacia ellos, cantando: «*iachalipe! iachalipe! iachalipe!*», iencantamiento, encantamiento, encantamiento!... y se dieron la vuelta y huyeron, chillando como cerdos asustados. Lancé estrepitosas carcajadas y les grité espantosas maldiciones y arrojé mi orina tras ellos para burlarme.

Tereina estaba llorando y temblando. La consolé de la forma que un hombre consuela a una mujer, atrayéndola hacia mí y abrazándola, aunque yo sólo era un niño. Luego pregunté:

—¿Por qué estaban haciendo eso? ¿Porque somos esclavos?

—¿Por qué debería importarles el que seamos esclavos? La mitad de ellos también son esclavos.

—Entonces, ¿por qué...?

—Porque somos roms, hermanito. Porque somos roms.

Así que aquella noche fue necesario que mi padre me explicara muchas cosas que yo nunca había sabido, y después de aquella noche la vida fue completamente distinta para mí.

—Nosotros los llamamos gaje —me dijo—. Que significa, en imperial, estúpidos, idiotas, necios. Sus mentes son más lentas que las nuestras, y piensan de una manera torpe y pesada. Nosotros pasamos de uno a cinco a tres a diez, mientras que ellos avanzan lentamente, uno dos tres cuatro. Por supuesto, algunos gaje son más rápidos que otros. El emperador es un gaje y lo mismo lo son sus altos lores, y todos ellos tienen mentes rápidas. Pero la mayoría de los gaje son simplones, y tenemos que soportar su estupidez desde que empezamos a vivir entre ellos. Y saben que somos mucho más rápidos que ellos. Por lo cual hubo un tiempo que nos persiguieron y oprimieron, e incluso ahora nos temen y desconfían de nosotros, aunque la mayoría de ellos negarán siempre que lo hagan.

—¿Y hay muchos de esos gaje? —pregunté.

—Diez mil de ellos —dijo mi padre— por cada uno de nosotros. O quizá más. ¿Quién puede contar a los gaje? Son como las estrellas en el cielo. Y nosotros somos muy pocos, Yakoub. Somos muy pocos.

Mi cabeza daba vueltas por las sorpresas. Mi padre, cuando caminaba calle abajo, lo hacía como un rey; y yo había creído que éramos gente de gran valía, aunque en aquellos momentos resultara que solamente éramos esclavos. Y ahora, averiguar que pertenecía a una raza escasa e insignificante, que los roms eran como pequeños flecos de espuma blanca en un enorme mar gaje, fue como un terrible impacto para mí. Con el ojo de mi mente vi ahora el rostro de mi padre y los rostros de los hermanos de mi padre de pie en medio de una multitud de gaje, y comprendí por primera vez lo distintos que eran, distintos en la forma de sus mandíbulas, en el fuego de sus ojos, en el negro lustre de su recio y abundante pelo. Una raza aparte, un pueblo alienígena... más alienígena de lo que llegaba a sospechar...

—¿Sabes que hubo un tiempo que existió un lugar llamado la Tierra, Yakoub?

—La Tierra, sí.

—Destruída hace mucho tiempo, arruinada, hecha pedazos por la idiotez gaje. Vivíamos allí, nosotros y los gaje, antes de que partiéramos todos a los mundos de las estrellas. Entonces nos llamaban gitanos. Y muchos otros nombres: zigeuners, romanichels, gitanes, tsigani, zingari,

gypsies, mirlifiches, karaghi, docenas de nombres, porque tenían docenas de idiomas. Porque eran demasiado estúpidos y discutidores para hablar sólo uno, y así se engañaban entre sí a través de los idiomas. Nosotros íbamos errantes por entre ellos, siempre extranjeros. Sin permanecer nunca en el mismo lugar durante mucho tiempo, porque, ¿de qué servía eso? Nadie nos quería. Nos despreciaban y siempre buscaban la forma de hacernos daño; así que permanecíamos en un sitio sólo hasta que habíamos ganado algunas monedas mendigando o diciendo la buenaventura o afilando sus cuchillos, o hasta que habíamos robado lo suficiente para comer unos cuantos días más, y entonces seguíamos nuestro camino.

—¿Robar? —pregunté yo, impresionado.

Se echó a reír y apoyó sus enormes manos sobre mis hombros, agarrándome de aquella forma firme y cariñosa tan suya, y me balanceó suavemente hacia delante y hacia atrás mientras yo permanecía de pie ante él.

—Ellos lo llamaban robar. Nosotros lo llamábamos cosechar. Los frutos de la tierra pertenecen a todos los hombres, ¿no, muchacho? Dios nos dio apetitos y puso en el mundo los medios de satisfacer esos apetitos; cuando tomamos lo que necesitamos, simplemente estamos obedeciendo los mandamientos de Dios.

—Pero si tomamos cosas que no nos pertenecen... —dije, pensando en aquellos aferrantes dedos gaje que intentaban arrebatarme su precioso collar a mi hermana.

—Eso fue hace mucho tiempo y la vida era dura. Nos hubieran dejado morir de hambre, así que tomábamos lo que necesitábamos, hierba para nuestros caballos, madera para nuestras fogatas, algunos frutos de los árboles, quizás uno o dos pollos extraviados. ¿Cómo podían ellos negarnos las cosas que estaban en el mundo para que las utilizáramos cuando teníamos hambre, cuando teníamos sed?

Y mi padre me hizo un dibujo de la vida rom en la Tierra gaje que me dejó desconcertado y helado. Una raza de gente sucia y desaseada, vagabundos, charlatanes, mendigos, ladrones, echadores de conjuros, encantadores de serpientes, bailarines y herreros y hojalateros y acróbatas, viajando en destartaladas caravanas de país en país, instalando sus campamentos en las afueras de las ciudades en medio de la basura y la fetidez, manteniéndose unidos con el empleo interminable de la astucia y la improvisación. Obligados a una vida de mentiras y engaños, de mendicidad, de todo tipo de desesperada lucha. Blancos de las burlas y el desprecio, temidos, objeto de murmuraciones. Incluso sentenciados a muerte -

isentenciados a muerte!- por el único crimen de ser distintos a la temerosa gente sedentaria entre la que vagaban. Empecé a ver aquel mundo perdido de la Tierra como una especie de infierno donde mis antepasados habían sufrido tormento durante miles de años.

Mientras mi padre seguía hablando, me eché a llorar.

—No —dijo, y me agitó secamente—. No hay nada por lo que llorar. Nos hicieron sufrir, pero nunca rompieron nuestro espíritu. Teníamos nuestra vida y los gaje tenían la suya, y quizá la suya era más cómoda, pero la nuestra era más verdadera. La nuestra era la auténtica vida. ¡Éramos los reyes de la carretera, Yakoub! Planeábamos en los vientos más altos. Saboreábamos alegrías que eran completamente desconocidas para ellos. Y aún seguimos haciéndolo. Mira en qué nos hemos convertido, Yakoub: ilos antiguos ladrones, los antiguos mendigos, los abigarrados gitanos! Reyes de los caminos, sí, ¡y ahora de los caminos entre las estrellas! A lo largo de los años hemos mantenido nuestros caminos. Quizá algunos de nosotros se han apartado de ellos aquí y allá, de acuerdo, pero siempre han vuelto a ellos, siempre han regresado a la forma de vida rom. Y esa forma de vida nos ha traído gran confort y bienestar, con cosas aún más grandes que todavía han de llegar. Hablamos la Gran Lengua. Vivimos la Gran Vida. Viajamos por el Gran Camino. Y siempre nos guía la única Palabra.

—¿La Única Palabra? —pregunté—. ¿Qué es eso?

—La única Palabra es: ¡*Sobrevivir*!

2

Por supuesto, seguía comprendiendo muy poco de toda la historia. No me había dicho nada de cómo los roms se habían abierto camino a las estrellas, de cómo había nacido el Imperio, o de cómo fundamos un reino rom y lo entretejimos a la malla del Imperio hasta convertirlo en la auténtica fuerza que dominaba a la humanidad. No servía de nada explicarle todo esto a un niño de seis años, ni siquiera a un niño rom. Como tampoco me habló entonces de la Estrella Romani y de por qué los roms eran un pueblo aparte de los gaje; porque hubiera sido una crueldad permitirme saber tan pronto que estábamos separados de los gaje de una forma secreta que no admitía compromiso, que no había relación alguna entre las dos razas, que éramos de una sangre completamente distinta. No sólo diferente por costumbres y lenguaje, sino por la propia sangre. Habría tiempo para ese triste conocimiento más adelante.

Todo esto tuvo lugar en la ciudad de Vietorion en el mundo Vietoris. No he puesto los ojos en ese planeta desde que fui arrancado de allí por mis segundos dueños, hace más de ciento sesenta años, pero siempre está vívido en mi memoria: el primer hogar, el punto de partida. El deslumbrante cielo estriado de oro y verde. La gran extensión de la ciudad como un chal negro a través de las bajas colinas de la enorme llanura. La sorprendente y dentada lanza roja del monte Salvat alzándose con la fuerza de un trompetazo hasta una altura considerable sobre nosotros. Quizá nada sea tan inmenso como recuerdo, pero prefiero recordarlo de ese modo. Incluso nuestra casa me parece palaciega: baldosas blancas resplandeciendo a la luz del sol, habitaciones después de habitaciones, una suave y lejana música, grandes flores amarillas de almizcleño olor por todas partes en el patio. ¿Era así realmente? En Vietoris éramos esclavos.

Hay esclavitud y esclavitud. Mi padre nos vendió a la Agencia Volstead, pero no para ser encadenados y azotados y no comer más que mendrugos. Nuestra esclavitud, como él decía a menudo, era un simple asunto de negocios. Vivíamos de la misma forma que vivía la demás gente libre. Cada día mi padre iba a los depósitos del astro-puerto, donde las grandes naves de bronceíneo morro de la compañía descansaban en sus hangares, y trabajaba en ellas como cualquier otro mecánico, y por la noche volvía a casa. Mi madre enseñaba en la escuela de la compañía. Mis hermanos y hermanas y yo íbamos a la escuela, una distinta. Cuando fuéramos mayores trabajaríamos también para la compañía, en los trabajos que se nos asignaran. Comíamos bien y vestíamos bien. Por el hecho de ser esclavos estábamos atados a la compañía, y nunca podríamos trabajar para nadie

más, o abandonar Vietoris para buscar por nosotros mismos una nueva vida: de esta forma la compañía estaba segura de recuperar su inversión en nuestra educación. Pero no éramos maltratados. Por supuesto, la compañía podía decidir vendernos si consideraba que no nos necesitaba. Y a su tiempo eso fue lo que hizo.

Yo contemplaba las astronaves cruzar la noche, iluminando el cielo septentrional como llameantes cometas mientras se alzaban acelerando en busca de la velocidad crítica que les permitiría dar el salto interestelar a través de los años luz, y me decía a mí mismo: «Esa nave vuela porque mi padre puso sus manos sobre ella en los hangares. Mi padre conoce la magia de las astronaves. Mi padre podría volar en una astronave, si le dejaran»

¿Era cierto eso? Supongo que no. Incluso entonces sabía que todos los pilotos de astronave eran roms: a menudo les veía pavonearse por la ciudad, hombres altos de pelo negro con ojos toro, con los uniformes de seda azul de anchas hombreras que los pilotos del Imperio llevaban por aquellos días. Pero eso no significaba que todos los roms fueran pilotos de astronave. Y sospecho que yo no comprendía, por aquel entonces, la distinción entre un mecánico de astronave y un piloto de astronave. Los pilotos eran roms; mi padre era rom y trabajaba con las astronaves: en consecuencia, mi padre sabía cómo pilotear una astronave tan bien como podía saberlo cualquiera de aquellos hombres que se pavoneaban con sus uniformes azules. En realidad mi padre tenía una gran habilidad con las herramientas de todo tipo -el viejo don rom, recorriendo nuestra sangre desde los días en que vagábamos trabajando el cobre y la hojalata y forjando el hierro y reparando cerraduras-, podía hacer cualquier cosa con sus manos, arreglar cualquier cosa, hacer milagros con un trozo de alambre y un pedazo de madera..., pero probablemente hubiera encontrado un desafío demasiado grande, creo, en tomar los controles de una astronave y saber manejarlos a la primera. Y sin embargo, quizás hubiera sabido cómo hacerlo también: intuitivamente, automáticamente. Tenía grandes habilidades. Era un gran hombre.

Me enseñó los nombres de las tribus de los roms. Nosotros éramos kalderash, y luego estaban los lowara, los sinti, los luri, los tchurari, los manush, los zíngaros. Y muchas tribus más. Sospecho que he llegado a olvidar algunas. Viejos nombres, nombres surgidos de nuestro vagar sobre la Tierra. Más tarde, cuando supe acerca de la Estrella Romani y las dieciséis tribus originales, decidí que los nombres que mi padre me había enseñado eran nombres que retrocedían hasta los tiempos de la Estrella Romani. Ahora sé que estaba equivocado, que éstos son nombres que adoptamos

cuando nos dispersamos entre los gaje de la Tierra hace sólo unos pocos miles de años, en la época en que íbamos de un lado para otro en nuestros carromatos, viviendo como desheredados. Esos nombres han perdido ahora su significado, porque nos hemos dispersado enormemente sobre muchos mundos y la única tribu que importa ahora es la tribu de tribus, la gran kumpania, la tribu de todos los roms. Pero sin embargo los nombres forman parte de la tradición, que mantenemos y debemos seguir manteniendo. Y así los padres kalderash dicen a sus hijos que ellos son kalderash, y los lowara lowara, y los sinti sinti, aunque se trate de una distinción sin ninguna distinción.

Mi padre me enseñó también la forma de vida rom, tal como ha seguido existiendo de generación en generación a lo largo de los siglos y a través de todas las migraciones. No sólo las costumbres especiales de nuestro pueblo, el folklore, los ritos y festivales y rituales y ceremonias. Esas cosas son importantes. Son los instrumentos de la supervivencia. Nos unen y nos conservan: el conocimiento de lo que es limpio y lo que no, de cómo deben celebrarse nacimiento y matrimonio y muerte, de cómo se establece la autoridad dentro de una tribu, de cómo hay que tratar con los poderes invisibles, todas esas cosas que sabemos son creencias auténticas. Debemos ser tenaces en tales cosas, o estaremos perdidos; y así fui instruido en ellas como lo son todos los niños roms. Pero los ritos y los rituales no son la esencia de la forma de vida rom; sólo son los dispositivos por medio de los cuales se alimenta y sostiene esa forma de vida. Mi padre se cuidó mucho de enseñarme lo que yace debajo de ellas, que es algo mucho más significativo, es decir, el sentido de lo que significa ser rom. Saber que uno forma parte de un pequeño grupo de gente, arrojada por la desgracia de su mundo natal, que se ha mantenido unido contra un enjambre de enemigos en muchos países extraños a lo largo de miles de años. Recordar que todos los roms son primos, y que en ese apoyarnos los unos en los otros está nuestra única seguridad. Considerar en todo momento que uno debe vivir con elegancia y valor, pero que lo primario es sobrevivir y resistir hasta que podamos llevar nuestro largo peregrinaje hasta su final y regresar a nuestro mundo de origen. Darse cuenta de que el universo es nuestro enemigo, y de que debemos hacer todo lo necesario para protegernos.

Al principio sentí muy poca conexión con los roms errantes en sus caravanas, aquellos zarrapastrosos charlatanes y malabaristas que recorrían los caminos de la Tierra medieval. Tenía la impresión de que no me parecía en nada a aquellos antepasados, nosotros los habitantes de un vasto Imperio que vivimos en ciudades y volamos entre las estrellas. Eran

curiosidades; eran folklore; eran pintorescos.

Luego llegó la noche en que mi padre me llevó ladera arriba del impresionante monte Salvat, hasta el mirador a cinco mil metros encima de la ciudad, y allí, en aquel aire que era tan ligero y penetrante que me picaba en la nariz, me mostró la Estrella Romani en el cielo y me contó el último fragmento de la historia. Y entonces todo encajó con todo, y supe que yo era uno con aquellos lejanos kalderash y sinti y zingaros y lowara de la desaparecida Tierra, que éramos realmente de una sola sangre y una sola alma, que ellos formaban parte de mí y yo era parte de ellos.

Entonces comprendí finalmente el robo de pollos y manzanas en los tiempos errabundos del lejano pasado: el hambre mata, y debemos seguir viviendo si debemos alcanzar nuestro destino, y si los gaje no nos dejan comer, entonces tenemos que arreglárnoslas por nosotros mismos. Entonces comprendí el desprecio hacia las leyes gaje: ¿qué eran las leyes gaje para nosotros, excepto un arma apuntada hacia nuestras gargantas? Comprendí las mentiras y los engaños casuales, las seis respuestas conflictivas a cualquier pregunta gaje indiscreta, la negativa a ser tragados de ninguna forma por el mundo gaje. Los gaje son el enemigo. No debemos dejarnos engañar en eso. Son el antiguo enemigo, y toda nuestra lucha debe encaminarse a dejarlos detrás nuestro, no a entrar en una unión con ellos. Porque, con tanta seguridad como un río de frescas aguas se pierde en el mar, nosotros nos veríamos perdidos para siempre si dejáramos que los gaje nos engulleran. Eso fue lo que me enseñó mi padre cuando yo era muy joven.

3

Una tarde, cuando yo tenía siete años, una atractiva mujer vestida con un traje amarillo entró en la clase donde estábamos aprendiendo cosas sobre el emperador, cómo trabajaba de noche y de día para hacer la vida mejor para todos los niños y niñas del Imperio. Miró rápidamente por toda la habitación y señaló a media docena de nosotros, y dijo:

—Tú, tú, tú, tú, venid conmigo. —Yo fui uno de los elegidos.

Salimos fuera. Era un día ligeramente brumoso y había llovido hacía poco: las hojas de los árboles brillaban como si hubieran sido barnizadas. Un coche aguardaba en la calle, largo y bajo y aerodinámico, de color plata metálico, con el emblema rojo de la cola de cometa de la Agencia Volstead en su capota. Recuerdo todo esto como si hubiera ocurrido anteayer.

No me importaba abandonar la escuela. Si quieren que les diga la verdad, nunca me había preocupado demasiado por ella. Yo, el hijo de una maestra. Y la lección de aquel día me había parecido estúpida: ¡el pobre y tonto emperador, trabajando noche y día! Si era tan poderoso, ¿por qué no tenía a gente que hiciera su trabajo por él? Y habían mostrado su imagen en la pantalla de la clase, un hombre pequeño y frágil, muy viejo y delgado, que parecía como si fuera a morir en cualquier momento. Aquél era el Décimo-tercer Emperador, y en realidad vivió un tiempo sorprendentemente largo después de aquello, pero yo dudaba que nadie tan débil y marchito pudiera siquiera ocuparse de sí mismo, y mucho menos de las necesidades de cada niño y niña del Imperio. La escuela no parecía más que otra tontería gaje para mí: de hecho, ya estaba empezando a despreciar todo lo que no me gustaba calificándolo de tontería gaje. En este caso probablemente tenía razón, aunque he aprendido a lo largo de los años que no todo lo gaje es una tontería, y que de tanto en tanto no todo lo que es una tontería es gaje.

Yo era el único niño rom en el coche. Había una niña rom también, una de las amigas de mis hermanas. Los otros cuatro eran gaje. La niña rom era una esclava como yo, y lo mismo podía decir de al menos uno de los niños gaje. No estaba seguro acerca del resto. No era fácil decir quién era esclavo y quién no. Pero de hecho los seis habíamos elegidos de entre la clase porque éramos esclavos. La compañía estaba iniciando un periodo de austeridad. Un cierto porcentaje de sus esclavos iba a ser vendido, particularmente los esclavos jóvenes aún en el colegio, que no iban a proporcionar beneficios a la compañía como resultado de su inversión hasta dentro de algunos años. Estábamos siendo llevados a la plaza del mercado para ser vendidos, allí y entonces. Nunca volvería a ver mi hogar, ni mi padre, ni mi madre, ni mis hermanos y hermanas. Perdería mi pequeña

colección de cubos de música, mis libros de cuentos y mis juguetes. Nunca recibiría mi parte de los viejos tesoros rom de la Tierra que había en nuestra casa. Nada de esto me fue explicado mientras nos conducían a la plaza del mercado. Hay algunas formas en las que incluso la esclavitud moderna es muy parecida a la antigua.

En el vestíbulo de la plaza del mercado me examinaron, me palparon, me golpearon suavemente aquí y allá, me hicieron pasar por delante de alguna especie de scanner. Nadie deseaba saber mi edad o mi nombre o ninguna otra información referente a mi persona. Un robot puso un sello en mi brazo: escoció durante unos momentos y dejó una marca circular púrpura.

—Lote noventa y siete —oí que decía una voz ronca y aburrida—. Un chico.

—Pasa dentro, noventa y siete —dijo otra voz—. Aquella fila de allí.

Nuestra venta fue rápida, allá en el mercado de esclavos de Vietorion. Fue algo como un sueño para mí. Cuando pienso ahora en aquella tarde siento el mismo rugir en mis oídos que a veces siento en sueños, y todo se mueve muy lentamente, casi como si no se moviera en absoluto, y hay terribles espectros por todas partes.

Nos hicieron subir a un estrado circular debajo de un resplandeciente globo de brillante y ardiente luz en el centro de una inmensa habitación desnuda que parecía un almacén. Había cientos de nosotros a la venta, la mayoría niños, pero no todos. Algunos eran muy viejos, y sentí pena por ellos. Todos estábamos desnudos. Yo no tenía ningún problema en estar desnudo, pero algunos de los demás intentaban cubrirse miserablemente con las manos en sus ingles o los brazos cruzando sus pechos, como si quisieran ocultarse. Mucho más tarde, cuando comprendí más acerca de la forma en que funcionaban los mercados de esclavos, me di cuenta de que aquellos que intentan cubrirse normalmente son comprados los últimos, por los precios más bajos, y por los dueños más avarientos. La teoría es que un esclavo preocupado por asuntos tales como la intimidad y la vergüenza va a resultar también conflictivo en otros aspectos.

Un dispositivo romo que se parecía un poco a un cañón de neutrones descendió del distante techo y empezó a girar. Una luz de aviso roja en la pared se puso a brillar. Ahora los rayos exploradores médicos estaban recorriendo nuestros cuerpos. Si los rayos hallaban algún tipo de defecto, alguna herida o úlcera interna, una rotura de hueso mal curada, una debilidad en el corazón o en los pulmones, sería detectada instantáneamente y aparecería en la pantalla de ventas, de donde los compradores en

perspectiva tomarían la debida nota.

Mientras tanto, la venta proseguía, clic clic clic. Los compradores llevaban terminales electro-miógrafos unidos a sus mejillas, y la subasta estaba siendo conducida a la velocidad del pensamiento. Una determinada contracción de los músculos faciales indicaba la elección de un esclavo, otro tipo de contracción registraba la oferta. Una suave y rápida descarga eléctrica indicaba al comprador sí o no, y la siguiente ronda proseguía hasta que se cerraba la venta. Todo el proceso no tomó más de tres o cuatro minutos.

Por supuesto, por aquel entonces yo no comprendía nada de aquello ni de todo lo demás que estaba ocurriendo a mi alrededor. Todo pasaba por mi lado de una forma extrañamente serena. Como un sueño, sí. A veces los sueños más aterradores son los más serenos.

—Noventa y siete —dijo un pequeño robot. Me volví, y estampó en mi frente el número de código de mi comprador, y eso fue todo.

Antes de que llegara la noche estaba a bordo de una astronave rumbo a Megalo Kastro.

—¿Qué precio pagaron por ti? —preguntó un muchacho alto de rostro plano.

Éramos diez en la cabina. Yo era el más pequeño. Simplemente le miré y parpadeé.

—Es demasiado pequeño —dijo uno con un extraño y lacio pelo naranja—. No sabe leer.

—¡Claro que sé! —exclamé—. ¿Os creéis que soy un niño?

—Yo fui vendido por sesenta y cinco cerces —anunció el muchacho del rostro plano.

—Yo, ochenta —dijo uno que llevaba una brillante joya verde en medio de su mejilla izquierda.

El muchacho del rostro plano le miró con ojos llameantes. Pensé que iban a pelearse.

—¿Cómo podéis saber el precio? —pregunté a uno de los otros chicos, uno pequeño y tranquilo.

—Está en el código de tu frente. Necesitas un espejo para verlo. —Me escrutó atentamente—. A ti te compraron por cien.

—Mi precio fue cien cerces —le dije al muchacho del rostro plano—. ¿Qué te parece?

Todos se volvieron para mirar, apiñándose a mi alrededor. Parecían escépticos, y luego parecieron furiosos, y luego sorprendidos. Eché los hombros hacia atrás y di una palmada y me eché a reír.

—Cien cerces —dije de nuevo—. ¡Cien!

Aún hoy me siento orgulloso de aquello. Alguien debió ver posibilidades en mí, incluso entonces.

4

Había sido comprado por la Liga de Mendigos, Logia 63, Megalo Kastro. El nombre de mi maestro de logia era Lanista, y compartí mi cabina con otros cuatro muchachos llamados Kalasiris, Anxur, Sphinx y Focale. Doy sus nombres aquí porque todos ellos llevan años muertos, y es una delicadeza mencionar los nombres de los muertos olvidados, aunque no sean miembros de tu clan. Lanista era rom, y mis cuatro compañeros de cabina no. Creo que conseguí un precio tan alto porque cualquiera podía ver a la primera mirada que yo era rom. La Liga de Mendigos es una empresa gaje, pero consiguen a todos los roms que pueden porque nos consideran unos mendigos muy superiores. El mendigar está en nuestros genes, creen. Y no están lejos de la verdad, ¿saben?

Aunque puedo recordar nombres y rostros y lugares y todos esos otros detalles de haber sido vendido y arrancado lejos de mi familia, no puedo decirles cuánto tiempo transcurrió antes de que comprendiera que no iba a ver de nuevo mi hogar. A veces las grandes cosas escapan completamente de la atención de un niño mientras los pequeños detalles se te quedan grabados. No sé lo que pensé de todo lo que me estaba ocurriendo. Ser sacado de la escuela, sí; ser vendido, sí; ser puesto a bordo de una astronave, sí; ir a un lugar muy lejano, sí. ¿Pero para siempre? ¿Para no regresar nunca? ¿No más madre, padre, hermanos, hermanas? No recuerdo haberme sentido turbado por nada de aquello en aquellos momentos. Todo lo que notaba era una sensación extraña y maravillosa de estar flotando libre. Una semilla en el viento, derivando a sus soplos. Yendo allá donde me llevaba el viento.

Pero soy un rom, por supuesto. Cuando permanecemos demasiado tiempo en un lugar empezamos a oxidarnos. Los esclavistas me estaban haciendo simplemente un favor llevándome lejos. Liberándome con el simple hecho de someterme a otra esclavitud. Eran quienes me ponían en el camino que se suponía que debía recorrer.

No hay ningún mundo que se parezca a Megalo Kastro en la parte conocida -es decir, habitada por los humanos- de la galaxia. El nombre significa Gran Fortaleza en griego, una de las antiguas lenguas de la Tierra, y de hecho hay una gran fortaleza de piedra allí, posada como una gran bestia agazapada sobre un escabroso acantilado que domina el mar. Pero no había sido construida por los griegos. No había sido construida por nadie de ninguna de las dos razas humanas que pudiera reclamar su propiedad.

No tienes que caminar más que una docena de pasos bajando el Salón de los Equinoccios de la fortaleza de Megalo Kastro para darte cuenta de

eso. El salón recibe su nombre porque dos veces al año la pulsante luz roja dorada del sol cruza el arco de la entrada e incide en la parte superior de un altar en su extremo occidental, exactamente en el momento del equinoccio. No hay nada extraordinario en ello; los hombres del paleolítico construían altares así en la Tierra hace veinte mil años.

Pero la geometría del Salón de los Equinoccios te corta la respiración. Quiero decir literalmente. Caminas unos pocos pasos a lo largo de ese retorcido corredor de áspera piedra verde y empiezas a jadear ligeramente. Es como caminar sobre la cubierta de un bamboleante barco. Todo es desordenado e inestable. Esperas que las paredes empiecen a deslizarse hacia delante y hacia atrás. Unos cuantos pasos más, y comienzas a sudar, El abovedado techo a veinte metros encima de tu cabeza no deja de ondular, o al menos así te lo parece. Tus ojos empiezan a pulsar, porque no pueden seguir las líneas arquitectónicas y se desenfocan constantemente. Toda la estructura es así: extraña, opresiva, fascinante.

Nadie sabe quién la construyó. Se yergue ahí, gigantesca, aterradora, misteriosa, medio en ruinas, sin decirnos nada. Los arqueólogos creen que su antigüedad es de cinco o diez millones de años. No puede ser mucho más vieja que eso, dicen, porque Megalo Kastro es un planeta joven sometido a constantes y tremendos movimientos geotécnicos; al ritmo que se alzan y se hunden sus continentes, la fortaleza no puede ser enormemente antigua. Pero parece que tenga mil millones de años de edad. En una de las habitaciones subterráneas hay la silueta de una sola y ancha mano dibujada con lo que parece ser cal, pero no lo es, en una de las paredes, y esa mano tiene siete dedos de igual tamaño y un par de pulgares oponibles, uno a cada lado. Quizás uno de los constructores se divirtió dibujando una fantasía durante la pausa de la comida. Quizá fue puesta ahí como una broma por algún miembro del primer equipo de exploración de la Tierra que encontró el lugar. ¿Quién puede decirlo? Si pudiéramos desenterrar algunos artefactos alienígenas por los alrededores tal vez nos dijeran algo, pero el único artefacto del que disponemos es la fortaleza en si, meditando al borde del mar.

Y ese mar..., esa pesadilla de mar...

Hay muchas formas de vida en Megalo Kastro, casi todas ellas grandes, predatoras y malignas. Es un mundo joven, como he dicho: se halla en su período mesozoico, y todo tiene escamas y colmillos. Pero la más grande de las formas de vida es una que, gracias a Dios, es única de Megalo Kastro. Me refiero al propio mar. No es un auténtico mar, sino un enorme y horrendo magma de pálido lado rosado, cálido, tembloroso, siniestro,

insondablemente profundo, que se extiende a lo largo de un abisma no cartografiado de diez mil kilómetros de anchura.

Ese mar está vivo. No quiero decir con eso que esté lleno de cosas vivas. Quiero decir que es una cosa viva, una entidad maligna y única con alguna especie de inteligencia de bajo nivel. O, por todo lo que sabemos, una inteligencia de nivel de genio. Piensa. Percibe. Puedes observar realmente sus procesos mentales: ondulaciones interrogativas en su superficie alzándose en pequeños estremecimientos que son como preguntas, protuberancias de corta vida como gusanos exclamativos, burbujeantes orificios que se abren y se cierran. Dios sabe qué proceso evolutivo le dio existencia. Dios lo sabe, pero nadie más. Recoge una pequeña masa para estudiarla, y todo lo que obtendrás es un poco de agua lodosa que se enfría rápidamente. Y la cosa de la que ha sido tomada sigue calentándose al calor del magma subterráneo de Megalo Kastro, y sus brazos descansan en las orillas de los lejanos continentes, burlándose de ti. Y te devorará si tiene la oportunidad.

Créanme. Lo sé.

La corteza de Megalo Kastro está llena con todo tipo de valiosos elementos que se agotaron hace ya mucho tiempo en otros mundos, y una docena de compañías mineras distintas operan en ella. La mayoría buscan transuránicos, que consiguen un buen precio en casi cualquier sistema solar, pero hay también un equipo rom que busca tierras roms, especialmente las más escasas, tulio, europio, holmio, lutecio.

(Aquellos que raramente abandonan su mundo natal se sorprenden siempre de saber que todos los planetas de la galaxia, no importa lo lejanos o lo extraños que puedan ser, están compuestos por el mismo conjunto general de elementos. Creo que piensan que los mundos alienígenas deben estar hechos de elementos alienígenas, y que es algo impropio -incluso irritante- hallar cosas tales como oxígeno y carbono y nitrógeno en ellos. Como si un átomo con el número atómico y el peso del hidrógeno pudiera ser algo más aparte hidrógeno en algún otro mundo. Sólo un idiota pensaría que cada planeta tiene su propia tabla periódica. Sólo hay un juego de elementos básicos en el universo: ¿acaso creían ustedes otra cosa?)

El trabajo minero en Megalo Kastro no es una ganga, considerando el calor, la humedad, los colmilludos monstruos que acechan detrás de cada arbusto espinoso, la frecuencia de las devastadoras erupciones volcánicas, y las otras varias cualidades desagradables del lugar. Sin embargo, es una industria provechosa, por decir lo menos, y todo el planeta tiene el aire de una próspera ciudad donde el dinero fluye abundante de bolsillo a bolsillo. Lo

cual lo convierte en una fértil esfera de operaciones para la Liga de Mendigos.

Fue Lanista quien me enseñó a mendigar. Nuestro maestro de logia. Era un rom sinti, de unos veinte o quizá treinta años, con una piel extrañamente pálida y unos ojos fríos muy separados.

—Tú sonríeles —me dijo—. Ésa es la clave, sonreír. Haz que tus ojos brillen. Adopta una expresión patética e implorante a la vez. Luego tiende tu mano, y romperás sus corazones.

Empecé a ver por qué la liga había pagado aquel precio por mí. Tenía el brillo en mis ojos. Tenía la sonrisa. Era el mendigo ideal, encantador, irresistible, listo.

—¿Y si no me dan nada? —pregunté.

—Cuando digan que no y agiten la cabeza, mírales directamente a los ojos. Sonríe con tu sonrisa más dulce. Y diles con una voz de ángel: «Tu madre se acuesta con los camellos» Y luego márchate como si les hubieras dado tu mejor bendición.

Me gustó la idea de ser mendigo. No ofendía mi sentido del orgullo. Era un desafío; requería técnica. Deseaba ser bueno en ello. ¡Por o Beng el Diablo, deseaba ser el mejor!

Más tarde, cuando espectré a la Tierra y vi a los roms de los viejos días, observaron su forma de mendigar con los ojos de un profesional evaluando a otro. Eran buenos. Muy buenos. Vi a las madres gitanas en las calles susurrar a sus pequeños, cuatro años, cinco: «*Mong, chavo, mong*», mendiga, muchacho, mendiga, y enviarlos entre los gaje. Para entrenarlos, para desarrollar pronto sus habilidades. Mendigar te ayuda a aprender a no tener miedo. El miedo es un lujo inútil cuando vives una vida rom. Un poco de miedo te proporciona la especia de la sabiduría, pero más de la cuenta te vuelve impotente.

Mendigar es útil en otro sentido. Te hace invisible. La mayoría de la gente no quiere vera un mendigo, porque verlo agita su culpabilidad y su ansiedad y su mezquindad y otras sensaciones negativas. Así que un mendigo puede moverse prácticamente sin que nadie repare en él entre una multitud, excepto si insiste en ser visto.

(Debería dejar claro que la actividad primaria de la Liga de Mendigos es mendigar: mendigar para los gastos de la compañía, más o menos. Pero el trabajo principal de la liga es el espionaje. Nadie me dijo eso cuando llegué a Megalo Kastro. Pero resultó evidente a medida que iba pasando el tiempo.)

Cuando terminó de aleccionarme, Lanista me proporcionó los instrumentos y las insignias de mi profesión. Mi escudilla para las limosnas,

en la que podían meterse las monedas pero de la que no podía sacarse ninguna sin que sonara una alarma. (La escudilla haría sonar también su alarma, lo suficientemente fuerte como para sacudir a un cometa fuera de su órbita, si alguna vez se alejaba más de tres metros y medio de mi cuerpo.) Mi bastón del oficio, que indicaba que yo era un mendigo con licencia y que todos los fondos que recogiera iban destinados a usos piadosos. Mi pañuelo para el cuello rojo, que todos los mendigos de la liga llevan para que puedan reconocerse entre sí al primer golpe de vista y mantener de este modo entre ellos una distancia adecuada. Y mi amuleto santo, una pequeña placa plana de metal plateado grabada con intrincados dibujos de una sustancia brillante y más oscura, que tenía que colgar en torno a mi cuello, bajo el pañuelo, para protegerme de los peligros no especificados contra el alma. El amuleto contenía en realidad una grabadora lo suficientemente sensible como para captar cualquier cosa que se dijera dentro de un radio de cinco metros a mi alrededor, pero Lanista no vio la necesidad de decirme aquello.

—Ahora ya estás preparado, Yakoub —me dijo. Fuera había un coche aguardando para llevar a todos los mendigos a la ciudad para el trabajo de la mañana. Me volví y miré, y él me hizo un signo secreto rom y me guiñó un ojo—. Ve —dijo—. ¡Mong, chavo, mong!

5

Era una ciudad horrible, nada más que cabañas de plancha ondulada manchadas del lodo púrpura de las calles no pavimentadas. Durante seis de cada diez horas del día caía una ligera lluvia, y el aire estaba tan saturado de humedad que el moho flotaba en él en suspensión, dándole una coloración verdosa. Velludas cosas blancas se metían en tus pulmones cada vez que inspirabas una bocanada.

Pero el mendigar era bueno. Los mineros volvían de sus pozos y sacaban dinero de sus cuentas de paga para unas rápidas vacaciones, y creían que freía mala suerte dejar que el dinero permaneciera demasiado tiempo en sus bolsillos. Lo gastaban principalmente en juego, bebidas, drogas y prostitutas, como han hecho siempre los hombres en tales ciudades desde el principio de los tiempos. Pero no había ni uno de ellos que no arrojara un puñado de óbolos en la escudilla de un pequeño mendigo, y cuando ocurría que tú llegabas justo en el momento preciso, te arrojaba generosamente cincuenta mínimos, una tetradracma, incluso una moneda de uno o dos cerces, tuvieran lo que tuviesen en su bolsa. Eso contaba al final del día.

Aunque yo era el más joven y más encantador y probablemente el más listo, también era el más nuevo y quizás el más inocente. Eso me trajo problemas al principio. Tenías que tener un territorio; y, por supuesto, los chicos ya estabilizados de la liga habían acotado las zonas más lucrativas para ellos. En cuanto a los otros chicos que habían llegado conmigo, eran entre dos y cinco años mayores que yo, y demostraron ser rápidos en coger lo mejor de lo que quedaba para ellos. Todo lo que pude hacer fue pasearme por la periferia de la ciudad. Tenía suerte cuando traía cinco óbolos al día.

Aquello era malo. Se nos adjudicaba un porcentaje de lo que recaudábamos para permitirnos a la larga comprar nuestra libertad, y si continuaba a aquel ritmo seguiría siendo esclavo de la liga cuando cumpliera los cien años. No deseaba eso, y la liga tampoco lo deseaba: un mendigo de más de doce años no les servía para nada, y deseaban que fuéramos capaces de comprar nuestra libertad y marcharnos cuando nos volviéramos improductivos. A menudo, sin embargo, pedían a los ex mendigos más capaces que firmaran contrato con la liga como hombres libres para ocupar las jerarquías superiores.

Una vez me di cuenta de lo que estaba ocurriendo encontré un nicho para mí que los demás muchachos no se habían molestado en tocar. En vez de pedir a los mineros, pedía a las prostitutas.

Su liga tenía el mismo sistema que nosotros, pero ellas estaban sujetas

a un mínimo de diez años de servicios, de modo que no sentían la misma presión que nosotros acerca de ganar y ahorrar, ganar y ahorrar. Y descubrí rápidamente lo fácil que era extraerles unas cuantas monedas. Sólo había que despertar en ellas el sentido maternal, ése era el truco. Dejar que se sintieran madres hacia ti. Y pagaban y pagaban y pagaban.

¡Buen Dios, cómo deseé tener unos cuantos años más! Pasaba mis días de trabajo en esta y aquellas alcobas perfumadas, dejando que me apretujaran contra sus brillantes y oscilantes pechos o apoyaran mi mejilla contra sus orondos y enjoyados vientres. Incluso después de todo este tiempo las recuerdo vívidamente, incluidos sus nombres: Mermela, Andriole, Salathastra, Shivelle. La fragancia de sus cuerpos. El sedoso lustre de sus muslos. Aquellos rosados pezones, aquella elástica piel. Cada una de ellas era hermosa. (Quizá no lo fueran realmente, pero así es como las recuerdo, en cualquier caso, de modo que así debe ser: todas eran hermosas.) Me dejaban que las tocara por todas partes. Se reían, se estremecían, les encantaba. Y yo les encantaba. Cuando llegaban los clientes me marchaba rápidamente por la parte de atrás, aunque algunas me dejaban quedarme, oculto detrás de las cortinas y escuchando todos los jadeos y gruñidos. De tanto en tanto también miraba. Aprendí mucho, siendo tan joven. Y en mi escudilla de limosnas se acumulaban los óbolos y los tetradracmas y de tanto en tanto alguna espléndida moneda de cinco cerces brillando con todos los colores del arco iris.

En el distrito de los prostíbulos me convertí en la mascota de todo el mundo, en el juguete de todo el mundo. Algunas de las más jóvenes -no tendrían más de trece o catorce años- estaban dispuestas incluso a proporcionarme alguna educación de primera mano sobre los misterios del amor. Pero por supuesto yo sólo tenía siete años, y eso hubiera sido no sólo una abominación sino también una pérdida tanto de su tiempo como del mío. Me contenté con aprender observando, al menos durante otro par de años.

¡Cómo entraba el dinero! Había días en que apenas podía acarrear mi escudilla de vuelta a la logia, tan llena estaba de monedas. (Mi grabadora estaba llena también, con la charla íntima de los prostíbulos. Seguía sin tener idea de que los miembros importantes de la liga eran también una especie de mineros, y que se pasaban varias horas cada noche procesando nuestras cintas, filtrando todo lo inútil y buscando los datos para recoger, los cuales nos pagaban a los mendigos, retazos de información como que los hombres de las minas estaban engañando a sus patronos reteniendo la localización de ricas vetas de mena.)

Al cabo de poco tiempo me había convertido en la estrella de la liga. El gran productor: el mendigo número uno. Lo sabía porque Lanista y los demás hermanos superiores de la logia me trataban con gran calor y respeto y también por la evidente envidia e incluso frialdad de mis compañeros mendigos. Bien, eso era asunto mío. Cuando mi compañero de cabina Sphinx intentó meterse en mi territorio lo llevé aparte y lo zurré hasta hacerle sangre. Yo tenía ocho años y él once; pero tenía que cuidar de mi carrera.

Entonces, por primera vez, los espectros empezaron también a visitarme con cierta regularidad. Aquello resultó ser lo más excitante, más aún que los juegos que estaba empezando a practicar con las prostitutas en sus alcobas, incluso más que la visión ocasional de algún reptil gigante merodeando por los alrededores del campo de fuerza que protegía la ciudad.

Sabía algo sobre los espectros. Había habido el espectro de aquella vieja arpía en mi infancia, aunque no había hablado de él a nadie. Pero cuando fui un poco mayor oí algo relativo a los espectros de boca de mi padre, que se había preocupado mucho de prepararme para cualquier cosa que pudiera ocurrirme en mi vida adulta, y llegué a sospechar que la vieja había sido probablemente un espectro. Pero aunque debía haberme visitado cinco o seis veces cuando yo era todavía muy pequeño, no había vuelto a verla desde que había abandonado Vietoris, ni a nadie como ella. Y así me sobresalté un poco, unos años más tarde, cuando los espectros empezaron a acudir a mi en Megalo Kastro.

—Es algo que sólo los roms pueden hacer —me había dicho mi padre—. Y no todos los roms; porque requiere entrenamiento, requiere voluntad. Y debes tener ante todo el poder en ti. Abandonar el cuerpo, escindirte de ti mismo e ir a vagar por el tiempo y el espacio...

Cuando apareció el primer espectro, pensé que era mi padre. Flotó a mi lado: un cuerpo grande y poderoso, unos ojos llameantes, un bigote negro, algo transparente pero sólido al mismo tiempo. Había un aura a su alrededor. Su risa era resonante: como el retumbar del trueno que desciende de las brumosas mesetas de Darma Barros, donde los grandes relámpagos crepitan a cada momento del día. Anxur estaba conmigo, y Focale, pero el espectro no se dejó ver de ellos. Ni pudieron oír tampoco aquella espléndida risa.

Se parecía a mi padre pero había algo que no encajaba, algo en su rostro. Por supuesto. El espectro no era mi padre: era yo. Pero no me dijo eso. Todo lo que hizo fue sonreír y apoyar una mano en mi hombro y decirme:

—Ah, aquí estás, Yakoub. ¡Qué grande te estás haciendo! ¡Qué bien lo estás llevando! Sigue así, muchacho. ¡Todo avanza en la dirección correcta!

Aquel espectro acudió tres o cuatro veces al año, y eso fue casi todo lo que me dijo. Había otros dos espectros a los que vi ocasionalmente, un hombre más joven y una mujer muy hermosa, que nunca me dijeron nada sino que simplemente se me quedaban mirando y mirando como si yo fuera algún tipo de curiosidad o fenómeno. No tenía ni idea de quiénes eran, y pasó mucho tiempo antes de que lo averiguara. Pero sus infrecuentes visitas eran bien recibidas. Era una sensación cálida y segura, saber que estaban cerca. Pensaba en mis espectros como en ángeles guardianes de algún tipo. Y eso sospecho que eran.

Todo fue bien, aquellos primeros años en Megalo Kastro. Estaba creciendo rápido, y mi astucia aumentaba. Estaba ahorrando dinero para mi libertad. Tenía vagas ideas acerca de comprar mi libertad cuando tuviera diez años y volver a Vietoris como hombre libre para trabajar al lado de mi padre en los talleres del astro-puerto.

Pero luego todo empezó a cambiar, muy rápidamente y a peor.

Primero hubo cambios en los niveles superiores de la logia de la liga. Al parecer aquello era una costumbre dentro de la liga, impedir que alguien se construyera una base privada de poder. El preceptor general fue transferido a algún otro mundo, y vino un nuevo hombre de uno de los planetas del Haj Qaldun, y luego fue reemplazado el procurador, y poco después obtuvimos un nuevo abate principal. El último de los oficiales originales de la liga en marcharse fue Lanista, el maestro de la logia, el único rom en la jerarquía superior de nuestra logia y mi aliado particular; e inmediatamente después de irse me sentí de pronto tremendamente solo. En especial puesto que las nuevas jerarquías procedieron a imponer sobre nosotros toda una serie de sorprendentes y crueles nuevas reglas.

Nunca llegué a saber si instituyeron sus «reformas» porque habían recibido órdenes del alto mando de la liga de reducir los gastos de las logias o simplemente porque eran personas de espíritu frío y austero. Quizá fuera algo de ambas cosas. Pero fuimos informados, una semana después de la partida de Lanista, de que a partir de entonces nuestra parte de las ganancias diarias se vería reducida a una quinta parte de lo que recibíamos antes, y de que los cálculos serían ajustados retroactivamente los últimos dieciocho meses. Asimismo, las horas diarias de mendicidad se verían aumentadas, y se esperaba que contribuyéramos con diez óbolos al día por nuestra comida, que hasta entonces había sido proporcionada gratuitamente por la logia. Hubo también una repentina caída en la cantidad y calidad de la

comida de la logia..., pese a que nunca había sido nada extraordinario.

Nada de esto tuvo mucho sentido para mí, como tampoco lo tiene ahora. Matar de hambre a tus trabajadores no es una buena forma de incrementar la producción. Hacer virtualmente imposible comprar nuestra libertad no sólo iba contra la política establecida de la liga de intentar librarse de nosotros cuando alcanzáramos los doce años, sino que eliminaba completamente nuestro incentivo de llenar nuestras escudillas. (Pero por supuesto eran las conversaciones que grabábamos, no las monedas que acumulábamos, lo que realmente interesaba a la liga. Aun así, nuestras ganancias distaban mucho de ser despreciables.) La mejor explicación que puedo dar es que estaban intentando convertirnos en unos descontentos, de modo que así tuvieran un pretexto para vendernos mientras aún estábamos bajo su dominio en vez de dejarnos trabajar hacia nuestra libertad. Una política mezquina y abocada al fracaso, pero la historia humana está llena de tales cosas.

¿Que si protestamos ante todo aquello, preguntan? ¿A quién? ¿Y para qué? Éramos esclavos.

Yo me sentía tan satisfecho de estar entre mis voluptuosas damas -y ahora estaba a punto de cumplir los diez años, cada día era iniciado a nuevos misterios-, que los nuevos cambios en la logia me importaron muy poco al principio. Pero estaba creciendo rápidamente y me sentía hambriento todo el tiempo bajo las nuevas raciones, lo cual me ponía furioso. Y a la hora del recuento mensual descubrí que me hallaba impotentemente lejos de mi libertad, mi regreso a Vietoris, mi familia, mi padre. Así que cuando mis compañeros mendigos empezaron a agitarse y a conspirar entre ellos, me sentí muy dispuesto a unir mis esfuerzos a los suyos.

El líder era Focale. Era el muchacho de rostro plano que me había preguntado mi precio aquel primer día de nuestro viaje a Megalo Kastro. Entonces no me había gustado. Pero después habíamos terminado haciéndonos amigos, más o menos. Ahora era más alto y con un rostro aún menos agraciado, con extraños rasgos medio formados y unos ojillos descoloridos.

—Debemos escapar —dijo un día, mientras estábamos en los baños. Puesto que no llevábamos nuestros amuletos, sus palabras no podían ser registradas para nuestros amos—. No pueden retenernos. Nos abriremos camino hasta el astro-puerto y nos introduciremos en una de las naves que vayan a partir.

Era una completa locura, por supuesto. Pero deben recordar que

todavía seguíamos siendo sólo unos niños.

De todos modos lo intentamos, no una sino cuatro veces. Nos deslizamos fuera de la logia y fuimos a pie cruzando la ciudad hasta el astro-puerto, con la esperanza de conseguir escapar. Fuimos cogidos cada vez. Los censores aparecieron bruscamente delante y detrás de nosotros, sus manos se cerraron sobre nuestras nuca, las patadas y los bofetones, los días de pan y agua: eso fue lo que ocurrió cada vez. Nunca tuvimos ninguna oportunidad de escapar. Había transmisores tele-vectores en nuestros amuletos sagrados que radiaban constantemente nuestra localización, pero nosotros no lo sabíamos. Una vez incluso nos dejaron llegar hasta las inmediaciones del astro-puerto. Contemplamos las grandes naves erguidas con el morro apuntando al cielo e intentamos imaginar a qué mundos iban destinadas.

—¡Galgala! —exclamó Focale—. Donde todo es de oro. —Y Anxur susurró—: ¡No, Marajo! Hay un desierto allí cuya arena brilla como diamantes. —Sphinx habló de los lujuriantes bosques de Estrilidis, donde los felinos tenían dos colas. Y entonces los censores se alzaron delante y detrás de nosotros, y nos cogieron, y nos golpearon hasta que lloriqueamos pidiendo misericordia.

Ése fue nuestro tercer intento. Nunca volvimos a ver a Focale después de ello. Supusimos que había sido vendido fuera del planeta, porque era el peor busca-problemas de la logia.

Incluso sin él estábamos decididos a escapar. Yo más que los otros: me convertí en el líder en su lugar, pese a que era uno de los más jóvenes. Mi esclavitud, que había soportado confortablemente durante los primeros años, se había convertido ahora en un peso intolerable. Me sentía furioso todo el tiempo. Espumaba de rabia e impaciencia. ¿Por qué debía pasar mi adolescencia en aquel miserable y sudoroso mundo, mordisqueando mendrugos de pan seco y mendigando en mugrientos prostíbulos unas cuantas monedas? Vivía día y noche sólo para el momento de alcanzar la libertad. Mientras recorría la ciudad estudié el laberinto de callejuelas y pasajes cubiertos, elaborando un itinerario que imaginaba me permitiría eludir a los censores. Mis amigas las prostitutas podrían ayudarme. Tenía intención de pasar de alcoba en alcoba, ocultándome detrás de sus faldas y debajo de sus camas, zigzagueando por la ciudad hasta alcanzar el lugar desde donde pudiera correr hacia la libertad. Luego tendría que arriesgarme con los horrores con alas y picos de la jungla exterior, pero tenía un plan. Iría hacia el oeste, alejándome del astro-puerto, y buscaría refugio durante la noche en la gran fortaleza que dominaba el mar. Nunca esperarían eso;

pensarían que me sentiría aterrorizado sólo de acercarme a aquel lugar. A todo el mundo le ocurría. Pero yo era rom; ¿por qué debería temerle a un montón de viejas piedras? Me ocultaría allí y les dejaría creer que había sido devorado por algún monstruo salvaje, y al cabo de un tiempo volvería, rodeando toda la ciudad. Cuando alcanzara el astro-puerto suplicaría refugio al primer rom al que espiara, y eso podría ser el fin de mi esclavitud. O eso creía.

Me atraparon antes de que hubiera recorrido media ciudad, y esta vez me golpearon sin la menor piedad. Pensé que iban a romperme todos los huesos, y quizás ésa fuera su intención, pero yo era joven y ágil. Luego me llevaron ante el procurador. Aquel hombre siniestro y glacial me miró fijamente y luego preguntó al maestro de la logia:

—¿Cuántas veces han sido?

—Este es su cuarto intento, señor.

—¿Dónde adquirimos esta basura? Haz con él lo que hiciste con el otro. Aquél tan desagradable.

Así que iban a enviarme al mismo lugar donde habían enviado a Focale. No me importó. Nada podía ser peor que seguir en la logia.

Un censor de la liga, con un bovino rostro rojo y unos hombros enormes, me hizo subir a un todo terreno, y nos dirigimos al norte y luego al oeste durante media hora o así. Era un día bochornoso, y el sol estaba cubierto por un velo verde grisáceo. Al cabo de un tiempo vi la oscura silueta de la antigua fortaleza erguirse recortada contra el cielo, allá delante.

Pese a todo mi valor contuve bruscamente la respiración y me hundí en mi asiento. ¿Qué íbamos a hacer allí?

Pero no íbamos allí. El censor giró hacia una carretera lateral que conducía directamente al mar. Nos detuvimos en una curva y me ordenó que bajara. La carretera seguía en aquel tramo el borde de un agreste acantilado de una piedra verdosa, blanda y de aspecto jabonoso, muy dentada y erosionada. El mar se extendía a veinte o treinta metros más abajo; era una caída en vertical desde el borde mismo de la carretera. Miré por encima de aquel borde. Nunca antes le había echado una mirada de cerca al mar de Megalo Kastro. No era nada que se pareciera al agua; era rosado y de aspecto rígido, como si estuviera recubierto por alguna especie de asquerosa espuma, y de él brotaba un ligero vapor. Su superficie era áspera y grumosa. No había nada parecido a olas. Permanecía casi inerte, apretando contra la orilla, efectuando pequeños y siniestros movimientos ondulantes.

El censor cogió mi amuleto y me lo arrancó del cuello de un tirón.

—Ya no necesitarás esto, pequeño rom.

Entonces comprendí lo que estaba a punto de ocurrir, e intenté liberarme. Pero él era demasiado rápido para mí. Me cogió por la cintura y me alzó por encima de su cabeza en un rápido movimiento, y me lanzó con todas sus fuerzas hacia aquel repugnante mar.

6

Ya estaba muerto. No tenía la menor duda al respecto. Si no me rompía el cuello al golpear la superficie del mar, sería devorado en un instante por él. Mientras flotaba y giraba sobre mí mismo en mi caída me sentí enfermo de miedo, sabiendo que aquél era mi fin. Durante años había oído historias acerca de aquel extraño mar, acerca de cómo era un gigantesco organismo vivo de miles de kilómetros de profundidad y anchura, de cómo se alimentaba de las criaturas terrestres que caían a él, de cómo a veces incluso extendía un pegajoso zarcillo hacia la orilla para atrapar a alguien que pasara lo bastante cerca.

Fue una caída larga. Pareció tomar una hora. Duró tanto tiempo que el miedo me abandonó y empecé a sentirme impaciente por saber qué iba a ocurrir a continuación. Noté el calor del mar alzarse hacia mí, y su extraño olor, dulce y no desagradable, golpeó mi olfato. Cálidas corrientes de aire jugueteaban sobre su superficie. Pensé en mi padre y en mi hermana Tereina y en la regordeta y pequeña prostituta Salathustra. Luego choqué contra la superficie.

Pese a la altura de la que había caído, mi amerizaje fue blando y suave. El mar pareció tenderse hacia arriba para atraparme y me atrajo hacia sí. Yací suavemente bajo su superficie, sin moverme, sin siquiera molestarme en respirar, apresado por la densidad de aquel extraño fluido caliente.

¿Era así como se sentía uno estando muerto? ¡Qué descansado!

Flotaba. Derivaba. El mar me tomó y me arrastró. Sentí que mis ropas se disolvían. Quizá mi piel y mi carne hubieran desaparecido también, y yo ya no fuera más que unos cuantos huesos reluciendo en el humeante lodo rosa. Mantuve los ojos cerrados. Sentí los dedos del mar acariciarme por todas partes, mis muslos, mi vientre, mis riñones, invisibles y viscosas serpientes deslizándose por todo mi cuerpo. Había una especie de éxtasis en ello. El mar emitía suaves sonidos sorbentes. Burbujeaba y chillaba y silbaba. Extendí los brazos, y pude tocar con las puntas de los dedos de una mano la orilla y con las de la otra la orilla del distante y desconocido continente occidental a diez mil kilómetros de distancia. Los dedos de mis pies descendieron hasta las raíces del planeta, donde ocultos volcanes derramaban fiera lava.

Está digiriéndome, pensé.

Está haciéndome parte de él.

No me importaba. Estaba muerto. Amé el mar y amé ser devorado por él. Ser absorbido por él. Pasar a formar parte de él.

Luego, una voz profunda dijo:

—Nada, Yakoub.

—¿Nadar hacia dónde?

—Hacia la orilla. Esta masa no puede retenerte.

—Me está devorando.

—Lo hará si tú le dejas. ¿Pero por qué dejar que lo haga?

—¿Quién eres?

—Abre los ojos, Yakoub.

No lo hice. Seguí derivando. Cálido, seguro, soñoliento.

—Yakoub —de nuevo la voz profunda. Más insistente—. Despierta. ¡Despierta, cobarde!

Aquello me dolió.

—¿Cobarde? ¿Yo?

—Me has oído.

—¿Por qué cobarde?

—Porque estás vendiéndole toda tu vida a esta cosa, y por un precio estúpido. ¿Tienes miedo de vivir? ¿Tienes miedo de hacer todas las grandes cosas que el destino reserva para ti?

Abrí los ojos. Había una bruma púrpura a todo mi alrededor. Vi un espectro encima de mí, envuelto en una resplandeciente aura dorada. Ojos llameantes, bigote negro. El rostro de mi padre, casi. Casi. No mi padre, pero muy cercano a él de todos modos, alguien al que conocía muy bien. Lo conocía incluso mejor que a mi padre. Parecía furioso, pero también estaba sonriendo.

—Yakoub —murmuró, ahora suavemente—. Nada, Yakoub. Debes hacerlo. Esta muerte no es para ti.

—¿Qué es la muerte, padre?

—No soy tu padre.

—¿Qué es lo que quieres que haga?

—Nada.

—¿Cómo?

—Alza tu brazo. Bien. Ahora el otro. Patea. Patea. Patea. Bien, Yakoub. Patea. Patea.

Los agigantados dedos del mar danzaban a mi alrededor como gusanos erguidos sobre sus colas. El mar estaba en mi boca, en mis ojos, en mis oídos. Una especie de fibra se enrolló en torno a mi garganta. Otra apretó mis genitales, y sentí una erección, y agité las caderas, nadando contra el resistente y cálido lodo. De tanto en tanto abría los ojos. Los colores llameaban por todas partes. La orilla estaba muy lejos, una línea negra contra el cielo. El espectro seguía flotando encima de mí, los ojos brillantes,

dándome ánimos. No decía nada. Pero podía oír su resonante risa cada vez que daba otra brazada. Ahora vi otros espectros también, cinco, seis, una docena. La hermosa mujer de nuevo. Haciéndome señas, animándome a seguir adelante. En el aire parpadeaban imágenes, multitudes, grandes ropajes ceremoniales, resplandecientes tocados, extraños planetas, maravillosas ceremonias. ¿Era el mar quien arrojaba aquellas escenas, o mis espectros guardianes? Nada, Yakoub. Nada. ¡Nada! ¡Qué esfuerzo representaba! Anhelaba dejarlo correr, relajarme, abandonarme al mar, permitir que mi cuerpo se deslizara de nuevo al interior de aquel enorme, cálido y acariciante cuerpo. Aquella gran madre. Pero los espectros eran incansables. Nada, insistían. Nada. Nada. ¡Nada!

Y nadé.

Descubrí cómo extraer energía del mar, como robársela en vez de permitir que él me la robara a mí, y ahora nadé hacia la orilla con fuertes y regulares brazadas. Sin ninguna pausa. Sin ceder ni un momento. Ganaba fuerzas a cada nueva brazada. ¿Cómo podía permitirme morir allí? ¡Todavía me quedaba tanto por hacer! La vida me estaba llamando. ¡Nada, Yakoub! ¡Vive, Yakoub!

Vi un árbol colosal que crecía justo al borde del mar. Sus raíces se hundían profundamente en el lecho marino y su tronco, un enorme poste blanco con estrías de un color púrpura pálido, se alzaba recto y majestuoso uno o dos centenares de metros, sin ninguna rama excepto en su copa. Creo que el árbol estaba hecho también de la misma sustancia que el mar, porque su enorme copa, que se extendía como una gigantesca sombrilla y arrojaba una descomunal sombra azul, estaba en constante metamorfosis. Ojos, rostros, serpientes enroscadas, largas y agitantes hojas, alas que batían poderosamente, frías y parpadeantes llamas, todo ello hormigueando, agitándose, cambiando, nada igual en dos segundos consecutivos. Creí que uno de los rostros que veía era el de Focale, pero apareció y desapareció demasiado rápidamente para poder estar seguro.

Ese árbol era la vida para mí. Pulsaba y se agitaba con el vigor de la constante transformación que es la vida. Nadé hacia él. Sabía que era mi refugio. Podía oírle cantar hacia mí, y a medida que me acercaba yo también canté.

Vi las retorcidas raíces que se alzaban por encima de la superficie del mar, y me aferré a una, y tiré de mi cuerpo mano sobre mano, sujetándome a su suave y resbaladiza superficie, hasta que estuve completamente fuera del mar. Permanecí tendido un rato allí, jadeando. Luego me levanté y caminé por la estrecha cornisa de la parte superior de sus raíces hasta llegar

al tronco en sí, y lo abracé, extendiendo los brazos tanto como me fue posible, lo cual era apenas suficiente para abarcar una quinta parte de la circunferencia del tronco.

Y entonces salté a la orilla. Estaba desnudo, y mi piel brillaba con el calor del mar. Nada podía asustarme ahora. Era como si acabara de nacer, salido de aquel mar. Eché a andar hacia el este bajo un brillante sol, sin preocuparme si tenía que caminar a través de medio mundo. Lo conseguiría.

Caminé durante días. Ningún animal me molestó. Una cosa parecida a un pájaro, con alas correosas de la envergadura de una casa, voló por encima de mí durante buena parte del camino, cubriéndome con su sombra púrpura. A veces vi espectros familiares. Finalmente llegué a un lugar donde el vientre de la tierra había sido hendido y los pistoneantes brazos de enormes máquinas oscuras se alzaban y descendían, se alzaban y descendían, enviando al aire nubes de blanco vapor y negros géiseres de lodo. Algunos hombres de pie al lado de una de las máquinas me señalaron. Fui hacia ellos.

Un sonriente rostro rom me miró fijamente.

—*Sarishan*, primo —dije en romani—. Soy un esclavo huido y busco refugio, porque mis dueños me han tratado mal. —Me sentía tranquilo y fuerte. Me había hecho hombre en aquel mar.

El lugar al que había llegado era uno de los puestos de avanzada donde los mineros roms estaban excavando en busca de tierras roms. Me dieron de comer y me vistieron y me tuvieron con ellos durante uno o dos meses. Luego me pusieron a bordo de una astronave que se encaminaba al brazo de la galaxia conocido como el Derrame de Jerusalén, donde los mundos se arraciman densos, muy cerca los unos de los otros. Hubiera ido a Vietoris si hubiera podido, pero nadie en el campamento minero había oído hablar de Vietoris, y cuando una noche intenté mostrarles, de una forma que probablemente era incorrecta y equivocada, el lugar del cielo donde estaba situado Vietoris, dijeron que ninguna nave que saliera de Megalo Kastro se encaminaba en aquella dirección. Quizá fuera verdad. En cualquier caso, probablemente fuera mejor para mí encaminarme hacia donde me dirigí finalmente, porque allá era donde se suponía que debía ir. Los dioses habían decretado que la parte de mi vida que había transcurrido en Vietoris había quedado cerrada.

La nave que abordé era un carguero de tercera clase con un capitán gaje pero un piloto y una tripulación rom. Descubrieron rápidamente que yo también era rom, y pasé la mayor parte de mi tiempo en la sala de saltos, contemplando cómo preparaban los instrumentos para el parpadeo. Incluso me dejaron permanecer allí durante el propio salto, cuando el piloto aferró las palancas del salto y derramó su alma en el alma de la astronave y la envió a través de los años luz. Observé el rostro del piloto en el momento del salto, cuando hizo aquella cosa especial que sólo los roms entre toda la humanidad son capaces de hacer adecuadamente. Vi el éxtasis en él, la repentina belleza que le invadió -y no era un hombre apuesto-, y en aquel momento se despertó y ardió en mí el anhelo de aferrar yo mismo las palancas, de enviar mi alma al alma de la nave, de ser uno de aquellos que pilotan las grandes naves en el enorme vacío.

—Mi padre trabaja en astronaves —dije—. Es probable que le conozcáis. Se llama Romano Nirano. Arregla las naves que llegan a Vietoris.

Pero nunca habían oído hablar de Romano Nirano, y nunca habían oído hablar de Vietoris. Como les caía bien, abrieron para mí su gran tanque estelar, una esfera negra en cuyas girantes profundidades opalinas se hallaban reflejadas todas las estrellas de la galaxia, e intentaron localizar Vietoris. Pero tuvieron problemas en encontrarlo porque yo era incapaz de decirles el nombre del sol de Vietoris; para mí siempre había sido simplemente «el sol», y eso no era suficiente. Al fin alguien tecleó en un atlas planetario y localizó Vietoris para mí, y me lo mostraron en el tanque

estelar. Estaba en un rincón poco importante de la galaxia, y a cada salto nos alejábamos más y más de él. Así que no iba a poder volver a casa.

Me entristeció que ninguno de aquellos navegantes roms hubieran oído hablar de mi padre. Había creído que era famoso de un confín al otro del universo.

—Ahí es donde desembarcarás, muchacho —me dijo el piloto. Tomó un puntero y me mostró un sistema estelar a medio camino del Derrame de Jerusalén, donde cinco mundos giraban en torno a un enorme sol azul—. El final de la línea. Encontrarás a muchos toros ahí, pero más allá de esos mundos no tendrás ninguna oportunidad de encontrar a nadie de tu raza.

Así es como fui a vivir al planeta real de Nabomba Zom, y al palacio de Loiza la Vakako, que iba a ser como un segundo padre para mí, y más que un padre. Tenía por aquel entonces doce años, o quizá trece. En Nabomba Zom crecí y me desarrollé. En Nabomba Zom me convertí en lo que se suponía que debía convertirme.

Loiza la Vakako era un rom lowara, de fabulosa riqueza y legendaria sagacidad. Los lowara siempre han sido buenos en amasar dinero, y la sagacidad es su segunda naturaleza. Todo el planeta de Nabomba Zom le pertenecía, y catorce de sus veinte lunas. Gobernaba su gran dominio y su kumpania de muchos miles de roms como un antiguo rey gitano, sin mezquina pompa ni estúpidas pretensiones, sino con una absoluta fuerza y seguridad. Mucho más tarde, cuando fui rey, basé en gran parte mi estilo en el de Loiza la Vakako. Al menos en lo superficial. Por supuesto, él y yo éramos muy diferentes. Él era un aristócrata natural, frío y contenido, y yo..., bien, yo no soy así. Regio, sí. Frío, no.

Yo estaba cubierto de pies a cabeza por los brillantes excrementos carmesíes de los caracoles salizonga el día que nos encontramos por primera vez.

Mis amigos los navegantes me habían dejado en Puerto Nabomba como parte de una carga de suministros agrícolas: el manifiesto de carga relacionaba tantas transmisiones tractores, tantos fumigadores rotativos, tantas cosechadoras sobre cojín de aire, y «un robot agrícola clase Yakoub, modelo humanoide, tamaño medio estándar, expansible, de mantenimiento automático» Yo permanecí de pie en medio de todas las cajas, con una etiqueta amarilla de identificación de carga colgada de mi oreja. El inspector de aduanas me miró durante largo rato y finalmente dijo:

—¿Qué demonios eres tú?

—El robot agrícola clase Yakoub, modelo humanoide. —Le sonreí—. *Sarishan*, primo.

Era rom, pero no me devolvió el saludo ni pareció divertido. Frunció el ceño, comprobó el manifiesto de carga, y su ceño se hizo más profundo y más sombrío cuando encontró la entrada correspondiente.

—¿Eres un robot?

—Modelo humanoide.

—Muy curioso. Expansible, dice.

—Eso significa que creceré.

—Yo hubiera puesto más bien *expendible*. ¿Qué edad tienes?

—Casi doce años.

—Eso es bastante viejo para un robot. ¿Qué demonios hacen enviándonos maquinaria anticuada?

—En realidad no soy...

—Quédate aquí y no te muevas —dijo, tachándome de la lista—. Artículo veintinueve, una caja de transmisiones tractoras...

Así que entré en el planeta real de Nabomba Zom como una unidad de maquinaria agrícola, y así fue casi exactamente como me trataron al principio. Llevando todavía mi tarjeta y aferrando el pequeño sobrebolsillo que contenía los regalos de los navegantes que eran mis únicas posesiones, fui cargado sin ceremonias en un camión unas cuantas horas más tarde, junto con una o dos cajas de equipo recién llegado, y enviado a una plantación en el centro de un amplio y lujuriente valle en alguna parte del interior del continente. Pasé los siguientes seis meses allí, paleando los preciosos excrementos de los caracoles salizonga.

Cualquiera de ustedes se echaría a temblar dentro de sus botas si vieran alguna vez a un caracol salizonga avanzando hacia ustedes a su inexorable manera, bufando y gruñendo y soltando toneladas de vívidos excrementos en su estela. El caracol salizonga es el mayor gasterópodo de todo el universo conocido, una enorme criatura de ocho metros de largo y tres o cuatro de alto, encajada en una cáscara en forma de domo de relucientes placas amarillas superpuestas tan resistentes como una armadura. Por terrible que parezca -los grandes y oscilantes pedúnculos visuales, el tremendo pedestal carnoso de su pie-, lo peor que puede hacerle a uno un caracol salizonga es pisotearlo dejándolo aplastado como una hoja de papel, lo cual hará con toda seguridad si uno no se aparta de inmediato de su inamovible camino. No le devorará, sin embargo. No comen nada excepto un determinado musgo de hoja roja que sólo crece en el interior de Nabomba Zom, que no por coincidencia es el único lugar del universo donde puede hallarse el caracol salizonga.

A nadie le importa una mierda -es una forma de hablar- su enorme monstruosidad, excepto por las materias fecales que deposita con irreprimible celo y en cantidades asombrosas mientras avanza pesadamente por sus pastos favoritos. Esta materia brillantemente coloreada contiene un alcaloide del que se destila un perfume que es desesperadamente buscado por las mujeres de cinco mil mundos. Sólo el *macho* salizonga segrega el valioso alcaloide y, a menos que los excrementos sean recogidos y refrigerados a los pocos minutos de ser expulsados, el alcaloide se descompone y pierde todo su valor. En consecuencia, es necesario que los trabajadores humanos sigan a los caracoles de uno a otro lado -los robots no parecen capaces de distinguir entre salizongas machos y hembras, puesto que la distinción es más bien sutil-, y paleen apresuradamente la recién excretada materia fecal a los tanques de refrigeración antes de que pierda todo su valor comercial. Éste era el trabajo que me fue asignado a mi segundo día en Nabomba Zom. No lo consideré una mejora espectacular

respecto a agitar mi escudilla en los burdeles de Megalo Kastro.

Bien, es decreto de Dios que todo hombre nacido de mujer deba trabajar para conseguir su pan de cada día, lo mismo que cualquier mujer nacida de mujer; pero en ninguna parte especificó Dios que nadie tuviera derecho a un trabajo decente. En aquel momento de mi vida palear mierda parecía ser mi misión, y en aquel momento de mi vida no vi ninguna alternativa inmediata a mano. No pretenderé que llegara a gustarme el trabajo, pero a decir verdad era menos desagradable de lo que pueden imaginar, y sin el menor esfuerzo puedo pensar en ocho o diez profesiones menos placenteras, aunque prefiero no hacerlo. Al cabo de muy poco tiempo dejé de pensar enteramente en la naturaleza de la materia que estaba manejando y simplemente enfoqué mi mente en seguir con vida ahí fuera en los campos de excrementos. (Había un cierto riesgo en el trabajo, puesto que el bufar y el gruñir del caracol que estabas siguiendo podía ahogar el sonido de cualquier otro en las inmediaciones, y resultaba bastante fácil verte aplastado por una de aquellas enormes montañas ambulantes si una de ellas aparecía detrás de ti mientras te estabas concentrando intensamente en el caracol que tenías delante.)

Nabomba Zom es uno de esos mundos que no tiene estaciones. Noche y día duran exactamente lo mismo, y el clima es simplemente delicioso durante todo el año. Así que sólo estoy suponiendo cuando digo que pasé seis meses en aquella plantación. Durante ese tiempo, mi voz se hizo más profunda y empezó a salirme la barba. Y un día se produjo una gran excitación en el extremo más alejado de la plantación: coches, gritos, gente corriendo de un lado para otro. Me pregunté si alguna alma descuidada habría sido fatalmente convertida en oblea por un caracol. Luego el capataz zumbó en mi oído y me dijo que me encaminara al momento a la casa de la plantación.

Precisamente yo había sufrido un pequeño accidente hacía unos momentos. El caracol que estaba siguiendo había puesto bruscamente la directa y yo, en mi esfuerzo por mantener su marcha, había resbalado en el musgo de hojas rojas y había terminado de barriga sobre un montón de excrementos del tamaño de un pequeño asteroide.

—Primero necesito lavarme —le dije al capataz—. Estoy cubierto de la cabeza a los pies de...

—Ahora —dijo.

—Pero yo...

—*Ahora.*

Me llevaron ante un hombre de sorprendente presencia y energía, que

podía tener unos cincuenta años, u ochenta, o tal vez ciento cincuenta. Nunca lo supe, y él nunca pareció envejecer ni un solo día en todos los años que pasé con él. Era delgado para un rom, quizá incluso demasiado, con los hombros caídos y el pecho hundido, y no llevaba bigote. De su oreja izquierda pendían dos anillos de plata, un antiguo estilo que estaba empezando a ponerse de nuevo de moda entre nosotros. Había una sorprendente expresión de sagacidad en su rostro: una rápida y taimada sonrisa, en realidad apenas una ligera contracción de su mejilla, que advertía a los adversarios potenciales que fueran con cuidado. No era nadie ante el que pudieras esperar sacar la mejor tajada en un negocio. Sus ojos eran ferozmente penetrantes. Me sentí transparente ante aquellos ojos: veían mis entrañas y mis huesos. Me detuve de pie ante aquel formidable y regio hombre, todo sucio y manchado de excrementos de caracol, y él adelantó una mano hacia mí.

—Más cerca.

—Señor, yo...

—Más cerca, muchacho. ¿Cómo te llamas?

—Yakoub. Mi padre es Romano Nirano de Vietoris.

—Romano Nirano, ¿eh? —Pareció impresionado, o eso imaginé—. ¿Qué edad tienes?

—A punto de cumplir los trece, creo.

—Crees. Un esclavo huido, ¿eh?

—Un viajero, señor.

—Ah. Un viajero. Por supuesto. La gran gira del universo, empezando en las famosas granjas de miel de caracol de Nabomba Zom. ¿Qué eres, un rom kalderash?

—Sí, señor.

—¿Eres bueno con las máquinas, como se supone que son todos los kalderash?

—Mi padre es el mejor mecánico de los talleres espaciales de Vietorion.

—Tu padre, sí. —Asintió y meditó unos instantes. Luego se volvió e hizo un gesto a alguien que estaba en otra habitación—. ¿Malilini? ¿Es éste al que te refieres?

Apareció una mujer, o una muchacha; nunca estuve seguro de ello. Hubiera podido tener dieciséis, o veintiséis, o treinta y seis años. Su edad sería siempre su secreto. Era sorprendentemente hermosa, y sorprendentemente extraña. Su pelo era una nube de azur, sus ojos cálidos y oscuros y muy separados, sus labios llenos e invitadores. Había visto antes aquel rostro, pero, ¿dónde? ¿Una de las prostitutas de la ciudad minera? No,

ninguna de ellas había sido tan hermosa como ésta. ¿Alguna pasajera de la astronave? No. No, recordé entonces: era el rostro del encantador espectro que había acudido a mí varias veces en Megalo Kastro, primero en la logia de los mendigos y luego cuando yacía derivando en el mar viviente. Nunca me había hablado, sólo me había mirado y sonreído. Ahora nos miramos mutuamente como si hiciera mucho que nos conocíamos.

—Yakoub —dijo—. Por fin.

Me sentí amargamente avergonzado, de pie delante de una tal belleza con mis ropas costrosas de excrementos.

—Mi hija Malilini —dijo el hombre de aspecto regio—. Yo soy Loiza la Vakako. —Hizo un gesto a sus robots—. Limpiadle. Vestidle. —Me desnudaron en un instante. Me sentí menos avergonzado de estar desnudo delante de ella, delante de él, de lo que me había sentido con mis asquerosas ropas. Me rociaron y me secaron y me cortaron el pelo y, ante mi asombro, incluso pasaron un rayo afeitador sobre el vello de mis mejillas, y luego me envolvieron en una túnica gris perla con un cinturón rojo y un cuello alto de un profundo azul oscuro. Uno de los robots conjuró un espejo de moléculas de aire frente a mí para que pudiera inspeccionarme. Mi apariencia era excelente. Sentí admiración hacia mí mismo. Todo aquello sólo había tomado unos minutos. Malilini irradiaba placer ante mi transformación. Loiza la Vakako se me acercó y me examinó. Apenas era un poco más alto que yo, Me estudió y asintió, evidentemente satisfecho.

Luego agarró mi elegante cuello con ambas manos y, con un rápido tirón, lo arrancó a medias del lado izquierdo de la túnica. Me sentí asombrado y abrumado.

Loiza la Vakako se echó a reír, una gran y resonante risa rom.

—¡Que todas tus ropas se desgarran y estropeen así! ¡Pero que tú vivas sano hasta lo más profundo de tu vejez!

Me di cuenta de que me estaba hablando en romani. Era una de sus costumbres lowara, ese desgarrar ceremonial de mi nuevo atuendo. Me dio una palmada en la espalda y me condujo fuera. Por aquel entonces había comprendido ya que él era el baro rom de aquel lugar, el gran hombre de aquel planeta, y que yo iba a vivir con él. No se me permitió ir a mi choza en busca de mis cosas; pero cuando llegamos a su palacio, después de un vuelo de tres horas por encima de las deslumbrantes maravillas de aquel magnífico continente, mis pocas y miserables posesiones me estaban aguardando en mi suite de habitaciones, junto con una enorme cantidad de nuevas y lujosas pertenencias cuyo uso apenas era capaz de comprender.

Entonces empecé a saber lo que significaba realmente la palabra

esplendor. El palacio de Loiza la Vakako se erguía en la orilla de un mar casi tan extraño como el que había estado a punto de reclamar mi vida en Megalo Kastro, porque su agua era roja como la sangre, y un pulsante calor brotaba de él, casi a la temperatura de ebullición. Una playa de arena color lavanda pálido se alzaba empinada desde su orilla hasta una amplia plataforma donde, en medio de un denso jardín de arbustos y árboles procedentes de un centenar de mundos, se alzaba el palacio en atrevidos arcos y arabescos. Nunca llegué a saber cuántas habitaciones tenía, y era muy probable que su número cambiara de un día al siguiente, porque el palacio era una construcción de un material transformable sobre vigas y puntales movibles, todo ello ligero como una telaraña, que cambiaba constantemente a formas cada vez más bellas a medida que el cálido sol azul lo iluminaba a lo largo del día. Allí iba a vivir como un joven príncipe rom, vestido con las más espléndidas ropas, nuevas y distintas cada día, y comiendo exquisiteces como jamás había imaginado antes que existieran y no he vuelto a probar después; allá iba a descubrir el significado de la riqueza y el poder y las responsabilidades que tales cosas comportan; comprendería por primera vez los misterios de espectral; allá también aprendería una o dos cosas sobre la naturaleza del amor. Pero la mayor lección que iba a aprender en Nabomba Zom tenía que ver con lo efímero de la grandeza y el placer y la comodidad: porque, después de haber vivido en el mayor de los lujos, hasta el punto de dar todas aquellas cosas absolutamente por sentadas, iba a ver cómo me eran arrebatadas en un instante. Y arrebatadas a Loiza la Vakako también; pero eso, por entonces, estaba aún muy lejos en el futuro.

Loiza la Vakako tenía ocho hijas pero ningún hijo. Las hijas son una delicia -he tenido muchas luego, y hubiera tenido alegremente más-, pero un hombre siente hacia sus hijos varones algo completamente distinto de lo que siente hacia sus hijas, y es algo que tiene que ver con el hecho de que algún día vamos a morir. Cuando un hombre ve a su hijo, ve la imagen de sí mismo: su yo renacido, su yo regenerado, su reemplazo, su derecho al futuro. Avanza a través de sus hijos hacia los siglos venideros. Llevan su rostro; tienen sus ojos, su barbilla, su bigote, su corazón y sus testículos. Amo a mis hijas con todo mi corazón, pero ellas no pueden proporcionarme eso tan especial que puede proporcionarme un hijo, y hay una diferencia en ello, y cualquier hombre que diga que no es así les miente a ustedes o se miente a sí mismo o ambas cosas. Al menos, así es como son las cosas entre los roms, y lo han sido desde el principio de los tiempos. Puede que con los gaje sea de otro modo: no tengo forma alguna de saberlo, y ningún interés especial en averiguarlo.

No querría aventurar mucho en este asunto. Pero cuando un hombre es tan poderoso como Loiza la Vakako, y no tiene hijos, y toma a un pequeño paleamierda desconocido para que viva en su casa, hay todo un significado en ello. Seis de sus hijas estaban casadas y vivían en sitios alejados de Nabomba Zom o de sus lunas mayores. Trataba a sus yernos como príncipes, pero no, creo, como hijos. La séptima hija -Malilini- vivía con él en el palacio. Nunca se hablaba de la octava, aunque su retrato colgaba al lado de los otros siete en el gran salón; se había peleado con su padre hacía mucho tiempo, acerca de algo que nunca llegaré a saber, y se había marchado a algún lejano rincón de la galaxia.

Loiza la Vakako tenía también un hermano, que gobernaba dos de los mundos más exteriores y menos favorecidos de aquel sistema solar. Se llamaba Pulika Boshengro, y Loiza la Vakako raras veces hablaba de él, aunque él también estaba en la galería de retratos de la familia, un hombre muy moreno con una frente estrecha y un rostro largo y austero. En el retrato se parecía tan poco a Loiza la Vakako que me resultaba difícil creer que habían nacido del mismo seno; pero cuando finalmente le conocí, muchos años más tarde, pude ver al instante el parecido: en los huesos debajo de la piel, en el alma detrás de los ojos.

Pese a lo grande que era su palacio, Loiza la Vakako se permitía sorprendentemente muy poco tiempo para disfrutar de él. Incluso él, que era un hombre sedentario y contemplativo, se sentía dominado por la inquietud rom. Se movía constantemente, siempre en viajes de inspección

por sus enormes dominios. Tenía que saber lo que ocurría en todas partes. Aunque todos los capataces de sus plantaciones eran capaces y leales, Loiza la Vakako no podía permitirse el ser un mero amo ausente. Y también era un baro rom aquí, pues era el jefe de la kumpania gitana de Nabomba Zom, lo cual significaba que tenía todo tipo de responsabilidades jurídicas y rituales entre su gente.

Desde el principio fui a menudo con él cuando efectuaba esos viajes. Y aprendí más del arte de gobernar en una sola tarde a su lado que lo que hubieran podido proporcionarme seis años de universidad.

Nabomba Zom es uno de los nueve mundos reales de la galaxia. Es decir, se trata de uno de los planetas especialmente elegidos por los roms como propios, cuando se produjeron los primeros asentamientos entre las estrellas hace novecientos o mil años. Los gobernantes de los planetas reales -los otros son Galgala, Zimbalou, Xamur, Marajo, Iriarte, Darma Barma, Clard Msat y Estrilidis- obtenían su poder, técnicamente hablando, por concesión directa del Rey de los Roms, y cada uno tenía el privilegio de nombrar uno de los nueve krisatora, los jueces del más alto tribunal rom. Por supuesto, yo sabía muy poco de todo aquello cuando fui a vivir con Loiza la Vakako, pero gradualmente me educó en los intrincados detalles del sistema que mantenía la unidad de nuestro disperso reino.

Viajando con él llegué a comprender algo que nunca había sospechado como escolar en Vietoris o como esclavo en Megalo Kastro: que gobernar es una carga, no un privilegio. Hay ciertas recompensas, sí. Pero sólo un estúpido aceptaría esa carga a cambio de esas recompensas. Aquellos que tienen el poder lo aceptan porque no tienen otra elección: es un decreto de Dios que ha descendido sobre sus cabezas y que le deben obedecer. Aunque Syluise crea que no es así.

De este modo observé a Loiza la Vakako tomar decisiones acerca de la plantación de nuevas cosechas o la construcción de diques, acerca del precio del grano, acerca del comercio con otros planetas, acerca de los impuestos y las tasas de importación. Le observé presidir el tribunal y decidir sobre las sorprendentes disputas de la gente mezquina en las lejanas provincias. Y pensé en la lección que habían intentado impartirme en mi último día en la escuela, acerca del Décimo-tercer Emperador y lo duro que trabajaba para todos nosotros. Entonces me había preguntado por qué un emperador desearía trabajar tanto, cuando el poder supremo era suyo. ¿Por qué no pasaba todos sus días y sus noches disfrutando y cantando y hablen, do buenos vinos? Ahora comprendía que no había elección en el trabajo. Era el precio del supremo poder, Eso era el supremo poder: el privilegio de

trabajar más allá de la comprensión de los seres normales. Me di cuenta de que no había habido nunca ningún gobernante -ni siquiera los odiosos tiranos más famosos, ni siquiera los monstruosos villanos asesinos- que no se hubiera visto unido al yugo en el momento en que había ascendido al trono o a su cargo.

Sin embargo, había ventajas, si las deseabas. Ciertas compensaciones, supongo. Loiza la Vakako recorría su reino en un aero-coche que era en sí mismo un pequeño palacio, un esbelto aparato en forma de lágrima resplandeciente como el fuego que se movía a la velocidad de los sueños. Cuando estabas a bordo no tenías la menor sensación de movimiento: parecía que estuvieras flotando en una alfombra mágica. Y había suaves y maravillosas cortinas elaboradas a partir del manto negro y escarlata de las grandes almejas del mar de los Poetas, había almohadones hechos con la resplandeciente piel del dragón de arena y que eran flotantes globos de pura luz fría. Cuando descendíamos de él éramos recibidos por obsequiosos oficiales que habían llenado el suelo con alfombras de pétalos para nosotros, y los sirvientes aguardaban con ropas nuevas, tazones de fragantes zumos, frutas maduras y exquisiteces ahumadas de misterioso origen.

Sin embargo, pese a esta magnificencia, los aposentos privados de Loiza la Vakako, tanto a bordo del aero-coche como allá donde se detenía para pernoctar, eran siempre sorprendentemente austeros: un delgado colchón en el suelo, cortinas completamente blancas en las paredes, una jarra de agua a su lado. Era como si aceptara la grandeza como algo necesario, una exigencia de su cargo, pero lo pusiera todo alegremente a un lado cuando podía estar a solas. Si desean saber cómo es realmente un hombre, observen la habitación donde duerme.

Nabomba Zom es un mundo que tiende a la magnificencia. Nunca he visto ningún lugar más hermoso, excepto Xamur, que no tiene punto de comparación con nada. Pero Nabomba Zom le va a la zaga. Está el sorprendente mar escarlata, que reverbera al amanecer como golpeado por un martillo cuando los primeros rayos azules de la mañana caen sobre él. Están las montañas verde pálido, suaves como terciopelo, que forman la espina dorsal del gran continente central, y la cadena de lagos conocidos como los Cien Ojos, negros como el ónice e igual de resplandecientes, que se extiende a su oeste. La Garganta de la Víbora, ese abismo serpentino de cinco mil kilómetros de longitud, cuyas paredes brillan como el oro mientras descienden una inmensurable distancia hasta el tumultuoso río de sus remotas profundidades. La Fuente de Vino, donde invisibles criaturas producen una fermentación natural en una cuenca subterránea y un géiser

derrama su delicioso producto al aire hora tras hora. El Muro de la Llama..., las Colinas Danzantes..., la Telaraña de Joyas..., la Gran Hoz...

Y los fértiles campos, de los que brotan todo tipo de cosechas. No hay un mundo más generoso. Incluso los excrementos de los gigantescos caracoles, como ya había tenido ocasión de descubrir, eran extremadamente valiosos.

Por supuesto, no pasaba todo mi tiempo recorriendo aquel planeta de maravillas en el aero-coche de Loiza la Vakako. Había que tener en cuenta el resto de mi educación. Sabía leer y escribir, más o menos, pero ésa era toda la educación formal que había recibido. Loiza la Vakako tenía razones - poderosas razones, descubrí- para desear que yo viajara frecuentemente a su lado mientras realizaba sus funciones oficiales, pero también trajo al palacio tutores para mí, y me pidió que los tomara en serio. Lo cual hice; siento muchos apetitos, y uno de ellos es el de conocimientos. Hay más cosas en la vida que eructar. Me apliqué a mis estudios con celo y dedicación.

Y luego estaba Malilini.

No sabía qué pensar de ella. Se movía por el palacio como un espíritu, una diosa, un espectro..., como cualquier cosa menos un ser mortal. No creo que le dijera seis palabras, o que ella me las dijera a mí, en los primeros tres años que viví allí. Pero la vi a menudo observándome -tenía los mismos ojos taimados que su padre- disimuladamente desde lejos, o simplemente mirándome francamente cuando estábamos en la misma habitación.

Me aterraba. Su belleza, su gracia, su misterio. Sabía que había venido espectrando a visitarme en Megalo Kastro -también mirándome, sin decirme nunca ni una palabra-, y que me había observado mientras flotaba a la deriva en aquel cálido y estremecido mar al que me habían arrojado los hombres de la liga. ¿Por qué? ¿Por qué, cuando me habían llamado de mis deberes de paleamierda, había dicho: «Yakoub, al fin», en nuestro primer auténtico encuentro?

No me atrevía a preguntar. La timidez nunca ha formado parte de mi carácter: pero en aquel instante temía buscar explicaciones, por miedo a destrozar algún frágil conjuro que nos unía. Me dije a mí mismo que a su debido tiempo lo averiguaría. Hasta entonces, era mejor esperar. Así que esperé. Fui creciendo alto y ancho y fuerte, y me dejé crecer el bigote hasta que pronto, al mirarme al espejo, empecé a verme a mí mismo con el rostro de mi padre, y aprendí idiomas y astronomía e historia y muchas otras cosas, y al amanecer cabalgaba por la meseta de la parte de atrás del palacio con el ágil caballo de seis patas de Iriarte que Loiza la Vakako me

había regalado por mi último cumpleaños. A veces la veía allá a lo lejos, resplandeciente al azul amanecer, cabalgando un caballo aún más veloz. Aunque yo cada vez me adentraba más en mi edad adulta, ella nunca parecía cambiar: siempre una muchacha a punto de convertirse en mujer, radiante, sin tacha.

A veces no era a Malilini a quien veía, sino al espectro de Malilini. Veía su aura. Y su espectro sonreía, parpadeando sólo un momento fuera de aquella aura antes de desvanecerse, abrasándome con una extraña y turbadora emoción.

En aquellos días comprendía muy poco de los espectros, y no había nadie a quien pudiera dirigirme en busca de información: nunca ha sido algo de lo que hablemos con facilidad, ni siquiera entre nosotros mismos, y mucho menos pongamos en los libros. Sabía desde mis días en Megalo Kastro que de alguna forma es posible para algunas personas liberar sus espíritus de sus cuerpos y enviarlos a merodear por lugares lejanos, al parecer invisibles para la mayoría de la gente pero capaces de hacerse ver - de una forma extraña, como si no estuvieran enteramente allí- cuando y a quien quisieran. Esos espectros tenían un aura, como un chisporrotear eléctrico, a su alrededor.

Me daba cuenta ahora de que uno de los espectros que me habían visitado en Megalo Kastro era el de Malilini. Y -ahora que estaba empezando a tener mi rostro de adulto- comprendí que otro de los espectros, aquél con el largo bigote y la enorme y rugiente risa, era muy probablemente el mío. Incluso ahora lo veía de tanto en tanto: flotando por un parpadeante instante en el aire frente a mí, guiñándome un ojo, sonriéndome, palmeando cariñosamente mi mejilla como en un saludo.

Si ese hombre era yo, razonaba, entonces eso quería decir que yo era capaz de espectral. ¿Pero cómo conseguirlo?, me preguntaba. ¿Cómo? ¿Cómo?

A veces me sentaba a solas durante horas en una gran roca verde con forma de trono al borde del mar escarlata e intentaba hacerlo. Me imaginaba clavando una cuña a un lado de mi cerebro de la misma forma que lo hace un picapedrero para escindir un bloque de mármol con un cincel, y liberando una parte de mi mente que partiría flotando hacia otros mundos, otros tiempos. Nunca funcionó. Conseguí monumentales dolores de cabeza, como si alguien hubiera estado realmente martilleando mi cerebro con un mazo y una cuña, pero no ocurrió nada más.

Y luego, un día, descubrí de pronto a Malilini sentada a mi lado en aquel gran trono verde. No me había dado cuenta de que se me hubiera acercado.

—Te gustaría saber cómo hacerlo, ¿verdad?

—¿El qué?

—Espectrar. Eso es lo que estás intentando hacer. Lo sé.

Mis mejillas ardieron. No crucé mi mirada con la de ella.

—¿Qué te hace pensarlo?

—Yakoub, Yakoub...

—Simplemente estoy repasando mis ecuaciones de segundo grado.

Su mano se apoyó sobre la mía. Su fragancia me mareó.

—Déjame mostrártelo —dijo.

10

La primera vez que espectras es la experiencia más aterradora que hayas experimentado nunca en tu vida. Creo que incluso morir debe ser una bagatela, comparado con ello.

Tu alma se escinde en dos. Parte de ti cae como un trozo de plomo al suelo y la otra parte estalla libre, flotando locamente hacia arriba, una astronave fuera de control dando saltos al azar a través del cosmos. Pero no es sólo por el cosmos por donde estás viajando. Es también por el río del tiempo. Ese río fluye del pasado al futuro, y tú estás yendo a contracorriente.

Ves todo lo que ha existido alguna vez en todo el tiempo y el espacio, y nada de ello tiene el menor sentido para ti. Todo lo que ves lo estás viendo por primera vez. Una silla se explica por sí misma, o una flor, o un pez, y tú eres incapaz de comprender. Andas por un camino y no estás seguro de si vas hacia el este o hacia el oeste, hasta que te das cuenta de que estás yendo en ambas direcciones a la vez. Estás perdido más allá de toda esperanza. Te asfixias en tu propio desconcierto. Desearías poder echarte a llorar, pero no tienes la menor idea de lo que es llorar, o desear.

Un terror primigenio se apodera de ti, un miedo que te sacude como un centenar de terremotos a la vez.

Gente a la que no has visto nunca te sonríe y te saluda..., ¿o te están diciendo adiós? Das cinco pasos colina arriba y descubres que la estás bajando. No hay señales indicadoras. El mundo es agua. El horizonte se curva. Las estrellas caen como lluvia y emiten ardientes chapoteos dorados a todo tu alrededor. Oyes el sonido de llantos; oyes risas; no oyes nada. El silencio resuena como una gran campana. El mundo es un remolino. Empiezas a ahogarte. Alguna criatura obtura tu garganta. Tus ojos giran en tu cabeza. Ese terror primigenio se intensifica, y ahora empiezas a comprender lo que es. Procede del centro del universo. El miedo que sientes es la fuerza que mantiene unidos los átomos del universo. Es la sustancia fundamental. Lo que hace que todas esas partículas se aferren las unas a las otras es el terror: el miedo al caos. A la soledad. A la pérdida. Y con esa comprensión el miedo empieza a disminuir. Todos los lazos de unión van aflojándose, y no importa. Puedes aprender a amar el caos. Todo fluye alejándose de ti desde el centro, y todo está bien.

Cuando el miedo desaparece y los átomos abandonan su cohesión, entonces hallas finalmente pie. Estás flotando libremente en un vacío absoluto. No hay forma de que caigas porque nada existe a tu alrededor. Y en ese vacío eres capaz de efectuar cualquier elección que desees.

Aquí, dices. Iré aquí. Y vas: así, simplemente. Nadie puede verte a menos que tú desees ser visto. No colisiones con nada que esté ya allí porque estás rodeado por algo llamado una zona de interpolación que lo empuja todo fuera de tu camino. Así que desees ir a Megalo Kastro. Por supuesto: ahí estás, en Megalo Kastro. Y flotas en el aire sobre un humeante cuenco de cálido lodo rosado que se extiende por medio mundo. Un cuerpo desnudo yace oscilando en el seno de aquella estremecida masa fluida. Parece dormido. Soñando. Le sonrías.

—¿Yakoub? —dices. Tu aura crepita. Él abre los ojos. Brillan con fuerza y sin temor. Tu resonante risa lo envuelve—. Nada, Yakoub. Nada. Nada.

¡Qué fácil es, ahora que sabes cómo!

11

Su mano seguía aún apoyada sobre la mía. Cuando hizo un ligero movimiento como para retirarla la retuve, y ella no se resistió.

Dije:

—¿Por qué quisiste ir espectrando a Megalo Kastro la primera vez?

—Para verte.

—¡Pero tú no podías tener la menor idea de que yo existía!

—Oh, sí —dijo—. Por supuesto que sabía que tú existías.

—¿Cómo es posible?

—Porque tú ibas a venir aquí.

—¿Y cómo podías saber tú eso? —pregunté.

—Porque ahora estás aquí —dijo. Y entonces se echó a reír—. ¿No lo comprendes? Nunca hay ninguna *primera vez*.

CUATRO: GENTE, LUGARES, MUNDOS

Considerad, por ejemplo, la época de Vespasiano. Veréis todas esas cosas, gente casándose, criando a sus hijos, poniéndose enferma, muriendo, guerreando, celebrando, traficando, cultivando la tierra, halagando, obstinadamente arrogantes, sospechando, complotando, deseando que alguien muera, quejándose del presente, amando, acumulando riquezas, deseando un consulado, el poder real. Bien, la vida de toda esa gente ya no existe en absoluto. Ahora, trasladaos a los tiempos de Trajano. De nuevo, todo es lo mismo. Su vida también ha desaparecido. Observad del mismo modo todas las demás épocas del tiempo y naciones enteras, y ved cuántos han caído después de grandes esfuerzos y se han fundido de nuevo con los elementos. Pero principalmente deberíais pensar en aquellos que vosotros mismos habéis conocido y que se han distraído con cosas ociosas, olvidando hacer lo que estaba de acuerdo con su verdadera naturaleza, y se han aferrado firmemente a ello y se han sentido satisfechos con ello...

¿En qué, entonces, deberíamos esforzarnos? Solamente en esto: pensamientos justos, actos sociales y palabras que nunca mientan, y una disposición que acepte alegremente todo lo que ocurre como algo necesario, como algo normal.

–Marco Aurelio

1

Ahora, de pie allí en medio del amplio y resplandeciente campo de hielo de Mulano, pensé en Malilini, mientras aguardaba a que el relé de tránsito me recogiera y me llevara al espacio. En cómo había traído magia y misterio a mi vida; en cómo la había amado; en cómo había sido arrastrada lejos de mí por el río del tiempo. ¿Qué hubiera ocurrido si hubiera vivido, si yo hubiera podido tomarla como esposa? Un pensamiento ocioso. Sin significado. Inútil. Como preguntarme a mí mismo: ¿Y si hubiera nacido gaje en vez de rom? En Galgala el oro crece en los árboles. Pero yo soy rom y la lluvia cae como siempre ha caído, y Malilini lleva mucho tiempo muerta y seguirá muerta por toda la eternidad.

Estaba solo. Damiano se había marchado ya para llevar adelante sus propios planes y preparativos. Volveríamos a encontrarnos más tarde. Eran casi los últimos instantes del Doble Día. Los dos soles de Mulano flotaban sobre el horizonte, a punto de sumergirse fuera de la vista. El cielo tenía una tonalidad verde oscura, que derivaba rápidamente al gris del momentáneo ocaso. Entrecerré los ojos y escruté el cielo en busca de la Estrella Romani,

como había hecho siempre en aquellos instantes del día.

Y en aquel momento la deslumbrante radiación del aura del relé de tránsito estalló muy alta en el aire, y un errante zarcillo del brazo barredor me encontró y me atrapó y me arrastró a la Gran Oscuridad. ¡Adiós, adiós, un largo adiós a mi tranquila vida en Mulano! Yakoub está de nuevo en camino.

Sólo un loco puede disfrutar viajando en el relé de tránsito. Y si uno no está loco en el momento en que inicia el viaje, tiene muchas posibilidades de estarlo en el momento en que el tránsito lo suelte en su destino.

Para algunas personas es la propia peligrosidad del proceso lo que las envía más allá del límite, o su absurda implausibilidad. Después de todo, lo que estás haciendo es lanzarte por tus propios medios al espacio sin una astronave a tu alrededor o cualquier otra cosa excepto una invisible esfera de fuerza, y lanzarte en caída libre a través de centenares o incluso miles de años luz, lo cual es una caída infernal. El tránsito te recoge y te envía a la nada, y allí permaneces, envuelto en el capullo de la pequeña esfera de seguridad que el casco de viaje ha tejido a tu alrededor, atravesando el universo sin nada excepto el espacio vacío junto a tu codo. Es el vértigo a la quincuagésima potencia para cualquiera que se permita pensar que está cayendo de un extremo a otro de la galaxia.

Esa parte nunca me ha preocupado en absoluto. Cuando has sujetado con tus manos las palancas del salto tantas veces como yo lo he hecho, cuando has lanzado las astronaves a través del espacio, un poco de viaje por relé de tránsito no parece un desafío demasiado grande.

Además, los gitanos han nacido para viajar, y cualquier medio de transporte que nos lleve de un lugar a otro nos sirve. No es como si vieras las estrellas y los planetas pasar velozmente a tu lado todo el tiempo: no estás en el espacio real, sino en este o aquel espacio auxiliar adyacente, tomando atajos en zigzag a través de los túneles que perforan el continuo. Por cuyo motivo el viaje no requiere miles de años y no corres ningún peligro de ser atraído por una estrella o chocar contra un planeta que se interponga en tu camino. Así que no hay ningún riesgo serio en ello. O mejor dicho, quizás un viajero de cada cien mil quede atrapado por algún fallo del proceso y pase el resto de su vida ahí fuera en su esfera de tránsito, colgando suspendido en medio de la nada durante diez o veinte mil años de tiempo real. Ése es un miserable destino para cualquiera, pero las posibilidades contra que ocurra son más bien favorables a uno. Prácticamente cada viajero del relé de tránsito termina llegando al lugar donde desea ir. Más pronto o más tarde.

No, lo que me preocupaba no era el riesgo: como ya he dicho, era el aburrimiento. La estasis. La absoluta e inexorable e inescapable soledad. La mente haciendo cliquitclac mientras el cuerpo descansa en suspensión metabólica. El clamor de tus pensamientos. Nadie con quien hablar excepto tú mismo, mientras la búsqueda al azar de la red en el espacio-tiempo te lleva de un lado para otro y tú aguardas el relé que te deposite en un mundo habitado razonablemente cerca del que esperas alcanzar. El salto de una astronave es rápido. El relé no. Cuelgas ahí afuera y esperas. Y esperas.

Dios sabe que estoy enormemente encariñado con mi propia compañía. Puedo divertirme a mí mismo profunda y concienzudamente. De todos modos, a veces, demasiado es demasiado, y quizá incluso un poco más que eso.

Qué infiernos. Nadie me había obligado a arrastrarme hasta mundos remotos que no disponían de servicio regular de espacio-naves. Elegí ir a Mulano por mi propia voluntad. Ahora, por mi propia voluntad también -más o menos-, había decidido regresar, y la única forma de hacerlo era por relé de tránsito, así que debía resignarme. Sería paciente hasta que se me agotara la paciencia, y luego buscaría en alguna parte algo más de paciencia.

En realidad, esta vez tuve suerte.

Me preparé para el fuerte tirón y murmuré para mí mismo un bathalorom, y ahí fui. Inspiré profundamente cuando las estrellas parpadearon y desaparecieron a mi alrededor y caí en el espacio auxiliar. Y en aquella gris y deprimente nada canté y me expliqué chistes a mí mismo y reí lo bastante alto como para deformar las paredes de mi esfera. Recité todo el Swaturarom de principio a fin, la antigua crónica entera, empezando con la partida de la Estrella Romani y continuando con todo lo que siguió; y cuando acabé con ello soñé una continuación inventada que se extendía más allá de los siguientes diez mil años que aún tenían que transcurrir. Hice un poema a partir de los nombres de todos los reyes roms deletreados al revés. Tracé listas de todos los demás reyes y emperadores que pude recordar de la historia de la Tierra. Me hice una lista de todas las mujeres cuyos pechos había tenido alguna vez entre mis manos. Oh, sí, pasé el tiempo.

Y seguí cayendo y cayendo, girando y girando por el espacio. No sé el tiempo que tomó el viaje. No importaba. Tampoco tienes realmente ninguna forma de averiguarlo. En una ocasión di un salto por relé que cubría unos simples cincuenta años luz y que me tomó todo un año de tiempo subjetivo real. En otro salto crucé desde Trinigalee Chase hasta Duud Shabeel, que es casi toda la distancia que puedes recorrer sin salirte de la parte conocida de

la galaxia, en menos de una hora. Nunca hay ninguna forma de saber cuánto durará.

Pero esta vez el tiempo pasó muy rápido para mí. Quizá mi cuerpo estaba en animación suspendida, pero mi mente estaba latiendo y pulsando con ansiosos planes. Había permanecido demasiado tiempo en congelación en Mulano; ahora estaba impaciente por regresar al Imperio y ponerme a trabajar en las duras tareas que me aguardaban. A veces la impaciencia puede hacer que un largo viaje parezca mil veces más largo de lo que es en realidad, pero esta vez tuvo sobre mí el efecto opuesto. Estaba conectado. Estaba cargado. ¿Ciento setenta y dos años, yo? ¡Ja! Me sentía de nuevo como un muchacho. Ni un día más de los cincuenta, yo.

Regresar, hacerme cargo de las cosas. Arreglar todo lo que se había deteriorado en mi ausencia. Hacer algo acerca del estado del Imperio, el estado del Reino, las pretensiones de los altos lores, las maniobras de mi terrible hijo Shandor..., ¡oh, sí, me estaban aguardando muchas cosas! Me encantaba. Nadé en todo ello durante todo el camino de regreso. Fue el más corto y rápido y agradable viaje por relé de tránsito que haya emprendido nunca.

¡Hey, ahí, vosotros, mundos del Imperio! ¿Me recordáis?

¡Eh! ¡Yakoub! ¡Yakoub! ¡Yakoub!

¡Al fin de vuelta!

2

Si las cosas hubieran ido de modo diferente me hubiera convertido en el yerno de Loiza la Vakako, y a su debido tiempo hubiera heredado probablemente la rica y abundante plenitud que era Nabomba Zom. Realmente, las cosas se encaminaban en esa dirección. Y entonces alguien distinto hubiera sido con toda seguridad el Rey de los Gitanos, porque yo no hubiera permitido que nadie me hablara de dejar mi real y glorioso dominio y mi espléndido palacio para ocuparme de todos los dolores de cabeza y luchas del Reino.

Pero las cosas no fueron así. Quizás en algún otro universo Yakoub se volvió rico y gordo y viejo y soñoliento y murió felizmente en los brazos de su hermosa Malilini hace años, junto alas orillas del mar escarlata. Y la corona de los rom fue a algún brillante líder cuya habilidad era muy superior a la mía y que ya ha reclamado la Estrella Romani para su pueblo y realizado otras muchas cosas maravillosas. Pero en el universo donde vivo todo ha ido de una manera muy distinta.

Supongo que lamento todos aquellos esplendores y toda la felicidad que hubiera podido tener y que perdí. Y supongo que debería lamentarme por todas las dificultades que pavimentaron mi camino después de la caída de Nabomba Zom. De todos modos, sin embargo, ¿tengo algo de qué quejarme realmente? He comido bien y he vivido bien y he amado bien. He realizado grandes tareas y, a menos que me esté engañando mucho a mí mismo, tengo la impresión de que la vida que he vivido no es algo de lo que deba lamentarme, pese a todos los golpes y arañazos recibidos. Necesitamos unos cuantos arañazos, y algo peor que algunos golpes, para enseñarnos el auténtico significado de la palabra felicidad. Y en cualquier caso ésta fue la vida que se suponía que estaba destinado a vivir: no la otra. Aquello fue sólo un sueño.

Sorprendentemente, soy incapaz de recordar cuándo Malilini y yo nos convertimos en amantes, yo que recuerdo tantas cosas en tan minuciosos detalles. Pero fue un proceso gradual, y quizá no hubo una primera vez. Quizá siempre fuimos amantes. Quizá nunca.

Íbamos a cabalgar juntos, e íbamos a nadar juntos a los cálidos arroyos que alimentaban el caliente mar escarlata, y a veces partíamos a espectralr juntos, ahora que había aprendido el truco. Nos deslizábamos a nuestra manera fantasmal hasta la mayoría de los demás mundos reales, Marajo y Galgala y Darma Barros, Iriarte y Xamur. Nunca había soñado que pudieran existir riquezas tales como las que vi en esos nobles planetas. El universo me parecía como un gran himno a la alegría, gritando su belleza desde un

millar de gargantas a la vez.

Fuimos espectrando muy lejos en el espacio, pero nunca recorrimos una gran distancia en el tiempo. Un año o dos hacia atrás, cinco, diez, eso era todo. Creo que ella temía penetrar demasiado en los profundos reinos del tiempo. Y en esos días yo no sabía que eso fuera posible, o me hubiera lanzado a ellos hambriento: para ver la antigua y perdida Tierra, para visitar las pirámides de Egipto y los templos de Babilonia, para retroceder hasta la propia Atlantis. ¡Incluso visitar la Estrella Romani! Pero no hice nada de eso, porque no sabía que podía hacerse.

Ahora era un hombre, y Malilini seguía siendo la misma Malilini: hermosa, inalterable, siempre joven. Supongo que finalmente nos besamos. Supongo que unimos nuestras manos y las mantuvimos unidas durante horas. Supongo que salimos riendo del mar carmesí y agitamos nuestros desnudos cuerpos y los secamos al poderoso sol azul y nos volvimos el uno hacia el otro y nos abrazamos. Y luego supongo que llegó un momento en que seguimos más allá del abrazo y ya no hubo límite alguno entre ella y yo, y nos fundimos en uno, con sus largas y esbeltas piernas rodeándome apretadamente, su pálida y graciosa forma y mi musculosa torpeza uniéndose al final. Y luego aquel intenso momento de placer. Pero he perdido los recuerdos de todo ello. Supongo que pensar en esas cosas resultaba demasiado doloroso.

La conocía, pero no la conocía. Ella nunca decía mucho. Era chispeante y etérea, pero también era elusiva, remota, siempre un enigma. ¿Por qué nunca había amado antes? ¿Por qué amaba ahora? Nunca busqué las respuestas. Sabía que nunca las hubiera recibido. Igual hubiera podido volverme a las estrellas de los cielos y preguntarles por qué ésta ardía con un fuego azul y aquella otra con un fuego rojo, y la de más allá amarillo y la siguiente blanca.

Aun así, quedó establecido al cabo de un tiempo que nos habíamos prometido el uno al otro. Yo empecé a llamar a Loiza la Vakako «padre», y eso pareció completamente natural. Vietoris y mi auténtica familia estaban tan olvidados para mí como los sueños del ayer. Cuando recorría las extensiones de Nabomba Zom en el aero-coche de Loiza la Vakako sabía que estaba destinado a ocupar algún día su lugar como monarca de aquel resplandeciente mundo. Por aquel entonces ya había conocido a los maridos de sus otras hijas y podía decir que cada uno de ellos había fracasado de alguna forma en llenar las esperanzas que Loiza la Vakako había puesto en ellos. Eso era una herida dolorosa para Loiza la Vakako, pero nunca la exhibió. Eran buenos hombres, gobernaban prudentemente y bien sus

provincias, pero parecía como si les faltara alguna última medida de profundidad y aliento, y ninguno de ellos heredaría el dominio, sólo aquella parte que era su propio feudo.

¿Y yo? ¿Qué tenía yo que a ellos les faltaba?

No tenía ni la más remota idea. Pero Loiza la Vakako lo veía. De alguna manera veía la realeza en mí, cuando ni yo mismo descubría el menor rastro de ella. Había sido un niño esclavo y luego había sido un mugriento mendigo callejero y ahora, por algún sorprendente giro del destino, estaba viviendo la vida de un joven y rico príncipe, pero los príncipes jóvenes y ricos no son generalmente unos personajes muy profundos, y yo tampoco lo era. Lo que más deseaba hacer era cabalgar por la landa y nadar en el océano escarlata y sumergirme en las brillantes profundidades de los Cien Ojos, y luego volverme a Malilini y deslizar mis temblorosas manos por la parte interior de sus muslos; y de alguna forma Loiza la Vakako veía en mí a un rey. Bien, había un rey oculto dentro de mí, de acuerdo. Pero se necesitaba un Loiza la Vakako para descubrirlo.

Para celebrar nuestro compromiso dio un gran patshiv rom, una fiesta ceremonial. Y ése fue el único error que cometió en toda su serena e intensa vida de sabiduría y previsión, y trajo consigo su ruina y la mía.

La preparación del patshiv duró varios meses. Fue enviado aviso a todos los rincones de Nabomba Zom de que lo mejor de cada cosecha debía ser reservado para él; y los agentes de Loiza la Vakako en todos los planetas reales y en la mitad de los mundos del Imperio recibieron instrucciones de embarcar los más espléndidos alimentos y vinos para nosotros. Las seis hijas casadas de Loiza la Vakako y sus seis principescos maridos iban a estar allí, e incluso el hermano de Loiza la Vakako, el muy moreno Pulika Boshengro, con su rostro sombrío, acudiría desde su reino en uno de los mundos vecinos.

Fue construido un gran pabellón en el patio del palacio, y fueron instaladas largas mesas, a la manera rom, bajo un emparrado de enredaderas de luz que arrojarían una suave radiación sobre toda la fiesta. Luego llegaron los cocineros, pelotones de ellos, legiones de ellos, para preparar y cortar las carnes y picar las guarniciones, sazonar las aves de caza con salvia y tomillo y mejorana, aromatizar los animales de los espetones con pimienta y romero, preparar las enormes bandejas de judías con crema y lentejas, puré de guisantes al vinagre, pepinos con yogurt y eneldo, las olivas, los rábanos, las albóndigas especiadas con nuez moscada, todos los platos preferidos de los roms durante tantos miles de años. ¡Y los toneles de vino! ¡Las botellas de coñac! ¡Los barriles de

cerveza!

Y cuando todo estuvo preparado y el clan entero se hubo reunido, Loiza la Vakako salió del palacio vestido con tanta majestad y opulencia que me resultó difícil recordar la simplicidad de sus habitaciones privadas, la austeridad e incluso el ascetismo de su vida íntima. Yo caminaba a su lado, vestido con la misma magnificencia. Y Malilini, resplandeciente en su propia belleza y envuelta en algo que parecía no ser más que aire entretejido y que resaltaba como ninguna otra cosa su maravillosa perfección.

Loiza la Vakako tenía intención de que aquella fiesta fuera algo como Nabomba Zom no había conocido nunca. Pasaría a las leyendas de los roms como algo no superado en toda nuestra historia e insuperable para las generaciones futuras. Bien, no se puede negar que fue una fiesta como Nabomba Zom jamás había conocido. Pero no de la forma que Loiza la Vakako tenía en mente. En cuando a ser insuperada e insuperable..., no, eso no.

Ocupamos nuestros asientos en la mesa de honor: Loiza la Vakako en el centro, su hermano Pulika Boshengro a su izquierda, Malilini a su derecha, yo al otro lado de Malilini. Casi todos éramos caballeros y damas del reino, las seis hijas, los seis yernos, el archimandrita local y tres de sus taumaturgos, el cónsul imperial y un puñado de sus hieródulas, vasallos surtidos de las plantaciones lejanas, y una multitud de otros, incluido un cuadro de nobles que Pulika Boshengro habría traído consigo de su propia corte, todos ataviados con las más abigarradas ropas.

Loiza la Vakako extendió sus manos en bendición, invitando a todo el mundo a sentarse.

Los sirvientes escanciaron la primera ronda de vino. Apilaron las ensaladas y, los manjares ahumados en nuestros platos. Todos aguardamos. El invitado del lugar más alejado era quien debía dar el primer mordisco.

Ése era Pulika Boshengro. Se levantó, un hombre pequeño y compacto como su hermano, lleno de contenida energía y pasión. Sus ojos brillaban con una inteligencia glacial.

A su lado, sobre la mesa, estaba su lavuta, su violín, un espléndido y antiguo instrumento gitano. Se decía que aquel Pulika Boshengro era un excelente músico, y que abriría la fiesta con una de las antiguas melodías, una rápida y enérgica canción para iniciar correctamente la celebración. Se produjo un gran silencio. Pulika Boshengro recorrió ligeramente con los dedos el mástil de su violín y tendió la mano hacia su arco. A todo su

alrededor la gente del pabellón sonreía y asentía y cenaba los ojos como si ya pudieran oír la música.

Pulika Boshengro pasó el arco por encima de las cuerdas. Pero lo que brotó no fue una dulce melodía gitana. Fueron tres notas discordantes, duras y rasposas.

Una señal. La señal para la acción.

Los secuaces de Pulika Boshengro se movieron con asombrosa rapidez. Antes de que se apagaran los ecos de la tercera nota fui arrancado brutalmente de mi silla y puesto en pie, y sentí un brazo apretarse contra mi garganta y un cuchillo clavarse ligeramente en mis riñones. A todo lo largo de la mesa de cabecera estaba ocurriendo lo mismo a Loiza la Vakako, a Malilini, a los seis yernos y sus esposas. Secos jadeos de sorpresa brotaron de los invitados de las demás mesas, pero nadie se movió. En un solo instante todos éramos rehenes.

Volví la cabeza hacia la izquierda y miré más allá de Malilini a Loiza la Vakako. Su rostro estaba tranquilo y sus ojos no mostraban ninguna turbación, como si hubiera visto venir aquello y no se sintiera sorprendido en absoluto, o como si creyera que la fuerza de su alma era tal que ni siquiera el ser apresado en la mesa de su propia fiesta podía alterar su dignidad. Me sonrió.

Entonces uno de los hombres de Pulika Boshengro lanzó un gruñido de alarma. Señaló a Malilini.

Aunque viva hasta los mil años, aquel momento seguirá ardiendo furiosamente en mi memoria. Miré hacia ella; y vi que su rostro adoptaba una expresión extraña. Sus ojos estaban velados, las aletas de su nariz temblaban, las comisuras de su boca estaban tensas en una mueca que no era una sonrisa.

Sabía el significado de aquella expresión. Estaba acumulando energía para espectral.

Pulika Boshengro supo también lo que significaba aquel rostro. Y vio de inmediato lo que yo era aún demasiado denso para comprender en aquel primer y alocado momento: que lo que ella pretendía hacer era deslizarse espectralmente un corto trecho en el pasado, una semana quizá, o incluso menos, y advertir a su padre de que su hermano no debía ser admitido a la fiesta.

Entonces aquella energía contenida en él entró en juego, junto con su inteligencia glacial. Un impulsor apareció en la mano de Pulika Boshengro, una pequeña arma de acero de chato cañón. Disparó una sola vez -un suave sonido como un taponazo-, y Malilini pareció alzarse y flotar

alejándose de él, hacia arriba y hacia atrás junto a la mesa. Cayó sobre ella, entre las botellas de vino y los platos de comida, y quedó inmóvil.

Por un momento Loiza la Vakako pareció derrumbarse. Su rostro se disolvió y sus hombros se agitaron como si hubiera sido golpeado por un enorme martillo. Luego su gran fuerza se reafirmó y se irguió de nuevo, inmovible y al parecer inmovido. Pero vi que el invierno había penetrado en sus ojos. Y entonces, por un momento, no vi nada en absoluto, porque mis lágrimas acudieron a raudales, y con ellas acudió una oleada tal de fiera rabia que me cegó. Lancé un tremendo grito e intenté darme la vuelta, sin pensar en la hoja que pinchaba mi espalda ni en el brazo que apretaba con asfixiante fuerza mi garganta. Mis manos aún estaban libres; las agité en busca de ojos, labios, narices, cualquier cosa.

—Yakoub —dijo Loiza la Vakako con voz muy tranquila—. No.

De alguna forma aquella voz cortó en seco mi locura; o quizá fue el poderoso brazo que se apretó más fuertemente contra mi tráquea. Me relajé de inmediato y quedé allá de pie, flácido, mirando mis pies. Todo había terminado. Éramos prisioneros, y Pulika Boshengro había capturado Nabomba Zom con tres chirridos de su violín. Todo un mundo había caído, y sólo había habido una víctima.

Llevaba años rumiando en silencio lo que creía que era una injusticia en la herencia de la familia, que había cedido Nabomba Zom a su hermano, y nada excepto dos desolados, tormentosos y pequeños mundos para él. Durante todo aquel tiempo Pulika Boshengro había fingido amor y fidelidad, aguardando su momento. Nadie excepto un hermano hubiera podido derribar a Loiza la Vakako; porque estaba bien custodiado, e incluso los ejércitos del Imperio hubieran tenido dificultades en apoderarse de Nabomba Zom. ¿Pero quién busca la traición en la mesa de tu festín? ¿Quién sitúa guardias armados entre tú y tu hermano? Ciertamente no un rom, o al menos no uno por cuyas venas corra la auténtica sangre. Nuestros lazos familiares se hallan por encima de todo lo demás. Sin embargo, no todos somos santos, ¿verdad? Para Pulika Boshengro había una fuerza más intensa que el amor familiar.

Ya estaba hecho y no podía deshacerse. No importaba que hubiera centenares de testigos, altos oficiales del Imperio entre ellos, y jueces y senadores de Nabomba Zom. Para el Imperio, aquello era simplemente un asunto interno, una disputa entre los señores rom de Nabomba Zom; no había razón alguna para interferir. Y los jueces y senadores de Nabomba Zom no eran más que vasallos; habían jurado fidelidad no a algún código de leyes sino al príncipe de su mundo, que ahora ya no era Loiza la Vakako

sino Pulika Boshengro, pipa, derecho de conquista.

Primitivo, bárbaro, sí. Pero tenemos que recordar que tales cosas siguen ocurriendo incluso en nuestra época de magia y milagros. Podemos vivir doscientos años en vez de sesenta, podemos bailar de estrella a estrella como los ángeles, podemos arrancar planetas enteros de sus órbitas y enviarlos rodando a través del espacio; pero aun así, arrastramos con nosotros el mono primordial, y también la serpiente primordial. Vivimos de tratados de cortesía y comportamiento civilizado; pero los tratados sólo son palabras. La codicia y la pasión aún no han sido extirpadas de nuestros genes. Y así seguimos hallándonos a merced de los peores de entre nosotros. Y así debemos tener cuidado. Sólo en un poblado sin un perro, reza el viejo proverbio rom, puede un hombre andar sin un bastón en la mano.

Supongo que aún hubiera sido posible derribar al usurpador y devolver a Loiza la Vakako a su lugar, si alguien hubiera estado dispuesto a dirigir el movimiento. Pulika Boshengro había acudido a Nabomba Zom con sólo un puñado de hombres de su mundo natal. Y Loiza la Vakako era sabio y bueno y todo el mundo le quería y respetaba, mientras que Pulika Boshengro había demostrado ser un hombre al que había que temer y desconfiar.

Pero no hubo ningún levantamiento de vasallos leales. Después de la primera impresión y sorpresa ante los acontecimientos del banquete y el golpe que le había seguido, la vida prosiguió como de costumbre para la gente de Nabomba Zom, grande y pequeña. La familia de Loiza la Vakako estaba bajo custodia -por lo que sabía todo el mundo, estábamos muertos-, y había un nuevo amo en el palacio. Un cambio de gobierno, eso era todo. Al cabo de unos días los vasallos de Pulika Boshengro empezaron a llegar a miles, los despojos fueron repartidos, y eso fue todo. Loiza la Vakako había caído; su riqueza y esplendor habían pasado a su hermano; la vida continuaba. Y yo había perdido a mi amada y todas mis brillantes perspectivas de futuro en un solo momento.

Fuimos mantenidos en celdas detrás de los establos del palacio, encerrados en pequeñas y hediondas esferas de fuerza como animales aguardando el matadero. Loiza la Vakako y yo compartíamos una celda. Sabía que íbamos a ser ejecutados más pronto o más tarde, y empezaba a hacer mis últimas expiaciones cada vez que veía la sombra del carcelero fuera. Pero Loiza la Vakako no parecía sentir esos temores.

—Si pretendiera matarnos —dijo, cuando le expresé mi intranquilidad por enésima vez—, lo hubiera hecho en la fiesta. Se librará de nosotros de

alguna otra forma.

Parecía completamente tranquilo, plácido y compuesto. La pérdida de su reino, su palacio, su propio mundo, no parecía significar nada para él. Yo sabía que el asesinato de su hija ante sus ojos había quemado y marchitado su alma, pero se negaba incluso a hablar de su muerte y no mostraba el menor signo de dolor.

—Si sólo vuestro hermano hubiera sido un instante más lento —estallé finalmente—. Si sólo ella hubiera podido partir y transmitirnos su advertencia...

—No —dijo—. Fue un error por su parte intentarlo.

—¿Un error? ¿Por qué?

—Porque nunca hubiera habido ninguna advertencia. Si se suponía que tenía que haber una advertencia, la hubiéramos recibido, y nada de esto hubiera ocurrido.

—¡Pero eso es precisamente! ¡Si ella lo hubiera conseguido, hubiera podido cambiarlo todo!

—Nada puede ser cambiado, nunca —dijo Loiza la Vakako.

Ahí estaba de nuevo: el Fatalismo de los roms, la fría aceptación de que lo que es tiene que ser. Como si todo estuviera escrito imperecederamente en el libro del tiempo y pese a nuestro poder de espectral no nos atreviéramos a alterarlo. Un reguero de ese fatalismo corre por nuestras almas como oscuro aceite en la superficie de la resplandeciente agua. Un millar de veces al día pensé en deslizarme yo mismo hasta la hora antes del banquete y transmitir la advertencia que podía salvar a Malilini; pero cada vez miré a Loiza la Vakako y su férrea aceptación de lo que había ocurrido, y no me atreví. Ninguna advertencia podía ser dada, porque ninguna se había recibido. Como Malilini había dicho en un momento más feliz, hacía tiempo: «Nunca hay ninguna primera vez» Todo es circular y todo es fijo. No hay cosas tales como la profecía: sólo hay la recepción de los informes de los hechos conocidos del futuro, que es tan sellado e incambiable como el pasado. Cuando yo mismo me dediqué a recorrer espectralando más tiempos y lugares, pude comprender mucho más claramente eso. Que existe una ley -llamémosla una ley moral; ningún monarca la ha puesto jamás en sus libros de leyes- según la cual no debemos utilizar nuestro poder para cambiar el pasado, a menos que queramos hundirlo todo en el caos. Loiza la Vakako estaba dispuesto a vivir bajo esta ley aunque esto le costara su hija y sus dominios. Malilini se había condenado por atreverse a quebrantar esa ley que nunca debe ser quebrantada, y nadie podía salvarla ahora. Tenía que resignarme a aquello.

Pero en mi interior gritaba contra la locura de todo el asunto, y me decía a mí mismo una y otra vez que aún era posible salvar a Malilini y ahorrarle a Loiza la Vakako el ser derribado, con sólo que Loiza la Vakako lo permitiera. Pero sabía que él nunca iba a hacerlo. ¡De hecho, parecía incluso culparla a ella de su propia muerte!

Ahora yo aguardaba la mía. Pero transcurrían los días y éramos abandonados a nuestra propia suerte, alimentados de tanto en tanto pero por lo demás ignorados. Empezamos a sentirnos sucios, y nos olía el aliento, y nuestros dientes nos daban la sensación de estar soltándose de sus raíces. No podía creer que hubiéramos caído tan bajo. Me preguntaba qué otras profundidades nos aguardaban aún.

La serenidad de Loiza la Vakako no cedió nunca. Le pregunté cómo podía permanecer tan tranquilo frente a tanto dolor, y se limitó a encogerse de hombros, y dijo que todo formaba parte de los planes de Dios; ¿quién era él para discutir la estrategia del Dueño de Todo? Es Dios quien ordena los acontecimientos y nosotros quienes le obedecemos, no importa lo extraño o equivocado o incluso depravado que pueda parecernos la forma en que se desarrollan.

Intenté aceptar su sabiduría y conseguir que formara parte de mí. Pero mi desesperación era demasiado grande. Podía soportar la pérdida de las comodidades que mi vida en Nabomba Zom me había reportado. Esas cosas habían llegado hasta mí como dones de la fortuna; podía aceptar su partida del mismo modo. ¿Pero qué tipo de Dios era el que permitía que un hermano derribara a otro hermano? ¿Cómo servía al bienestar de aquel mundo el poner al tirano Pulika Boshengro en el lugar del sabio Loiza la Vakako? Y lo más amargo de todo para mí: ¿cómo podía justificar la muerte de Malilini? Arrebatarse tan pronto aquella belleza al mundo..., no. No. No. No.

A veces los espectros acudían a mí mientras permanecía tendido sollozando para mí mismo. Nunca hablaban, pero tendían sus manos hacia mí en gestos de consuelo, o sonreían, o incluso me guiñaban un ojo. Uno de los que acudieron era el que sabía ahora que era mi futuro yo, robusto y saludable y rebosante de risas. Él era el que me guiñaba el ojo. Así que comprendí que no iba a morir en aquel lugar. Y también vi, por el hecho de guiñarme el ojo, que mi sensación de trágica melancolía iba a desaparecer algún día, y que volvería a reír y conocería la alegría de nuevo. Por muy inconcebible que fuera para mí ese pensamiento en aquellos momentos, en mi profunda depresión.

Lo que estaba ocurriendo durante todos aquellos días o semanas de

cautividad era que Pulika Boshengro estaba negociando nuestra esclavitud. Tenía intención de dispersar la familia de Loiza la Vakako por todos los más alejados rincones del espacio.

—Bien, salid, vosotros dos —nos dijo finalmente nuestro carcelero, y nos arrastramos al gran resplandor azul del cielo.

Yo había sido vendido a un lugar llamado Alta Hannalanna, del que nunca había oído hablar. Los labios de Loiza la Vakako temblaron muy ligeramente cuando se lo dije, como si tuviera que luchar para no decirme la verdad de lo horrible que era aquel sitio. Él iba a ir a Gran Chingada: de nuevo, un mundo desconocido para mí. Le pregunté acerca de él y se limitó a responder, con un apenas perceptible agitar de su cabeza:

—Hay grandes bosques allí, con árboles extraordinarios. La madera de Gran Chingada alcanza altos precios allá donde es vendida.

Sólo más tarde supe qué tipo de condiciones prevalecían en los terribles bosques de aquel mundo prehistórico: los hombres de los campos madereros tenían suerte si duraban dieciocho meses en Gran Chingada, donde la propia hierba podía devorarte vivo si le dabas media oportunidad. Donde los reptiles vampiro del tamaño de tu mano saltaban de las flores escarlatas y se lanzaban directamente a tu garganta. Loiza la Vakako era enviado a la muerte. Y también yo, supuse, pese a las visitas de mis espectros. Pero Loiza la Vakako no me dijo absolutamente nada de Alta Hannalanna.

En aquellos días no había servicio imperial de astronaves de Nabomba Zom a Alta Hannalanna o a Gran Chingada. Y así descubrí por primera vez qué era viajar por el relé de tránsito. Loiza la Vakako y yo fuimos conducidos fuera y atados, y nos colocaron los cascos de viaje y establecieron nuestras coordenadas, de modo que fuéramos recogidos y arrojados al espacio hacia los mundos de nuestra esclavitud.

Loiza la Vakako se mantuvo tranquilo hasta el final.

—Piensa en esto como en parte de tu educación, Yakoub —me aconsejó—. Piensa en todo como en parte de tu educación.

Y sonrió y me envió un beso, y cerraron sobre él su esfera de fuerza. Nunca volví a ver al gran hombre de nuevo, excepto una vez, mucho tiempo después. Mi turno llegó a continuación. Permanecí allí de pie, a solas bajo el sol del mediodía, medio cegado por el resplandor, sin saber en absoluto qué iba a ocurrirme e intentando decirme a mí mismo que todo era para mejor, que todo aquello era, como había dicho Loiza la Vakako, simplemente parte de mi educación. Pero estaba asustado. Mentiría de la forma más abyecta si intentara decirles que no estaba asustado. Toda mi vida se extendía todavía

por delante de mí, y sabía que si no moría en aquel abominable salto a través del espacio seguramente perecería en Alta Hannalanna, lo cual me ponía furioso pero al mismo tiempo me llenaba de temor. No era el morir lo que me aterraba más, sino los momentos anteriores a la muerte, cuando yacería allí sabiendo que mi vida iba a serme arrebatada pero antes de iniciarse el proceso. Al menos conseguí controlar mis entrañas; no todo el mundo hubiera podido conseguirlo. Aguardé durante largo rato en medio de un terrible temor, y luego fui arrojado hacia fuera, y el mundo se desvaneció de mi alrededor. Murmuré un conjuro de protección para mí mismo, aunque en aquellos momentos no le atribuía demasiada fe. Y partí girando hacia Dios sabe dónde en mi camino a la esclavitud en Alta Hannalanna.

Ahora, algo así como ciento cincuenta años más tarde, me descubro pensando una y otra vez en aquel primer viaje por el relé de tránsito. Qué miserable me sentí entonces, qué aterrado, por muy absurdo que me parezca ahora. Pero entonces era muy joven y aún no había empezado a ver el mundo de la forma en que lo ven los hombres sabios como Loiza la Vakako. De hecho, todo es parte de tu educación. Nunca aprendes nada ocultándote en la oscuridad y chupándote el pulgar. Es en el agua, y sólo en el agua, donde aprendes a nadar.

Ahora, estaba volando una vez más a través del vacío hacia aventuras desconocidas y un destino ignoto. Pero en esta ocasión ya tenía tras de mí una educación, y estaba preparado para cualquier cosa que pudiera ocurrir. Y así canté y reí y dejé que el tiempo se deslizara a mi alrededor, en mi viaje de vuelta al Imperio desde el helado Mulano, hasta que oí el silbido en mis oídos que me indicaba que había sido captado y que estaba a punto de efectuar mi reentrada en el universo de los hombres.

3

Xamur.

Supe inmediatamente que debía ser allí donde había llegado. Hay un momento de seria desorientación cuando sales del relé, en el que tu mente tiene la sensación como si hubiera sido vuelta del revés como el estómago de una hambrienta estrella de mar, y no puedes distinguir tus dedos de tus orejas. Es algo que dura entre quince segundos y quince minutos, según la resistencia de tu sistema nervioso, y mientras ocurre no es una sensación muy distinta de la que experimentas cuando espectras. Pasé de nuevo por todo ello. Esta vez duró como medio minuto, para mí. Pero aquel medio minuto fue suficiente para decirme que estaba en Xamur. Más que suficiente. Lo supe de inmediato, por la fragancia del aire. Gracias a una sola y suave bocanada de él.

Xamur está listado entre los nueve planetas reales, pero merece algún tipo de designación superior, aunque no puedo pensar inmediatamente en ninguna. Divino quizá sea un título demasiado fuerte. Pero supongo que captan mi idea. El lugar es simplemente el paraíso. Es una tierra de leche y miel y cosas aún mejores.

El aire es puro perfume -no quiero decir que el aire sea como perfume, sino que es perfume-, y el mar podría ser muy bien vino, porque un sorbo de él te hace sonreír y cinco sorbos te ponen eufórico y una docena de buenos tragos te obligan a tenderte con un irreprimible acceso de risa terminal. El cielo tiene un color verde-azulado intenso, fuertemente estriado de rojo y amarillo, una fantástica disposición de colores, y la atmósfera posee alguna propiedad eléctrica que proporciona a todas las cosas un halo resplandeciente, una aurora como de sueño. Bajo ese deslumbrante cielo, el paisaje es sereno y ordenado y perfecto, casi enloquecedoramente relajante, cada árbol situado exactamente en su lugar, cada arroyo, cada colina. Todo es tan hermoso que te echarías a llorar; lo miras, y sientes esa belleza en tu corazón, tu vientre, tus testículos. No puedo decirles quién hizo los mundos de este universo, pero sí sé eso: que quien fuera debió hacer Xamur el último, porque todos los demás planetas no fueron más que bocetos, y Xamur fue a todas luces su producto final, revisado y pulido, del proyecto.

Llegar allí fue un delicioso golpe de fortuna. No puedes esperar una exactitud de siete decimales cuando viajas por relé de tránsito, y al señalar mis coordenadas de destino al abandonar Mulano yo había especificado que cualquiera de los nueve planetas reales serviría. Es decir, excepto Galgala. Galgala estaba bajo el control de mi hijo Shandor, suponía, y no parecía

prudente por mi parte entrar directamente en su cuartel general solo y desprotegido antes de saber exactamente qué estaba ocurriendo. Más tarde haría exactamente eso, por supuesto; pero eso sería más tarde. En estos momentos cualquiera de los demás planetas reales sería una aceptable base de operaciones para mí: Iriarte, digamos, o el Marajo de mi primo Damiano, o incluso el errante Zimbalou. De todos modos, si hubiera tenido que elegir alguno, éste hubiera sido Xamur. Y ahora lo tenía. Y él me tenía a mí.

Me detuve allí en aquel primer momento de desconcierto, respirando el perfume y contemplando los girantes colores del cielo y mirando hacia las verdes y gloriosas torres de la ciudad de Ashen Devlesa, cuyo nombre significa «Vaya usted con Dios» en romani. Y me sentí atrapado por una fuerza invisible y barrido al aire. Derivé flotando por encima de los campos en una amplia curva basculante que terminó cuando fui dejado caer como un saco de cebollas sobre un patio descubierto.

Me puse en pie, parpadeando y gruñendo, y miré a mi alrededor. Imponentes columnas de moteada piedra azul me encerraban por todos lados.

—Muy bien, ¿dónde demonios estoy? —le pregunté al cielo. Y el cielo me respondió. El sonido de mi voz activó alguna especie de dispositivo de respuesta, y del mismo aire brotó una agradable voz de sintéticos tonos femeninos que me dijo, primero en imperial y luego en romani:

—Se halla usted en el depósito de retención en Ashen Devlesa del Departamento Imperial de Inmigración de Xamur.

—¿Quiere decir que estoy prisionero?

Un largo e inquieto silencio. ¿Qué estaban haciendo, buscando «prisionero» en el diccionario?

Respiré el perfumado aire, dentro-fuera, dentro-fuera, efectuando pequeños ajustes hormonales para mantenerme tranquilo. Vagos sonidos silbantes y zumbantes brotaron encima de mi cabeza.

Luego, finalmente:

—No es usted prisionero. Se halla en retención. Aguardando los procedimientos normales de autorización para circular libremente por el planeta.

Oh.

Aquello era irritante, por supuesto. Pero en realidad no demasiado sorprendente. O muy amenazador. Era simple burocracia: sabía cómo luchar contra ella. Me sentí algo más tranquilizado.

Cuando llegas a un mundo no imperial como Mulano debes

arreglártelas por supuesto completamente por ti mismo desde el momento en que eres dejado caer y sales de tu campo de fuerza. Pero si el tránsito te deposita en algún lugar del Imperio, tu llegada es registrada inmediatamente por el scanner de inmigración del planeta al que llegas apenas éste detecta tu señal, que normalmente es entre seis y doce horas antes de tu aterrizaje. Así que la Inmigración de Xamur había tenido tiempo más que suficiente para localizarme y agarrarme con un rayo tractor al instante mismo en que el zarcillo del tránsito me soltó. Un procedimiento de rutina para una llegada no programada de un recién llegado de Dios sabía dónde.

—¿Y bien? —dije—. Sigamos con ello, pues. Adelante con sus procedimientos normales. ¿Creen que he llegado a Xamur para quedarme aquí y admirar la arquitectura de su depósito de retención?

Casi inmediatamente alguien de aspecto oficial asomó la nariz entre dos de las columnas de piedra. Me miró, emitió un pequeño sonido gimiente y desapareció, y volvió al cabo de un segundo con otro como él. Gimieron ambos y emitieron bajos gorgoteos y se graznaron el uno al otro un poco más, y desaparecieron en busca de más refuerzos. En cosa de pocos segundos media docena de personas con uniformes del Departamento Imperial de Inmigración de Xamur me estaban contemplando con absoluto asombro e incredulidad.

Sospecho que no se hubieran sentido más alucinados si se hubieran hallado frente al emperador Napoleón, o Mahoma, o la reina de la Confederación de Betelgeuse.

Sabían quién era yo, por supuesto. No sólo por el rostro, los ojos, el bigote. Antes de partir de Mulano me había tomado la molestia de ponerme mi sello real, que no había llevado desde hacía quizá quince años. Ahora, grandes y llamativos destellos pulsantes de luz brotaban de mi frente de esa forma chillona y llameante que es a la vez tan abrumadora como absurda. Era como una radiobaliza emitiendo en todas las longitudes de onda del espectro a la vez, martilleando la noticia: EL REY..., EL REY..., EL REY..., EL REY. Igual hubiera podido salir del relé de tránsito llevando una corona de oro y esmeraldas y rubíes de medio metro de altura.

Dos o tres de los de Inmigración eran roms. En un santiamén estaban de rodillas, haciendo los signos de respeto y murmurando mi nombre. Los gaje no hicieron eso, naturalmente. Pero estaban a todas luces asombrados, y permanecían de pie allí con la boca abierta, murmurando, agitándose y lanzando pequeñas exclamaciones.

Sabía también lo que estaban pensando. Estaban pensando: Este

astuto viejo bastardo se ha presentado sin advertir, sin molestarse en absoluto de utilizar los canales diplomáticos. No podemos expulsarle sin ocasionar un terrible levantamiento de sus seguidores, pero no podemos aceptarle sin arrastrar a Xamur a la enorme lucha por el poder rom que el regreso del viejo bastardo va sin duda a desencadenar, y no importa lo que hagamos, lo más seguro es que perdamos nuestros empleos por culpa de ello. O pensamientos así.

Apagué el sello de mi dignidad. Estaba cegando a todo el mundo en el depósito de retención. Dije en romani a los roms que se arrastraban a mis pies:

—Levantaos, idiotas. Sólo soy vuestro rey, no Dios Todopoderoso. —Y a los otros, aquellos miserables y aterrados funcionarios gaje, les dije más amablemente—: No estoy aquí en visita de estado ni en ningún tipo de misión política. He venido simplemente como un ciudadano privado que tiene propiedades en este mundo.

—¿Pero no es usted el rey Yakoub? —tartamudeó uno de ellos.

—Ciertamente lo soy.

—No creo que tengamos un protocolo para los ex reyes —dijo otro nerviosamente, e hizo aparecer algo en una pantalla que estaba fuera de mi línea de visión—. Notificaciones oficiales, respuesta municipal apropiada, desfiles, luces, estandartes, ceremonias, fuegos artificiales..., no, no hay nada que cubra algo así...

—No soy un ex rey —dije suavemente.

Los oficiales gaje me miraron asombrados, y los oficiales roms me miraron con horror.

Uno de los roms dijo:

—Señor, la convención de abdicación...

—No te preocupes por ello, muchacho. Sean cuales sean las historias que hayas oído acerca de mí procedentes de Galgala, son absolutamente inexactas.

Uno de los gaje -parecía ser el de más alto rango del grupo- hizo un frenético gesto, y algo distinto se deslizó a la pantalla. Esta vez me desplazé ligeramente para echarle una ojeada. Era la tabla de protocolo de recepción para una visita real.

—Entonces, ¿es usted todavía rey?

—¿Cuándo he dicho yo eso? —Parecieron más desconcertados que nunca. Pero yo no estaba dispuesto a aclarar en aquellos momentos si seguía siendo todavía rey o no. Especialmente en un depósito de retención y frente a un puñado de idiotas del Departamento de Inmigración. Dejemos

que sigan desconcertados, pensé. *Niega ser un ex rey..., pero no afirma directamente que es el actual rey..., pero por otra parte..., y además..., sin embargo..., de todos modos...* No, que siguieran calentándose la cabeza— La cuestión del reinado no tiene ninguna relación con mi presencia aquí — dije alegremente—. Sólo os diré una cosa: para mí, ésta es una visita privada. Estoy aquí para inspeccionar mis propiedades en Kamaviben, y nada más. No deseo que se haga ninguna ceremonia por mí. —Les lancé mi más regia mirada—. ¿Habéis entendido?

4

Pero hubiera debido saberlo. Por supuesto que hubo ceremonias. Y muchas.

¡Burócratas! ¡Malditos funcionarios agitapapeles! ¡Pequeños y engreídos trapaceros de décimo orden! Antes preferiría la honrada y refrescante compañía de una horda de caracoles salizonga cada día.

En general no soy el tipo de persona que se pueda llamar ingenua. No a mi edad. Pero tengo que admitir que fui ingenuo, un poco al menos, albergando la fantasía de que simplemente podían haberme dejado salir del depósito de retención sin complicaciones de ningún tipo. No había forma alguna de que el Rey de los Gitanos, en ejercicio o retirado, entrara en Xamur o en algún otro mundo real en secreto y privadamente, no importa todo lo que dijera y advirtiera. Eso lo comprendía. Pero imaginaba que me admitirían con un mínimo de pompa y circunstancia, si eso era lo que yo parecía desear. Estaba equivocado.

Los reyes e incluso los ex reyes poseen un enorme poder sobre esto y aquello, pero cuando llegamos a asuntos de protocolo los burócratas tienen siempre la última palabra. En este caso debo echar la culpa a la gente rom de inmigración tanto como a la gaje, o más aún. Los roms vieron a su rey - o mejor dicho a su ex rey- llegar inesperadamente a la ciudad, y se sintieron absolutamente obligados a gritar aleluya sobre mí a fin de que pudiera verme cubierto de la apropiada gloria.

En consecuencia, transmitieron la noticia de mi llegada a los más altos niveles de la administración imperial de Xamur, y a partir de este punto, inevitablemente, no hubo forma de detener la avalancha de la burocracia cuando se puso ansiosamente en movimiento. No puedes esperar que los funcionarios gubernamentales lleven adelante todo tipo de actividades útiles, por supuesto -el mismo concepto es prácticamente una contradicción en sus términos-, pero dales algo sin significado como una bienvenida oficial para que la organicen, y se sentirán más felices que nunca. Hice todo lo que pude por escapar de un desfile solemne a lo largo de las resplandecientes murallas de Ashen Devlesa. Pero tuve que someterme a una interminable recepción en la capital, un gran alarde pirotécnico que iluminó los cielos de cuatro continentes, un ruidoso y aplastantemente aburrido concierto de la sinfónica de Xamur, y un banquete tan ridículamente inepto en sus alardes de elaboración que hubiera enviado llorando a Julien de Gramont a encender una vela a la memoria de Escoffier.

Todo aquello fue un engorro, pero en cierto modo me sirvió. Sirvió

para transmitir a Galgala y al Imperio en general la noticia de que yo había reaparecido. Pero puesto que había declinado el tratamiento regio, rechazando el desfile habitual y el habitual intercambio de medallas, mi aparición en Ashen Devlesa creó algo más que un poco de ambigüedad en torno a mis intenciones al salir de mi retiro. Lo cual era espléndido. Mantenles en ascuas haciendo suposiciones: ésa es siempre una estrategia útil. No dije nada. Sonreí mucho y agité mucho la mano y parecí sublimemente radiante mientras se pronunciaban los discursos a mi alrededor, y cuando todo hubo terminado les di educadamente las gracias y me marché a Kamaviben, a mi gran propiedad en el campo junto a las orillas del mar del Placer.

(En realidad Kamaviben no es una propiedad tan espléndida como eso, aunque sea espléndida. Los terrenos tienen una extensión decente y la localización es sublime, pero la casa en sí, aunque de cierto interés arquitectónico, no aumentaría las pulsaciones ni siquiera de un magistrado de una pequeña ciudad. ¿Saben?, en ningún momento de mi vida he sido un hombre particularmente rico. Y quizá sea simplemente el viejo espíritu errante rom el que haga que considere superfluo el vivir en un lugar realmente abrumador. Me siento tan contento en una burbuja de hielo o en una casa rom o en una simple cabaña de troncos como me he sentido en los distintos palacios que he ocupado a lo largo del tiempo. Sin embargo, pienso que Kamaviben es maravillosamente grande a su manera, y jamás desearía vivir en una morada más espléndida. O ni siquiera en otra morada, a menos que fuera en la Estrella Romani.)

En los años de mi ausencia la habían mantenido en perfecto estado para mí, como si yo pudiera presentarme sin avisar cualquier tarde. Los establos estaban inmaculadamente limpios, los prados de hierbatemplona impecables, la doble hilera de pseudopalmas de hojas negras que flanqueaban el camino principal habían sido podadas hada sólo una semana. Un personal de diez cuidaba Kamaviben por mí, los más leales y devotos robots de cualquier mundo de la galaxia. Eran máquinas agradables, mis robots de Kamaviben: incluso hablaban romani (Con un ligero acento Xamur, ese pequeño ceceo.) Por supuesto, un artesano rom los había construido para mí, el mago kalderash Matti Costorari. He conocido a roms que eran menos roms que esos robots.

Desde Kamaviben me puse en contacto con aquellos que más me importaban, comunicándoles mi regreso. Y luego aguardé.

5

Polarca fue el primero en dejarse ver. No su espectro esta vez, sino el auténtico y verdadero Polarca. Mi gran visir, mi buena mano derecha, mi compañero, mi primo de primos, mi hermano de sangre.

Este hombre Polarca es más querido para mí que cualquiera de mis riñones. Puedes conseguir unos riñones nuevos si los necesitas -yo lo he hecho-, pero, ¿dónde consigues otro Polarca? Salvé su vida en una ocasión, y él nunca se cansa de recordármelo. Creo que se considera en deuda conmigo por el hecho de haberle salvado. Eso fue hace mucho tiempo, en Mentiroso, cuando sufrimos el uno junto al otro bajo las horribles garras de Nikos Hasgard, lo cual es una historia que tengo intención de contarles más pronto o más tarde. Desde entonces hemos sido hermanos. Polarca es bajo y rápido y nervioso, un tipo inquieto de hombre. Esa inquietud hace que se muestre siempre muy nervioso por fuera, pero es muy tranquilo por dentro.

Llegó desde Darma Barma, donde tiene una enorme y gloriosa villa flotante en el país de los relámpagos. La llama su vardo, su carromato gitano, y a veces habla de ella como de su casa rom, que es un poco como llamar cachiporra a un palillo. Pero a Polarca siempre le ha gustado la exageración.

Se había *hecho* una remodelación desde la última vez que lo había visto, y necesité algo de tiempo para acostumbrarme. Sus ojos eran ahora de un penetrante azul oscuro orlados de un brillante rojo, y sus orejas eran más altas y gruesas que antes, cubiertas de un vello negro. Parecía extraño, pero su aspecto era saludable y lleno de fuego.

—¡Yakoub! —exclamó—. ¡Oh, aquí estás, Yakoub!

—Polarca. ¿Realmente eres tú?

—No, anticuado orinal, es mi otro espectro.

Sonreí.

—No me llames cosas, espejismo deslizante.

Irradió calidez y amor.

—Te llamaré todo lo que quiera, vieja bola de grasa.

—¡Envenena-cerdos!

—¡Lame-gaje!

—¡Roba-pollos! ¡Ratero!

—¡Ja! ¡Para ti, Yakoub!

—¡Para ti, Polarca!

Nos reímos y nos abrazamos y nos dimos palmadas en las mejillas. Nos agarramos el uno al otro, muñeca contra muñeca, y recorrimos arriba

y abajo los pasillos en una loca danza, cantando a todo pulmón. Dos viejos fósiles rugientes y aullantes, eso es lo que éramos, con más vida en nosotros que en cincuenta mocosos de corta edad. Hicimos tanto ruido que acudieron los robots a ver qué ocurría. Parecieron alarmados y decepcionados. Quizá habían creído que había un asesino en la casa. Pero en el fondo de sus corazones son robots roms; tan pronto como vieron que todo era amistoso, que quien estaba allí era mi phral, mi hermano, mi Polarca, se relajaron.

Les dije que nos trajeran una botella de mi coñac mejor y más rom, una hogaza de pan de palma, un racimo de uvas de Iriarte. Nos sentamos a la mesa y él abrió su sobrebolsillo y extrajo los regalos que había traído para mí. Polarca siempre llega lleno de regalos, y siempre son cosas que puede que desearas hace un año o quizá desees el año próximo, pero roms veces algo que desees en ese momento. Esta vez extrajo un adornado par de zapatos de vuelo de doble conducto, una pluma de aumento, media docena de aretes de cerámica, y el texto completo de las Meditaciones de Marco Aurelio inscritas en el canino superior de un sanguinosaurio. Le di las gracias muy solemnemente, como siempre hacía cuando Polarca me cargaba con sus extravagancias y cosas superfluas de aquel tipo. También había traído consigo algo que realmente valía la pena: una loncha de carne de ternera de Clard Msat secada al viento, que es una exquisitez que había añorado durante todos mis años en Mulano. ¡Espléndido Polarca! ¿Cómo había sabido que me encantaba aquello?

Bebimos y comimos en silencio durante un rato. El coñac era de Ragnarok, tenía cien años, ochenta cercos la botella. Podías comprar un buen esclavo por menos. Luego hablamos de sus viajes. Toda su vida se había visto afligido por una incurable ansia viajera; últimamente había estado en Estrilidis, en Tranganuthuka, en Sidri Akarak. Había ido cinco veces espectrando a la Tierra en los últimos seis meses, y como una docena de veces a Mulano para comprobar que yo estaba bien, y a algunos otros lugares, un itinerario que produciría una apoplejía a un buey. Un alma gitana no puede permanecer quieta, pero Polarca llevaba aquello a unos extremos lunáticos. Cuando me hubo contado todos sus viajes guardó de nuevo silencio, y comimos y bebimos un poco más.

Luego dijo:

—Volviste, después de todo.

—Así parece.

—¿Qué día regresaste?

—¿Qué *día*?

—El día del mes. —Pacientemente, como si le hablara a un niño.

—Creo que fue el cinco de fósforo —dije.

—¡El cinco! ¡Bien! ¡Bien! —Sus ojos llamearon locamente—. ¡Entonces le he ganado mil cerces a Valerian!

—¿Por qué?

—Una apuesta —dijo casualmente—. Respecto a que volverías al Imperio antes de que hubieran transcurrido cinco años. Estuviste muy cerca, Yakoub. Recuerda que te fuiste el nueve de fósforo.

—¿De veras? —Me encogí de hombros—. Así que hicisteis una apuesta, ¿eh? ¿Acaso él creía que no iba a volver?

—Él dijo diez años. Yo dije cinco. Nadie creía que no fueras a volver.

—Tú mismo dijiste que no iba a volver. Aquella vez en Mulano, cuando me contaste todas aquellas estupideces acerca de Aquiles en su tienda. Dijiste que iba a quedarme en Mulano, que eso era lo mejor que podía hacer.

—Te mentí —dijo Polarca—. A veces necesitas que te tiren un poco de las orejas, Yakoub. Por tu propio bien. —Rebuscó en sus ropas y sacó un mazo de cartas. Destellaron y zumbaron encima de la mesa entre los dos—. ¿Un poco de klabyasch? —sugirió.

—¿Con dinero?

—¿Y qué otra cosa? ¿Por puro ejercicio? Cinco tetradracmas el punto.

—Que sea un cerce —dije—. Te aliviaré un poco del montón que le has ganado a Valerian.

Sonrió tristemente.

—Pobre Yakoub. Nunca aprenderás, ¿verdad? —Situó las cartas en auto-barajar, y se pusieron a saltar como pequeñas ranas sobre la mesa. Luego dio una palmada y se reunieron de nuevo en un apretado mazo frente a mí.

—Tú das —dijo Polarca.

Se inclinó hacia delante, con los ojos brillando locamente. Polarca juega a las cartas como Atila el huno. Puse el mazo en manual y repartí, y él tomó las suyas como si cada una fuera un pasaporte hacia el cielo. Y, por supuesto, me ganó el juego. Aunque es un hombre bajo sus manos son enormes, y las cartas volaban entre ellas como furiosos mosquitos. Las dejó sobre la mesa con enérgico celo, gritando: «¡Shtoch! ¡Yasch! ¡Menel! ¡Klabyasch!», y el juego terminó antes de que yo me hubiera dado cuenta. Se me llevó una fortuna. Bien, le hace feliz asesinar me en el klabyasch, y a mí me hace feliz hacer feliz a Polarca.

Cuando se apagaron los ecos del juego dije:

—Y ahora cuéntame cómo van las cosas en el Imperio.

—¡Bol! La habitual locura gaje. El emperador sigue aguantando. Sólo es una sombra de sí mismo. Los grandes lores se están comportando como locos y villanos. Puedes verles acechándose entre sí, aguardando para saltar, y mientras tanto la administración se va al infierno. El Imperio funciona en piloto automático. Los impuestos bajan. La corrupción sube. Sistemas solares enteros abandonan las redes de comunicaciones y transporte y nadie parece darse cuenta. Son unos tiempos terribles, Yakoub.

—¿Y Shandor? —pregunté, y contuve el aliento.

Polarca me miró. Sus ardientes ojos orlados de rojo se mantuvieron fijos en los míos por unos instantes. Luego se echó a reír suavemente y agitó la cabeza y la mano, apartando a un lado mi preocupación del mismo modo que apartarías un mosquito.

—¡Shandor! —exclamó, riendo como si hallara divertido incluso el nombre. Para él, parecía estar diciendo, Shandor era un tema que apenas merecía discusión, una bagatela, un absurdo—. No es nada, Yakoub. ¡Nada! —Tendió la mano hacia el coñac. La botella estaba vacía. La acarició ligeramente—. Este coñac no está nada mal, ¿sabes?

6

Durante los siguientes días se dejaron ver todos los demás. Mis queridos amigos, aquellos que habían sido mi apoyo y mis colaboradores en los tiempos de mi reinado. Uno a uno llegaron en las astronaves que acudían a Xamur desde todas partes de la galaxia. Mi gabinete, el círculo interno de mi corte en los días en que tenía una corte. Y además otros dos, dos huéspedes inesperados.

Jacinto y Ammagante llegaron juntos, de Galgala. Viajaban siempre juntos, aunque difícilmente hubieran podido ser más distintos: Jacinto pequeño y arrugado, como una nuez oscura y vieja que era imposible partir, y Ammagante alta, de grandes huesos, con el abierto rostro de un niño de alma generosa. En mi reinado, Jacinto había sido el hombre del dinero, el estudioso de las tendencias y el manipulador de las fuerzas, el que controlaba nuestras inversiones, tejiendo pacientemente la red de las propiedades roms que se extienden de mundo en mundo y en mundo. Ammagante era su maga de las comunicaciones, y de sus largos brazos fluían los impulsos instantáneos que proporcionaban a Jacinto la información que necesitaba. Había un extraño poder en aquella mujer. Hablaba muchos idiomas. En su infinita sabiduría mi hijo Shandor los había echado a los dos, y -eso me hizo saber Polarca-, Jacinto y Ammagante seguían trabajando de forma independiente, ganando unos cerces aquí y otros allá, asegurándose su subsistencia. Podía imaginar qué tipo de subsistencia, conociéndoles como les conocía.

La misma nave que los trajo de Galgala trajo también a aquella taimada vieja, Bibi Savina. Nuestra phuri dai, la madre de la tribu. Que seguramente hubiera sido reina entre nosotros, si las cosas hubieran sido de otro modo. (No podemos nombrar reinas a las mujeres -no se ha *hecho* nunca, no se hará nunca-, pero a su manera la phuri dai es tan importante como el rey. Y algunas veces incluso más. Malhadado el rey que ignore su consejo o le deniegue su alta posición. Ha habido algunos que lo han intentado, y todos lo han lamentado.)

Pienso en Bibi Savina como en una mujer increíblemente vieja, más allá de toda medida. Eso se debe a las visitas que me hizo cuando yo era un niño que aún me meaba en los calzones y ella un espectro, hace años y años. Pero de hecho es unos treinta años o así más joven que yo, aunque elige parecer una vieja arpía. La saludé con profundo respeto, incluso con cierto temor reverente: ¡yo, temor! Pero se lo merece. Es una fuente de poder y sagacidad. Por supuesto, el cambio de gobierno en Galgala no ha afectado su autoridad: la phuri dai es elegida no por el rey sino por la

voluntad de la propia tribu, y una vez ocupa su cargo ningún rey puede apartarla de su lado. Incluso el impulsivo Shandor tenía el suficiente sentido común *como* para no meterse con Bibi Savina. Pero el hecho de que ella hubiera acudido a Xamur a mi llamada me indicaba dónde estaban lealtades.

Biznaga llegó después: mi enviado a la corte imperial, mi enlace con el gobierno galáctico. Era elegante y obsequioso, con la gracia y la apostura de un diplomático, y el elegante guardarropa de un diplomático también: nunca he conocido a nadie que vistiera tan espléndidamente como Biznaga. Vino de la Capital, donde había estado viviendo su retiro. Shandor también lo había jubilado. No debía confiar en nadie de mi gente. Me pregunto por qué.

De Marajo, donde había ido a cuidar de sus propios intereses tras su viaje a mi nevado mundo del exilio, acudió mi primo Damiano. Con él, para mi sorpresa, estaba el joven Chorian..., el primero de mis dos huéspedes no invitados.

A Polarca no le gustó aquello en absoluto. Nos llevó a Damiano y a mí a un aparte y dijo:

—¿Qué está haciendo él aquí, en nombre de Mahoma?

—Pensé que podía ser útil —dijo Damiano—. Ve las cosas con ojos claros y posee el auténtico fuego rom. Y me ha servido bien en más de una ocasión.

Polarca no se sintió impresionado por aquello.

—Es el hombre de Sunteil, ¿no? ¿Quieres que todo lo que se diga aquí le sea retransmitido inmediatamente a Sunteil?

—El mismo sol se alzaré dos veces en un mismo día antes de que eso ocurra —respondió Damiano, lanzándole a Polarca aquella tensa mirada suya—. Quizá reciba su paga de Sunteil, pero su corazón está con nosotros. Que todos mis hijos mueran en este mismo momento si te he dicho algo que no sea la verdad.

Damiano te enterrará debajo de su dignidad rom y su retórica rom, cuando desea ganar en una discusión. Polarca alzó las manos desesperado. Pero esta vez yo estaba con Damiano. Di unos ligeros golpes a Polarca en el hombro. Desde una cierta distancia, Chorian me miraba con aquella adoración de cachorro que tanto detestaba y tan bien comprendía. Creo que Polarca se sentía celoso de ello. También es humano, hasta el punto que cualquiera de nosotros puede llamarse humano; no deseaba que hubiera allí nadie que me adorase más intensamente que él. Pero, por supuesto, Polarca exhibe su adoración de una forma muy especial.

—No veo ningún riesgo en que Chorian esté aquí —le dije suavemente—. Ese muchacho es uno de nosotros. Llegué a conocerle muy bien cuando estuvo en Mulano conmigo.

—Pero es el rom particular de Sunteil...

—No es de Sunteil. Sólo deja que Sunteil lo crea así.

—Quizá sólo deje que tú y Damiano penséis que no lo es.

—Polarca —dije, sonriendo suavemente, masajeando su brazo—. Ah, Polarca. Esto no es más que una mierda paranoide, y tú lo sabes.

—Yakoub, te digo que...

—Polarca —dije, un poco menos suavemente.

Pese a todo, hubo otra ronda o dos de gruñidos al respecto. Pero al final sabía que tendría que ceder, y eso hizo. Chorian se sintió rebosante de alivio y gratitud: sabía que la discusión había estado centrada en él y en decidir si podía quedarse. Y prácticamente espumaba de alegría ante el hecho de verme de nuevo. Sin embargo, pese a todo su ímpetu juvenil, parecía ahora menos ingenuo, de alguna forma más maduro, que cuando había estado en Mulano. Estaba empezando a sentir confianza en sí mismo. De todos modos, parte de aquella ingenuidad no había sido probablemente más que camuflaje: pero no cabía ninguna duda de que estaba ganando rápidamente confianza en estos días, y debía sentir menos necesidad de ocultarse detrás de su juventud. Iba a resultar útil. Damiano había hecho bien trayéndole. De tanto en tanto, durante las conferencias de los días siguientes, vi a Polarca meditando aún, como si todavía estuviera absolutamente seguro de que habíamos invitado a un espía del Imperio entre nosotros; pero incluso él dejó de preocuparse por Chorian al cabo de un tiempo.

A su debido momento apareció Valerian. O más bien el espectro de Valerian, debería decir: Valerian no se atrevía a poner el pie en ningún mundo del Imperio, no con la recompensa de diez mil cercas puesta por su cabeza. Incluso un toro se hubiera sentido tentado por aquello. Valerian tenía muchos enemigos entre nosotros, después de todo; los gaje no son las únicas víctimas de su piratería. Pero Valerian o espectro de Valerian, eso no tenía mucha importancia, porque el espectro de Valerian tenía tanto vigor que no resultaba fácil distinguirlo del auténtico Valerian. Excepto que el espectro, como la mayoría de los espectros, tenía una forma de derivar un poco por encima del suelo, y emitir una cierta crepitación eléctrica de tanto en tanto.

Valerian es un hombre extremadamente teatral. Hay un aura de gran drama a su alrededor, que le precede un centenar de metros allá donde

vaya. Alardea, ruga, gesticula, hace llamear sus ojos y adopta poses. Posee un tremendo estilo y prestancia, pero es un estilo y una prestancia directamente salidos de las grandes óperas de hace mil quinientos años. Valerian se ve a sí mismo como el heredero ideológico directo de Barbanegra y Sir Francis Drake y el capitán Kidd y Robin Hood y cualquier otro bucanero que alguna vez haya robado un penique a alguien, y como la mayoría de ellos exhibe las mismas vehementes justificaciones para razonar sus depredaciones. Por supuesto, sólo es un criminal. Si buceamos una capa por debajo de su idealismo encontraremos que lo que ama realmente es el peligro y la emoción de vivir fuera de la ley. Si buceamos un poco más descubriremos que se ve secretamente a sí mismo como un hombre de negocios, un empresario de los caminos estelares preocupado principalmente por la relación riesgo-recompensa. Si buceamos un poco más abajo de eso, creo que encontraríamos un puro caos en el fondo de su alma.

Es un hombre completamente sin escrúpulos. Pero nunca tuve razón alguna para dudar de su lealtad hacia mí. Yo salvé su culo, o al menos su cuello, cuando fue traído bajo graves acusaciones ante el gran kris de Galgala, y siempre se ha sentido agradecido hacia mí por eso.

Después de él llegó Thivt, que es la gran anomalía de mi vida y posiblemente la gran anomalía de la galaxia. Considero a Thivt mi primo y a veces, como Polarca, mi hermano de sangre. Está profundamente versado en las costumbres roms y las tradiciones roms, y lo acepto sin vacilar como un toro. Pero no es ron, no realmente. No quiero decir que sea gaje tampoco. Ni siquiera estoy seguro de que sea humano.

En realidad fue tomado por los roms cuando era un niño y se educó junto a ellos, como el folklore gaje nos ha hecho creer que era nuestra costumbre durante los tiempos medievales. Un grupo explorador lo encontró vagando solo en un planeta del sistema de Thanda Banadareen. Parecía tener cinco o seis años. La única palabra que sabía decir era la que se supone que era su nombre. No se halló a sus padres por ninguna parte, ni ninguna nave espacial que se hubiera estrellado, ni la menor huella de la utilización de un relé de tránsito, ni nada. De alguna forma, se aceptó la idea de que era el único superviviente de una expedición autónoma no registrada. Cuando los exploradores abandonaron Thanda Banadareen se lo llevaron consigo de vuelta a Iriarte, que es donde lo encontré un centenar de años o así más tarde. Por aquel entonces había ascendido enormemente en los consejos roms y hablaba el romani como un auténtico phral de la sangre. Incluso había aprendido cómo espectrar:

por todo lo que sé, es el único no rom que lo haya conseguido nunca. Thivt había logrado el hecho, único en la historia, de convertirse en un toro por adopción. Hay muchos que piensan que tiene que ser realmente toro por nacimiento, debido a que puede espectral. No sé nada al respecto. Thivt parece rom y suena rom y vive rom, y los toros confían en él como en uno de ellos; pero capto un aura a su alrededor, una vibración, que es algo completamente distinto, algo muy extraño. No soy el único que lo siente, además.

¿Es posible que haya seres alienígenas ocultos en los lugares aún no cartografiados de Thanda Banadareen, y que nos hubieran enviado a Thivt camuflado de humano como una especie de observador, o incluso emisario? Nadie, por todo lo que sé, ha regresado nunca al mundo donde fue hallado Thivt para echar una nueva mirada. No parece que sea un mundo particularmente invitador o útil. La galaxia es muy amplia y nosotros somos muy pocos; el rumbo de las exploraciones se ha trasladado a otras partes, a lugares que son considerados más prometedores. A veces me pregunto acerca de aquel mundo. Me pregunto acerca de Thivt.

Ahora que Thivt estaba a mano, el grupo que había convocado se hallaba completo. Pero entonces, en el último minuto, apareció valseando Syluise, el segundo de los huéspedes no invitados.

Polarca entró bruscamente mientras yo me hallaba en el baño y me dijo que había llegado. En el momento mismo en que entró en la habitación supe que había ocurrido algo desacostumbrado, porque sus ojos azules y rojos parecían haber derivado espectro arriba con irritación o sorpresa, y aquellas extrañas y velludas orejas se estremecían como las de un animal. Era el síndrome del sálvese quien pueda. Polarca considera a Syluise como algo parecido a una serpiente..., una serpiente de la clase más mortífera, cuyos colmillos son venenosos pero que igualmente puede optar por estrangularte con sus anillos por el simple placer de hacerlo.

—Adivina quién ha venido —dijo ominosamente.

—¿Shandor? —aventuré—. ¿Sunteil?

—Peor.

—¿Tenemos que jugar a las adivinanzas, Polarca?

—*Ella* está aquí. El gran amor de tu vida.

Polarca desea fervientemente que yo jamás me hubiera mezclado con Syluise. Incluso haciendo concesiones a su actitud a veces súper-protectora hacia mí, es posible que Polarca tenga algo de razón. Pero también tiene un pequeño problema con las mujeres de voluntad fuerte, y eso puede explicar algo de su desagrado hacia ella.

—¿De veras? ¿Syluise?

Estaba recorriendo el baño arriba y abajo.

—Intento decirme a mí mismo que estás completamente cuerdo —dijo—. Pero invitar a una zorra fastidiosa y egocéntrica como ésa a una sesión de estrategia a alto nivel, Yakoub...

—¿Qué te hace pensar que la invité?

—¿Qué está haciendo aquí entonces, si no lo hiciste?

—¿Por qué no intentas averiguarlo?

—Cristo —murmuró—. ¿Crees que ella va a hablar conmigo? Pasa directamente a través de mí como si yo no existiera. Llega hasta aquí paseándose desde el espacio-puerto como la reina de Saba, con una docena de robots a sus espaldas, se instala en una de las suites principales, descarga seis sobrebolsillos de ropas y perifollos y tiaras y Dios sabe qué otras cosas, empieza a dar órdenes a todo el mundo que se pone a su alcance como si ella fuera la nueva propietaria del planeta...

—De acuerdo —dije—. Alcánzame esa toalla.

Polarca había exagerado un poco, pero sólo un poco. Syluise había venido realmente con toda una cohorte de robots, y se había aposentado en su mejor estilo en un rincón privilegiado de la casa. Fui a visitarla, y ella me recibió como si se hallara en su gran propiedad y yo fuera el huésped recién llegado.

Uno de sus robots me franqueó la entrada.

—Dispongo de todos los robots necesarios para mis huéspedes —dije—. No era preciso que trajeras los tuyos.

—No quería ser una carga.

—¿Para los robots?

—Me gustan mis propios robots, Yakoub. Saben cómo ocuparse de mis cosas de la forma que me gusta que se ocupen.

—Eres realmente una zorra, ¿sabes, Syluise?

—¿De veras lo crees así? —Hizo que pareciera como si yo le hubiera lanzado un cumplido. Lucía tan espléndida como siempre, el aspecto resplandeciente como los dorados bosques de Galgala, los ojos azules chispeando alegres, su alto y esbelto cuerpo reluciente como si estuviera envuelto por una especie de velo mágico que emitía una débil música plateada cada vez que se movía—. Me alegra tanto verte de nuevo, Yakoub.

—Me viste no hace mucho en Mulano.

—Entonces estaba espectrando. Ahora soy real. No hemos estado tan cerca el uno del otro, en carne y hueso, desde hace seis o siete años, ¿te

das cuenta? —La deslumbrante sonrisa, un billón de electronvoltios—. ¿Me echaste en falta?

—¿Por qué estás aquí, Syluise?

—¿No puedes ser romántico ni siquiera por un minuto?

—Más tarde. Primero dime por qué viniste.

—Estaba preocupada por ti. Parecías muy confundido cuando te visité en aquel helado planeta tuyo.

—¿Confundido?

—Hablándome de todas aquellas cosas acerca de que habías abdicado para que tu pueblo te suplicara que volvieras. Y que lo habías hecho todo por su bien, para que pudieras conducirles a la Estrella Romani. ¿Crees realmente que tenía sentido lo que creías que estabas haciendo?

—Sí.

—Y ahora que Shandor es rey, ¿qué vas a hacer?

—Para eso he convocado esta reunión —dije—. Pero no recuerdo haberte pedido que asistieras a ella.

—Pensé que podía ser de alguna ayuda.

Querida Syluise.

—Estoy seguro que lo pensaste —dije—. Pero sigues sin haber respondido a mi pregunta. ¿Por qué estás aquí?

—Oí que habías vuelto de ese otro lugar, Mulano. La noticia corre por todo el Imperio. Que habías aterrizado en Xamur, que habías ido a tu propiedad aquí. Así que decidí venir y ofrecerte todo lo que estuviera en mi mano. No sabía nada de lo demás. Que estabas dando un gran patshiv, que habías invitado a Polarca y a Valerian y a la phuri dai y a todos los otros.

Me resultó extraño oírla utilizar las palabras romani. Patshiv, phuri dai. Las palabras romani sonaban mal procedentes de aquella perfecta imitación suya de unos labios gaje. En cierto modo, hacía años que había olvidado que en alguna parte dentro de aquel elegante envoltorio gaje que había esculpido Syluise para sí residía un alma rom. En alguna parte.

—¿Sólo una coincidencia? —dije—. ¿Que llegaras justo a tiempo para la reunión?

Asintió. Y me tendió las manos.

Bien, ¿qué podía hacer? ¿Interrogarla? ¿Era Damiano quien la había puesto al corriente, o Biznaga, o quizá, sólo Dios sabía por qué, Bibi Savina? Quizá sí; o quizá sólo *fuera* una coincidencia. Qué demonios: estaba allí, y supongo que me alegraba de verla.

Había sido mucho tiempo, muchísimo tiempo, tanto para Syluise como para mí. Además, nunca había sido capaz de resistirme a ella. No desde la

primera vez, hacía más de cincuenta años, antes de que yo fuera rey, aquella ocasión en que Cesaro o Nano me había enviado a efectuar una visita ceremonial a los roms de Estrilidis y ella había llegado flotando surgida de la noche, joven y dorada, una visión de perfección gaje, atravesando todas mis defensas y sumergiéndome en vergonzosas obsesiones. Ven aquí, había dicho aquella noche. Te haré rey. Lo había dicho en romani, con aquellos labios gaje suyos, y yo me había sentido perdido. Alzándose sobre mí, convirtiéndome de rey en esclavo con una sola mirada. La cabeza echada hacia atrás, los labios entreabiertos, los pechos oscilando locamente. Había sido su esclavo desde entonces. ¿La estupidez de un viejo? No. Hacía cincuenta años yo no era viejo. Tampoco soy viejo ahora. Algo como aquello hubiera podido ocurrirme a cualquier edad. ¿Debe tener sentido todo lo que yo haga? Se supone que todo el mundo se ve golpeado alguna vez en su vida por una pasión irreprimible. O por el rayo del amor instantáneo, si lo prefieren así.

Llámenlo como quieran. Llámenlo locura. Syluise era mi locura.

—Ven aquí —me dijo ahora.

Sí. ¡Oh, cómo brillaba, cómo resplandecía! ¡Oh, sí, sí, sí!

7

Tuvimos tres días de fiestas y regocijo antes de dedicarnos a nada serio. No quería apresurar las cosas. Había estado allá fuera en la nieve durante demasiado tiempo, y era bueno tenerlos ahora a mi alrededor, a todos aquellos viejos y queridos amigos, Valerian y Polarca y Thivt, Biznaga y jacinto y Ammagante, Damiano y Syluise. No espectros esta vez -excepto Valerian-, sino suave y cálida carne.

Así que tuvimos un gran patshiv al antiguo estilo tradicional, con toda la comida y bebida que cualquiera pudiera desear y luego un poco más, y bailes y cantos y palmas. Incluso los robots se nos unieron, taconeando al ritmo hasta que captaron la cadencia y finalmente lanzándose en medio de la pista para saltar y cabriolear con el resto de nosotros. Por supuesto, nos encantó. En el patshiv todo el mundo debe ser feliz, todo el mundo debe sentirse como el más honrado de los huéspedes, incluso los robots. ¡Dios, fueron unos momentos estupendos! ¡Los grandes trozos de ternera asada, los lechones, los barriles de espumeante cerveza y denso vino tinto! Cada noche nos sentábamos en torno a un llameante fuego de finas maderas aromáticas, contándonos antiguas historias de viajes y grandes aventuras, de los caminos que habíamos tomado y las alegrías y desgracias por las que habíamos pasado. Por un momento fuera del tiempo fuimos roms de los viejos días, los vagabundos, la gente de las caravanas, los hojalateros y los decidores de la buenaventura, la gente más seria del mundo y al mismo tiempo la más alegre, disfrutando de la manera que siempre habíamos disfrutado. Y en la oscuridad de después, bajo el pálido resplandor luminoso de los pájaros nocturnos que aletean por la noche de Xamur, estaba Syluise, suave y cálida a mi tacto. Por un momento fui capaz de echar a un lado todo pensamiento de lo que aún quedaba por hacer; por ahora sólo existía Syluise, y los resplandecientes pájaros en la oscuridad, y el silencio de la noche.

Cuando estuve preparado para ocuparme de los asuntos importantes los conduje a todos fuera de la casa en un largo viaje hasta el extremo más alejado de mi propiedad, donde el cráter Idradin late y pulsa y bulle con una feroz y apasionada energía.

El Idradin es la única imperfección en el perfecto rostro de Xamur. Una horrible pústula, una rabiosa inflamación. Hay quienes lamentan el hecho de que una cosa tan horrible como el Idradin pueda existir en el hermoso Xamur, pero yo pienso de otro modo. Sin el cráter, Xamur parecería un mundo intolerablemente perfecto, irreal, chocante, casi fraudulento. Xamur es en cierto sentido un poco como Syluise, enmascarado por una belleza que

es demasiado perfecta para nuestro imperfecto universo: necesita algún fallo para hacer que parezca genuino, lo mismo que ella. Estoy contento de que el Idradin esté ahí, y contento también de que se halle en mis tierras. Me sirve siempre como recordatorio de que el sueño de perfección es una estúpida fantasía, de que siempre hay algún horrible cancro en el más suave de los brotes.

El cráter es un gran agujero redondo que se hunde directamente hasta el hirviente magma que yace en el núcleo de Xamur. En torno a su dentado borde se extienden amplios anillos concéntricos de vieja y erosionada lava negra, docenas de ellos, arrojados a la superficie hace mucho tiempo por la feroz energía de las antiguas erupciones. Forman una especie de anfiteatro natural, hosco y tétrico y carente de vida. Puedes avanzar hasta el más inferior de los anillos -si te atreves-, y contemplar las rojas lanzas de las llamas taladrar las humeantes nubes grises, y oír las monstruosas fuerzas que eructan y retumban en las profundidades. Emanaciones de miasmas sulfúricas ascienden constantemente por el pozo, tiñendo el cielo y toda la zona colindante de un brillante amarillo parecido a un vómito. Un lugar odiosamente feo, sí.

Pero yo había vivido en sus proximidades durante tantos años que ya no podía sentir ningún odio hacia él. Ya no veía su fealdad. Llámenlo perversidad si quieren, pero la visión del Idradin se había convertido en algo que consideraba alentador e inspirador. Extraía de él una sensación de la energía de las fuerzas brutas que contenía. Que son las propias fuerzas de la creación. Vivimos en la superficie de nuestros planetas. Dentro de ellos hay soles.

Nos reunimos en el noveno círculo del cráter, lo suficientemente lejos para que los hediondos gases no nos asfixiaran, lo bastante cerca para sentir el calor y el profundo retumbar. Algunos -Biznaga, Jacinto, Damiano- parecieron repelidos y presas de náuseas ante el lugar. Chorian pareció casi aterrado. Polarca estaba tenso, y no dejaba de mirar hacia atrás por encima del hombro. Como si esperara una erupción en cualquier momento. Incluso Valerian parecía un poco preocupado, pese a que él no estaba realmente allí. Pero no había más que serenidad en los rostros de Bibi Savina y Thivt; Ammagante parecía indiferente; y Syluise, ante mi sorpresa, casi extática. Permaneció de pie con los brazos muy abiertos y la cabeza echada hacia atrás. Brillaba con una suprema radiación contra el sombrío telón de fondo de las oscuras humaredas del cráter. Me sentí loco de amor por ella, al verla así. Como un escolar. A mi edad. Sabía que era una locura. El cráter tiene ese efecto sobre mí algunas veces. Syluise también.

Dije, escrutando sus rostros uno a uno:

—De acuerdo, vayamos al grano. Mi hijo Shandor parece haberse instalado en Galgala como rey. Esto es absolutamente no legítimo, y hay que hacer algo al respecto. ¿Alguno de vosotros puede decirme cómo ha sido posible que ocurriera una cosa tan miserable como ésta?

Silencio desde todos lados. Y alguna inquieta agitación.

—Según tú, Damiano, Shandor convocó a los grandes reyes y obligó a la krisatora a elegirle. ¿Es eso realmente lo que ocurrió?

Asentimientos. Alzamientos de hombros. Una mirada llana e inexpresiva por parte de Bibi Savina.

—Jesu Cretchuno Adán y Eva, ¿no puede hablar ninguno de vosotros? Explicadme cómo la krisatora puede verse obligada a tomar una acción así. La krisatora, cuando se halla en sesión, tiene poder sobre todos los roms, incluso el rey. No al revés. ¿Quiénes formaban esa krisatora? ¿Nueve cachorros de perro? ¿Nueve robots? ¿Les amenazó? ¿Con qué? ¿Cómo puede ser considerada válida ni siquiera, por un minuto una elección efectuada bajo coacción?

Biznaga dijo:

—No hay registro de lo que ocurrió en el kris, Yakoub. Excepto que Shandor convocó a la krisatora, y cuando salieron de la sala del juicio él era el rey.

Miré a Damiano.

—Me dijiste que fueron obligados.

—Eso es lo que supongo.

—¿Quiénes formaban la krisatora? —pregunté.

—Los conoces a todos —dijo Damiano—. Los mismos que estaban en el cargo cuando fuiste nombrado rey. Bidshika. Djordi. Stevo le Yankosko, Milosh...

Lo interrumpí a media lista.

—Hubieran debido pensárselo mejor. El hijo de un rey nunca ha sido rey antes. Y con el antiguo rey aún vivo, además. ¡Oh, el bastardo, el maldito bastardo! Entró ahí dentro y les dijo lo que tenían que hacer, y ellos lo hicieron, y nadie se atrevió a murmurar una palabra contra ello. Ni siquiera vosotros. Os limitasteis a sonreír y a asentir y a dejar que ocurriera.

—¿Y tú no aceptas ninguna responsabilidad sobre ello? —dijo Valerian.

—¿Yo?

—Tú, Yakoub. De no ser por ti nada de esto hubiera ocurrido. Tú pusiste en marcha todo el proceso, ¿no crees? ¿Quién te dijo que

abdicaras?

—Tenía mis razones.

—Apuesto a que sí.

—¿Crees que mi abdicación fue un capricho? ¿Piensas que sólo fue un impulso retorcido que me pasó por la cabeza? ¿Lo crees así? ¿No se te ha ocurrido pensar que tenía un plan, que estaba actuando de acuerdo con mi estrategia a largo plazo, cuando me fui de Galgala?

Se miraron entre sí. De pronto me di cuenta de lo que debían estar pensando. El viejo se ha vuelto loco, eso era lo que estaban pensando. Ahora vi que debían llevar pensándola mucho tiempo. Mis ojos llamearon.

—Así que me habéis estado siguiendo la corriente, ¿eh, jodidos bastardos?

—¿Seguirte la corriente? —preguntó Polarca.

—Pensáis que estoy loco, ¿no?

—¿He dicho yo alguna vez algo así, Yakoub?

—No lo has dicho, no —admití—. Pero lo has estado pensando. ¿No es así, Polarca?

—Absolutamente no.

—¿Valerian?

—¿Loco? ¿Tú?

—¿Damiano? ¿Biznaga? ¡Vamos, cerdos, levantad vuestras manos! ¡Quien piense que Yakoub está deslizándose plácidamente hacia la senilidad, que alce su maldita mano en el aire!

Ninguna mano se alzó. Sus rostros no reflejaron la menor emoción. ¿Estaban intimidados? ¿O estaban decididos a seguir ocultando lo que pensaban de mí, no importaba lo que fuera?

El cráter rugió y gorgoteó. Hubo un sonido de colosales masas de roca agitándose en alguna parte en su interior. Una voluta de amarillento humo brotó como un eructo a la superficie y esparció por todas partes su hedor a podredumbre, como una gigantesca ventosidad. Nadie reaccionó. Nadie se movió. Me estaban mirando como un puñado de robots, y no había forma de que yo pudiera leer lo que se ocultaba tras sus ojos.

Al cabo de un tiempo dije con voz más tranquila, bajo el más férreo control que pude conseguir:

—Quiero aseguraros que todavía estoy completamente cuerdo. Sólo por si se os haya ocurrido dudarlo. Mi abdicación puede que fuera un error táctico, aunque todavía no estoy convencido de ello, pero no fue la acción arbitraria y caprichosa de un viejo loco.

Y me lancé a una explicación completa: de cómo había empezado a

sentir que estábamos deslizándonos fuera de nuestra naturaleza interior, que estábamos integrándonos más y más profundamente en el Imperio gaje cuando de hecho lo que necesitábamos era empezar a prepararnos para el regreso a la Estrella Romani que había sido nuestra meta durante tantos miles de años, y que ahora estaba quizá sólo a un par de cientos de años de distancia. Les hablé de cómo había sentido la necesidad de hacer algo espectacular a fin de sacudir un poco a la gente. De que había decidido alejarme por unos cuantos años y dejarles a todos sin líder, a fin de que pudieran meditar en el error de sus actitudes. Y de cómo había planeado regresar y reasumir el trono, más fuerte que nunca, una vez se hubiera dejado sentir todo el impacto de mi ausencia.

Me escucharon sobriamente, casi hoscamente. Ammagante parecía sumida en algunos complicados cálculos internos. Damiano fruncía el ceño, Chorian parecía desconcertado, Biznaga casi a punto de echarse a llorar. Los otros se mostraban asombrados o preocupados o desanimados, todos menos Syluise, que había oído todo aquello antes y simplemente parecía aburrida. Y Bibi Savina, cuya invencible serenidad permanecía inquebrantada. Se me ocurrió que tal vez la vieja arpía ni siquiera me estuviera escuchando, que posiblemente ni estuviera allí, que estaba espectrando por alguna parte en las lejanas extensiones del tiempo.

Cuando hube terminado, jacinto dijo, suavemente, fríamente:

—¿E imaginaste que íbamos a poder mantener eternamente un gobierno provisional para ti, Yakoub? ¿Que podrían transcurrir cinco años, o quizá diez, con el trono vacante, y que no habría presiones para elegir un nuevo rey?

—Pensé que se harían intentos de pedirme que volviera, antes de que eso ocurriese.

—Se hicieron —señaló Damiano—. ¿Sabes cuántos hombres envié en tu busca, empezando al año siguiente de tu desaparición?

—Dejé tras de mí mi pistas por todas partes.

—Sí, lo hiciste. Finalmente descubrimos tus señales. Pero pese a todo Chorian aún necesitó tres años para encontrarte. Y estuvimos constantemente en ello durante todo el tiempo.

—Como lo estuvieron varios lores del Imperio —dije yo—. Julien de Gramont fue enviado tras de mí por Periandros. Y por supuesto, Chorian trabajaba no sólo para ti sino también para Sunteil. Bien, esperaba ser hallado un poco antes de lo que lo fui. Y nunca soñé que Shandor, entre todos, pudiera apoderarse del trono.

—Pero lo hizo —dijo Damiano.

—Y tú se lo serviste en bandeja —añadió Valerian. Nunca ha sido muy condescendiente conmigo—. Creaste un vacío, y ese hijo de puta se apresuró a ocuparlo. ¿Nos lleva más cerca de la Estrella Romani el tener a Shandor como nuestro rey?

—Shandor no es el rey —dijo bruscamente Bibi Savina, con una voz que parecía llegar desde otro sistema solar.

Todos nos volvimos hacia la phuri dai.

—La elección no fue una elección. La abdicación no fue una abdicación. Yakoub sigue siendo el rey.

—¡Por supuesto que lo es! —exclamó Chorian, y al instante pareció avergonzado de haberse atrevido a hablar.

—¿Y el otro rey en el trono de Galgala? —dijo Biznaga—. ¿Qué es, una invención?

—¡Una invención! —tronó Valerian—. Vio el momento, alargó la mano y lo cogió. Y ahora no podemos librarnos de él. A menos que desees desencadenar una guerra civil, rocas contra rocas. Mientras los gaje se reclinan en sus sillones y se ríen de nosotros.

—Eso no debe ocurrir —dijo Thivt.

—Entonces, ¿se supone que debemos aceptar a Shandor como rey? —preguntó Damiano.

Todos se pusieron a hablar a la vez. Luego, la seca y aguda voz de Polarca interrumpió la cacofonía.

—Bibi Savina tiene razón —dijo—. Simplemente podemos ignorar a Shandor. La abdicación de Yakoub no significa nada. En primer lugar, nunca hubo entre nosotros nada parecido a una abdicación. Un rey es rey hasta que muere, o hasta que la krisatora lo depone. Nunca he oído hablar de un acto de deposición. Y aunque lo hubiera habido, podemos afirmar que fue realizado bajo imposición, y que en consecuencia no es válido. Yakoub es nuestro rey.

Biznaga agitó violentamente la cabeza.

—Pero Shandor ocupa la sede del gobierno. Shandor es reconocido por el Imperio como la cabeza visible del pueblo rom. ¿Qué medios legales tenemos para desplazarle ahora?

Empezaron a hablar de nuevo todos a la vez. Esta vez fui yo quien alzó la mano reclamando silencio.

—Tengo un plan —dije—. Yo os traje todo este lío cuando decidí abandonar el trono. Y ahora tengo intención de arreglarlo. Por mis propios medios.

—¿Cómo? —quiso saber Valerian.

—Yendo a Galgala. Solo, sin ningún tipo de escolta. En persona, no un doble. Y caminando por mi propio pie hasta el palacio del rey para decirle a mi hijo Shandor que tiene que sacar su sucio culo del trono antes de cinco minutos, o de lo contrario...

—¿Ése es tu plan? —preguntó Valerian, asombrado.

—Ése es mi plan, sí.

—¿Ir a Galgala? —dijo Jacinto—. ¿Presentarte delante de Shandor, solo, y lanzarle un ultimátum?

—Sí —dije—. Absolutamente.

Les vi mirarse de nuevo unos a otros. Las bocas abiertas, los ojos abiertos. Una incredulidad general. Sus rostros diciendo que sabían ahora, más allá de toda duda, que me había vuelto loco.

—¿Y qué ocurrirá luego? —quiso saber Valerian—. ¿Sonreirá educadamente y dirá: Por supuesto, papá, inmediatamente, papá, y se levantará y se marchará? ¿Es eso lo que esperas, Yakoub?

—No será tan sencillo.

—Creo que más bien será *muy* sencillo —dijo Valerian—. Harás tu discurso, y cuando él se recobre de su sorpresa te agarrará y te arrojará a una mazmorra a quince kilómetros de profundidad. O hará algo aún peor.

—¿A su propio padre? —preguntó Ammagante.

—Estamos hablando de Shandor. Es un animal, una bestia salvaje. ¿Recordáis lo que hizo aquella vez en Djebel Abdullah, cuando falló el impulsor estelar de su nave y se agotó la comida? ¿Es eso un hombre civilizado? ¿Es un hijo en quien se puede confiar? ¿Autorizar la utilización de los cuerpos de sus propios pasajeros para alimentarse, por el amor de Dios?

—Valerian...

—No —dijo, furioso—. ¿Quieres que finja que nunca ocurrió? ¡Ese Shandor es nuestro rey! ¡Es el hombre a cuyo sentido de la tradición, cuya piedad, cuya benevolencia, pretendes apelar! ¿Cómo crees que fueron muertos primero esos pasajeros? ¿Y qué crees que te hará a ti, Yakoub, si te pones al alcance de su mano?

—No me hará ningún daño —dije.

—Es una locura. Una absoluta locura.

—Puede intentar encarcelarme, sí. Pero no creo que se atreva a hacerme ningún daño. Ni siquiera Shandor haría eso. Pero si me encarcela, perderá todo apoyo que pudiera tener entre nuestro pueblo. Puedo permanecer un cierto tiempo en una mazmorra. A mi edad, aprendes muy bien a jugar al juego de la espera.

—¡Pero esto es una locura, Yakoub! —dijo Valerian—. ¿Por qué no envías un doble, al menos?

—¿Crees que con eso podría engañarle? Lo primero que hará será comprobar si soy real.

—Y cuando descubra que lo eres...

—Estoy dispuesto a correr el riesgo.

—¿Y si te mata? ¿Qué haremos nosotros sin ti?

—No lo hará. Pero si lo hace, me convertiré en un mártir. Un símbolo. El instrumento de su caída.

—¿Y quién será rey, entonces?

—¿Crees que soy el único hombre que puede ser Rey de los Roms? —exclamé—. Jesu Cretchuno, ¿acaso soy inmortal? Algún día necesitaréis otro rey. Si ese día es más pronto que más tarde, ¿qué importa? Shandor ha de ser derribado. No importa lo que cueste. Yo hice posible que se apoderara del trono, por el Diablo, hice posible que naciera, y soy quien debe quitarlo del lugar donde se ha aposentado. Lo haré yendo a Galgala. Solo.

—Es muy imprudente —murmuró Jacinto.

—Si con ello se evita una guerra entre roms y roms... —aventuró Thivt.

—No. Estoy con Valerian —dijo Polarca—. No podemos permitirnos perderte, Yakoub. Tiene que haber alguna forma menos arriesgada de echar a Shandor a un lado. Proclamar la abdicación nula y sin efecto, ídem para la elección de Shandor, establecer un gobierno legítimo aquí en Xamur, recordar a los roms de todas partes que su lealtad es hacia Yakoub...

—No —dije—. No tengo intención de reconocer la usurpación de Shandor hasta el punto de establecer un gobierno rival. Nuestra capital está en Galgala. Iré a Galgala.

—Dios nos ayude a todos —murmuró Valerian.

Luego empezaron a chillar todos juntos de nuevo, y en un abrir y cerrar de ojos la reunión se vio reducida a la histeria más absoluta. Intenté apaciguarles y no lo conseguí. Cuando un rey no puede conseguir la atención de sus propios consejeros, hay auténticos problemas en la mancomunidad. Les observé gritar y discutir por un tiempo, y yo también grité y discutí un poco, y nada de aquello sirvió para nada. Así que simplemente me alejé de ellos. Rodeé el cráter hasta el otro lado y trepé un par de círculos y me senté de espaldas a ellos, escuchando las voces y gritos de mis mejores y más leales amigos.

Al cabo de un rayo oí el sonido de alguien subiendo a mis espaldas. No miré. Estaba completamente seguro de quién era, porque incluso de espaldas capté aquella naturaleza ligeramente extraña en su presencia.

Thivt.

Aguardé, sin decir nada. Sintiendo su espíritu alienígena acercarse más y más a mí.

Ya saben que nunca hemos decidido de una forma satisfactoria si existen o no otras razas inteligentes en la galaxia. Ciertamente, tienen que haber existido algunas, en un momento determinado..., la antigua fortaleza de Megalo Kastro es sólo uno de cierto número de indicaciones de ello. Pero no hemos podido hallar ninguna cultura alienígena viva. Las únicas especies inteligentes que conocemos aparte nosotros son los gaje, dos razas humanas básicamente idénticas que evolucionaron en mundos distintos a miles de años luz de distancia. A medida que nuestra cada vez más amplia expansión nos lleva hacia fuera en la galaxia, nos encontramos con un elevado número de interesantes y complejas criaturas, pero ninguna poseedora de los rasgos que calificamos como inteligencia. Puede que ustedes deseen contar cosas tales como el mar viviente de Megalo Kastro como una forma de vida inteligente, pero eso no es inteligencia como nosotros la comprendemos.

(La presencia de dos razas humanas separadas pero idénticas a tantos años luz de distancia es un rompecabezas distinto pero relacionado. Un cierto número de grandes pensadores entre los roms dicen que es improbable estadísticamente y con toda seguridad biológicamente imposible que dos especies evolucionen independientemente en dos mundos distintos con virtualmente la misma forma. Sospechan que roms y gaje tienen que haber poseído un antepasado común en algún otro mundo completamente distinto, muy lejano. Que todos somos descendientes de colonos que fueron dejados atrás en tiempos prehistóricos. En cuanto a las diferencias que existen entre las dos razas -la habilidad rom de espectrar, digamos, y la habilidad relacionada con ella de propulsar astronaves en modo de salto-, pueden explicarse como mutaciones que se infiltraron en nuestra rama de la humanidad durante nuestros miles de años de existencia separada en la Estrella Romani. Todo eso son especulaciones roms, recuerden. No existen especulaciones gaje sobre este tema. Los gaje, por supuesto, no tienen ningún indicio de nuestro origen alienígena. Si lo hubieran tenido alguna vez, probablemente nos hubieran linchado a todos hace ya mucho tiempo, allá en la Tierra, durante los años de persecución. Ya fue bastante duro para ellos soportar nuestra forma

errante de vivir y nuestro desdén por sus leyes. Saber que éramos bichos de otro planeta hubiera desatado con toda seguridad algún tipo de gigantesco pogrom, una santa cruzada contra las abominables cosas malignas llegadas de las estrellas. Quizá aún pudieran hacerlo.)

Thivt, de todos modos..., estoy convencido de que es algo distinto. Ni rom ni gaje, creo. Pero dudo que llegue a saber alguna vez la verdad; porque Thivt es mi amigo y mi primo, y la cortesía me impide pedirle que me cuente si es o no humano.

Se detuvo a mi lado, lanzando oleadas de peculiaridad. Apoyó ligeramente su mano en mi brazo. Sentí el calor fluir de él, la ternura, la simpatía. Eso era lo más extraño en él: la forma en que podía tocar tu mente, la forma en que podía conseguir una especie de comunión contigo.

—Yakoub —dijo.

—Escúchales, Thivt. Chillando como pollos en el corral.

—Pronto se apaciguarán.

—Todos están en contra de mi plan, ¿verdad?

—¿Es eso tan importante para ti?

—Si ellos creen que me he vuelto loco, lo es. Necesito su apoyo si las cosas no me van bien en Galgala, y dudo que lo vayan. ¿Cómo puedo pedirles que vengan aquí y arriesguen sus vidas por mí, si piensan que he puesto deliberadamente mi cuello en peligro contra todos sus consejos?

—Harán todo lo que tú les pidas que hagan, Yakoub.

—No lo sé. —Estaba dudando. Frente a una oposición tan concertada, empezaba a creer que debía abandonar mi idea. Quizá sí *estuviera* loco. Tal vez estuviera imponiendo un riesgo innecesario no sólo a mí sino a todo el mundo.

—No son estúpidos —dije—. Si ellos creen que no debería ir, entonces quizá...

Los dedos de Thivt seguían apretando ligeramente mi brazo. Sentí el amor fluir de él a mí, la preocupación, el apoyo.

—Sigue tu propio juicio, Yakoub. Nunca te ha traicionado. Si crees que lo que hay que hacer es acudir a ver a Shandor, entonces debes ir a ver a Shandor. Tú eres el rey. Tú prevalecerás.

Me volví hacia él.

—¿Lo crees así, Thivt?

Sus oscuros y solemnes ojos estaban muy cerca de los míos. En aquel momento me pareció más misterioso que nunca. Me pregunté qué se ocultaba detrás de aquella serena frente, qué tipo de cerebro, que circunvoluciones y canales alienígenas. Estaba enviándome aliento. Estaba

enviándome fuerza. Fuera lo que fuese, perteneciera a la especie que perteneciese antes de adoptar la forma humana, era mi amigo. Era mi primo.

—Creo que sí, sí —dijo. Y lo dijo en romani.

—De acuerdo. Que así sea, pues.

Caminé de vuelta rodeando el cráter hacia los demás. Cuando llegué a su lado, todos habían callado y me miraban.

—No vas a hacerlo, ¿verdad? —dijo Polarca.

—Ya he tomado mi decisión.

—¡Somételo al menos a la phuri dai! —exclamó Valerian—. ¡Por el amor de Dios, Yakoub, deja que ella decida!

—¡La phuri dai! —insistió Polarca—. La phuri dai.

De nuevo se volvieron hacia Bibi Savina y se apiñaron a su alrededor. Seguían aún contra mí, todos menos Thivt. Realmente pensaban que me había vuelto loco.

—De acuerdo —dije, empezando a sentir la furia que crecía en mi interior—. Escuchemos a la phuri dai. Dinos, Bibi Savina. ¿Qué debo hacer?

Había una fantasmagórica luz en los ojos de Bibi Savina, y su arrugado y apercaminado cuerpo parecía arder con una llama interior. Por un momento parecía erguirse erecta de nuevo, y de ella emanó una especie de belleza que brilló mucho más que la de la magnífica Syluise.

—Tienes que ir a Galgala, Yakoub —dijo con una voz extraña, como la de alguien que está en trance. La voz de un oráculo—. Ve a ver a Shandor y dile que él no es el rey. Es la única forma. Eso es lo que debes hacer.

CINCO:

EN LA BOCA DEL LOBO

¿Qué había hecho este profeta? ¿Qué nos había dicho, ante todo, de hacer? Nos había dicho que rechazáramos todo consuelo -dioses, patrias, moralidades, verdades- y, retirándonos a la soledad, sin usar nada más que nuestra propia fuerza, empezáramos a modelar un mundo que no avergonzara nuestros corazones. ¿Cuál es el camino más peligroso? ¡Es el que deseo seguir! ¿Dónde está el abismo? ¡Allá hacia donde me encamino! ¡Cuál es la alegría más valiente! ¡Asumir la completa responsabilidad!

–Kazantzakis

1

Pese a la afirmación de Bibi Savina hubo una enorme agitación. Se me acercaron en grupos de dos y tres, intentando hacer que cambiara de opinión. Piensa en los riesgos, dijeron. Piensa en el peligro. Piensa en la pérdida para nuestro pueblo si Shandor te causa algún daño, Yakoub. Piensa en esto, piensa en aquello. Eres indispensable, me dijeron. ¿Cómo puedes simplemente ponerte así en manos de Shandor?

Es mi hijo, dije. No me hará ningún daño.

Polarca me dijo simple y llanamente que estaba loco. Nunca lo había visto tan exasperado. Bufó, rabió, amenazó con renunciar a su cargo. Le señalé que en estos momentos no tenía ningún cargo del que pudiera renunciar. No le hizo ninguna gracia. Empezó a espectralar de un lado para otro casi incontrolablemente, saltando a través del espacio y del tiempo de una forma absolutamente histérica. Estaba sumido en un absurdo frenesí. Pensé que iba a empezar a echar espuma por la boca.

La persona del rey es sacrosanta, insistí. Incluso Shandor reconocerá eso, cuando llegue ante él en Galgala.

Valerian quería ir a Galgala en mi lugar y terminar con la usurpación de Shandor por la fuerza. Reuniría toda su flota pirata y descendería sobre él y avanzaría hasta su palacio y lo echaría del trono. Biznaga hizo notar la improbabilidad de aquello, preguntando si Valerian creía seriamente que Shandor iba a dejarle llegar a un año luz de distancia de Galgala con sus naves. A la primera señal de su aproximación, sugirió Biznaga, Shandor comunicaría simplemente al gobierno imperial que el famoso pirata Valerian estaba en las inmediaciones, y una armada del Imperio le estaría aguardando cuando llegara.

Biznaga me pidió también que no fuera: calmadamente, discretamente, con su mejor manera diplomática. Jacinto y Ammagante, lo mismo. Damiano fue más vehemente, y bufó y gruñó casi como Polarca. Se habló de buscar a uno o dos de mis otros hijos, allá donde pudieran estar - mis hijos se hallan esparcidos por todo el universo, Dios sabe dónde-, y traerlos a Xamur para que razonaran conmigo. O para enviarlos a su hermano Shandor como embajadores míos. Pero tampoco iban a conseguir gran cosa de él. Alguien, he olvidado quién (y mejor así), sugirió apelar al viejo emperador y pedir su ayuda para deponer a Shandor, la cosa más risible que jamás haya oído. Y así seguimos varios días. Los únicos aliados que tenía eran Thivt y Bibi Savina. Y posiblemente Syluise, aunque se mantenía reservada como siempre, sin intervenir en ninguna de las discusiones, y no era fácil saber de qué lado estaba. Pero miraba a sus fríos

ojos azules y creía hallar apoyo en ellos. A su remota e insondable manera, parecía estarme diciendo: Haz lo que te plazca, acepta los riesgos, obtendrás tu recompensa.

Así que simplemente les mentí. Tranquilos, les dije, sé lo que estoy haciendo. Todo está escrito en el libro del futuro, y todo irá bien.

De alguna forma, aquello zanjó la cuestión. Les dejé que creyeran que había recibido alguna especie de información privilegiada procedente del futuro: un espectro amable, posiblemente el mío, había acudido a mí y me había hecho saber, en su habitual y oblicua forma espectral, que mi jugada había obtenido resultados a lo largo de la línea, que de hecho Shandor se había echado atrás cuando se había encontrado frente al vivo y legítimo Rey de los Roms, que sería restituido al trono y pronto estaríamos viajando de nuevo por el sendero hacia la Estrella Romani. Y se lo tragaron.

Pero la verdad era que mis espectros se mantenían a distancia. A veces veía un pequeño parpadeo con la comisura del ojo que podía ser algún espectro flotando cerca, pero nunca estaba seguro de ello. Eso hubiera podido preocuparme, si hubiera permitido que me preocupara. Me dije a mí mismo que la razón de que no estuviera captando espectros era porque estaba siendo probado, mi resolución, mi valor: aquellos que podían haber espectralado hasta mí, incluso mi propio yo, estaban haciendo que pasara por todo aquello sin ninguna ayuda. Me hallaba a mis propios recursos. Bien, eso era correcto. Simplemente avanzaría hacia el futuro a una velocidad de un segundo por segundo, sin el menor indicio de lo que iba a suceder, lo mismo que todo el mundo. Shandor era un loco, pero había lógica en mi estrategia, y tenía la sensación de que en definitiva no podía ocurrirme nada malo. Pese a todo, sin embargo, hubiera sido agradable recibir alguna pequeña visita de algún futuro yo mío, sólo un pequeño y rápido destello tranquilizador, el guiño de un ojo, durante aquellos días en que estaba preparándome para meterme en la boca del lobo.

2

Así pues, llegamos finalmente a un acuerdo. En realidad, no puedes discutir con un rey cuando éste ha tomado su decisión. Iría a Galgala, me enfrentaría a Shandor, y luego, bien, ya veríamos lo que ocurría después de eso. Sólo hice una concesión a los temores de mis amigos. Mi plan había sido ir a Galgala solo, pero Damiano me convenció que llevara conmigo a Chorian como escolta. Chorian era, después de todo, un servidor del Imperio, y Shandor se lo pensaría dos veces antes de poner sus violentas manos sobre él, independientemente de lo que deseara hacerme a mí.

Podía ver una cierta lógica en aquello. Chorian podía ir a Galgala conmigo. Pero pese a todo dejé bien claro que iba a ir a presencia de Shandor solo, sin escolta, sin cubrirme tras el escudo del Imperio y de un jovenzuelo aún mojado con la leche de su madre. Y no les permití que siguieran discutiendo más sobre el asunto.

Básicamente, soy un hombre cauteloso. Nadie llega a vivir tanto como yo siendo temerario. Mi padre grabó en mí las Tres Leyes y la única Palabra cuando era muy joven, y el hecho de que haya sobrevivido tanto tiempo debería ser prueba suficiente de que al menos en eso fui un buen estudiante. Aquellos que viven según el sentido común, me enseñó mi padre, son justos a los ojos de Dios. Y está bien así. Jamás viviría de otro modo. De todos modos, existe el sentido común y el sentido común, y algunos tipos de sentido común poseen más sentido que otros. He descubierto una y otra vez que las convencionales formas «seguras» de actuar y hacer las cosas son a menudo locamente peligrosas. Y lo que parece una locura imposible a los ojos de la gente convencional es en realidad el único camino razonable que se puede tomar.

Por ejemplo, aquella vez cuando estaba viviendo en esclavitud en Alta Hannalanna. ¿Creen ustedes que el sentido común posee algún valor en un lugar como Alta Hannalanna? Allí el sentido común me hubiera matado inmediatamente, eso es lo que hubiera hecho el sentido común.

¡Qué asqueroso y horrible planeta era aquél! ¡Cómo llegué a detestarlo, cómo sufrí, cómo me revolqué en la miseria! Maldije un millar de veces al día el alma de Pulika Boshengro, que me había enviado allí a la esclavitud para librarse de mí tras derrocar a su hermano, mi amado mentor y padre adoptivo, Loiza la Vakako. Aquel planeta hubiera podido ser el fin para mí, si no hubiera estado dispuesto a correr un loco riesgo.

Me embarcaron hasta allí, como ya saben, por relé de tránsito. Fue mi primera experiencia en aquel decepcionante modo de viajar, y fue como una pesadilla para mí, aquellas horas y semanas y quizás incluso meses -

¿quién puede decirlo?- prisionero en mi pequeña esfera de fuerza, mientras recorría a gran velocidad toda la galaxia. Rugí y grité hasta que tuve la impresión de que mi garganta quedaba en hilachas, y, mientras, el viaje siguió y siguió. Allí colgué, suspendido entre la vida y la muerte. Por segunda vez en mi vida llevaba la marca de esclavo en mi frente, y no había forma de que pudiera borrarla de allí, ni siquiera arrancándome la piel. Me sentía impotente. Tenía, creo, veinte años, quizá veinticinco, más o menos. Todo me parece igual ahora desde esa distancia. De todos modos, era muy joven. Mi vida apenas había empezado y ahora parecía a punto de acabar. Cuando había sido un bebé en mí cuna la vieja y sabia arpía había acudido a mí y me había susurrado grandes profecías de reinado y gloria, ¿y dónde habla ido a parar todo aquello? El pequeño niño gitano en Vietoris, el esclavo mendigo en Megalo Kastro, el paleador de mierda de caracol en Nabomba Zom: ¿era eso la gloria? ¿Era eso el reinado? De acuerdo, durante un tiempo, poco antes de esta nueva desgracia, había vivido una vida de gran privilegio, cuando me convertí en el heredero del regio Loiza la Vakako. Fui el futuro esposo de su encantadora hija. El agradable mundo de Nabomba Zom sería un día mi dominio. Y luego, repentinamente, todo me había sido arrancado de las manos y ahora era de nuevo un esclavo, metido en una esfera del relé de tránsito y viajando hacia ninguna parte, camino de un mundo tan terrible que ni siquiera Loiza la Vakako había sido capaz de describírmelo...

No recuerdo mi aterrizaje en Alta Hannalanna. Debió haber sido bastante malo, sin embargo. Había vivido en mi esfera del relé de tránsito durante tanto tiempo que había llegado a convertirse en un seno materno para mí, y cuando fui arrojado a la superficie de aquel asqueroso planeta creo que la impresión me alejó por un tiempo de mi cordura. Lo primero que puedo recordar es permanecer acucillado, casi apoyado sobre mis rodillas, con la cabeza baja, sudando y sollozando y temblando, mientras un hombre alto con un uniforme gris me clavaba una y otra vez una porra en los riñones. No sabía quién era. Ni siquiera sabía quién era yo.

—Levántate —me dijo—. Esclavo.

El aire era bochornoso y húmedo, y el mundo se estremecía como un trampolín bajo mis pies. No lo estaba imaginando. No se trataba de una superficie sólida, sino de un asombrosamente grotesco entramado de lianas entrelazadas, amarillentas como caucho, gruesas como el muslo de un hombre, que se extendía de horizonte a horizonte. La textura de las lianas era áspera y pegajosa, con protuberancias y gibosidades por todas partes. Se estremecían como las cuerdas de un violín. Creí poder sentir el planeta

respirar bajo ellas, pesadas y gruñentes exhalaciones que ponían las lianas en movimiento, y luego largas, lentas y suspirantes inspiraciones. Caía una lluvia densa y pegajosa. La gravedad era muy ligera, pero no había nada vigorizante en ello; simplemente hacía que todo pareciera más inestable aún. Me sentí enfermo y mareado.

—Arriba —dijo de nuevo el vigilante, y me clavó otra vez la porra sin la menor piedad.

Me condujo a bordo de un extraño tipo de vehículo que no tenía ruedas, sino unas peculiares patas como de araña que terminaban en enormes abrazaderas con una forma burdamente parecida a la de unas manos. Avanzó a través de la superficie de Alta Hannalanna como alguna especie de insecto gigante, sujetándose y luego soltando los hilos de las lianas planetarias. A su debido tiempo llegó a un lugar donde las lianas se separaban para crear un enorme y oscuro agujero, y se metió en él, y descendió y descendió y descendió, hasta que estuve en algún lugar muy profundo en las entrañas del planeta.

No iba a ver de nuevo la superficie de Alta Hannalanna durante meses. No era que sintiera muchos deseos de estar ahí arriba, porque todo el conjunto del lugar no es más que un impenetrable laberinto de aquellas traicioneras lianas pegajosas; un velo de densas nubes grises oculta perpetuamente el sol; y la lluvia nunca cesa, ni siquiera por un momento. Pero ahí abajo es aún peor. Todo no es más que una gran masa sólida esponjosa, de centenares de kilómetros de grueso. La recorren anchos túneles de bajo techo, cruzándola y volviendo a cruzarla. Las paredes de esos túneles son húmedas y rosadas, como intestinos, y están iluminadas por una especie de enfermiza fosforescencia, un débil resplandor que rompe la oscuridad sin dar alivio a los ojos. Todo el planeta es así, de polo a polo. Más tarde supe que el esponjoso subsuelo de Alta Hannalanna es la subestructura de las lianas, su sustancia madre, una gigantesca masa de materia vegetal que engloba completamente el planeta. Las lianas que brotan de ella son sus órganos alimenticios. Le proporcionan humedad y, exponiéndose a la brumosa luz de la superficie, permiten alguna especie de proceso de fotosíntesis que tiene lugar debajo. Al parecer todo el conjunto es un enorme organismo de tamaño planetario, el equivalente vegetal al mar viviente de Megalo Kastro. La auténtica superficie de Alta Hannalanna se halla enterrada en algún lugar debajo de aquella masa, muy en las profundidades. Aparece en las sondas sonar, una capa subyacente de roca sólida, pero nadie ha visto nunca ninguna razón para perforar lo suficiente como para llegar hasta ella.

¡Por Dios, es un lugar horrible! Enrojezco al pensar que fue un rom quien lo descubrió, aquel gran viajero espacial gitano, Claude Varna, hace quinientos años. Hay que decir en su honor que Varna consideró que aquel horror no merecía un ulterior examen; pero algo en su informe despertó la curiosidad de un biólogo empleado en una de las enormes compañías comerciales gaje un siglo más tarde, y fue organizada una segunda expedición. Y ésa lo descubrió.

Los túneles están habitados. De hecho, los túneles fueron creados por sus propios habitantes. Porque no son más que colosales gusaneras, excavadas por enormes y blandas criaturas aplanadas cuyos cuerpos miden tres veces la anchura de un hombre y se extienden por longitudes inconcebibles. Lentamente, pacientemente, esas cosas han estado devorando su camino a través del mundo subterráneo de Alta Hannalanna desde el principio de los tiempos. Son meras máquinas de devorar, sin mente, implacables. Digieren lo que devoran y lo excretan como un lodo fluido que se desliza formando ríos tras ellos, para ser reabsorbido gradualmente por las paredes del túnel.

Hay otras formas de vida en esos túneles, comparativamente insignificantes en tamaño, que viven como parásitos en los grandes gusanos o en la materia vegetal que los rodea. Una de ellas es una especie de insecto, una criatura del tamaño de un perro grande con un salvaje pico y enormes y resplandecientes ojos verde dorados, de aspecto repelente. A causa precisamente de esas criaturas pasé dos años de mi vida en terrible tormento en los túneles de Alta Hannalanna.

Los insectos viven dentro de los gusanos. Utilizan sus picos para inyectar sus jugos gástricos en los gusanos, y de hecho excavan túneles en sus cuerpos, alimentándose de sus tejidos y depositando al mismo tiempo sus huevos. Por enormes que sean los gusanos, supongo que finalmente terminarían completamente consumidos por esos pequeños monstruos que anidan en sus cuerpos si no fueran capaces de defenderse. La defensa de los gusanos es de naturaleza química: cuando es consciente de que ha sido penetrado -y pueden transcurrir años antes de que la noticia llegue a sus cerebros-, el gusano segrega una sustancia que rezuma hacia la zona de irritación y hace que sus tejidos se endurezcan hasta convertirse en una masa pétrea. Así forma un quiste en torno al invasor, que se ve atrapado hasta que muere de inanición. El material pétreo que forma esos quistes es de un intenso color amarillo lustroso, suave al tacto, y puede ser pulido hasta adquirir unos maravillosos reflejos. En el comercio estelar se vende como jade de Alta Hannalanna, aunque en realidad se parece más al

ámbar. Y alcanza precios exorbitantes.

El asqueroso trabajo de recoger este jade me fue enseñado por uno de mis compañeros esclavos, un hombre delgado de pelo blanco llamado Vabrikant. Era nativo de uno de los mundos de Sempitern; decía que llevaba cinco años en Alta Hannalanna; y me miró con una expresión de tan abrumadora piedad cuando fui puesto en sus manos para recibir mi instrucción que sentí que mi alma se agostaba.

Me tendió en silencio las herramientas: una especie de curvada cimitarra, un pico, una cosa con dos garfios provista de resorte.

—De acuerdo —dijo—. Ven conmigo.

Salimos juntos del dormitorio de los esclavos, una antecámara ovalada donde confluían varios túneles. El camino se estrechó rápidamente y el techo se hizo más bajo, hasta que tuvimos que andar con las rodillas dobladas. Aunque apenas había la luz suficiente para ver, Vabrikant avanzaba de intersección en intersección con la facilidad de quien está familiarizado desde hace mucho tiempo con el entorno. La atmósfera era húmeda y opresiva, y el aire tenía un dulzor que producía náuseas.

Avanzamos durante horas. No podía llegar a comprender cómo podríamos encontrar el camino de regreso. De tanto en tanto Vabrikant se detenía y cortaba un pedazo de la pared del túnel para llevársela a la boca. La primera vez que me ofreció un trozo lo rechacé, y se encogió de hombros; pero más tarde dijo:

—Tienes que comerlo. Es todo lo que vas a recibir hoy.

Di un cauteloso mordisco. Era como comer una esponja; pero quedaba un débil residuo de mohoso sabor, y los retortijones del hambre que había estado sintiendo se vieron apaciguados al menos por un rato.

Vabrikant sonrió.

—Es mejor que morir de hambre, ¿no crees?

—No mucho.

—Te acostumbrarás a ello. Eres gitano, ¿verdad?

—Rom, sí.

—Conocí a un gitano una vez. Una mujer. Muy dulce. La cosita más hermosa que nunca haya conocido: ojos oscuros, el pelo más negro que hayas visto jamás. Quería casarme con ella, eso es lo que sentía hacia ella. La perseguí a lo largo de seis mundos. Siempre fue amable conmigo. Pero acabó casándose con uno de los suyos.

—Raras veces nos casamos fuera de nuestra raza —dije.

—Eso descubrí. Bien, ahora no tiene ninguna importancia, supongo. Estoy en este jodido lugar para el resto de mi vida. —Se enderezó

ligeramente, olisqueó, asintió—. Ven conmigo. Ya casi hemos llegado. — Agitó la cabeza—. Pobre muchacho. Embarcado hasta aquí, tan joven. Seguro que hiciste algo realmente horrible para ser enviado a Alta Hannalanna.

—Yo...

—No. No me digas lo que fue. Nunca hablamos de lo que nos trajo hasta aquí. —Señaló hacia delante—. Mira hacia allá, chico gitano. Mierda de gusano. Lo hemos alcanzado.

Vi efectivamente un riachuelo de un líquido de color pálido que avanzaba hacia nosotros por el suelo del túnel, los excrementos de gusano que iba a terminar conociendo muy bien. Pronto estábamos avanzados hundidos hasta los muslos en aquella sustancia, resbalando a cada paso. Vabrikant apuntó el foco de su casco al frente. El corredor estaba cegado por la parte trasera de un gusano.

Llegamos hasta él. Llenaba el túnel casi de pared a pared, de modo que tuvimos que avanzar de lado, con la espalda apretada contra la pared; e incluso así, apenas teníamos espacio para movernos. Nos arrastramos avanzando a lo largo de lo que parecieron ser kilómetros, tan agachados que tuve la impresión de que mi espalda iba a partirse. El hedor de los fluidos del gusano me produjo al principio arcadas, pero luego empecé a acostumbrarme a él. Su cuerpo era blando, casi mantecoso. Hubiera resultado fácil clavar mi mano en la elástica piel, hundirla profundamente en su carne. Vabrikant no dijo nada durante casi media hora. Luego se detuvo y me dio unas palmadas en el hombro.

—¿Lo ves? La luz de jade.

—No veo nada...

—Ahí. El fuego amarillo.

Sí. La piel del gusano parecía resplandecer justo delante de nosotros, formando una especie de círculo más grande que yo. Cuando estuvimos más cerca vi la extraña transformación de la piel de la gigantesca criatura dentro de aquella zona: algo oscuro y duro era visible muy profundo, y a todo su alrededor había el intenso resplandor de la inflamación que Vabrikant llamaba la luz de jade. Nos pusimos a trabajar sin vacilar, golpeando el costado del gusano con el pico, abriendo su carne, luego usando la cimitarra para ampliar la incisión. Vabrikant insertó el artilugio con los dos garfios como una grapa. Con golpes firmes e iguales fue abriéndose camino hacia dentro. El gusano no pareció reaccionar a lo que estaba haciendo.

—El bicho está ahí dentro —dijo—. Esto es el jade, creciendo a su

alrededor. Entra y tócalo con la mano.

—¿Ahí dentro?

—Adelante, muchacho.

Me arrastré al interior de la criatura y hundí el brazo en la estremecida incisión, hasta tocar algo duro y tan liso como el cristal. Era la pared del quiste que rodeaba al atrapado insecto parásito.

—Lo he tocado —dije—. ¿Qué hacemos ahora?

—Extraerlo. El único peligro es que el insecto no esté muerto. Si no lo está, puedes contar que se sentirá terriblemente hambriento y no de muy buen humor. Cuando abramos la pared lo más probable es que salte contra nosotros. Tiene un pico que es un infierno.

—¿Cómo sabremos si está muerto?

—Abriendo la pared —dijo Vabrikant—. Si no salta sobre nosotros, entonces es que está muerto. Si lo hace, entonces nos veremos en problemas. Perdemos una maldita cantidad de mineros de jade cada año.

Me lo quedé mirando. Pero se limitó a encogerse de hombros y se puso a trabajar.

Tomó media hora, trabajando con una perforadora y un escoplo, arrancar el quiste de jade de su matriz en la blanda carne del gusano. Cuando señalé que un cuchillo láser hubiera hecho el trabajo de una forma mucho más rápida me miró como si sintiera lástima de mí, como si yo fuera un subnormal.

—Eso es, que nos proporcionen láseres. Seguro que a los vigilantes les encantaría la idea. —Me sentí peor que estúpido. No sólo éramos esclavos, sino también prisioneros.

Esta vez la suerte estuvo con nosotros. El gusano había cumplido con su trabajo de autodefensa: cuando alzamos la losa de jade que Vabrikant había liberado vimos el cascarón del insecto en su interior, seco y vacío.

—Hay días en que casi espero que uno de ellos salte sobre mí y me mate —dijo—. Pero supongo que en realidad no lo deseo, o si no lo buscaría. Toma. Tira conmigo. —Agarró la parte interior del quiste de jade y lo liberó, dejando caer el cascarón del insecto muerto de vuelta a las profundidades de la carne del gusano. Mientras retrocedíamos, la herida estaba empezando ya a cerrarse; extrajimos nuestras herramientas justo a tiempo. Y el gusano siguió su camino.

Así era extraído el jade de Alta Hannalanna. Te arrastrabas interminablemente durante horas y horas por los húmedos túneles, buscando un gusano, escrutabas arriba y abajo toda la longitud de su enorme cuerpo en busca de la luz de jade que señalara un parásito

atrapado, empezabas a cortar, y deseabas tener suerte. Horas de aturridor aburrimiento aliviadas sólo por unos escasos minutos de terror, y seguidas de nuevo por horas de aburrimiento. Con aquel repulsivo hedor mareantemente dulzón en nuestras fosas nasales todo el tiempo. Y luego intentar hallar tu camino de vuelta al dormitorio. Vabrikant sabía encontrar siempre el camino, pero yo no siempre formaba equipo con él; a veces salía con hombres más jóvenes que no tenían más orientación dentro de los túneles que yo, y nos perdíamos, y luego, a medida que transcurría el tiempo, empecé a convertirme en el miembro veterano del equipo minero, porque constantemente llegaban nuevos esclavos, y entonces mi trabajo consistía en hallar el camino. A veces vagábamos durante días intentando regresar, y no había nada que comer excepto los pedazos que arrancábamos de las paredes del túnel.

Aproximadamente un gusano de cada tres llevaba un parásito enquistado. Quizás un parásito de cada tres estaba aún vivo cuando cortábamos el jade. Tenías que estar preparado para atacarlo con el pico si el insecto cargaba contra ti; por eso íbamos en parejas, uno para cortar, el otro para montar guardia. Pese a ello, morían constantemente esclavos. A veces te encontrabas con un parásito libre que vagaba por los túneles en busca de un gusano. Eso siempre era malo. Cargaban contra ti como demonios. Cuando conseguíamos hallar nuestro camino de vuelta al dormitorio tras llenar nuestra cuota de jade, el consuelo era escaso. Todo lo que hacíamos era descansar y meditar lúgubrementemente en nuestra suerte hasta que llegaba la hora de volver a salir. Era una existencia triste y desesperanzada. La vida en el dormitorio era tan taciturna que al cabo de poco empezábamos a desear salir de nuevo a los túneles. Hablábamos constantemente de escapar, de abordar de alguna forma una de las cápsulas del relé de tránsito que periódicamente se llevaban el jade para ser vendido. Para conseguir eso era preciso organizar un ataque contra los vigilantes que nos custodiaban cuando estábamos en la base. Los vigilantes eran también esclavos; nadie quería trabajar en un planeta como aquél por una paga, por espléndida que fuera; pero eran nuestros enemigos, y no había ninguna posibilidad de conspirar con ellos. Estaban armados con porras y látigos sensoriales, y nos contemplaban con desdén, como si fuéramos perros peligrosos. Normalmente las porras eran suficientes para mantenernos a raya, pero de tanto en tanto algún minero se volvía peligrosamente frenético. y entonces entraban en juego los látigos sensoriales. Aquellos que habían recibido sus latigazos no se arriesgaban una segunda vez. Pero yo lo hice.

3

Para evitar volverme loco espectré obsesivamente, compulsivamente, por todo el espacio y el tiempo, dando el gran salto cincuenta veces al día. A veces incluso lo hacía mientras estaba arrastrándome por los túneles en busca de un gusano, aunque se supone que uno no debe espectrar en circunstancias peligrosas porque desvía tu atención por una fracción de segundo, y eso a veces puede ser fatal. Quizá no me importara; quizá me sentía un poco suicida, o simplemente temerario. O quizá pensaba que si saltaba lo bastante a menudo, en alguna ocasión simplemente no regresara a Alta Hannalanna al final del viaje. Pero, por supuesto, las cosas no funcionan de este modo. Siempre regresas.

Mi presente era una pesadilla y mi futuro no prometía nada excepto más de lo mismo. Así que me dediqué a espectrar en mi propio pasado la mayor parte de las veces, una tortura especial, dulce y espinosa. Espectré a Nabomba Zom y me vi cabalgando con Malilini, y aquello me rompió el corazón. Pero mientras flotaba invisible por encima de aquella joven pareja feliz no me atreví a dejarme ver de ellos; recordé las advertencias de Loiza la Vakako acerca de interferir con el pasado, y temí hacer el intento, por mucho que lo deseara. Me dije a mí mismo que una palabra espectral mía la vigilia del fatal banquete de Loiza la Vakako podría salvar la vida de Malilini y librarme de aquel infierno de Alta Hannalanna, y sin embargo contuve mi lengua. ¿Una locura? Quizá. Pero mi miedo era aún más grande que mi dolor.

Espectré a Megalo Kastro, y me vi a mí mismo mendigando entre las gentiles y complacientes prostitutas. Me vi nadando para salvar la vida en aquel extraño océano. Fui más hacia atrás, a mi vida en Vietoris. Nunca había espectrado hasta tan lejos antes. Me vi de pie junto a mi padre en las laderas del monte Salvat, con la Estrella Romani brillando en el cielo.

Entonces deseé ver de nuevo a mi padre, averiguar cómo le habían ido las cosas después de que la compañía me vendiera como esclavo. Pero no pude encontrarle, pese a que vagué por Vietoris de extremo a extremo. Toda mi familia había desaparecido. Pensé que quizá me faltara algo en mis habilidades espectrales, que todavía no supiera todo lo que había que saber acerca de localizar a una persona en particular en el espacio y el tiempo. Eso era fácil de creer, que era culpa mía el que no pudiera hallar a mi padre por ninguna parte.

Me volví más osado. Fui a mundos que nunca había visto, Duud Shabeel, Kalimaka, Fénix, Clard Msat. Se convirtieron en reales para mí, y Alta Hannalanna pasó a ser sólo un sueño. Podía hallarme dentro de un

gusano, cortando su carne, y entre un segundo y el siguiente desaparecer durante horas en Estrilidis, Iriarte, Xamur. Cuando regresaba, nada había cambiado: seguía aún a medio golpe de mi cimitarra. A veces volvía a marcharme en aquel mismo momento. Era tan fácil ir hacia atrás un centenar de años como retroceder un solo mes. Empecé a dar saltos más y más largos, yendo cada vez más hacia atrás, sin importarme las consecuencias.

Un día apelé a la fuerza espectral y partí sin detenerme a pensar a dónde iba. ¿Qué importaba? Cualquier lugar sería mejor que Alta Hannalanna. Se produjo la familiar desorientación y mareo, y luego me hallé contemplando un cielo azul, unas deshilachadas nubes blancas, un sol amarillo. ¿Qué lugar era aquél? Unos árboles bajos y de ancha copa con troncos amarronados y hojas verdes, y una pradera de densa hierba verde, y tiendas en la pradera, y hombres y mujeres reunidos en torno a un enorme caldero. Los hombres llevaban chalecos afelpados, pantalones de montar de terciopelo, largas capas negras, relucientes botas que llegaban casi hasta sus rodillas. Las mujeres llevaban vestidos sueltos de satén abiertos por arriba mostrando amplios escotes, chales de colores, turbantes emplumados. Tres o cuatro de los más jóvenes cantaban y tocaban las panderetas. Los hombres daban palmadas y seguían el ritmo con los pies. Un enorme animal marrón de colgante piel, atado a un poste, bailaba también, de una forma cómica, bamboleándose a uno y otro lado sobre sus recias y potentes patas traseras. Supe inmediatamente dónde estaba, y el conocimiento me asombró. ¿En qué otro sitio sino en la muerta y perdida Tierra? ¿Qué otros podían ser aquella gente sino un grupo de gitanos viajeros? ¡Qué hermosos eran, qué vitales y apuestos! Floté por todo su campamento, escuchándoles gritarse unos a otros en un idioma que sólo podía comprender a retazos pero que sin la menor duda era una forma antigua del romani, y sentí una alegría y una maravilla que me liberaron por completo de mi miseria y me lanzaron a una profunda exaltación.

Ahora que sabía que podía espectral hasta tan lejos en el tiempo como hasta la Tierra, fui allí muchas veces, con la esperanza de encontrar de nuevo a mi pueblo. Y lo hice muy a menudo; pero transcurrió mucho tiempo antes de que viera de nuevo aquella alegría. En vez de ello, los vi cobijándose en destartalados cobertizos bajo una lluvia glacial, sin nada más sobre sus cuerpos que viejas y raídas ropas. Les vi hacinados en prisiones, viviendo una miserable vida en escuálidas chozas de madera mientras gruñentes alguaciles caminaban entre ellos agitando sus látigos. Los vi viviendo de raíces y ramas en el bosque. Los vi avanzando por secos y

polvorientos caminos, mirando temerosamente hacia atrás por encima de sus hombros. Vi sus oscuros ojos atisbando a través de alambradas de espinos. Una y otra y otra vez regresé a la Tierra y busqué a mi gente, y allá donde la encontré siempre la hallé sufriendo y hambrienta. Así supe que para los roms la vieja Tierra había sido Alta Hannalanna todo el tiempo, viviendo como extranjeros sin hogar, despreciados y hambrientos entre los indiferentes gaje. Fue entonces cuando nació en mí la resolución de dedicar el resto de mi vida a remediar aquel antiguo error, a terminar finalmente con los años de incesante error. Llevaría a mi pueblo de vuelta a casa, a la Estrella Romani.

Pero primero tenía que librarme de aquel horrible lugar donde estaba atrapado.

4

Un día trajeron a Vabrikant terriblemente herido de vuelta de los túneles. Había salido un par de días antes con un novicio, un muchacho de largas piernas de Darma Barma -para eso era para lo que utilizaban casi siempre a Vabrikant, para entrenar novicios-, y esta vez había sido o imprudente o demasiado lento, o simplemente se había descuidado, y cuando abrió el quiste el insecto estaba aún vivo y aguardando. Saltó sobre él, y le había abierto el vientre de lado a lado con un solo golpe de su pico.

Debo decir en su honor que el muchacho de Darma Barma hizo todo lo que pudo: luchó con la cosa y la mató, y desanduvo todo el camino hasta el dormitorio llevando a Vabrikant en sus brazos, pese a que él también había resultado seriamente herido. Un par de vigilantes acudieron a ver lo que había ocurrido. Vabrikant era un horrible espectáculo, medio muerto ya. Estaba inconsciente, respiraba con dificultad, y tenía la boca blandamente abierta. Sus ojos estaban abiertos, pero parecían como dos cuentas de cristal. Los vigilantes lo estudiaron unos instantes, se encogieron de hombros y se fueron.

Probablemente lo más compasivo hubiera sido ayudarle a morir lo antes posible, pero yo era demasiado joven para comprender aquello. Fui corriendo tras los vigilantes y grité:

—¡Hey! ¿Vais a dejarlo simplemente así?

Uno de ellos ni siquiera giró la vista. El otro se volvió y me contempló, incrédulo. Nadie allí hablaba a los vigilantes a menos que ellos te hablaran primero.

—¿Has dicho algo?

—Todavía está vivo. Le duele. Por el amor de Dios, ¿no vais a hacer nada por él?

—¿Acaso es problema tuyo?

—¡Pero es *Vabrikant*! El mejor hombre que haya pisado nunca este jodido lugar,

El vigilante me miró como si yo me hubiera vuelto loco e hizo un rápido gesto con el pulgar, indicándome que volviera allá donde me correspondía. Yo no pensaba hacerlo. Me acerqué a él, hasta que prácticamente nuestros rostros se tocaron, y señalé furiosamente a Vabrikant.

—¡No tiene por qué morir! ¡Llevalo a cirugía! ¡Al menos dadle algo contra el dolor! —Una gélida mirada fue la única respuesta que obtuve—. Maldita sea, ¿acaso no sois humanos? Un hombre está tendido ahí en el suelo con las entrañas colgándole fuera, ¿y ni siquiera vais a hacer nada?

El vigilante llevaba su porra en una mano y su látigo sensorial en la

otra. Vi el ramalazo de irritación y furia en sus ojos, y supe que si no retrocedía al siguiente momento iba a golpearme. Pero no me importaba. Seguí señalando y gritándole, y cuando esto no pareció hacer ningún efecto sujeté su brazo y le hice volverse en redondo.

No me golpeó con la porra. Lo hizo con el látigo sensorial. No estaba preparado para aquello. El látigo sensorial es un arma que normalmente sólo es usada en casos extremos. Puede matar. Pensé que me había matado. Nunca había conocido tanto dolor en toda mi vida. Sentí como si me hubieran hendido la cabeza con un pico. Mi cabeza rodó hasta que casi se desprendió de mis hombros y mi corazón dejó de latir y mis pies cedieron bajo mi cuerpo y caí, asfixiándome y jadeando, mordiendo el esponjoso suelo.

Cuando recuperé el conocimiento las paredes parecían girar a mi alrededor. El techo del dormitorio había desaparecido, los kilómetros de materia esponjosa que teníamos encima habían sido volados y vi el cielo abierto, y estaba lleno de brillantes torbellinos amarillos como relámpagos danzando arriba y abajo. Mi visión se aclaró gradualmente y vi al vigilante recortado contra el resplandor de luz amarilla. Estaba de pie encima mío, aguardando para ver qué iba a hacer yo a continuación.

El movimiento más sensato hubiera sido alejarme rápidamente de él. Olvidarlo todo acerca de Vabrikant y arrastrarme a algún tranquilo y oscuro rincón del dormitorio, si me quedaban fuerzas suficientes para ello, y lamerme mis heridas, si podía recordar dónde estaba mi lengua. De otro modo, si causaba algún problema más, el vigilante iba a golpearme con el látigo sensorial una segunda vez, y esa segunda vez seguro que me mataría. Yo era joven y muy fuerte, pero acababa de recibir una tremenda sacudida de energía a través de todo mi sistema nervioso. Un segundo golpe de la misma magnitud y estaba acabado.

Cualquier persona sensata sabía eso. Y yo era una persona sensata. Normalmente.

Pero también sabía que Vabrikant iba a morir muy pronto si yo no hacía nada. Y que yo probablemente iba a morir pronto también, porque había agarrado furioso el brazo de un vigilante, y eso me señalaba como extremadamente peligroso. Se supone que los esclavos no les dicen a los vigilantes lo que tienen que hacer. Se supone que jamás les ponen la mano encima. La próxima vez que me saliera de la línea los vigilantes acabarían conmigo.

Débil, aturdido, me puse en pie. Temblaba como un hombre atacado de parálisis. Mis brazos colgaban como si no tuvieran huesos. Había envejecido

mil años. El vigilante me observaba burlonamente. Tenía el látigo sensorial enrollado, preparado para usarlo, pero sabía que yo iba a alejarme derrotado. Un hombre que ha sido golpeado de aquel modo no vuelve a por más. Es algo de sentido común. Así que cuando di un par de tambaleantes pasos en su dirección pensó que simplemente estaba desorientado. Quería ir en la otra dirección. Los relámpagos amarillos seguían estallando en todo mi cerebro y apenas podía enfocar los ojos. Transcurrió un momento antes de que se diera cuenta de que el sentido común me había abandonado y que yo estaba a punto de hacer la cosa más estúpida de mi vida; y entonces ya fue demasiado tarde para él. Alzó el látigo y se preparó para dar el golpe fatal, pero yo me deslicé suavemente por debajo de su brazo, moviéndome con mucha mayor rapidez de la que tenía derecho, sorprendiéndonos a los dos. Y le arranqué el látigo de la mano, y le dije lo que iba a hacerle con él; y entonces giré el control de fuerza del látigo a su nivel más bajo y le azoté.

No deseaba matarle. Ni siquiera quería que perdiera el conocimiento. Sólo tenía intención de hacerle daño, una y otra vez, hasta que se arrodillara, hasta que suplicara, hasta que gritara. Deseaba torturarlo tanto en cinco minutos como yo había sido torturado en dos años en aquel mundo. Así que le azoté al nivel más bajo de energía y volví a azotarlo, y luego otra vez. El control de sus esfínteres cedió al tercer golpe. Cayó y se arrastró, sollozando, gimiendo, mordiendo el suelo, golpeándolo con manos y pies en un desesperado dolor. Suplicándome que parara. Disfruté no parándome.

Llegaron corriendo otros vigilantes, por supuesto. Con un pie en la espalda del caído, los detuve.

—Retroceded o le golpearé de nuevo. No voy a matarle de inmediato. Sólo seguiré golpeándolo.

Se miraron entre sí, desconcertados. Quizá no les importara en absoluto lo que yo le hiciera a su compañero. Pero nadie quería aceptar la responsabilidad.

—Llamad al robot médico —dije—. Llevaos a Vabrikant dentro y haced que le cosan la herida.

—Está muerto —dijo uno de los vigilantes.

—Lleváoslo de todos modos. Intentad resucitarlo. Haced todo lo que podáis. —Agité amenazadoramente el látigo sensorial en su dirección—. Adelante. ¡Hacedlo!

Nadie se movió. Le administré otro latigazo al vigilante en el suelo.

—Hacedlo —gimió éste. Y luego, en un chillido—: ¡Hacedlo!

—Vabrikant está muerto.

—¡Hacedlo de todos modos!

Enviaron a buscar al robot médico. Alzó a Vabrikant, sujetándolo como un muñeco que va perdiendo todo su relleno por el camino, y se lo llevó cliqueteando.

¿Y ahora qué? Mantener al vigilante como rehén no iba a protegerme mucho tiempo. Podía morir en cualquier momento por efecto de los latigazos, aun a su nivel más bajo de energía, y entonces no tendría ninguna palanca sobre todos los demás. O quizá los demás decidieran que no valía la pena preocuparse por él: y simplemente se lanzaran sobre mí desde todos lados. Por aquel entonces debían estar pensando ya que si no me controlaban rápido podían encontrarse con una rebelión de esclavos a gran escala entre las manos. Tenían sus látigos sensoriales, por supuesto, pero ellos no eran muchos, y nosotros demasiados.

Tenía que salir de allí.

—Levántate —le dije al vigilante a mis pies.

—No puedo.

—Levántate o te mato.

De alguna forma, lo hizo. Estaba temblando, y sollozaba incontrolablemente. Podía oler su terror. Era el prisionero de un rom loco, y ahora esperaba que yo hiciera cualquier cosa. Estaba en lo cierto.

—Empieza a retroceder fuera de aquí.

—¿Dónde me llevas?

—No te importa. Simplemente muévete. Un paso detrás de otro, muy cuidadosamente. Tienes el látigo sensorial detrás mismo de tu nuca. Si haces algo que no me guste te golpearé tan fuerte que serás incapaz de sacártela de los pantalones antes de orinar. Vamos a ir a los túneles.

—Por favor...

—Vamos.

—Tengo miedo. No soporto ese lugar. ¿Qué vas a hacerme?

—Lo descubrirás cuando lo descubras.

Le hice encaminarse hacia uno de los túneles orientales, manteniéndole entre yo y los demás vigilantes. Nos siguieron un trecho, pero no tenían instrucciones para cubrir esta situación, y retrocedieron, inseguros. Al cabo de diez minutos alcanzamos un lugar donde se entrecruzaban siete u ocho túneles. Ahora tenía a mis espaldas dos años de merodear por aquellos túneles, y una idea bastante aproximada de por dónde iban; los vigilantes no. Entramos en la intersección, agarré mi tembloroso rehén que olía espantosamente a mierda y orina, y lo empujé con todas mis fuerzas de vuelta por el corredor que conducía al dormitorio. Lo último que vi de él fue. que echaba a correr hacia los demás vigilantes como un peñasco rodando

por la empinada ladera de una montaña. Me volví y desaparecí en el laberinto de túneles.

Me persiguieron durante días. Pero sólo una vez estuvieron a punto de cogerme, cuando me deslizaba por el flanco de un gordo gusano y creí oír sonidos de persecución por ambos lados. Había una luz de jade justo delante de mí, y fui a por ella. Con mis manos desnudas abrí un túnel en la carne del gusano hacia el punto brillante, hasta que alcancé el resplandeciente quiste pétreo en su interior. Era uno nuevo; pude ver el furioso insecto gigante mirándome intensamente a través de las paredes aún transparentes. Me deslicé debajo del quiste, con aquel terrible pico a sólo un dedo de distancia de mi vientre al otro lado de la delgada pared de jade, y allá me acurruqué, dominando mis náuseas, por lo que me parecieron cien años. Era una locura, buscar refugio en el interior de un gusano. Podía verme enquistado yo mismo, si permanecía allí demasiado tiempo. Pero aguardé durante tanto como me atreví; y, cuando ya no pude soportarlo más, me abrí camino de vuelta al exterior. No había ningún signo de vigilantes a ningún extremo del túnel. Durante varios días más vagué por aquel infernal laberinto hasta que, por algún milagro, desemboqué en uno de los pasadizos que conducían a la superficie. Cuando alcancé el nivel superior, el de las lianas, me encontré en la estación del relé de tránsito donde era embarcado el jade. Un poco de persuasión con el látigo sensorial y me encontré embarcado en vez de la carga. Fue una loca escapada de principio a fin. Pero, si hubiera confiado en la prudencia y el buen juicio, puede que ahora aún estuviera abriendo gusanos en busca de jade en los túneles de Alta Hannalanna. O muerto hace mucho tiempo.

5

No hubo desfiles ni fuegos artificiales aguardándonos a Chorian y a mí cuando llegamos a Galgala. Pero sin duda era el centro de la atención de todo el mundo. Aquella era una situación que no tenía paralelo en todos nuestros miles de años de historia. Un ex rey de los roms acudía a visitar la capital del mundo rom. ¿Quién ha oído alguna vez esto, un ex rey de los roms? Y el siniestro y peligroso hijo del ex rey era quien se sentaba ahora en el trono. Eso era un nuevo concepto también, un rey de segunda generación. Era algo completamente nuevo. Todo el mundo aguardaba para ver qué iba a suceder a continuación. Y lo que haría Shandor.

Tomamos la astronave Joya del Imperio de Xamur a Galgala. Era una de las nuevas, las llamadas astronaves clase Supernova. Creo que joya del Imperio era un nombre estúpido para una nave, plano y obvio y resonante, y tampoco me gustaba esa etiqueta de clase Supernova. En mis días las astronaves llevaban nombres de gente -Mara Kalugra, Claude Varna, Cristoforo Coloraba-, y no necesitábamos llamar a los modelos Cometas o Supernovas o Agujeros Negros. Pero diré esto de esas nuevas naves: son ciertamente elegantes. Había transcurrido una década o así desde que había subido por última vez a una auténtica astronave, aunque durante aquel tiempo había viajado bastante de un lado a otro de la galaxia por el relé de tránsito. Quizá éste sea un signo más de la decadencia de nuestra era, el lujo de las modernas astronaves de hoy. La Joya del Imperio era como el más espléndido hotel que uno pueda imaginar: inmensa, palaciega, pulido mármol rosa por todas partes, enormes y fantásticamente caras estatuillas en jade de Alta Hannalanna mirándote desde un millón de hornacinas, iluminación por plasma que cambiaba de color según tu talante, seis niveles de pasajeros con un comedor situado en un pozo de gravedad en cada uno, y etcétera, etcétera. El capitán era un joven gaje muy meloso llamado Therione, un fenixi, probablemente uno de los protegidos de Sunteil. Fui invitado a cenar a su mesa, naturalmente. El piloto, un viejo, gordo y canoso rom tchurari de Zimbalou llamado Petsha le Stevo, se sentó también con nosotros, aunque puedo decir que a Therione no pareció hacerle muy feliz, Con un ex rey rom a bordo, el capitán no podía desairar a su piloto. Pero Petsha le Stevo tenía los modales de la vieja escuela en la mesa. Comía a dos carrillos, bebía desmesuradamente, eructaba. Se recreaba en ello. Y cada vez que se palmeaba la barriga y dejaba escapar un buen eructo yo podía ver crisparse a Therione. Era un hombre irreprochable aquel Therione, absolutamente meticuloso con su persona. Una reluciente piel sonrosada, unas uñas inmaculadas, un fino bigote que se hacía recortar cada día. Tras

cada eructo Petsha le Stevo me miraba a través de la mesa, me guiñaba un ojo y sonreía, como si dijera: ¡Ah, Yakoub, ése fue bueno! Comparado con él, me sentía positivamente remilgado. Me preguntaba qué estaba haciendo un fósil primordial como aquél a bordo de una nave clase Supernova. Pero de hecho era un soberbio piloto, un auténtico artista. Lo descubrí cuando efectué una visita ceremonial a la sala de saltos.

No comprendí nada de ella. Todo reluciente, metal y cerámica, como un cuarto de baño. Una habitación de aspecto vacío, con algunas boquillas aquí, algunas relucientes placas metálicas allí, no mucho más. Tienen que entender que las salas de saltos de una espacio-nave no me resultan extrañas. Tengo tras de mí cincuenta o sesenta años de manejo de esas mismas palancas, ¿saben? Pero aquí no había ritmo ni razón. ¿Dónde estaba el tanque estelar? ¿Dónde la pared del parpadeo? ¿Dónde, en nombre del bicéfalo Melalo, estaban las palancas?

Petsha le Stevo irradiaba como un padre orgulloso mientras yo miraba asombrado a mi alrededor.

—¿Esto es una sala de saltos? —pregunté.

—Nueva. Completamente nueva. Te gusta, ¿eh?

—La odio. No puedo comprender nada de ella.

Sonrió.

—Es muy sencilla. Incluso un gaje podría saltar aquí. Por supuesto, nosotros lo hacemos mejor. Para ellos siempre es sudar, forcejear. Para nosotros, es tan fácil como cagar. ¿Quieres verlo?

—¿Verte cagar?

—Verme dar un salto, rey.

—Ya hemos dado el salto.

—No hay ningún problema, rey. Saltaremos de nuevo. —Rió y avanzó pesadamente. Alzó sus enormes y nervudas manos como Moisés anunciando los Diez Mandamientos. De pronto, una luz azul empezó a danzar desde la punta de sus dedos. Hizo un gesto. Vi estrellas suspendidas en medio del aire, como si tuviera un tanque estelar delante de él, pero no había ningún tanque, sólo una luz azul y pequeñas chispas de una luz algo más brillante brillando dentro de ella. Agitó ligeramente su índice izquierdo.

—Aquí —dijo—. ¿Lo notas?

Sí, lo había notado: la sensación de soltar una traílla, de deslizarnos libremente por los secretos caminos del espacio tiempo; eso era el parpadeo. Ninguna otra cosa en el universo proporciona la misma sensación.

—Ya no nos encaminamos a Galgala —dijo alegremente Petsha le Stevo—. Ahora es Iriarte. ¿Ves qué fácil? —Alzó las manos de nuevo, una y

otra vez, y conjuró la luz azul. Un movimiento de su pulgar derecho—. ¡Ahora, Sidri Akrak! ¡Ningún problema! ¡Simplemente así! Toma, prueba tú. Permanece aquí, sobre esa placa en el suelo...

Sonó una llamada. El rostro de Therione apareció en la pantalla visora. Los delicadamente tallados rasgos del capitán fenixi estaban lívidos, y su voz sonó extrañamente estrangulada cuando pidió saber qué demonios estaba ocurriendo. Petsha le Stevo le dijo rápidamente que no se preocupara.

—Una corrección de rumbo, eso es todo —explicó, indicándome con frenéticos movimientos de su mano que me apartara fuera del campo de visión de la pantalla—. Un asunto de rutina, jefe. Hemos tenido que ocuparnos de la triangulación, nada más.

Pensé que Therione iba a sufrir un ataque de apoplejía.

—¿La *triangulación*? ¿Qué triangulación? No sé de qué demonios me está hablando.

—Cinco segundos más, jefe. Todo va bien. —Petsha le Stevo sonrió y alzó las manos una vez más. Luz azul; parpadeo; volvíamos a encaminarnos a Galgala. Therione fue a decir algo; Petsha le Stevo señaló algún indicador que ni siquiera pude ver; Therione murmuró algo y la pantalla se apagó. Volviéndose hacia mí, el rom dijo—: ¿Lo ves? Nada. Puedes hacer el salto que se te antoje, y si no te gusta, simplemente vuelves a saltar. Incluso un gaje podría hacerlo, quizá. Es mucho más fácil que antes. Aunque todavía sigue sin ser fácil, para un gaje.

Por supuesto, siempre había sido posible para los gaje operar astronaves. Ellos las inventaron; no hubieran construido algo que fueran totalmente incapaces de usar. Pero hasta ahora siempre ha constituido un auténtico trabajo para ellos llevar una nave a través del parpadeo. Necesitan cincuenta ordenadores distintos actuando a la vez para que les digan lo que tienen que hacer, e incluso así tiemblan y se estremecen ante la dificultad de la tarea, y seis veces de cada doce tienen que abortar el salto en el último momento y volver a empezar. Y eso los realmente dotados, esos pocos que pueden tocar las palancas y hacer que ocurra algo, quizá uno entre un millón. Se queman rápido, esos pilotos gaje. Tres saltos, cinco, diez, y quedan descartados para siempre. Se les cruzan los ojos de terror cada vez que se acercan a una sala de saltos después de eso. Ya no vale la pena seguir molestándose en adiestrarles, ¿no creen? ¿Para tres saltos? Para nosotros, siempre ha sido mucho más fácil. Aquellos de nosotros que tenemos el don, que entre nosotros es aproximadamente uno de cada diez, nos limitamos a acercarnos a las palancas, y las sujetamos, y sentimos la fuerza fluir a través nuestro, y añadimos nuestra energía a la energía de la

nave, y' le proporcionamos la fuerza que la lleva más allá del límite hasta el parpadeo, y allá vamos. Puedo decírselo, lo estuve haciendo cincuenta, sesenta años, y nunca me cansé de ello. Está en nuestra sangre, en realidad quiero decir en nuestro sistema nervioso, en nuestro cerebro. Somos diferentes; pero por supuesto somos diferentes de nacimiento. Por lo cual, después de los primeros años de viaje estelar, los gaje dejaron de intentar conducir sus naves y dejaron que lo hiciéramos nosotros. Suponen que poseemos el don, algo que llevamos en nuestros genes, como un sentido natural del ritmo; y tienen razón. Eso no quiere decir que comprendan la auténtica razón por la que poseemos estas habilidades que ellos no tienen. Si lo supieran... Nuestro auténtico lugar de nacimiento, el hecho de ser nativos de la Estrella Romani. Hay tanto que no saben sobre nosotros. Incluso nuestro espectro es algo que les hemos mantenido siempre oculto.

Me preguntaba, sin embargo, acerca de esos cambios en la tecnología del pilotaje estelar. Si los gaje estaban diseñando nuevas naves que hacían razonablemente posible para ellos operarlas, entonces eso iba a traer consecuencias para los roms. Si no ahora, sí dentro de diez años, veinte, cincuenta. Era algo de lo que tendría que ocuparse el Rey de los Roms. Pero el Rey de los Roms era ahora Shandor, y en lo único en lo que pensaba en estos momentos Shandor era en Shandor.

Mientras permanecía de pie allí, intentando captar el auténtico significado de aquella nueva y extraña sala de saltos, Petsha le Stevo dijo:

—Quizá no hubiera debido devolver el rumbo a su destino original, ¿eh, rey? Quizá debiéramos ir a Iriarte. O a Sidri Akrak.

—¿Qué quieres decir?

—Si vas a Galgala, te encontrarás con grandes problemas allí —respondió lúgubrementemente—. Odio decirlo, no es asunto mío, pero no me gusta lo que va a ocurrir. Y vas a Galgala, vas directamente a Shandor...

Así que incluso él lo sabía. Y se estaba preguntando qué iba a pasar. Y estaba preocupado por mí. Bien.

Yo también sabía lo que iba a pasar, y no me preocupaba en absoluto. Era de lo que ocurriría después de lo que iba a pasar de lo que no estaba tan seguro. Pero todo lo que podía hacer por el momento era aguardar y ver, lo mismo que todas las demás.

6

Fue agradable ver Galgala de nuevo. Todo aquel maravilloso y resplandeciente oro por todas partes, todo el pulsante amarillo del lugar.

Considerando nuestro antiguo amor hacia el metal amarillo, no es sorprendente que eligiéramos Galgala para convertirlo en nuestro mundo capital cuando salimos al espacio. Puede que el oro no tenga ahora ningún significado, pero sigue brillando tan hermoso como lo hacía en los días en que naciones enteras iban a la guerra por él. Así que el cuartel general de la monarquía rom se aposenta en medio de las Altiplanicies Áureas de Galgala el dorado. Y el palacio del Rey de los Gitanos se halla recubierto con el suficiente oro como para ahogar en él a un ejército de papas del Renacimiento. Paredes de oro, estandartes de oro, polvo de oro flotando en nubes para dar al aire ese aspecto resplandeciente de riqueza y calor.

Pensé que los primeros movimientos de Shandor cuando llegué a Galgala me ofrecerían algún indicio de cómo iban a ir las cosas, pero Shandor no hizo ningún movimiento. Yo viajaba con pasaporte diplomático, y medio esperaba que tuviera la osadía de revocarlo -porque por supuesto él sabía qué era lo que yo pretendía en realidad, probablemente todo el universo lo sabía-, pero no, recibí todo el tratamiento correspondiente a una alta personalidad desde el momento mismo en que llegué. En Xamur, los oficiales de inmigración no tenían ningún protocolo para recibir a un ex rey gitano, pero ahora la noticia de que yo estaba de nuevo en circulación se había difundido, y fui pasado rápidamente más allá de las barreras aduaneras, y tres limusinas nos estaban aguardando a mí y a mi séquito, y había una suite reservada para mí en el hotel Galgala. No la suite real, porque no hay suite real en el hotel Galgala: cuando el Rey de los Gitanos está en Galgala se aloja en su propio palacio, naturalmente. Pero era bastante buena. No necesitaba tres limusinas, por supuesto, ya que mi séquito consistía únicamente en Chorian, pero las acepté de todos modos. Y pasé una semana viviendo en el hotel, baños calientes y masajes, gloriosas fiestas, muchas reverencias y adulaciones del personal. Todo el mundo me miraba como si fuese alguna especie de monstruo sagrado. Casi nadie se atrevía a hablarme excepto en tonos de la mayor reverencia. Incluso salían de espaldas de las habitaciones en mi presencia, lo cual era una solemne majadería. ¿Una obsequiosidad tan abyecta hacia un rey rom? ¿Quién creían que era, algún señor gaje que exigía ese tipo de pompa?

Aguardé a que Shandor reconociera mi presencia de alguna forma, pero no oí nada de él. El pequeño bribón. Como tampoco hubo ninguna visita ceremonial de los grandes nobles roms de Galgala, como había esperado

razonablemente. Después de todo, yo era quien había elevado a la mayor parte de ellos a la nobleza, ¿no? Pero nadie acudió a verme. Evidentemente, Shandor los tenía a todos acobardados. Bien, debía haber sido duro para ellos, elegir entre el rey y el ex rey. Especialmente cuando el rey era alguien con la mortífera reputación de Shandor. Me pregunté qué hubiera hecho yo de hallarme en su lugar.

Pero no me hallaba en su lugar. Me hallaba en mi lugar, y había llegado el momento de poner las cosas en marcha. A finales de la primera semana le dije a Chorian que se quedara en el hotel y me aguardara allí, y que no me siguiera por ninguna razón tierra adentro, lo cual fue una orden que aceptó muy de mala gana; y luego envié a buscar una de aquellas limusinas y me hice llevar fuera de la ciudad de Gran Galgala a las Altiplanicies Áureas, hasta el palacio real. Y recorrí el último tramo de la distancia a pie, subiendo los dorados escalones, para enfrentarme a Shandor en su cubil, para decirle que deseaba que sacara sus posaderas de mi trono inmediatamente.

No esperaba que reaccionara positivamente a *aquello*. En realidad, imaginaba que dudaría sólo un segundo antes de arrojarme a uno de sus calabozos.

El buen viejo Shandor. Me decepciona tan raras veces.

7

Me detuve en la escalinata del palacio, y la luz del sol de Galgala reverberó en todo aquel chapado de oro y en las cadenas de oro y martilleó sobre mí como un gong. Estuve a punto de protegerme los ojos con un brazo ante todo aquel resplandor.

Pero no lo hice. Me detuve muy erguido y desafié el resplandor con el resplandor de mis propios ojos. No puedes aparecer delante del palacio de un rey y empezar retrocediendo en los escalones de la entrada. No si tu intención es sacar a patadas a ese rey de su trono, y eso era lo que había venido a hacer. Metafóricamente, por supuesto.

Había guardias armados delante del palacio, vestidos con llamativas túnicas de tela de oro. Sentí deseos de echarme a reír ante aquello. ¡Guardias! ¡En el palacio del Rey de los Roms! ¿Desde cuándo el Rey de los Roms necesitaba protegerse tras un puñado de guardias? Dios sabe que no había actuado así cuando yo era el rey.

Pero ahora ya no era el rey. Shandor era el rey. Y Shandor hacía las cosas de un modo distinto.

Los guardias me miraron con aire de superioridad. Parecían arrogantes y seguros de sí mismos, pero pude ver que sudaban debajo de su arrogancia, porque sabían quién era yo y les asustaba. Les *aterraba*.

—Identifíquese —dijo el guardia que estaba al frente, rostro plano y ojos como cuentas.

—Conoces malditamente bien mi nombre —respondí.

—Nadie sube esta escalinata sin identificarse.

—Mi rostro es mi identificación.

Se puso verde. Parecía como si estuviera a punto de caer enfermo.

Acerqué mi nariz a la suya.

—¿Ves estos ojos? ¿Ves este bigote?

Los guardias intercambiaron miradas intranquilas. Un segundo guardia, alto y muy moreno, con un clásico rostro rom -hubiera podido ser uno de mis nietos, o quizá de mis biznietos- avanzó unos pasos y dijo:

—Señor, las reglas exigen...

—Al diablo las reglas. Estoy aquí para ver a Shandor.

—Hay formalidades...

—¿Para *mi*? Deberías estar de rodillas en el suelo besándome las botas, ¡y me estás hablando de formalidades!

El segundo guardia suspiró.

—Anotad en el registro. Su Ex Majestad Yakoub...

—Su Excelencia y Beneficencia —añadí.

—Su Excelencia y Beneficencia Su Ex Majestad Yakoub..., esto..., solicita audiencia con el Rey Shandor, ¿es eso?

—Solicita audiencia con Shandor, sí.

—Anotad. Solicita audiencia con el Rey Shandor en el palacio de Galgala, el día catorce de berilio de 3162...

Y siguieron con sus preciosas formalidades. Apenas les presté atención. Mi mente estaba a un millón de parsecs de distancia. Saltando de mundo en mundo, recordando viejas glorias, trazando nuevos planes. Un mal hábito el mío. Pero creo que ya soy demasiado viejo para romper con mis hábitos. Y tampoco deseo hacerlo. Pero al cabo de un minuto volví a prestar atención a los guardias del palacio, y descubrí que estaban hablando por el intercom con algún funcionario del interior del edificio, programando una audiencia para dentro de dos o tres semanas. Yo no acepto audiencias. Adelanté la mano, corté el contacto y dije:

—Dile a Shandor que Yakoub le verá ahora mismo.

—Pero...

Pero yo ya estaba en camino. Hubieran tenido que detenerme por la fuerza para retenerme fuera. Por un momento parecieron considerar la posibilidad, creo; pero no se atrevieron. En vez de ello, los dos que habían estado hablando conmigo echaron a andar tras de mí, uno a cada lado, manteniéndose cerca de mí como temblorosas alas, mientras los otros echaban a correr para transmitir la noticia de que algo no habitual estaba ocurriendo. Subí la escalinata a buen paso, dejando atrás las banderas del reino, dejando atrás las nubes de polvo dorado en sus retenedores magnéticos, dejando atrás los emblemas de todos los mundos que los viajeros roms habían descubierto, dejando atrás los demás símbolos y oropeles que tan bien conocía de mis cincuenta años o así de residencia en aquel edificio cuando era Rey de Todos los Gitanos. Y estuve dentro.

En realidad, no era exactamente un palacio. Nunca nadie había pretendido que lo fuera. Desde el exterior todo es brillo y relumbre, pero eso se debe a que es de oro. Dentro es un edificio más bien humilde. Eso también es intencionado. Deseamos honrar nuestros humildes orígenes, cuando vivíamos en traqueteantes carromatos tirados por caballos y vagábamos por toda la vieja Tierra afilando cuchillos y leyendo la buenaventura y vaciando bolsillos. Así que decoramos nuestro palacio con mucho brillo superficial -un rey tiene que ser al menos un poco regio-, pero el edificio en sí, básicamente, no es mucho más lujoso que aquellos viejos carromatos. Dejamos los grandes e imponentes edificios para nuestro colega el emperador, allá lejos en la Capital, como llaman los gaje a ese

excesivamente grande e imponente planeta suyo en el corazón del Imperio.

Ellos necesitan ese tipo de cosas. Les hacen sentirse importantes, y Dios sabe que lo necesitan. Un palacio no precisa grandeza. Es grandeza, sólo por el hecho de existir.

Nuestra propia sala del trono, para darle un nombre que no merece, está recubierta con tapices oscuros e iluminada con antiguas y humeantes lámparas. Shandor se sentaba prácticamente en la oscuridad, mirándome con el ceño fruncido, cuando entré en ella. Creo que una de sus mujeres gaje estaba allí también en alguna parte, pero desapareció cuando yo entré. Su inconfundible olor quedó atrás en el aire.

Casi no le reconocí. Debía haberse hecho una remodelación no hacía mucho, y no parecía tener más de treinta o cuarenta años. Una piel tersa y olivácea, pelo negro, incluso una nariz nueva. Pero bajo todos aquellos cambios dictados por su vanidad pude ver todavía los duros y brillantes ojos de Shandor, sus anchos pómulos, sus gruesos labios. Los rasgos roms. Como los míos. Como los de mi padre. Inerradicables. La tiranía de los genes.

—¿Qué demonios estás haciendo tú aquí? —restalló. Luego agitó la cabeza—. Pero no eres tú, ¿verdad? Sólo eres su doble.

Estaba intentando parecer feroz, y debo reconocer que lo estaba consiguiendo. Shandor era un hombre feroz, de acuerdo, y peligroso. La sangre de los inocentes chorreaba de sus manos. No olviden que la gente acostumbraba a llamarle el Carnicero de Djebel Abdullah, antes de que se hiciera absolver de esa repugnante atrocidad. Pero también era nervioso. Siempre había actuado nerviosamente. En eso era diferente de mí, y de todos mis demás hijos. Nosotros sabíamos cómo mantenernos tranquilos, al menos exteriormente. Desde un principio había habido algo distinto en Shandor.

—No soy ningún doble —dije—. Soy el auténtico. El genuino. Pensé que debía hacerte una pequeña visita.

—No emplees tus trucos conmigo. Nos conocemos hace demasiado tiempo. ¿Qué te da derecho a entrar aquí de este modo?

—¿Derecho? ¿*Derecho*? ¿Tengo que pedir permiso para saludar a mi propio hijo?

—El rey —corrigió.

Le miré fijamente.

—Eres un pequeño bastardo —dije—. Y estúpido además. ¿Cómo conseguiste hacerte coronar? Sabes bien quién es el rey, Shandor.

Pensé que sus ojos iban a salirse de las órbitas. Probablemente nadie

le había hablado así en noventa años.

Su rostro se contrajo. Sus dedos se contrajeron también. Agitó los labios, pero ningún sonido brotó de ellos excepto pequeños gruñidos roncós. Quise creer que era el miedo lo que atenazaba su voz, y quizá fuera así, en cierto modo. Pero sobre todo era la rabia. Necesitó unos instantes para recuperar el control, y cuando consiguió hablar de nuevo lo hizo con una quebrada y chillante explosión, casi patética:

—¡Abdicaste!

—¿De veras? ¿Lo creíste?

—Hiciste mucho ruido por todas partes diciéndole a todo el mundo que ya estabas harto de ser rey. Desapareciste, y nadie supo nada de ti durante años. Te ocultaste. Dios sabe en qué planeta deshabitado en algún lugar fuera del Imperio, inhibiéndote de tus responsabilidades, dejando que nuestro querido pueblo se las apañara como pudiera, ignorando...

—Shandor.

—No me interrumpas.

—¿Qué? ¿Quién demonios te crees que eres? —La irritación casi estuvo a punto de hacerme subir por las paredes. ¿Decirme que me callara? ¿A mí? ¿A MÍ?—. Eres una víbora. Una mierda miserable.

Su rostro estaba blanco.

—No pienso oír nada más de esa basura. Soy tu rey legalmente nombrado...

—¿Mi rey? ¿Mi rey? —Empecé a despotricar. Sentí deseos de agarrarle por la garganta y estrujar. Lo vio en mis ojos, y creo que esta vez realmente sintió miedo de mí. Y si fue así, fue probablemente la primera vez en su vida.

Miré hacia atrás a lo largo de los años, a través de lo que parecían eones geológicos, y lo vi al pecho de su madre. Mi dulce y reconfortante Esmeralda, la primera de mis esposas, abrazando al pequeño y moqueante Shandor, el primero de mis hijos, y él le estaba mordiendo el pecho. Hundiendo realmente sus dientes.

¿Rey? ¿Él? Deseé patearle el trasero.

—La abdicación fue condicional —dije—. No es válida.

—¿Condicional? ¿Condicional sobre qué base?

—Sobre la de seguir abdicado. Renuncié voluntariamente al trono, y ahora lo tomo de nuevo voluntariamente. El trono nunca estuvo vacante. La pretendida elección que pretendidamente te puso donde crees que estás fue ilegal.

—Estás loco...

—Necesitas lavarte la boca —dije.

Deben tener en cuenta que este Shandor al que estaba reprendiendo ya no era un chiquillo. Supongo que debía tener algo así como cien años, lo cual hubo un tiempo que era considerado plena vejez. Incluso ahora se considera pasada la primavera de la vida, aunque la fácil disponibilidad de las remodelaciones hace que resulte difícil decir dónde está exactamente la primavera de la vida.

Pero, para mí, Shandor siempre había sido un estúpido, un ser despreciable y un villano traidor que no valía absolutamente nada. Es terrible tener que decir esto de tu propio hijo primogénito, lo sé.

Le ofrecí algo así como tres minutos enteros de lecciones sobre el tema de las leyes y de las costumbres y del reino y de las obligaciones filiales, y estaba tan asombrado que por una vez me escuchó sin pronunciar palabra. Al principio estaba asustado y furioso, y luego turbado y furioso, y luego irritado y furioso, y luego la furia desapareció y le vi empezar a mostrarse astuto. Podía leer cada una de sus emociones como si me estuviera enviando señales. Shandor puede ser peligroso, pero no es listo. Sólo cree que lo es. Ahora que todo el mundo vive tanto, puedes ver la falsa sabiduría por todas partes. El solo hecho de que uno haya vivido mucho no le convierte en un sabio. Acumulas sabiduría hasta cierto punto, y luego te detienes, y entonces a menudo empiezas a deslizarte hacia atrás

(Es decir, excepto yo. Yo siempre soy la excepción. ¿Creen ustedes que me estoy engañando a mí mismo? De acuerdo, entonces me estoy engañando a mí mismo. Sigán adelante y ríanse de mí porque creen que soy senil. Ya lo descubrirán.)

Hice una pausa para recuperar el aliento, y él dijo:

—¿Has terminado?

—Más o menos. Voy a convocar una sesión de la krisatora para que te destronen y vuelvan a ponerme en mi lugar. Sólo quería tener para contigo la atención de que lo supieras por anticipado.

No reaccionó. Ni siquiera pareció ligeramente irritado. Ahora estaba siendo astuto.

—¿No tienes nada que decir al respecto? —pregunté.

—Tengo muchas cosas que decir.

—Adelante.

Se quedó sentado allí, mirándome. Vi mi propio rostro devolviéndome la mirada, excepto que la suya era oscura y tenebrosa y carente de alegría, mi rostro con toda la esencia de mi alma expulsada de él.

Al cabo de un momento dijo, muy suavemente, pero con un tono

realmente horrible, amenazador, en su voz:

—Digo que eres un viejo loco estúpido. Digo que si tengo que seguir escuchando más tiempo tus estupideces es probable que empiece a aburrirme seriamente. Digo que si me molestas de alguna manera que no me guste es probable que me obligues a hacer algo que lamentarás. Puede que incluso yo también lo lamente. Ahora lárgate de aquí antes de que te haga echar.

—¿Me dices esto a mí?

—Te lo digo a ti. Si no creyera que estás loco ya te hubiera hecho encerrar. Y quizá ordenar que te quemaran el cerebro para hacerte inofensivo. Pero eres inofensivo.

—¿Sabes quién soy, Shandor?

—Sé quién eras, sí. Pero eso fue hace mucho tiempo. Siento pena por ti. Ahora márchate. Anda, viejo, lárgate. Fuera de aquí.

Inspiré profundamente. Me di cuenta de que aquél era el momento de efectuar un auténtico movimiento. Las cosas estaban empezando a deslizarse en una dirección equivocada. No haría ningún bien a nadie el que me marchara de delante de Shandor como un perro apaleado. Ser expulsado del palacio como mendigo piojoso podía ser marginalmente más útil, pero seguía sin ser lo que tenía en mente.

Con ojos furiosos, echando humo, avancé un par de pasos hacia él.

—Eres un cerdo, Shandor. Tu hedor es inmenable. Tu presencia ofende la vista de Dios.

Pareció realmente turbado. No tenía la menor idea de lo que yo pensaba hacer.

—Retrocede...

—Necesitas una lección.

—Te lo advierto...

—Disciplina, eso es lo que necesitas. —Lancé mi brazo en una cerrada curva, y le abofeteé brutalmente el rostro. Mi mano dejó marcas rojas en su mejilla. Me miró, asombrado. Absolutamente desconcertado.

—No puedo creerlo. Alzar la mano sobre el rey ungido por Dios...

—Tú lo has querido —dije. Le abofeteé de nuevo. Esta vez su labio inferior, el más grueso, empezó a sangrar.

—¡Guardias! —aulló.

Sonaron alarmas por toda la estancia. Muy propio de Shandor también haber llenado todo el salón con esos sistemas de alarma. En su propio palacio, ocultándose temeroso, escondido tras sus juguetes electrónicos.

—Guardias. *Guardias*.

Acudieron corriendo, y se detuvieron, jadeantes, desconcertados, mirándonos. Shandor agitó frenéticamente las manos. Estaba loco de rabia. De pronto volvía a tener seis años y papá le estaba dando una paliza, y eso era algo que no podía soportar.

—¡Cogedlo! ¡Sacadlo fuera de aquí! ¡Encerradlo! ¡Encadenadlo! ¡Arrojadlo a la mazmorra más profunda! ¡La que tiene las serpientes! ¡Con los sapos sierra!

—Soy vuestro rey ungido —dije calmadamente.

Estaban paralizados. No sabían qué hacer. Temerosos de tocarme, temerosos de desobedecer a Shandor. Tenían la boca abierta como estúpidos. Hubo un largo y horrible momento de absoluta inmovilidad. Sentí una cierta simpatía hacia ellos. Finalmente, Shandor tuvo que llamar a sus robots, y éstos no tuvieron problemas en arrastrarme fuera del salón. A la mazmorra más profunda, sí, al agujero más sucio y hediondo de todo el planeta. Lo esperaba. Iba a sufrir allí, estaba absolutamente seguro. A mi edad. Después de todo lo que había conseguido. Bien, estaba completamente convencido de que podría resistirlo. No iba a ser la primera y venerable reliquia en verse encerrada y torturada en nombre de alguna gran causa. Y, de hecho, eso era precisamente lo que había venido a conseguir aquí. Todo lo que esperaba era no haber subestimado la ferocidad y sobreestimado su astucia política. Lo había llevado realmente hasta el extremo; podía hacerme sufrir por ello, independientemente de lo que pudiera costarle a él. Incluso podía hacerme matar.

Oh, bueno. Incluso eso valdría la pena, a largo plazo. O eso me decía a mí mismo.

Lo último que oí mientras se me llevaban fue a Shandor, sonando como si empezara a recuperar de nuevo el control, diciendo con voz venenosa:

—¡Te arreglaré las cuentas, viejo! ¡Haré que te quemen el cerebro! ¡Haré que te desconecten! ¡Cuando haya acabado contigo ni siquiera serás capaz de babear! Aseguraos de ponerle las cadenas. *Fuertes*.

Encadenado. Bien, eso era. Tal vez piensen ustedes que tu propio hijo primogénito debería mostrar más respeto hacia ti. Pero recuerden, se trataba de Shandor. Siempre fue un maldito bastardo, mi hijo Shandor.

Cuando Shandor nació yo ya tenía setenta, ochenta años, o quizá más, lo cual acostumbraba a considerarse como una vida larga. Y él era mi primer hijo, recuerden. Pero, por supuesto, la gente vive mucho más tiempo ahora del que acostumbraba a vivir antes, y es considerado un poco torpe empezar una familia demasiado pronto, aunque te gusten los niños, lo cual supongo que es mi caso. De todos modos, incluso para la época, me casé un poco tarde. Eso no fue culpa mía. De buen grado me hubiera instalado en Nabomba Zom con Malilini cuando recién acababa de cumplir los veinte años, pero, como ya saben, el matrimonio con Malilini no estaba en mis cartas. Después de eso vino el pequeño desvío a Alta Hannalanna, y cuando hube escapado de ese campo de vacaciones en particular necesité unos años para relajarme y disfrutar un poco de la vida, cosa que hice, aunque me maldiga si puedo decirles dónde pasé esos años, o con quién. Cualquiera tiene derecho a perder unos cuantos años en diversiones sencillas después de pasar por una experiencia como la de Alta Hannalanna. En algún lugar a lo largo del camino me di cuenta de que necesitaba ganarme la vida, y, puesto que el afilar cuchillos y la compraventa de caballos ya no tenían mucho atractivo para un prometedor muchacho gitano, me metí en el negocio de pilotar astronaves. Sabía que tenía el don; nunca había dudado de ello.

Pero un piloto, llevando una existencia más viajera que la de los gitanos normales, no suele tender a establecer lazos matrimoniales realmente fuertes. Él -o ella, como ocurre a veces- simplemente se mueve demasiado. En mi caso entré al servicio de una de las compañías exploradoras, lo cual significa que estaba la mayor parte del tiempo fuera en lugares remotos, descubriendo planetas que nadie hasta entonces había visitado. Hacer esto te proporciona una buena visión de la diversidad de la geografía de nuestro universo, pero no sueles encontrar muchas chicas hermosas en esos lugares. Luego, mi carrera de jockey saltarín se vio también interrumpida durante un tiempo por el asunto menor de mi tercer período de esclavitud, el desafortunado episodio de Mentiroso, del cual procede mi duradera amistad con Polarca, pero que aparte esto no fue muy agradable. Así que transcurrió un tiempo considerable antes de que finalmente tomara esposa y me dedicara a la tarea de perpetuar mi valiosa herencia genética.

Su nombre era Esmeralda, un hermoso y antiguo nombre gitano de entre los mejores. Yo no la elegí. Ella me eligió a mí, o, para ser más exacto, su familia lo hizo, sus hermanos y primos. La razón aparente de que me eligieran fue porque sabían que yo era quien debía casarse con Esmeralda,

así que tenían que encontrarme y asegurarse de que lo hiciera. Fue uno de esos típicos y complicados casos que trae consigo el espectrar, en los que causas y efectos se enredan inextricablemente, y pasado y futuro se mezclan en la misma olla y son servidos en el mismo plato, y nunca quedó claro cómo empezó todo. Sigues y sigues adelante, y de pronto te das cuenta de que te hallas metido hasta las ingles en una complicada situación que nunca habías sabido que existiera.

Esmeralda era estupenda. Al principio no la amaba -¿Cómo hubiera podido? Ni siquiera la conocía-, pero creo que al final sí. O al menos sentía cariño hacia ella. Hace tanto tiempo que tengo problemas en recordar. Algunas cosas las recuerdo con absoluto detalle, hasta la última sílaba, pero otras permanecen como borrosas. Su aspecto, por ejemplo. Era una mujer de buena apariencia, eso es todo lo que recuerdo, pero tengo alguna dificultad con los detalles. Una mujer grande, sí, con piernas largas y fuertes y poderosas caderas, caderas aptas para la maternidad. Unos ojos oscuros y brillantes, un pelo lustroso. Respecto a sus demás rasgos, la nariz y los labios y la barbilla, no estoy tan seguro. Creo que era hermosa. Al cabo de un tiempo ganó peso, principalmente de cintura para abajo: la ancló, fue como una especie de lastre. No hubiera debido permitirlo, podía someterse a tratamiento, pero no le importaba. Creo que le gustaba sentirse pesada. Tal vez era una tradición en su familia.

Era un mujer de Iriarte. Es un buen mundo, Iriarte. Siempre me ha gustado pasar ni tiempo allí. Posee un pequeño sol amarillo muy parecido al de la Tierra, y amplios mares azules. Buena parte de Iriarte es seca y montañosa y fría, pero hay espléndidos viñedos que producen parte del mejor vino de la galaxia, y sus ciudades poseen la intensa y pulsante vida del poderío económico. La población es en su mayor parte rom, principalmente del tipo fanfarrón, gente mercantil: empresarios, comerciantes, transportistas. Los roms de Iriarte son los jugadores más locos que conozco: apuestan cualquier cantidad a cualquier tipo de cosa, y normalmente no tienen que arrepentirse luego.

Esmeralda procedía de una familia rica. No rica en el sentido de Loiza la Vakako, propietaria de mundos enteros, pero sí bastante rica. Y en un cierto sentido poseían mundos enteros, aunque estaban deshabitados. Eran tratantes en planetas reacondicionados. Es una espléndida ocupación para un rom. En los viejos días de la Tierra, muchos de nosotros éramos tratantes en ganado reacondicionado. Esto era más o menos lo mismo, sólo que a mayor escala. Toma un caballo viejo con mala dentadura y rellena las coronas con brea para que parezcan los dientes de un caballo joven con los

centros negros, sí. Da un toque a su pelo gris con tinta o permanganato de potasio. Haz un corte encima del ojo y utiliza una paja para soplar aire dentro, a fin de que el caballo parezca más sano. Pícalo con un erizo justo antes de llevarle al mercado para que parezca más activo, o métele un poco de jengibre por el ano para que se agite como una carga de caballería. Sí, sí, buenos viejos trucos, una gran tradición, engañar cada vez a los gaje. ¿Qué otra elección teníamos? Había que comer. Y los gaje nos lo ponían tan difícil.

La gente de Esmeralda trabajaba en una línea parecida. Enviaban exploradores -yo era uno de ellos- en busca de planetas con razonables expectativas de habitabilidad, una atmósfera con oxígeno, una gravedad manejable. Una fuente de confianza de aprovisionamiento de agua era algo deseable, pero no siempre necesaria. Un clima decente ayudaba. Había muchos mundos así por los alrededores, aguardando a ser hallados. Por supuesto, algunos de ellos necesitaban unos ligeros retoques antes de que pudieran ser vendidos a quienes se encargaban de desarrollarlos y promover colonias. ¿Formas de vida nativas no amistosas? Ocúltalas fuera de la vista. ¿Problemas de incompatibilidades químicas? No es tan difícil efectuar ajustes locales antes de mostrar un mundo a los compradores potenciales. Sorprendente lo que pueden conseguir unas cuantas toneladas de nitrógeno o sulfato de amonio. ¿Un ambiente decepcionante? Una rápida remodelación del paisaje, y ya está. Cualquier planeta puede utilizar unos cuantos arbustos nativos bien situados y un poco de hierba para cubrir sus extensiones peladas de suelo. ¿Carencia de materias primas? Planta algunos árboles, salpica el terreno aquí y allá con minerales útiles, instala algunas piscifactorías para mejorar la calidad de los ríos y lagos. Suena complicado, pero ellos lo habían convertido en una ciencia, y podían pulir un planeta feo hasta hacerlo relucir en un tiempo sorprendentemente corto. No creían en la posesión de grandes stocks: un turno de rotación rápido, ése era su secreto. Arréglalo, ponlo al mercado, véndelo rápido. Y empieza de nuevo en alguna otra parte.

Me ofrecieron trabajo mientras estaba visitando Iriarte. Me pareció bien, y me convertí en uno de sus exploradores, y seguí siéndolo durante varios años. Mi base estaba en Xamur -ya había empezado a comprar las tierras que finalmente se convertirían en mi propiedad de Xamaviben-, pero no me importaba ir regularmente a Iriarte a recoger mis misiones. Conduje un cierto número de expediciones a las regiones exteriores, y entre mis descubrimientos pueden contarse mundos como Cambaluc, Sandunga, Mengave, La Chunga Y Fulero, todos los cuales fueron vendidos finalmente por la familia de Esmeralda con agradables beneficios. Es probable que no

hayan oído hablar ustedes de la mayoría de ellos. Por alguna razón, casi todos los mundos que descubrí resultaron mucho menos adaptados a la colonización humana de lo que parecieron en la época de los informes originales de los exploradores y los análisis de los expertos. La gran excepción es, por supuesto, Fulero, del que seguramente habrán oído hablar y donde probablemente hayan pasado algunas deliciosas vacaciones. Francamente, creímos que Fulero no valía absolutamente nada, y nos alegró venderlo por lo que quisieron darnos, pero ése fue uno de los casos donde los compradores rieron los últimos, puesto que se necesitó solamente una ínfima remodelación planetaria por parte de sus nuevos propietarios para transformarlo en el lujurante jardín y el delicioso mundo de vacaciones en que se ha convertido hoy. Bien, incluso un gitano se deja engañar de tanto en tanto, reza el refrán. Y a largo plazo resultó muy útil a la gente de Esmeralda, en otras transacciones, poder decir: «Éste es el mundo más prometedor que hemos tenido desde Fulero. Y ustedes saben qué negocio fue ése.»

No estoy seguro de durante cuánto tiempo me estuvo explorando la familia mientras yo estaba explorando para ella. Debió ser bastante, puesto que a su manera eran una gente metódica, y no iban a casar a su hija preferida con cualquier bribón. No veo claro de qué hubiera llegado a servir el que me desaprobaran, puesto que en el libro del futuro estaba escrito que yo me *había* casado con Esmeralda, pero me examinaron con gran detalle de todos modos. Fui bastante lento en darme cuenta de ello. Esmeralda tenía gran cantidad de hermanos y primos, y uno de ellos, Jacko Bakht, me parecía tan familiar que en nuestro primer encuentro le pregunté si habíamos compartido algún tiempo en los túneles de Alta Hannalanna o había pertenecido a la Liga de Mendigos de Megalo Kastro. Me lanzó una mirada peculiar y dijo. No, no, nunca. Por supuesto, era imposible, era mucho más joven que yo, y no sólo gracias a las remodelaciones. No había forma alguna de que hubiera podido conocerlo antes. Un par de años más tarde recordé de pronto dónde había sido. Era uno de los dos espectros que habían merodeado muy a menudo silenciosamente en torno a mí, observándome, cuando era un muchacho, mientras estaba en Megalo Kastro. El otro había sido Malilini. Decidí que debía haber sido alguna especie de revisión antes de darme el empleo, siguiendo hacia atrás toda mi línea temporal. Ahora me empezó a parecer que había sido espectrado también, de tanto en tanto, por otros varios miembros de la familia, pero no podía estar seguro de ello; de Jacko Bakht sí lo estaba. Un día me espectré a mí mismo hacia atrás en Megalo Kastro, y le vi allí con mis propios ojos,

estudiando mi yo infantil.

Luego llegó el día en que estaba en Iriarte para recibir una nueva misión, y el despachador de la compañía, un joven gaje listo de ojos brillantes, me dijo de pronto:

—Yakoub, ¿has pensado alguna vez en casarte?

Aquel despachador era muy joven, no mucho más que un muchacho. Pero sus modales eran agradables y parecía sorprendentemente seguro de sí mismo, y se comportaba como un aristócrata nato, Cosa que era. Su nombre era Julien de Gramont, y cuando le preguntabas de dónde procedía no decía Copperfield, Olympus, la Capital o cual otro lugar así: decía Francia. Yo no tenía la menor idea de dónde podía estar Francia, pero en los noventa y tantos años de mi posterior amistad con Julien de Gramont, de la que ya saben ustedes algo, oí ciertamente mucho sobre ella de sus labios.

Fue Julien quien me hizo saber que la encantadora y voluptuosa Esmeralda estaba en edad casadera, que la familia buscaba un marido rom apropiado para ella, y que yo no sería tratado con desdén si la cortejaba. La idea nunca me había pasado por la cabeza. Parecía hallarse muy por encima de mí, una presa codiciada para algún pez gordo interestelar: ¿por qué querrían casarla con un oscuro piloto espacial sin ningunos antecedentes familiares, alguien que había nacido en la esclavitud y que había conseguido hacerse vender otras tres veces en sus primeros setenta años? No lo sabía, y quizás ellos no lo supieran tampoco; pero no tardé en ver, al cabo de un tiempo, que se trataba de un asunto hecho, que de alguna forma mi destino estaba sellado en los misteriosos remolinos del tiempo, que iba a casarme con Esmeralda porque en alguna parte a lo largo de la línea del tiempo yo me *había* casado con ella, y eso era todo.

Acudí a Polarca y le pregunté qué creía él que debía hacer.

Se limitó a echarse a reír.

—¿Es buena en la cama?

—¿Como quieres que lo sepa?

—Y no tienes muchas oportunidades de descubrirlo, ¿verdad?

—Después del patshiv nupcial, supongo que sí. No antes.

—Bien, supongamos que no lo es. Pero sigue siendo rica. Y si es rica y además es buena en la cama, te llevas una auténtica joya. Si no, bien, tú viajas mucho. Y serás rico.

—Oh, Polarca —dijo—. Eres un cochino bastardo.

—Tú me preguntaste, ¿no?

No fue tan malo. Esmeralda era dulce y atenta, y aunque tengo problemas en recordar la forma de su nariz recuerdo cómo fue aquella

primera noche, cuando el interminable patshiv acabó al fin y ella y yo nos dejamos caer en el lecho nupcial. Eso dice mucho en su favor, que yo todavía pueda recordar aquella noche, después de algo así como cien años. Por supuesto, el estar casados es algo más que pasar una estupenda noche de bodas. De todos modos, el consejo de Polarca fue sabio, como siempre acostumbraban a ser. Podía haber hecho cosas mucho peores que casarme con Esmeralda. Me gustaba estar con ella. No puedo decir que realmente me excitara en ningún sentido, pero era una persona cálida y buena, muy sólida y estable, lo que ustedes podrían llamar un tipo de mujer chapado a la antigua. Seguí explorando para la familia; estaba lejos de casa algo así como tres cuartas partes del tiempo; estar casado con Esmeralda era en algunos aspectos muy parecido a no estar casado con Esmeralda, excepto que ahora era rico. Cuando volvía a casa ella siempre se alegraba de verme, y, debo reconocerlo, yo también me alegraba de verla a ella. Me hundía agradecido en aquel gran y fuerte cuerpo suyo, y ella me envolvía como un mar.

Compré más tierras en Xamur. Entre mis viajes, Esmeralda y yo íbamos a ellas a menudo. Hablamos de vivir allá todo el tiempo, en mi propiedad, cuando abandonara las exploraciones. Como si yo fuera capaz de vivir permanentemente en un solo lugar. Pero entonces creía que podía. Una vez pasamos casi todo un año allí. Eso fue cuando nació Shandor. Ni siquiera tengo la disculpa, con Shandor, de pretender que no era mi auténtico hijo, porque estuve con Esmeralda durante todo aquel año. No es que piense que ella me engañara mientras yo estaba en mis viajes, pero ha habido ocasiones en las que me hubiera gustado poder decir que me había puesto los cuernos para no tener que cargar con la responsabilidad de la existencia de Shandor. Bien, bien. Gene de mis genes, eso es lo que era realmente el pequeño bastardo, y simplemente no hay forma de que pueda eludirlo.

Le quise inmoderadamente. Eso también es cierto. Y vean cómo me lo pagó; pero le quise.

Fue salvaje desde un principio. Un niño díscolo desde su más tierna edad, siempre chillando y pateando y mordiendo. No sé de dónde le venía esa constante agitación. Evidentemente no de mí, y Dios sabe que de Esmeralda tampoco. Pero Shandor fue siempre un manojo de nervios.

Al principio no me di cuenta de ello. Pensé que era simplemente como yo, mi duplicado absoluto, Eso fue porque tenía mis ojos, mi boca, mi rostro exacto, ese rostro rom clásico que cabalga como un invencible surfista por encima de todas las olas del cambio evolutivo. Cuando tenía seis meses esperaba que tuviera también mi bigote. Supongo que le quería por ese

parecido a mí que veía por aquel entonces. Mi padre y todos los padres de mi padre. Mirando a mi primogénito, empecé a verme a mí mismo de una nueva forma: como un eslabón en la gran cadena de la existencia rom que se extendía a lo largo de los eones desde los tiempos de la Estrella Romani. ¿Cómo me había atrevido a aguardar tanto tiempo antes de forjar el siguiente eslabón de la cadena? ¿Y si hubiera muerto sin representar mi papel en la unión del pasado con el futuro? Bien. ahora ya lo había hecho, y me sentía orgulloso de ello; y me sentía agradecido a Shandor por haber hecho posible que yo cumpliera con mis responsabilidades hacia la raza. Eso fue antes que descubriera lo canalla que era.

¿Cómo se volvió así? ¿Fue porque yo estaba mucho tiempo fuera de casa y Esmeralda, bendita sea, era demasiado gentil, demasiado indulgente, para encauzarle de la forma en que tienen que ser encauzados los chicos? No lo sé. Creo que es algo que no debe tener nada que ver con la forma en que fue educado, que simplemente fue alguna maldición arrojada sobre la semilla que lo creó. Esas cosas ocurren. Siempre que estaba en casa -ahora vivíamos casi siempre en Xamur-, él ocupaba toda mi atención. Le enseñé las cosas que mi padre me había enseñado, y cuando parecía necesario llevarlo hasta el camino recto lo llevaba hasta el camino recto del mismo modo que mi padre lo había hecho conmigo. Cuando yo estaba lejos había otros hombres en la familia, sus tíos y primos, para mostrarle el camino recto. De Esmeralda recibía amor y bondad, constantemente. ¿Podía haber alguna madre mejor? Y sin embargo, empecé a oír historias sobre Shandor, cada vez que llegaba a casa desde las estrellas. Sospechaba que me ocultaban lo peor de ellas, pero lo que oía ya era bastante malo. Los animales que había maltratado e incluso mutilado. Su altanería con los sirvientes. Los daños que había causado a los robots de la casa, que al fin y al cabo no estaban completamente exentos de sentimientos. La forma en que abusaba de sus compañeros de juegos, y más tarde de sus hermanos y hermanas más jóvenes.

—Shandor es un problema —me decía la gente. Nadie parecía tener el valor suficiente para decirme—: Shandor es un monstruo.

Nunca les hubiera aceptado esa palabra. Todavía me sentía cegado por mi amor hacia él. Sabía que era malo, pero me decía a mí mismo que sólo era maldad infantil. Cambiaría. Se me reía a la cara, y me decía a mí mismo que cambiaría. Le pegaba, porque era algo que tenía que hacer, y se me seguía riendo a la cara. Y yo lo admiraba por ello. Qué fuerte es, pensaba, qué poco miedo le tiene incluso a su padre. Pero uno de esos días se convertirá en un buen muchacho. No veía la podredumbre que lo recorría de

pecho a espalda. Cuando comprendí finalmente lo que era, ya era demasiado tarde para intentar algo al respecto. Y luego perdí toda oportunidad ulterior de hacer nada acerca de Shandor: porque la historia volvió a repetirse, como parece intentar hacer cada vez que miras por un momento en otra dirección. La bancarrota, la dispersión familiar, el exilio, la pérdida de la mujer a la que amaba, la separación de padres e hijos: pasé de nuevo por todas estas cosas, como si no hubiera aprendido la lección la primera vez. Nada de lo que ocurrió fue particularmente culpa mía. ¿Pero y qué? Cuando llega el momento de dar el golpe, al destino no le importa un comino de quién es la culpa.

Lo que ocurrió fue que la familia de Esmeralda vendió un planeta reacondicionado de más. Se trataba de un lugar llamado Varuna, en el sistema solar de una estrella conocida como Corposanto, en alguna parte cerca del Derrame de Jerusalén. La gente de Esmeralda hizo con él un auténtico trabajo. Era un planeta tan miserable que los ríos eran de agua salada y las mariposas tenían aguijones venenosos. Pero lo reddecoraron de pies a cabeza, transformándolo mágicamente hasta que fue la cosa más hermosa después de Xamur, y lo vendieron por una suma enorme a un puñado de ansiosos promotores gaje de altos vuelos que tenían intención de subdividirlo en una serie de carísimas propiedades para beneficio de los lores del Imperio.

Creo que en todo este asunto hubo un abrumador exceso de confianza. No sólo los compradores nos pagaron una suma espectacular por Varuna, sino que hicieron sus propios tratos con los compradores imperiales en forma de pagos escalonados a largo plazo, de acuerdo con la antigua tradición de que siempre debes hacerles un trato de favor a los aristócratas, en unas condiciones mucho más ventajosas de las que haces a la gente vulgar. Así se sienten halagados por la aparente generosidad y no se fijan en que el precio está flagrantemente sobrecargado, con tal de no tener que pagar la factura ahora.

Luego las distintas falsificaciones efectuadas en Varuna empezaron a ponerse en evidencia mucho antes de lo previsto, y el planeta volvió a su deplorable estado original al cabo de poco tiempo. Los promotores aún no habían empezado a cobrar de sus ventas, y los lores del Imperio cancelaron inmediatamente sus contratos. Cuando los promotores acudieron a Iriarte para exigir la devolución de su dinero, la gente de Esmeralda les pasó el contrato de venta por las narices. Ved, les dijeron, aquí, la cláusula 22A. No asumimos ninguna responsabilidad por los cambios ambientales que puedan producirse después de la transferencia de propiedad. Los promotores

protestaron aduciendo que iban a verse abocados a la bancarrota. La gente de Esmeralda les ofreció su simpatía, como habían hecho otras veces en el pasado en ocasiones similares, y luego se encogieron de hombros y siguieron con lo suyo. Imaginaron que los promotores gaje iban a llevarlos a los tribunales, no sería la primera vez, y que los gaje perderían otra vez su caso -vean, aquí, la cláusula 22A, está muy claro-, y que ahí terminaría el asunto. Esos gaje eran unos estúpidos avarientos.

Pero en vez de acudir a los tribunales, los promotores gaje se limitaron a contratar un ejército de mercenarios e invadieron Iriarte. Ésa parecía ser una táctica mucho más productiva que intentar un litigio legal. Yo estaba fuera en una expedición de un año cuando ocurrió todo esto. Cuando regresé, descubrí que la kumpania de la gente de Esmeralda había sido totalmente borrada del mapa, sus activos y propiedades confiscados por la fuerza, muchos de los miembros de la familia muertos y los supervivientes dispersos en todas direcciones. Esmeralda y todos nuestros hijos se hallaban en Iriarte cuando llegó el ejército de mercenarios. ¿Dónde estaban ahora? Todo el mundo se encogía de hombros. Creemos que están muertos, me dijeron. Sí. Sí, todos muertos.

Me marché desesperado, y tardé mucho tiempo en recuperarme. Todo lo que me había quedado era mi propiedad en Xamur. Me oculté allí por un tiempo, y luego viajé un poco. Hice intentos de localizar a Esmeralda y los niños, pero no conseguí nada. Al cabo de un tiempo me casé de nuevo, y luego otra vez. No fueron buenos matrimonios, pero fueron matrimonios. No tenía intención de vivir solo. Hubo otros hijos, muchos de ellos. Mi primera familia empezó a borrarse de mi mente; la herida sanó.

Finalmente encontré a Jacko Bakth viviendo bajo otro nombre en la Capital, ganándose miserablemente la vida con patéticos engaños a costa de los príncipes imperiales menos perspicaces, y me confirmó que Esmeralda había muerto efectivamente cuando cayeron las primeras bombas de implosión. ¿Mis hijos? También habían muerto. Jacko Bakht parecía también un hombre muerto. Le dejé, y no volví a verle. Supongo que me decía la verdad, porque aunque hice algunas otras investigaciones posteriores nunca volví a saber nada de ellos, ni de Esmeralda ni de los niños. Nadie desaparece por completo en esta galaxia, a menos que esté muerto. Así que debían estar realmente muertos, como había dicho Jacko Bakht.

En realidad, todos menos uno.

Por una monstruosa aberración de la justicia kármica, Shandor había sobrevivido al cataclismo de nuestra familia. Sólo tenía doce años, pero era astuto como el hielo. Fue algunos años más tarde cuando empecé a oír

historias acerca del atrevido piloto estelar llamado Shandor. Era un rom, por supuesto, aunque parecía haberse mezclado con un puñado de espectaculares y célebres mujeres, siempre gaje. Ésa era mala señal, que un rom se enredara con mujeres gaje. Las historias que contaban acerca de él eran historias horribles, pero no les presté mucha atención. Había empezado a olvidar a mi hijo primogénito. No se me ocurrió que aquel Shandor pudiera ser mi Shandor. Sin embargo, las historias seguían aumentando. Shandor esto, Shandor aquello, ese piloto lunático que hacía cosas por las que cualquier otro hubiera sido severamente castigado. Lo cual nunca le ocurría a él. La gente parecía admirarle por lo que hacía. Como yo le había admirado por reírse de su padre en la cara cuando intentaba castigarle. En su osadía, en su atrevimiento, aquel Shandor tenía por costumbre aceptar riesgos inaceptables, y en una ocasión -el infame asunto de Djebel Abdullah- había llegado a perder toda una astronave, haciendo que se estrellara en uno de los peores planetas conocidos. Negó cualquier tipo de negligencia. Peor aún, hubo monstruosas acusaciones de que se había producido canibalismo entre los supervivientes, y que él, como oficial superviviente de más alto grado, no sólo no se había opuesto a ello, sino que lo había organizado. Negó eso también.

Entonces llamó mi atención el que ese hombre era llamado Shandor hijo de Yakoub, y que había nacido en Xamur. No quise creerlo. Intenté rechazar la idea. Pero no podía haber ninguna coincidencia en ello: Shandor hijo de Yakoub. Recordé el chillante bebé de enrojecido rostro mordiendo el pecho de Esmeralda. Yo ostentaba en aquellos momentos altos cargos *en* nuestro gobierno -Cesaro o Nano estaba haciéndose viejo y se sentía enfermo, y se hablaba de mí como el próximo rey, aunque yo rechazaba incluso el pensar en ello-, y resultaba difícil ocultarme de aquellas hazañas, y al cabo de un tiempo tuve que reconocer que era mi hijo. Fue una gran vergüenza para mí, aunque todos mis amigos se pusieron de mi lado cuando fue llamado ante el kris y acusado de los crímenes de Djebel Abdullah. Y hallado culpable y expulsado de nuestra nación. Aunque consiguió exonerarse más tarde, no sé cómo. Era encantador, supongo. O simplemente astuto. Intenté relacionarme lo menos posible con él. Y él conmigo. Es lo único bueno que puedo decir de él. Al menos se mantuvo lejos de mi camino, mientras yo fui rey.

La mazmorra donde me metió Shandor era exactamente lo que había esperado de él. No había olvidado que estaba allí, y no me sorprendí en absoluto de que fuera aquélla la elegida para retenerme. Era el tipo de mazmorra conocido como *oubliette*, un nombre que procede de la perdida y querida Francia de Julien de Gramont y que deriva del verbo *oublier*, que quiere decir «olvidar». En consecuencia, una *oubliette* es un agujero al que arrojas un prisionero del que no quieres saber nada más.

Aquella *oubliette* en particular estaba a seis o siete niveles por debajo del suelo, en las profundas entrañas del palacio real. No es una de las curiosidades más célebres del edificio. No es algo que te muestren cuando acudes a efectuar una visita turística. Yo llevaba ya diez o veinte años como rey cuando la descubrí un día mientras vagabundeaba por los niveles inferiores intentando descubrir una de las cámaras de los archivos. Pero se supone que, por su misma naturaleza, una *oubliette* no tiene que ser muy llamativa.

Puesto que el concepto mismo de mazmorras y *oubliettes* suena malditamente medieval, puede que se pregunten ustedes cómo los roms modernos, con su alta tecnología y sus viajes a las estrellas, podían incluir una cosa así en su palacio real. La respuesta es que no lo sé; y la respuesta secundaria es que no somos tan modernos y con una tecnología tan alta como algunos de nosotros pretendemos ser. De hecho, en realidad somos tipos medievales, si nos examinamos fríamente a nosotros mismos. Vivimos bajo todo tipo de tradiciones que tienen miles de años de antigüedad. Somos tribales. Tenemos reyes. Pronunciamos conjuros. Decimos antiguas plegarias en antiguas lenguas. Cantamos con voz fuerte cuando algo nos emociona, y no nos avergonzamos de bailar encima de las mesas a la antigua, exquisita y desinhibida manera de nuestras viejas celebraciones tribales. Creemos en cosas como el deber y la familia y la santidad de los juramentos. Somos gente de intensas lealtades y fuertes pasiones. En pocas palabras, somos absolutamente medievales, triunfalmente medievales. Incluso yo. Incluso ustedes, con todas sus pretensiones modernistas. ¿Por qué no tener una o dos mazmorras? Nunca puedes decir cuándo puede ser útil una mazmorra, incluso en esta época moderna. Especialmente en esta época moderna.

Me instalé en la mía como si fuera la más espléndida suite de hotel de cualquiera de los mundos reales. Casi tenía la impresión de volver a un nido antiguo y familiar. La primera vez que la había visto, hacía décadas, eso era lo que me había parecido. Había sabido de inmediato, entonces, que aquella mazmorra iba a convertirse algún día en mi hogar. Un presentimiento. Un

pequeño salto, no raro entre nosotros, a través de los límites del tiempo. Así que cuando me hallé al final tomando posesión del lugar, fue con la sensación de estar cerrando una transacción que llevaba mucho tiempo pendiente en los libros.

No es que mi mazmorra fuera un gran lugar donde vivir. Las mazmorras raras veces lo son. Ésta debía estar a unos seis o siete centímetros por encima de la tabla de agua, por lo que era apropiadamente húmeda y rezumarte. Una corriente subterránea corre por debajo del palacio real de Galgala. La oubliette se asentaba directamente encima. Un delgado hilillo de agua corría por el suelo de piedra en el extremo inferior. Incluso en la semioscuridad el agua lanzaba encantadores reflejos. Arrastraba con ella oro en disolución, como todo en Galgala. Las propias paredes de mi pequeña prisión estaban llenas de oro. Supongo que, si esto fuera la Tierra medieval en vez del fantástico y futurista Galgala, hubiera podido sobornar mi escapatoria de la mazmorra tras pasar treinta años o así extrayendo el oro de las paredes a la luz de mi vela, o algo parecido. Pero esto, al fin y al cabo, era el fantástico y futurista Galgala, donde el oro se halla en todas partes, y mis guardias no estaban más dispuestos a dejarse comprar por el mezquino metal amarillo de lo que lo estarían por un puñado de aire.

Shandor me había prometido serpientes y sapos sierra como compañeros ahí abajo. No trajo los sapos sierra, lo cual le agradecí. Tienen unos pequeños y desagradables dientes barbados, y son unos incómodos compañeros de cuarto. Pero sí obtuve una familia de serpientes, como prometió. Eran esbeltas y verdes y con grandes ojos dorados -el toque Galgala-, y vivían en un nicho en la pared, y salían de tanto en tanto para pasearse por la mazmorra. No parecían peligrosas, ni siquiera poco amistosas, aunque sospecho que las ratas que vivían en los pasadizos detrás de las paredes debían opinar de otro modo. De tanto en tanto una de mis serpientes se dejaba ver con un bulto con forma de rata en la barriga. De hecho, las ratas, con las que Shandor no me había amenazado, eran un engorro considerable. Tenían seis pequeñas patas multi-articuladas como algunos tipos de crustáceos, y pequeños ojos negros como cuentas, y desagradables y luminosos dientes en forma de aguja que brillaban con un color azul violeta en la oscuridad. Ocasionalmente alguna se deslizaba por mi lado cuando estaba intentando dormir, y yo abría los ojos para ver aquella pequeña y fea luminosidad atravesar la oscuridad. Imaginé que si me mostraba lo bastante amistoso con las serpientes, éstas desanimarían a las ratas de pasearse por allí, y eso funcionó bastante bien la mayor parte del tiempo. Las acariciaba y les hacía cosquillas, les ofrecía trocitos de mi

comida, les contaba historias del Swatura, les cantaba tristes baladas con mi más hermosa voz. Pese a ello, mis noches no estaban totalmente desprovistas de ratas, y hubo algunos momentos realmente desagradables.

También tenía insectos de formas y tamaños variados, y algo que creí que era una especie de lodoso moho volátil y lo que podían ser protozoos gigantes que corrían en furiosos círculos por las paredes y a veces por encima mío. Tengo una vista maravillosa pero apenas podía verlos, y a veces creía imaginarlos. A veces no. Eran transparentes, con miembros como ruedas. Me hacían estornudar. Los estornudos no eran imaginarios.

La comida llegaba más o menos dos veces al día -era difícil calcular el paso del tiempo, pues no había ninguna ventana-, traída por los robots carceleros, que nunca pronunciaban una palabra, simplemente deslizaban la bandeja a través de una ranura en la puerta. No era una comida espectacular, pero tampoco me moría de hambre. Eso es lo mejor que puedo decir de ella: no me moría de hambre. Más adelante la calidad de la comida mejoró considerablemente, como describiré luego.

No fui torturado. Nada de potro, ni empulgueras, ni visitas de inquisidores amenazantes. De hecho, ningún tipo de visita. Quizá ésa se suponía que era mi tortura. Soy un hombre sociable. Por supuesto, podía hablar con mis serpientes, e incluso con los protozoos y el moho volátil, si me sentía realmente solo. También había la opción de espectralar, cosa que Shandor no podía impedir. Me dediqué mucho a ello. Pasaba casi tanto tiempo espectralando como en mi celda. Eso ayudaba.

Chorian, supuse, debía haberse ido de Galgala tan pronto como se dio cuenta de que yo no iba a regresar de mi entrevista con Shandor. Sabía que era muy probable que fuera detenido, y le había hecho jurar un terrible juramento para impedir que se lanzara a cualquier loco plan de rescate.

—He venido aquí para ser hecho prisionero —le dije—. No para que me maten, o para que te maten a ti. Tu misión es salir de aquí y difundir la noticia de que el vil usurpador Shandor ha encarcelado a su padre Yakoub, el querido rey rom. Quiero que todo el mundo en el Imperio sepa lo que ha hecho ese bastardo. ¿Me comprendes, Chorian?

Chorian comprendía, sí. Desgraciadamente, no consiguió salir de Galgala para difundir la noticia, porque Shandor lo había mantenido estrechamente vigilado, y Shandor tenía otras mazmorras disponibles. Esto lo descubrí mucho más tarde, y explicó por qué la reacción pública a mi encarcelamiento fue tan lenta en fraguar. Más pronto o más tarde, por supuesto, Polarca y Damiano y los demás se darían cuenta de lo que nos había ocurrido a ambos, y empezarían a hacer circular la noticia. Pero eso

tomaría tiempo.

Bien, tenía tiempo. Pero incluso yo puedo terminar impacientándome.

Una vez, hace mucho tiempo, viví en Duud Shabeel, que es un lugar más bien remoto poblado por una curiosa colonia de extraños fanáticos religiosos. Seguro que un antropóloga encontraría sus hábitos de autoflagelación y, de hecho, auto-mutilación, completamente fascinantes, pero a mí me causaban más revulsión que ninguna otra cosa. Por otra parte, son unos maravillosos artesanos, y sus tejidos tienen una gran demanda por toda la galaxia, y eso era lo que yo estaba haciendo allí. Me pasé dos o tres años con ellos por razones exclusivamente lucrativas, acumulando un stock de sus mercancías para venderlas luego en Marajo y Galgala y Xamur.

Al cabo de un tiempo, no pude soportar el seguir viviendo en su ciudad y verlos realizar sus rituales de tortura y austeridad. Dejé a mi socio a cargo de nuestro puesto comercial y me fui a vivir unos meses en soledad al enorme desierto que se extiende al oeste de la zona habitable de Duud Shabeel. Y allí fui testigo de algo realmente notable.

En ese desierto viven unos pequeños anfibios cuyo nombre científico no conozco, pero que la gente de Duud Shabeel llama perritos del barro. Son unas pequeñas criaturas verdeazuladas con radiantes manchas rojas fluorescentes, más o menos del tamaño de una mano, que se mantienen erguidas sobre unas recias patas traseras y una gruesa y corta cola. Tienen un hocico largo y cuatro ojos protuberantes en la parte superior de la cabeza.

Puesto que el barro no suele encontrarse con frecuencia en el desierto, y aquel desierto en particular era más árido de lo que son normalmente los desiertos, uno acababa preguntándose por qué aquellas criaturas eran llamadas perritos del barro. Perritos de la arena sería mucho más apropiada. Existe una razón. Los perritos del barro pasan la mayor parte de su existencia profundamente enterrados en la arena del desierto, muy por debajo del abrasador calor del despiadado sol de Duud Shabeel. Permanecen dormidos en sus túneles, sin apenas respirar siquiera. Una vez cada cinco años -o diez, o veinte-, llueve en aquel desierto. A veces es apenas una ligera llovizna, pero lo más a menudo es que, cuando llueve, caiga un diluvio. El agua se abre camino entre los granos de arena y despierta a los perritos del barro. Entonces empiezan a cavar apresuradamente hacia la superficie. Si tienen suerte, emergen cuando aún llueve. El aguacero torrencial convierte la arena en barro y crea charcos de corta vida en las depresiones. En una sola y frenética noche de apareamiento, los perritos del barro danzan alocados por todo el desierto, eligen a sus parejas, y copulan desesperadamente hasta el amanecer. Los machos mueren al despuntar el

día; las hembras depositan sus huevos en los charcos y luego mueren también. Cuarenta y ocho horas más tarde empiezan a eclosionar los renacuajos.

La infancia de esas criaturas dura aproximadamente dos semanas. Eso es todo lo que pueden conseguir, ya que después de la lluvia vuelve de nuevo el calor, y el desierto empieza a secarse. En un par de semanas los pequeños charcos se han secado. Los renacuajos, si han alcanzado la madurez antes de que esto ocurra, se apresuran a enterrarse en la arena, cavando túneles muy profundos. Allí descansan, dormidos, hasta que vuelve a llover, años más tarde, y entonces es su turno de salir de nuevo a la superficie, bailar, aparearse y morir.

Llovió mientras yo vivía en el desierto de Duud Shabeel. Vi emerger a los perritos del barro, les contemplé efectuar su danza. Y me pregunté: ¿cuál es la virtud de ese tipo de vida? ¿Qué merito tiene dormir bajo la arena durante años y años para tener una sola noche de placer? ¿Qué finalidad hay en todo esto? Esas pobres criaturas son víctimas del ciego impulso de la naturaleza hacia la autopropagación. El único propósito al que sirven es crear la próxima generación, cuyo único propósito será a su vez crear la siguiente.

Y entonces pensé: ¿No ocurre lo mismo con nosotros? ¿Acaso no somos solamente un tipo más elaborado de perritos del barro, saliendo a la superficie y bailando nuestra pequeña danza de apareamiento y muriendo para que nuestros lugares puedan ser ocupados por aquellos que nos seguirán?

Confieso que esos pensamientos me sumieron en la más profunda desesperación que haya experimentado nunca en mi vida, peor incluso que cuando fui encerrado tras el derrocamiento de Loiza la Vakako, peor que todo lo que sufrí en los túneles de Alta Hannalanna. Porque de pronto vi la vida como algo carente de finalidad, y eso fue aterrador para mí. Nos vi como meros prisioneros a lo largo de todos nuestros días, como son prisioneros los perritos del barro en sus túneles enterrados bajo la arena: engañados y engañados por la naturaleza, llenos de estupideces filosóficas destinadas a mantenernos dedicados a nuestra tarea de reemplazar la vida vieja por la nueva. Si mi alma hubiera sido menos fuerte y resistente, creo que hubiera deseado matarme tras aquellos pensamientos, allí a solas en aquel melancólico desierto.

Y luego pensé: ¿Qué importa si no somos más que perritos del barro? ¿Qué cambia el saber eso? Seguimos levantándonos por la mañana y transcurriendo nuestros días y haciendo lo que se nos pide que hagamos. Y

si eso no tiene ningún sentido, bien, entonces no tiene ningún sentido: pero debemos seguir adelante, y debemos hacerlo de la mejor manera que podamos. Los perritos del barro lo comprenden. No malgastan nada de sus fuerzas en llorar y quejarse y enfurecerse contra su destino. No, aguardan y duermen, y luego salen y bailan. Dejemos que sea lo mismo con nosotros. Vivamos como si hubiera una finalidad, y transcurramos alegremente y con vigor cada día, efectuando las tareas que son nuestra tarea. Porque no hay alternativa. Éste es el único camino. En consecuencia, ha de ser el auténtico camino. Aunque todo parezca sin sentido, tiene que haber pese a todo algún sentido bajo esa carencia de sentido; y aunque no seamos más capaces de ver ese sentido que los perritos del barro de Duud Shabeel, sigue siendo mejor seguir adelante que no detenernos y no seguir. Así que vivamos. Busquemos. Aprendamos. Crezcamos.

Noté que me bañaba un gran consuelo cuando llegué a comprender la verdad de esa conclusión. Mi desesperación desapareció, y regresé del desierto y fui a seguir con mis cosas en Duud Shabeel, y desde entonces me he dedicado a mis cosas, fueran cuales fuesen, sin dejarme abrumar por ninguna duda. Desde aquel día no he conocido la desesperación. La rabia sí, y el desánimo, y la angustia, de tanto en tanto; pero nunca la desesperación. Porque desesperación significa pérdida de la esperanza, y ya no soy capaz de conseguir perder la esperanza, ahora que he absorbido y comprendido la lección de los perritos del barro. El recuerdo de su alegre danza bajo la lluvia del desierto me ha permitido superar muchas horas oscuras desde entonces.

Pensé de nuevo en todas esas cosas mientras permanecía prisionero en la oubliette de Shandor. Aguardando a que transcurrieran las interminables horas, aguardando el momento en que pudiera salir de nuevo a la superficie e iniciar mi danza.

11

Espectrar. Mi única diversión, mi bálsamo. El único consuelo del desventurado prisionero en la húmeda celda. De nuevo se convirtió en mi alegría y mi escapatoria, como lo había sido hacía mucho tiempo en Alta Hannalanna. Y en muchas otras ocasiones después.

Había transcurrido mucho tiempo desde que había espectralado seriamente por última vez. Cuando lo haces constantemente pasas por fases sorprendentes, en especial al principio. Todo el enorme campo del pasado se abre ante ti, y nunca tienes bastante. Vas a todas partes. Marte. Venus. Atlantis. Nueva Jersey. Es como ser un dios. Esa libertad, esa sensación de omnipotencia. Pero finalmente ya tienes bastante. Todo el mundo que espectra termina saciado más pronto o más tarde, excepto quizá Polarca, que parece insaciable. Incluso a mí me ocurrió. No es que me aburriera de ello. ¿Cómo puede uno aburrirse con el infinito? Pero después de haber estado en todas partes y en muchas más, hay veces en que parece como si ya no sintieras la necesidad de ir a ningún otro sitio. Quizá los dioses sientan lo mismo de tanto en tanto. Me pregunto si no terminarán aburriéndose de ser dioses. Envidiando a los humanos inferiores su tedioso afanarse.

Puedes pasarte sin espectrar durante años, pero nunca olvidas el don. Sabes que está ahí, lo necesites o no, lo desees o no. Y luego te hallas de repente arrojado a cualquier oscura oubliette, y le das las gracias al Espíritu Santo de poder seguir haciéndolo. Y partes. Arriba y fuera, lejos y más lejos.

12

Lo que más me gustaba era espectralar a la Tierra. De vuelta a mis raíces, de vuelta a sólido suelo firme, a la tierra donde mis padres hablan muerto. La vieja sangre rom me atraía como un imán. Una, y otra, y otra vez... a la Tierra, a cualquier época, a cualquiera de su miríada de naciones.

¿Dónde estoy ahora? Una ciudad amurallada, protegida en dos de sus lados por dos grandes fortificaciones, en sus otros dos lados por el mar. El cielo es claro, el sol fuerte. ¿Quiénes son esos hoscos hombres de recia barba con armadura? Ah. Llevan el emblema de la Cruz. Deben ser caballeros cruzados. Dentro de la ciudad hay defensores sarracenos. ¿Y ahí, esos hombres y mujeres de tez más oscura, vestidos con harapientas ropas y túnicas blancas, al borde del campo? Les oigo hablar en romani. O en algo que suena como si hubiera sido romani alguna vez, hace mucho tiempo. Avanzan entre los guerreros, ofreciendo sus servicios. Este hombre es un herrero que lleva su propia fragua a la espalda. Tres piedras por hogar, un fuelle que se acciona con los dedos de los pies, carbón como combustible. Una lima, un ayudante, un martillo. ¿Te afilo tu espada, buen caballero? ¿Te reparo tu armadura? Y ese otro de ahí, el calderero. Y la vieja mujer que se parece a nuestra phuri dai, haciendo el dukkeripen, prediciendo el futuro. Serás un gran señor, enormes propiedades serán tuyas, tus hijos serán duques y tus nietos reyes.

Ayudamos a los buenos guerreros cristianos en su guerra. Construimos una gran máquina de cuatro pisos para que puedan invadir la ciudad sarracena. El primer piso es de madera, el segundo de plomo, el tercero de hierro, el cuarto de bronce. Pero se incendia, y los defensores se regocijan. Así que les construimos una gran catapulta que ellos llaman el Maligno Vecino, y una escalera de cuerdas llamada el Gato. Y dos catapultas más pequeñas que lanzan piedras día y noche contra la ciudad sitiada.

Floto por encima de la muralla y descubro que también hay roms dentro. En esta guerra luchamos a favor de los cristianos gaje y luchamos a favor de los sarracenos gaje. El trabajo es lo que importa. Los motivos por los que luchan nos parecen absurdos. Para los sarracenos preparamos potes de fuego griego -nafta y otras sustancias, un arma monstruosa que se pega a tu piel y te quema vivo-, y los lanzan por encima de las murallas a los cruzados. «¡Alá es grande!», gritan los defensores. Nos miran expectantes, y nosotros gritamos también: «Alá es grande.» ¿Por qué no? Alá es grande. Dios es grande bajo cualquiera de Sus nombres. Esos estúpidos gaje se matarán entre sí para demostrar la superioridad del nombre que ellos le han dado. Y nos matarán a nosotros también, a menos que digamos las palabras que ellos quieren. Muy bien. Alá es grande. Y Cristo es nuestro Salvador. Lo que ellos quieran. La Única Palabra es: sobrevivir.

Otro salto. ¿Quién sobrevive aquí? Un paisaje llano y horrible. Montones de nieve sucia, árboles desnudos. Alambradas de espino. Es una prisión. Veo gitanos con uniforme de prisioneros, a rayas, un triángulo marrón sobre su pecho izquierdo. Pero algunos de ellos llevan violines. Van de edificio en edificio, tocando: prisioneros privilegiados, artistas ambulantes. Hay otros prisioneros allí, mirando impotentes desde sus tristes barracones. Rostros flacos y demacrados, oscuros ojos trágicos. Mirando, llorando. Escuchando los violines gitanos.

Derivo hasta el lado de uno de los violinistas y me hago visible. Me lanza una extraña mirada pero sigue tocando. Una canción triste. Podrías cantarla, o podrías echarte a llorar. Toca con su instrumento el sonido de una pregunta.

—Sarishan —digo—. Soy rom.

—¿De veras? —Frío, distante, como si apenas le importara.

—Yakoub hijo de Romano Nirano. Kalderash. ¿Y tú?

Un encogerse de hombros.

—Daweli Shukarnak. ¿Eres nuevo aquí?

—Un visitante.

—Un visitante —dice, como si la palabra no tuviera ningún significado para él—. Bien, disfruta de tu estancia.

Se aleja y agita furiosamente su arco contra las cuerdas de su violín, haciendo un ruido terrible. Me hace recordar el chirriante sonido del violín de Pulika Boshengro cuando dio la señal a sus secuaces de que atacaran a su familia, y por un instante siento repeluznos. Retrocedo, con ganas de gritar.

—Espera —digo—. ¿Es una prisión este lugar?

—¿Qué crees?

—¿Y esos gaje medio muertos de ahí?

—Judíos. Esta es una prisión para judíos.

—¿Pero también hay roms?

—Hay algunos roms, sí. Nos tratan un poco mejor que a los judíos. Nos dan de comer, y tocamos para los otros prisioneros los domingos. Y para los hitlari.

—¿Los hitlari? —pregunto.

—Los vigilantes del campo de prisioneros. Los nazis. —Empieza a tocar de nuevo, dulcemente, una melancólica melodía que me desgarran el corazón—. Nos odian y odian a los judíos, pero odian un poco más a los judíos. Cuando terminen de matar a los judíos nos matarán a nosotros. Quieren matar a todo el mundo, los hitlari, a todo el mundo que no sea

como ellos, y lo harán, más pronto o más tarde. Piensan que se muestran generosos con nosotros, matándonos más tarde. ¿Pero qué tipo de vida es para un rom, permanecer dentro de un campo de prisioneros? Ya nos han matado, encerrándonos aquí. —Me mira como si me viera por primera vez—. ¿Eres realmente rom?

—¿Dudas de mí?

—Hablas de una forma extraña el romani.

—Vengo de muy lejos.

—Bien, entonces vuelve allá, sea donde sea. Si puedes. Márchate de aquí y olvida este lugar. Este lugar es el infierno. Este lugar es la morada del demonio.

—Dime cómo se llama —pregunto.

—Auschwitz —responde.

Hay mucha bruma aquí. Debe ser lejos. Muy lejos en el tiempo. Pero a través de la densa bruma blanca veo un gran sol que resplandece sobre mi cabeza. El aire es húmedo y caliente. Es un mercado. En su centro crece un árbol gigantesco con un millar de troncos y una asombrosa maraña de raíces y lianas que descienden de su miríada de miembros. A todo su alrededor fluye la pulsante vida del mercado, buhoneros, hombres santos, ladrones, carretas tiradas por mulas, niños, escribas, magos.

La gente es esbelta y tienen pieles oscuras y rostros de afilados huesos. Sus ojos son muy brillantes. Hablan un lenguaje que no conozco, aunque oigo una o dos palabras que suenan casi como romani. Al principio todos me parecen roms. Pero luego veo que la mayoría no lo son. Veo a los auténticos toros entre ellos. Se parecen mucho a los otros, pero la diferencia, aunque vagamente perceptible, es real. Poseen el resplandor toro.

Observo a los roms moverse por el mercado. Un malabarista aquí, un grupo de acróbatas allí. Cinco que han montado un pequeño escenario y están representando una obra. Uno que toca la flauta. Uno que sonríe y agita una caja de dados, e invita a los transeúntes a jugar con él. Y uno que ha adiestrado a un elefante para que baile: veo al gran animal yendo torpemente de un lado para otro como un payaso.

Alguna especie de príncipe con un turbante avanza solemnemente por el mercado. Le preceden sirvientes con picas doradas, apartando a la multitud. Uno de los roms corre hacia él, la piel del color de la nuez, ágil como un mono. Todo lo que lleva es un taparrabos blanco enrollado a la cintura. Da volteretas; grita y ríe; hace intrincados signos adivinatorios. Tiende la palma de la mano. Uno de los sirvientes deposita en ella una moneda. Luego empuja bruscamente al gitano, apartándole con la parte plana de su pica. Se ha acercado demasiado al príncipe. Aquí somos desheredados. Practicamos las comercios prohibidos. Sería un deshonor para los otros actuar en público u ofrecerse a decir la buenaventura. Hacemos lo que la gente decente no hará nunca, y lo hacemos con mucha habilidad.

¿Dónde estoy? La bruma es tan densa. Tiene que ser hace mucho tiempo. El denso aire huele fuertemente a especias. Debe ser el inicio de la historia. Somos recién llegados de nuestra perdida y arruinada tierra de Atlantis, unos refugiados aquí. Quizás este lugar sea Babilonia. Tal vez sea uno de los reinos-islas del mar Mediterráneo. Creo que es la tierra a la que Laman India, sin embargo. Donde vivimos tanto tiempo después de abandonar Atlantis. Ese elefante, el calor, las lianas colgando del árbol de muchos troncos. De todos modos, para nosotros, tanto da la India que

cualquier otro lugar. Somos malabaristas y acróbatas, hojalateros y decidores de la buenaventura, vayamos donde vayamos. Extranjeros. Desheredados.

Me hago visible. Soy con mucho el hombre más alto del mercado, y mis ropas son extrañas, y mi piel de un color demasiado claro. Sin embargo, sólo una persona parece reparar en mi presencia. Es el ágil rom que ha estado dando volteretas para el príncipe. Nuestros ojos se cruzan casi a través de toda la anchura del mercado, y me sonrío. Esa cálida sonrisa brilla como un faro en la bruma.

¿Me toma por algún príncipe gaje de alguna lejana tierra, recién llegado y lo bastante estúpido coma para pagarle una fortuna en oro a cambio de una rápida danza y un poco de profecía?

No. No. Sonríe de nuevo, y me guiña un ojo. Es un guiño de reconocimiento. Somos parientes. Ve al rom en mí.

Le devuelvo el guiño y le sonrío. Mis labios modulan una palabra para él: *Sarishan*.

Y, a través de la bruma, me llega su respuesta: *Sarishan, primo*.

¿Ha dicho realmente eso? ¿*Primo*? Se echa a reír y asiente. Y se vuelve, ese antiguo y desconocido primo mío, y desaparece entre la multitud. Y me quedo solo, separado de él por cinco mil años de bruma blanca.

Aquí sé dónde estoy. Ésta es la querida y perdida Francia de Julien de Gramont, y yo estoy en el templo de Sara la Virgen Negra. Tiempo de festival para los roms: hemos llegado de toda Europa para ello. He estado antes aquí, muchas veces, en muchos años distintos. Puede que incluso esté aquí también, otro espectro mío a mi lado. O quizá varios de ellos. Que así sea. Miro a mi alrededor. Una visión familiar. Las mujeres gitanas con las largas y revoloteantes faldas de muchos tonos, con masas de oro brillando en sus gargantas y pechos, los hombres con trajes negros y pañuelos brillantes, todos ellos llevando cirios encendidos a lo largo de la suave pendiente hasta la playa. Y en torno a ellos, como siempre, multitudes de espectadores gaje, codo contra codo. Apretándose unos contra otros, intentando captar algo de los gitanos y sus ritos. Siempre observándonos. Y nosotros somos espléndidos en nuestra peculiaridad. Hombres sobre caballos blancos, sacerdotes con casullas negras. Los cascots golpeando contra las piedras. Violines y guitarras desgranando líquidas melodías. Las largas hileras de roms serpenteando por entre las estrechas calles hacia la iglesia donde se exhibe la estatua de la santa negra. Dulce aroma de incienso en el aire, el olor de la cera. Risas, canciones, hombres, mujeres, niños, rateros y policías, roms y gaje.

—¿Quieres saber cómo robar gallinas? —pincha un chiquillo rom a un gaje de ojos muy abiertos—. Usa un látigo, es lo mejor. Un rápido latigazo al suelo y la alzas de inmediato fuera del corral, sin siquiera un cacareo. O bien ata un poco de maíz al extremo de un cordel y cuélgalo allá donde pueda tragarlo. Un tirón, y ya es tuya.

—¿Y vosotros todavía hacéis esas cosas?

—¡Oh, ésas y muchas más!

—¡Explícale cómo reventar al bawlo, Hojok!

Un parpadeo, una sonrisa.

—¿Qué es eso?

—Quiere decir envenenar al cerdo. Una esponja empapada en manteca de cerdo. Se la das a comer al cerdo de un granjero. La manteca se funde, la esponja se hincha, el cerdo muere por bloqueo de sus tripas. Luego vas a ver al granjero. ¿Nos dará usted ese cerdo muerto? Podemos usarlo para dar de comer a nuestros perros. El granjero no sabe de qué ha muerto el cerdo, no se atreve a usar su carne. Así que nos lo da. ¡Cerdo asado para la fiesta!

—¿Es así como se hace?

—También robamos niños pequeños. Los criamos como gitanos.

—Creo que os estáis burlando de mí.

—Oh, no, de veras, no, no. Son auténticas historias del folklore gitano. ¿No tienes cien francos por casualidad? ¿Cincuenta? Sara-la-Kali en la iglesia, la imagen negra. La sirvienta de las hermanas de la Virgen María, María Jacobea y María Salomé, cuando huyeron de Tierra Santa. Una muchacha gitana, devota y buena, hija de un gran rom, hace mucho tiempo. El mar arrojó a las hermanas a la costa de la Francia de Julien, y Sara, porque una visión le había dicho que así lo hiciera, hizo una balsa con sus ropas y acudió a salvarlas. Y después las hermanas la bautizaron y le enseñaron el evangelio entre los gaje y los roms.

—¿Conoces a la Virgen Negra? —le pregunté en una ocasión a Julien—. ¿Nuestra santa gitana? Su estatua se halla en una antigua iglesia de Francia. —Pero no, no había oído hablar de ella. No es una santa católica, le expliqué. Sólo nuestra santa. Pero de todos modos la veneran en una iglesia católica. Y es visitada regularmente..., un gran peregrinaje, cada año. No sabía nada. No tuve el valor de decirle que yo había estado allí, en su Francia, para ver el peregrinaje de Sara-la-Kali. Más de una vez, además. Pobre Julien, era casi un rom en su alma, pero el espectrar estaría siempre más allá de sus habilidades. Y así yo he visto la auténtica Francia, que tan brillantemente arde en sus sueños, y que él nunca podrá ver.

La larga vigilia nocturna en la cripta. A la izquierda el viejo altar pagano, a la derecha la estatua de Sara, en el centro un altar cristiano de casi dos mil años de antigüedad. Todo desaparecido ahora, por supuesto, todo desvanecido con el fin de la Tierra. Sin que quede ninguna huella. Pero yo todavía puedo ir hasta allí, espectrando. Para ver a mis antepasados y sus devociones. Colgar piezas de ropa de los ganchos como ofrendas a Sara. Frotar las medallas santas y las fotografías y verte curado, si estás enfermo. Luego la marcha hasta el mar, llevando las sagradas imágenes hasta las olas. Hundirte en ellas también, echar agua sobre las cabezas de los demás, incluso sumergir tus cartas de decir la buena ventura en el agua para hacerlas más sagradas. Guitarras. Violines. El humo de las velas. Las multitudes. Todos nosotros los roms avanzando juntos, y los gaje mirando, maravillados y asustados. Hace tanto tiempo. Voy allí y avanzo con ellos. Nadie cuestiona mi derecho a estar allí.

—¿Mandi angitrako rom? —me pregunta alguien—. ¿Eres gitano inglés?

—No —respondo—. No inglés. De mucho más lejos.

—Ah, si. De América. ¡De Nueva York! ¡De Romville, en América! ¡Sarishan, primo! ¡Sarishan!

Sólo nombres para mí. América. Nueva York. Todo desaparecido hace tanto tiempo. Mi gente. Y yo su futuro rey, caminando entre ellos, el hombre

de las estrellas, riendo, llorando, cantando.

Este castillo es el de Gran Ida. Murallas de piedra, altos arcos, profundos fosos verdes por el tiempo. Veo un espectro de mí mismo, de una visita anterior, resplandeciendo en la lejana muralla, mientras resuenan los cañones. Aquí y allá parpadean otros espectros roms, apareciendo y desapareciendo de la vista como tantas otras llamitas a lo largo de las almenas. Debe haber aquí tantos espectros como defensores.

Allá en las trincheras, al pie de la colina, los austriacos invasores rugen insultos contra nosotros. Desde lo alto del castillo, los defensores gitanos les rugen sus propios insultos de vuelta. Los austriacos rugen en un lenguaje y los gitanos en otro, pero para mí todo es sólo ruido. ¡Hootchka! ¡Pootchka! ¡Hoya! ¡Zim!

Polarca aparece junto a mi codo.

—Un poco de diversión, ¿eh, Yakoub?

—Pero siempre termina del mismo modo.

—Sin embargo, somos valientes, ¿no crees?

Sí. Somos muy valientes. Un millar de gitanos al servicio de Ferenc Perenyi, el señor húngaro de la fortaleza. Cuando llegó el ejército austriaco no pudo encontrar a nadie de su propia gente para defender su castillo; pero estaban los gitanos. ¡Míralos! Veinte días de asedio, ¡y cómo luchan! Siempre somos leales cuando se nos pide que luchemos. Nunca echamos a correr ante un ataque. Excepto, por supuesto, cuando sería una locura resistir. Perenyi ha desaparecido hace tiempo, ha huido por la puerta de atrás, dejando el castillo abandonado. Así que ahora es un castillo gitano. Si lo salvamos, podemos quedárnoslo. Pero por supuesto no hay forma alguna de salvarlo. Los austriacos no piensan ceder.

—¡Seguid luchando! —grita Polarca—. ¡Vais a vencer!

Hombres sudorosos vestidos con sucios harapos cargan los grandes cañones y les acercan las antorchas. Allá abajo, el paisaje entra en erupción, y los austriacos se dispersan. Los gitanos vuelven a cargar los cañones. Yo mismo echaría una mano si pudiera. Volver a cargar, apuntar, disparar. Volver a cargar, apuntar, disparar. Polarca salta de almena en almena. Los demás Yakoub corren alocadamente de un lado para otro, sonriendo, gritando, animando a los defensores. Salvaremos el castillo de Ferenc Perenyi de los austriacos para él, y si Perenyi no vuelve nunca, el castillo será nuestro. ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Los austriacos huyen!

Pero los cañones del castillo empiezan a callar.

—¡Disparad! ¿Por qué no disparáis? —grita Polarca.

Nadie puede comprender lo que dice. El estruendo de la batalla ahoga

sus palabras. El aullar del viento, los gritos de los heridos. ¿Y quién puede comprender además el remani de un rom del Reino, allá en la Tierra, dieciséis siglos en el pasado? Pero sigue intentando animar a los luchadores.

—¡Disparad! ¡Disparad!

—Se les ha agotado la pólvora —digo suavemente a su oído. Así es. El jefe gitano se yergue en las almenas, agitando los puños.

—¡Sucios bastardos! —grita a los austriacos. Eso es lo que debe estar diciendo—. ¡Sucios bastardos! ¡Si tuviéramos más pólvora acabaríamos con todos vosotros!

Los atacantes empiezan a darse cuenta, ahora, de que el fuego ha cesado.

—¡Adelante! —grita Polarca—. ¡Con las manos desnudas! ¡Con puños y con nudillos!

Los austriacos acuden corriendo colina arriba. No podemos hacer nada contra ellos, Aquí y allá, un rifle dispara un único tiro: pero nuestra pólvora se ha agotado, y saltan por encima de las murallas del castillo. La batalla está perdida. El castillo está perdido.

Y un hermoso momento final. Las tropas austriacas se cierran sobre los valientes gitanos, que están luchando hasta el último, con porras, cuchillos, puños, cualquier cosa. Y los atacantes ven que no hay húngaros allí, que sólo quedan gitanos para defender el castillo. Aparece el general austriaco. Hace un amplio gesto con ambos brazos. Y exclama:

—¡Corred, gitanos, corred tan aprisa como podáis! —No habrá ningún intento de hacer prisioneros. Los derrotados gitanos se marchan rápidamente, y los austriacos les dejan hacerlo. Y el Gran Ida está perdido. Sólo quedan unos pocos espectros rom. Ahí está Polarca, muy arriba. Hay otro Yakoub, y otro más, sobre las almenas. ¿Y aquí? ¿Valerian? Rostros familiares por todas partes. Fue una derrota gloriosa, y todos acudimos a verla. Algunos de nosotros muchas veces. Así es nuestra historia, supongo. Una gloriosa derrota tras otra. Siempre denotas. Pero siempre gloriosas.

SEIS:

UNA VELA ES TODA LLAMA DE EXTREMO A EXTREMO

Siéntate a la orilla de un río y aguarda. Más pronto o más tarde aparecerá flotando el cadáver de tu enemigo.

1

Deben comprender que la vida en una mazmorra no se reduce a pasarse simplemente todo el tiempo espectralando. Puedes espectral todo lo que quieras, es cierto, pero pronto terminas cansándote de ello. Arriba y fuera, lejos y más lejos, mucho y demasiado: la vida ectoplásmica tiene sus alegrías, pero finalmente termina aburriéndote.

Por supuesto, la vida en una mazmorra también te aburre, y mucho más rápidamente. Pero es menos cansada. Espectral exige mucho de ti, a cualquier edad. (Creo que me exigía más cuando tenía veinte años que ahora, ciento cincuenta años más tarde.) Así que el truco consiste en mantener un equilibrio entre el aburrimiento de lo espectral y el agotamiento de hacerlo demasiado. Ése es el truco en todos los aspectos de la vida. Cometes este exceso, y luego cometes ese otro exceso, y todo confluye en medio, si tienes suerte. Si sobrevives el tiempo suficiente, puedes decir que has llevado una hermosa y moderada vida. La teoría de neutralizar los excesos. A largo plazo todas las fuerzas entran en equilibrio, y los extremos se anulan. Esto se conoce como el proceso de regresión al término medio. A la larga hace que tu vida sea muy feliz. Por supuesto, a la corta puede volverte completamente loco.

Nada tan drástico como esto me ocurrió en la oubliette de Shandor. Espectré aquí, espectré allí, y en los intervalos entre espectralar y espectralar conté las losas de piedra del suelo, conté las piedras que formaban las paredes, calculé la cantidad de oro que debía haber esparcido, átomo a átomo, entre el suelo y las paredes, jugué con mis serpientes, le conté historias a mi moho volátil, intenté atrapar mis protozoos por su agitante cola, y cuando vinieron a bailar las ratas les dediqué arengas en distintas lenguas y dialectos.

En conjunto, aquello era como emprender un viaje muy largo por el relé de tránsito, pero algo más interesante, porque en un viaje por el relé de

tránsito no dispones de serpientes ni de moho volátil ni de protozoos su de ratas para distraerte, nada salvo el colosal aburrimiento del viaje. Por otra parte, estás viajando, de modo que sabes que finalmente llegarás a alguna parte. Una cosa que estaba empezando a ocurrírseme mientras las horas se transformaban en días y los días se unían uno tras otro en madejas de indeterminable longitud era que allí abajo lo más probable era que no fuese nunca a ninguna parte. Después de todo, aquello era una oubliette. ¿Y cuál es el uso tradicional de una oubliette? Bien, meter y olvidar en ella a todo prisionero incómodo. Para siempre, si era necesario.

Mi intuición me había dicho que sería un movimiento útil, políticamente hablando, permitir que Shandor me encarcelara. Pero tal vez la gente ordinaria no pensara así. Diría que es una locura entregarte en manos de un artero y monstruoso villano como Shandor. Bien, lo es, por supuesto. Cualquier simplón puede verlo. Pero yo no soy ni un simplón ni una persona ordinaria, y capto la vida como una partida de ajedrez. El buen jugador aprende a prever cinco o seis movimientos. Y eso era lo que yo había hecho. Y, como consecuencia de ello, había ido a parar a aquella deplorable oubliette, exactamente como había esperado. Ahora estaba empezando a pensar que tal vez me había pasado de listo.

Afortunadamente, no tengo la costumbre de abandonarme con frecuencia a largas meditaciones de desánimo y desesperación. En vez de ello, me abandoné a largas sesiones de contar las piedras del suelo y a lanzar discursos a las ratas. Y a espectrar de tanto en tanto a un cierto número de planetas en todas las eras accesibles. Así pasó el tiempo.

Y, un día, Shandor acudió a visitarme.

Hubo el habitual crujir y resonar fuera de la celda que me dijo que uno de los robots carceleros me traía mi bandeja nocturna de gachas y té ligero. Luego oí un crujir y resonar no habitual, y la sección frontal de la pared empezó a deslizarse hacia atrás. Shandor estaba allí de pie, mirándome con ojos llameantes. Llevaba una ridícula capa roja y un pañuelo amarillo, y el sello de su cargo resplandecía en su pecho, recorriendo toda la gama del espectro.

—Llegas pronto para la cena —dije—. Pero siéntate de todos modos y considérate como en tu casa. ¿Te apetece un poco de champaña?

No sonrió. Parecía tenso y vil, incluso más que de costumbre. Irguiéndose en lo que debía esperar que fuera una arrogancia real, se puso a caminar por la celda como un conquistador.

El sello de su cargo era cegadoramente brillante en la semioscuridad.

—¿Te importaría apagar esa cosa? —pedí—. Estás asustando a las

serpientes. Además, sabes que no tienes derecho a llevarla.

—No empieces de nuevo conmigo, Yakoub.

—¿Quién empezó con quién? Yo estaba sentado aquí ocupándome de mis propios asuntos cuando has entrado sin que nadie te llamara. Esparciendo a tu alrededor toda esa maldita luz. Tengo derecho a paz y tranquilidad en mi propia celda.

—Estás realmente loco —dijo hoscamente.

—No lo creo.

—¿Por qué me causas tantos problemas?

—¿Yo? ¿Problemas?

—Y a toda la nación rom.

Me erguí en mi asiento, todo atención.

—¿Qué es eso? ¡Extrañas palabras brotan de la boca de Shandor! ¿Expresas preocupación por el bienestar de la nación rom, hijo mío? ¿Tú?

—Estás decidido a ponerme furioso, ¿verdad?

—¿Quién, yo?

—Esta vez no lo conseguirás. He venido a ofrecerte un trato, padre.

—*Padre*. ¿Cuándo oí por última vez esa palabra de tus labios? No dejaré que me espolees. —Se sentó en el banco de piedra frente a mí, lo bastante cerca como para que pudiera agarrarlo y abofetearlo una y otra vez si me apetecía. Abofetearlo lo había vuelto loco, la otra vez. Ahora parecía estarme desafiando. Me miró durante largo rato como si intentara leer mi mente. Finalmente dijo:

—Abandonaste el Reino. Todo el inundo está de acuerdo en eso. Anunciaste tu abdicación y desapareciste, dejándonos a todos plantados. Durante cinco años no hubo rey. Toda la nación rom gritaba pidiendo un rey. Incluso el *Imperio* pedía uno. Hubieras debido oír a Sunteil gimiendo y rezongando. El emperador es un zombie, decía, y los roms tampoco tienen rey. Toda la estructura gubernamental va a desaparecer en un vacío de poder, ¿Qué ocurre con vosotros?, preguntaba Sunteil. ¿Por qué no elegís un nuevo rey? Así que finalmente lo hicimos.

—La elección fue inválida —dijo suavemente.

Sus ojos llamearon fuego, pero se mantuvo bajo un tenso control.

—¿Por qué?

—Porque la krisatora nunca ratificó mi abdicación. Un rey rom *no puede* abdicar. No existe una tradición de abdicación.

—Te aseguro que la ratificaron. Yo estaba allí cuando lo hicieron.

—¿El día que te eligieron a ti?

—Sí —dijo.

—Eres el fijo de un rey. El hijo de un rey no puede ser rey.

—Sólo porque nunca haya ocurrido antes no quiere decir que no pueda ocurrir nunca.

—Un criminal convicto tampoco ha sido elegido nunca rey.

Un músculo se crispó en la mejilla de Shandor. Pero siguió inmóvil. Estaba haciéndolo bien, era Shandor.

—¿Un criminal, padre?

—El asunto de Djebel Abdullah.

—El primer juicio fue una farsa. Hubo prejuicio de arriba abajo. Más tarde pude demostrar que hice todo lo posible por salvar a mis pasajeros, y un segundo juicio me exoneró por completo.

—Ninguno de tus pasajeros testificó en ninguno de los dos juicios.

—Eso no es cierto.

—Ninguno de los que fueron servidos en la cena, muchacho.

—¡No me llames *muchacho*! ¡Soy tu rey!

—No mío, Shandor.

—El segundo veredicto...

—Fue tan legítimo como la sesión del gran kris que te eligió Rey de los Roms.

—Soy el rey, padre. Te guste o no. La krisatora me eligió y la gran kumpania de roms en todos los mundos me ha aceptado. Y he estado en la Capital, y el propio emperador ha posado sobre mis hombros el cetro del reconocimiento.

—¿Lo ha hecho, de veras?

—Con sus propias manos. Y con Sunteil, Naria y Periandros a su lado. Y esto, viviendo en el palacio del rey, y mis decretos son obedecidos en todos los mundos. Enfréntate a la realidad, vieja. Tu abdicación es vinculante. Y no puedes revocarla.

—Dijiste que habías venido aquí para ofrecerme un trato —le recordé.

—Sí.

—Adelante. ¿Cuál es el quid y cuál el pro quo?

—Quiero que me des tu bendición. Quiera que hagas un reconocimiento público de mi persona como Rey de los Roms y renuncies a toda pretensión al trono. Además, me han dicho que te llevaste el cetro contigo cuando te fuiste de aquí. Ese cetro me pertenece.

—Ah. Eso es lo que deseas, ¿verdad? Mi bendición y mi cetro.

—A cambio —dijo—, te dejaré salir de aquí. Te permitiré que vuelvas a Xamur, a tu propiedad de allá, a Kamaviben, y vivas el resto de tus días en la riqueza y el lujo.

—Mi libertad es propiedad exclusiva mía, otorgada por Dios, que ningún hombre puede arrebatarme. ¿Me propones darme algo que ni siquiera es tuyo, si acepto apoyar tu pretensión a algo que tampoco es tuyo? ¿Qué clase de trato es ése?

—Es un trato que te sacará de esta mazmorra, padre.

—Me gusta esta mazmorra.

—Podría hacerla a prueba de espectrar. ¿Te gustaría tanto, entonces?

—¿Es eso una amenaza? ¿Quieres mi bendición bajo coacciones?

—Te *pido* tu bendición. No te la exijo. El que estés prisionero aquí es una molestia para mí.

—Sí. Lo sé. Por eso precisamente estoy aquí.

—Mientras continúes reclamando el trono pones en peligro toda nuestra nación.

—Yo podría decirte lo mismo, Shandor.

—Había un hueco en el gobierno. Ya no lo hay. Con tu obstinación fomentas la disensión, arrojas dudas sobre la legitimidad del gobierno rom, minas la estabilidad de todo...

—Por supuesto que lo hago. No necesitas decírmelo.

—Eres un viejo malicioso.

—No. Tú lo eres. —Me eché a reír—. Vete, Shandor. Déjame tener un poco de paz.

—¡Si me voy, te pudrirás aquí hasta el final de los tiempos!

—¿Le harías eso a tu propio padre?

—¿Eres mi padre?

—Y mancillas la memoria de tu madre también, por lo que veo. Eres realmente un excremento sin el menor valor, ¿lo sabías? Maldigo el pequeño instante de placer que te trajo al universo. Maldigo la alegría que sentí entre los muslos de Esmeralda. —Dije esto calmadamente, incluso dulcemente—. No voy a hacerte rey, Shandor, no importa lo que bufes y gruñas. Tampoco me asustas amenazándome con retenerme en este hermoso hotel tuyo. E, incidentalmente, no hay forma alguna en que puedas convertir esta celda en un lugar a prueba de espectrar. ¿No te das cuenta? Si puedo respirar, puedo espectrar. Allá donde esté. En cualquier momento. —Cerré los ojos y espectré, entonces y allí, delante de él. De regreso a Xamur, algo así como un siglo antes. Para ver a mi joven y querida esposa, para ver a mi encantador primogénito recién nacido. Shandor estaba echando humo cuando regresé, una fracción de segundo más tarde—. Tu madre fue una mujer espléndida, Shandor. Acabo de hacerle una visita. Para decirle lo mucho que la quise. Y para que sepa la maravillosa persona que ha

resultado ser su hijo mayor. ¿Por qué no vas a visitarla también? Sé que le encantará verte.

—¡Vas a pudrirte aquí para siempre, viejo! —gritó venenosamente Shandor.

2

Shandor nunca supo mantener sus promesas. Algo así como una semana más tarde, sus robots vinieron a por mí y me transfirieron sin advertencia previa a una celda mucho mejor acondicionada en un nivel superior del edificio. Seguía sin haber ventanas, pero no había ratas, ni protozoos gigantes, ni moho volátil. Tampoco serpientes. Eché en falta las serpientes, un poco. Tenían una cierta elegancia, y eran inofensivas. La nueva celda era más cálida y seca, y tenía un camastro mucho más cómodo. El suelo era una sólida losa de oro. Había habido períodos en la historia en que uno se hubiera sentido orgulloso de verse encerrado en una celda donde el suelo fuera una losa de oro, supongo. Bien, eso estaba bien. Pero no podía olvidar nunca que aquello era Galgala, donde el oro no es mucho más valioso que el cartón, y que podía tener un suelo de oro en la celda de mi prisión sin que por ello dejara de ser una celda de una prisión. Casi siempre iba descalzo. El oro era suave y casi parecía como si cediera bajo mis pies, de esa forma particular en que el oro suele dar esa impresión. Empecé a grabar líneas en él para llevar la cuenta del tiempo. Normalmente, ¿saben?, no me importa en absoluto llevar la cuenta del tiempo, y mezclo alegremente décadas enteras de cronología sin ver el menor problema en ello. Pero, allá en mi confinamiento, estaba empezando a preguntarme cuánto tiempo debía llevar ya. Un tiempo considerable, como descubrí más tarde.

De todos modos, Shandor no había cumplido su promesa de dejarme pudrir en aquella húmeda oubliette. No era tan estúpido como para pensar que se había ablandado. Los Shandor de este universo no conocen el significado de esa palabra. No, probablemente sólo había cambiado de opinión respecto a la eficacia de dejarme pudrir. Quizás había decidido que yo era tan viejo y correoso que me había vuelto resistente a la putrefacción, como esa rara madera amarilla de Gran Chingada, que puede pasarse quinientos años sumergida en un pantano de mungarthangar sin cambiar en absoluto. O quizás imaginó que era una mala política para el Reino que se descubriera que mantenía a su anciano padre encerrado en un cubil de serpientes y ratas. No lo sé. Es posible que hubiera imaginado alguna estrategia completamente nueva, que le hiciera sacar ventaja de mantenerme en una celda mucho más confortable. No veía cuál podía ser esa estrategia, pero no me importaba.

Polarca llegó espectrando y dijo:

—¿Y bien? ¿Te gusta un poco más ésta?

—Nunca viste la anterior —respondí.

—Por supuesto que la vi. Vine tres veces. Las tres estabas durmiendo. Como un bebé, roncando. Ni siquiera te importaba tener una especie de rata sentada sobre tu pecho.

—Hubieras podido decir hola.

—Parecías tan relajado —dijo Polarca.

—Oh, eres un maldito bastardo. ¿Qué ocurre ahí fuera?

—¿Cuándo?

—En este momento.

—¿Cómo quieres que lo sepa? No vengo de ahora.

—¿De cuándo vienes, entonces?

—Sabes que no puedo decirte eso.

Hubiera deseado estrangularle.

—El Reino está en un apuro, mundos enteros se tambalean, tu más viejo y más querido amigo está sentado impotente en una mazmorra, ¿y tú decides atenerte estrictamente a las reglas?

—Son reglas importantes, Yakoub Tú lo sabes. ¿Necesito realmente recordártelo? Cuando empiezas a abusar del espectrar para pasar información hacia atrás en el tiempo, todo el universo empieza a descomponerse.

—Ya se está descomponiendo de todos modos. Pero tú puedes ayudarme.

—No. Creo que no puedo.

—Entonces, ¿por qué te molestas en venir? ¿Sólo para torturarme?

—Me gusta ver el brillo de tus ojos. Pareces tan sexy cuando estás aburrido.

—¡A ti te daré sexo, exasperante hiena!

—Ah. Ah. Domina tu genio, Yakoub. Recuerda tu presión sanguínea.

—Vas a volverme loco. ¿Me merezco eso? ¿Un hijo como Shandor y un amigo como tú?

—Pero yo soy tu amigo. No sabes lo bueno que soy contigo. Y no quiero que pienses que no te estoy ayudando. —Su manto de espectro parpadeó y sufrió algunos curiosos cambios electromagnéticos, el equivalente espectral a un largo y sufriente suspiro—. De acuerdo. Escúchame, Yakoub. Tu petición me hace sangrar el corazón. Va en contra de todas las reglas, pero voy a dejarte saber el futuro de todos modos. —Derivó más cerca de mi oído e inclinó la cabeza y bajó la voz a un nivel confidencial, insinuante—. Todo va a ir bien —susurró.

—¿De veras?

—Todo. La curva fundamental de nuestro destino racial. El Reino, el

Imperio, la Estrella Romani. Todo. Nunca digas que tu viejo amigo Polarca no te ayuda. Ahora puedes darme las gracias.

—¿Es a eso a lo que tú llamas ayudar?

—¿Es a eso a lo que tú llamas agradecimiento?

—¿Agradecimiento por qué?

—Mírate, frunciéndome el ceño. Te dije lo que deseabas saber, ¿no? ¿Acaso no hallas consuelo en saberlo? ¿No te sientes aliviado? Eres un desagradecido hijo de puta.

Le fruncí el ceño aún más.

—¿De qué me sirve tu gran revelación? No es el vago destino final lo que me preocupa. Es lo que ocurrirá ahora. ¿Voy a vivir? Dame detalles, ¿quieres? Quiero saber qué hay escrito para ahora, lo que ocurrirá a continuación, no lo que va a ocurrir dentro de un millar de años.

—¿Quieres que cometa pecados?

—¿Es un pecado ayudar a tu rey?

—Deberías sentirte avergonzado. Manipularme de este modo. Y esa desagradable indolencia. ¿Toda tu vida has resuelto tus asuntos por ti mismo, y ahora quieres que te haga un esquema?

—Todo lo que quiero es unos cuantos datos.

—Esto es absolutamente chocante.

—Eres un cerdo testarudo, Polarca.

—¿Yo, testarudo? ¿Yo?

—Un indicio —supliqué—. alguna pista. O si no, deja de venir a irritarme. Prefiero no verte que dejar que me incordies de este modo.

—¿Lo dices de veras?

—Lo digo de veras.

—De acuerdo —afirmó—. Me das lástima. Violaré toda la ética del espectrar. Te diré las cosas que ni tú te dirías a ti mismo..., ¿dónde está tu espectro, Yakoub, por qué no está él dándote algunos indicios? Te daré una idea de lo que te espera.

—Adelante.

—La clave te vendrá en la bandeja que tendrás ante ti.

—¿En la bandeja?

—No digas que nunca te proporciono indicios.

—¿Qué indicio? ¿Qué significa eso, en la bandeja?

Agitó tristemente la cabeza.

—Pensé que eras listo. Se suponía que eras la inteligencia que sabía ver a lo lejos. ¿Así que te doy el indicio que quieres, y ni siquiera deseas seguir adelante por ti mismo? ¿Prefieres quedarte sentado aquí, esperando otro?

Oh, no, Yakoub, ya te he dado tu indicio. No me pidas más.

—Oh, eres un maldito bastardo, Polarca.

—Aquí lo tendrás. Directamente en tu bandeja.

—Maldito seas, Polarca.

Desapareció. Cuando me trajeron mi primera comida en la nueva celda, contemplé mi bandeja durante diez minutos, intentando averiguar de qué se trataba. Las habituales gachas calientes, el habitual tazón de té tibio. Lo único diferente era una pequeña fuente de algún tipo de ensalada galgana de verduras a un lado. Estudié aquella ensalada de verduras como si contuviera el secreto del significado de la vida. Quizá lo contuviera, pero no se me reveló. Al cabo de un tiempo lo comí todo. Siguió sin decirme nada. Como he dicho antes, hay veces en que Polarca me hace sentir tan obtuso como un gaje. Y él disfruta con ello. Dios me ha dado un monstruo por hijo y un sádico por amigo.

Bien, Dios es infinitamente sabio e infinitamente amante. ¿Quién soy yo para cuestionar Sus dones?

3

Dios me dio a Polarca cuando realmente lo necesitaba. Y también le dio mi persona a Polarca, cuya necesidad tal vez fuera mayor. Creo que puede que él me salvara la vida, y sé que yo salvé la suya. Eso fue en Mentiroso, hace mucho tiempo. Desde que estuvimos juntos en Mentiroso, aceptaré de él todo lo que me eche. Además, sé que me quiere bien. Cree realmente que me divierte cuando se dedica a sus pequeños juegos conmigo. La mayor parte de las veces tiene razón.

Mentiroso es uno de esos lugares terribles que Dios debió crear a fin de que pudiéramos apreciar mejor la maravillosa belleza del resto de Su universo. Es algo así como el cráter Idradin de Xamur. El cráter proporciona exactamente el toque de imperfección necesario para revelar Xamur como la obra maestra que es. Pero el Idradin es un solo rasgo geológico, y uno puede pasar toda su vida en el encantador Xamur sin siquiera tener que mirar nunca por sus fétidas fauces. Mentiroso, en cambio, es todo un planeta.

Que pueda existir un planeta entero tan terrible como Mentiroso hace que uno, si es un alma cándida o dada a la impiedad, empiece a preguntarse acerca del carácter psicológico fundamental del Creador. Para crear un lugar como Mentiroso, puede argumentarse, una deidad necesita tener algo de la cualidad esencial de Mentiroso dentro de sí. La mente simple dirá que, si Dios tiene algo como Mentiroso en Su alma, entonces, ¿qué diferencia hay entre Dios y el Demonio? Y el impío dirá: Sólo un Creador realmente abominable podría crear Mentiroso.

La verdad es que ambos tienen razón, a su manera. Pero sólo ven la sombra de la verdad. La mente simple falla al considerar que no hay diferencia entre Dios y el Demonio, puesto que el Demonio es un aspecto de Dios, del mismo modo que el Idradin es un aspecto de Xamur. El impío falla al considerar que lo que nos parece abominable puede que no se lo parezca a Dios. Dios es infinito. Lo contiene todo, incluso lo que consideramos inicuo, o feo, o repugnante. No está necesariamente de acuerdo con nuestra opinión. No tiene por qué estarlo. Ésa es la ventaja de ser Dios. Nosotros, por otra parte, somos requeridos por el sistema para que intentemos ver las cosas a Su manera, porque si no lo hacemos pereceremos. Intentar ver las cosas a Su manera es filosofía. Ver realmente las cosas a Su manera es empezar a volverse sabio. Ningún ser humano, desde el principio de los tiempos, ha tenido realmente éxito en volverse sabio, pero algunos se han acercado más que otros.

Uno nunca sospecharía, contemplando las fotos de Mentiroso en alguna

revista de viajes, que es uno de los lugares más terribles del universo. (Quizás el más terrible, aunque creo que puede verse superado en esa cualidad por Trinigalee Chase. Puesto que nunca deseo volver a pensar en Trinigalee Chase ni en ninguno de sus detalles, no soy capaz de efectuar la comparación. Si desean ustedes mi consejo, manténganse alejados de ambos. Ninguno de los dos es un paraíso para las vacaciones.)

Fui a Mentiroso como esclavo, pero esta vez, en contraste con mis dos períodos anteriores de esclavitud, sólo puedo culparme a mí mismo de ello. No fui vendido; yo mismo me vendí. Fue cuando era un explorador espacial independiente, unos años antes de empezar a trabajar para la kumpania de la familia de Esmeralda. Al igual que le había ocurrido a mi abuelo antes que yo, me arriesgué demasiado, financieramente hablando, y me hundí en la bancarrota. Y, como había hecho mi padre, vi la esclavitud voluntaria como la mejor salida. Debía diez mil cerces -¿pueden creerlo?-, e iban a embargarme mis tierras de Xamur para cobrar la deuda. Entonces descubrí que había otra solución, un compromiso de trabajo de cinco años en un lugar llamado Mentiroso, que cubría exactamente el importe de mi deuda. Así que me agarré al clavo ardiendo.

Quizá primero hubiera tenido que investigar un poco. Mentiroso había sido descubierto hacía muy poco, y no había muchos datos disponibles sobre él. Por mucho que yo había viajado, nunca había oído hablar de él, y no me importó averiguar más que si podía respirar su aire y qué tipo de clima tenía. No me detuve a preguntarme por qué alguien parecía dispuesto a pagarme tanto por un contrato de cinco años. Lo pagué con creces.

Tuve que tomar el relé de tránsito para Mentiroso en Clard Msat. Cuando tendí mi billete al técnico que preparaba las coordenadas en el hangar de tránsito, me miró durante largo rato y finalmente dijo:

—¿Mentiroso? Está usted bromeando, ¿verdad?

—No que yo sepa.

—¿Realmente quiere ir allí?

—Allí es donde está mi trabajo.

—Entonces debe estar hablando en serio. Pobre tipo. —Agitó tristemente la cabeza—. Quiere ir a Mentiroso. Tiene un trabajo en Mentiroso. ¡Pobre tipo!

Nadie me había llamado eso antes en toda mi vida. No creo que nadie lo haya hecho nunca desde entonces tampoco. Empecé a preguntarle qué había que fuera tan malo en Mentiroso. Demasiado tarde. Tecleó las coordenadas más aprisa de lo que puede llegar a pedorrearse un espectro, y el tránsito me agarró de inmediato. Lo último que vi fue la expresión de

lástima en sus ojos. Lo siguiente que vi, casi inmediatamente, fue Mentiroso.

Los otros mundos horribles que he visitado -digamos Alta Hannalanna, o Megalo Kastro- te dicen inmediatamente lo que son. Los odias a la primera ojeada. Desde el aire, sin embargo, Mentiroso parece bastante aceptable. Un mundo estándar de tipo humano: océanos azules, vegetación verde, sol amarronado. Un poco descuidado quizá, sin demasiados bosques ni montañas, casi en su mayor parte una enorme y ondulante sabana de costa a costa. Ningún signo evidente de vida superior. (De hecho, no hay mucha, más allá de algunos insectos y reptiles y unos pocos mamíferos no especializados. Hay una buena razón para ello también.) Pequeños casquetes polares, un clima templado en todas partes, aire respirable, quizá un poco demasiado alto en nitrógeno, pero eso no es serio. El clima es más bien seco. Todo parece correcto.

Luego aterrizas, y te sumerges en el infierno.

Empiezas a sentirte mal desde la primera bocanada de aire. Con la segunda, la intranquilidad bordea el miedo. Una inspiración más, y el miedo se transforma en ciego terror, y desde entonces ya nunca te abandona. No sabes de qué tienes miedo, y nunca lo descubres. Aparece burbujeando a través de todo tu cuerpo, tu piel, los dedos de los pies, los dedos de las manos. Todo lo que has temido alguna vez en tu vida hierve en ti al mismo tiempo. Tus peores fantasías. La cornuda criatura de pie al lado de tu cama en la oscuridad. Los pequeños insectos relucientes que reptan sobre tu cuerpo cuando estás enfermo. La tierra que desaparece bajo tus pies, y el abismo que se abre ante tus ojos. La sedosa tela de la tapa del ataúd que aprieta contra tu rostro mientras permaneces tendido allí, impotente, enterrado vivo. La ráfaga de viento que arrastra agujas invisibles. El ojo rojo que te observa desde el cielo. El susurro a tus espaldas. Las repentinas mandíbulas que se cierran entre tus piernas.

Es una presencia tangible, ese miedo que se abalanza sobre ti en Mentiroso. La sientes enrollarse a tu alrededor como un helado sudario. La ves brillar en el aire como un muro de fría luz. Se te eriza la piel. Tus testículos intentan trepar por el interior de tu vientre. Tus dientes hormiguean y se agitan como si fueran a caérsete todos a la vez.

No hay escapatoria, te vuelvas hacia donde te vuelvas. Permea todo el planeta. Nadie sabe por qué. El lugar está embrujado. Un dios mora en él. No Dios, sino un dios, y no un dios amistoso. Quizá sea Pan, el viejo macho cabrío griego cuya especialidad era causar pánico. Lo ves inmóvil, agazapado en su nombre, pánico. Pánico es lo que sientes en Mentiroso, hora tras hora, una constante premonición que nunca te abandona. Nunca

llega a ocurrirte nada malo. Ninguno de tus temores se materializa. Sin embargo, no hay respiro. No te adaptas a ello; no llegas a insensibilizarte. No puedes decirte a ti mismo que es un capricho de la naturaleza, que sólo se trata de algo en el aire. Simplemente sigues y sigues, temblando temeroso, cada minuto que permaneces allí. Algunos minutos son peores que otros, pero ninguno de ellos es bueno, nunca. No es extraño que no existan formas de vida superiores en Mentiroso. Por maravillosamente versátil que sea la Madre Naturaleza, ni siquiera ella ha conseguido evolucionar un organismo complejo con un sistema nervioso capaz de resistir toda una vida de miedo y temblores. A los insectos y reptiles, evidentemente, no les importa.

Lo peor de todo es que el temor que inspira Mentiroso puede ser embotellado y vendido a buen precio. Hay un abundante mercado para él. No sé qué es peor: que exista un lugar como Mentiroso, o que los seres humanos hayan hallado una forma de aprovechar la miseria que ese desdichado planeta exhala. Detesto ambas ideas. Puede que se pregunten ustedes cómo pueden existir tales cosas. ¿Y yo qué sé? Pregúntenselo a Dios.

El hombre que halló una forma de convertir la pesadilla despierta de Mentiroso en buen dinero se llamaba Nikos Hasgard. Lamento decir que había sangre rom en él: era un poshrat, un mestizo, su padre era un gaje de Sidri Akarak y su madre una auténtica rom de Estrilidis. Fue su lado rom el que lo hizo lo bastante listo como para ver la manera de explotar un lugar como Mentiroso, y su lado gaje el que le dio la insensibilidad necesaria para llevarla a la práctica.

Hasgard era un hombre pequeño y descarnado, de rostro vulgar, con unos ojos como látigos y una boca siempre tan fuertemente apretada que no era más que una línea debajo de su nariz. Te desagradaba a primera vista. No sólo estaba dispuesto a sacarle provecho a Mentiroso, sino que no parecía molestarle vivir allí durante varios meses seguidos: así era de duro. (O quizá fuera tan retorcido que le gustaran las cosas que Mentiroso le hace a tu alma.)

El proceso Hasgard implica grabar las descargas neurales de los cerebros humanos que han estado expuestos durante períodos prolongados de tiempo a las ansiedades que suscita Mentiroso. Tú te sientas allí y tiemblas y te estremeces, y la máquina registra todas tus emisiones de tensión y aprensión y nerviosismo y agitación. Esas grabaciones son bombeadas a una batería de almacenamiento psicoactiva, de donde pueden ser extraídas en cualquier momento.

Hay tres niveles de intensidad de la reproducción. El Nivel Uno te proporciona, o eso me dijeron, una especie de interesante estremecimiento, el tipo de cosas que le hace a uno el leer una novela de terror a última hora de la noche. Es simple entretenimiento, de un tipo que siempre me ha parecido un tanto torpe, pero supongo que no es asunto mío cómo decide divertirse la gente. Ciertamente, el Nivel Uno es inofensivo.

El Nivel Dos no sólo es inofensivo, sino en realidad beneficioso. Lo que el cliente, recibe a este grado de intensidad es un shock de motivación energizante que le golpea de la misma forma que una espuela golpea las ingles de una mula. Una sacudida de Hasgard Dos te llevará flotando a través del trabajo más difícil y comprometido sobre una gloriosa ola de confianza y fuerza. Es estrictamente el equivalente al viejo y primordial impulso de la adrenalina, y no hay ninguna droga que pueda comparársele. Las ventas de los activadores Hasgard Dos deben remontarse a los mil millones de cercos al año, quizá más. Dicen que su uso no es adictivo, pero me han contado que resulta muy difícil pasarse sin ellos una vez has empezado a usarlos regularmente. Yo mismo los probé una o dos veces.

En cuanto al Hasgard Tres, la posición oficial de la Compañía Hasgard es que no existe. Que se trata simplemente de una fantasía paranoide de alguien, que ha empezado a circular de tal modo que de alguna forma ha adquirido una especie de realidad pese a su no existencia. Pero existe. Después de ser proclamado rey vi los informes. Lo que hace el Hasgard Tres es volver loca a la gente. Una simple dosis de Hasgard de tercer nivel es el equivalente a cinco o diez años en Mentiroso metidos en tu mente en un solo y cataclísmico momento. Las personas fuertes y resistentes se vuelven locas, y las débiles simplemente mueren. Pese a las sonoras negativas de la gente de Hasgard y los constantes esfuerzos de las autoridades imperiales de aduanas, de algún modo se fabrica y se envía a toda la galaxia, para ser utilizado por criminales para tortura, extorsión o asesinato. En esa categoría criminal incluyo a algunas agencias gubernamentales.

Los tres niveles de activadores Hasgard son producidos en Mentiroso de la misma forma. Ocupas un asiento en lo que ellos llaman el pozo de sinapsis, y se fijan los distintos electrodos y demás dispositivos de grabación. Durante las siguientes seis horas, mientras oleada tras oleada de aquel peculiar y abrumador terror que engendra Mentiroso en la mente humana barre tu cerebro, tus sensaciones son recogidas y alimentadas a las unidades de almacenamiento. Eso es todo. El trabajo es más difícil de lo que puede parecer -es el equivalente psíquico de donar sangre, y lo haces seis horas al día-, pero eres muy bien pagado por ello, como lo es toda labor

esclava; los alojamientos son confortables, y la comida no es mala; durante tus horas libres dispones de todo tipo de diversiones. El problema es que te sientes tan asquerosamente mal durante todo el tiempo que sientes muy poco interés hacia ningún tipo de diversión. Lo único que deseas es terminar tu contrato de cinco años, recoger el salario acumulado y partir de allí como alma que lleva el diablo. Si abandonas antes de los cinco años, no recibes ninguna paga: eso es lo que significa ser esclavo. Pese a todo, muchos empleados de Hasgard abandonan antes de cumplir esos cinco años. Si recuerdo bien las cifras, uno de cada cinco se vuelve loco de una forma que lo hace inservible para el pozo de sinapsis. Una de cada cinco se desmorona y muere bajo la interminable tensión mental de la vida en Mentiroso o el esfuerzo de trabajar en el pozo, o ambas cosas. Y uno de cada diez se suicida.

Eso significa que tienes un cincuenta por ciento de posibilidades de terminar tus cinco años incólume. Esos hechos no son divulgados, pero tampoco son mantenidos estrictamente secretos. En una sociedad más humana, supongo, la producción de activadores Hasgard por esos métodos estaría prohibida. Pero hay que tener en cuenta que los activadores de Nivel Uno son tremendamente populares en todas partes, y que los activadores de Nivel Dos están considerados ampliamente por la mayor parte de los gobiernos planetarios actuales como dispositivos esenciales para la intensificación de la productividad. En cuanto al Nivel Tres..., bien, parece haber una firme demanda del Nivel Tres también.

Cuando ocupé mi puesto en el pozo de sinapsis aquel primer día, había un pequeño rom sentado a mi lado, un hombrecillo nervioso unos años más joven que yo, con unos ojos brillantes y rápidos.

—Sarishan, primo —le saludé.

—Te encantará aquí —dijo—. Bendecirás el día que llegaste a este delicioso lugar. Me llamo Polarca.

—Yakoub —dije. E iba a añadir el nombre de mi familia y el de mi tribu y el de mi planeta de nacimiento, pero en aquel momento temblé con un repentino e incontrolable miedo y me doblé sobre mí mismo con la cabeza entre las rodillas, luchando desesperadamente por no vomitar a causa del pánico. Fue como si alguna enorme bestia durmiente se hubiera vuelto de lado en las profundidades del planeta, y con sus inconscientes movimientos hubiera enviado oleadas de terror retumbando a través de mi alma, sensaciones de desazón mucho más poderosas que cualquier otra cosa que hubiera experimentado hasta entonces. Me sentí amargamente avergonzado de ser visto en un tal estado de terror por otro rom, un hombre, uno más

joven que yo.

Apoyó ligeramente su mano en mi hombro.

—Le ocurre a todo el mundo —dijo—. Simplemente espera a que pase. Sólo es así de malo unas cuantas veces al día.

—¿Qué es? —pregunté cuando pude hablar de nuevo—. ¿Qué me hace sentir así? Llevo aquí un día y medio, y no me he sentido bien ni un solo minuto.

—No —dijo Polarca—. Y no volverás a sentirte bien hasta que te marches. ¿Contrato de cinco años?

—Sí.

—Igual que yo, entonces Tómatelo con calma y procura acostumbrarte, si puedes. Pero nadie puede, nunca.

Se contrajo. Se dobló sobre sí mismo. Ahora fue él el abrumado por el terror.

—Ah —dijo finalmente—. Este mundo está maldito. Este mundo está jodido. No tenías la menor idea de esto, ¿verdad?

—Ninguna.

—Yo sí. Pero no tuve elección. —Se echó a reír—. Claro que nadie tiene nunca ninguna elección. Pero al menos yo sabía en lo que me metía. —Me mostró cómo sujetarme al equipo de grabación. Mis manos temblaban tanto que tuvo que forzarlas sobre los brazos del sillón y apretar duramente mientras me ataba—. Ya está. Tienes que llenar tu cuota, ¿sabes? Debes conectarte apenas llegues. No sirve de nada malgastar el tiempo.

—¿Qué es lo que hace que me sienta así?

Se encogió de hombros.

—Nadie lo comprende. Algunos dicen que es un efecto de ionización. Otros dicen que es algo en la atmósfera. Hay quienes afirman incluso que hay inteligencias alienígenas invisibles e inmensurables flotando por todas partes, y que simplemente disfrutan sometiéndonos a pesadas bromas psíquicas. Pero todo eso me parecen tonterías. Creo que este lugar es simplemente el patio de juegos del Demonio. Viene aquí para sus vacaciones y se lo pasa en grande. Es razonable que al Demonio le encante lo que hace que la gente normal se cague en los pantalones. Y... —Hizo una pausa—. Oh. Oh, Dios. ¡Oh, Jesu Cretchuno! ¡Melalo ana lilyi! —Se dobló de nuevo sobre sí mismo. Le oí sollozar y reprimir sus náuseas. Al cabo de un tiempo volvió a sentarse erguido, el rostro lívido, la frente perlada de sudor. Sus ojos tenían una expresión atormentada. De todos modos, consiguió sonreír.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —pregunté.

—Tres semanas —dijo—. De cinco años.

Éramos los únicos roms en el pozo de sinapsis, y nos caímos mutuamente bien desde un primer momento, y pronto éramos inseparables noche y día. Supongo que era la atracción de los opuestos. Yo era alto y sosegado, él pequeño y voluble. Yo era kalderash, él era lowara. Yo tendía al trabajo duro y casi forzado, Polarca prefería la facilidad en todo. Pero ambos sabíamos cómo reír cuando realmente sentíamos deseos de llorar. Su risa era maravillosa. Si pudiera embotellarse la risa de Polarca, superaría en ventas el Hasgard Nivel Dos en cualquier parte. Le quise ya sólo por su risa. Y por ser rom en aquel horrible lugar donde no había otros de nuestra clase. Ni ningún otro tipo de roms tampoco. Los dos éramos de la auténtica sangre, que es algo más que un asunto de genética. Necesitas sentir una lealtad a algo más que a tu propia piel para ser un auténtico rom. Tomen a Shandor. Shandor es un rom por herencia genética, pero me niego a aceptarle como de la auténtica sangre, aunque sea mi hijo. Polarca, en cambio..., iah, Polarca es un rom de los de veras!

Necesité algún tiempo para darme cuenta de que se estaba muriendo allá abajo en el pozo de sinapsis de Mentiroso.

Intentó ocultármelo. Cuando las olas del terror rodaban por su interior y le hacían estremecerse y sollozar, intentaba recuperarse tan pronto como podía, sonriendo y guiñándome el ojo y haciendo chistes. Yo no sabía el precio que estaba pagando por aquellas sonrisas y aquellos guiños. Mentiroso estaba debilitándole muy aprisa. Exactamente cuán aprisa era algo que él quería mantener en secreto. Es cierto, la mayor parte del tiempo parecía débil y gastado, y se notaba su esfuerzo por mantener los hombros cuadrados, pero ninguno de nosotros resplandecía precisamente bajo el constante bombardeo psicoactivo de Mentiroso. De todos modos, aunque yo no tenía forma de saber lo dinámico y vigoroso que podía haber sido Polarca antes de llegar a aquel lugar, sí podía ver que el hombre al que había conocido en el pozo de sinapsis debía ser una triste y debilitada sombra de su auténtico yo. A lo largo de las semanas que siguieron fue debilitándose aún más. Se estremecía, sufría ataques, tenía dificultades en enfocar los ojos o recordar el principio de sus frases cuando llegaba a su final. A todas luces no iba a poder soportar mucho más. Yo ya había visto a un par de hombres morir de agotamiento allí mismo en el pozo.

Cuando me di cuenta de lo que estaba pasando empecé a preguntar a mi alrededor, intentando descubrir alguna forma de ayudarle. Era demasiado orgulloso para decirme algo útil por sí mismo, pero había otros a quienes preguntar. No deseaba perderle. Sin Polarca a mi lado estimulándome con su irreverencia y sus sarcasmos, iba a volverme loco en aquel lugar. Pero

averigüé lo que tenía que hacer.

Un día acudí al pozo de sinapsis un poco antes que él y efectué un pequeño recableado improvisado de su equipo. No fue difícil. Conecté sus electrodos a mi casco y los míos al suyo; y luego inutilicé el conector que iba de su bobina transductora a la célula de almacenamiento. Y un par de otras cosas menores. El efecto global de aquellos arreglos era que él se vería completamente desconectado del circuito bombeador, y mi salida de energía neural iría a llenar su cuota diaria de seis horas. Tendría que seguir soportando las veinticuatro horas diarias de la tortura de la vida en Mentiroso, pero al menos no se vería sometido a las agotadoras exigencias del equipo Hasgard.

Por supuesto, eso significaba que mi cuota no se vería cubierta. Más pronto o más tarde eso aparecería en los registros de la compañía. Así que empecé a deslizarme en el pozo de sinapsis durante mi tiempo libre para cubrir el déficit. Tres horas extras por la mañana, quizá tres más a última hora de la noche. Podía resistirlo. El principal problema era hallar excusas para Polarca que explicaran mis desapariciones en nuestro tiempo libre. Algunos días me sentía un poco demasiado cansado para resistir el doble turno completo, pero intenté recuperar el tiempo de algún modo en otras ocasiones. Algunos de los otros trabajadores se dieron cuenta de lo que estaba haciendo, y contribuyeron con algunas horas aquí y allá por cuenta mía para ayudar. Incluso así, fui quedándome gradualmente atrás. Pero por lo demás todo iba bien. Polarca estaba recuperando visiblemente sus fuerzas.

—¿Qué maldita cosa estás haciendo? —me preguntó al fin, unos meses más tarde.

—¿Haciendo?

—En el pozo. ¿Por qué ya no me siento cansado? ¿Y por qué empiezas a parecer como si tuvieras cinco mil años? ¿Estás ocupándote de mis turnos, Yakoub?

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté, todo inocencia.

—Quiero decir que alguien está haciendo mi trabajo por mí, y que tienes que ser tú. No finjas que no lo eres.

—Yo..., bueno, la verdad... —Me di cuenta de que no podía seguir negando—. ¡Maldita sea, Polarca, no podía quedarme simplemente sentado ahí viendo como te consumías! Tenía que hacer algo.

—¿Quién te pidió que lo hicieras? ¿Quién te dio derecho a cometer ese miserable pecado contra mi hombría?

—Escúchenle. Un pecado contra su hombría.

—¿Crees que soy un enclenque?

—Yo soy el enclenque, Polarca.

Pareció asombrado.

—¿Qué?

—Te necesito demasiado para dejar que te mueras. Eres lo único que me mantiene cuerdo en este asqueroso lugar. Y puedes estar seguro de que te ibas a morir si yo no hacía algo por ayudarte.

—Pero no tenías derecho...

—¿No tenía derecho? ¿No tenía derecho?

—Ni siquiera me pediste mi jodido permiso. Simplemente te lanzaste y te hiciste cargo de mi vida. —Estaba gritando. Una vena empezaba a sobresalir a un lado de su cabeza—. ¿Crees que soy un niño? ¿Piensas que necesito algún tipo de protector? ¿Imaginas que no puedo ocuparme de mí mismo? ¿Cómo te atreviste a hacerme eso? —Y siguió con lo mismo, hablando con voz más y más fuerte mientras su ofendida indignación se convertía en escupiente rabia. Yo también sé gritar bastante bien. Más fuerte que él. Y estaba más furioso incluso que él, ahora. De modo que le grité:

—¡Maldita sea, Polarca!, no vuelvas a decirme más estupideces acerca de tu hombría, ¿de acuerdo? Simplemente siéntate aquí con tus dos manos y tu maldita hombría, y deja que esta jodida maquinaria te chupe toda tu vida. Y, cuando hayas muerto como un hombre, yo empezaré a volverme loco porque ya no habrá nadie aquí con quien pueda hablar. Pero todo estará bien. Tú habrás muerto como un hombre, y eso es lo único que importa. Lamento haberme metido en el camino de tu honrosa muerte. ¿De acuerdo? ¿De acuerdo, Polarca? Lo siento. Ya está. Sé un hombre. Sé un héroe. —Le mostré lo que había hecho con su equipo. Luego volví a colocarlo todo como antes y me conecté, y me volví de espaldas a él. Estaba tan excitado que apenas sentí los habituales horrores de Mentiroso, aunque estaban ondulando a través de toda mi mente a su paso estándar de cada día.

Después de tal vez media hora, Polarca me dio unos golpecitos en el hombro.

—¿Yakoub?

—No me molestes. Estoy trabajando.

—Sólo quería darte las gracias —dijo en voz muy baja.

Nunca antes Había oído a Polarca sonar humilde. E, incidentalmente, nunca más lo he vuelto a oír.

Después de eso, ya no fue cuestión de seguir haciendo sus turnos. De todos modos, si hubiera seguido mucho tiempo hubiera acabado

matándome. Pero le había ayudado a pasar una época difícil, por mucho insulto a su hombría que hubiera sido. Y él era lo bastante toro como para admitir que de tanto en tanto tienes que olvidar un poco tus preciosos testículos y tu indignación Y tu orgullo masculino y aceptar simplemente un poco de ayuda, si realmente la necesitas. Polarca es duro y resistente, pero el trabajo en Mentiroso puede destruir a cualquiera. Lo había estado destruyendo, y él lo sabía. Yo le ayudé a superarlo. Dos o tres veces más tarde, durante los años que pasamos juntos en Mentiroso, tuve que volver a hacerlo. Cada vez se puso furioso conmigo, y no sé si realmente me ha perdonado por ello; pero me dejó hacerlo. Cuando terminó su contrato, al mío aún le quedaban casi tres meses, debido a los diversos retrasos que había acumulado, y se ofreció voluntario a permanecer allí aquel tiempo extra y contribuir con tres horas al día por cuenta mía para sacarme antes de Mentiroso. Y yo lo acepté. Tuve que hacerlo, para sobrevivir. Siempre ha sido así entre nosotros desde entonces.

4

Durante todo aquel tiempo interminable en que lo único que hacía era estar sentado allí en mi celda, frotando ociosamente mis pies desnudos contra el dorado suelo, tuve la sensación de estar librando una gran batalla.

Sabía que estaba en guerra. Una guerra consciente, implacable, contra la desvergonzada semilla de mis ingles que había intentado usurpar mi lugar. Con mi mera existencia allí como prisionero suyo lo estaba destruyendo. Sabía eso más allá de toda duda. De tanto en tanto enviaba mi alma a vagabundear, ascendiendo a través de aquel edificio donde me hallaba encerrado, y captaba la atormentada alma de Shandor, estremecida y siseante en alguna parte sobre mi cabeza. No sabía qué hacer conmigo, y eso lo estaba matando. No podía dejarme libre. No se atrevía a asesinarme. Y no podía mantenerme encerrado allí indefinidamente, no sin que la ira de todos los mundos cayera sobre su cabeza.

Envié mi alma más lejos, al corazón de la noche. La oscuridad ardía. Vi las estrellas de la humanidad. Vi los innumerables mundos que habíamos conquistado para nosotros. Y allí –allí-, en mitad del cielo...

Vi la Estrella Romani, muy alta, pulsando y llameando. ¡Cómo me atraía! Sentí que fuerzas titánicas se enfocaban en mí y actuaban a través de mí. Arrastrándome hacia arriba.

Todas aquellas estrellas..., ¡todos aquellos mundos!

Y, sin embargo, para nosotros sólo hay un mundo. Sólo hay un camino.

5

Syluise vino a visitarme. No su espectro. La propia Syluise, el primer auténtico ser humano de carne y hueso que veía desde el principio de mi encarcelamiento. A menos que cuenten ustedes a Shandor como un ser humano. Supongo que hay que hacerlo.

No había ninguna aura espectral a su alrededor, pero de todos modos no me pareció real. Syluise raras veces lo parece. Pero esta vez incluso menos que de costumbre. Pensé que debía tratarse de algún doble suyo el que me visitaba. O algo peor, algún truco de Shandor, una artera proyección de algún tipo, algún nuevo e ingenioso proceso.

Real o irreal, sin embargo, el poder de su belleza actuó inmediatamente sobre mí. Como siempre. La antigua atracción. Su fragancia, sus ojos, su piel, sus labios, su todo. Haciendo que se me doblaran las rodillas, se me secara la garganta. Aquella perfección gaje suya, aquel dorado resplandor.

(Nunca me resultó fácil comprender el atractivo que tenía Syluise para mí. Por supuesto, es muy hermosa, pero a la manera gaje, y a mí nunca me han importado mucho las mujeres gaje. Esa es la especialidad de Shandor. A mí me gustan morenas y jugosas, a la auténtica manera rom. Oh, sí, hubo Mona Elena, hace mucho tiempo, mi única incursión en esa dirección, aquella reina de las odaliscas, aquella soberbia profesional. Pero eso fue casi un experimento. ¿Cómo podía apreciar apropiadamente las virtudes de las mujeres roms si no podía compararlas con las de la otra clase? Y Mona Elena parecía un poco rom. Más que un poco. Ciertamente, mucho más que Syluise. Morena, voluptuosa, con unos ojos brillantes, incluso con el collar de antiguas monedas de oro sobre sus pechos..., un collar que, por cierto, aún conservo, debido a la rapidez con que Mona Elena tuvo que abandonar mis aposentos en nuestra última noche juntos. Aquella vez que el cuerpo de guardia del emperador, el lascivo Decimocuarto, vino a por ella.)

Miré a Syluise, y recordé todas las veces que había desplegado toda su seducción ante mí en el pasado. Recordé cómo era: la bola en mi garganta, el pulsar entre mis piernas, el sudor, el anhelo. Un guiño de ella ahora, y todo volvería a empezar de nuevo.

Pera entonces observé algo extraño: que conservaba más o menos el control sobre mí mismo. Esta vez no creí que ella fuera capaz de convertirme en un tembloroso cachorrillo con una de sus ardientes miradas. No. Su casi hipnótico dominio sobre mí no estaba funcionando. Dentro del núcleo de mi excitación podía detectar un pequeño y traidor nódulo de algo muy parecido a la indiferencia hacia ella. Lo cual confirmaba mi idea de que no era real, de que lo que estaba contemplando era alguna especie de

fantasma electrónico.

—¿Y bien? —dije. Fríamente. Bruscamente. Mirándola como si fuera un pez en un acuario, algo peculiar e inesperado suspendido en un tanque ante mis ojos, oscilando lentamente hacia arriba y hacia abajo, hacia delante y hacia atrás—. ¿Qué eres, y qué quieres?

Empezó a fruncir el ceño. Fue como el oscurecimiento de un sol. Debió captar que algo iba mal.

—No pareces contento de verme —dijo acusadoramente.

—¿Te estoy viendo?

—¿Qué tipo de pregunta es ésa? ¡Me estás viendo! ¿No te das cuenta? Y preguntarme qué soy. ¿Qué soy? ¿Qué se supone que quieres dar a entender?

—Bien, *quién* eres, entonces.

—¡Yakoub! Soy Syluise.

—¿De veras?

—¿Ya no me reconoces? ¿Te encuentras bien, Yakoub? ¿Qué te ha hecho Shandor?

—¿Eres realmente Syluise? ¿Has venido todo el camino hasta aquí?

—Hasta Galgala, sí. ¿Es algo tan difícil, ir de Xamur a Galgala?

—¿Y él te ha dejado entrar?

—Por supuesto que me ha dejado entrar. ¿Qué estás intentando decir?

—No creo que seas realmente tú. Que estés realmente de pie aquí, delante de mí, en esta celda, en este momento.

Toda ella era dorada. Su atuendo de Galgala, un brillante traje dorado, muy diáfano, con enloquecedores asomos rosados reluciendo a su través. Una banda de oro sujetando su dorado pelo. Sus párpados estaban pintados de oro. También sus labios. Su aspecto era magnífico. Como la estatua funeral de alguna esbelta reina egipcia.

—¿Qué crees que soy, entonces? —preguntó. Su voz era sorprendentemente gentil. Siempre hay un filo cortante en la voz de Syluise, un filo suave pero un filo de todos modos, el tipo de filo que puedes hallar en una daga hecha del más puro oro—. ¿Piensas que soy un espectro? ¿Un doble? Mira. Tócame. —Tomó mi mano y la puso sobre su brazo desnudo. No puedes tocar un espectro. Tu mano pasa a través de él. La mía no lo hizo. Qué suave era su piel. Hay sedas y satenes que son mucho más ásperos. Suave y lisa, sí, pero creí que me quemaba los dedos. Oh, ahí está. Empieza a ejercer su influjo sobre mí, y estoy perdido. ¿Puedo luchar contra ella? Maldita sea, ino quiero que vuelva a manipularme! Pero lo está intentando de todos modos. Llevó mi mano hasta su seno. Sus pechos se

agitaban como campanas bajo su ropa. Cuando toqué sus pezones, se endurecieron. Empecé a temblar como un colegial. Pensé en lo que había pasado entre Syluise y yo en Xamur, no hacía tanto, durante aquellas noches de risas y alegría. Pero aun así, había algo distinto ahora. Mentiría si dijera que el contacto de su carne no me había excitado, pero de alguna forma era capaz de darme cuenta de esa excitación. Por el momento, al menos—. ¿Es ése el tacto de un doble? —preguntó.

—Los mejores lo consiguen.

—Nunca he encontrado ninguno que fuera tan bueno. —Pasó amorosamente sus manos a lo largo de sus propios antebrazos y se echó a reír. Una risa dorada. Cómo se amaba a sí misma—. Oh, Yakoub, ¿cuánto tiempo más piensas pasarte aquí?

—Eso tendrás que preguntárselo a Shandor.

—Lo hice. Dice que puedes marcharte en cualquier momento que desees.

—¿Te dijo eso?

—Lo único que tienes que hacer es aceptar dejar de ser un obstáculo para él.

—La única forma en que puedo dejar de ser un obstáculo para él es emprendiendo el camino de sólo ida hacia el interior del sol más cercano.

—No, Yakoub. —Estaba de pie muy cerca de mí. Demasiado cerca—. No lo comprendes. Piensas que Shandor es alguna especie de bestia. ¿Cómo puedes sentir eso hacia tu propio hijo? ¿No sientes ningún amor hacia él?

—¿Qué tiene que ver el amor con esto? Es mi sangre, mi carne. Pero sigue siendo una bestia. Y peligrosa. —Su aroma estaba empezando a volverme loco. No llevaba ningún perfume, yo lo sabía muy bien. Ese aroma era el de la propia Syluise. Ahora sabía por qué estaba allí, y esperaba poder seguir resistiendo—. ¿Te envió aquí Shandor para que me trabajaras un poco? —pregunté.

—Vine por mi propia voluntad, Yakoub. Para ayudarte a salir libre de aquí.

—Proporcionándole a Shandor lo que desea. Mi bendición formal.

—¿Es eso tanto?

—Salir de este modo no es la libertad. Es la esclavitud, Syluise. Ya he sido esclavo cuatro veces en mi vida, ¿sabes? Nací en la esclavitud, y fui vendido dos veces, y la última vez me vendí yo mismo. No pienso ser esclavo de nuevo. En particular, no de mi propio hijo.

—Es el rey, Yakoub.

—Tonterías. Yo soy el rey.

- No dejas de decir eso. Pero estás aquí encerrado.
- ¿Qué está pasando fuera? ¿Sabe la gente dónde estoy?
- Están empezando a descubrirlo, sí.
- ¿Y?
- Hay un montón de problemas.
- Bien —dije—. Eso es lo que quiero.

—¿Cómo puedes querer eso? La gente está sufriendo. Tu propio pueblo. El comercio se está descomponiendo. Las astronaves no van a los lugares correctos. Si es que van a algún lugar. Nadie está seguro de quién es el rey, y en realidad tampoco hay emperador. Todo el sistema puede hacerse pedazos en cualquier momento.

- Eso me parece estupendo.
- No puedo creer que te esté oyendo decir eso.
- ¿Por qué te has mezclado en esto, Syluise?

Dejando a un lado mi pregunta, se me acercó más. Preludio de algo. Me ofreció todo el tratamiento: pechos oscilantes, temblor en las aletas de la nariz, miradas provocativas desde debajo de unos párpados entrecerrados. Se contoneaba. Nuestras caderas se rozaron. Sentí su cálido aliento en mis mejillas. Sus insaciables labios a un centímetro de los míos. Su seducción. Sus irresistibles armas, su artillería pesada. Resultaba casi cómico. ¿Me había parecido cómica alguna vez antes? ¿La había encontrado realmente tan irresistible antes? Algo debía estar cambiando definitivamente en mí. Quizá el que estuviera trabajando a favor de Shandor había roto el hechizo. Me había traicionado. Nunca había sido capaz de defenderme contra ella hasta ahora, pero eso iba más allá de todos los límites, su flagrante maniobra a favor de Shandor. Silenciosamente, ofrecí la plegaria rom para los muertos. Aquella víbora dorada y yo habíamos terminado. Definitivamente.

- ¿Sabes cuánto te he echado en falta, Yakoub?
- Dímelo.
- Deja que Shandor sea el rey. Has tenido cien años de reinado para ti.
- No tanto.
- Sea lo que haya sido, has tenido suficiente. Más que suficiente. Déjale que sea su turno. ¿Quieres ser rey para siempre? ¿Para qué?
- No para siempre. Sólo lo suficiente para terminar el trabajo que aún necesito hacer.
- Deja que lo termine Shandor. Tú y yo iremos a alguna parte. Algún lugar hermoso. Fulero. Estrilidis. Tranganuthuka. ¿No te gustaría pasar uno o dos años en Fulero conmigo?

—¿Cuánto te está pagando?

—¡Yakoub!

—Tengo una idea mejor. En vez de ir los dos a Fulero, quédate a vivir aquí conmigo. En esta celda. Los dos. No te va a gustar la comida, pero por lo demás no está tan mal. Aguardaremos a que Shandor se marche. Tarde o temprano cederá, o alguien lo echará, y saldremos. Triunfantes. Pondré de nuevo los mundos en orden. Pasaremos la mitad de nuestro tiempo en Galgala y la otra mitad en Xamur. Incluso podrías hacerte llamar la reina, si quisieras.

—¿Qué?

—Ya sabes, nosotros no tenemos reinas. Pero podemos hacer una excepción por una sola vez. Te gustaría, ¿verdad?

—No estás hablando en serio. ¿Tú me harías tu reina?

—¿Por qué no?

Sólo estaba jugando con ella. Del mismo modo que ella había estado jugando conmigo.

—No —dijo—. Habría demasiadas protestas. No puedes imponer una reina a los roms después de todo este tiempo. Y yo no quiero ser reina. O que tú vuelvas a ser rey. ¿Para qué lo necesitas? Tanto trabajo desagradable. Tantas estúpidas y horribles tonterías. Ven conmigo y limitémonos a disfrutar, dejemos todo esto a alguien que se ocupe.

—¿A Shandor?

—¿Y a quién le importa?

Una maravillosa sensación de libertad invadió mi alma.

—A mí me importa —dije.

—Oh, no. Déjalo todo.

Deslicé mis manos por sus hombros. Su piel ardía, pero de alguna forma era como si estuviera acariciando una estatua. No sentía nada. Retrocedió unos pasos a su pequeña manera coqueta, apartándose de mis manos.

—Ven aquí.

—Ven a Fulero conmigo.

—En alguna otra ocasión. —Tendí de nuevo la mano hacia ella.

—No.

—¿No?

—No aquí. No en este horrible y pequeño lugar.

—Acabas de decir que me habías echado en falta. No mucho, por lo que veo.

—Te mostraré cuánto te he echado en falta cuando lleguemos a Fulero.

Me dio otra sesión de caderas y muslos y meneos, y sonrió y se encogió de hombros.

—Creo que voy a pasar de Fulero —dije amigablemente—. Tú vas a ir allí. Con Shandor.

Pensé que iba a estallar. Sus ojos eran supernovas de rabia. Algo horrible apareció brillando por entre toda aquella increíble perfección. No estaba acostumbrada a verme resistir. Nunca antes había ocurrido. Cincuenta años, y nunca había ocurrido. No importaba que yo fuera el rey. No hay reyes en el dormitorio. Todos somos esclavos allí, no de otra gente sino de nosotros mismos, impotentes contra las órdenes que nos llegan de dentro. Cada hombre posee una mujer fatal. Puede que sea lo mismo también para las mujeres; supongo que sí. Pero incluso las atracciones fatales pueden encogerse y desaparecer. Y morir. En esta ocasión, por una vez, me había resistido a ella. Quizá incluso me hubiera liberado de ella definitivamente.

6

Syluise se marchó de una manera furtiva, ardiendo de rabia y lanzando todos los improperios que una mujer puede lanzar. Al momento siguiente, Valerian estaba conmigo. El espectro de Valerian, quiero decir. Como siempre. Saltando de un lado para otro de la celda como un rinoceronte enloquecido. El rinoceronte es un animal que existió en la Tierra, extraño como el infierno, muy grande, no bueno para comer. Con un cuerno en la nariz. Cuando un rinoceronte avanzaba en tu dirección, lo mejor que podías hacer era salirte discreta y educadamente de su camino. Lo mismo ocurría con Valerian.

—Mira este lugar —rugió—. ¡Suelo de oro! ¡Paredes de oro! Este loco planeta. Nunca podré acostumbrarme a tu Galgala, ¿sabes? Todo este jodido oro.

—¿Quieres un poco? Sírvelo.

—¿Para qué lo quiero? ¿Quién lo necesita? ¿Has estado alguna vez en la Tierra, Yakoub?

—¿A mí me preguntas eso?

Siguió, como si no me hubiera oído:

—Por supuesto que has estado. Apuesto a que mil veces. ¿Sabes lo que les gustaba el oro allí? ¿Las mujeres con diez kilos de oro colgando de sus cuellos? ¿Con un rollo de sólidas y pesadas monedas de oro en su bolsillo? El oro significaba algo en la Tierra. Te sentías como un gigante cuando tenías un poco de oro. Como un jodido rey. Ahora mira. El amor al oro ha desaparecido del universo. Toda esa buena codicia se ha esfumado. Un hermoso pecado mortal que se ha ido al infierno. ¿Sabes lo que han hecho con el oro? Lo han convertido en mierda, esa gente de Galgala.

—Es mucho más hermoso que la mierda —señalé.

—Pero igual de valioso. Es una maldita vergüenza lo que han hecho con el oro. Desearía que nunca hubieran descubierto este planeta. El oro era tan bueno, Yakoub. Y ahora no es más que mierda. ¿Sabes qué provocó eso? La oferta y la demanda, eso fue. ¡La oferta y la demanda, la oferta y la demanda! La inexorable ley del cosmos. —Valerian hizo una pausa y emitió un surtidor de amarillentos destellos y chispas espectrales, como un aparato eléctrico descompuesto. ¡Qué agotador hijo de puta! Parecía muy complacido con su propia profundidad—. Eso suena hermoso, ¿no crees? La inexorable ley del cosmos. Siempre he tenido arte con las palabras, ¿eh, Yakoub? —Luego empezó de nuevo a saltar de pared en pared—. Es una hermosa celda. Shandor te retiene con estilo.

—Hubieras debido ver el primer lugar donde me metió.

—Bueno, éste es confortable, ¿no? Y toda él de oro. Quizá no valga un comino, pero maldita sea, es hermoso. Pero necesitas algunas joyas. Un poco de contraste de color, hay demasiado amarillo aquí. —Extrajo una bolsita de piel roja de debajo de su capa. Piel espectral—. Dame una buena joya cada día. Esmeraldas, rubíes, zafiros. No diamantes. Los diamantes tienen un buen fuego en ellos, pero echo en falta el color. Me gusta que mis joyas tengan color. —Derramó el contenido de la bolsita mientras hablaba. Una pequeña montaña de joyas. Me las metió debajo de la nariz—. Podrías colgarlas a lo largo de la habitación, de pared a pared, ¿eh? Darían un poco de vida al lugar.

—Son joyas espectrales, Valerian. ¿Para qué me sirven? Ni siquiera puedo tocarlas. Para mí no son más que aire coloreado, ¿sabes?

—Oh, mierda, sí —dijo tristemente—. Eso es cierto.

—Creo que prefiero un poco de buen y sólido oro que joyas espectrales. Pero gracias de todos modos.

—Mierda —dijo. Parecía abrumado—. Olvidé eso por completo. Para mí me parecen jodidamente reales.

—Eres un espectro, Valerian.

—Cierto. Cierto. Oh, qué maldita pena. Necesitas algo de color aquí. Pero mira, te diré una cosa, Yakoub: cuando seas rey de nuevo, acudiré a ti en mi yo real, ¿de acuerdo? Y te traeré algunos auténticos rubíes, algunas auténticas esmeraldas.

—¿Cuándo sea rey de nuevo? ¿Cuándo será eso?

No me prestaba atención.

—Tengo montones de joyas, ¿sabes? Beaucoup de joyas, como diría Julien, ¿eh? El año pasado cogí un cargamento enorme. Allá en el Derrame de Jerusalén, en algún lugar entre Caliban y Puerto Peligroso, un gran transporte perteneciente a..., bueno, ¿qué importa a quién pertenecía? Había suficientes rubíes a bordo como para embalsar todo un río. Un río grande. —Valerian se echó a reír—. Podría saturar el mercado, ¿sabes? Ponerlos todos en circulación a la vez, hacer que los rubíes valieran tan poco como el oro. Al igual que hice aquella vez con el aceite de belisoogra, cuando me acusaron delante del kris. ¿Lo recuerdas? Aquella vez que tú rebajaste la sentencia a mi favor. No es que vea ninguna utilidad en saturar el mercado de rubíes. No con el stock del que dispongo. Pero alguien terminará haciéndolo más pronto o más tarde, algún maldito estúpido, espesa y verás. Es inevitable. Han descubierto un planeta por ahí que está tan lleno de rubíes como Galgala lo está de oro.

Aquello era nuevo para mí.

—¿Estás seguro de eso?

—Tendrías que ver lo que había en aquella nave que cogimos. Diez enormes sobrebolsillos cargados de ellos. Una tonelada de rubíes aquí, otra tonelada allí, metidas en todo tipo de dimensiones de almacenamiento, dimensiones de las que nadie antes había oído hablar. ¿Sabes lo que tuve que hacer para conseguir que abrieran aquellos bolsillos para mí? No, no querrás saberlo. Yo ni siquiera deseo pensar en ello. En realidad soy una persona gentil. Tú lo sabes, ¿no, Yakoub? Pero a veces..., a veces...

—Háblame de cuándo volveré a ser rey.

—¿Quieres que te diga eso?

—Acabas de oírmelo decir.

—¡Pero eso es el futuro!

—¿Y?

—Es el futuro, ¿no? Para ti, quiero decir. Sí. Sí, seguro que lo es. ¿Quieres que te diga el futuro?

—¿Por qué no? Puedes decírmelo. Nadie lo sabrá excepto tú y yo.

—Puedo decírtelo, sí. ¿Por qué no debería decírtelo?

—Exacto.

—Puedo decírtelo si creo que debo hacerlo. Puedo decirte cualquier cosa que desees saber.

—Absolutamente.

—No hay nada que me impida decírtelo.

—Correcto —afirmé—. Así que dímelo.

Pero no me lo *estaba* diciendo. Tan sólo hablaba de decírmelo. Y revoloteaba por la habitación como un papagayo demente. ¡El maníaco hijo de puta! Sentí deseos de lapidarlo. Lapidar un espectro, seguro.

—Es el futuro —dijo—. Se supone que no debemos contarle a la gente su futuro.

—¿Desde cuándo has hecho alguna vez lo que se suponía que debías hacer?

—Tal vez esa regla tenga sentido.

—Oh, vamos, Valerian.

—Pero tal vez tenga sentido.

—Al menos dime lo que está ocurriendo ahí fuera ahora, pues. No hay ninguna regla contra eso.

—¿Quieres decir en el Imperio? ¿En el Reino?

—Sí. Desde que Shandor me arrestó. Lo que ha estado ocurriendo.

—Muchas cosas han estado ocurriendo —dijo. Flotó, cruzando la habitación, y se detuvo en mitad del aire directamente frente a mi nariz,

colgando de lado, con los pies casi rozando la dorada pared. Con una voz muy suave dijo—: Nunca creí que pudieras salirte adelante con esto, con esta locura. Ponerte en manos de Shandor. Pensé que era la cosa más estúpida que habías hecho en toda tu vida. Supongo que te debo una profunda disculpa, Yakoub.

—Así que me he salido, ¿eh? ¿Todo ha funcionado bien?

—¿No lo sabes?

Enloquecedor. Siempre jugando a las preguntas y respuestas conmigo.

Era peor que Polarca. Polarca al menos no se ofrecía a decirme nada cuando acudía espectrando, Valerian no tenía ningún tipo de escrúpulos. Las reglas no significaban nada para él. La única regla que le había importado seriamente alguna vez en su vida era la que dice: *Hagas lo que hagas, no dejes que te atrapen en ello*. Pese a todas las prohibiciones, Valerian sería seguramente capaz de revelarme el futuro si creía que valía la pena hacerlo. Y si conseguía comprender lo importante que era para mí. Pero hacer que se atuviera al tema era un trabajo más duro que palear mierda de salizonga. Dije, exasperado:

—¿Cómo quieres que lo sepa? Todavía es el futuro para mí. Todavía sigo aquí, ¿recuerdas? Todavía sigo prisionero. Y nadie ha venido a decirme nada.

Valerian derivó hacia abajo hasta que se detuvo prácticamente de pie sobre el suelo y me miró de cerca, y derivó hacia atrás y hacia arriba hasta situarse de nuevo en ángulo recto con respecto al suelo.

—Lo olvidé —dijo al cabo de un rato—. Fue una tontería. Ser un espectro todo el tiempo hace que se te embarullen las cosas. Pierdo el sentido de qué es lo que ocurre antes de qué. Por supuesto, si aún sigues aquí, es probable que no sepas nada.

—Vamos, Valerian.

—¿Quieres saberlo? De acuerdo. Te lo diré.

—Vamos, sigue.

—Estoy intentando decírtelo. —Inspiró profundamente, lo cual le iluminó con dieciséis fantasmales colores a lo largo del espectro. Por fin el momento de la revelación. Dijo—: Todo va a ir bien. Funcionará como dijiste que lo haría.

Estupendo. Polarca había dicho lo mismo. Pero se había negado a darme ningún detalle. Sólo vaguedades, lo mismo que Valerian. Ambos conspiraban para volverme loco.

Sin embargo, luché por mantener el control. No tiene sentido gritarle a un espectro: simplemente se marcha.

—¿Y cómo? ¿Qué es lo que irá bien?

—Se supone que no debo decirte esas cosas. Pero me conoces, Yakoub.

—Vamos, adelante.

—Sólo entre tú y ya, tienes a Shandor contra las cuerdas.

—Cuéntame.

—¿De veras no sabes *nada*?

—No mucho. Syluise estuvo aquí y dijo que las cosas estaban bastante mal. Que el comercio interestelar se estaba hundiendo. Que las astronaves iban a destinos equivocados. Cosas así. Pero no confío en Syluise para que me diga la verdad. Cuéntame tú.

—Ésa es la estricta verdad. Ahí fuera todo estaba hecho un lío.

—¿*Estaba*?

—Estará. Está. Lo que sea. Ya sabes, no resulta sencillo para mí recordar qué es futuro y qué pasado. Todo es pasado para mí, ¿sabes, Yakoub? Tu futuro es mi pasado. Han ocurrido un montón de cosas que aún no han ocurrido.

—Intenta pensar en ello. Si puedes. ¿Saldré pronto de aquí?

Una larga pausa.

—¿Saldré?

—Pienso que sí.

—¡Piensas! ¡Piensas! No has pensado en toda tu vida, Valerian. De acuerdo. ¿Qué le está ocurriendo al Imperio?

—Se está hundiendo —dijo, y se le iluminaron los ojos. Ahora estaba haciendo un auténtico esfuerzo—. El viejo emperador aún está con vida. Aferrándose con uñas y dientes para seguir. Pero ya nadie entiende lo que dice, Sunteil intenta llevar las cosas hacia su lado, Periandros y Naria hacen lo mismo hacia el suyo. Están luchando denodadamente.

—Más.

—¿Más qué?

—Más noticias. Sigue hablando.

—Se supone que un espectro no debe...

—Al diablo con lo que se supone que un espectro debe o no debe. Cuando el gran kris te halló culpable, ¿se suponía que yo debía dejarte libre? Pero lo hice.

—Sabes que siempre me sentiré agradecido por...

—Estupendo. Cuéntame más.

Meditó unos instantes.

—Bueno, está Shandor. Shandor es presa del pánico.

Noté que se me aceleraba el pulso. Estábamos llegando al núcleo de las

cosas. Quizá.

—¿De veras?

—Completamente aterrorizado. Se está empezando a dar cuenta de lo que se le viene encima, y eso lo aterra. Has estado haciéndole la guerra de una manera espantosa, ¿sabes? Sin alzar un dedo, sin siquiera decirle una palabra a nadie.

—Así que finalmente se da cuenta de ella.

—Es sorprendente lo que has conseguido simplemente ofreciéndote a Shandor. Tu chico, Chorian, escapó, ¿sabes?, y le dijo a todo el mundo que Shandor te había encerrado aquí.

—Me estaba preguntando al respecto.

—Y ahí es donde las cosas empezaron a venirse abajo para Shandor. Oír lo que te había hecho hizo que muchos roms se pusieran furiosos. En especial los pilotos: han empezado a hacer todo tipo de locuras para protestar, volando hacia planetas equivocados, embarullando los planes de todo el mundo. Algunos mundos se hallan prácticamente aislados. Clard Msat: simplemente no puedes ir allí. A Iriarte tampoco, creo.

Sentí deseos de echarme a llorar de alegría al oír aquello. ¿Pero era cierto? Pasado y presente eran una mezcla tan grande para Valerian. Podía estar contándome rumores, o fantasías, o acontecimientos de otra época completamente distinta. Cerré los ojos. Era tan frustrante tener que depender de las noticias de un par de espectros hipercinéticos y una víbora dorada. Deseé desesperadamente captar el pulso de los planetas con mi propia mano. Había estado allí tanto tiempo solo, aislado del fluir y refluir de la galaxia. Mi plan, mi estrategia, algo astuto pero doloroso. Atacar rindiéndome. Nadie lo había comprendido. Todos pensaban que estaba loco. Todos excepto Bibi Savina y Thivt. Pero mi lunática jugada parecía estar obteniendo resultados. Valerian no me mentiría. Podía estar confundido, pero no me mentiría. Ahí fuera, los miles de mundos, los millones de roms, los miles de millones de gaje, todo el torbellino y ajetreo humanos: ¿estaba todo aquello hundiéndose en el caos? ¿Un caos útil, que yo fuera capaz de reconstruir?

Dije:

—Me gusta lo que estoy oyendo. Sigue.

—¿Sabes lo de la krisatora?

—Te lo he dicho. No sé nada.

—Damiano la ha convocado. Para una moción de censura sobre la conducta de Shandor. Van a denunciarle.

—¿Lo sabes seguro?

—Estoy intentando hablarte en tu tiempo, no en el mío. Por eso digo que *van* a denunciarle.

—¿Denunciarle?

—Eso es lo que he dicho.

—Sí. De acuerdo. ¿Así que celebran un kris aquí mismo, en Galgala, delante mismo de las narices de Shandor, y él no hace nada por detenerlo? ¿O por controlarlo?

—Dios, no. ¿Quién ha dicho nada de Galgala? El kris se está celebrando en Marajo. Fue celebrado. ¿Lo será? Lo fue.

—¿En *Marajo*?

—Damiano eligió su propia krisatora. Dijo que no confiaba en el kris que estaba en sesión en Galgala, porque era el kris de Shandor.

Gruñí.

—Entonces, ese kris no es legítimo.

—Tan legítimo como cualquier otro.

—No —dije—. Es un kris improvisado. El kris particular de Damiano. ¿Qué es lo que quiere, una guerra civil? Shandor se limitará a rechazar su jurisdicción.

—La vez que me llevaron a juicio también fue el kris particular de Damiano. Aquella vez que me detuvieron por apoderarme de la nave de Kalimaka. ¿Lo recuerdas? Supón que yo hubiera intentado negarme a aceptar su jurisdicción. Supón que hubiera dicho: Éste no es un juicio justo, se trata de un kris improvisado, Damiano lo ha formado para mí. ¿De qué me hubiera servido, eh? ¿No hubieran seguido reteniéndome?

—Pero aquél *fue* un kris legítimo. Aquél fue el gran kris de Galgala, por el amor de Dios. Sus decretos eran vinculantes para todos nosotros. Este otro kris de Damiano, este kris de Marajo..., ¿y si Shandor dice que no es un auténtico kris, que no está dispuesto a aceptar su edicto?

—No te preocupes. Todo ha pasado y...

—No, para mí no.

—Todo ha pasado —repitió Valerian, soñadoramente. Estaba derivando de nuevo, flotando de lado en medio del aire. Y se estaba volviendo transparente, convirtiéndose en una mancha de luz verde botella cerca del techo—. Fue realmente malo —dijo—. Aquella vez que me llevaron a juicio. —Vi que estaba empezando a perderle. Cada vez retrocedía más en el pasado. Estaba desenfocándose. Nunca hubiera debido permitir que cambiara de tema. Una vez empezaba a recordar su juicio, no había forma de hacerle volver—. Fue la peor época de mi vida. Sufrí realmente. ¿Recuerdas todo lo malo que fue, Yakoub?

Estaba rozando distraídamente las motas doradas de la pared con las yemas de los dedos, como si intentara desprender algunas. Parecía ya muy lejos.

—¿Valerian? —dije.

—¿Lo recuerdas? Sufrí realmente.

—Por supuesto que lo recuerdo. Pero lo merecías.

Había sufrido, sí. Estaba terriblemente asustado. Enfrentado a una absoluta ruina, y lo sabía. La única vez que lo vi con un aspecto tan patético. Había perdido toda su pose y su jactancia. ¿Pero por qué recordar ahora de nuevo todo aquello? Tenía que saber acerca de Shandor, acerca del Imperio, acerca de lo que estaba ocurriendo tras las paredes doradas de mi celda, y ahí estaba retransmitiéndome la angustia y el dolor de aquel lejano juicio. Lo peor con la gente egocéntrica como Valerian es que no puede mantener su *mente* enfocada mucho tiempo en tus problemas, no importa lo urgentes que puedan ser.

Seguía con aquello.

—La forma en que todos vosotros me mirabais..., como si yo fuera un enemigo, un traidor..., un gaje...

—Pero fuiste perdonado —dije—. Mira, vuelve aquí, ¿quieres? No puedo hablar contigo cuando flotas de esa manera.

—Dándome cuenta de que hablabais en serio, de que estabais dispuestos a someterme a juicio. Y a castigarme. No podía creer que aquello me estuviera ocurriendo a mí, Yakoub.

—¿Quieres bajar?

—Y luego todo el mundo testificando contra mí..., mis amigos, mis primos...

—Hey, todo eso es historia antigua ahora, Valerian.

—¿Lo es? ¿Lo es? —Su voz sonaba muy débil. Me pregunté si en aquel momento no estaría espectrando dentro de su espectro, saltado hacia atrás hasta el momento de su juicio, viviéndolo de nuevo en los intersticios del tiempo. Me pregunté cuán a menudo debía revivir todo aquello. Su gran trauma. Su terrible prueba.

Aquella vez Valerian se había apoderado de una nave de más. La nave equivocada. Y habíamos tenido que castigarle por ello. Y luego yo había sentido piedad de él pese a todo. Lo había salvado en el último minuto del peor castigo que un rom podía recibir.

—¿Yakoub? —murmuró—. Yakoub, tuve miedo, ¿sabes que realmente tuve miedo?

—Lo sé.

Ya era inútil intentar traerlo de vuelta para hablar de los asuntos actuales del Reino. O de cualquier otra cosa importante. Le había perdido. Estaba seguro de ello.

—¿Fue entonces cuando decidiste perdonarme? ¿Cuando viste mi miedo?

—Pensé que ya habías sufrido bastante —dije.

—Estaba sufriendo realmente —admitió de nuevo, muy lejano ya—. May asustado. Pensaba que todos ibais a arrojarme fuera. Que nunca volvería a oír hablar a nadie romani de nuevo. O a reírse de la forma que ríen los roms. ¿Sabes lo que quiero decir, Yakoub? ¿Comprendes lo que estoy diciendo?

—Por supuesto que lo comprendo, Valerian.

Guardó silencio. Fue haciéndose más y más débil. Ahora ya casi era invisible, una tenue sombra muy por encima de mi cabeza. Estaba seguro de que se estaba marchando. Lo hubiera matado. Intentar matar un espectro. El hijo de puta. Venir aquí y bailar esa loca danza de pasado y presente y futuro, y luego dejarme sin haberme proporcionado ninguna auténtica satisfacción. Sabía que dentro de un momento se habría ido, sin dejarme mejor que cuando había llegado.

No. Falso. De pronto adquirió de nuevo solidez. Flotó hacia abajo, hacia mí, sus pies casi tocaron el dorado suelo. Brillantes destellos verdes irradiaban de él. Crepitaba de nuevo con toda su vieja vitalidad y energía. Permanecimos frente a frente, mirándonos, casi tocándonos con las puntas de nuestras narices. Valerian parecía estar apretándose duramente contra mí.

Aquel brusco cambio me sorprendió.

—¿Y tú, Yakoub? —desafió—. ¿Es tu turno ahora? Estamos hablando de miedo, ¿no? De mi miedo, cuando estaba sometido a juicio. Pero ahora eres tú quien tiene miedo.

Me pilló desprevenido, desconcertado, confuso. Hubo un zumbido en mi mente. Valerian era más bien torpe, pero podía ser perspicaz cuando menos te lo esperabas.

—¿Miedo? ¿De qué?

—No lo sé. ¿Shandor?

Agité la cabeza.

—No. Nunca me ha asustado. Y tampoco me asusta ahora.

—Bien. Entonces, simplemente resiste. Mantén tu valor.

Sentí que mi irritación hacia él se desvanecía en un destello.

—Sí. Eso es lo que debo hacer, Valerian.

—Y sin embargo —dijo—, aún hay miedo en ti, ¿verdad?

Justo cuando estaba empezando a quererle de nuevo tenía que volver a incordiarle acerca de mi miedo.

—No —dije, más irritado aún que antes—. No es así.

—Creo que temes algo. Lo veo en tus ojos.

—Escucha, Valerian...

—Quiero ayudarte. Dime lo que temes.

—No me estás ayudando. Estás incordiándome.

—Yo tuve miedo una vez. Tú también puedes tener miedo. No es malo tener miedo, Yakoub. Sólo tienes que recordar qué es el miedo y qué es Yakoub. El miedo puede estar en ti, pero no debe convertirse en ti.

Me volví de espaldas a él y empecé a contar hasta diez. Ek, dui, trin, chtar, pansh...

Pero él siguió allí. Estaba decidido a perseguirme eternamente con aquello.

—¿Qué dices a eso, Yakoub?

—No sé de qué estás hablando. Nada me ha causado nunca miedo, y nada me lo está causando ahora.

—Eso suena bien.

—Es la verdad.

—¿Lo es?

—No —dije al cabo de un momento, con una voz distinta. Algo se había roto bruscamente en mí. Una extraña sensación, pero una sensación liberadora. ¿Por qué mantener secretos con Valerian? Ábrete, deja que brote la verdad—. Es mentira —dije.

Lo era. Por supuesto que lo era.

Había temido muchas cosas, grandes y pequeñas, como cualquiera, aunque siempre había sido capaz de dominar mi miedo. Cuando había intentado decirle a Valerian que nunca había tenido miedo lo único que había conseguido era hacer mucho ruido.

Y también estaba empezando a comprender -tras el primer momento de furia, tras el primer hormigueo de orgullo- que Valerian tenía razón, que él no me estaba engañando cuando creía ver miedo en mí. Porque temía una cosa por encima de todo lo demás, y la temía terriblemente. No a la muerte. No a Shandor. No al hecho de estar sentado allí, prisionero. Ni siquiera a la guerra civil entre los roms. Era algo que temía tanto que nunca había sido capaz de hablar de ello con otra persona. Ni siquiera a mí mismo para enfrentarme directamente a ello. Era algo que había mantenido encerrado durante años en la más profunda oubliette de mi alma.

Valerian dijo:

—¿Por qué no me cuentas de qué tienes miedo, Yakoub?

Vacilé. Resultaba muy duro para mí.

—Nunca se lo he dicho a nadie.

—Dímelo a mí. ¿Qué es lo que temes?

—¿Por qué debería decírtelo, Valerian?

—Porque así quizás yo pueda ayudarte a dejar de tener miedo, sea lo que sea lo que temes.

—Nadie puede conseguir eso.

—Quizás yo pueda. Dímelo.

Flotó muy cerca de mí. El sisear y el crepitar de su aura espectral resonaron como truenos en mis oídos.

Inseguro, dije:

—Temo..., temo...

—Adelante, Yakoub.

Estaba empapado de sudor. Había como una mano en mi garganta, ahogando mi voz.

De pronto sentí que las palabras escapaban de mi boca en un ronco y entrecortado torrente.

—Lo que temo, Valerian, es que la Estrella Romani sea una mentira.

—¿Qué?

—Que toda la historia no sea más que un mito —dije. Me sorprendió oír brotar de mis labios las temidas palabras. Pero de alguna forma me tranquilizó decirlas. Ahora estaba hablando más libre y regularmente—. Que la estrella roja a la que rezamos no tenga maldita cosa que ver con nosotros. Que nunca llegáramos de aquel lugar, que la dilatación nunca haya ocurrido, que si alguna vez llegamos allí descubramos que se trata sólo de otro planeta deshabitado.

Valerian guardó silencio unos instantes, pensando, frunciendo el ceño.

—Entonces, ¿eso es lo que temes?

Asentí. Me sentí mucho mejor tras haberlo dicho al fin.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque he dedicado toda mi vida a la Estrella Romani. Porque todo este lunático plan mío está enfocado a una cosa y sólo una cosa, que es llevarnos de vuelta al Mundo Natal, volver a establecernos en el lugar al que pertenecemos, el lugar en el que no seremos intrusos ni extraños ni alienígenas. Me he lanzado de cabeza hacia la Estrella Romani, ¿entiendes? Sólo vivo para el día en que ponga mi pie en aquel lugar, ¿te das cuenta, Valerian? ¿Y si no es allí? ¿Y si algún día descubro que todo eso no es más que una estupidez, que realmente nacimos de la Tierra como los gaje, que

en realidad no somos más que gaje de curiosa aspecto que hablamos un viejo y curioso lenguaje, que la Estrella Romani no es más que la poética fantasía de alguien...?

—No. Las cosas no son así —dijo Valerian. Sonaba confiado. Hice una pausa, sudoroso, asombrado.

—¿No?

—Toda la historia es cierta, todo está en el Swatura. Créeme. La vida que llevamos allí, las grandes ciudades, los presagios, la dilatación del sol. Las dieciséis naves que partieron hacia la Gran Oscuridad y nos trajeron hasta la Tierra.

Ahora estaba hablando con un Valerian distinto, ya no fanfarroneaba, los alardes habían quedado atrás. Tranquilo, serio, intenso. Apenas le reconocí.

—¿Cómo es posible que sepas eso?

—Porque he estado allí —dijo—. He visto las colinas quemadas. He visto los valles fundidos. He tenido las cenizas de la Estrella Romani entre mis manos, Yakoub.

Le miré, sin creer ni una palabra. Sólo estaba intentando decirme lo que sabía que yo necesitaba desesperadamente oír.

—No puedes haber hecho eso.

—¿Por qué no? Es un lugar, ¿no? Yo poseo una astronave, ¿no? ¿Qué puede impedirme ir a echar una mirada?

—¡Pero está prohibido! —exclamé—. Es un sacrilegio absoluto para cualquiera poner el pie en la Estrella Romani hasta después de la tercera dilatación, hasta que recibamos la llamada, hasta...

—Yakoub —dijo—, no seas ingenuo. No suena bien viniendo de ti.

Lo dijo gentilmente, casi tiernamente. Estaba sonriendo. Había algo como avergonzado en aquella sonrisa, y también una cierta condescendencia.

Me di cuenta de que temblaba incontrolablemente.

—¿Lo dices en serio? ¿Has estado literalmente allí?

Suavemente, Valerian dijo.

—¿Cuándo me han importado un comino las reglas, Yakoub?

Había desaparecido antes de que me diera cuenta de lo que estaba ocurriendo. Pensé que simplemente se había desvanecido de la visibilidad por unos instantes, pero no, se había ido. Dejándome a solas con mi desconcierto.

Rugían tifones en mi alma. Huracanes, maremotos, temblores de tierra. Colgaba de mi cordura por la punta de los dedos.

Le había dicho a Valerian lo único que me había esforzado por impedir que nadie supiera, ni siquiera yo mismo, desde el día en que aquella sucia y venenosa idea se había infiltrado en mi mente. Aquello impensable, lo único realmente impensable: hoy no sólo lo había pensado, sino que lo había dicho. Pero eso no era todo.

Lo que él me había dicho: su propio pequeño secreto, que me había ofrecida a guisa de intercambio...

Estaba asombrado. ¿Un viaje a la Estrella Romani? ¿Un descenso al santo de los santos, al planeta prohibido, violando el sagrado Mundo Madre? ¿Antes de que hubiéramos recibido la llamada para el regreso? Sorprendente. Increíble. Sólo Valerian podía haber hecho algo así. ¡Ahora lo despreciaba por ello! ¡Y cómo lo envidiaba también! ¿Una blasfemia tan casual, una alegre trasgresión de las creencias más sagradas de los roms? Contra la propia Ley. «Es un lugar, ¿no? Yo poseo una astronave, ¿no?» Y, además, hablarme de ello de una forma tan casual. Al rey, podía llevarle delante del kris por eso. Incluso ahora, aquí en mi prisión, una palabra mía y sería desgajado para siempre de la raza. Lo crucificarían. Lo masacrarían.

Por supuesto, no iba a apelar al kris contra él. Él lo sabía, o de otro modo no hubiera dicho una palabra. No importaba cuáles hubieran sido sus indiscreciones, siempre le había protegido, de alguna forma. Era como una parte de mí, desvergonzado, inexcusable e incontrolable, pero una parte de mí pese a todo. No mutilas tu brazo simplemente porque se adelante y le pellizque las nalgas a una mujer mientras tu atención está dirigida a otro lado.

Pero pese a todo...

¿La Estrella Romani? ¡La Estrella Romani!

—He visto las colinas quemadas —había dicho—. He visto los valles fundidos. He sostenido las cenizas de la Estrella Romani entre mis manos, Yakoub.

Me sentía enfermo de envidia y añoranza, de ira y alegría. Estaba furioso con él por no haberme pedido que fuera con él, cuando había emprendido su blasfema expedición. Me hubiera negado a ir, por

supuesto..., de hecho le hubiera amenazado con encarcelarle de por vida si intentaba realizar el viaje, y Dios y todos Sus demonios saben que hubiera cumplido mi amenaza. Pero me hubiera gustado que me lo hubiera pedido. Hubiera deseado estar allí. Ver con mis propios ojos que todo aquello era real, deslizar aquellas cenizas entre mis propios dedos. Podía sentir como una especie de bilis en la garganta, mi anhelo de haber ido con él. No era extraño que protegiera a Valerian. Soy tan desenfrenado como él. Peor aún. Yo finjo que respetaré las leyes. Y la Ley. Él hace lo que le place y no finge. ¿Qué hombre es más moral, el pirata o el hipócrita?

La Estrella Romani.

Creí que iba a estallarme el pecho de sorpresa y excitación. Pensé que mi cabeza iba a soltarse de mis hombros y se pondría a girar. Deseaba llorar. Bailar. Cantar.

He visto las colinas *quemadas*. He visto los valles fundidos. Una flotante locura me envolvió, y espectré espontáneamente, lanzándome hacia la oscuridad como un veloz meteoro horadando libremente el cosmos. Fui aquí y allí y allí y allí, arriba y abajo y abajo y arriba, Xamur, Megalo Kastro, Nabomba Zom, Vietoris, incluso la Capital. Nada se enfocaba claramente ante mí. Nada permanecía inmóvil, ni siquiera unos instantes. Flotaba libre, sin amarras en el tiempo ni en el espacio, arrastrado por una borrasca que había brotado alocadamente de mi propia alma.

Una escena reaparecía una y otra vez. Al principio sólo era fragmentaria, pero luego conseguí fijarla y entré para ver de qué se trataba, dónde y cuándo. Una serie de rostros derivaron a mi lado. Damiano. Valerian. La phuri dai. Una hilera de miembros de la krisatora, con rostros solemnes, se sentaban en la sala de justicia. Así que todavía estaba en Galgala. ¿Pero cuándo? Todos eran mucho más jóvenes, Valerian, Damiano, todos ellos. Miren, ahí estaba yo, sentado en el trono real, escuchando las deliberaciones. Yo también parecía más joven. No en el rostro, sino en los ojos.

—Nunca he hecho conscientemente ningún daño a ningún rom en toda mi vida —estaba diciendo Valerian. Parecía pálido, el rostro sudoroso, asustado. Su bigote caía lacio—. Pido al tribunal que tome en consideración que mi espíritu se ha ajustado siempre a la Costumbre. Que Dios me arranque la lengua de mi garganta si digo falsedad.

Se agitaba como algo colgado de un garfio.

Valerian en su juicio, sí. Aquella vez, hacía tanto tiempo, en que había tenido que comparecer ante el gran kris para hacer frente a las acusaciones.

Todo oscilaba y, por un instante, me alejé, deslizándome como una

piedra sobre el hielo hasta otra época, en algún otro cuadrante de la galaxia. Creo que el lugar donde fui a parar podía ser la Tierra, aunque igual podía ser fácilmente Barma Darma o Duud Shabeel. Retrocedí. Deseaba observar el juicio de Valerian.

Esta vez la cosa iba en serio, no por piratería sino por prácticas mercantiles no éticas. Todo volvió a mí mientras flotaba allí, invisible. Lo que había hecho Valerian había sido interceptar un tanque de carga lleno de aceite de belisoogra, la sustancia utilizada para fabricar el fármaco liberador de la sangre esencial en el proceso de remodelación. En un momento de repentina magnanimidad, Valerian había decidido derribar el cartel de la belisoogra poniendo de una vez todo el cargamento a disposición de algunos comerciantes farmacéuticos de Marajo, en vez de irlo goteando a lo largo de los años como hacía el cartel. Reventar el mercado, había decidido, hacer que las remodelaciones a bajo precio fueran accesibles a todos los pobres que no podían permitirse el tratamiento.

Esa es la faceta Robin Hood de Valerian. A veces se ve presa de ella, como un ataque.

Vi a Damiano levantarse, con los ojos brillantes de furia y ultraje.

—Este hombre que dice que es nuestro hermano, que dice que sirve a los intereses del Gran Pueblo..., ¡se halla aquí acusado por su codicia, pero digo que más bien debemos castigarle por su estupidez! —Hubo algunas risas. Uní la mía; no la de mi espectro que estaba observando, sino la del otro Yakoub que estaba reclinado allá en el trono real. Pobre Valerian—. Podemos aceptar un rom codicioso —siguió Damiano—. La codicia no es rara entre nosotros, ni puede deplorarse por completo. Pero un roen estúpido, amigos míos..., ah, un rom estúpido nos pone a todos en peligro. ¿No deberíamos castigar a un ser así con látigos y escorpiones, para enseñarle un poco de sentido común? ¡Os lo pregunto!

Pobre Valerian.

Había cometido un gran error. Valerian, con toda su gran magnanimidad, había olvidado desgraciadamente el hecho de que el cartel de la belisoogra estaba controlado de arriba abajo por roms..., de hecho, era uno de nuestros mayores triunfos mercantiles. Éramos propietarios del mercado que nos proporciona una forma de luchar contra la muerte a través de toda la industria de la remodelación, aunque los gaje no capten completamente lo importantes que somos para su constante salud y vigor juveniles. Creo de alguna forma subliminal que saben que los tenemos agarrados por los testículos, pero a nosotros no nos interesa llamar su atención. Al parecer eso había escapado también a la atención de Valerian.

Destruyendo de aquella forma la estructura de precios del mercado de la belisoogra había hundido a unos cuantos miles de sus primos, llevado a la bancarrota a un número sorprendente de ellos que se habían lanzado demasiado osadamente a aquella especialidad, sin creer que uno de los suyos fuera a cortar la hierba debajo de sus pies. También nos había costado una buena dosis de palanca política frente a los gaje. Pasarían años antes de que toda la belisoogra barata que él habla puesto en circulación pudiera ser absorbida por la demanda. Siempre he sentido simpatía hacia Valerian, pero aquella vez había sido realmente estúpido, y, como Damiano había dicho muy elocuentemente al kris, la estupidez en un rom tiene que ser castigada. El universo castigará la estupidez en cualquiera, tarde o temprano, por supuesto. Pero nuestra posición en el universo ha sido siempre bastante precaria, y no podemos permitirnos el lujo de aguardar a que el proceso corrector natural haga el trabajo por nosotros.

—Pido a las víctimas de la estúpida codicia de este hombre que se adelanten y le cuenten al kris los daños que han sufrido a causa de esta acción impensable...

Se siguió todo el proceso formal, por supuesto, como dicta la tradición. Fueron presentadas las bayura, las quejas contra él. Luego aguardamos a que Valerian se personara en Galgala -acudió a una fiesta dada en su honor, sin saber nada de lo que le esperaba-, y fue debidamente encarcelado y traído a juicio, en realidad por primera vez en su vida. Los gaje nunca habían sido capaces de acusarle de nada en todos sus años de piratería. Pero nosotros sí. El propio Damiano fue el krisatori o baro, el juez principal, y Damiano quería sangre. Cualquiera lo hubiera tomado fácilmente por un miembro perjudicado del cartel de la belisoogra, tan furioso se mostraba. Nadie, por supuesto, le acusó de ello. Al fin y al cabo, somos gente civilizada. De todos modos, Damiano odiaba ferozmente perder dinero, y probablemente no hubiera visto ningún conflicto de intereses en ocupar el puesto de juez contra el hombre que le hubiera hecho aquello a él.

Derivé por toda la sala del juicio, manteniéndome invisible. En un momento determinado me vi a mí mismo alzar la vista hacia el lugar donde flotaba, y me pregunté si estaría viéndome. No podía recordarlo.

Lo que sí recordaba era que el juicio había empezado mal para Valerian, y había ido de mal en peor a medida que avanzaba. Juró por todo lo jurable que sus intenciones habían sido puramente humanitarias, lo cual en aquel caso puede que fuera cierto. Pero había costado a los roms un montón de dinero. Ofreció restituirlo. Bien, eso sonaba interesante. Pero Damiano siguió machacando. ¿Qué decir acerca del debilitamiento de nuestra posición entre

los gaje por el quebrantamiento de nuestro monopolio de la belisoogra? ¿Cómo pensaba el acusado restituir eso? La krisatora asintió y murmuró. A toda el Inundo le caía bien Valerian, pero tenía también mantones de enemigos, y muchos de ellos eran los mismos que le apreciaban. En el transcurso de sus piraterías pasadas había causado más que ligeros daños a varios comerciantes roms, todo ello de la forma más casual y casi incidental del mundo. Resultaba muy evidente que la krisatora iba a por él. Él lo sabía, y todos los demás lo sabíamos también.

Luego vino el solakh, los interrogatorios finales y la sentencia. Valerian permanecía sombrío y abatida. Sabía lo que le esperaba. Y lo que le esperaba era terrible. Íbamos a arrojarle de nuestro seno. A proclamarle marhime, impuro. A apelar a la ira de todos los roms, pasados y presentes, vivos y muertos, sobre cualquiera que tuviera algún tipo de trato con él a partir de entonces. Lo cual no sólo le privaría del consuelo de su familia, de toda la gran kumpania de los roms, sino que también lo despojaría de su tripulación y de su modo de vida, y le dejaría expuesto a la venganza de los gaje, que habían estado intentando echarle el guante desde hacía mucho tiempo. Y además, para Valerian, ya no existiría jamás el viaje a la Estrella Romani.

Floté espectralmente sobre las cabezas de los krisatora mientras se preparaban para pronunciar su veredicto. Me detuve encima de Yakoub el rey. El rey parecía aburrido. El rey estaba aburrido. Los juicios como aquél siempre me habían cansado, formaban una parte de mi trabajo que hubiera cedido alegremente a cualquiera. La interminable toma medieval de juramentos y los gritos de las maldiciones sobre los posibles perjuros, el interminable desfilar de las pruebas, la infame acumulación de tensión y sudor y angustia y quejas... comprendía la virtud y la importancia de todo ello. Y lo odiaba. Pero pese a todo cumplía con mi deber. Tengo un gran sentido del deber. Pero eso no significa que deba disfrutar con él.

Me hice visible sólo por un momento, y sólo a mi yo anterior. —Sé compasivo —susurré. Y le guiñé un ojo. Y desaparecí a una velocidad espectral hacia Dios sabe dónde en el rincón más alejado del tiempo y la galaxia. Cuando supe dónde estaba de nuevo me hallé otra vez en mí celda, sentado inmóvil en mi camastro y oyendo por enésima vez en mi cabeza la voz de Valerian diciendo: He visto las colinas *quemadas*. He visto los valles *fundidos*.

El veredicto sobre Valerian fue culpable, y la sentencia la expulsión absoluta del pueblo romani. Desgajado, extirpado, excomulgado. A partir de entonces sería un delito para cualquier toro dirigirle la palabra, incluso su

madre, incluso su hermano, y el que lo hiciera se vería expuesto a la misma condena. Cualquier cosa que él tocara sería considerada impura y debería ser destruida, fuera cual fuese su valor, En otras palabras, un cataclismo completo: el peor castigo de nuestra Ley, en toda su antigua y apocalíptica severidad. A su debido tiempo el decreto del kris llegó hasta mí para revisión y, como sospecho que todos los implicados excepto quizá Damiano esperaban realmente que hiciera, lo encontré demasiado severo, y lo invalidé. En vez de ello ordené a Valerian que efectuara un enorme pago de restitución y un acto ceremonial de penitencia, le di instrucciones de que mantuviera las manos fuera de todas las naves toros por el resto de sus días naturales o innaturales, y lo despedí, estremecido y aliviado y oficialmente rehabilitado y eternamente agradecido hacia mí, para que prosiguiera sus actos piratas por las rutas del espacio. Damiano me hizo pasar malos ratos acerca de mi indulgencia.

—Ese escurridizo bastardo necesitaba una buena lección —dijo. Y lo repitió una y otra y otra vez, por si acaso yo no lo había oído la primera.

—Ya ha recibido una.

—No la suficiente. Va a seguir pensando que tiene libertad de hacer todo lo que malditamente le plazca. Simplemente hará más difícil que podamos atraparle una segunda vez, eso es todo.

—¿No es eso lo que hace todo el mundo?

—Me sorprendes, primo.

—¿De veras? ¿Te sorprende de veras, primo?

Damiano tuvo que ceder, por supuesto. Yo era el rey, como le recordé dos o tres veces, de modo que se fue gruñendo. Más tarde, él y Valerian hicieron las paces, y Damiano incluso invirtió en algunas de las aventuras de Valerian, lo cual entra tan perfectamente en el carácter de Damiano que le hubiera abrazado por ello. Por supuesto, Damiano tenía razón al decir que Valerian iba a creer que podía hacer todo lo que quisiera, siempre que se preocupara de no ser atrapado de nuevo. Y así ha sido.

He tenido las cenizas de la Estrella Romani entre mis manos, Yakoub.

¿Me atrevería a creerle? ¿Me atrevería a no hacerlo?

Luego Shandor acudió en tromba a visitarme, su primera visita en mucho tiempo, y me distrajo. Estaba tan encendido que casi creí que era el espectro de Shandor el que se había presentado, todo chispas y zumbidos y crepitar. Pero tenía los pies en el suelo, y las chispas eran metafóricas, no eléctricas.

Estaba furioso y prácticamente incoherente. Caminaba arriba y abajo, adelante y atrás, retorciéndose y echando espuma. Pese a su reciente remodelación parecía un viejo, aquel primogénito mío. Sentí un placer auténticamente malicioso al ver lo gris que se reflejaba su piel, lo afilada que se le estaba poniendo la nariz, lo redondeado de sus hombros. Aquel bebé que había acunado entre mis rodillas hacía tan sólo un centenar de años, más menos diez o veinte.

Ardía. Se estaba consumiendo. Era una vela que era toda llama de extremo a extremo.

Hay una cosa que a los roms lowara les gusta decir: «Una vela es toda llama de extremo a extremo» En otras palabras, se supone que una vela arde, y lo que hay que hacer es dejarla arder, para permitir que el pabito sea traducido en llama, que es el auténtico destino de la vela. Es un argumento contra la economía. Polarca vive así: no pone nada de lado para el futuro, sino que arde y llamea todo el tiempo. Es pródigo y generoso hasta la locura; pero arde con una brillante luz.

Entre nosotros los kalderash, el mismo proverbio tiene un matiz distinto de significado. Que es que cuando dejas alegremente que tu vela arda de extremo a extremo, te proporciona mucho calor y luz, pero finalmente se consume, y todo lo que te queda entonces es oscuridad. En consecuencia, deja arder la que necesites, pero no más. Especialmente cuando la vela que dejas arder eres tú mismo. Shandor, parecía, estaba malgastando su vela en el fervor de su rabia.

Fue una soberbia actuación. Le observé admirado. Dudo que yo hubiera podido hacerlo mejor. Finalmente consiguió controlarse lo suficiente para hablar con un cierto sentido, pero incluso entonces sus palabras brotaron en un trabalenguas frenético.

—¡Una última oportunidad, Dios te maldiga! —retumbó—. Sé ser compasivo si tengo que serlo. Te ofrezco mi maldita compasión, viejo bastardo sarnoso. Pero tienes que cooperar. ¡Tienes que cooperar! O terminaré contigo.

—¿Terminarás conmigo, cómo?

—¡Terminaré contigo! No me preguntes. ¡Simplemente no me

preguntas!

—No tienes buen aspecto. Shandor. ¿Duermes bien estos días?

—Voy a celebrar una coronación.

—¿De veras, ahora?

—¡Deja de hablarme con ese tono condescendiente de voz!

—Sólo estoy intentando mantener una conversación, eso es todo. Te he preguntado por tu salud. Hay cosas que puedes tomar, ¿sabes? Agua de nueve lugares distintos, ¿conoces ese remedio? Primero necesitarás un drabami para que arroje en ella carbones encendidos. Quizá Bibi Savina quiera hacerlo por ti. Y luego está la grasa de oso, puedes enviar a buscarla a Marajo, creo que Damiano tiene osos allí..., ojo de cangrejo de río, polvo de cantárida...

—Te cortaré la lengua si no callas.

—El compasivo Shandor, sí.

—Habrá una coronación —dijo, obligando a las palabras a brotar de su boca como si fueran dientes escupidos—. Una ceremonia en nueve mundos, primero aquí, en Galgala, luego en Xamur, Iriarte, Nabomba Zom, Clard Msat...

—Puede que tengas problemas con parte de ese proyecto. Tengo entendido que por alguna razón las naves ya no se posan en Iriarte o en Clard Msat estos días.

—...y, después de que el rito haya sido santificado en los nueve planetas reales, tú y yo iremos a la Capital y nos presentaremos ante el emperador para recibir la confirmación.

—¿La confirmación de qué?

—De mi título al trono. De la legalidad de mi sucesión.

—¿Sigues deseando ser rey, Shandor? Olvídalo. Es un trabajo terrible.

—En cada uno de los nueve planetas reales, permanecerás a mi lado mientras la phuri dai me pone el sello de mi poder...

—¿De veras?

—El manto real. La transferencia de autoridad. Lo harás libre y alegremente.

—Primero pasaría libre y alegremente diez años en los túneles de Alta Hannalanna.

—No sería un gran problema para mí enviarte allí.

—Y también lo harías, si pudieras.

—Puedo. ¿O quizá prefieras Gran Chingada? ¿Megalo Kastro, en las minas? ¿Trinigalee Chase?

—¿Eso es lo mejor que puedes conseguir? ¿Trinigalee Chase?

—Puedo enviarte a cualquier parte. ¿Qué te parece Mentiroso de nuevo? Puedo hacerte sufrir, Yakoub; de veras.

—Y conseguir que te quieran más en todos los mundos rom de lo que ya te quieren ahora.

—Maldito seas, Yakoub

—Amenázame un poco más, hijo. Es el mejor ejercicio que he tenido en meses.

—Hay guerra ahí fuera, ¿lo sabes? Roms contra roms. Kumpanias completas escindiéndose por culpa de la sucesión real. Y tú eres el responsable.

—¿Yo soy el responsable?

—Con tu intento de reclamar el trono. Con tu pretensión de desplazar a un rey legítimo, elegido y ungido.

—El pote le llama negra a la marmita.

Cada vez parecía más al borde de la apoplejía. Tuve una rápida y satisfactoria fantasía de empujarle a un ataque cardíaco allí mismo, en mi celda. Pero no, Shandor nunca sería tan complaciente. Siguió hablando de la coronación que iba a celebrar, en la que yo permanecería a su lado benignamente radiante mientras él se ponía mi corona en la cabeza. Y el ojo de un cerdo, haría. Todo aquello resultaba ridículo. Allí estaba mi primogénito, apuntando directamente a la yugular freudiana, y yo le escuchaba amablemente, intercalando un poco de suave chanza cada vez que se interrumpía para recuperar el aliento. Incluso le hablé un poco de Freud. No había oído hablar de él, por supuesto. Un antiguo filósofo gaje, le dije. Rebusqué en mi almacén antropológico y extraje a Urano y Cronos, Cronos y Zeus, David y Absalón y uno o dos padres e hijos famosos más. También le hablé de Lear y sus hijas, aunque esa historia no era enteramente adecuada para la ocasión. Aunque sí bastante aproximada.

—¿Es eso lo que deseas? —pregunté—. ¿Reducirme a un mero arquetipo? ¡Tener un hijo desagradecido es peor que los afilados dientes de una serpiente!

—¿De qué demonios estás hablando? —dijo Shandor—. ¡Eres un viejo bastardo loco!

Sonreí dulcemente. Al final seguíamos en tablas; yo continuaba siendo su prisionero, él continuaba siendo el cuestionable poseedor de un tambaleante trono. Su rostro se puso rojo, y volvió a murmurar amenazas. Mentiroso, dijo de nuevo. Alta Hannalanna. Agitó otra vez Trinigalee Chase delante de mi nariz. Tal vez hubiera conseguido que reconsiderara nuestras posiciones, si realmente hubiera intentado embarcarme para Trinigalee

Chase. Es una buena cosa que nunca le haya dicho a nadie lo mucho que odio aquel lugar, o por qué, una política que pretendo seguir honrando hasta el fin de mis días.

Me mantuve tranquilo y frío ante sus amenazas. Él estaba furioso. Yo empezaba a reconsiderar el seguir empujándole un poco más lejos. A veces se llega a un punto con cualquier enemigo en el que puedes ponerle lo bastante furioso como para que actúe contra sus propios intereses, y entonces te ves realmente metido en problemas. Si Shandor se libraba de mí en un acceso de rabia, acabaría de estropear definitivamente su posición entre los toros, pero yo estaría muerto. Como había señalado a Valerian en Xamur, yo podía ser útil incluso como mártir. De todos modos, ésa no era mi primera elección. Ni siquiera estaba muy arriba en mi lista.

Finalmente se fue, murmurando y maldiciendo. Algo iba a ocurrir ahora, de eso estaba seguro. Mantenerme encerrado en aquella húmeda oubliette infestada de ratas no había conseguido nada, y no había logrado nada mejor con sentarme allí en aquella dorada jaula. Había esperado mucho a lo largo de mi vida, y Shandor estaba empezando a darse cuenta de que era capaz de esperar mucho más. Él confiaba que yo cedería al cabo de un tiempo y daría mi bendición a su reinado, pero eso no había ocurrido, y ahora, sospechaba yo, estaba alcanzando los límites de su paciencia. En cualquier momento podía empezar con algún tipo más activo de persuasión. ¿Torturarme? ¿Quemarme el cerebro? ¿Enviarme a cortos viajes de ablandamiento a algunos de los peores mundos de la galaxia? Prepárate para lo peor, me dije. Algo va a ocurrir.

Algo ocurrió, sí. Al día siguiente, cuando los robots me trajeron la cena, hallé un pescado al horno en mi bandeja, nadando en una delicada salsa cremosa. ¿Después de meses de gachas y más gachas, un pescado al horno en media de una elaborada salsa? ¿Era ésta la idea de Shandor de la tortura? El pescado estaba acompañado con unas elegantes patatas hinchadas, rellenas de aire bajo su crujiente superficie amarronada, y algún tipo de largas y azuladas judías en un aromático y sutil jugo. Una jarra de vino a un lado, a su temperatura justa de frío, y un pequeño y crujiente panecillo.

Tenía que ser una trampa. Quizá la comida estaba envenenada, e imaginaba que me iba a lanzar sobre ella con tanta ansia que ni siquiera captaría el débil aroma del cianuro con el que estaba ligada la salsa. ¿Era eso? Durante quizá cinco minutos permanecí sentado allí, contemplando miserablemente aquella hermosa comida, temeroso de tocarla. Luego me di cuenta de que estaba muy hambriento y de que podía morir de hambre con

tanta facilidad que envenenada con cianuro. Si comía aquellas maravillosas cosas tal vez estuviera comiendo también cianuro, si había cianuro, pero al menos estaría comiendo aquella deliciosa comida, y en cualquier caso estaría muerto dentro de poco. Así que probé un bocado experimental. ¡Éxtasis! Si Shandor había hecho envenenar aquello, como mínimo era un veneno delicioso. Aguardé, y nada siniestro ocurrió. Otro bocado. Otro. Qué demonios, pensé, esta comida está demasiado buena para ser letal. Y la atacué con gusto.

Había vivido tanto tiempo de la basura de Shandor que mi estómago casi se rebeló ante una cocina de tan extraordinario calibre. Hice todo lo que pude por mantener los primeros bocados en su lugar, Luché valientemente, y vencí. El pan y el vino ayudaron. Y al cabo de un tiempo la cosa se hizo más fácil. Cuando me dormí aquella noche -aún preguntándome vagamente si habría sido envenenado-, pasé los últimos momentos despierto meditando en el significado del extraño gesto de Shandor. No tenía sentido. Odio las cosas que no tienen sentido. Si no estaba intentando envenenarme de alguna retorcida manera, ¿creía seriamente que podría convencerme a que cooperara alimentándome con manjares exquisitos?

Por supuesto que no. Decidí que tenía que tratarse de la cena de alguna otra persona, enviada a mí por error. Un fallo de los robots sirvientes. Me dormí.

Y desperté, sin sentirme envenenado en absoluto, para descubrir que los robots me habían traído el desayuno. Dos crujientes croissants de textura inmejorablemente delicada, una jarra de café que se acercaba a la ambrosia, y una bandejita de suave queso tierno y surtidas frutas locales que resplandecían con minúsculos destellos de oro. Me sentí abrumado.

Para mi vergüenza, pasó todo un día y medio antes de que dejara de comer lo suficiente como para pensar en todo aquello. *La ayuda está en camino, me había dicho Polarca, al principio de mi encarcelamiento. Cuando llegue aquí, lo sabrás. La clave te vendrá en la bandeja que tendrás ante ti.*

¿Qué tipo de comida era la que aquellos robots dementes habían empezado a traerme de pronto? Bien, era comida francesa. ¿Y a quién conocía cuya mayor pasión era cocinar a la manera clásica francesa? Oh, Julien de Gramont, pretendiente del trono de Francia y ayudante especial de Su Señoría Periandros en la corte imperial. Sí. Por supuesto.

De alguna forma Julien se había infiltrado en aquel lugar y estaba preparando soberbias comidas para mí que eran en realidad otros tantos mensajes. Lo que pretendían decirme todos aquellos caussoulets y ragouts y terrinas y salsas era que tenía amigos en el lugar. Y que la ayuda estaría

pronto en camino.

SIETE:

EL DECIMOSEXTO EMPERADOR

Empezamos estúpidos. Toda lo que tenemos al principio es la sabiduría innata del cuerpo, que nos dice por qué lado comer y por qué lado defecar y no mucho más. Pero hemos sido puestos aquí para luchar con la entropía, y, entropía es igual a estupidez. En consecuencia, estamos obligados a aprender. Nuestro trabajo es procesar información y conseguir el control de ella: es decir, ser cada vez más listos a medida que seguimos adelante.

Si soy tan estúpido cuando tengo veinte años que cuando tenía dos, si soy tan estúpido cuando alcanzo los cien que cuando tenía cincuenta, entonces no estoy haciendo mi trabajo. Estoy ocupando tiempo y espacio sin ninguna finalidad, e igual podría ser un trozo de roca.

Por supuesto, llega un momento en que incluso el más listo de los hombres deja de ser más listo y empieza a volverse de nuevo estúpido. Puede que se necesiten doscientos años para que le ocurra esto, pero le ocurrirá. Me he reconciliado con la inevitabilidad de eso, creo. Todo lo que significa es que al final gana la entropía, lo cual es algo que sabíamos desde un principio. No importa. El hecho de que luchemos en una batalla perdida no nos disculpa de luchar. El gran logro humano es posponer el momento de la derrota tanto como sea posible.

1

Lo que no sabía era que en el imperio se habían producido algunos cambios importantes. El viejo emperador había muerto al fin -sin nombrar sucesor-, y los tres grandes lores estaban efectuando sus movimientos. Así que ahora el caos estaba entre los gaje al igual que entre los roms.

Encerrado en mi acogedora celda, no supe nada de todo aquello. Mis únicos visitantes ahora eran los silenciosos robots que seguían trayéndome comidas cada vez más elaboradas. Ni siquiera recibía espectros. En vez de noticias del exterior, lo que recibía era *suprêmes de voluille, noisettes d'ogneau, grenadins de boeuf*. Mi cintura empezó a ensancharse. Mientras tanto, más allá de las paredes de mi prisión, toda la estructura precariamente equilibrada que había mantenido junta a la raza humana durante los mil años de expansión por la galaxia estaba despedazándose en un gran y triunfante estallido de codicia y estupidez.

¡Imaginen! ¡Reyes y emperadores, aquí en el siglo XXXII! Como si estuviéramos viviendo en la Edad Media. Pompa y circunstancia, fanfarrias y

panoplias. Coronas y cetros. Guerras de sucesión. Suena infantil, ¿verdad? ¿Pero qué sistema, les pregunto, hubiera funcionado mejor? ¿Una democracia? ¿Un parlamento de mundos? No me hagan reír. Todo eso funciona bien a pequeña escala, quizá. Dentro de un solo país, digamos. Observarán que en su tiempo la Tierra nunca consiguió tener una democracia representativa que funcionara más o menos bien a escala de toda un continente, sin hablar ya de todo el planeta. Así que, ¿cómo podría conseguirse a escala galáctica? Nos desplazamos espectacularmente en nuestras astronaves más rápidas que la luz, pero las comunicaciones entre los sistemas solares aún sufren fuertes intervalos. El parlamento siempre estaría con seis semanas de retraso con respecto a saber lo que estaba ocurriendo. El presidente galáctico no estaría al corriente de nada. Y hay centenares de mundos habitados, ¿no? Miles. Necesitaríamos un parlamento que ocupara la mitad del tamaño de una ciudad para albergar a todos los delegados. Imaginen la barahúnda, Lo que se necesita es una figura simbólica, una especie de estandarte animado que mantenga juntos a todos los mundos. Sabíamos lo que estábamos haciendo cuando revivimos la monarquía. Por supuesto, esto no es en absoluto la Edad Media, y la monarquía que instauramos no se parece en nada a la de los tiempos antiguos. Básicamente, el emperador es un mensaje que es enviado simultáneamente a todos los mundos de la galaxia. Su misma existencia dice: Somos humanos, somos miembros de una misma familia. El emperador es como un poema, si entienden el significado. Cuando habla, puede que no comprendas el sentido literal de lo que dice, pero recibes el impacto a algún otro nivel.

¿Qué es lo que están diciendo? ¿Que por qué molestarse en intentar mantener unida la trama de los mundos? ¿Que por qué no simplemente dejar que cada planeta viva en un bendito aislamiento, envuelto en su acogedora sábana de años luz? ¿Sin nada de la intrincada y costosa arquitectura del Imperio?

Bien, ése es un concepto medieval, si alguna vez he oído alguno. Y ni siquiera en la antigua Tierra medieval fue posible hacer que funcionara, aunque ciertamente lo intentaron. No había forma de que ninguna nación se mantuviera aislada de las demás naciones por mucho tiempo. Las más débiles que lo intentaron terminaron siendo sojuzgadas inevitablemente de una u otra forma. Las fuertes podían hacer que la política aislacionista funcionara durante un tiempo, pero más pronto o más tarde se encerraron en sí mismas e iniciaron la decadencia, y empezaron a resbalar por un lento e irreversible declive. Sólo cuando la gente de la Tierra aceptó alguna noción

de su interdependencia empezaron a alcanzar algo parecido a la civilización. Como dijo el antiguo poeta gaje: Ningún hombre es una isla, completo en sí mismo. Cada hombre es una pieza del continente, una parte del conjunto; si una mota de tierra es arrastrada por el mar, Europa es la que menos. Exactamente. Europa fue uno de sus más famosos continentes, pequeño pero muy importante. El mismo poeta dijo: La muerte de cualquier hombre me disminuye. Por consiguiente, nunca envíes a saber por quién doblan las campanas; doblan por ti. Sí, exactamente. Es lo mismo para las naciones. Y es lo mismo para los mundos.

Ahora nos hemos dispersado por las estrellas, llenando muchos mundos con nosotros mismos y con los animales de la vieja y muerta Tierra que trajimos con nosotros para hacernos compañía, vacas y caballos y serpientes y ranas. Nos hemos diseminado como una marea incontenible por todo un universo que probablemente se consideraba perfecto sin nosotros, y hemos abrumado grandes sectores de él. Y sin embargo, y sin embargo, pese a todo nuestro tremendo impulso, no somos más que un pequeño hilo oscuro tendido a lo largo de la Vía Láctea. Si alguno de nosotros intentara permanecer aislado, estaría perdido. Así que nos tendemos hacia fuera - nosotros que no somos más que muchas cuentas esparcidas oscilando en este gran océano de noche, si no les importa cambiar de metáfora, y si un rey no puede cambiar de metáfora, me gustaría saber quién puede-, e intentamos mantenernos conectados los unos con los otros. Y eso es el Imperio; y por eso existe un emperador; y por eso, cuando el emperador muere, todos nos hallamos al borde del caos.

Puede que hayan observado que en el transcurso de desatar toda mi pasión sobre ustedes no me he detenido a trazar distinciones entre gaje y roms. Por supuesto. Tenemos nuestras diferencias, sí -ilos gaje no sospechan siquiera lo grandes que llegan a ser!-, pero también tenemos nuestras similitudes, y nunca me permitiré olvidar eso tampoco. Ellos son humanos y nosotros somos humanos. Este océano en el que derivamos es muy amplio, y nosotros somos muy pequeños; y todos necesitamos la totalidad de los aliados que podamos conseguir. El gaje es el enemigo, sí; así se nos enseñó desde nuestra infancia. Pero el gaje es también el único amigo. Es un asunto desconcertante. Los asuntos más fundamentales de la vida son así. Nosotros los roms nos hemos mantenido aparte, una isla en el enorme mar gaje, porque si no hubiéramos hecho eso hubiéramos estado perdidos, y, sin embargo, hemos unido nuestras manos con ellos, tanto como nos ha sido posible, porque si no hubiéramos hecho eso también hubiéramos estado perdidos. Somos un Reino fuera del Imperio, pero

también pertenecemos al Imperio. Eso no resulta fácil de comprender. Pero tampoco resulta fácil de conseguir. Pero les diré esto: Que la muerte del emperador gaje nos disminuye a todos, incluso a nosotros los toros. Ningún hombre es una isla.

2

Oí ruidos y disturbios dentro del edificio. Quizás estuvieran trasladando muebles, quizás estuvieran derribando las paredes: no tenía forma de saberlo. El ruido prosiguió durante un día y medio, y empezó a sonar como algo mucho más serio que arrastrar sofás de un lado a otro. Pero para mí, en mi aislamiento, fue simplemente un día y medio más de glotonería: fantásticas salsas y cremosas postres y resplandecientes vinos. Resultó ser una culminante orgía de fabulosa comida. Por la tarde del segundo día no llegó ninguna cena. Los robots no se mostraron, y el ruido fuera se hizo mucho más fuerte. Ahora estaba seguro de que tenía que estar ocurriendo algo serio.

Mi primer indicio de la verdad me llegó cuando oí ruido de pasos en el corredor, el sonido de pies corriendo. Luego gritos y alaridos, una sirena o dos, el inconfundible siseo del fuego de implosión, el apagado retumbar de la artillería pesada. Apliqué el oído a la puerta. Se estaba luchando ahí fuera, sí, pero, ¿quién luchaba contra quién? No podía aventurar nada.

Al principio pensé que Polarca o Valerian habían llegado con un ejército de roms leales para derribar a Shandor y liberarme. Dios me perdone por eso. Si hubiera deseado echar a Shandor a un lado por la fuerza, lo hubiera intentado hacía mucho tiempo en vez de pasar por toda aquella elaborada charada. Los roms no alzan la mano contra los roms.

Pero si aquello era una invasión rom, ¿qué hacía Julien de Gramont mezclado con todo aquello? Evidentemente era Julien quien había estado preparando mis comidas aquellas últimas semanas; nadie más tenía la habilidad necesaria. Quizá fuera Julien quien había abierto las puertas para dejar entrar a los invasores. Él y Polarca estaban en buenas relaciones: de hecho, eran viejos compañeros de prostíbulos en muchos mundos. ¿Habían elaborado alguna especie de alianza? ¿Por qué? Parecían unos extraños aliados. Julien sentía simpatía hacia todas las cosas rom, pero esencialmente era un aliado de Lord Periandros. Polarca no era de ninguna utilidad para ninguno de los lores del Imperio.

Nunca he deseado tan profundamente que fuera posible espectralar hacia delante en el tiempo como en aquel momento. Sólo cinco minutos, o quizá diez: el tiempo suficiente para descubrir qué en nombre de todos los demonios estaba ocurriendo en el palacio del Rey de los Gitanos. Pero todo lo que podía hacer era permanecer con el oído pegado a la puerta de mi celda, e imaginar alocadamente impías alianzas y conspiraciones.

Luego la puerta se abrió de golpe y cinco figuras armadas con el uniforme verde pálido de la Guardia Imperial entraron a la carrera. Eran

nativos de Sidri Akarak. Lo vi inmediatamente, en sus vacuos e impasibles ojos akraki, y en sus hoscas bocas akraki con las comisuras inclinadas hacia abajo, y en la forma típica akraki en que se movían, con las articulaciones rígidas. Pero por si acaso esos indicios no eran suficientes, llevaban llamativos brazaletes blasonados con las chillonas franjas verticales de la bandera akraki, y un gran monograma, una P escarlata. De Periandros, por supuesto.

El oficial al mando -era una mujer, con las charreteras de falangarca- se dirigió hacia mí y dijo, de esa manera brusca y llana tan propia de los de su mundo:

—¿Cómo te llamas?

—Yakoub —sonreí—. Rom baro. Rex Romaniorum.

—¿Yakoub qué?

—Rey del pueblo romani.

Los cinco akrakikanos intercambiaron solemnes miradas.

—¿Afirmas que eres el rey rom?

—Eso afirmo, cabal y verazmente.

—¿De veras? Demuestra tu identidad.

—Creo que no llevo mis papeles encima. De hecho, resulta que me hallo prisionero en este lugar. Si no crees que soy quien digo que soy, te sugiero que llames a cualquier rom que puedas encontrar y le preguntes mi nombre.

La falangarca hizo un gesto a uno de sus subordinados.

—Busca a un rom —dijo—. Tráelo aquí. Le preguntaremos cuál es el nombre de este hombre.

Todavía seguía oyendo explosiones en otras alas del edificio.

—Mientras esperamos —insinué—, ¿te importaría decirme quiénes sois vosotros y qué está ocurriendo aquí?

Me lanzó una hosca mirada, tan parecida a una expresión como un akraki es capaz de conseguir. Apenas me parecía humana. Tampoco me parecía demasiado mujer, con aquel pelo tan corto y sus rígidos movimientos akraki. Sólo un leve asomo de pechos bajo el uniforme proporcionaba algún indicio de su sexo. La fe era lo único que me permitía considerar que era humana.

—Yo te interrogaré a ti. Tú no tienes por qué interrogarme a mí.

—¿Estoy en lo cierto, al menos, en que sois guardias imperiales?

—Servimos del Decimosexto Emperador —fue lo suficientemente amable de revelar.

—¿El *Decimosexto*? —jadeé. No estaba preparado para aquello—. ¿Pero cuando..., cómo..., quién...?

—Antes era conocido como Lord Periandros.

Parpadeé y contuve el aliento. ¿Así que todo había terminado, pues? ¿La lucha por el trono que había temido durante tanto tiempo había tenido lugar mientras yo permanecía almacenado allí, y de alguna forma el culoprieto de Periandros se había erigido en emperador?

Aquello fue una auténtica impresión. Todo el gran drama apocalíptico galacto-político se había resuelto de una forma muy rápida. Y sin que yo me enterara. Sin que yo estuviera en escena para vitorear a los héroes y abuchear a los villanos. O quizá vitorear a los villanos y abuchear a los héroes. Me había perdido toda la excitación. Había sido dejado fuera.

Pero, por supuesto, estaba saltando a conclusiones..., y no las correctas. La lucha por el trono no había terminado. Sólo estaba empezando, aunque por aquel entonces no tenía forma alguna de saberlo.

Hervía con preguntas. ¿Cómo había conseguido Periandros echar a Sunteil fuera del camino? ¿Qué le había ocurrido a Naria? ¿Por qué había tropas imperiales en el palacio rom? ¿Dónde estaba Shandor? ¿Dónde estaba el Duc de Gramont? Pero me hubiera dado más resultado hacerle preguntas a mi propio codo que intentar obtener información de aquella akraki de ojos vacuos. Permanecía de pie allí mirándome con una absoluta indiferencia, como si yo fuera alguna polvorienta y apolillada reliquia que había permanecido almacenada en aquella habitación durante los últimos quinientos años, algún gabán viejo, algún montón de harapos desechados. Mientras tanto, sus compañeros estaban registrando mis pocas y lamentables posesiones de una forma lenta pero metódica, buscando Dios sabe qué escondite de armas ocultas, o quizá el manuscrito de algunas memorias escandalosas. Pareció transcurrir una eternidad antes de que volviera el que se había ido en busca de un rom para identificarme.

Cuando lo hizo, sin embargo, no iba acompañado por un rom, sino por el Duc de Gramont.

—*Mon ami!* —exclamó Julien—. *Sacrebleu! Ah, j'en suis fort content! ¿Comment ça va?*

Con enorme pasión y verbo. Con el beso en ambas mejillas, con el alegre apretar de sus manos contra mis hombros, con todo el gran abrazo galo. Y luego se volvió a los cinco akrakianos y les gesticuló vehementemente con ambas manos, como si no fueran más que gusanos.

—¡Fuera de aquí, vosotros! ¡Fuera! ¡Vite! ¡Vite! ¡Salauds! ¡Crapauds! ¡Bon Dieu de merde! ¡Fuera, fuera, fuera!

La falangarca le miró incrédula.

—Nuestras órdenes son custodiar a este hombre hasta que...

—Vuestras órdenes son salir de aquí. ¡Vite! ¡Vite! *Misérable* enmerdeuse, je les enmerde tus órdenes. ¡Fuera! ¡Aprisa!

Pensé que iba a echarla por la fuerza. Pero no resultó necesario. Simplemente la echó de la celda con una resonante retahíla de obscenos insultos en una loca mezcla de imperial y francés e incluso un poco de romani.

—*¡Va te faire chier!* —exclamó—. ¡Ve a que te jodan, asquerosa puta lesbiana! ¡Kurav tu ando mol!

La akraki salió a toda prisa, llevándose consigo a sus subordinados. Me dejé caer en mi camastro. Pensé que iba a morirme de risa, allí mismo, en aquel momento. Pasó largo rato antes de que fuera capaz de hablar de nuevo.

—¿Sabes lo que significa eso? —pregunté—. ¿Kurav tu ando mol?

—Por supuesto que sé lo que significa —dijo Julien con enorme altivez—. «Me cago en tu boca», eso es lo que significa. La lástima es que ella no lo sabe. —Cerró la puerta de mi celda, cuidando de no quedar encerrados en ella, cruzó la estancia y se sentó a mi lado—. Ah, *mon vieux*, han ocurrido tantas cosas, tantas cosas! ¿Sabes que llevo varias semanas en Galgala? ¿Empleado secretamente en este mismo edificio?

—La comida que me traían llevaba tu fuma escrita en ella.

—Esperaba que lo comprendieras. Te hubiera enviado una nota, pero pensé que era demasiado arriesgado. Si Shandor descubría de alguna forma mi auténtica identidad..., oh, va era bastante peligroso prepararte esas comidas. Pero para los robots todo es lo mismo, guisado de rata o jamon au Bourgogne en croûte, así que me dediqué a ese pequeño juego. ¡Ah, Yakoub, Yakoub!

—¿Periandros es ahora el emperador?

—¿Así que ya lo sabes?

—La falangarca me lo dijo. Pero eso es todo lo que sé. Necesito todo el resto de las noticias. ¿Qué está pasando aquí? Llevo horas oyendo ruidos de lucha.

—Fue decisión de Lord Periandros rescatarte de esta cautividad —dijo Julien—. En los últimos días de vida del Decimoquinto, mientras el emperador yacía agonizando, Lord Periandros vio los desórdenes que iban a ocurrir con toda seguridad si se producía la sucesión imperial en un momento en que el reino rom se hallaba en manos de una persona tan voluble y tan impredecible coma tu hijo Shandor. Recordarás, *mon ami*, que te insinué eso cuando te visité en aquel mundo helado. Pero eras incommovible en tu deseo de retirarte de la pelea. Nada de lo que pude decir

entonces te impulsó a regresar al Imperio, aunque veo que más tarde cambiaste de opinión, por razones que desconozco.

—Damiano acudió inmediatamente después de ti y me dijo que Shandor se había autoproclamado rey. Nunca fue mi intención abrirle el camino al trono a Shandor, de entre toda la gente. Así que volví. —Pude oír una nueva sucesión de disparos, al parecer no muy lejos. Julien pareció indiferente ante aquello—. ¿Dónde está Shandor ahora? —pregunté.

—Ha huido con su cuerpo de guardia a otra parte de las Altiplanicies Áureas. Le tomamos enteramente por sorpresa cuando atacamos. Movimos muy gradualmente nuestras tropas hasta situarlas en posición rodeando el complejo real, y lo pillamos totalmente desprevenido.

—¿Sólo tropas akraki?

—Sí —dijo suavemente Julien—. No podíamos correr riesgos.

—¿No se pensó en utilizar roms en el grupo de rescate?

—Esta era una misión imperial, *cher ami*. Y sé que sientes aversión a derramar sangre toro a manos de roms. Las tropas invasoras fueron enteramente akraki, de las fuerzas personales de Lord Periandros.

—Entonces, ¿ha sido derramada sangre rom?

Julien me estudió por unos instantes.

—Evidentemente hay roms que son leales a tu hijo, Yakoub. Dios sabe por qué es así, pero ése era el caso. En cualquier caso, normalmente uno no invade un palacio real sin encontrar una firme defensa. Por favor, comprende que hemos intentado mantener las bajas al mínimo.

Al mínimo, sí. Pero eso significaba algunas. Malas noticias. Suspiré.

—Aquellos leales a tu hijo fueron informados de que el nuevo emperador no lo reconoce como rey. Se les ofreció la oportunidad de deponer pacíficamente las armas. Muchos de ellos lo hicieron.

—Pero algunos no.

—Algunos no —admitió Julien

—Bien, qué le vamos a hacer —suspiré al cabo de un rato—. Estaban sirviendo al hombre equivocado. ¿A quién reconoce Periandros como rey? ¿A mí?

—Lo hará. Serás llevado a la Capital, y allí habrá una ceremonia de reconsagración. Supongo que será necesario que obtengas también el decreto del gran kris, ¿no crees? Pero eso puede arreglarse. He hablado con Damiano y con Polarca. Serás rey de nuevo, Yakoub. Sólo te pido una cosa: que esta vez no te diviertas con otra abdicación.

—La abdicación fue un gesto cuidadosamente estudiado —dije—. No es algo que necesite hacer una segunda vez. —Guardé silencio por unos

instantes, meditando en las cosas que me había dicho Julien. Algo parecía no encajar, pero en la vehemencia de nuestra conversación no me había dado cuenta al principio. Ahora regresó para turbarme—. Espera un momento — señalé—. Me dijiste que la misión de rescate era una empresa imperial, Julien. Pero también dijiste que Periandros la había decidido mientras el viejo emperador aún estaba vivo. Y que había enviado sus propios soldados a realizar el trabajo. Todo el asunto suena más como un proyecto particular de Periandros que como algún tipo de acción gubernamental. ¿Qué significa eso? Todavía no era emperador cuando tú viniste aquí, ¿verdad?

—No —dijo Julien.

—¿Por qué rescatarme, entonces? ¿Para que en mí gratitud apoyara sus pretensiones al trono?

—Oh, Yakoub, Yakoub...

—Es eso, ¿verdad? ¿Pero, y si yo no deseara ser rescatado? ¿Te dijo Polarca que yo me puse voluntariamente en manos de Shandor? ¿Que tenía objetivos políticos particulares en mi propio beneficio dejándome encerrar por él? Y te dije a ti cuando viniste a Mulano que no iba a tomar ninguna posición pública que favoreciera la pretensión de Periandros al trono.

—Lord Periandros es emperador ahora, Yakoub.

—¿Así que el Decimoquinto no consiguió nombrar sucesor después de todo?

Julien agitó la cabeza.

—No.

—Entonces, ¿cómo consiguió Periandros ser nombrado emperador? ¿Qué le ocurrió a Sunteil? ¿Y a Naria?

Julien pareció incómodo. Era demasiado diplomático para permitir que se viera su agitación, pero debía estar agitándose desesperadamente por dentro.

—En el momento de la muerte del Decimoquinto —dijo Julien, de una forma extrañamente remota—, Lord Sunteil había ido al sistema de Hai Qaldun a investigar algunos disturbios en Génix y, creo, Shaitan. En cuanto a Lord Naria, también estaba ocupado por aquel entonces en asuntos de apremiante importancia en su mundo nativo, que como sabes es Vietoris.

Mi humor se ensombreció. Mi querido y viejo amigo Julien, que se había vendido hacía mucho a Periandros, estaba allí para intentar comprarme también. Quid pro quo: Periandros me libera, y yo le ofrezco mi alianza, y él me reconoce como rey indiscutido. Un quid, dos quos, y ninguno de ellos bueno.

—Entonces, ¿fue un *coup d'état*? —pregunté—. ¿Los otros dos estaban

lejos, y Periandros simplemente se apoderó del trono?

—Los pares del Imperio han confirmado su elección.

—¿De la misma forma que el gran kris de Galgala confirmó la elección de Shandor como rey?

—Yakoub, *mon cher, mon ami*, te suplico...

—Adelante —dije, cuando guardó silencio—. ¿Me suplicas qué?

—Hablamos de esos asuntos en..., ¿cómo se llama ese lugar tan helado?..., Mulano. Cuando hay un vacío en el cuerpo político, las fuerzas disruptivas quedan sueltas. Tu propia ausencia del trono rom y la aparente usurpación de Shandor, todo ello seguido por tu repentino regreso de tu retiro y tu prisión aquí, han desencadenado ya una serie de interrupciones en el Imperio. La muerte del Decimoquinto amenazaba con hacer las cosas catastróficamente peores. Según el buen juicio de Lord Periandros, la estabilidad del Imperio se hubiera visto comprometida si no hubiera actuado con rapidez y decisión.

—¿Y Sunteil? ¿Y Naria? ¿Estuvieron los dos de acuerdo con la rápida y decisiva acción de Periandros?

Por un momento, sólo por un momento, los ojos de Julien se apartaron de los míos. Aquel momentáneo destello de debilidad fue la más maldita de todas las revelaciones.

—No exactamente —dijo.

—¿No exactamente?

—De hecho, no en absoluto.

—¿Ninguno de los dos?

—Ninguno.

—¿Ambos reclaman el trono?

Julien asintió. Creí que iba a estallar en lágrimas.

—Así que no sólo tenemos un Decimosexto, sino también un Decimoséptimo y un Decimoctavo. ¿Todos a la vez?

—No, *mon ami*. Sólo hay un Decimosexto.

—¿Pero no sabemos cuál de los tres es?

—El emperador es el antiguo Lord Periandros, Yakoub.

—Eso es lo que tú dices. Porque estás del lado de Periandros desde que tenías seis años. ¿Pero es su pretensión mejor o más fundamentada que la de Naria o Sunteil?

—Se halla en posesión de la Capital.

—Nueve décimos de la ley, ¿eh? Bien, Shandor estaba en posesión de *nuestra* capital hasta que tú lo echaste de ella. ¿Y si Sunteil invade la Capital del mismo modo?

Ahora Julien se agitaba visiblemente. Un pequeño músculo se contrajo rígidamente en su elegante mejilla gala.

—¿O los dos? —sugerí—. Después de hacer un trato. Arrojemos una moneda: si sale cara el emperador soy yo, si sale cruz el emperador eres tú, pero arrojemos fuera al hijo de puta de Periandros. ¿Qué entonces?

—Vivimos una época terrible, Yakoub.

—Tienes toda la razón.

—El emperador desea ayudarte porque sabe que tú puedes ayudarle a él, sí. Estamos entrando en una estación de caos y llamas. Tú y el emperador, lado a lado, podéis impedir que ocurra lo peor.

—Creo que podríamos. Pero sería lo mismo si me aliara con Sunteil o Naria.

—Ellos no te rescataron, Yakoub. Y no están en la Capital ahora. Créeme, Yakoub. Lord Periandros es el emperador. Lo consiguiera como lo consiguiera, ahora lo es. Sunteil y Naria son insurgentes. Pretenden encabezar insurrecciones contra el emperador reinante. Si te inclinas por uno cualquiera de ellos dos, Yakoub, no estarás impidiendo el caos, sino fomentándolo.

—¿Y si prefiero a Sunteil? ¿O a Naria?

—¿Por qué deberías? Ambos te desagradan. Lo sé.

—No tengo nada bueno que decir de Naria, de acuerdo. Sunteil es un caso distinto.

—¿Puedes hallar algo bueno que decir de ese fenixi?

—Es retorcido y peligroso, sí. Pero tiene encanto. Periandros está absolutamente desprovisto de encanto, Julien. Deberías saberlo por ti mismo.

—El encanto no es la cualidad primaria que buscamos en un emperador.

—Pero como rey tengo que tratar con el emperador constantemente. ¿Deseo tratar con alguien tan opaco y rígido y carente de humor y autoritario, cuando podría cruzar mi acero con el alegre Sunteil?

—Estás mostrándote frívolo, Yakoub.

—Soy un hombre frívolo.

—¡Eres el hombre menos frívolo de esta galaxia! —exclamó, con una fuerza y un vigor rabiosos que no había oído en él desde hacía mucho—. Y todo esto es una estupidez. Periandros se ha nombrado emperador. Bien, es emperador, te guste o no. Los otros dos son rebeldes. El emperador te ha proporcionado la libertad y te ofrece apoyarte en el cisma dentro de los roms. Puedes aceptarlo o rechazarlo, es tu elección. Pero si decides tender tu mano a uno de los rebeldes, destruirás la poca estabilidad que ha

conseguido alcanzar el Imperio en estos días difíciles. Y puede que descubras que el emperador, en su esfuerzo por reedificar esa estabilidad, decida tender su mano hacia alguna otra persona.

—¿Te refieres a Shandor? ¿Es eso una amenaza, Julien?

—Es la afirmación de un hombre realista, nada más.

—Suenas como una amenaza.

—Soy tu amigo, Yakoub. Tú lo sabes ¿Cuánto tiempo ha pasado desde los viejos días en Iriarte? ¿Cuando tú eras un descubridor para la compañía de tu esposa y yo era el despachador de la compañía? Yo estaba allí cuando te casaste con Esmeralda, ¿recuerdas? Cuando te dieron el pan y la sal, ¿quién tenías a tu lado? Y cuando nació Shandor, ¿a quién le pediste que fuera su padrino? Y yo ni siquiera soy toro; pero tú me lo pediste, y yo hubiera aceptado si el padre de ella hubiera estado de acuerdo. ¿Has olvidado todo eso?

—No he olvidado nada —dijo—. Sin embargo, tu lealtad hacia Periandros es más bien extraña.

—No tan extraña, hay un respeto mutuo entre los dos. Subestimas a ese hombre porque consideras que el estilo akraki no es de tu gusto.

—Te reconoce como rey de Francia, ¿es eso?

El color llameó en las mejillas de Julien, y pareció a punto de estallar en lágrimas de rabia.

—¿Qué tiene que ver eso con todo lo demás?

—Francia, pienso a veces, es más importante para ti que cualquier otro lugar del universo que aún exista.

Se tranquilizó. Necesitó un cierto esfuerzo.

—Nunca comprenderás lo que significa Francia para mí. Es como vuestra Estrella Romani, Yakoub: el gran lugar perdido, la única madre auténtica. ¿Por qué te resulta tan difícil comprenderlo?

¿Así que sabía lo de la Estrella Romani? Aquello me sobresaltó. Nunca antes había oído pronunciar aquel nombre a unos labios gaje. Evidentemente Julien había estado prestando mucha más atención a las palabras privadas de sus amigos roms de lo que ninguno de nosotros sospechaba. Aquel conocimiento me trastornó. Pero no me sentía con ánimos para enfrentarme a aquel asunto ahora.

Dijo, irritado:

—La Estrella Romani aún existe. Algún día regresaremos allí. Pero tu Francia...

—Ah, ¿así que esa es la distinción, Yakoub? Tu fantasía es real, mientras que la mía no.

—¿Fantasía?

—Te lo suplico, *mon ami*, no enturbiamos la discusión con esos asuntos secundarios...

—¿Crees que la Estrella Romani es un mito? ¿Una fábula?

Hizo un gesto inconcreto con las manos.

—*N'importe, mon cher*. No importa eso. Dejemos a un lado esa discusión por el momento. Por el momento, Yakoub. Dices que mi lealtad a Periandros es extraña, que es algo relacionado con el hecho de que él reconozca mi pretensión a mi propio y antiguo trono. De hecho, a él no le importa en absoluto mi pretensión. Solamente le preocupa el Imperio. Soy leal a él, por usar tus palabras, porque creo que es el más adecuado para gobernar. También creo que tú, tú, eres el más adecuado para gobernar, ¿eh, Yakoub? Bien. Ya basta de esta charla, *mon cher*. Sal de esta celda, ahora. El palacio es tuyo. Te lo devolvemos. Shandor se ha ido. Ocupa tu sitio en tu trono, y prepararé una comida más para ti, como celebración. Y luego quiero que pienses en todo lo que hemos dicho. Y después espero que vengas conmigo a la Capital, y te presentes delante de nuestro nuevo emperador. *¿D'accord?* ¿Eh? ¿Eh, *mon ami*? Piensa en todas esas cosas. Sólo piensa, Yakoub.

3

Esta vez se superó a sí mismo con el banquete. Ni siquiera puedo empezar a listar todas las exquisiteces y los mundos de los que provenían, o los raros vinos, y las sensaciones que despertaron en mí. Allá donde va Julien, llena las dimensiones circundantes con las suficientes delicias almacenadas como para aturdir a una docena de gourmets, y aquella noche las decantó todas hacia mí. Si la comida hubiera podido persuadirme, Periandros hubiera tenido mi alianza sin un parpadeo.

Pero primero tenía que pensar, sí. Y había mucho en lo que pensar.

La muerte del viejo Decimoquinto, para empezar. La muerte de cualquier hombre me disminuye, etcétera. Pero ésta me golpeó de una manera particularmente fuerte. Mi colega. Mi contemporáneo, más o menos. Un enorme trozo de mi pasado arrancado de mí. Había trabajado largo y bien con el Decimoquinto, era una presencia reconfortantemente familiar, mi contrapartida, mi yo real opuesto. Y ahora había desaparecido.

En realidad, llevaba ya años muerto, por supuesto, desde que había empezado su lento y largo declive hacia la indiferencia y la incoherencia. Sunteil había sido el auténtico emperador durante los últimos años, eso era sabido. (Lo cual resultaba muy ventajoso para Sunteil cuando llegara el momento de la sucesión. Obviamente, aquel hombre había cometido algún fatal desliz en su planificación.) Pero estar virtualmente muerto es una cosa, y estarlo literalmente otra muy distinta. Ahora que la pérdida era definitiva, la resentí brusca y agudamente.

Era un hombre de Ensalada Verde. Eso les dará una medida de su calidad: el hecho de que llegara de un mundo como aquél, que no era nada, y consiguiera trepar hasta la cima del Imperio. Todos los demás emperadores han sido hombres de los grandes planetas metropolitanos gaje-Olympus, Copperfield, Malebolge, Ragnarok, lugares llenos de gente, con gran influencia política-, excepto el Sexto y el Noveno, que ni siquiera eran hombres: fueron emperatrices. Pero ellas también procedían de mundos importantes. Y luego vino el Decimoquinto, de aquel pequeño y no saqueado planeta limítrofe, que tenía quizá como máximo una población de mil millones de almas. En realidad había nacido pastor. Pero no había seguido siendo pastor mucho tiempo. No él.

Destellos del distante pasado me atormentan. Yo llegando a la Capital, el eje de la galaxia, ese mundo que no tiene un auténtico nombre ni necesita ninguno. Soy el nuevo rey electo. Él es emperador desde hace seis, siete, diez años. Tiempo suficiente para haberse acostumbrado a la grandeza y la estupidez de su cargo. Ahí está la escalinata cristalina, extendiéndose hacia

arriba y hacia arriba hasta la plataforma del trono. Allá se sienta el Decimoquinto, rodeado por sus altos lores, fanfarria de trompetas. El sonido es como si se abriera el cielo: casi espero ver maletas, melones y extraños elementos de mobiliario brotar cayendo de las dimensiones de almacenamiento cercanas. Subo la escalinata, lentamente, solemnemente. Resistiendo el impulso de subir de dos en dos los peldaños. Tengo que mostrarme serio ahora. Soy un hombre en su madurez. (Viejo, de hecho, según los estándares de los antiguos días.) Y soy un rey. Un emperador me aguarda para confirmarme en mi cargo con el toque de su cetro. Otro estallido de trompetas. Tambores también, y quizá pífanos.

—¡Yakoub Nirano Rom, Rom Baro, Rex Romaniorum! —me llega el grito desde un millón de altavoces flotando en una resplandeciente nube en torno al trono.

Arriba, arriba, arriba. El emperador aguarda. Parece muy tranquilo. Su cetro reposa ligero en su mano, como un espantamoscas. A su alrededor, los tres grandes lores hinchán el pecho en mayestática pose, intentando aparecer terriblemente importantes. (Esos eran los antiguos grandes lores, heredados del reinado de Decimocuarto, todos ellos muertos hace mucho ahora. ¡Cómo debieron odiarle cuando aquel pastor de Ensalada Verde saltó por encima de sus cabezas y se hizo con el trono!)

Ahora el emperador se levanta para recibirme. No es un hombre alto, ni impresionante físicamente en ningún sentido. No necesita serlo. Su mente es extraordinaria: fenomenalmente amplia, fenomenalmente profunda. Capta de una forma sorprendente tanto el esquema como el detalle de las cosas. Algunas personas son buenas en los detalles, algunas son buenas en los esquemas; sólo unas pocas son maestras en ambas cosas. Tengo razones para creer que yo soy una de ellas. Ustedes lo saben. El Decimocuarto era otra. Nada escapaba a su atención. Cuando hablaba contigo de las rutas de las astronaves sabía no sólo las razones por las que eran tendidos los grandes caminos sino también el nombre de todos los puertos a lo largo del trayecto. Y probablemente podía citar la cifra de sus poblaciones también. Un hombre notable.

Ahora tiende su cetro al lord de su izquierda. Toma del lord de su derecha la copa de vino dulce que por tradición ofrece siempre el emperador al rey cuando el rey acude a visitarle. Permitiéndome formalmente dar un sorbo. Luego el contacto del cetro sobre mis hombros, un hermoso momento medieval.

—Yakoub Nirano Rom —dice—. Rom Baro. Rex Romaniorum. He sido rey bajo la ley rom desde el momento en que los nueve miembros del gran

kris hicieron el signo de la realeza sobre mí. Pero ahora los gaje me han aceptado también. Sólo una formalidad; pero en esos asuntos vivimos de formalidades.

Y el emperador, tras confirmarme formalmente como rey, me mira y sonrío y me guiña un ojo.

Un momento maravilloso. Un gesto maravilloso, aquel guiño. Diciéndome un millar de cosas en un rápido gesto. Tú y yo comprendemos esas cosas del trono, es lo que dice aquel guiño. Sí. Sabemos la broma que es. Sí. También sabemos lo terriblemente serio que es. Sí. Sí. Tú eres grande y moreno, yo pequeño y pálido. Tú eres rom y yo soy gaje. Y sin embargo somos hermanos, tú y yo. Hermanos en la corona. Sí. Estamos más cerca el uno del otro *de* lo que me siento de estos pavos reales de lores que tengo a mi lado. Y de lo que te sientes tú de cualquiera de tu gran kumpania. Sí. Sí. Sí. De ahora en adelante estaremos unidos, el Decimoquinto y yo, en la labor conjunta de gobernar los mundos. Será nuestra tarea compartida impedir que caiga el cielo: una gran carga y una gran alegría. Todo eso estaba contenido en aquel único guiño, y mucho más.

Y así fue, para el Decimoquinto y yo, durante los grandes años de nuestros reinados. Muchas fueron las veces que acudí a visitarle a la Capital y tomé el vino dulce de sus manos, y hablamos durante toda la noche de los movimientos de las estrellas en sus rumbos y de la mirada de mundos, y tomamos grandes decisiones y remodelamos grandes destinos. Y las veces que la costumbre exigía que él acudiera a mí a Galgala -e incluso en una ocasión cuando yo estaba en Xamur-, yo preparaba maravillosos patshivs para él, fiestas tan espléndidas que casi llegaban a rivalizar el malhadado banquete dado por Loiza la Vakako hacía tantos años, allá en Nabomba Zom. Pero aquí no había ningún Pulika Boshengro para estropear nuestra fiesta, En los cincuenta años de nuestra colaboración trabajamos juntos serena y eficientemente, el Decimoquinto y yo. Hasta que él empezó a deslizarse en la debilidad y la senilidad, y yo a situar mi preocupación por la Estrella Romani delante de todo lo demás. (¡Por lo cual no pido disculpas de ninguna clase!) Hacía muchos años que no lo había visto. Desde mi partida hacia Mulano apenas había pensado en él. Y ahora se había ido, y me daba cuenta de que, hasta el punto en que es posible que un toro aprecie a un gaje, yo había apreciado al Decimoquinto Emperador. Y escribo esto, aquí, para que todo el mundo lo sepa.

Y una cosa más. En el vigésimo año de mi reinado descubrí algo sorprendente cuando examinaba algunos documentos del reinado de mi predecesor Cesaro o Nano. Que había sido el propio Decimoquinto quien

había puesto en su mente la idea de nombrarme a mí como su sucesor en el reino. Qué extraño resultaba eso, que el emperador gaje hiciera una sugerencia así, y más extraño todavía que el rey rom decidiera seguirla. El Decimoquinto me había dicho a menudo cómo me había tenido en gran estima desde mucho antes de que yo llegara a ser rey; y ahora tenía la prueba de ello.

He ocultado siempre esto desde que lo descubrí. ¿Pero por qué ocultarlo más tiempo? ¿Hay alguna vergüenza en ello? El Decimoquinto estaba en lo cierto de que yo sería un buen rey Cesaro o Nano estaba en lo cierto siguiendo su consejo. ¿Qué importa que ese consejo procediera de un gaje? ¿Del más alto de todos los gaje? ¿Era menos Cesaro o Nano por haberle hecho caso? ¿Era menos yo por haber sido recomendado por un emperador? Durante los miles de años desde que nuestros dos pueblos se vieron unidos por el destino hemos temido y desconfiado de los gaje por muchas y muy buenas razones, y ellos nos han temido y han desconfiado de nosotros también, por razones que no me parecen tan buenas. Pero quizá parte de este miedo y desconfianza fue innecesario, por ambas partes. Y ahora ya no me parece importante ocultar el papel que tuvo el Decimoquinto en nombrarme rey. En realidad, considerando los grandes cambios que han traído muchos acontecimientos recientes, creo que es una buena cosa contar la historia.

¡Qué extraño, dirán ustedes, que el Decimoquinto estuviera tan preocupado por la sucesión rom, y fracasara en ocuparse de la suya! Pero él me eligió como rey hace mucho tiempo, cuando se hallaba aún en pleno vigor y plenas facultades. Su declive debió caer sobre él más repentinamente de lo que nadie llegó a saber nunca, y el efecto sobre su persona debió ser mucho más calamitoso de lo que sospechamos. Porque yo conocía bien al Decimoquinto, y no creo que hubiera dejado voluntariamente abierta la sucesión imperial como hizo. Su voluntad debió haberse ido de él antes de que pudiera ocuparse de la sucesión, porque seguramente nunca hubiera deseado irse como lo hizo, dejando que Sunteil y Naria y Periandros lucharan por el trono.

O quizá -conociéndole tan bien como le conocía- no debería decir eso. Quizá -considerando los acontecimientos que siguieron a su muerte- el Decimoquinto supiera exactamente lo que estaba haciendo, cuando prescindió de redactar el habitual decreto de sucesión. Fue un hombre notable. Veía las cosas con una extraordinaria claridad. Quizás estaba mirando más allá de su muerte y del caos que le seguiría, a un futuro más lejano, cuando todo sería completamente distinto. Me hubiera gustado

preguntarle qué tenía en realidad en mente. Por supuesto, ahora ya no es posible. Pero quizás algún día tenga la oportunidad de preguntárselo de todos modos.

4

También pensé mucho en Shandor, mientras vagaba como mi propio espectro por los salones del palacio real.

Había señales de lucha por todas partes. Alguien había hecho un intento de limpiarlas, pero vi desgarrones en el recio tapizado de piel de las paredes, marcas de quemaduras en los suelos, incluso la que podían ser manchas de sangre. Y, sin embargo, Shandor había conseguido escapar. Incluso parecía que se había llevado consigo algunos objetos ceremoniales, antiguos emblemas y cosas de valor. Vi los lugares vacíos. La fuerza invasora debía haberle permitido escapar deliberadamente, pensé. Como una delicadeza hacia mí. Porque, al fin y al cabo, era mi hijo. Rodeado y tomado por sorpresa como lo había sido, Shandor nunca hubiera sido capaz de huir de aquel modo. Especialmente abrumado por los objetos ceremoniales que se llevaba consigo. Debieron hacer un guiño y mirar hacia otra parte, en honor mío.

¡Oh, lo equivocado que estaba al respecto!

Tengo que admitir que sentía una extraña ternura hacia Shandor, incluso amor, ahora que él se había ido y yo era libre de nuevo. Sé que suena peculiar. Considerando que Shandor era una persona de naturaleza poco amante y poco digna de amor. Pero, al fin y al cabo, era mi hijo. Y su intento de apoderarse del trono había fracasado: era un fugitivo, estaba fuera de circulación. Ya no tenía nada que temer de él, ¿verdad? Así que podía permitir que mi enterrado amor hacia él aflorara a la superficie. Y mi piedad. Si no pueden hallarle sentido a esto, no lo intenten. Lo comprenderán algún día.

Me descubrí pensando que podía reconquistar a Shandor de alguna manera. Sentarme con él a la manera tradicional, servirle café, servirle vino, discutir las diferencias que habían surgido entre nosotros. Definirlas, librarnos de ellas, abrazarlo con un cálido abrazo toro de amor y camaradería. Como si él fuera simplemente un muchacho de veinte años que se había desviado un poco, y no un malvado y cruel viejo que había elegido el sendero del mal a lo largo de toda su vida. ¡Sí, podía reconciliarme con él! ¡Ganarlo de nuevo para que volviera a ser mi auténtico hijo! Incluso hacer que formara parte de mi gobierno. O eso pensaba. Mi fantasía, mi locura. Tenía derecho. No se me exige ser gobernado por el sentido común un ciento seis por ciento del tiempo. Era mi hijo, después de todo. Después de todo.

Y luego, Periandros...

¿Qué hacer con Periandros?

¿Renegar de él? ¿Decirle a Julien que no podía aceptarlo como emperador, y enviar aviso a Sunteil, o quizás incluso a Naria, de que iba a darles mi apoyo?

¿Por qué? ¿Simplemente porque no me caía bien? ¿Acaso me caía mejor Naria? Sunteil, quizá sí; pero, ¿confiaba en él? ¿Cuáles eran las ambiciones de aquellos pendencieros príncipes gaje con respecto a mí? ¿Por qué meterme en su guerra civil? Yo era rey de nuevo; y si tenía que darle las gracias a Periandros por ello, bien, que así fuera. No le debía nada excepto mi agradecimiento. Ahora debía restablecer mi mando sobre el reino; luego ya tendría tiempo de ver cómo se resolvía por sí mismo el forcejeo entre los grandes lores. Mientras tanto, Periandros ocupaba la Capital. En consecuencia, Periandros era el emperador. Si Sunteil o Naria no estaban de acuerdo, lo mejor era dejar que ellos cambiaran las cosas: no era asunto mío. Como rey necesitaba un emperador con el que tratar. Por el momento, Periandros era el emperador. Por el momento, pues, lo aceptaría como el legítimo ocupante del trono gaje.

Envié a buscar a Julien.

—Mientras era prisionero de Shandor —dije—, él me dijo que había estado en la Capital y que había recibido el reconocimiento del cetro. Del emperador, de propia mano del emperador. ¿Sabes algo de eso? ¿Puede que dijera la verdad?

—¿Tú lo crees, *mon vieux*?

—Dijo que Sunteil y Naria y Periandros estaban allí, pero que fue el propio emperador quien apoyó el cetro sobre sus hombros.

—El viejo emperador estuvo sumido en sueños durante todo el tiempo del reinado de Shandor —dijo Julien.

—Eso imaginé.

—Fue Naria quien le impuso el cetro.

—¿Naria?

—Hubo una gran disputa entre los lores. En ella, Lord Periandros habló en tu favor, Yakoub. Siempre consideró a Shandor como un usurpador sin auténtico derecho al trono. Sunteil dudaba, apoyando ahora a Shandor, luego a ti, luego diciendo que no era asunto del Imperio quién eligieran los roms para que fuera su rey. Naria propuso el reconocimiento inmediato de Shandor. Siempre desconfió de ti, ¿lo sabías? Porque habías nacido en el mismo mundo que él, tú un esclavo y él un noble. Cree que te odia por eso, que piensa que de alguna forma tú le culpas de tu esclavitud.

—No me gusta Naria —dije indiferentemente—. Quizá su teoría no deje de tener una cierta base.

—Les dijo a los otros que Shandor sería el rey de los roms, no importaba lo que dijera el Imperio; y que, en consecuencia, era una buena política otorgarle la confirmación. Lord Periandros, y finalmente Sunteil, no estuvieron de acuerdo. Luego, un día, cuando era el turno de Naria de ostentar la regencia, llamó simplemente a Shandor a la Capital y le impuso el cetro. *Fait accompli*, ¿entiendes?

—¿Y los otros dos aceptaron lo que Naria había hecho?

Julien agitó una mano hacia la oscura cicatriz de una quemadura de impulsor en la pared.

—Ahí puedes ver lo impresionado que se sintió Lord Periandros con el reconocimiento de Shandor por parte de Naria. En cuanto a Sunteil, se reservó su opinión al respecto. Como suele hacer siempre Sunteil. Ahora que Shandor ha sido derribado, probablemente afirmará que siempre estuvo de tu lado.

—Sí —dije—. Eso suena muy propio de Sunteil.

—¿Y ahora, *mon ami*? ¿Qué vas a hacer, ahora que Shandor ha sido derribado?

—Ir a la Capital —dije—. Hablar con Periandros.

—Con el Decimosexto, como debemos llamarle ahora.

Lancé a Julien una larga, firme y fría mirada. Esta vez me la devolvió, igual de larga, firme y fría. Mi antiguo amigo, mi primo gaje, quien había formado parte de mi vida mucho más tiempo que cualquier otra persona aún viva, aparte Polarca. Al que conocía desde hacia cien años ¿Qué estaba intentando hacer ahora? ¿No era suficiente que yo hubiera aceptado reunirme con Periandros, tratar con él como si fuera el auténtico emperador? ¿Tenía que hacérmelo tragar hasta lo más profundo de mi garganta?

Entonces pensé: No me cuesta nada concederle a Periandros su título, durante tanto tiempo como sea capaz de mantenerlo. Y parece importante para Julien concederle ese pequeño honor. Muy bien. —Sí —dije—. Hablar con el Decimosexto.

5

Mientras nos preparábamos para partir de las Altiplanicies Áureas hacia el astro-puerto de Galgala, oí el distante sonido de explosiones y vi una columna de humo blanco en el horizonte oriental. Julien me dijo que la lucha continuaba en el interior del país, que Shandor se había hecho fuerte en una oscura bolsa en las colinas Chrysoberyl y que estaba resistiendo al ataque de las fuerzas imperiales.

Una vez, hace mucho tiempo, en Mulano -parecía un millón de años-, Julien me había advertido de que mi continuada abdicación podía conducir a guerras entre los mundos.

—La guerra es una idea pasada de moda —le había respondido con una espléndida seguridad—. Es un concepto obsoleto. —Y ahora había una guerra allí mismo delante de mi nariz, en el propio Galgala, nuestra capital rom. Con las tropas del emperador sitiando a un hijo del rey rom prácticamente a la vista del palacio real.

Así que la guerra no era en absoluto un concepto obsoleto. Ni los soldados de Periandros habían permitido galantemente a Shandor escapar, como yo había imaginado ingenuamente. Con astucia o traición o simple fuerza, Shandor había conseguido abrirse camino fuera del palacio, sí, y lo estaban persiguiendo, lo estaban asediando. A mi hijo.

Durante un día, un día y medio, no pensé en nada excepto en eso: que se estaba librando una guerra en Galgala, que los soldados akraki estaban intentando capturar a mi hijo. O matarlo.

Tenía que hacer algo.

Él había querido derribarme; pero seguía siendo mi hijo. Mi primogénito. Hubo un tiempo en que había sido mi orgullo, mi alegría, la imagen en miniatura de mí mismo. Un muchacho difícil, que quizá no me quería, y que había sido un extraño para mí durante la mayor parte de su vida; y más tarde mi enemigo. Sin embargo, seguía siendo mi hijo. La sangre llamaba a la sangre. Había tenido otros hijos, de hecho muchos de ellos, y de una forma u otra, a lo largo del tiempo, los había perdido a todos, por la distancia, por sus propias necesidades de apartarse, por ambiciones que los habían llevado a los extremos del universo, por peleas, por la muerte. Nosotros los rom, los gitanos, somos un pueblo familiar, y qué triste y doloroso era que el baro rom, el más grande gitano de todos ellos, debiera llegar al invierno de su vida sin esposa ni hijos. Allí estaba Shandor, mi hijo, prácticamente al alcance de mi mano. Tenía que acudir a él. Quizá al final hubiera perdón. Al menos, no habría más muertes.

Cuando ya todo estaba preparado y nos disponíamos a partir hacia el

astro-puerto, hice llamar de pronto a Julien y le dije:

—Primero debemos dar un pequeño rodeo, viejo amigo.

—¿Qué quieres decir?

—A las colinas Chrysoberyl. A poner fin a esa lucha.

—No —dijo—. Tenemos que ir a la Capital.

—Primero esto.

—No.

—¿No?

—Escúchame por una vez, Yakoub. Olvida a Shandor.

—¿Cómo puedo? —dije. Y le conté todo lo que había estado pasando por mi alma.

Julien escuchó sin decir nada. Y me miró con una ternura y un pesar infinitos.

—Eso era lo que había temido —murmuró al fin, cuando se me agotaron las palabras—. Que hallaras amor hacia él en tu corazón, que quisieras hacer las paces con él. Esperaba sacarte aprisa de Galgala antes de que supieras la verdad, *mon ami*. Pero ahora no me das más elección que decírtelo.

—¿Decirme qué?

Su pausa duró sólo un momento.

—Shandor está muerto.

—¿Muerto? —dije estúpidamente—. ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Ayer, o anteayer. Usaron luz onírica; se infiltraron en el campamento al amparo de la ilusión. Shandor fue atrapado y llevado ante el general imperial. —Julien miró al suelo—. Dijeron que resultó muerto mientras intentaba resistirse, Yakoub. Siento todo tu dolor, *mon vieux, mon cher*.

—¿Muerto? —La palabra se negó a grabarse en mi mente.

—Una decisión estratégica. Yo no tuve nada que ver con ello. Comprendes, ¿verdad?, que no tuve nada que ver con ello. Era considerado demasiado peligroso. Una inmensa fuerza desestabilizadora.

—Era un estúpido. Era incapaz de desestabilizar nada.

—Ésa no era la opinión del emperador, Yakoub,

—¿Así que el propio Periandros dio la orden de matarle?

—No —dijo Julien. Creo que era sincero—. No fue el Decimosexto en persona, sino el general del Decimosexto, en su deseo de ganarse el favor del emperador. Un deseo excesivo, supongo. Créeme. Te lo suplico, créeme, Yakoub.

—¿Dónde estamos? —murmuré—. ¿En el siglo XII? Ni siquiera entonces mataban a los príncipes capturados. Estamos deslizándonos de vuelta a la barbarie, ¿es eso, Julien? —Me aparté de él, abrumado por la intensidad de

mis propios sentimientos, atontado por el peso del dolor que sentía. ¡Shandor! ¡Shandor! ¡Cómo lo había despreciado, a ese lamentable hijo mío! ¡Cómo me había avergonzado! ¡Lo a menudo que había ansiado su muerte, un centenar de veces a lo largo de los años! ¡Y cómo lo lloraba ahora! Me sentí tan impresionado como me había sentido aquel terrible día en Mulano cuando Damiano me había traído la noticia de que Shandor, contra toda costumbre y decencia, se había proclamado rey. Entonces, si hubiera podido matarlo con un chasquido de mis dedos, hubiera hecho chasquear mis dedos; pero ahora estaba muerto a manos de algún extranjero, y un monstruoso vacío se había abierto en mi interior, allá donde él había estado.

Me volví en redondo y sujeté bruscamente a Julien por el hombro, tan fuerte que intentó apartarse de mi contacto y no pudo. —¿Había alguien aquí que imaginó que me complacería que Shandor perdiera su vida? ¿Fue el favor de Periandros el que se quiso ganar con su muerte, o el mío?

—Te lo suplico, Yakoub...

—¿Bien? ¿Qué fue?

Julien agitó desesperado la cabeza. Sus ojos tenían una expresión alocada; el pelo le caía sobre el rostro; toda su cuidadosa elegancia había desaparecido.

—No —dijo roncamente, al cabo de un tiempo—. ¡Yakoub, *je ten prie!* ¡Te lo suplico, créeme! No tuve nada que ver con eso. ¡Nada! ¡Nada! —Y vi que estaba diciendo la verdad. Le solté, me di la vuelta y me dirigí al balcón, y me detuve allí, mirando hacia las colinas Chrysoberyl.

Ahora todo estaba tranquilo allí. No se veía humo, no se oía ningún sonido de lucha. Entonces, todo había terminado. Me pregunté cuántos otros roms habrían muerto con Shandor. Preguntárselo a Julien, pensé, sería preguntarle demasiado.

—Envía aviso al Decimosexto —dije al cabo de un rato— de que me retrasaré un poco en mi viaje a la Capital. Primero debemos celebrar un funeral. Y eso tomará algunos días.

—Pero el emperador...

—¡Al diablo el emperador! Mi hijo ha muerto, Julien. ¡Un rey de los roms ha muerto! Hay que confeccionar el sudario. Hay que construir la carreta blanca. Conoces los ritos tan bien como yo. La música, el peregrinaje, el entierro. El vino, la comida. ¿Dónde está el cuerpo de mi hijo?

—Los akrakikanos...

—Recupéralo de ellos. Y manda llamar a los oficiales de la corte. Lo haremos todo como corresponde. Y luego, sólo entonces, tú y yo viajaremos a la Capital y nos presentaremos ante el Decimosexto. Ve. Ve, —Hice un

gesto furioso, impaciente—. ¡Sal de aquí, Julien! ¡Déjame solo!

6

El mundo que se conoce sólo con el nombre de la Capital, el mundo que es el eje de la galaxia, es para mí un lugar pálido y triste. Nunca sabré, ni me importa, por qué los gaje decidieron hace mucho tiempo convertirlo en su Nueva Tierra, la sede del gobierno; tendrán que preguntárselo a los gaje si quieren comprender esa elección. En un universo que tiene un Galgala, un Nabomba Zom, un Xamur, ¿por qué plantar el centro de tu imperio en un planeta como éste?

Pero por supuesto nunca estuvieron en condiciones de poder elegir Galgala, Xamur o Nabomba Zom. Esos mundos son nuestros por derecho de descubrimiento.

La Capital no es un lugar terrible. Es un mundo pequeño, uno de los seis que orbitan en torno a un pálido sol amarillo verdoso, y posee un clima suave, ríos y afluentes, flores y árboles, aire que puedes respirar sin necesidad de adaptadores, una sensación general de confort y placidez. Pero los océanos son poco profundos, y sus montañas son bajas y romas, y sus pájaros son grises y marrones. Un planeta triste, un pequeño mundo seguro, un decente lugar a medio camino de todo. Quizá por eso les gusta tanto a los gaje. Pero ni siquiera han conseguido darle un auténtico nombre.

Naturalmente, han construido en él una absurda y fantástica ciudad imperial hecha de mármol y llama, una gran empresa chillona, resplandecientes torres y amplias avenidas y brillantes luces, con el habitual cristal y esmeralda y alabastro por todas partes. ¿Pero qué otra cosa puede esperarse de los gaje? Teatralidad, espectacularidad, sobremagnificencia ridícula. Pero en ese caso hubieran debido edificar su capital en algún otro planeta distinto a la Capital. Del mismo modo que el cráter Idradin parece incongruente en su fealdad contra la belleza inmaculada de Xamur, la ciudad imperial parece locamente fuera de lugar en la Capital. Es como un colosal diamante lanzando el resplandor de sus facetas en medio de una diadema de cartón.

Bien, no importa. La Capital es el gran lugar de los gaje, y yo soy un simple gitano zarrapastoso, que no sabe nada del auténtico esplendor. Quizás algún día llegue a comprender mejor la Capital de lo que la comprendo ahora. Pero el comprender la Capital no tiene para mí la menor importancia.

Pese a todo su esplendor, el centro imperial tenía un aspecto intranquilo, como provisional, cuando llegamos a él. Era como una ciudad que apenas estuviera recuperándose de una guerra..., o preparándose para una. Los estandartes celestes, verdes y rojos, que rendían homenaje al

Decimoquinto, habían sido apagados. Sólo un puñado de los nuevos con los colores del Decimosexto había sido alzado, y así el cielo parecía extrañamente vacío. En el anillo exterior de la ciudad, donde docenas de resplandecientes lanzas de luz brillaban normalmente en honor de los lores de otros mundos que acudían de visita, todo estaba a oscuras. Nunca había visto el lugar así antes.

Aquella oscuridad me desconcertó. ¿No había otros lores de visita en aquellos momentos? Y si los había, ¿no ponían ninguna objeción a la ausencia de sus lanzas? Quizá todos los vasallos imperiales se mantenían alejados de la Capital hasta que estuvieran absolutamente seguros de que Periandros era el emperador al que debían rendir vasallaje. Bien, aun así, yo era un vasallo imperial, y estaba allí. ¿Dónde estaba mi lanza de luz? La eché en falta. Quizá fuera el único allí. Tal vez Periandros había dicho a todos los demás que se mantuvieran a distancia. ¿Era posible que el Decimosexto, aún inseguro en su trono, creyera que sería mostrarse equivocadamente provocativo si exigía el homenaje de los lores planetarios en aquellos momentos? Yo sabía que, en su lugar, yo jamás hubiera hecho algo así. De hallarme en los zapatos de Periandros, yo hubiera estado haciendo tanto alarde como me atreviera de todo mi poder y mi reconocida autoridad. Pero -gracias al Buen Dios y a la Divina Madre y a la Santa Sara-la-Kali- Periandros se hallaba en los zapatos de Periandros, y yo me hallaba bien metido en los míos.

—¿Por qué no hay encendida ninguna lanza para mí? —pregunté a Julien, poco después de haber sido instalado en el opulento palacio de huéspedes, en la Plaza de las Tres Nebulosas, que el Imperio mantiene para uso exclusivo del rey rom cuando acude de visita a la Capital.

—Hay un problema con las lanzas —dijo Julien diplomáticamente.

—Supongo que sí —admití.

—Consumen una gran cantidad de energía. Nos hallamos en tiempos difíciles, *mon ami*.

—Oh. Lo olvidé. El frugal Periandros.

—Ha ordenado una drástica reducción en el consumo superfluo de energía. Me temo que, temporalmente, no habrá más lanzas de luz. Total, sólo es una exhibición inútil, ¿no crees, *mon vieux*? ¿Esas candelas romanis brillando constantemente?

—Veo que el emperador tiene sus propios estandartes celestes.

—Sólo unos cuantos —dijo Julien, incómodo—. Al fin y al cabo, debe afirmar su presencia imperial. Pero observarás que allá donde el Decimoquinto tenía centenares de estandartes en el cielo, el Decimosexto

apenas tiene unos pocos. Un mínimo simbólico.

—Yo también tengo una presencia que afirmar —indiqué—. Me gustaría tener mi lanza de luz, Julien.

—*Cher ami*, te lo suplico...

—Sí —dije—, mi buena y vieja lanza de luz, brillando púrpura, quinientos metros de alto, diciéndole a la Capital que el baro rom se halla aquí aguardando audiencia con el emperador...

Julien se veía miserable, y no hacía ningún intento por ocultarlo. Pero comprendió lo que yo quería decir. Generalmente me importan un comino las lanzas de luz y los estandartes y las banderas y las medallas y todas las demás trivialidades de este tipo. Pero aquéllos eran tiempos de prueba para todo el mundo. Periandros me debía la cortesía de una lanza. De una forma sutil o no sutil -no era asunto mío-, Julien debería transmitir mis deseos a su amo. Entonces Periandros se vería obligado a sopesar su necesidad de reducir al mínimo los óbolos contra el deseo del venerable rey rom de un poco de pompa y espectacularidad. Y yo descubriría exactamente dónde me hallaba en la estima del nuevo emperador, y cuánta palanca podía ejercer sobre él en los difíciles tiempos que se avecinaban.

El cielo permaneció a oscuras la noche siguiente. Pero, a la otra noche, vi la tradicional lanza de luz real rom atravesar los cielos apenas se hubo puesto el sol.

En su hospitalidad, al menos, el nuevo emperador era pródigo..., o tal vez Julien había arreglado simplemente las cosas como creía que debían ser arregladas. Eso era lo más probable. Periandros hubiera sufrido un ataque de apoplejía si hubiera sabido lo que Julien estaba gastando para mantenerme distraído mientras aguardaba a los consejeros que había llamado para mis reuniones con el emperador.

El inmenso Y espléndido palacio rom se hallaba en un orden inmaculado y disponía de pelotones de sirvientes -robots, androides, esclavos humanos, dobles de esclavos-, un personal tan enorme que resultaba ridículo. Las más espléndidas comidas y vinos se hallaban disponibles a cualquier hora del día y de la noche. Músicos, bailarines, barrios, lo que quisiera. Y otros servicios. Era embarazoso. ¿Quién necesitaba todas esas multitudes, ese jaleo? Especialmente a la luz del tipo de hospitalidad que mi propio hijo me había proporcionado. No era que deseara las cosas que se arrastraban sobre mi cuerpo y las comidas de gachas, entiendan; pero esto iba demasiado en dirección opuesta. Supongo que se darán cuenta ustedes de que éste no es el espíritu rom, esto es puro lujo. Es la idea gaje del espíritu rom, tal vez: o quizá los gaje se sientan tan culpables acerca de la forma que nos han

tratado a lo largo de los milenios que ahora tienen la sensación de que deben corregirse a su excesiva manera cuando un baro rom llega a la ciudad.

Día tras día mi gente fue llegando a la Capital, trayendo noticias del horrendo caos que se había extendido por todos los mundos durante el tiempo de mi encarcelamiento, y -isean alabados todos los dioses y demonios!- el maravilloso restablecimiento del orden que había seguido al hundimiento de la insurrección de Shandor. Los lores gaje podían seguir disputando, pero al menos nosotros los roms teníamos nuestras rutas espaciales abiertas de nuevo y las naves cumpliendo regularmente con sus horarios.

Polarca fue el primero en llegar, luego Biznaga, luego Jacinto y Ammagante y la phuri dai. Seguidos poco después por Damiano y Thivt. Pero no Valerian. No había mandado llamarle, y tampoco a su espectro. Hubiera sido poco prudente, y además de muy poco gusto, invitar a un enemigo proscrito del Imperio como Valerian a que acudiera a la Capital. Probar a Periandros era una cosa, provocarlo abiertamente otra muy distinta.

También tuve que pasar de Chorian. Me había encariñado mucho con el joven fenixi -no seamos hipócritas; había empezado a quererle como si fuera un hijo-, y planeaba ascenderle a posiciones cada vez de mayor responsabilidad en el gobierno. Todos éramos auténticos fósiles; necesitaba a alguien nacido en aquel siglo para que me ayudara a permanecer en contacto con las realidades. Pero aunque Chorian se hallaba entre aquellos a los que llamé a mi lado en la Capital, no se presentó. Le pregunté a Julien por él.

—No va a venir —dijo Julien.

—¿Cuál es el problema? Creía que las astronaves volvían a funcionar regularmente, ahora que Shandor...

—Las astronaves funcionan regularmente, sí, *mon ami*.

Dije, instantáneamente alarmado:

—¿Dónde está Chorian, entonces? ¿Le ha ocurrido algo?

—Está bien y a salvo en los mundos del Haj Qaldun, por todo lo que sé —me tranquilizó rápidamente Julien—. No ha recibido tu invitación, eso es todo.

—¿Qué?

—Yakoub —dijo Julien con tono de reproche—. ¿Acaso no te das cuenta? ¿Cómo podía llamarle aquí? Tu Chorian es el hombre de Sunteil.

Sentí que me invadía la furia.

—¡Es rom, Julien! Uno de mis más leales y devotos...

—Quizá sí. Pero sigue siendo el hombre de Sunteil. Lo que pides es imposible, *mon vieux*. Puedo conseguirte tu lanza de luz, sí. Y otras cosas: sólo tienes que pedir las. ¿Pero alguien que está en la nómina de un rebelde contra el emperador? ¡Yakoub, Yakoub, Yakoub! —Agitó la cabeza—. ¡Sé razonable.. *imon ami*!

Me sentí irritado, pero comprendí su punto de vista. Rey o no rey, iba a tener que ceder en aquella. De hecho, había sido una estupidez por mi parte pensar que podía tener a Chorian allí en aquel momento. Lo lamenté enormemente. Lo deseaba allí. Hubiera sido bueno para él familiarizarse con la Capital, y útil e instructivo que observara el diario fluir y refluir de mis negociaciones con Periandros. Pero por supuesto no podía presentarse en aquellos momentos. Fuera lo que fuese para mí, también era el hombre de Sunteil. No debería haber necesitado a Julien para darme cuenta de ello. Chorian debería permanecer alejado de la Capital.

Por ahora. Pero estaría a mano para jugar su papel en los cataclísmicos acontecimientos que se avecinaban.

De nuevo la cristalina escalinata. La plataforma del trono, muy por encima de mí. ¿Cuántas veces, a lo largo de las muchas décadas de mi vida, me había detenido en la gran losa de ónice que formaba la base de aquel encumbrado trono, mirando hacia arriba al gobernante de todos los mundos gaje?

Nunca había visto al Decimotercero, no en carne y hueso. Entonces yo me hallaba demasiado lejos del centro del poder. Fue el emperador de mi infancia, y también de mi primera juventud, que parecía que iba a vivir eternamente. Había visto su imagen en las pantallas de una docena de mundos, sin embargo: un hombre pequeño, de aspecto débil y rostro cerúleo, perchado allá arriba sobre su plataforma de ónice. ¿Quién podía imaginar que iba a vivir tanto tiempo? El Decimocuarto fue una historia distinta; joven y vigoroso, había ascendido al trono con el propósito declarado de limpiar todas las telarañas que se habían ido formando durante el interminable reinado de su predecesor. Era un hombre de piel morena y cuerpo delgado, de aspecto casi rom, penetrantes ojos dorados y sonrisa fácil, y la fuerza de un auténtico emperador detrás de aquella sonrisa. Procedía de Copperfield, como cinco de los emperadores antes que él. Sería una mentira decir que lo había llegado a conocer bien, pero lo había visto, incluso había hablado con él dos o tres veces. Y luego, repentinamente, había muerto. Corrieron rumores de que había sido eliminado por haber instituido demasiadas reformas demasiado rápido. Y así llegó el Decimoquinto, el pastor de Ensalada Verde, en años posteriores mi amigo y compañero de trabajo, listo y bueno. Bien, él también había desaparecido, pero yo seguía allí, aguardando junto a la escalinata de cristal al que se hacía llamar el Decimosexto, aquel miserable Periandros, el cuarto emperador de mi vida. Si era realmente un emperador, y no sólo un vano pretendiente.

Escuché las trompetas. Sí, ahí estaban. Pero no la vieja gloria ensordecedora. Más bien un patético balido. ¿Otra de las miserables economías de Periandros? ¿O era simplemente el aroma de los tiempos, que hacía que todo pareciera una pálida y triste sombra de su anterior yo?

Y la voz del millón de altavoces:

—¡Yakoub Nirano Rom, Rom Baro, Rex Romaniorum!

El nombre y los títulos eran correctos, sí. Pero no había convicción en ellos, ninguna fuerza. Recuerdo en una ocasión, cuando estaba espectrando por los antiguos días del imperio romano en la Tierra -y este imperio gaje pretende tener un vínculo de relación con aquél, al menos en algunas de sus

ceremonias y terminología que ha tomado prestadas-, y era en sus últimos días, justo antes de que los bárbaros llegaran golpeando a sus puertas. Normalmente, uno no sabe que vive en los últimos días de un gran imperio; tan sólo es consciente de que las cosas no son tan buenas como se suponía que debían ser. El conocimiento de la finalidad únicamente llega después del hecho, cuando los historiadores han empezado a proporcionar una perspectiva. Pero esos romanis de los últimos días sabían que no se trataba sólo de una mala época sino del final de su época, y podías verlo en sus ojos, en la gris expresión de sus rostros, en la curva de sus hombros. Todo alrededor de ellos gritaba que el apocalipsis estaba a la vuelta de la esquina. Ahora era un poco como aquello. El declive y la caída estaban en el aire de la Capital. El viejo orden terminaba, y sólo Dios sabía qué iba a venir a continuación; e incluso las trompetas y los altavoces eran débiles y parecían apagados por las dudas.

—El Decimosexto Emperador del Gran Imperio convoca al Rex Romaniorum ante el trono —llamó el mayordomo. Y eché a andar escalinata arriba. De nuevo. Lentamente. Con un paso no tan vivo como antes. La melancolía y el abatimiento eran contagiosos. Decidí alejarme de aquel lugar tan aprisa como pudiera, una vez completados mis asuntos con Periandros.

Parecía tenso, contraído, demacrado, dentro de sus finos ropajes. El Periandros que recordaba era un hombre más bien grueso, fofo, con la expresión de un amante de los placeres, en sazón, quizá incluso algo pasado. Algo completamente engañoso, puesto que no amaba más los placeres de lo que podría hacerlo una piedra. Probablemente algunas piedras de naturaleza ígnea eran incluso superiores en este aspecto. Dentro de ese blando y consentido cuerpo había un alma mezquina y dura, como un cangrejo acechando dentro de un pulposo melón. Dios sabe que todos son así en Sidri Akarak: todo un planeta de gente siniestra e inquietante que sufre estreñimiento de corazón. Ahora la sazón había desaparecido del cuerpo de Periandros, y en él sólo quedaba el áspero y arrugado núcleo akraki. A su lado, en los asientos que ocupaban los grandes lores del emperador, se sentaban ahora otros tres akrakikanos. Tuve que admirar la totalidad de la toma del poder, y su total estupidez. Normalmente el emperador tenía el suficiente buen sentido como para otorgar el puesto de grandes lores a ciudadanos de distintos planetas importantes, a fin de conseguir algo de apoyo político para sí. Pero no éste, más necesitado del apoyo de otros mundos que cualquier emperador que hubiera gobernado nunca. Oh, no, no éste: se había rodeado por completo de gente de su propia clase. Tres de sus hermanos, por todo lo que sabía. Si es que tenían hermanos en Sidri

Akrak. Parecía más apropiado para gente como él haber nacido en probetas, como los androides. Era una visión descorazonadora, ver aquellos rostros hoscos y desapasionados devolverte la mirada desde la cima de la plataforma del trono.

—Éste es un día alegre, Yakoub Rom —dijo Periandros con una voz carente de la más minúscula molécula de alegría. Llana, monótona, un zumbido inhumano—. Eres bienvenido ante nos.

Nos, nada más que eso. ¡Había reinventado el nos real!

Tenía el vino preparado para mí. Tomé la copa. También aquello había perdido su sabor: insípido y ácido, un mal año. Sentí deseos de decirle que se suponía que el vino de bienvenida tenía que ser dulce.

En vez de ello hice el gesto formal que el baro rom hace cuando se halla delante del emperador. Quizá Periandros pensara que era un honor, pero todo lo que yo estaba haciendo era reforzar el mío. Afirmar mi status de rey, antes que afirmar el suyo de emperador. Él no tenía por qué saber aquello.

Consiguió esbozar una pálida y aleteante sonrisa. Una auténtica emoción, estilo Periandros. El equivalente de Periandros de un enorme y rugiente abrazo.

—Ha habido mucha confusión, ¿verdad? —dijo—. ¡Cómo detesto la confusión! —(¿Olvidando ya el nos?)—. Pero el tiempo del caos ya está terminando. La corona imperial ha descendido sobre nos. —(No, sólo un uso inconsistente)—. Y haremos todo lo posible por restablecer el orden en el Imperio. —Una mueca de satisfacción—. Ya hemos hecho mucho, en realidad. Por ejemplo, hemos ayudado a vuestros hermanos romanis en sus tiempos de dificultad.

Metiéndose en nuestros asuntos internos, matando a mi hijo. Sí, una ayuda maravillosa.

—¿Crees realmente que ha desaparecido la confusión, Periandros? —dije.

Siseos y jadeos de sorpresa entre los grandes lores, Una feroz mirada de negro odio de Periandros. Demasiado tarde me di cuenta de mi error. Tutearle y llamarle por su nombre, y sin siquiera el *Lord* delante. El antiguo Lord Periandros había desaparecido dentro de la grandeza real, lo que Julien llamaba la *gloire*, del Decimosexto emperador.

No había pretendido insultarle. Simplemente se me había escapado. Recuerdo, al fin y al cabo, el día en que Periandros se había sentado por primera vez entre los grandes lores. No hacía tanto tiempo de ello. La mirada de disculpa del Decimoquinto, como si dijera: es una criaturilla peculiar, lo sé, pero me resulta útil. Me resultaba difícil tomar a aquella

criaturilla peculiar en serio. Sentada en el trono de mi viejo amigo. Pero ahora él era el emperador. Al menos, yo había decidido considerarle como el emperador. En bien de la conveniencia. Cubrí mi error con una rápida disculpa. Los viejos hábitos tardan en morir, etcétera, etcétera. Periandros pareció suavizarse algo.

—Ni nos hemos conseguido acostumbrarnos aún por completo a nuestra nueva y encumbrada posición —confesó.

Admiré la elegancia gramatical de aquella confesión. Hubiera podido decir ni nos mismos, lo cual hubiera sido una estúpida redundancia. Pero, por supuesto, yo no había pensado tanto en las sutilezas del nos real como indudablemente lo había hecho Periandros.

Dije piadosamente:

—Debe ser una gran carga, Majestad.

—Nos hemos preparado para ella durante toda nuestra vida. Hay una larga tradición de servicio imperial, ¿sabéis?, en mi mundo de Sidri Akrak. —(Hasta ahora se estaba comportando bien con el nos)—. El Séptimo emperador, y de nuevo el Undécimo..., y ahora, una vez más, nuestro mundo se ha visto honrado en las cúspides del Imperio. —Se inclinó hacia delante, mirándome fijamente, como si intentara leer mi pensamiento. Que Dios me ayudara si podía: hubiera visto el desprecio hasta su miserable alma resplandecer en todas mis circunvoluciones cerebrales, y cinco minutos más tarde yo estaría deseando hallarme de vuelta sano y salvo en la acogedora oubliette de Shandor. Se humedeció los labios—. Este asunto de vuestra abdicación..., ¿cómo se supone que debo interpretarlo?

—Simplemente como un asunto interno rom, Majestad. Una maniobra política, quizá no juiciosamente concebida.

—Ah.

—Ha sido invalidada. Anulada. En lo que a mí y mi pueblo se refiere, no ha habido ninguna interrupción en mi reinado.

—¿Y las pretensiones de vuestro hijo Shandor?

—Una aberración, Vuestra Majestad. Una desesperada insurgencia que en la actualidad se halla ya bajo control. Y, con la muerte de Shandor, todo el asunto queda fuera de órbita. No hay otros pretendientes al trono rom.

Periandros pareció genuinamente sorprendido.

—¿Ha muerto Shandor?

—Durante la invasión de Galgala por parte de las tropas imperiales —dije, quizá demasiado secamente.

Consultó con sus grandes lores. Hubo rápidos murmullos en el opaco dialecto akraki del imperial. Por lo poco que pude captar, vi que Julien me

había dicho la verdad cuando señaló que la muerte de Shandor no era obra de Periandros, sino que había sido una contribución *espontánea* de un general *con* un exceso de celo. Lo cual al menos me permitiría sentirme un poco mejor en mis tratos con Periandros. Cuando se volvió de nuevo hacia mí, había una mirada casi de compasión en sus ojos. O trastornos intestinales, aunque yo lo interpreté como compasión. Concedámosle algo de crédito. Las emociones humanas iban en contra de su naturaleza, pero se esforzaba. Expresó sus condolencias, y yo le di las gracias. Le dije que Shandor había sido una gran prueba para mí, pero que pese a todo era sangre de mi sangre, etcétera, etcétera. El Decimosexto asintió solemnemente. Con toda probabilidad se sentía muy fascinado por nuestra extravagante y antigua costumbre rom de preocuparnos tanto por los miembros de nuestras familias.

Al cabo de un rato, con evidente alivio por su parte y de hecho también por la mía, dejamos a un lado el tema de Shandor y volvimos al tema del poder, que era mucho más cómodo para ambos,

A su manera personal, frunciendo mucho la boca, reconoció que les dos nos hallábamos en una situación altamente precaria. Pensé que mi situación era considerablemente menos precaria que la suya, pero decidí compartir su opinión. Era lo suficientemente listo como para saber que no se necesitaba un monstruo como Shandor para derribar un rey. Alguien tan leal y dedicado como Damiano podía hacerlo, si empezaba a creer que yo me estaba volviendo demasiado viejo e impredecible como para que pudiera confiarse en mi trabajo. Quizá incluso en connivencia con Polares. Había montones de precedentes en la historia humana de reyes siendo derribados por sus hombres de mayor confianza en aras del bienestar general. Sí, cuanto más pensaba en ello, más arriesgada veía mi posición.

—Sí, nos necesitamos el uno al otro, vos y yo —le dije a Periandros.

La política, dijo el viejo filósofo gaje -Shakespeare, Sócrates, uno de esos- crea extraños compañeros de cama. Nunca imaginé verme a mí mismo inclinándome hacia Periandros. Pero tampoco había imaginado hallar a Periandros sentado en el trono imperial.

Llegamos muy rápidamente a un entendimiento. Habría una espectacular ceremonia pública, con toda la fanfarria, pirotecnia y todo lo demás, a fin de reconfirmarme como Rey de los Roms. El cetro del reconocimiento, toda la parafernalia. Sería invitada toda la nobleza, tanto gaje como rom, de todos los mundos. De hecho, el mayor espectáculo en siglos.

—¿Con lanzas de luz para todos? —señalé.

—Por supuesto, con lanzas de luz —dijo Periandros, irritado—. ¿Cómo podríamos pasarnos de las lanzas de luz, con toda la nobleza reunida aquí?

—Sólo me lo preguntaba —dije.

Pero no, él estaba planeando hacerlo a lo grande, y al diablo los costes. Podía ver lo serio que era al respecto, con sólo tener en cuenta lo que iba a gastar en ello. Aunque se me ocurrió la idea de que tal vez nos pidiera que nosotros contribuyéramos también. Lo cual sería lógico. La ceremonia de reconsagración constituiría un enorme beneficio simbólico para ambos. Para mí, barrería la pequeña ambigüedad que se había suscitado cuando Lord Naria, actuando como regente, había posado el cetro sobre los hombros de Shandor. Para Periandros, serviría igualmente para invalidar lo que Naria había hecho, invalidando así retroactivamente el osado despliegue de autoridad imperial del otro lord. Todos los mundos sabrían que Yakoub Nirano era ahora y para siempre Rom Baro, Rex Romaniorum; e implícito en el reconocimiento de Periandros de mi persona como rey estaba mi reconocimiento de él como emperador.

Había otro *pequeño* asunto en el paquete. Pero incluso el Periandros desvergonzado estaba demasiado avergonzado para pedírmelo directamente. Lo que deseaba era que yo espiara para él: hacer que mis capitanes estelares roms me mantuvieran informado de los movimientos de Lord Naria y Lord Sunteil, y que yo le pasara esos informes a él. De la forma en que consiguió frasear la petición, sin embargo, Sunteil y Naria no estaban explícitamente mencionados, y resultaba posible que yo *interpretara* que simplemente me pedía detallados análisis estadísticos de los movimientos comerciales entre los mundos. Así, al menos, es como decidí interpretarlo.

—Por supuesto —dije—. No veo ningún problema en ello.

—Entonces, ¿nos comprendemos mutuamente?

—Por completo —dije.

Se levantó y sirvió el vino de la despedida para mí. Me adelanté para aceptarlo, y le eché una atenta mirada de cerca mientras lo hacía. Había estado notando algo raro en él durante los últimos minutos, y deseaba comprobarlo desde más cerca.

Me había parecido que había como una especie de temblor en sus bordes, por decirlo así. Como si perdieran un poco de definición. No estaba seguro de ello; pero, por todo lo que podía decir desde la distancia donde se me había requerido que me sentare, el Decimosexto estaba teniendo algunos problemas en mantener firmes los límites de su cuerpo. Eso, por supuesto, es una característica de los dobles: siempre son plausibles duplicados de los seres humanos de los que son generados, pero se hallan

en un constante estado de degeneración desde el momento mismo en que salen del molde, y un ojo atento puede detectarlo a veces, por muy sutil que sea el efecto en sus primeros estadios.

¿Había estado hablando durante todo el rato con un doble del emperador? ¿Sentado allí bebiendo su vino y mirándole a los ojos y realizando pequeñas escaramuzas políticas con él, y durante todo el tiempo había estado tratando con un mero simulacro, mientras el auténtico Decimosexto -mortalmente asustado ante la posibilidad de ser asesinado, incluso a manos de un impensable asesino como el propio rey rom- se ocultaba en algún lugar fuera de mi vista, monitorizando a su doble por conexión cortical, quizás incluso manejando un relé que le indicara al doble lo que tenía que decir? Jesu Cretchuno Moischel y Abraham! ¡Qué absurdo! ¡Qué insulto!

Si era cierto. Miré más de cerca. Pero fui incapaz de asegurarlo. Quizá todo fueran imaginaciones mías. Tal vez el temblor que había creído percibir estaba en mis ojos y no en los bordes del emperador. En cualquier caso, no había forma alguna de pincharle y hurgarle para comprobarlo; tenía que tomar mi pequeño sorbo de vino y bajar de la plataforma.

—¿Y bien? —quiso saber Polarca—. ¿Cómo fue?

—Más o menos como esperaba. Es una pomposa mierdecita: cree realmente que es el emperador. Lo más curioso es que yo también creo que lo es. Pero había algo malditamente extraño.

—¿De qué se trata?

Le expliqué que creía que podía haber estado celebrando todo el rato mi audiencia con un doble del emperador. Polarca dio una palmada y se echó a reír.

—¡Que me cuelguen si eso no es propio de Periandros! —exclamó—. ¿Creía acaso que llevabas una bomba en el bigote? Así que quiere vivir eternamente, ¿eh?

—Creo que desea vivir lo suficiente como para conseguir que Sunteil y Naria reconozcan que es realmente el emperador —rectifiqué.

—No creo que nadie llegue a vivir tanto —murmuró Polarca. Agitó la cabeza—. ¡Un doble! ¡Puedes apostar a que lo era!

—No estoy totalmente seguro, ¿comprendes?

—Pero es muy propio de él. Es absolutamente propio de él. ¿Qué crees, enviará también un doble a esa gran ceremonia de consagración tuya? Si alguien quiere asesinarlo, aquél será un lugar excelente para hacerlo.

—Y llevarse también a todo el que esté a diez metros a la redonda de él —dije.

Polarca frunció el ceño.

—Quizá será mejor que tú también envíes un doble a la ceremonia, ¿eh, Yakoub?

Pero la gran ceremonia de consagración nunca tuvo lugar. Y Periandros aprendió que no importaba tras cuántos dobles intentara ocultarse, un asesino creativo y realmente decidido conseguiría de alguna forma llegar hasta él. Ocurrió exactamente tres días después de mi audiencia con él: Una avispa teledirigida en su baño, un pequeño y diabólico insecto artificial que se lanzó directamente sobre su presa y lo mató tan aprisa que murió con el jabón aún en su mano. Puedes utilizar dobles para un montón de cosas, pero no para que se bañen por ti.

Unas pocas horas más tarde, antes de que llegara a saber nada acerca del trágico suceso en el baño imperial, la astronave joya del Imperio se posó en la Capital llevando a un muy distinguido pasajero: ni más ni menos que Lord Sunteil, que regresaba con una notable precisión después de haber pasado los últimos meses en el exilio o, si lo prefieren ustedes, ocultándose. (Sí, la misma joya del Imperio clase Supernova que me había llevado de Xamur a Galgala cuando fui a arreglar las cosas con Shandor. Cuyo piloto era Petsha le Stevo de Zimbalou y cuyo capitán, por una notable coincidencia, era el remilgado Therione, un nativo del mismo mundo que Sunteil, Fénix)

Lo primero que hizo Lord Sunteil tras su llegada a la Capital fue proclamarse emperador, después de que le llegara con una sorprendente rapidez la noticia de que Periandros ya no se hallaba entre los vivos. Con comedidas palabras, Sunteil expresó su dolor por el tránsito del difunto Lord Periandros, al que no se refirió como el Decimosexto emperador. Él era, declaró, el Decimosexto emperador. Y el título le pertenecía, añadió, desde el instante mismo de la muerte del Decimoquinto, aunque desgraciadamente se había visto retenido hasta entonces a causa de algunos asuntos imperiales urgentes en el sistema de Haj Qaldun, y hasta entonces no había podido prestar su atención personal a los problemas del gobierno central.

Lo segundo que hizo Lord Sunteil tras su llegada a la Capital fue correr desesperadamente en busca de refugio.

Apenas había terminado de proclamar su autoridad imperial cuando un destacamento de tropas imperiales llegó para arrestarle. Sunteil consiguió salir del astro-puerto apenas por delante de ellos, y desapareció para ocultarse en alguna parte al sur de la ciudad. De alguna forma, aunque había sido capaz de enterarse con tan sorprendente rapidez de que Lord Periandros había fallecido aquel día a causa de un lamentable incidente en la intimidad de su palacio, Sunteil no había conseguido descubrir otro dato significativo; que su rival Lord Naria se hallaba ya en secreto en la Capital

desde hacía algún tiempo, y que Naria -o el Decimosexto emperador, como Naria prefería que se le llamara- había conseguido obtener discretamente el apoyo de una parte sustancial de las fuerzas militares imperiales. Mientras Sunteil estaba efectuando todavía su discurso de auto-congratulación en el astro-puerto, Naria había tomado posesión del palacio imperial y estaba aceptando el homenaje de los pares del Imperio, que se mostraban absolutamente obsequiosos, aunque imagino que estaban empezando a sentirse un tanto confusos.

Un poco más tarde, ese mismo y notable día, que estoy seguro proporcionará estimulantes desafíos a los historiadores durante los siglos venideros, el difunto Lord Periandros hizo una inesperada reaparición en el canal imperial de comunicaciones. Los informes de su muerte habían sido enormemente exagerados, informó. Seguía siendo, y pensaba seguir siéndolo mucho tiempo más, el Decimosexto emperador, y apelaba a todos los ciudadanos leales a que denunciaran las mentiras del criminal Lord Sunteil y la vil intrusión en el palacio imperial del criminal Lord Naria.

En pocas palabras, la manteca estaba en el fuego, el fuego era vivo, y había demasiados cocineros en la cocina, lo cual seguramente iba a estropear el guiso. El sencillo golpe de estado de Periandros había dado paso a una triple guerra civil.

Informes fragmentarios de todo eso empezaron a llegar a mi palacio en la Capital hacia mediodía. Lo primero que oímos fue el discurso de Sunteil en el astro-puerto, diciéndonos que Periandros estaba muerto y que él estaba a cargo de las cosas. Polarca, Damiano, Jacinto y yo nos quedamos sentados, absortos, delante de la pantalla, intentando comprender lo que ocurría. El discurso de Sunteil se vio interrumpido bruscamente, y la cámara conectó con el palacio imperial, con la gran sala de consejos del emperador. Se nos ofreció un primer plano del difunto Lord Periandros tendido en el túmulo funerario. Iba envuelto desde el cuello hasta los pies en resplandecientes ropas de brocado, pero la cámara se detuvo un largo momento en su rostro, y era inconfundiblemente el rostro de Periandros. Parecía estar auténticamente muerto.

Entonces empezaron a oírse turbadores sonidos de lucha fuera, en las calles: sirenas y silbatos, estallidos y choques.

—No me gusta nada de esto —dijo Polarca. Se agitaba de una forma imprecisa. Supe que estaba espectrando compulsivamente, como hacía siempre cuando se ponía tenso. Saltando locamente a través de épocas y años luz, pero sin estar ausente más de una centésima de segundo del presente cada vez—. Deberíamos salir de inmediato de aquí, Yakoub —dijo

entre salto y salto—. Esos locos gaje van a borrarse del mapa los unos a los otros, y nosotros estamos exactamente en medio.

—Espera —dije—. Sunteil es lo bastante listo como para tener pronto las cosas bajo control. Probablemente está intentando librarse de todos los lealistas akrakikanos de Periandros, y luego...

—Mira —dijo Damiano con voz estrangulada, señalando a la pantalla.

Y allí estaba el ostentoso rostro de Lord Naria, surgido bruscamente, piel púrpura y cabello escarlata y fríos, fríos, fríos ojos azules, diciéndonos que él era el auténtico Decimosexto, que no aceptaba sustitutos, y que todo estaba bajo control.

—Y... —dijo Polarca, espectrando como un loco. Un robot entró rodando en la habitación.

—Un hombre en la puerta, solicitando refugio —anunció—. ¿Debemos admitirle?

Damiano se echó a reír secamente.

—Probablemente Sunteil, buscando un lugar donde esconderse.

—Ha dicho que se llama Chorian, de Fénix —dijo impasible el robot.

—¿Chorian? —Pulsé el control y obtuve una imagen de la puerta. Sí, era realmente Chorian, sudoroso, con el rostro enrojecido y tremendamente asustado. Parecía estar solo. Estaba intentando apretarse todo lo posible a la superficie estanca de la puerta. Envié a los robots a que le dejaran entrar.

—Registradlo por si lleva armas ocultas —indicó Polarca.

—¿No crees que estás yendo demasiado lejos? —dijo Damiano.

—Este es un día de locura. Cualquiera puede hacer cualquier cosa. ¿Y si está aquí para asesinar a Yakoub?

Damiano se volvió hacia mí en busca de ayuda.

—Por el amor de Dios, Yakoub, si el muchacho hubiera querido asesinarte, hubiera podido hacerlo en Mulano.

—Que lo registren, de todos modos —indiqué—. Eso no le hará ningún daño. Polarca tiene razón: es un día de locura.

Pero la locura apenas acababa de empezar.

Chorian -debidamente cacheado y controlado- fue admitido a mi presencia unos minutos más tarde. Su aspecto era lamentable: los ojos tremendamente abiertos, tembloroso, exhausto. Llamé a uno de mis médicos, que le administró un tranquilizante.

—Gracias a Dios que estáis a salvo —dijo, prácticamente llorando—. No podéis imaginar lo que está ocurriendo ahí fuera.

—¿Qué estás haciendo en la Capital? —pregunté

—Vine con Sunteil en la Joya del Imperio. Hubo un ataqué, en el astro-

puerto, de las tropas imperiales, toda una horda de ellas..., una casa de locos, gente asesinada por todas partes..., no sé cómo conseguí escapar...

—Tranquilo, muchacho. ¿Resultó muerto Sunteil?

—No lo creo. —Chorian inspiró profundamente—. Estaba con su cuerpo de guardia, y creo que se abrieron camino por la fuerza hasta una puerta lateral. Yo me metí por una trampilla de equipajes y me arrastré hasta un bolsillo de almacenamiento y salí por el otro lado. Corrí todo el camino hasta aquí. Están luchando por todas partes..., no sé quiénes, tropas leales a Periandros, tropas leales a Sunteil...

—No olvides a Naria —dijo Damiano.

—¿Naria? —murmuró Chorian, desconcertado.

—Él no lo sabe —indiqué—. Naria está en el palacio. Es quien envió las tropas a arrestar a Sunteil. Acabamos de oírle proclamarse emperador. Inmediatamente después de que mostraran el cadáver de Periandros en la pantalla.

—¿Mostraron a Periandros, lo hicieron?

—Con su atuendo funeral, sí. Y un aspecto muy pacífico. Tiene suerte de haberse salido de todo este lío.

Polarca se volvió a Chorian.

—¿Fue Sunteil quien arregló la muerte de Periandros?

—Por supuesto. Una avispa artificial en su cuarto de baño. Y luego Sunteil debía aterrizar y reclamar el trono. Intenté enviar a Yakoub aviso de lo que iba a suceder, pero no hubo forma de conseguirlo..., los imperiales lo estaban monitorizando todo...

—¿Monitorizando los canales de comunicación del rey rom? —exclamó Polarca, ultrajado—. ¡El pequeño tonto del culo! ¡El muy retorcido! ¿No queda ya ninguna decencia en él?

—El hombre está muerto —dijo Jacinto.

—No estés tan seguro de ello —gruñó Biznaga. Señalaba de nuevo la pantalla.

—Lolmischo melalo bitoso poreskoro —murmuró Damiano, horrorizado y asombrado, haciendo los signos de protección contra los demonios. Un momento más tarde yo estaba haciendo lo mismo. Porque allí estaba Periandros, mirando fijamente desde la pantalla, hosco y sombrío como siempre, diciéndonos que estaba completamente vivo y más a cargo que nunca del gobierno, y llamando a todos los buenos ciudadanos imperiales a luchar sin piedad contra los traidores.

—¿Cómo es eso posible? —exclamó Chorian—. La avispa...

—¿Mató a uno de sus dobles, quizá? —sugerí.

—Imposible. Era una avispa teleorientada, programada para buscar la vida. Llevaba incorporado un tropismo metabólico: nunca hubiera atacado a un doble. No comprendo cómo Periandros puede seguir con vida, si...

Polarca se echó a reír.

—No es él. Éste es el doble.

—¿Pronunciando un discurso? —dijo Damiano—. ¿Un doble pronunciando un discurso, proclamando que es el emperador?

—¿Por qué no? Yakoub piensa que fue un doble de Periandros el que celebró la audiencia con él. Pero pese a todo no estaba seguro. Puede que Periandros esté utilizando algún nuevo tipo mejorado de dobles, ¿no? Y al menos uno de ellos ha sobrevivido al asesinato, y está intentando aferrarse al trono...

—¿Por qué desearía un doble ser emperador? —preguntó Biznaga—. Sólo puede vivir un par de años.

—Puede que él no lo sepa —señaló Polarca—. Puede que ni siquiera sepa que es un doble. Simplemente está haciendo lo que hubiera hecho Periandros.

—Jesu Cretchuno Sunto Mario —murmuré—. ¡Tres emperadores a la vez! Y uno de ellos ni siquiera vive.

Desde las resplandecientes calles del centro imperial llegaban los sonidos de la lucha, cada vez más y más fuertes, cada vez más y más cerca.

Las cosas se tranquilizaron un poco al anochecer. El canal de noticias del gobierno seguía enfocado casi exclusivamente en Naria, que aparecía cada una o dos horas para pedir a la gente que mantuviera la calma. De tanto en tanto, las noticias eran interrumpidas por la facción de Periandros, afirmando que éste aún estaba vivo y al mando. Cada vez que la imagen de Periandros aparecía en la pantalla me acercaba a mirar, intentando determinar si era o no un doble, pero no había forma alguna de decirlo, no en la pantalla. Si el asesinato se había producido de la forma que afirmaba Charlan, sin embargo, entonces lo más probable era que Periandros estuviera realmente muerta y que lo que estábamos viendo fuera efectivamente un doble. De cualquier forma, Naria parecía definitivamente al mando por el momento. Estaba en el palacio imperial. Periandros, o el doble de Periandros, no decía nada acerca de su propia ubicación. No se había sabido nada de Sunteil desde su primer discurso en el astro-puerto.

Nosotros nos manteníamos tranquilamente protegidos en el palacio rom, aguardando futuros desarrollos.

A medianoche llegó la noticia de que Julien de Gramont estaba en la pantalla y deseaba hablar urgentemente conmigo. En aquellos momentos yo no deseaba hablar urgentemente con él, pero aquéllos no eran unos momentos normales. Me volví y conecté mi pantalla.

Julien parecía abatido. Tenía los ojos hinchados, la barba desarreglada, el cuello desabrochado y caído. No me ofreció ninguna de sus habituales florituras francesas, sólo un maquinal signo de respeto hacia mi rango real.

—El Decimosexto emperador —dijo— solicita una conferencia con el baro rom, a la mejor conveniencia del baro rom, lo antes posible.

—¿Cuál Decimosexto? —respondí, incisiva y muy poco diplomáticamente.

—El antiguo Lord Periandros, por supuesto —dijo Julien, con voz cansada y deshinchada.

Muy propio de Julien seguir considerando a su patrón y héroe como el único y legítimo Decimosexto, en unos momentos en que los otros dos lores estaban reclamando el mismo título para ellos, y cuando Periandros estaba de hecho muerto. Julien había sido siempre obstinado con las causas perdidas, me recordé. ¿Por qué no debería seguir llamando a Periandros el Decimosexto? ¿Qué otra cosa podía esperarse de alguien que en la intimidad de su alma aún soñaba con recorrer los salones de espejos de Versalles como el auténtico sucesor de la *grandeur* de Luis XIV?

—Los informes sonde que Lord Periandros fue asesinado hoy mismo,

hace apenas unas horas, Julien.

—He hablado con él hace menos de una hora, Yakoub.

—¿Con él, o con un doble de él?

—Me estás haciendo esto muy difícil, *mon vieux*.

—No puedo negociar con un doble, Julien.

—A mí me pareció auténtico y vivo.

—¿Y el cadáver que mostró Naria en la sala del consejo de palacio?

Julien se encogió de hombros.

—¿Un falso cadáver, quizás? ¿Una proyección? ¿Algún tipo de imagen? ¿Cómo quieres que lo sepa? *iNom d'un nom*, Yakoub, te digo que he hablado con Lord Periandros hace menos de una hora! Vive, y sigue gobernando.

—¿Pero Naria tiene el palacio en sus manos?

—Así parece. Sin embargo, Lord Periandros es el emperador. Se han producido muchos disturbios, pero Lord Periandros es el emperador. Te lo suplico, *mon ami*, no me hagas seguir pasando por esto. Ha sido un terrible día para todos nosotros. ¿Hablarás con él?

Asentí, y Julien puso a Periandros en la línea. O lo que se suponía que era Periandros.

Curioso. La adversidad parecía sentarle bien. Tenía un aspecto mucho menos demacrado, menos consumido, que el Periandros que había visto en la sala del trono hacía pocos días. De hecho, su apariencia era más carnosa que la del Periandros de antes. Eso despertó inmediatamente mis suspicacias, por supuesto. También parecía mucho más tranquilo de lo que yo hubiera esperado de un hombre que ha sido arrojado fuera de su palacio imperial mediante un golpe de estado aquella misma mañana. Acerqué la nariz a la pantalla, buscando el temblor delatador que me diría que estaba frente a un doble. Y conecté discretamente las extensiones de Polarca y Damiano: quería que ellos observaran también.

—Hemos lamentado vuestro silencio de hoy —dijo Periandros, sin preámbulos. Metiéndose en el tema sin ninguna delicadeza previa. Al menos no había olvidado su *nos real*—. Esperábamos que emitirais algún comunicado relativo a la anarquía que se ha desatado en la Capital.

Sonaba bien. Convincente. Aquel pomposo y solemne estilo akraki suyo. ¿Era posible que fuese el auténtico Periandros después de todo? ¿El que había estado aguardando en las sombras mientras va ascendía la escalinata de cristal para rendir honores a un doble?

—Hemos tenido muy pocas noticias fidedignas de lo que ha estado ocurriendo —dije—. Me pareció que lo mejor que podía hacer era esperar y ver qué era real y qué no. En cualquier caso, ¿no creéis que resulta muy

poco apropiado que el baro rom haga comentarios sobre los asuntos de estado imperiales?

No era una pregunta difícil. Pero provocó una pausa momentánea, una especie de girar de engranajes mentales. A veces los dobles hacen eso. En realidad, no son tan maravillosos como eso a la hora de mantener una conversación. Pero tampoco lo son los akraki. Seguía sin saber qué pensar.

Luego Periandros respondió:

—Hubierais podido actuar como una fuerza estabilizadora. Todavía no es demasiado tarde para ello.

¿Era una ligera ondulación lo que acababa de producirse en aquel momento? ¿Una pérdida de definición en los contornos? ¿Una cierta dificultad en mantener la estructura ósea interna intacta?

¿Y por qué parecía tan malditamente suave?

Le pregunté qué creía seriamente que podía conseguir ve. ¿Persuadiría una declaración mía a Naria de que debía abandonar el palacio, o devolvería a Sunteil a Fénix?

—Contribuiría al restablecimiento del orden —dijo Periandros— el que vos siguierais reconociéndonos a nos como el emperador por derecho. Que dijerais a nuestros súbditos de todos lados que negaran su cooperación a los rebeldes. Que instarais a los lores rebeldes a rendirse en bien de toda la humanidad.

Parecía perfectamente serio.

Sonaba preparado. Incluso programado. Intenté atribuirlo a las normalmente pesadas cadencias del habla akraki. Son tan graves, todos ellos tan mecánicos, molturando incansablemente las palabras a su átona manera. No hay ni un asomo de poesía en ellas, ni la más pequeña chispa de aliento humano. Era exactamente su estilo. Sin embargo, dudaba más y más de que estuviera contemplando a un ser de carne y hueso, especialmente cuando Periandros siguió hablando.

Porque lo que empezó a decir ahora era lo enormemente que tanto él como yo necesitábamos la cooperación mutua: lo precarias que eran nuestras posiciones, lo útiles que podíamos sernos el uno al otro en asegurar nuestros respectivos tronos y en restablecer la salud del Imperio. Le había oído decir aquello mismo antes, por supuesto. Siguió hablando de la gran ceremonia de reconfirmación que montaría para mí tan pronto como yo le hubiera ayudado a sacar a los rebeldes fuera del palacio: el reconocimiento con el cetro, la nobleza acudiendo de todos los mundos a presenciar la ceremonia, un gran e inolvidable espectáculo. Revisó todo aquello exactamente de la misma forma que lo habíamos hablado durante nuestra

audiencia anterior, hacía apenas unos días. Ahora estaba convencido de que me enfrentaba a un doble. Un fraude. Fuera quien fuera o lo que fuera lo que me había recibido en aquella audiencia en el trono, era seguro que éste no había sido adecuadamente informado del contenido de aquella otra conversación.

Ahora podía ver las inconfundibles manifestaciones del doble. La pérdida de definición, lo burdo de la densidad de identidad. Lo tenía completamente claro ante mis ojos, incluso en la pantalla.

No intenté interrumpirle. Dejé que siguiera y siguiera su perorata, mientras intentaba calcular las opciones estratégicas. No tenía ningún sentido aliarme con un doble. Ya me había comprometido bastante, suponía, simplemente reconociendo a Periandros en mi anterior audiencia. Pero eso podía arreglarse. Después de todo, él era el único emperador en la ciudad cuando llegué a la Capital: ¿qué se suponía que debía hacer, negarme a aceptarlo? Pero ahora..., con Periandros casi con toda seguridad muerto, y sus pretensiones sostenidas por una o más réplicas de su persona, de corta vida y básicamente absurdas, y un lord rival ocupando ya el palacio, recibiendo el homenaje de los pares...

Sí, pensé, tenía que mantener de algún modo mis distancias con aquel doble, y llegar a un entendimiento con Naria...

En la pantalla, Periandros seguía hablando, estableciendo los términos de la gran alianza que él y yo íbamos a forjar. Apenas escuchaba.

Entonces se abrió la puerta de mi dormitorio y Chorian entró a toda prisa. Le hice furiosas señas y se dejó caer rápidamente al suelo, fuera del ángulo de visión de la pantalla. Se arrastró hacia mí y garabateó una nota, que situó discretamente ante mis ojos:

Ignorad a esa cosa. Periandros está definitivamente muerto, y eso no es más que un doble. Y Lord Sunteil está aquí y desea hablar con vos de inmediato.

¿Sunteil? ¿En mi propio palacio?

Debí parecer extraordinariamente sobresaltado, porque incluso el pontificador doble akraki en la pantalla captó mi reacción y dijo:

—¿Os encontráis bien?

—Un asomo de indigestión..., lo tardío de la hora... Necesito pensar en vuestras proposiciones. Os llamaré más tarde...

—No podréis localizarme.

—Entonces llamadme vos. Al mediodía. ¿De acuerdo?

Desconecté la pantalla y me volví a Chorian.

—¿Es eso cierto? ¿Sunteil está aquí?

—Disfrazado, sí. Llegó hace cinco minutos. Dijo que hablaría sólo con vos.

—Tráelo aquí —dije—. Aprisa.

Entró un hombre viejo. Alguien había hecho un excelente trabajo de camuflaje con él. Parecía tener como doscientos veinticinco años, un anciano arrugado, encorvado, horrible..., una figura marchita y encogida, temblorosa y vacilante al andar, con unos pocos mechones de pelo blanco aferrados aún al calvo domo de su cabeza.

Era el náufrago absoluto, el total y terrible cataclismo del tiempo: un hombre al final de sus fuerzas, allá donde ninguna remodelación es ya posible. Y era absolutamente convincente. Pero tenía que ser falso. No había visto a Sunteil desde hacia ocho o diez años, pero no era posible que hubiera envejecido tanto tan rápidamente. Se hallaba en la flor de la edad cuando lo conocí..., sesenta años, quizá setenta como máximo.

Lo único que no había alterado eran sus ojos. Pude verlos resplandecer con torva viveza tras aquella terriblemente arrugada máscara: los auténticos ojos de Sunteil. Sus brillantes, vivos, perversos, inconfundibles ojos.

—Bien, Yakoub —dijo con voz temblorosa y falsamente senil—. ¡Así que al fin soy mayor que tú! —Avanzó tambaleante y aferró mi muñeca con una de sus manos, crispadas como garras—. ¡Sarishan, hermano! —dijo, y lanzó una carcajada áspera y chirriante—. ¡Sarishan! Éstos son extraños tiempos, ¿eh, Yakoub?

No me gustó su saludo en romani. O que me llamara hermano. Sunteil no era mi hermano.

—Tu aspecto es encantador, Sunteil. Debes haber pasado una mala noche.

—¿No es magnífico? Una remodelación a la inversa instantánea, un brillante envejecimiento. —Ahora hablaba con su voz normal, fuerte y

profunda—. Cobran más por un envejecimiento que por la remodelación normal, ¿lo sabías? Aunque no creo que exista mucha demanda. Pero vale la pena. Nadie molesta a un viejo. Incluso en unos tiempos locos como éstos.

—Lo tendré en cuenta —dije—. Quizá todo el mundo deje de importunarme entonces, cuando parezca tan viejo como tú.

—¿Tú? Tú nunca tendrás este aspecto. Dime, Yakoub: ¿te has sometido alguna vez a una remodelación? Dicen que éstos son todavía tus auténticos rostro y cuerpo, que posees algún secreto para no envejecer nunca. ¿Es eso cierto? Dímelo. Dime.

—Los roms nunca envejecen, Sunteil. Vivimos eternamente.

—Entonces tienes que enseñarme el secreto.

—Demasiado tarde —deploré—. Elegiste los antepasados equivocados. Ya no hay remedio para ti. Si naces gaje, mueres gaje.

—Eres un hombre duro.

—Soy amable y gentil. El duro es el universo, Sunteil. —Estaban empezando a cansarme todos aquellos rodeos. Le miré fijamente y dije—: Esta visita me sorprende. Había oído que te ocultabas en alguna parte fuera de la ciudad. ¿Por qué te has arriesgado a venir a verme esta noche? ¿Qué es lo que quieres, Sunteil?

—Negociar —dijo.

—Tú eres un fugitivo. Yo soy un rey. Generalmente la negociación se hace entre iguales.

—Si tú eres un rey, yo soy un emperador, Yakoub.

—Yo soy un rey, sí, y nadie lo cuestiona —dije secamente—. El único otro aspirante a mi trono está muerto, y mi pueblo me reconoce como su soberano. Pero Naria es el emperador en estos momentos, si alguien lo es.

—¿De veras? Naria ocupa el palacio, sí. Los soldados borrachos lo proclaman por las calles, sí. Pero ocupar un palacio y ordenar disturbios en tu nombre no te hace el emperador de la galaxia. ¿Acaso les importa un comino a los demás mundos del imperio lo que están haciendo los soldados por las calles de la Capital? Todo lo que saben es que el trono está en disputa. Y Naria retiene ilegítimamente el poder.

—Pero lo retiene. Mientras que tú merodeas por ahí disfrazado a última hora de la noche, entrando y saliendo por las puertas laterales.

—Por el momento —dijo Sunteil—. Sólo por el momento. Naria puede ser echado tan fácilmente como lo fue Periandros.

—¿Estás planeando otro asesinato?

—¿Oh? —dijo Sunteil, sonriendo con la artera sonrisa de Sunteil en aquel apergaminado rostro—. ¿Fue asesinado Periandros? Creí que había

sido picado por una avispa.

—Una avispa de metal que alguien envió volando a través de su ventana.

—¿De veras? Qué interesante, Yakoub. —Dejó que su mirada vagara por unos instantes hacia Chorian, que se encogió ligeramente, como si deseara hacerse invisible—. Pero si ése fue el caso, sospecho que Naria estará en guardia contra cualquier intento de hacerle algo similar a él.

—Entonces, ¿cómo piensas librarte de él?

—Tú me ayudarás —dijo Sunteil.

Dejó que el sorprendente insulto de aquella complaciente afirmación se deslizara de forma inofensiva por mi lado. No fue fácil.

—¿Ayudarte? —dije, intentando sonar inocentemente perpleja—. ¿Cómo crees que puedo ayudarte, Sunteil?

—Dices que eres el rey. Sospecho que lo eres. Los toros de todas partes te obedecen. Ninguna astronave seguirá su camino en toda la galaxia si el baro rom da la orden adecuada. Los vuelos se detendrán en todas partes. Todo quedará inmóvil, y Naria caerá.

—Tal vez.

—No hay tal vez en esto. ¿Necesito decirte que los roms tienen al Imperio agarrado por la garganta? Sin comercio interestelar no hay Imperio. Sin los toros no hay comercio interestelar. Envía la orden, Yakoub: no más viajes estelares hasta que el legítimo emperador haya ocupado el trono. En seis semanas el comercio se asfixiará. Puedes hacerlo.

Sus ojos llameaban. Nunca había visto así a Sunteil antes. Estaba diciendo lo indecible, reconociendo abiertamente la realidad que todo el mundo fingía que no existía. Uno no necesitaba ser tan astuto como Sunteil para ver el nudo corredizo que los roms tenían en torno a la garganta del Imperio. Pero era un poder que habíamos decidido no invocar nunca. No nos atrevíamos. Podíamos cerrar la galaxia, sí. Pero somos muy pocos, y ellos son muchos. A su debido tiempo los gaje aprenderían a pilotar ellos mismos sus astronaves. Si los roms abandonaban su trabajo se produciría un terrible y caótico período de transición en el Imperio, y luego todo sería para los gaje como había sido antes. Y entonces nos matarían a todos.

Guardé silencio durante un rato. Luego respondí:

—Es posible que lo que dices sea cierto, Sunteil. Es posible que con mi ayuda puedas obligar al Imperio a aceptarte como su emperador. Pero es posible que no. ¿Y si Naria sobrevive al hundimiento del comercio Y conserva su trono? ¿Qué me ocurrirá a mí entonces? ¿Qué le ocurrirá a mi pueblo?

—Naria caerá en unas pocas semanas. En unos pocos días.

—¿Y si no lo hace?

—Sabes que ésas son preguntas ociosas, Yakoub.

—No estoy tan seguro. Dime una cosa. Sunteil: ¿qué puedo ganar mezclándome con vuestra guerra civil? Si respaldo la facción equivocada, me destruiré a mí mismo y quizás a todo el reino rom. Si no hago nada, en cambio, tú y Naria lucharéis, y el vencedor tendrá que reconocermme como rey de todos modos.

De la grotesca calavera de Sunteil que pretendía ser un rostro surgió de nuevo la brillante sonrisa de Sunteil.

—Si gano sin tu ayuda, Yakoub, ¿qué te hace pensar que te reconoceré necesariamente como rey?

Oí a Chorian reprimir un jadeo de sorpresa. Lo había querido junto a mí para que aprendiera el arte de la política, pero aquello era un curso de postgraduados.

Dije cautelosamente:

—Estoy seguro que esto no es ninguna amenaza, Lord Sunteil.

—¿Ha pretendido serlo?

—Soy el rey legítimo de los roms, elegido por el gran kris y ratificado por el Decimoquinto emperador. El Decimosexto, sea quien sea, no tiene forma de anular esa ratificación.

—Tengo entendido que abdicaste, Yakoub, y que tu hijo Shandor fue elegido en tu lugar por el gran kris. Y que nada menos que un personaje como Lord Naria, actuando como representante del Decimoquinto, apoyó el cetro del reconocimiento sobre los hombros de tu hijo Shandor. Todo lo que necesito es ratificar la acción de Naria una vez sea emperador.

—Shandor está muerto —le recordé.

—Entonces el trono rom quedará vacante. Puedo nombrar un sucesor.

—¿Un flagrante intento de interferir en la soberanía rom?

—No pretendas ser ingenuo, Yakoub. Nunca eres muy convincente en ello. Cuando Periandros te sacó de la prisión de Shandor y te puso de nuevo en el trono, ¿qué hizo sino interferir en la soberanía rom? Admito que vosotros los roms tenéis un cierto poder sobre nosotros, pero nosotros no estamos completamente indefensos. Sabes que el rey rom sirve bajo el consentimiento del emperador.

—Y, aparentemente, el emperador sirve también bajo el consentimiento del rey.

—Exacto —dijo Sunteil. Su sonrisa regresó, extrañamente benigna esta vez—. En consecuencia, ¿por qué hablamos de amenazas? No siento ningún deseo de interferir en la soberanía rom, de inmiscuirme en tu derecho al

trono, o de nada parecido. Simplemente deseo ser emperador. Y deseo que tú me ayudes.

—Te lo he dicho. Hay riesgos para mí si lo hago. Y no veo ninguna recompensa, excepto que se me permita conservar lo que ya es mío por derecho absoluto.

—Oh, habría una recompensa, Yakoub.

—Te sugiero que me la nombres.

—La Estrella Romani —dijo Sunteil—. ¿Qué dices ahora? Dame tu apoyo, y tendrás la Estrella Romani.

Tuve que apartar la mirada para que Sunteil no captara mi estupefacción. ¿La Estrella Romani? ¿Cómo conocía él ese nombre? ¿Cómo era posible que un lord del Imperio estuviera hablando de la Estrella Romani?

Sentí un momento de terrible vértigo. Mi rostro ardió y mis rodillas vacilaron, y un repentino e inquietante terror apuñaló mi corazón. Por un desfalleciente instante creí que iba a caerme. Fue un mal momento, como si se hubiera abierto una trampilla en el suelo bajo mis pies. Luego conseguí controlar mis flujos glandulares y transformé mi miedo en ira, lo cual no era más útil pero sí menos debilitante. En el nombre de Dios, ¿qué había dicho Sunteil acerca de la Estrella Romani? ¿Quién había revelado nuestro más precioso secreto a aquel escurridizo gaje? Estrangularía al traidor con mis propias manos. ¿Quién podía haber sido? Miré con ojos llameantes por toda la habitación. ¡Chorian! ¡Chorian! Por supuesto. El pequeño rom personal de Sunteil, su ayuda de campo gitano..., consiguiendo el favor del lord gaje a través de la revelación de los más profundos misterios de nuestro pueblo...

Lancé a Chorian una mirada que deseé que agostara su alma. Se puso escarlata. Y en sus ojos apareció una lamentable expresión de... ¿qué? ¿Angustia? ¿Desconcierto? ¿Un anhelo de perdón que sabía que nunca iba a llegar?

Cuando me hube calmado lo suficiente me volví de nuevo a Sunteil y dije con voz tensa:

—¿Qué sabes de la Estrella Romani?

—Eso no tiene importancia. Lo que tiene importancia es que te garantizo que será vuestra, Yakoub, cuando yo ocupe el trono.

—Eso ya lo has dicho. ¿Pero de qué crees que estás hablando? ¿Qué quieres dar a entender cuando dices «la Estrella Romani»?

Sunteil pareció muy inquieto.

—Una estrella roja, eso es. Con un solo planeta a su alrededor, que también es conocido como la Estrella Romani.

—Adelante.

—Un lugar que por alguna razón es sagrado para el pueblo rom.

—¿Por alguna razón, Sunteil? ¿Qué razón?

—No lo sé.

—¿De veras?

—¿Cómo podría? Es una cosa privada rom. Todo lo que sé es que deseáis terriblemente esa Estrella Romani, pero no os atrevéis a ir allí y reclamarla, ya sea porque pertenece a algún otro o porque pensáis que la

querremos para nosotros si descubrimos que vais tras ella, No lo sé, ni me importa. Ni siquiera sé dónde está. Lo que te estoy diciendo, Yakoub, es que esa Estrella Romani será vuestra si me ayudas a ser emperador. ¿No es suficiente para ti? Mi solemne promesa.

La promesa de un gaje, pensé amargamente. La promesa de un fenixi.

—¿No tienes idea de dónde está ni de qué es exactamente, pero me dejarás tenerla?

Respondió, con cierta exasperación:

—Tienes mi palabra de ello. Tú dime: «Este lugar es la Estrella Romani, Sunteil», y yo diré: «De acuerdo, es vuestra» Sea lo que sea. No importa quien la reclame en aquellos momentos. Todo lo que sé es que significa mucho para vosotros, la posesión de esa Estrella Romani. De acuerdo. Para mí significa mucho ser emperador. Tú puedes proporcionármelo. Y yo puedo proporcionarte la Estrella Romani. ¿Qué dices a esto, Yakoub?

Lo estudié atentamente. Empezaba a darme cuenta de que realmente no sabía de la Estrella Romani más de lo que me había dicho. Pero debía tener en cuenta que me hallaba ante Sunteil, que era un hombre de Fénix, un planeta famoso por sus engaños y subterfugios. De todos modos, había sonado sorprendentemente turbado e irritado cuando respondió a mis preguntas sobre la Estrella Romani. Mis instintos me decían que esta vez, al menos, estaba siendo sincero cuando decía que aquello era realmente todo lo que sabía. Lo cual era de todos modos demasiado para un gaje; pero, de hecho, no era mucho.

—Necesito tiempo para pensarlo —dije.

—¿Cuánto tiempo?

—Tengo consejeros a los que debo consultar. Opciones que sopesar.

—¿Estás en contacto con Naria?

—No veo por qué tengo necesidad de decirte esto. Pero, de hecho, no he oído ni una palabra de Naria desde que empezó todo esto. Sólo Periandros. Que todavía sigue suplicándome que me alíe con él.

—Periandros está muerto.

—Alguien que parece Periandros y suena como si fuera Periandros me llamó hace apenas un momento. Un doble, quizá.

—Un doble, seguro —dijo Sunteil—. Periandros está muerto. Puedo asegurártelo de una forma definitiva.

—Supuse que podías —dije.

—Sabrás de Naria más pronto o más tarde. Lo más seguro pronto. Pero no creo que pueda ofrecerte nada que supere lo que te estoy ofreciendo yo. ¿Cuánto tiempo transcurrirá hasta que tenga noticias tuyas?

—No mucho —dije—. Sólo dame algo de tiempo para pensar. Ha sido un honor hablar contigo, Lord Sunteil.

—El honor ha sido mío, Yakoub.

Sunteil hizo una inclinación de cabeza hacia Chorian, como si esperara que el muchacho lo escoltara a la salida. Yo agité negativamente la cabeza e indiqué con un movimiento de un solo dedo que deseaba que Chorian se quedara; y Sunteil, asintiendo, salió con paso incierto de la habitación.

Apenas se hubo ido miré a Chorian con una furia terrible. El muchacho estaba pálido bajo su piel color medianoche.

—¿Cómo es que tu amo sabe de la Estrella Romani? —le pregunté con voz muy contenida.

—No es mi amo, Yakoub.

—Estás en su nómina. Sabe acerca de la Estrella Romani. No es mucho, parece, pero sabe. ¿Cómo es que sabe, muchacho?

—Os lo suplico, Yakoub, creedme... —Su voz se quebró—. Creedme, Yakoub...

—Di lo que sepas.

—Si conoce algo..., y no es mucho, es muy poco, estoy seguro de ello..., si conoce algo, Yakoub, no lo ha oído de mis labios.

—¿No?

—Os lo juro. —Lo dijo en romani.

—¿Lo juras, realmente?

—Por Martiya el ángel de la muerte, por o pouro Del el dios de nuestros padres, por Damo y Yehwah, por todos los espíritus demonios...

—Ya basta, Chorian.

—Lo juraré por otras cosas. Por cualquier cosa que me pidáis.

Dije fríamente:

—Has aprendido bien tu antiguo folklore gitano, ¿eh? ¿Estudiaste el Swature como un buen chico? ¿Y se lo vendiste todo a Sunteil? ¿Todos esos pequeños y deslavazados fragmentos de mito y tradición, eh, muchacho? ¿Al menos conseguiste un buen precio por ello?

Las lágrimas brillaron en sus ojos.

—¡Yakoub! ¡Lo he jurado!

—Alguien que venda la Estrella Romani a los gaje puede jurar sobre el muli de su madre muerta, ¿y qué significa eso?

—No fui yo, Yakoub. Cuando Sunteil empezó a hablar con vos de la Estrella Romani deseé esconderme, morir, porque sabía que él no debería saber nada de la Estrella Romani, y sabía que vos pensaríais inmediatamente que había sido yo quien se lo había dicho. Pera no fui yo.

¿Qué puedo deciros para hacer que me creáis?

Se acercó hasta mí y me miró fijamente. Estaba temblando. Lloraba. ¿Era tan bueno para ser capaz de fingir lágrimas? Era fenixi, sí, y los fenixis pueden engañar casi a cualquiera; y además era rom; pero no creía que pudiera fingir emociones como aquélla. Hay fingimiento y hay auténtico sentimiento, y si a mi edad soy incapaz de ver la diferencia entre una y otra cosa, entonces no me sirve de nada el haber vivido tanto.

Con una voz que apenas era lo suficientemente alta como para que yo le oyera, murmuró:

—Yakoub, en Mulano me contasteis la historia de la Estrella Romani, y muchas otras cosas además. Y luego, mientras aguardaba a que el relé de tránsito me recogiera, os dije que finalmente había descubierto, mientras pasaba aquellos días con vos, lo que era tener un auténtico padre. ¿Lo recordáis? La historia de la Estrella Romani fue el regalo que me disteis. Vos fuisteis ese regalo. ¿Creéis que iba a vender esos regalos a Sunteil? ¿Lo creéis? ¿De veras lo creéis?

Y tuve que decir, aunque sólo para mí mismo: No, Chorian, no creo que lo hicieras.

A él le dije.

—Preferiría pensar que eres inocente, si pudiera.

—Soy inocente, Yakoub. —Sus lágrimas habían desaparecido, ya no estaba temblando. Quizá la convicción de su propia inocencia le estaba fortaleciendo ahora—. Creedme. No puedo decir más.

—Creo que dices la verdad —murmuré.

—Os doy las gracias por ello, Yakoub.

—Pero entonces, ¿cómo supo tu amo lo de la Estrella Romani?

—Os lo digo de nuevo, no es mi amo. Y no tengo la menor idea de cómo lo averiguó. Pero si lo deseáis, intentaré descubrirlo.

—Sí —dije—. Eso sería...

Justo en aquel momento la pantalla se iluminó, y allí estaba Julien, llamando de nuevo para preguntar si podía hablar con Periandros ahora, aunque todavía era primera hora de la mañana y yo había prometido sostener nuestra próxima conversación al mediodía. Periandros no deseaba aguardar hasta el mediodía.

Miré largamente a Julien.

Tenía la respuesta al misterio del conocimiento de Sunteil de la Estrella Romani.

¡Julien! ¡Por supuesto! Él sabía de la Estrella Romani. Recordé ahora lo que había dicho en Galga, cuando yo había hablado de Francia como de un

lugar irreal, y él me había respondido que Francia era para él lo que la Estrella Romani era para nosotros, el gran lugar perdido, la única madre auténtica. Eso me había sorprendido. Nosotros no hablamos de la Estrella Romani con los gaje. Pero Julien había sabido de ella, sólo Dios sabe cómo. Quizá no le resultara demasiado difícil, a lo largo de toda una vida pasada principalmente con los roms. Unas cuantas botellas de sus espléndidos vinos tintos, una larga velada de seleccionada comida francesa, algún capitán estelar conocido suyo de un humor más expansivo que de costumbre, y allí estaría todo, el Relato del Sol Dilatado, la pérdida de nuestro hogar y la dispersión por la Gran Oscuridad, y todo lo demás. Sí. Sí. Y Julien lo había registrado todo, nuestra leyenda, nuestras escrituras; y lo había reservado para el momento preciso, y se lo había vendido al hombre preciso.

No a Periandros, cuyos cerces había estado recibiendo todos aquellos años. Sino a Sunteil. Periandros estaba muerto, y Julien lo sabía, no importaba cuántos dobles del difunto lord estuvieran almacenados en las cámaras ocultas. Periandros el doble todavía podía vencer en aquella lucha a tres bandas, pero era poco probable, de modo que ahora Julien estaba colocando juiciosamente sus apuestas en Sunteil. Haciendo un pequeño trato marginal mientras aún había una posibilidad. Tuve que admirarle por ello. Pero de todos modos no hubiera debido vender la Estrella Romani a Sunteil.

Hacía mucho que había caído en la fácil tentación de pensar en Julien como en un rom, o en un casi toro; pero no era rom. En absoluto. Y esto lo demostraba.

—El emperador desea saber —dijo Julien— si el baro rom ha tenido tiempo suficiente de considerar su anterior conversación.

Deseé tender las manos hacia la pantalla y estrangularle. Mi viejo amigo, mi rescatador. Lo que estrangulé en cambio fue el impulso de hacer eso. Si Julien nos había traicionado, bien, que así fuera. Un gaje es un gaje, incluso Julien. Tenías que esperar eso de ellos. Y en cualquier caso el daño ya estaba hecho. Tenía otros problemas de los que ocuparme. No deseaba en absoluto hablar con Julien. O con el doble de su amo.

Le dije que había sido una noche muy ajetreada para mí, que no había tenido ninguna posibilidad de llegar a una decisión respecto a la oferta de Periandros. Esperando que Julien lo aceptara y desconectara antes de que pudiera ponerme realmente furioso con él. No lo hizo.

—Mil perdones, *mon ami*, pero el emperador me pide que haga hincapié en el hecho de que el tiempo es esencial.

—Entiendo eso, Julien.

—Y que si estás dispuesto a negociar los puntos ya discutidos, entonces

no hay mejor momento que ahora para...

—¿Julien?

—*¿Oui, mon vieux?*

—¿De qué sirve todo este estúpido juego? Los dos sabemos que Periandros está muerto, y que estás actuando en beneficio de un doble. Así que, ¿por qué te molestas en incordiarme con toda esta mierda? ¿De qué sirve pretender que un doble puede actuar realmente como emperador? En especial teniendo en cuenta que estás preparándote para saltar de bando y colocarte del lado de Sunteil.

—¿Del lado de Sunteil? ¡No comprendo, Yakoub! ¡Lo que me dices es incomprensible para mí!

—Quizá lo comprendieras mejor si pudiera decírtelo en francés. Pero no puedo. *Merde* es la única palabra francesa que conozco. Lo que estás intentando decirme es una *merde* muy grande, Julien. Ésa es una palabra francesa, ¿no? Si no la entiendes, entonces quizá debiera intentar hablarte en romani.

—Pareces tan furioso. Mi viejo amigo, ¿qué te he hecho?

No deseaba empezar a hablar del tema. Pero estaba irritándome en unos momentos en que lo que menos necesitaba era irritación.

—¿No lo sabes? —pregunté.

Una pausa, corta pero reveladora.

—Sea lo que sea lo que haya podido hacer —dijo al cabo de un momento—, fue tanto en bien de los roms como del Imperio. Yakoub. *Nest-ce pas?* Es la verdad.

—Sea lo que sea lo que puedas haber hecho —le dije, manteniendo un férreo control sobre mi rabia, Dios sabe por qué—, fue probablemente en bien de Julien de Gramont, ¿no? Con algún leve pensamiento, quizás, hacia el daño incidental que podía causar, pero eso fue puramente secundario, sospecho. —Me sorprendí de mi propia habilidad en mantener contenida mi furia. Un truco que uno aprende a veces, con el tiempo. Y a veces olvida—. Simplemente dime esto: ¿en qué nómina te hallas en estos momentos? ¿En la de Periandros o en la de Sunteil?

Silencio. Consternación.

—¿En la de ambos? —sugerí—. Sí. Sí, eso es más propio de ti, ¿no? Y en estos momentos llamas en nombre de Periandros, o de lo que está pasando en estos momentos por Periandros. Dentro de una hora tal vez estés maquinando para Sunteil. Y...

—Por favor, *mon ami*. Te lo suplico, no sigas. De veras, no he hecho ningún daño a nadie. Siento un gran amor hacia ti, Yakoub. ¿Comprendes

eso? Es la verdad. La *vérité véritable*, Yakoub. —Tendió las manos hacia mí—. Te llamo en nombre de Periandros, sí. Quiere hablar contigo. Eso es lo que me ha pedido que te diga.

—Entonces te agradeceré que le digas que no puedo ser molestado por dobles en unos momentos como éstos. Dile que puede ir donde le plazca y ventosearse en las manos por lo que a mí respecta. Dile... —Una mirada horrorizada apareció en el rostro de Julien—. No. No. De acuerdo, dile simplemente lo que acabo de decirte hace un momento. Que estoy demasiado ocupado para decidir nada en estos momentos. Gana un poco de tiempo. Tienes la diplomacia suficiente para ello.

—¿Hasta...?

—Hasta nunca —dijo—. Esta lucha es ahora un triángulo de dos lados, Julien, y ya no puede haber ninguna transacción entre Periandros y yo que signifique algo, piense él lo que piense. Los dobles desaparecen al poco tiempo. Quizás ellos no lo sepan, pero yo sí. No tengo tiempo para él. El pobre bastardo irreal. ¿De acuerdo? ¿Has entendido lo que te he dicho?

—Puede que esté muerto, Yakoub, pero sigue teniendo poder.

—Que lo conserve. Muy pronto no va a tener nada. Tengo que reservar mis energías para tratar con los emperadores que aún no están muertos. Estoy trabajando a largo plazo, Julien. Periandros ya se está descomponiendo. Lo sepa él o no.

—Pero mientras viva...

—No vive. Es un zombi. Es un mulo andante. Y te pido que me lo saques de encima. En bien del gran amor que afirmas que sientes por mí.

—Tu voz es tan dura, Yakoub. Parece haber mucha hostilidad en ella.

—Quizá tú sepas el motivo.

—*D'accord* —dijo hoscamente Julien—. Le diré a Periandros que necesitas más tiempo para tomar tu decisión.

—Algo así como ochenta millones de años —dijo. Y corté el contacto.

Al momento siguiente Polarca entró a grandes zancadas en la habitación, con expresión alterada, agitando un fajo de informes.

—Están luchando en el distrito de Gunduloni —anunció—. Un puñado de leales a Periandros contra un destacamento de las milicias de Naria. Y tropas llevando las insignias de Sunteil se han apoderado de todo un bloque de calles justo al sur del distrito imperial, y están vando de casa en casa, obligando a la gente a jurar lealtad a ellos. Y en el otro lado de la ciudad se libra una batalla. y nadie es capaz de decir quién está del lado de quién.

—¿Hay alguna otra cosa? —pregunté.

—Una más —dijo Polarca—. Naria te ha convocado al palacio. Desea

parlamentar contigo inmediatamente.

Era inevitable, por supuesto: el tercer zapato tenía que caer. Periandros y Sunteil se habían dejado oír, y finalmente el último de los grandes lores estaba haciendo sus movimientos para obtener mi apoyo. O eso suponía. Se me requería -y el ayudante de Naria había sonado taxativamente urgente en ello, según Damiano, que había recibido la llamada- que me presentara inmediatamente, y que llevara conmigo no sólo a Polarca sino también a la phuri dai. Astuto Naria, intentando traerse a su lado también a Bibi Savina: quizá mi sitio en el trono de los rom se tambaleara un poco, pero todos los roms de todas partes reverenciaban a la phuri dai, sin excepción.

Sostuvimos una conferencia acerca de si era prudente aceptar la invitación de Naria, y recibí una respuesta mezclada. Jacinto y Ammagante, cautelosos como siempre, se preguntaban si no sería alguna especie de trampa, un complot destinado a darle a Naria el control de todo el alto mando rom con un solo movimiento. Damiano y Thivt admitían que se trataba de una posibilidad, pero consideraban que era demasiado rebuscado. A Polarca, evidentemente deseoso de salir de aquel palacio donde llevábamos escondidos lo que empezaban a parecer semanas, no le importaba: estaba dispuesto a correr el riesgo, fuera cual fuese, antes que permanecer encerrado más tiempo en aquel agujero.

Miré a Bibi Savina.

—¿Qué dice la phuri dai, entonces?

Ella me miró a mí y a través de mí, hacia reinos muy, muy lejanos.

—¿Se niega el baro rom a acudir a la llamada del emperador? —preguntó.

—¿Pero es Naria el emperador? —se limitó a decir Jacinto.

—Tiene el palacio —indicó Bibi Savina—. Uno de los otros dos está muerto y el tercero se esconde. Si Naria no es el emperador, nadie lo es. Ve a él, Yakoub. Debes hacerlo. Y yo iré de buen grado contigo.

Asentí. La phuri dai y yo generalmente hemos visto siempre las cosas del mismo modo a lo largo de los años. Dije a Damiano:

—Dile que estaremos allí en una hora o menos.

—Ha prometido enviar un vehículo imperial a buscarte.

—No —dije—. Lo último que deseo es recorrer hoy la Capital en un vehículo que lleve las insignias imperiales. Tomaremos uno de nuestros propios vehículos. Tres vehículos, de hecho. Nadie va a intentar cortarle el paso al baro rom si ven toda una caravana de vehículos roms.

Palabras atrevidas. De hecho nos dispararon cinco veces durante el trayecto de treinta minutos hasta el palacio imperial. No alcanzaron a nadie:

nuestros blindajes eran excelentes. De todos modos, no era buena señal. Toda aquella artillería parecía propia del siglo XX, y yo me sentía desplazado, mil años desplazado y unos cuantos más. No se me había ocurrido que una cosa tan insignificante como una lucha por la sucesión imperial pudiera arrojar tan pronto a los gaje de cabeza hacia atrás en el camino evolutivo. La guerra es un concepto obsoleto. Se lo había dicho a Julien de Gramont el otro día -por decirlo así-, en la tranquilidad de mi retiro en el helado Mulano. Y en el breve espacio de tiempo desde entonces me había visto en medio de una pequeña guerra en Galgala y ahora en lo que parecía ser una a mayor escala aquí en la Capital. Primero en la sede de nuestro gobierno y luego en la suya.

De todos modos, conseguimos llegar a nuestro destino en el mismo número de piezas que habíamos salido. Nunca supimos qué lado estaba disparando. Lo más probable era que las tres facciones se estuvieran turnando, y nadie tuviera la menor idea de a quién disparaba, no más de la que teníamos nosotros de quién nos disparaba. Una guerra anónima: auténtico siglo XX. Si tenía que haber una lucha, que me dieran los días medievales, en los que al menos conocías el nombre de tu enemigo.

La ciudad era un lío tremendo. Jamás hubiera creído que pudieran destrozarse tantas cosas en tan poco tiempo. Al menos media docena de las más altas torres habían sido reducidas a la mitad. Montones de escombros se apilaban hasta la altura de las casas en las amplias avenidas. Un manto de humo negro manchaba el cielo. Aquí y allá un brazo o una pierna se asomaba por entre las ruinas: muertos, auténticos muertos, irreparables e irreversibles. Vidas enteras cortadas por la mitad como habían sido cortadas aquellas torres, hombres y mujeres a quienes se les habían robado cien años o quizá más. ¿Y para qué? ¿Una mezquina disputa sobre si la corona gaje tenía que apoyarse sobre la cabeza de un hombre de Fénix o un hombre de Vietoris, o quizá la figura animada de un hombre muerto de Sidri Akarak?

En medio de aquellas escenas de devastación subsistían, sin embargo, incongruentes signos del esplendor imperial. Estandartes celestes, símbolo de la presencia del emperador en la Capital, llameaban al este, al sur y al norte. Pero era un despliegue de estandartes como nunca antes se había visto allí, porque resplandecían en tres combinaciones distintas de colores, una para Periandros, una para Naria, una para Sunteil. Allá donde aquellas chillones luces se encontraban y chocaban sobre nuestras cabezas se producía un torbellino en el cielo que hería y cegaba los ojos.

Y más lejos al norte, en el anillo exterior de la ciudad..., ¿qué era aquella brillante columna de luz púrpura? ¡Oh, era nada menos que la lanza

de luz del baro rom, colocada de nuevo finalmente en el lugar que le correspondía! ¿Obra de Naria? ¿De Sunteil? Bien, en estos momentos era un halago inútil. ¿Creían que podían conseguir mi alianza con un simple despliegue de luz?

El palacio estaba custodiado, nivel tras nivel. por fantásticas defensas. Un anillo de pantallas deflectoras primero, tiñendo todo el lugar de un resplandor púrpura. Dentro de él, una hilera de resplandecientes tanques, todos ojos y cañones. Luego una falange de robots. Una milicia androide. Una enorme hueste de soldados humanos también..., o más bien dobles de soldados, acuñados rápidamente para cubrir la emergencia. Detectores. Ojos celestes. Flotantes nubes de letales proyectiles antipersonas mantenidos en suspensión por redes de fuerza magnética. Y más, mucho más. Lo último, lo más nuevo, un maravilloso y ridículo despliegue de magia tecnológica. El increíble despliegue defensivo de Naria me dijo tanto sobre Naria como sobre el estado actual de las defensas del Imperio.

Nos tomó más de una hora ser escoltados a través de todos los controles. Pero finalmente nos hallamos en presencia del hombre que por el momento ostentaba el título de Decimosexto emperador.

No había ninguna plataforma del trono, la escalinata cristalina había desaparecido. En su lugar había sido erigido un inmenso cubo de algo que parecía cristal, pero probablemente no lo era, en medio de la enorme sala de consejos del palacio, bajo la alta bóveda. Una línea de advertencia de fuego azul se alzaba sobre el suelo de piedra en todos sus cuatro lados. Muy arriba, rayos detectores rastreaban constantemente el aire. Y en el interior del cubo, entronizado como un faraón de antigua y absoluta inaccesibilidad, se sentaba el autoproclamado emperador Naria, inmóvil como una estatua, delgado y tenso como un látigo, solemne como un dios. Estaba rodeado de oscuridad, pero él permanecía iluminado por una confluencia de focos que proporcionaban un fuerte resplandor a su pelo escarlata que le llegaba hasta los hombros, su piel púrpura oscuro, sus implacables ojos amarillos. Llevaba un lujoso atuendo de brocado hecho con algún tipo de rígida tela verde que se alzaba por detrás de su cabeza como el capuchón de una cobra, y la corona imperial flotaba sobre él en proyección holográfica.

Todo muy impresionante. Todo muy ridículo.

Vi a Polarca luchar por reprimir una sonrisa irónica. La phuri dai sonreía seráficamente; pero eso es algo que hace a menudo, en todo tipo de situaciones.

—Agradecemos que hayáis venido aquí, baro rom —declaró Naria con una vez lenta, medida, de tonos absurdamente pretenciosos. Su voz

emergió de detrás de las cristalinas paredes de aquel cubo a través de un millar de altavoces a la vez, y resonó mareante por toda la habitación.

¡Qué ridícula teatralidad! ¿A quién pensaba que estaba hablando? Y de nuevo el nos real. Siglo tras siglo el Imperio había conseguido sobrevivir e incluso medrar sin esas afectaciones idiotas. Pero de pronto aquellos lores inseguros de sí mismos estaban reviviéndolas, como si pudieran ayudarles a alcanzar y ser dignos del trono. Sentí lástima por ellos. Por el hecho de que necesitaran hinchar sus egos de aquella forma.

De todos modos, ofrecí a Naria el gesto formal de sumisión que un baro rom hace tradicionalmente al emperador. Pese a que él no me había ofrecido el vino tradicional. No me costaba nada, y me podía hacer ganar un punto o dos con él. Y raras veces sirve de nada mostrarte descortés con los megalomaníacos cuando te hallas en su sala de estar.

Luego dije, haciendo un gesto al cubo de cristal y a todo lo que lo rodeaba.

—Qué triste que todo esto sea necesario, Majestad.

—Una medida temporal, Yakoub. Esperamos que la paz sea restablecida en cosa de días, incluso horas. Y entonces no volverá a ser rota nunca más, una vez hayamos completado la tarea de imponer nuestra autoridad sobre todo el Imperio.

—Esperemos que así sea, Majestad —dije con el tono más piadoso de voz—. Esta guerra es una agonía para todos nosotros.

¡El solemne bastardo! Considerarse a sí mismo como un salvador. Bien, enfrenta hipocresía con hipocresía, si es necesario.

Me lanzó su grave y pensativa mirada de preocupado gobernante.

—Se han producido muchos daños en la ciudad, ¿no es cierto?

—Demasiados, me temo.

—La Capital es sagrada. ¡Que se hayan atrevido a dañarla...! Bien, les haremos pagar por ello, hasta el último mínimo, hasta el último óbolo. —Me estudió en helado silencio por un tiempo. Le devolví su mirada, sin parpadear. No era un hombre en quien pudiera confiarse, aquel escarlata y púrpura Naria. Reptilesco. Peligroso. Al fin y al cabo, era el hombre que había asumido por su cuenta el ratificar la ilegal apropiación de Shandor de mi trono, cuando el viejo emperador aún vivía. ¿Qué había en nuestra infeliz época que producía seres como Shandor y Naria?

Luego dijo, cambiando enteramente de tono, pasando de la rígida pompa imperial a una taimada y casi íntima insinuación.

—¿Sabéis dónde se esconde Sunteil?

Aquello fue un golpe realmente inesperado. Me temo que dejé ver mi

sorpresa.

—¿Sunteil? —dije, como un idiota.

—El antiguo gran lord, sí. Que se halla ahora en rebelión, como seguramente sabéis, contra el gobierno legalmente constituido del Imperio. Está aquí en la Capital. Me preguntaba si vos no sabríais dónde.

—Ni un indicio, Vuestra Majestad.

—¿Ni siquiera uno o dos rumores sin fundamento?

—He oído que está en alguna parte al sur de la ciudad. Más que eso no puedo decir.

Me miró como una bomba que está decidiendo si debe estallar o no. —O más bien elegido no decir.

—Si el emperador piensa que le estoy ocultando cosas...

—Entonces, ¿no habéis tenido ningún tipo de trato con Sunteil?

El interrogatorio estaba empezando a deslizarse hacia un territorio nuevo y peligroso. Dije cuidadosamente.

—No tengo ni la menor idea de dónde puede estar Sunteil.

Lo cual era cierto. Pero no era la respuesta a la pregunta que me había hecho Naria.

Dejé que mi pequeña evasiva pasara sin ningún comentario. Volvió a su antigua voz imperial para decir:

—Cuando Sunteil acuda de nuevo a vos, Yakoub, lo detendréis y nos lo entregaréis. ¿Queda entendido? —Sorprendente. Abrumándome como una avalancha—. Esto es la guerra, y no podemos permitir consideraciones. Tendréis una segunda oportunidad de capturarlo, y esta vez lo capturaréis. —*¿Cuando acuda de nuevo a vos? ¿Cuánto sabía Naria? Oí el jadeo de sorpresa de Polarca, y Bibi Savina perdió su sonrisa. ¿Lo detendréis y nos lo entregaréis?* Había esperado ver a Naria suplicar algún tipo de alianza, no darme órdenes.

Le miré fijamente. Por un momento no supe qué decir. ¡Enmudecido! ¡Yo!

Naria prosiguió serenamente:

—Sunteil ha alzado la mano contra su emperador, lo cual es lo mismo que decir que la ha alzado contra todos los ciudadanos del Imperio. Es el enemigo de todos nosotros. Es tanto el enemigo de vosotros los roms como el enemigo de..., de..., ¿cómo nos llamáis?

—Gaje, Majestad.

—Gaje. Sí.

—¿Y qué hace pensar a Vuestra Majestad que será visitado de nuevo por Lord Sunteil? —dije.

—Porque vos lo arreglaréis para que así sea.

Así de simple. Yo lo arreglaría.

La respuesta de Yakoub fue dejar caer la mandíbula, abrir una colgante boca. Sólo metafóricamente, por supuesto. Sé mantenerme *superficialmente* tranquilo. Tomarlo todo de una forma enteramente casual. No le dejemos darse cuenta de lo asombrado que estoy. Qué maravilla eres, Naria.

—Ah. Porque yo lo arreglaré.

Lo dije de una forma casi intrascendente. Como si simplemente repitiera algo que debería haber sido *evidente* para cualquier imbécil. Atraerás a mi rival a tus garras, Yakoub, y entonces saltarás sobre él. Por supuesto, Vuestra Majestad. Por supuesto.

—Habrà una reunión —dijo—, en algún punto neutral cuidadosamente escogido. A invitación vuestra. En otra parte del planeta, o quizás en un mundo completamente distinto. En la que vos y él discutiréis la perspectiva de una alianza entre el reino rom y el Imperio gobernado por Sunteil. Lo atraeréis, eso es algo que sabéis hacer muy bien. Lo cogeréis con la guardia baja. Y lo capturaréis y nos lo entregaréis.

Casi sentí deseos de aplaudir. ¡Bravo, Naria!

Me estaba hablando, a mí, al Rey de los Roms, como si no fuera más que algún falangarca menor de sus fuerzas. Eso requería atrevimiento. Audacia. Estupidez.

—¿Y Periandros? —dijo de pronto Polarca, con un astuto brillo en los ojos—. ¿También debemos capturarlo para vos, Vuestra Majestad?

Dentro del cubo de cristal, Naria permaneció tan inmóvil como antes, pero sus ojos se volvieron hacia Polarca, y no hubo ningún asomo de regocijo en ellos. Tuve la impresión de que un viento helado había empezado a soplar por toda la sala del concejo.

—¿Periandros? —dijo Naria—. No existe Periandros. No hace muchos días, el cadáver de Periandros se hallaba expuesto en esta misma estancia.

—Pero su doble...

Naria le hizo callar con un gesto.

—Hay tres dobles de Periandros. Causan trastornos por el momento, pero no son nada. El tiempo se encargará de sus vidas y las devolverá a la arcilla de la que fueron moldeados. Sunteil es el enemigo. Debéis tratar con Sunteil. —Fulminó a Polarca con la mirada. Polarca tuvo el buen sentido de no hacer ninguna otra observación. Al cabo de un rato Naria miró a Bibi Savina, que parecía perdida en sueños, o quizás espectrando—. ¡Y tú, vieja! Permaneces aquí sin decir nada, y tu mente está lejos. ¿Qué estás haciendo? ¿Atisbando el futuro?

La phuri dai rió con una risa sorprendentemente juvenil.

—El pasado, Vuestra Majestad. Estaba pensando en una ocasión en la que yo era muy joven, y participaba en una carrera de natación con los muchachos, de una a otra orilla del río.

—Pero puedes ver el futuro, ¿no?

Bibi Savina sonrió plazeramente.

—Claro que puedes. El mañana es tan claro para ti como el ayer, ¿eh, vieja? Vieja bruja. Y el pasado mañana también, y el día después del pasado mañana. ¿Te atreves a negarlo? ¿Cómo puedes? Todo el mundo conoce los poderes de las adivinatoras roms.

—Sólo soy una vieja, Vuestra Majestad.

—Una vieja para quien el futuro es un libro abierto. ¿No es así?

—A veces veo algo del camino, quizá. Cuando la luz brilla para mí.

—¿Y la luz está brillando ahora? —preguntó Naria.

Bibi Savina sonrió de nuevo. Una dulce sonrisa, como la de una niña.

—Dinos esto, al menos —indicó Naria—. ¿Habrá paz en el Imperio?

—Oh, no puede haber duda sobre ello —dijo rápidamente la phuri dai—. Cuando termina la guerra, siempre vuelve la paz.

—¿Y el nuevo emperador? ¿Será feliz su reinado?

—El nuevo emperador reinará en grandeza y prosperidad más allá de toda medida, y los mundos se regocijarán.

—¡Ah, vieja bruja gitana! —dijo Naria, casi con afecto—. Dices cosas que hacen que uno se alegre. Pero no nos dejamos engañar. El juego es tan viejo como tu. raza, ¿no? Diles a tus oyentes lo que desean escuchar, y toma su dinero, y deja que se marchen felices. Los tuyos han estado jugando a esto desde hace miles de años, ¿eh? ¿Eh?

—Estás equivocado, Vuestra Majestad. Las cosas que os he dicho no son necesariamente las cosas que vos deseabais oír.

—¿Que habrá paz? ¿Que nuestro reinado será glorioso? ¿Qué mejores profecías podías haberme ofrecido?

La phuri dai sonrió y no respondió, y una vez más su mirada vagó hacia distantes galaxias. Naria, sin dejar de observarla, pareció seguirla por un momento hasta allí. Hubo el sonido de más explosiones fuera del palacio, algún largo y ahogado trueno, como distante, y luego otro ruido. más cercano, seco y rápido y percusivo. Naria no dio ninguna señal de haberlos oído. Al cabo de un tiempo volvió su atención de nuevo hacia mí.

—¿Y bien, Yakoub? Ahora nos comprendemos enteramente el uno al otro, ¿no es así?

Periandros me había hecho la misma pregunta, recordé, el día que

había subido la escalinata cristalina para mi audiencia con él en la plataforma del trono. Le di a Naria, sin vacilar, la misma respuesta que le había dado a su antecesor.

—Perfectamente, Vuestra Majestad —dije. Aunque lo dudaba tanto como la otra vez. Pero al menos a él le comprendía, mucho mejor de lo que nunca antes le había comprendido,

—Entonces no es necesario que sigamos hablando. Podéis iros. Cuando tengáis a Sunteil, regresad a nos.

¡Esto, dicho a un rey!

Increíble. Absolutamente increíble.

—Y entonces tendremos mucho de qué hablar —prosiguió—. El nuevo orden de las cosas, ¿eh? El emperador y el baro rom. Es nuestra intención hacer muchos cambios, a medida que el Imperio entre en la época de prosperidad y grandeza que la vieja phuri dai ha predicho. Y necesitaremos vuestra cooperación, ¿eh, Yakoub? Emperador y baro rom, trabajando juntos por el bien de la humanidad.

—Como siempre, Vuestra Majestad —dije, obsequioso.

—Bien. Vuestra primera tarea será traernos a Sunteil. Ninguna otra cosa importa hasta que hayáis hecho esto. Marchaos. Podéis iros.

Con un gesto grandioso -sí, imperioso-, nos indicó que saliéramos de la estancia.

—¿Puedes imaginar esto? —exclamó Polarca. Regresábamos a través de la destrozada ciudad. Sonaban sirenas, se oían disparos por todas partes al azar—. Te dice lo que tienes que hacer, y luego te dice que puedes irte. Un ligero signo de su dedo imperial. Despidiendo a un rey de la misma forma que despediría a un mozo de cuadras.

Habla cráteres de explosiones por todas partes. De tanto en tanto estallaba una bomba trazadora, cubriendo toda una zona de la ciudad con negras nubes que dificultaban toda comunicación. O una explosión, muy arriba en el aire, proyectaba lluvias de brillantes hilos metálicos dorados, como si aquello no fuese una guerra sino una especie de gran fiesta pirotécnica.

—Rey, mozo de cuadras..., todo eso significa muy poca diferencia para mí, Polarca —dije.

—*iMenos* que un mozo de cuadras! iTú ni siquiera le hablarlas de este modo a un mozo de cuadras!

—No, no lo haría —reconocí—. Pero yo no soy Naria.

Los hilos eran racimos de psicosensores: dispositivos de espionaje, registrando todo tipo de información mientras flotaban en medio del aire.

¿Pequeños espías de Sunteil? ¿De Naria? ¿Quién podía decirlo? Quizás eran los dobles de los generales del doble de Periandros los que habían ordenado lanzarlos.

Y los estandartes celestes de los tres emperadores seguían brillando como auroras sobre nuestras cabezas. Y en el horizonte, también, la brillante lanza de luz púrpura que era la marca del baro rom le decía a todo el mundo que ese gran personaje residía en la Capital en aquellos momentos. Lo cual estaba empezando a desear fervientemente que no fuera el caso.

Polarca seguía echando humo. No podía apartar su mente de aquello.

—¿No te sientes furioso de ser tratado así, Yakoub?

—¿Furioso? ¿De qué sirve ponerse furioso? ¿Lo hará eso más cortés? Naria se comporta como Naria.

—El muy bastardo. El muy cerdo.

—Si permitiera dejarme ganar por la furia —dije—, perdería de vista el formidable adversario que es.

—¿Crees realmente que lo es?

—¿Puedes dudarlo?

—Sólo es un muchacho arrogante, hinchado con su propia importancia. ¿Qué edad tiene? ¿Cincuenta años? ¿Sesenta? Ni siquiera eso. Sentado ahí en esa caja de cristal, exhibiéndose como la maravilla de las galaxias. Llamándose e sí mismo «nos» y dando órdenes a los reyes. Actuando así para hacernos saber lo importante que es. Jugando contigo, tirando de ti de la nariz. Me sorprende que lo hayas permitido, Yakoub.

—Es el emperador —le recordé.

—¿Ese alcahuete? ¿Ese mequetrefe? ¿Tú llamas a eso un emperador?

—Posee el palacio y el ejército —señalé—. Y muy pronto va a empezar el trabajo de consolidar su poder. Periandros está muerto, y Sunteil, que todo el mundo pensaba que iba a tender la mano y agarrar el trono como si fuera una fruta madura en el momento en que el Decimoquinto rindió su alma, echa a correr y se esconde. Y Naria sabe cuántos dobles de Periandros hay; sabe que Sunteil vino a visitarnos en secreto esta madrugada. Creo que necesitamos tratarlo como si fuera realmente el emperador, Polarca.

—¿Qué piensas hacer, entonces? ¿Lo reconocerás? ¿Y qué hay de Sunteil?

—¿Qué hay de Sunteil? —pregunté a mi vez.

—Él, al menos, pretende tratar con nosotros como iguales. Naria nos trata como perros.

—¿Prefieres los fingimientos?

—Vivimos de fingimientos —dijo Polarca—. Y fingimos que los gaje nos respetan, cuando sabemos que simplemente nos temen, porque nos necesitan, porque dependen de nosotros. Pero el fingimiento del respeto sienta mucho mejor que la realidad del desprecio. Me gusta mucho más el estilo de Sunteil que el de Naria.

—A mí también —dije—. Pero puede que no tengamos elección.

—¿Vas a entregarle Sunteil a Naria como pide?

Me encogí de hombros.

—No lo sé, Polarca. No es una idea que me seduzca mucho.

Nuestra caravana de coches se detuvo. Estábamos en el palacio del rey rom, en la Plaza de las Tres Nebulosas. De pronto sentí un profundo deseo de estar a solas. Por un instante casi deseé hallarme de vuelta en el blanco y resplandeciente Mulano, acucillado junto al glaciar Combo, intentando atrapar un pez especia turquesa con una red de vibraciones. Lejos de todo aquello, lejos de todos, las malas lenguas, las clamorosas ambiciones, los planes asesinos, el ruido, la sangre, la idiotez.

Chorian acudió corriendo a recibirme. Estaba agitado: una bomba de implosión había estallado en la puerta contigua al palacio hacía media hora. Señaló hacia las paredes del edificio: grandes y feas grietas corrían del suelo al techo. Aquellos lunáticos no se sentirían satisfechos, pensé, hasta que hubieran destruido toda su absurda Capital. Bien, que lo hicieran. Que lo hicieran. Las ciudades de la humanidad son cosas temporales. Dejemos que todo se derrumbe, pensé. Dejemos que los gaje arruinen todos los mundos. Y luego nos alzaremos de entre ellos y regresaremos a la Estrella Remani para vivir en paz. Tan pronto como recibamos la llamada.

Tan pronto como recibamos la llamada.

Chorian intentaba decirme que debía abandonar inmediatamente la Capital, mientras aún partían las astronaves; que debía regresar a Galgala y aguardar la resolución de la guerra civil imperial en una relativa seguridad.

—No hay seguridad en ninguna parte —le dije—. Me quedaré aquí.

Todos me rodeaban, burbujeando con consejos conflictivos. Los despedí a todos y fui a mi suite privada, mi único refugio en aquel maremágnum. Necesitaba descansar, pensar, sopesar alternativas. Pero ni siquiera allí podía estar a solas.

Apenas me había acomodado cuando la figura familiar del espectro de Valerian apareció flotando a través de la pared. Llevaba un magnífico atuendo de piel de pelo roja ribeteado de armiño, y siseaba y crepitaba con la suficiente intensidad eléctrica como para iluminar medio planeta. Derivó erráticamente en medio del aire a la auténtica manera Valerian, flotando

hacia uno y otro lado.

No sentí ninguna alegría al verle.

—¿Tú? ¿Aquí? —fue lo mejor que pude decir como saludo.

—Tenía que venir. Aunque tú no me quisieras aquí. Necesitas salir inmediatamente de este lugar, Yakoub. Este planeta no es seguro.

—¿Y tú me lo dices?

—Por el amor de Dios, va a estallar aquí una guerra en cualquier momento, Yakoub. ¿Quieres que te maten? Esos locos bastardos gaje van a bombardearse los unos a los otros hasta aniquilarse.

—Estás fuera de fase, Valerian. La guerra ya ha empezado. Mira, ¿no ves las grietas aquí, en la pared? Una bomba de implosión al otro lado de la calle, hace media hora.

—Será mucho peor. Estoy intentando advertirte.

—De acuerdo. ¿Qué es lo que va a ocurrir?

—Todos van a morir, Yakoub. Márchate cuando aún puedes. Llévate a todo el mundo contigo. Escucha, sólo estoy a dos semanas de distancia de ti en el futuro. Eso es todo, dos semanas, y en esas dos semanas el infierno se desencadenará en la Capital. Ni siquiera estoy seguro de lo que va a ocurrir. Vine inmediatamente, tan pronto supe lo que se preparaba. Tienes que irte. Ahora.

—No eres el primero que me dice esto hoy.

—Bien, quizá sea el último, si no te marchas rápido.

—Tú vas a marcharte, Valerian —dije cansadamente—. Ve a espectralar a Megalo Kastro, ¿quieres? A Iriarte. Atlantis. Necesito estar a solas por un tiempo. Necesito pensar detenidamente las cosas.

—Yakoub...

—Vete. Vete. ¡En el nombre de Dios, Valerian, déjame tranquilo!

Me lanzó una larga mirada de reproche, agitando tristemente la cabeza. Y luego se fue. Dejándome atrás su sisear, dejándome atrás su crepitar. No en la habitación, sólo en mi cerebro. Empecé a darme cuenta de que me acercaba al nivel de sobrecarga.

Un buen baño caliente, pensé..., un sueño..., una botella o dos de coñac..., un poco de tiempo para mí mismo...

Había tanto que decidir. ¿Abandonar la capital como Chorian y Valerian me urgían, y dejar a los lores gaje que hicieran lo que quisieran entre ellos? ¿O quedarme, y seguir intentando modelar los acontecimientos? ¿Coger a Sunteil, y entregárselo a Naria? ¿O enviar aviso a todos los pilotos estelares roms en todas partes de que las naves no debían moverse en tanto que Naria ostentara el trono, como Sunteil me había pedido? ¡Ah, Mulano,

Mulano! ¡Paz! ¡Tranquilidad! ¡Soledad!

Hubo un estallido colosal justo fuera del palacio. Todo el edificio tembló, y pensé que iba a derrumbarse; pero de alguna forma se mantuvo fume.

—¿Yakoub? ¡Oh, Yakoub!

¿Y ahora qué? Cené los ojos, y de pronto sentí la presencia de todos los reyes gitanos agitándose de nuevo dentro de mí, toda la horda, empujándose y dándose codazos para llamar mi atención. Ilika con su barba roja, y el pequeño Chavula, y Cesaro o Nano, y todos los demás, reyes de los desaparecidos reinos roms y reyes de los dominios aún por nacer, algunos susurrándome, otros gritándome. Me contaban historias del pasado y del futuro, me llenaban con visiones de glorias desaparecidas y glorias aún por venir, pero todos me hablaban a la vez, y me resultaba imposible comprender nada. Sus ojos estaban muy abiertos, sus frentes brillaban de sudor. Les supliqué que me dejaran en paz. Pero no: se volvían más y más apasionados, daban vueltas y vueltas en torno mío, tiraban de mis mangas como mendigos, diciéndome esto y aquello y esto y aquello, cosas incomprensibles, hasta que al final estuve a punto de aullar y rugir presa de una loca angustia.

—¿Yakoub? —dijo una voz familiar, a través de todo el estruendo—. ¡Yakoub, escúchame!

Mi voz. Mi propia voz espectral, introduciéndose en la habitación.

Miré a mi propio rostro. Parecía extrañamente transformado, sorprendentemente distinto del rostro que había contemplado durante toda mi vida. Algo en sus ojos, sus mejillas, incluso su bigote. Un Yakoub mucho más viejo, un Yakoub anciano, un Yakoub que reflejaba finalmente todos sus años: aún fuerte, aún vigoroso, en absoluto un cadáver viviente como el que había creado Sunteil para sí, pero sin embargo un Yakoub que había cruzado evidentemente una gran distancia en el tiempo. Lo cual me dijo algo que me trajo consuelo en aquella hora de locura, y que era que aún tenía un largo camino ante mí.

Ese otro Yakoub tendió una mano hacia mí, y su mano espectral descansó sobre mi muñeca como si quisiera mantenerme en mi sitio. Su rostro estaba muy cerca del mío; sus ojos me escrutaron profundamente.

—¿Ha estado ya aquí Valerian? ¿Para decirte que te marches?

Asentí.

—Hace cinco minutos. Diez quizá.

—Bien. Bien. Temí llegar demasiado pronto. Escúchame, Yakoub. Valerian no comprende nada. Viene de apenas dos semanas en el futuro, ¿y qué infiernos significa eso? Es demasiado pronto para saber toda la historia.

Se equívoca al querer que abandones la Capital. Tienes que quedarte. ¿Me oyes, Yakoub? Quédate aquí, no importa lo que ocurra. Es absolutamente esencial que permanezcas en la Capital. ¿Me comprendes?

Me pulsaba la cabeza. Tenía la impresión de haber cumplido seis mil años. Un baño caliente, una botella de coñac..., dormir..., dormir...

—¿Me has oído, Yakoub?

—Sí. Sí. Quedarme... en... la... Capital ..

—Exacto. Dilo de nuevo. Quedarte en la capital, no importa lo que ocurra.

—Quedarme en la Capital. No importa lo que ocurra,

—Muy bien. Exacto.

Desapareció. Una tremenda explosión sacudió el edificio. Otra. Y otra. Corrí a la ventana. El cielo estaba en llamas. Y contra las flotantes lenguas de fuego, los estandartes celestes de los tres emperadores rivales se agitaban y llameaban.

Me sentí atrapado en un remolino. El sonido de la guerra allá fuera me llegó una y otra vez. El mundo se estaba despedazando, y yo también. Intenté mantener el control, pero era imposible. Giraba descontrolado. Alguna fuerza más allá de toda resistencia me estaba arrastrando fuera de mí mismo. Me enviaba proyectándome como un puñado de átomos dispersos a las turbulentas tempestades del espacio y el tiempo...

Girando..., girando...

Era como la primera vez que espectré. Sentí que mi alma se escindía en dos.

OCHO:

LA GRAN KUMPANIA

*Lo que llamamos el principio es a menudo el final,
y crear un final es crear un principio.
Es del fin de donde comenzamos.*

*No dejaremos de explorar,
y al final de todas nuestras exploraciones
llegaremos allá donde empezamos,
y conoceremos el lugar por primera vez.
—Eliot, Little Gidding*

1

El lugar era Nabomba Zom. El hombre era Loiza la Vakako. O así parecía. Tenía pocas dudas de que me hallaba en Nabomba Zom, porque, ¿cuántos otros planetas que conocemos poseen un mar rojo como la sangre y una arena de color lavanda? Pero, ¿era realmente Loiza la Vakako? Parecía tan joven. El hombre al que había conocido hacía tiempo podía tener cualquier edad, pero no era joven. Éste, en cambio, mientras caminaba a solas a lo largo de la orilla de aquel hirviente mar, no parecía más viejo de lo que había sido yo en aquel lejano pasado cuando viví la vida de un joven príncipe en su palacio.

Aparecí delante mismo de él, espectrando alto sobre la húmeda arena. No pareció en absoluto sorprendido, casi como si me hubiera estado esperando. Me sonrió con aquella rápida sonrisa taimada de Loiza la Vakako. Me estudió con aquellos ojos intimidantes. Joven, sí, no había la menor duda de ello, apenas algo más que un muchacho. Pero ya era Loiza la Vakako, completo y total. Aquella presencia regia. Aquella austeridad de espíritu, aquella rectitud de alma. Aquella penetrante inteligencia. Aquella calma que no era simple placidez bovina, sino que representaba una absoluta victoria sobre el yo.

—El primer espectro del día —dijo—. Bienvenido, seas quien seas.

—¿No me conoce?

—Todavía no —dijo Loiza la Vakako—. Ven. Pasea conmigo. Este lugar es Nabomba Zom.

—Lo sé —dije—. Voy a vivir unos años aquí, un día, cuando usted será más viejo y yo más joven. Y amaré a su hija. Y compartiré su caída con usted.

—Ah —dijo—. Mi hija. Mi caída. —No pareció preocupado por nada de aquello—. Así que tú eres él. Eres un rey, ¿verdad?

—¿Puede ver eso?

—Por supuesto. Los reyes pueden ver a los reyes. Dime tu nombre, rey, y aguardaré tu regreso con gran ansiedad.

—Nunca he conocido a nadie como usted —dije—. Es el hombre más sabio que jamás haya vivido.

—Difícilmente. Sólo soy menos estúpido que algunos. Tu nombre, oh rey.

—Yakoub Nirano. Baro rom.

—Ah. Ah. ¡Baro rom! Así que amarás a mi hija, ¿eh?

—Y la perderé —dije.

—Sí. Por supuesto, lo harás. ¿Y la encontrarás de nuevo, quizá, más tarde?

—No. No, nunca más.

Su elegante rostro se volvió solemne.

—¿Cuál será su nombre, viejo?

Dudé. Aquello que hacía estaba prohibido. Pero tenía la impresión de haber vivido hasta un tiempo más allá del final del universo, donde todas las viejas reglas habían quedado canceladas.

—Malilini —dije.

—Un hermoso nombre. Sí. Sí. La llamaré así, seguro. —De nuevo aquella rápida sonrisa—. Malilini. Y la amarás y la perderás. Qué lástima, Yakoub Nirano.

—Y también le querré a usted —dije. Pero me daba cuenta ya de que me estaba volviendo transparente; estaba siendo arrastrado lejos de allí—. Y le perderé también. —Y desaparecí. Fuera de control. Girando. Girando.

2

Un animal, extraño más allá de cualquier palabra, doble joroba, grandes labios protuberantes: creo que es esa cosa a la que llamaban camello. Así que esto debe ser la Tierra. Estoy en un lugar seco y arenoso, recortadas colinas grises brotando en ángulos inquietantemente inclinados en la distancia, torbellinos girando incesantemente sobre la llanura poblada por escasos matorrales. Una caravana de gente con extravagantes ropas, de piel oscura, recio pelo negro, ojos destellantes, brillantes sonrisas. Negras tiendas de fieltro. Sombreros con anchas alas vueltas hacia arriba. Nunca antes he visto este lugar ni a esta gente, pero los conozco.

Hay una fragua al aire libre aquí, fuelles de piel de cabra, grandes y pesados martillos, dos berreocs golpeando un metal al rojo. Allá, tres muchachas caminando juntas, distantes y misteriosas, como sacerdotisas de alguna orden desconocida. Una mujer con diez mil años de arrugas, atareada con habichuelas y briznas de hierba seca y tabas de cordero, adivinándole el futuro a un joven gaje de ojos muy abiertos. El sonido cercano de una flauta. El aroma de carne asándose, sazónada con pungentes especias.

Me hago visible. Un muchacho baila hacia mí y me mira, sin ningún temor.

—Sarishan —digo—. ¿San tu rom?

Tiene unos grandes ojos brillantes, una sonrisa taimada, una forma rápida y ágil de hacer las cosas. No dice nada. Sigue mirando. Me señalo a mí mismo.

—Yakoub —digo. Toco su pañuelo—: Diklo. —Mi nariz—: Nak. —Mis dientes—: Dand. —Mi pelo—: Bal. —Parece no comprender nada. Unos cuantos de los demás gitanos nos miran ahora. La vieja que dice la buenaaventura sonrío y guiña un ojo. Me mantengo invisible para el gaje. Un muchacho más pequeño se nos acerca y se coge del brazo del otro mientras me mira—. ¿Tu prala? —pregunto—. ¿Tu hermano? —Tampoco ninguna contestación. Éste debe ser uno de los países lejanos de la Tierra, decido, donde los toros hablan otro lenguaje distinto del romani. Saco de mi túnica dos brillantes monedas doradas del Imperio, que muestran los rasgos del Decimoquinto en un lado y un conjunto de estrellas en el otro. Muestro las dos monedas a los muchachos.

Son monedas espectrales, sin sustancia, sin peso. Se desvanecerán como la nieve en el verano en el momento en que me marche. Pero los muchachos las contemplan maravillados. Conocen el oro, al menos.

—De Galgala —les digo—. De las estrellas, del tiempo que aún ha de

venir. —Deposito las monedas en las palmas de sus manos. Intentan tocarlas, con el ceño fruncido. Pero para ellos las monedas no son más que aire dorado—. Desearía poder ofreceros un regalo más duradero. Soy vuestro primo Yakoub.

—Yakoub —murmura el muchacho más pequeño.

Los remolinos han comenzado de nuevo. Empiezo a desvanecerme. Los muchachos parecen tristes. Las monedas se desvanecen también.

—¡Yakoub! —grita el más pequeño de los muchachos—. ¡Yakoub!

—Ashen Devlesa —dice de pronto el muchacho mayor, en un claro romani, en el momento en que desaparezco—: ¡Ve con Dios!

3

Fuera de control. Hacia delante. Girando. Girando. Casi era como si me hallara de viaje con el relé de tránsito. Tenía la misma sensación de colgar suspendido sobre todo el universo, volando rápidamente de algún lugar a algún otro lugar a través de una enorme sopa de nada, sin otra cosa que me proteja del negro y extraño movimiento del cosmos más que una imaginaria pared de fuerza ni siquiera tan gruesa como una burbuja. Y no podía controlar la dirección de mi vuelo más de lo que podía controlar los movimientos de los soles.

Pero este viaje era mío ahora, estaba en caída libre tanto a través del tiempo como del espacio. Estaba yendo a todas partes. No estaba yendo a ninguna parte. Nada me retenía en ningún lugar: carecía de amarras; era una paja arrastrada por el soplo de los dioses.

Necesitaba recuperar el control. ¿Pero cómo? ¿Cómo?

4

Mentiroso ahora. Incuestionablemente Mentiroso. Esa sensación de inexplicable e ineludible miedo, burbujeando a través de tus venas, agitándose en tus entrañas. La proximidad de dioses hostiles conjurando el pánico sin ninguna razón. El cálido aroma del terror en la densa brisa.

Mira, ahí: el pozo de sinapsis de Nikos Hasgard. Esos hombres sentados los unos al lado de los otros en su agitación, el pequeño y retorcido Polarca, el alto y robusto Yakoub. Ambos parecen exhaustos. Doblados sobre sí mismos, temblorosos, pálidos. Me mantengo oculto de ellos mientras descendo flotando. Me sitúo a sus espaldas y dejo que mi mano derecha descansa sobre el hombro de Yakoub y mi izquierda sobre el de Polarca. Intentaré transmitirles mis fuerzas a ambos. ¿Es eso posible? ¿Un espectro ayudando a dos hombres vivos? Bien, lo intento. Lo intento. Busco en mí mismo y hallo el núcleo de mi vitalidad y aspiro de él, y hago que recorra mi cuerpo, y la derramo a través de mis brazos y de mis dedos, e intento irradiarla a ellos.

¿Funciona? Parecen sentarse un poco más erguidos. Recuperan algo de su color. Sí. Sí. Toma, Yakoub, toma, Polarca. ¡Tomad, tomad, tomad!

Se miran el uno al otro. Está ocurriendo algo, pero no tienen la menor idea de lo que es.

—¿Lo sientes? —dice Polarca.

—Sí. Como si del equipo nos estuviera llegando energía en vez de arrebatárnosla.

—No. No es de nuestro equipo. De alguna otra parte. Del espacio.

—¿Del espacio? —dice Yakoub.

Polarca asiente.

Del aire. De la bruma. ¿Quién sabe? ¿A quién le importa? Permaneceré con ellos tanto como pueda. Un día, una semana; un mes..., es lo mismo para mí. Vivo fuera del espacio y del tiempo. Y ellos me necesitan.

Pero el miedo..., el miedo...

Incluso los espectros lo sienten.

Y noto que me alcanza, ascendiendo a través de ellos con una fuerza amplificadas. El miedo que hace que castañeteen tus dientes y se te contraigan los testículos y tu orina se convierta en hielo. Ese miedo es el pegamento que mantiene unido el cosmos. La sustancia fundamental, la matriz del universo. Conquistalo a tus expensas; porque si lo haces, hundes una cuña entre átomo y átomo, y el universo empieza a desmoronarse. Sin embargo, lucho contra él. No permitiré que el terror me abrume. Lucho y lucho bien, y lo devuelvo; lo golpeo de vuelta; lo pateo, lo aplasto, lo

destruyo. Estoy en Mentiroso y no tengo miedo. Y en ese momento de ausencia de miedo veo la pequeña línea negra que es la primera grieta en los cimientos de los mundos. Lo he conseguido, yo, yo, Yakoub Nirano, he clavado la primera cuña, y ahora se ensancha, ahora parece una boca bostezante, ahora es un amplio y oscuro abismo que se tiende hacia fuera, devorando todo lo que toca...

Soy barrido lejos de allí por los vientos del caos.

5

Megalo Kastro... Duud Shabeel... Alta Hannalanna...

Trinigalee Chase...

Vietoris, el monte Salvat, de pie al lado de mi fornido padre Romano
Nirano...

Megalo Kastro...

Alta Hannalanna...

Xamur... Galgala... la Tierra... la Tierra... la Tierra...

Mulano...

Alta Hannalanna...

La Tierra... la Tierra... la Tierra...

Girando... girando... impotente... fuera de control...

6

Termina el invierno. Los cálidos vientos soplan del sur. Los roms emprenderán pronto de nuevo su camino. Verdes pastos. campos de avena y cebada allí delante. Frescos y claros arroyos de montaña. Los cascos de los caballos resonando contra los caminos aún húmedos de la nieve fundida, las ruedas del carromato chirriando, la embriagadora alegría del movimiento, el aire fresco, el renacer de la vida.

Llegamos al campamento de nuestros primos, camino abajo. No los conocemos, pero son nuestros primos. Sesenta fogatas arden aquella noche. El aroma de la carne asándose flota por todas partes. Es un glorioso patshiv, una fiesta de fiestas, dos kumpanias que se encuentran en el gran camino del mundo. Nuestros hombres están cantando junto al fuego, brindando por nuestros primos, nuestros anfitriones. Antiguas canciones, canciones de los abuelos de nuestros abuelos, que hablan de viajes hechos hace mucho tiempo.

Una muchacha avanza, muy morena, muy joven. Tiene los ojos cerrados; parece en trance. Canta, y un muchacho apenas un año mayor que ella avanza también y se detiene delante de ella: ha entrado en su trance. Cuando ella termina él empieza a bailar a su alrededor, los pies golpeando casi furiosamente el suelo, pero no hay rabia en él, sólo deleite y exuberancia. Su cuerpo salta, pero sus brazos y torso permanecen casi inmóviles. Le canta a ella. Ella ríe. Su canción termina y se detiene, mirándola, pero no dice nada. Intercambian tímidas sonrisas y nada más. Y luego se retiran, ella a su kumpania, él a la suya; pero quizás él la encuentre de nuevo antes de que termine la noche.

Tenera asada, pollo, lechón. Un viejo abuelo es quien baila ahora, palmeándose las rodillas, golpeando sus tacones entre sí. Más aprisa, más aprisa, las manos palmeando, los brazos girando. Y ahora los muchachos; y ahora los hombres; y ahora todo el mundo, primero en círculo, luego formando un amplio óvalo, luego sin ningún esquema, porque hay demasiados para mantener cualquier esquema.

¡Ah, esto es la vida! ¡La vida del camino!

De pronto ladran los perros. Repentinamente exclamaciones de alarma desde la oscuridad al borde del campamento. Gritos, el sonido de un disparo, otro disparo.

—¡Shangle! —grita alguien—. ¡Policía! ¡Policía! —Montados en caballos, venidos para echarnos. ¿Qué hemos hecho? Sólo acampar aquí, y dar una fiesta para nuestros primos, y cantar, y bailar. Quizá cantar y bailar esté prohibido en este lugar—. ¡Shangle! ¡Shangle! —Caballos. Perros policía.

Tiros al aire. Hombres gritando furiosos. Maldiciendo, escupiendo. ¿Qué hemos hecho? ¿Qué hemos hecho? Debe haber sido el cantar. Debe haber sido el bailar. Cabalgan entre nosotros, y no nos atrevemos a alzar una mano contra ellos. Porque son la policía gaje; y nosotros, nosotros sólo somos los sucios gitanos sin hogar, que debemos movernos con cuidado en su mundo. Así que nos dispersamos, y se acaba la fiesta.

7

No tengo elección. Si permito seguir siendo arrastrado girando al azar a través del tiempo estoy perdido, todo está perdido. Esto es mero errar. El azar no tiene sentido. Ya hemos errado bastante. Ahora ya es tiempo de hallar un significado a las cosas. Necesito imponer control sobre mi viaje. Necesito imponer un significado.

¿Quién soy? Soy Yakoub Nirano, Rey de los Gitanos.

¿Dónde nací? Nací en Vietoris, hace mucho tiempo.

¿Dónde vivo? En todas partes y en ninguna parte.

¿Dónde voy? A ninguna parte y a todas partes.

¿Qué estoy buscando? El auténtico hogar de mi errante pueblo.

¿Dónde está? En todas partes y en ninguna parte, en ninguna parte y en todas partes. Perdido en el tiempo. Perdido en el espacio. Pero no más allá de toda posibilidad de ser encontrado.

Miraré. Creo que sé dónde buscar.

Hacia atrás..., hacia atrás...

8

Soy barrido de nuevo. Pero esta vez es distinto. Ya no me veo arrastrado, impotente. Esta vez empiezo a notar alguna medida de control sobre mi viaje.

Conozco este lugar. Incluso en la densa bruma que lo envuelve todo puedo ver el azul del cielo, puedo ver el brillo dorado del sol, puedo ver la blancura del millar de columnas de mármol en la plaza. He ido muy lejos ahora. Conozco este lugar, si, he estado aquí antes. Ésta es la Tierra, la antigua Tierra más allá de la historia, y este lugar es la perdida Atlantis. Esta es la gran ciudad rom, el lugar más hermoso que jamás haya existido sobre el planeta.

Qué serena es. Nuestra isla reino, blancas arenas y resplandeciente mar. Y hemos edificado bien: qué gracia, qué orden. Solo y sin que nadie me moleste, recorro las largas y rectas calles, entre la, morena y esbelta gente con túnicas y sandalias. Pasada la Confluencia del Cielo, entro en la calle de los Astrónomos, desciendo la calzada de mármol hasta el borde del agua. La ciudad relumbra a través de la bruma. Envidio a aquellos que viven aquí en el propio tiempo de la ciudad, porque ellos pueden verlo claramente; esta densa bruma no es de ellos, sino que es algo que traigo conmigo, arrastrada de los miles de años que he cruzado para llegar aquí. Es inevitable, tan lejos. Pero si Atlantis es tan hermosa, envuelta en bruma como lo está para mí, ¿cómo debe ser para aquellos que la ven resplandecer brillante a pleno sol?

Ahora estoy junto al agua. A mi izquierda se alza el Templo de los Delfines, puro y sereno, una sinfonía de piedra blanca. A mi derecha está la Fuente de las Esferas, y directamente delante se extiende el Gran Embarcadero, con seis espléndidas naves ancladas y una más lejos, entrando con su carga de oro y plata y monos y pavos reales, piedras preciosas, perlas, perfumes y ungüentos, inciensos, vino y aceite, todo tipo de piezas de marfil, todo tipo de piezas de la más preciosa madera. Este mundo de la Tierra es nuestro, con todas las cosas buenas que hay en él; porque somos los únicos seres civilizados. Los gaje que viven por todas partes a nuestro alrededor, más allá de las aguas del mar que nos protege de ellos, son poco más que animales, y algunos ni siquiera eso. De modo que vamos en busca y tomamos todo lo que nos apetece, y nuestras naves nos lo traen a través del resplandeciente mar verdeazulado, y con ello hacemos que nuestra ciudad sea incomparablemente hermosa.

Me quedaré aquí para siempre, eso es lo que me digo.

No importa la bruma. No importa que sólo sea un espectro. Me convertiré en ciudadano de esta Atlantis y moraré aquí hasta el final de mis días. Beberé el denso vino tinto en las tabernas y cenaré carne asada con olivas. Estoy aquí y aquí me quedaré, sumergido en las profundidades del

tiempo, envuelto por la bruma, en un lugar donde los roms son señores y no hay nada que temer.

¿Pero qué es esto, ahora? Las pequeñas olas tiemblan ligeramente al borde de la orilla. Un frente de suave oleaje, claro como el cristal, golpea contra los pilotes de mármol y el espigón, y retrocede, y vuelve a avanzar, esta vez no tan suavemente.

Las naves ancladas se alzan y descienden, y golpean el seno del mar con sus cascos.

La nave que se halla aún en el mar se desvanece por unos instantes tras el horizonte, y reaparece, cabeceando, bamboleándose.

El suelo tiembla. El cielo se estremece.

Oh, ¿qué es esto, qué es esto? Un rugir en mis oídos. La bruma se aclara, y me vuelvo para contemplar cómo la montaña detrás de la ciudad eructa fuego y negro humo. Grandes losas de mármol caen del frontón del Templo de los Delfines. Más allá, a mitad de la cuesta, en la Plaza de las Mil Columnas, puedo ver las columnas partirse y caer como varillas. El rugir crece más y más.

No hay pánico. Hombres y mujeres con ropajes blancos y sandalias se mueven decididos, encaminándose a sus casas. Una calle de mármol se hiende y se alza por el centro, revelando la humeante tierra negra de debajo. Los caballos se encabritan y corren relinchando en la plaza del mercado. Un carro sin conductor se dirige directamente hacia mí, me atraviesa y sigue adelante, y desaparece.

¡Atlantis! ¡Atlantis! ¡Hoy seré testigo de tu ruina!

¿Dónde está la bruma? Quiero que vuelva la bruma. Pero no, ahora todo es muy claro, despiadadamente claro. Cada dentada grieta, cada surco en la piedra. Sigue sin haber pánico, pero ahora les oigo gritar, suplicando la piedad de los dioses. ¿No hemos sufrido bastante? ¿Debemos vernos dispersos aquí también, después de haber conseguido llegar procedentes de aquel otro hermoso lugar en las estrellas?

¡Atlantis! ¡Atlantis!

Oh, esa gran ciudad...

Oh, oh, esa gran ciudad, envuelta en finos linos, y púrpura, y escarlata, y tapizada con oro, y piedras preciosas, y perlas. Porque en una hora todas estas grandes riquezas se convierten en nada. Y cada capitán de barco, y todas las tripulaciones en ellos, y los marineros, y todos los que comercian en el mar, ahora lejos, se lamentan y lloran cuando ven el humo de sus incendios, y dicen: ¿Qué ciudad es comparable a esta gran ciudad? Y arrojan polvo sobre sus cabezas, y gritan, y lloran, y gimen, diciendo: ¡Oh, oh, esa

gran ciudad! Porque en una hora se ha convertido en una desolación.

10

Atlantis no es la respuesta. Quizá no haya respuesta. Soy barrido lejos. Soy arrojado lejos y más lejos y más lejos, cada vez más y más y más profundo. No hay respuesta. O si hay alguna, no tengo el valor de buscarla. Giro una vez más como una semilla al viento. Sigo y sigo adelante, sin saber dónde, sin importarme, entregándome por completo al poder de los dioses que conducen mi destino. ¿Qué importa dónde vaya? ¿Qué importa nada? Todo está perdido, ¿no? El Imperio se derrumba. Los pequeños lores que pelean entre sí gruñen y se muestran los dientes sobre sus amarillentos huesos. No hay centro; no hay límites. Y en este caos, ¿quién puede sobrevivir? Los roms serán barridos una vez más por los vientos. Como lo estoy siendo yo ahora.

Adelante. Lejos. Profundo.

¿Girando al azar una vez más, Yakoub?

Pero esto ha de estar equivocado. Si hay una respuesta a los acertijos de tu vida, nunca la encontrarás en este revolotear sin rumbo fijo. Tenías el control, tómallo de nuevo. Regresa. Ve hacia atrás tanto como te atrevas, y luego ve aún más atrás. Ve a la fuente, Yakoub.

Ve a la fuente.

Arriésgalo todo, o todo está perdido. Hacia atrás. Hacia atrás. A la fuente, Yakoub.

Adelante. Lejos. Profundo.

A un lugar donde las brumas del tiempo son tan densas y pesadas que lo envuelven todo como un sudario, apretadamente cerradas. Y bruma dentro de bruma, apiñadas masas de blanco dentro de blanco. ¿Quién puede haber tejido este capullo en torno al mundo? Bien, es el propio tiempo quien lo ha hecho. He ido muy lejos, más lejos de lo que nunca creí que fuera posible. Estoy más allá de Roma, más allá de Egipto, más allá de Atlantis, más allá de la más remota antigüedad. Tampoco es la Tierra. No tengo ni idea de dónde estoy, pero no es la Tierra: no tiene el olor de la Tierra, no tiene el tacto de la Tierra. Quizás haya ido hacia atrás más allá de la Tierra. Quizás haya alcanzado la fuente. ¿Es eso posible? La idea me aterra. Tanteo a través de oscuros reinos de blancura. Suaves trenzas de bruma se enredan a mi alrededor. Algunos jirones cubren mis ojos, y mi nariz, y mi boca. Veo bruma; respiro bruma; trago bruma. No hay nada aquí excepto bruma.

¿He llegado al inicio del tiempo?

En la penumbra, a la luz carente de luz de un sol velado, imagino ahora que puedo ver sombras, o al menos las sombras de sombras. Quizás haya algo aquí después de todo, alguna sustancia, alguna tangibilidad. ¿Una ciudad? Esa sombra de un arco aquí: ¿es un puente? Y eso: ¿una torre? Eso otro: ¿un bulevar? ¿Veo árboles? ¿Figuras moviéndose? Sí. Creo que mis ojos están empezando a acostumbrarse ahora. Se necesita algún tiempo para que alguien se acostumbre a esta bruma. O quizá lo que se necesite sea un colosal esfuerzo de voluntad, a fin de ver, aquí. No ver es fácil, tus ojos lo harán por ti. Simplemente ábrelos, y ellos te mostrarán la bruma. Eso es todo lo que tus ojos te mostrarán: la bruma. Pero ver algo más toma trabajo. Tienes que arrojar toda tu alma a ello. Es como un juego donde las posibilidades contra ti son tan abrumadoras que una pequeña apuesta no sirve de nada; apuéstalo todo en la próxima tirada de los dados, o cámbiate de mesa. Lo que deseas es ver qué hay aquí, ¿no es así, Yakoub? Entonces haz la apuesta. Pon todo lo que tengas. Y luego más aún. Sí.

Creo que las brumas empiezan a aclararse.

Sí. Sí. Sin ninguna duda, las brumas están empezando a aclararse. Hay una crisálida dentro de este capullo. Todo empieza a serme revelado. Efectivamente, es una ciudad. Veo puentes, torres, bulevares. Veo árboles. Veo figuras. Veo un sol en el cielo.

Este lugar no es un lugar que haya visto antes. Y sin embargo, me parece conocerlo como los dedos de mi propia mano. La bruma ha desaparecido ahora por completo, y lo veo todo claramente, con una extraña intensidad onírica, como a través de un cristal amplificador. ¡Qué extraño es

este lugar! He visto tantos mundos que ya no puedo contarlos todos, mundos tan extraños que la mente apenas puede concebirlos, y sin embargo, siento algo aquí que nunca he sentido en ninguna otra parte.

Avanzo lenta y cautelosamente por aquellas extrañas calles. Un tímido espectro, mirando a un lado y a otro. La ciudad es enorme. Se extiende sobre colinas y valles hasta tan lejos como puedo ver, densa y populosa, aunque rota frecuentemente por plazas, parques, cursos de agua, paseos. La gente tiene ojos oscuros y solemnes que brillan con un conocimiento no familiar. Su negro pelo está trenzado en elaborados nudos. Sus ropas son brillantes hilos de cuentas que caen en cascadas libres. No me prestan atención; quizá sean incapaces de verme, o quizá no tengan interés en mí. ¿Dónde estoy? ¿Qué mundo es éste? Conozco el lugar, aunque nunca lo he visto antes. Esos edificios, esas calles. Las calles son rectas pero se cruzan en ángulos que desorientan la vista. Los edificios tienen una sobrenatural belleza alienígena que sin embargo resulta familiar. Ésta no es mi primera visita a este lugar, pese a que nunca he estado aquí antes. ¿Qué significa eso? ¿Qué estoy intentando decir? Palabras que nunca pensé en pronunciar. Calles que nunca pensé que fuera a visitar, cuando abandoné mi cuerpo en una distante orilla.

El sol es rojo. Llena una cuarta parte del cielo.

Pero aunque el gran sol llamea sobre mí, soy capaz de ver también las estrellas, miles de ellas, millones, un campo de luz en los cielos. No hay constelaciones aquí; sólo luz.

¡Y las lunas! ¡Jesu Cretchuno Sunto Mario, las lunas!

Son como un cinturón de joyas a través de todo el enorme arco del cielo. Cuelgan de horizonte a horizonte en una hilera sublime, resplandeciendo, ardiendo; siete, ocho, diez deslumbrantes lunas:..., no, once, once lunas, brillantes como pequeños soles. Si es así como relucen de día, ¿cómo debe ser aquí la noche?

Once lunas. Un sol rojo. Las estrellas brillando de día.

Once lunas.

Un sol rojo.

Las estrellas brillando de día.

Ahora sé dónde estoy, y la sorprendente verdad me barre como el maremoto barre la montaña. He recorrido un largo camino, y he llegado allá donde quise ir todo el tiempo. Pese a los miedos y las vacilaciones que me han retenido, la larga búsqueda ha terminado en éxito.

Las lágrimas inundan mis ojos. Deseo dejarme caer de rodillas, maravillado. Éste es el lugar, sí. Aquí es donde estoy, en nuestro primer

mundo. El lugar prohibido, el lugar sagrado. El punto exacto del cambio, donde pasado y futuro se hallan reunidos. Puedo espectralar a cualquier lugar del tiempo y del espacio, pero no aquí; no está permitido por la Ley ir aquí, ni siquiera es posible ir aquí. Está más allá de nuestro alcance. O eso creía. Eso hemos creído todos. Y sin embargo, yo lo he conseguido. Estoy aquí. He venido a casa. Ésta es la Estrella Remani.

¿Cómo puedo dudarlo? Aquí está Mulesko Chiriklo, el pájaro de los muertos, planeando, alzándose de nuevo: alas silenciosas, brillantes ojos fijos. He cruzado esa desconocida, recordada puerta, al único lugar que es todos los lugares para nosotros. Los vientos del tiempo han soplado y me han empujado hasta el extremo más alejado del tiempo. Eran las brumas del alba las que había echado a un lado. Y ahora veo con terrible claridad. en este lugar que siempre ha estado prohibido para nosotros, y que creíamos que se hallaba más allá del alcance de todo espectralar. Pero yo estoy aquí. Yo solo he hecho el imposible viaje. El pasado y el futuro apuntan a un solo extremo, que es siempre el presente. Para mí, ahora, no puede existir ni pasado ni futuro. Mi destino ha vuelto sobre sí mismo. En mi final está mi principio.

El cielo sobre la Estrella Romani es exactamente tal como se cuenta en las leyendas. Un sol rojo, once lunas, las estrellas brillando de día. Los contadores de historias fueron fieles en esto al menos, a lo largo de los miles y miles de años que fueron transmitiendo el relato.

Pero nada más es como esperaba que fuera. Brillantes palacios de mármol, dice el Swatura. Espléndidas torres, enormes cruces, grandes avenidas, resplandecientes templos de muchas columnas. No. Eso es Atlantis, no la Estrella Romani. Construimos de modo distinto en nuestro segundo hogar, y olvidamos que lo hicimos. Aquí también hay belleza, pero es de otro tipo, menos formal, menos monumental. Nada parece permanente. Aquí no utilizan piedra. Han tejido esta ciudad de alguna especie de delicada caña; todo es flexible, todo cede a la presión. Torres, sí, y puentes y bulevares, pero que se agitan a las suaves brisas, y cambian de forma al tacto. No quedará nada de este lugar cuando llegue la hora de la dilatación del sol. Un seco viento, un soplo de calor, un estallido de llama: y luego nada más que cenizas al cabo de pocas horas. Ningún monumento carbonizado sobre el que puedan meditar los futuros arqueólogos: ningún muñón de caídos obeliscos; ni cimientos, ni paredes, ni mosaicos. Nada. Cenizas. Instantáneas. Todo es muy hermoso, ahora; todo perecerá de una manera muy hermosa también, en un momento, en un parpadeo, sin dejar lamentables reliquias detrás.

Centenares de personas pasan por mi lado en dirección a un edificio mayor que los otros, justo al otro lado. Me uno a la multitud y entro con ella, sin ser observado ni detectado. Dentro brilla una luz verdosa, pero su fuente me elude. Cruzo corredores cubiertos por esterillas trenzadas y penetro en habitaciones que dan a otras habitaciones, y finalmente llego a una habitación de gran tamaño, evidentemente una sala de reuniones, donde los ciudadanos de la Estrella Remani se hallan congregados a miles.

En el extremo más alejado de la sala, una especie de hamaca que es también algo parecido a un trono ha sido colocada muy arriba con respecto al suelo. Está ocupada por un hombre que, por su aspecto, hubiera podido muy bien ser mi hermano. Hay realeza en él: lo veo de inmediato, y lo hubiera visto aunque simplemente me hubiera encontrado con él en medio de la calle y no entronizado en una gran sala. Lleva el pelo trenzado a la manera antigua y se cubre también con un atuendo de cuentas. Pero su rostro es el mío, sus ojos son los míos. Es mi hermano. No, estamos más cerca que eso. Él es yo.

Está hablándole a su pueblo. No puedo comprender ninguna de las palabras que dice; y sin embargo, tengo la impresión de que de él emana una seguridad: capto su fuerza, su calma. Habla gravemente, y le escuchan gravemente también. Es un largo parlamento, y todo el mundo permanece perfectamente inmóvil cuando termina. Luego, en silencio, uno a uno, van hasta él y unen con él sus manos. La ceremonia prosigue durante horas, una interminable procesión de gente a su monarca. Lo encuentro tremendamente emocionante y soy incapaz de marcharme; la fila avanza y yo avanzo con ella, hasta que veo que me hallo cerca de la parte frontal, que dentro de otro momento estaré a su cabeza. No hay forma de que pueda echarme atrás. Soy visible a todos ellos. Sería un terrible insulto rechazar ahora la bendición de aquel hombre, signifique lo que signifique. Así que sigo adelante y tiendo mis manos, y él las toca con las suyas. Pese a que aquí sólo soy un fantasma, toca mis manos, del mismo modo que ha tocado las de su propio pueblo.

Para todos los demás, el contacto sólo ha sido de un momento. Pero a mí me sujeta las manos, me detiene. Noto que su tremenda vitalidad fluye dentro de mí. Veo la gran tristeza y sabiduría de su espíritu brillar en sus ojos. Sí, es un auténtico rey. Sólo nacen unos pocos reyes en cada época, y ellos saben desde su nacimiento quiénes son. Yo soy uno, aunque no siempre haya vivido regiamente. Este hombre es otro. Somos una sola alma, él y yo. Le quiero por su fuerza; le quiero por su tristeza; le quiero por su sabiduría. Le quiero como uno quiere a un rey. Le quiero como uno quiere a

un padre. Le quiero como uno se quiere a sí mismo.

Me sujeta durante largo rato. Parecen horas.

No dice nada, pero siento como si lleváramos mucho tiempo conversando. Está pasando mucho de él a mí, y de mí a él. A mis espaldas no se mueve nadie; igual podríamos estar solos en el gran salón. En la chispa que viaja de sus manos a las mías y de las mías a las suyas están todos los roms que hayan vivido nunca: cruzamos el puente de la raza de extremo a extremo, este rey y yo. Dentro de él hay una sensación de todo nuestro destino por venir, y dentro de mi hay una sensación de todo lo que nos ha precedido; y nos pasamos estas cosas del uno al otro. Tiempos pasados, tiempos futuros, todo señalando hacia un punto. Que es siempre el presente.

Me ofrece valor. La simple muerte no es el fin de nada, dice. Es sólo una interrupción. Los hombres mueren, las mujeres mueren, los planetas mueren: pero algunas cosas continúan. Lo que importa es continuar: y hay muchas formas de continuar. Hemos enviado nuestras dieciséis naves a la Gran Oscuridad. Ésa es nuestra forma de continuar.

Y yo, como retorno, le doy esperanzas. Habéis conseguido lo que deseabais conseguir, le digo. Nos habéis permitido continuar; y nosotros hemos hecho el trabajo. Mira, estoy aquí para mostrarte que aún existimos en el otro extremo del tiempo. Todos somos parte de la gran kumpania, todos los roms, tu pueblo y el mío. Una sangre, un pueblo. Una gran kumpania. Te hemos continuado. Hemos vagado hasta muy lejos, como fue el decreto de los dioses para nosotros, pero no hemos perdido nuestro sentido de quiénes somos. Y –mira–, estoy aquí para jurarte que pronto nosotros los vagabundos regresaremos a casa, a este lugar que siempre ha sido nuestro. Yo soy tú, le digo. Y tú eres yo.

Yo soy tú, me dice.

Y tú eres yo.

Me suelta. Cuando retrocedo, llevo en mi interior la plenitud de esta gran civilización rom de la Estrella Romani: su grandeza, su tragedia, su sabiduría, su poesía. Su grandeza es su tragedia; su sabiduría es su poesía. Esa gente está aguardando morir. Sé ahora en qué momento he llegado. Los presagios han sido dichos, la lotería se ha efectuado, las dieciséis naves han sido construidas y han partido ya hacia la Gran Oscuridad. Ésos son los que han quedado atrás. Morirán. Todo el mundo muere, y para cada uno de ellos es el fin del mundo; pero para esos millones de aquí la muerte de uno significará la muerte de todos. Han hecho las paces con la muerte. Han hecho las paces con el fin del mundo.

Y en su final está su principio. Porque yo soy el emisario de los mundos por venir, testigo de su continuidad a lo largo de los pasillos del tiempo. He acudido a decirles que el círculo se cerrará, que el exilio terminará pronto, y que yo soy el que traerá a nuestro pueblo de vuelta a casa.

Me descubro de nuevo fuera de aquel gran edificio de cañas entrelazadas, aquel palacio del último rey de la Estrella Romani. Miro al rojo sol que casi llena el cielo, hasta que mis ojos empiezan a pulsar y a doler.

¡Ah, tú, rojo sol, tú eres la Estrella Romani, y yo te estoy mirando directamente! Tiemblo. O Tchalai, la Estrella de Maravilla. O Netchaphoro, la Corona Luminosa, la Mensajera de Luz, el Halo de Dios. ¡Aquí estás, colgando en los cielos ante mí! Estrella de maravilla, estrella de la noche. Y estrella del día también. Estrella de los Gitanos, hacia la que hemos dirigido nuestros anhelos a lo largo de todos nuestros días. Aquí estás.

Tiemblo, y la estrella roja tiembla conmigo.

Tengo la impresión de que su color se ha oscurecido y de que en su superficie se agitan manchas y torbellinos. Éste es el último día. El aire se hace más cálido. Sí, sí, la estrella roja es más cálida ahora. Dilatándose. Hirviendo. ¡O Tchalai! ¡O Netchaphoro! ¡Éste es el momento, sí, el momento de la dilatación del sol, el momento de la Estrella Romani! Los roms han salido a miles de sus casas, a millones, y permanecen de pie a mi lado en las calles, uniendo sus brazos, mirando. Esperando. Alguien empieza a cantar. Alguien más recoge la canción. Y luego otro, y otro. El lenguaje en el que cantan es desconocido para mí, aunque debe ser algún abuelo del romani que yo hablo. No conozco la letra de la canción, ni la melodía. Todos están cantando ahora, y me uno a ellos. Echo la cabeza hacia atrás, abro la boca, y mi corazón lanza la canción; y canto, fuerte y claro. Puedo oír mi propia voz encima de todas las demás por un momento, y luego se funde con ellas en una perfecta armonía, mientras el sol rojo crece y crece y crece aún más en el cielo.

Entonces una dislocante, retorcida, dolorosa sensación de ser brutalmente arrancado...

De movimiento a través del tiempo, a través del espacio...

El olor a quemado perduraba en mis fosas nasales cuando abrí los ojos. Como si estuviera respirando cenizas; como si el propio aire estuviera chamuscado. Me sentía perdido. ¿Dónde estaba el rojo resplandor de la Estrella Romani? Se había ido, ido. El sonido del canto en aquel último día resonaba aún en mis oídos; ¿pero dónde estaban los cantantes? ¿Dónde estaba yo? ¿Por qué no se me había permitido permanecer con ellos durante su último momento?

Quizá lo había hecho, y había muerto con ellos, y había ido al infierno. ¿Era eso? ¿Estaba ahora en el infierno? Había viajado hasta tan lejos, a tantos lugares; ¿por qué no el infierno también?

Estaba tendido, quizás en una cama; había gente a mi alrededor; sus rostros eran indistintos, indistinguibles. Sus voces eran vagos murmullos. Los ojos me estaban traicionando. Los oídos. Todo era impreciso. La Estrella Romani había desaparecido. Ésa era la única realidad. La Estrella Romani había desaparecido. Y aquel olor a quemado..., aquel horrible sabor a cenizas que me invadía a cada nueva inspiración...

—¿Yakoub?

Una voz suave, muy lejana. Conocía aquella voz. Polarca, mi pequeño tratante de caballos lowara.

—Yakoub, ¿estás despierto?

Entonces, no era el infierno. A menos que Polarca estuviera en el infierno conmigo.

Conseguí fruncir el ceño y echarme a reír.

—¡Claro que estoy despierto, idiota! ¿No puedes ver que tengo los ojos abiertos?

Estaba inclinado sobre mí, muy cerca, casi tocándonos nariz contra nariz. Verle me ayudó a enfocar a los otros, aquellas formas indistintas a sus espaldas. Damiano, mi primo. Thivt. Chorian. Y otros, más alejados, no tan fáciles de distinguir. ¿Bibi Savina? Sí. ¿Era aquélla Syluise? ¡Sí! Biznaga, Jacinto, Ammagante. ¿Estaba *todo el mundo* allí? Sí, eso parecía. Incluso Julien, el traidor; incluso él, al lado de mi cama. Bien. Podía perdonarle. Era mi amigo; que se quedara allí. ¿Y quién era ése? ¿Valerian? ¿No el espectro de Valerian, sino el auténtico Valerian? ¿Cómo era eso posible? Ya nadie veía al auténtico Valerian. ¿Estaba soñando que se encontraba aquí?

He estado en el amanecer del tiempo. He visto la Estrella Romani. Y

ahora he vuelto.

—¿Qué es todo esto? —gruñí—. ¿Por qué estáis todos a mi alrededor? ¿Qué ocurre?

—Llevas semanas durmiendo —dijo Damiano.

—¿Semanas? —Me senté, o intenté hacerlo, y me descubrí enfurecedoramente débil. Mis brazos y mis codos se negaban a obedecerme. Eran como tiras de spaghetti. ¡Malditos fueran! Me alcé de todos modos.

—¿Qué mundo es éste?

—La Capital —dijo Polarca.

Agité la cabeza, dejando que las cosas fueran penetrando en ella.

—He dormido durante semanas, y esto es la Capital. Ah. Ah. ¿Cómo pueden haber sido semanas? Estuve espectrando..., sólo uno o dos minutos, el espectrar nunca toma mucho tiempo...

Miré a mi alrededor. Había equipo médico por todas partes.

—¿He estado enfermo?

—Un largo sueño —dijo Polarca—. Como un coma. Sabíamos que estabas ahí. Podíamos ver moverse tus ojos. A veces gritabas cosas en extrañas lenguas. En una ocasión cantaste, pero nadie pudo entender nada de las palabras.

—Estuve espectrando. A muchos lugares.

Syluise avanzó y tomó mi mano. Parecía tan hermosa como siempre, pero más vieja, más melancólica, con el brillo y el resplandor desaparecidos de su belleza.

—¡Yakoub, Yakoub! ¡Estábamos todos tan preocupados! ¿Dónde fuiste? Me encogí de hombros.

—Atlantis. Mentiroso. Xamur. Todo tipo de lugares. Eso no importa. —*He visto la Estrella Romani*—. ¿Por qué huele de este modo aquí? ¿O lo estoy imaginando? Todo huele a quemado.

—Todo está quemado —dijo Chorian.

—¿Todo?

—Los daños han sido grandes —dijo Polarca—. Los lunáticos gaje han reducido su Capital a escombros en su lunática guerra. Pero ahora ya ha terminado. Todo está tranquilo. Deberías ver el aspecto que tiene todo ahí fuera, Yakoub.

—Déjame ver.

—Dentro de un momento. Cuando hayas recuperado las fuerzas suficientes como para levantarte.

—Estoy lo bastante fuerte como para levantarme.

—Yakoub...

—Ahora —dije.

Intercambiaran turbadas miradas. Como si trataran de imaginar alguna forma de impedírmelo. ¿Que no estaba lo bastante fuerte? Al infierno con ellos. Bajé mis piernas de la cama y apoyé algo de mi peso sobre ellas. La primera presión contra el suelo fue pura agonía; pensé que mis pies se consumían en llamas, que mis tobillos estallaban. No dejé que se dieran cuenta de ello. Seguí empujando hacia delante, hacia delante, haciendo palanca sobre mi cuerpo para ponerme en pie. Me tambaleé un poco, cambié mi peso de uno a otro pie. Ahora eran mis rodillas las que gritaban. Las caderas, la pelvis. No me había puesto en pie desde hacía semanas. Tendido allí en coma, soñando que estaba en Atlantis, soñando que estaba en la Estrella Romani.

No. No soñando. Espectrando. Real y literalmente allí.

He visto la Estrella Romani.

Caminé hacia la ventana, y accioné el mando a visión total.

—Dios mío —dije, abrumado—. ¡Dios mío!

Fuera todo no era más que un inmenso campo de escombros que se extendía hasta tan lejos como podía ver: monumentos rotos, pavimentos hundidos, edificios caídos, paredes carbonizadas. Era una visión irreal, un decorado de devastación. Aquí y allá, un edificio se alzaba intacto en medio del paisaje de pesadilla. Incongruente, inexplicable. Parecía un error que algo pudiera seguir manteniéndose en pie y de una sola pieza en medio de aquel mundo. Los edificios no dañados estaban fuera de lugar en aquella arquitectura de destrucción. No había visto nada tan aterrador en toda mi vida.

Me aparté de aquella visión, aterido, estremecido.

—¿Qué han hecho aquí? —pregunté.

—Fue una guerra de todo el mundo contra todo el mundo —dijo Polarca—. Al principio tres ejércitos distintos. Periandros, Sunteil, Naria. Y luego hizo su aparición un segundo doble de Periandros y le declaró la guerra al primero. Y después de eso fueron las fuerzas de Noria las que se dividieron en varias facciones; y luego apareció un nuevo ejército que no parecía pertenecer a nadie. Después de eso, ya nadie podía sacarle sentido a nada. La lucha estaba en todas partes y todo era destruido. Sobrevivimos porque no se atrevieron a apuntar directamente al palacio del baro rom, y nosotros teníamos nuestros estandartes bien alzados, y estaba tu lanza de luz. Pero aun así recibimos algunos impactos bastante malos. Toda un ala del edificio fue destruida. Creímos que íbamos a morir. Pero no había forma alguna de abandonar la Capital. El astro-puerto está cerrado. Ninguna nave

parte hacia ningún destino.

—Gaje —murmuró—. ¿Qué puedes esperar de ellos?

—De alguna forma, mientras ocurría todo esto, tú dormiste. Creímos que nunca ibas a despertar.

—¿La lucha ha terminado ahora?

—Totalmente —dijo Polarca—. Ya no queda nadie para luchar.

—¿Y quién acabó como emperador, cuando terminó la lucha?

Hubo silencio en la habitación. Parecían sorprendidos y desconcertados, todos ellos. Polarca, Damiano, Chorian, Valerian y todos los demás, silenciosos, desconcertados.

—¿Y bien? —dijo—. ¿Es una pregunta tan difícil? ¿Quién es el emperador ahora? Decídmelo. ¿Todavía es Naria?

—Nadie —dijo Damiano.

—¿Nadie?

—No hay emperador.

Aquello no tenía sentido. ¿No había emperador? ¿No había emperador? Dije.

—¿Cómo es posible que no haya emperador? ¡Tiene que haberlo!

—Los dobles de Periandros —dijo Damiano— fueron destruidos por las propias tropas de Periandros. Hubo una confrontación en el cuartel general de Periandros, dos de sus dobles frente a frente. Todo el mundo pudo ver entonces que no existía Periandros, que eran meros dobles. Así que los destruyeron a los dos, y luego persiguieron al tercero y acabaron con él también.

Asentí lentamente.

—¿Y Naria? ¿Qué pasó con él? Tras ese anillo de defensas. Sus pantallas deflectoras, sus tanques, sus robots. Su cubo de cristal.

—Muerto —dijo Polarca—. Una bomba de plasma, un impacto directo sobre el palacio imperial. Treinta segundos de mil grados de calor. El palacio apenas resultó dañado, pero todo el mundo que estaba dentro murió instantáneamente. Naria fue cocido en su propio cubo de cristal.

—Eso deja a Sunteil.

—Acudió a tomar posesión del palacio después de la muerte de Naria —dijo Chorian—. Naria había puesto una trampa mortal en la plataforma del trono. Tres láseres rebanaron a Sunteil a rodajas en el momento en que ocupó el trono imperial. Un scanner oculto, codificado para Sunteil y sólo para Sunteil, y que no responderla a las especificaciones semánticas de ninguna otra persona. —Apartó la vista—. Yo estaba allí cuando ocurrió —dijo suavemente.

—¿Muertos? —murmuré, sin creerlo—. ¿Los tres grandes lores? ¿Todos tres muertos? ¿No hay ningún emperador?

—No hay ningún emperador —confirmó Polarca.

—¿Qué van a hacer entonces? ¡Tiene que haber un emperador!

—Vuelve a la cama, Yakoub.

—Ningún emperador...

—Ése no es nuestro problema. Vuelve a la cama, Acuéstate. Descansa —dijo Polarca.

Le miré con ojos llameantes.

—¿A quién crees que le estás dando órdenes?

Syluise cogió mi mano.

—Por favor, Yakoub. Has estado seriamente enfermo. Apenas hace un momento que has recuperado el conocimiento. No debes fatigarte ahora. Por favor. Sólo descansa un poco más.

—Estuve espectrando —murmuré—. No estuve enfermo.

—Por favor, Yakoub.

—¿Sabes dónde estuve? ¿Sabes lo que vi?

—Hazlo por mí —murmuró ella—. Échate de nuevo. Así no estaré preocupada. No podemos permitirnos el perderte ahora. Sin emperador, sin rey...

Miré a mi alrededor. Sentía furiosos deseos de gritar, de estallar. ¿Era yo tan frágil? ¿Era tan decrepito? ¡Míralos a todos ellos! ¡Observándote con la boca abierta! Todos eran como pálidos fantasmas para mí. Irreales. Todo aquel lugar parecía irreal. La Estrella Romani seguía brillando en mi mente. Aquel palacio de cañas, aquella larga hilera de tranquilos ciudadanos, aquel rey en su enorme y solemne dignidad..., aquel gran sol rojo, dilatándose, dilatándose, haciéndose más y más y más grande...

—*Mon ami*, te lo suplico —era Julien—. Mañana estarás bien. Pero no debes esforzarte así, no debes exigirte más de lo que eres capaz de afrontar. Te lo suplico.

—Tú —dije.

Su rostro enrojeció.

—Haya servido a quien haya servido en el pasado, Yakoub, ahora no tiene ninguna importancia. Ahora sólo te sirvo a ti. Y te lo suplico, Yakoub. Descansa. El miserable pretendiente se lo suplica al auténtico rey. Necesitas tus fuerzas para mañana.

—¿Mañana? ¿Qué ha de ocurrir mañana?

Miró hacia los demás. Vi que Damiano asentía con la cabeza, y Polarca también.

—La audiencia de mañana —dijo Julien—. Los pares del Imperio, los nuevos, los que han sobrevivido al holocausto. Durante días han estado merodeando el palacio, suplicando hablar contigo en el momento en que recuperaras la conciencia. Se trata de un asunto de la máxima urgencia, dijeron. Tú eres el rey, y no hay emperador: necesitan verte. Necesitan tu ayuda. Están completamente desconcertados.

Les miré fijamente.

—¿Los pares del imperio? ¿La máxima urgencia? ¿Totalmente desconcertados?

—Puede que mañana sea demasiada pronto —dijo Damiano. Siempre cauteloso—. No deseamos abrumarte. Han aguardado todo este tiempo; dejemos que aguarden otro par de...

—No —dije—. Mañana puede que sea demasiado tarde. Necesitan mi ayuda. ¿Cómo puedo ignorar eso? ¡Que vengan aquí esta misma noche. hombre!

—*Mon vieux, mon ami!* —exclamó Julien—. ¡No hoy! ¡No tan pronto! Apenas acabas de despertarte. Aguardemos.

—Envía a por ellos.

Polarca alzó las manos, desesperado. Damiano, con el rostro contraído, furioso, apretó los puños. Syluise se me acercó más. suplicante. Vi el rostro preocupado de Chorian, e incluso un muchacho de pie al lado de Chorian, alguien en quien no había reparado antes y del que no sabía absolutamente nada, estaba agitando la cabeza como si dijera: No, no, Yakoub, no tan pronto no hasta que te sientas más fuerte.

Estaba decidido. Ya había habido suficiente anarquía; si yo era un rey, y era un rey, entonces debía reasumir mis tareas. De inmediato. De inmediato.

—¡Enviad a por ellos! —troné.

Pero fue el último trueno que emití aquel día. Al tiempo que las palabras escapaban de mi garganta, la fuerza de mi propio grito cae venció. Vacilé y sentí un maree, y me derrumbé contra el lado de la cama. Creo que por un momento mi alma intentó liberarse de mi cuerpo. La obligué a regresar. Preguntándome si aquél no sería el último momento de Yakoub, de una forma estúpida, prematura, justo cuando quedaba aún tanto por completar. ¡No! ¡No! ¡Por las sagradas heces de todos los santos y demonios, todavía no, todavía no, todavía no!

Un mal momento. Un estúpido momento.

—Tranquilo —murmuró Valerian, ayudándome a reposar mi cabeza contra una almohada—. Te pondrás bien en un instante. ¡Tranquilo, Yakoub!

¡Dadme algo de beber, aprisa! ¡No, no agua, idiota! Eso, sí. Toma. Aquí está. Bebe un poco de esto, Yakoub. Así. Un poco más. Es el más fino de los coñacs de Julien, ¿sabes? Da otro sorbo.

Sentí que la vida volvía a mí, mientras el intenso y ardiente coñac se abría camino, cauterizando, por mi garganta. Pero aun así me tomó un momento embarazosamente largo recuperarme un poco: treinta segundos, quizá un minuto. Luego sonreí. Parpadeé. Eructé. Hice el buen signo rom que dice: Todavía no estoy muerto, primos, ¡todavía no! Pero sabía que los pares del Imperio, fueran quienes fuesen y desearan lo que desearan de mí, tendrían que esperar. Iba a tener que refrenar mi rugiente impaciencia. Hoy me sentía un tanto frágil. Necesitaba un poco más de descanso. Habían sido unos momentos duros para mí, y ya no soy joven, supongo. Sí, ésa es la verdad: de hecho, ya no soy joven.

No al día siguiente, ni al otro. Quizá me había tomado cerca de doscientos años, pero después de todo había aprendido un poco de paciencia. Aguardé hasta que me sentí de nuevo un poco fuerte. Entonces envié a llamarlos. Y vinieron.

Estaba en la sala de audiencias del palacio que los gaje me habían proporcionado tan amablemente, hacía todos aquellos cientos de años, para ser utilizado por el baro rom cuando residía en la Capital. Pero creo que nunca habían esperado ver aquella sala de audiencias dedicada a algo así. No, ni en un millón de años podían haber anticipado un día como aquél.

Fue una ceremonia muy formal. Me vestí con mis más espléndidas ropas, y me subí a mi trono, y me senté entre todos los objetos ceremoniales de mi poder: el lustroso pergamino de mi cargo; mi cetro de plata que lleva los cinco símbolos santos del hacha, el sol, la luna, la estrella, la cruz; mi estatuilla de la Virgen Negra Sara; mi rueda de las maravillas; mi vara del misterio. Un enorme y primitivo despliegue. Aquí se sienta el rey gitano en toda su majestad, sí. ¡Viva el rey!

—Hacedlos entrar —dije,

Una figura demoníaca en la puerta, extrañamente enmascarada. Pajiza barba roja, protuberantes ojos verdes, blancos cuernos. Capa de brillantes franjas, una docena de colores. Se detiene, hace un gesto de respeto, se inclina rígidamente desde las caderas. Toma posición a mi izquierda, cerca de la ventana.

Otra. Una mujer esbelta, sinuosa. Máscara dorada, unas rendijas por ojos. Firme mentón visible por debajo, pintado con líneas alternas azules. Una túnica que reluce como fuego frío. El mismo gesto. Se detiene junto al primero.

¿Qué es esta mascarada? ¿Quiénes son todos estos demonios y brujas?

Un tercero. Salvajes púas en el collar; gigantesca cornamenta negra alzándose muy por encima de una cabeza en forma de domo. Hace una reverencia. Ocupa su lugar. La habitación está completamente silenciosa. Los ojos de Polarca brillan como faros. Damiano mira fijamente, los labios apretados, convertidos en una línea. Valerian espectra nerviosamente dentro y fuera de la escena, veo las energías parpadear a su alrededor.

El cuarto par del Imperio. Cabeza de cocodrilo, cortas y recias piernas velludas como las de un animal. Una horca en la mano.

El quinto. Alas de murciélago, colmillos, una antorcha humeando en su negra mano de largas garras.

Monstruos y demonios. ¿Son éstos los pares del Imperio?

Una mujer pez, escamas y pechos. Un hombre chivo, bufando y pavoneándose. Uno con un gran pico de pájaro y brillante plumaje que resplandece con luz propia.

Una cabeza de león. Una cabeza de sapo.

Nueve monstruos de pesadilla alineados en semicírculo delante de mí. ¡Qué inmóviles están! ¿Y ahora qué? ¿Saltarán sobre mí, me devorarán vivo mientras me siento en mi trono?

Una señal. Cabeza de alce se adelanta unos pasos. Se arrodilla. Toca mi pie.

—Majestad —dice.

¿Qué? ¿Qué? La voz, retumbando desde las profundidades de la pesada máscara, es profunda, ronca.

—Majestad —dice cabeza de león, avanzando también unos pasos.

—Majestad —dice la mujer pez.

Uno a uno. Es como un sueño. Es como un momento fantasmal fuera del espacio y del tiempo. El universo ha terminado; los espíritus flotan libres por todas partes.

—Majestad. —Y—: Majestad. —Y—: Majestad.

Ahora rebuscan algo en sus ropajes, y extraen pequeños objetos, y los depositan delante de mí: una esfera, una varilla, una cadena de bolas doradas entrecruzadas. ¿No es una mascarada, pues, sino un sueño? ¿Qué se supone que debo hacer, resolver el rompecabezas de esos juguetes? ¿Debo ponerme yo también una máscara?

¿Por qué me llaman *Majestad*? Ése no es un título para mí. El rom baro está más allá de ese tipo de pompa. Mi pueblo me llama Yakoub. Esos lores podrían hacer lo mismo.

Cabeza de cocodrilo extrae de las profundidades de sus ropas algo que parece como un espadín metido en una funda. Polarca se tensa y se prepara para saltar hacia delante. Le indico que se mantenga en su sitio con un pequeño movimiento de mi dedo. Cabeza de cocodrilo coloca el espadín delante de mí: espléndido terciopelo púrpura, intenso, lustroso. Coloca una velluda mano sobre la empuñadura del arma que hay dentro y empieza a sacarla lentamente. No es un arma.

Sé lo que es. Lo he visto antes, muchas veces, en mis visitas a la Capital. Es el cetro del cargo que el emperador lleva consigo cuando ocupa la plataforma del trono en la parte superior de la escalinata cristalina.

¿Qué significa eso? ¿Qué significa?

—¿Aceptaréis esto, Majestad? —pregunta cabeza de cocodrilo.

—Ese cetro no me pertenece.

—Será vuestro en el momento que toque vuestra mano —dice. Yo había creído que después de ver la Estrella Romani me hallaría más allá de toda maravilla; pero ahora me siento maravillado hasta mis raíces. ¿Qué están haciendo esos locos gaje, vestidos con aquellos disfraces de pesadilla y arrastrándose a mis pies? ¿Qué extraño rito es éste, que ningún rom ha visto nunca o del que nunca ha oído hablar siquiera, esta procesión de fantasmas, esta presentación del cetro?

¿Me están nombrando emperador? ¿A mí?

—Os habéis vuelto locos —digo.

—Majestad... —dice cabeza de cocodrilo.

—Majestad... —cabeza de alce.

—Os lo suplicamos, Majestad... —ahora es cabeza de sapo, arrastrándose a mis pies.

—¡Arriba, todos! —Les miro, alucinado—. ¡De pie! ¡Quitaos estas horribles máscaras!

—Majestad...

—¡Todas ellas fuera! ¡Desenmascaraos! ¡De inmediato! —Agarro su cetro gaje y lo agito a mi alrededor—. ¡No quiero pesadillas aquí! ¡Libraos de esas máscaras!

Se miran los unos a los otros, haciendo pequeños gestos de asombro con sus garras y patas y aletas. Consternación. Incertidumbre. Luego cabeza de león alza su máscara, y el rostro de un hombre de Vietoris, desconocido para mí, aparece. Cabeza de sapo revela un rostro de Copperfield, tostado, curtido por el viento. Cabeza de alce tiene la piel clara y el pelo rubio de un hombre de Ragnarok. Nueve mundos del Imperio han proporcionado aquellos nueve pares. Sin sus máscaras, parecen absurdos en sus trajes, atrapados a medio disfrazarse, infantiles, estúpidos, embarazados.

—¿Qué es esto? —pregunto, blandiendo el cetro—. ¿Por qué habéis venido aquí con estos disfraces? ¿Qué es lo que intentáis hacer?

—Es la tradición —susurra uno—. Sólo un poco de escenografía, Majestad. Para dar un toque de espectacularidad al antiguo rito secreto...

—¿Qué rito?

—El nombramiento del emperador, Majestad.

Sí, yo tenía razón. Pura locura.

—¿Habéis perdido todos la cabeza? ¡Yo soy rom! ¿Qué pretendéis, acudiendo a un rom de esta forma?

—El trono está vacío. Los tres grandes lores han muerto. Las naves permanecen en los astro-puertos. Los mundos se sienten impotentes —dice el hombre de Ragnarok.

—Ha llegado el momento de unir todos los pueblos —dice el de Copperfield—. Vos sois el indicado. No hay nadie más. Ésta fue la voluntad del Decimoquinto, sellada en el momento de su muerte, revelada a nosotros ahora, tras la destrucción de la Capital. Él os eligió a vos. Esta terrible guerra fue la consecuencia de ignorar esa elección. Ahorradnos más dolor. Estamos seguros de que no rechazaréis la voluntad del Decimoquinto.

La voluntad del Decimoquinto...

—¡Majestad! —exclaman de nuevo. Miro al otro lado de la habitación. Polarca está riendo o llorando, no estoy seguro. Damiano está de rodillas, temblando y rezando. Chorian parece como si hubiera sido golpeado por la espalda por una estrella errante. Sólo Julien de Gramont permanece totalmente tranquilo: parece transfigurado, extático, como si la propia Francia acabara de renacer delante de sus ojos.

—¡Majestad! ¡Majestad!

Contemplo el cetro en mi mano. ¿La voluntad del Decimoquinto? ¡Jesu Cretchuno Sunto Mario! ¿El emperador Yakoub? ¿El mismo hombre, rey y emperador? ¿Qué piensan que soy, gaje además de rom?

Pero maldita sea, ¿por qué no?

El primer emperador rom. Y el último. Acepta el trono, proclama la armonía de los pueblos, reconstruye la red que une los mundos. Envía de nuevo las astronaves a sus destinos. Y luego, luego, el renacimiento de la Estrella Romani bajo mis auspicios. El regreso, el reasentamiento. Porque ésta tiene que ser la llamada que todos hemos estado aguardando: cuando los gaje se vuelvan a un rom y le pidan: Reúnenos de nuevo. Así que nos reuniremos de nuevo. Y luego emprendaremos el camino a casa.

—¿Aceptaréis? —preguntan los lores gaje, sorprendidos ellos mismos por lo que está ocurriendo—. ¿Acataréis la voluntad del Decimoquinto? El trono del Imperio os está aguardando, Majestad. Decid la palabra, y proclamaremos: ¡El Decimosexto ha sido elegido al fin!

—No —digo, y hay un terrible y asombrado silencio.

—¿No? —murmuran—. ¿No?

Una sonrisa.

—No, no el Decimosexto. Creo que es un número de mala suerte. Dejemos que *ellos* hayan sido el Decimosexto, los tres. El Decimosexto y el Decimoséptimo y el Decimooctavo. Aceptamos vuestro homenaje, y nos proclamamos vuestro gobernante desde este mismo momento como el Decimonono de la línea, y que así sea.

—¡Larga vida para el Decimonono emperador! —exclaman los pares del Imperio.

—¡Larga vida para el Decimonono! —De Chorian, resonante, jubiloso—. ¡Larga vida para el Decimonono! —De Julien, de Polarca, de Valerian. Y luego de todos a la vez.

—Nos sentimos enormemente complacidos —digo, agitando benevolente el cetro de uno a otro lado de la habitación.

El *nos* real. Suena de una forma tan maravillosamente estúpida. Me encanta.

Una vez vestido y ungido y conducido a través de los campos de escombros de la Capital hasta el palacio imperial, que aún permanecía intacto pese a toda la carnicería que se había producido a su alrededor, ya casi era de noche. En el horizonte, los estandartes celestes del nuevo emperador brillaban en todas direcciones.

Subí una vez más la escalinata cristalina, resoplando, tengo que confesarlo, durante todo el camino. Ningún emperador aguardaba arriba para ofrecerme la copa de vino dulce. Ningún altavoz atronó mi nombre mientras ascendía.

Los pares del Imperio se apiñaron a mis pies mientras el Decimonono emperador abría la primera sesión de procedimiento de su reinado.

Nombré a Polarca y a Julien de Gramont mis primeros dos grandes lores. Polarca, por supuesto. Y Julien de Gramont porque una gran mayoría de los grandes lores tendrían que ser gaje, y él era mi gaje. El otro debería elegirlo de entre aquel grupo de enmascaradas monstruosidades, tan pronto como tuviera tiempo de saber algo de ellos.

Cuando hube terminado con eso, dicté algunos decretos relativos a la reconstrucción de la Capital -la reconstruiríamos de una forma menos grandiosa y chillona, pero por el momento no había ninguna necesidad de decir nada explícito al respecto- y la reorganización de la guardia imperial tras la estela de la guerra civil. Luego, en mi capacidad de baro rom, indiqué a Polarca que enviara aviso a los pilotos estelares roms en todos los rincones de la galaxia de que las astronaves debían ponerse de nuevo en marcha inmediatamente. ¿De qué otro modo podrían las alegres poblaciones del Imperio enviar a sus delegados a la Capital para celebrar la coronación del glorioso Decimonono?

—Bien —dije finalmente—. Ya basta por el momento. Vosotros dos, ayudadme a bajar estas condenadas escaleras.

Polarca parpadeó.

—¿He oído que estás pidiendo ayuda?

—Los escalones de cristal son condenadamente resbaladizos, Polarca. ¿Quieres que el Decimonono se caiga y se parta el culo frente a todos sus adoradores pares? Vamos. Toma mi brazo. Y tú, Julien, camina delante de mí. Si el Decimonono resbala, al menos su caída será detenida por el Rey de Francia.

Por supuesto, no estaba preocupado en absoluto por la posibilidad de resbalar. Pero pensé que les tranquilizaría saber que al menos estaba empezando a tomar algunas precauciones sensatas en deferencia a mi edad.

A veces tienes que complacer a la gente, o te volverán loco con su exceso de solicitud.

—¿Quién lo hubiera imaginado? —murmuró Polarca, por algo así como la diezmilésima vez aquel día—. El Decimonono emperador desciende de su plataforma del trono, ¿y quién es? ¿Quién es? ¿Te crees que eres el emperador, Yakoub? ¿Has pensado alguna vez que algo así podía llegar a ser posible, que los gaje acudieran al baro rom, que se tendieran a sus pies con sus máscaras y disfraces, que le tendieran el cetro de emperador y que le dijeran...?

—Lo supe desde siempre —dijo con grandilocuencia—. Lo vi en las líneas de la palma de mi mano.

—¡Y yo un gran lord del Imperio! —exclamó Polarca.

—Y tú *también* lo viste desde un principio, ¿no? Confiésalo, Polarca: ¿no lo viste desde un principio?

Chorian aguardaba abajo. Llevaba a aquel muchacho con él, el que estaba en mi dormitorio cuando desperté. Me pregunté quién sería. ¿Algún hermano menor de Chorian, quizá? No, no se parecían en nada. Era bajo, de amplio pecho, piel clara; no parecía rom.

—¿Majestad? —dijo Chorian.

—Para ti soy Yakoub —dije.

—Pero..., pero...

—Yakoub.

Asintió.

—Hay aquí alguien que me gustaría que conocierais.

Mire al muchacho.

—¿Un amigo tuyo? ¿Un familiar?

—También se llama Yakoub.

—No es un nombre tan rom como eso.

—Es el hijo de vuestro hijo Shandor —dijo Chorian.

—¿Qué?

—¡Majestad! —dijo el muchacho, y creí que iba a echarse a llorar. Pensé que yo también iba a hacerlo. Se dejó caer de rodillas delante de mí, y empezó a besarme el dobladillo de mis reales ropas de una forma realmente desagradable. Tuve que tirarle del pelo para que volviera a ponerse en pie y se apartara un poco.

—No hagas eso —dije—. Deja que te eche una mirada, muchacho.

No había mucho rom en él, no. Excepto en los ojos. Eran los ojos de Shandor, brillantes y feroces. Mis ojos. Sentí que un pequeño estremecimiento recorría mi espina dorsal.

Lo acerqué a mí y lo abracé, y lo besé a la manera rom.

Chorian dijo:

—Fue hallado en Galgala, en el campamento de Shandor. Lo embarcaron hacia aquí justo antes de que las astronaves dejaran de viajar, pero no hubo tiempo de traerlo ante vos hasta ahora.

—Yakoub —dije, saboreando el nombre. No es un nombre tan rom, ¿saben? Procede de la antigua herencia, sí. Pero somos tan pocos hoy en día. Estaba sonriendo y llorando a la vez. Le habían puesto mi nombre. ¿Qué me decía esto de Shandor?, me pregunté. Era un muchacho apuesto, a su manera. ¿Quince años, quizá? Tal vez menos. El hijo de Shandor y de aquella mujer gaje suya. Un poshrat, un mestizo. Bien, no importaba. Yo mismo estaba empezando a sentirme medio gaje, ahora que era su emperador. Ya era tiempo de echar a un lado algunos de los viejos prejuicios. Este muchacho unía en sí ambas razas. Bien. Con mi propio nombre en él. Bien. Me pregunté cuánto de Shandor había en él. La energía y la astucia de Shandor quizá, pero nada de la vileza de Shandor, ¿eh? Cabía esperarlo. Sonreí—. Ven conmigo, Yakoub. Y vosotros, Polarca, Julien. Chorian. Necesito un poco de aire fresco.

Salimos bajo las estrellas. Aquel olor a quemado estaba empezando ya a desaparecer: hacía días que había terminado la lucha, y la mayor parte de los incendios habían sido apagados. El cielo brillaba con luz propia.

Alcé la vista, buscando la Estrella Romani.

—¿Podéis verla? —pregunté—. Debería estar aquí, en alguna parte al norte, ¿no? —Entrecerré los ojos, mirando. Frunciendo el ceño. Mientras miraba, dije muy suavemente—: Fui allí, ¿sabéis? Mientras estaba espectrando. Recorrí todo el camino hacia atrás en el tiempo, y uní mis manos con las de su rey. El último rey de la Estrella Romani, ¡y qué gran hombre era! —Todos me miraban—. ¿No me creéis? Bien, no importa. No importa. Estuve allí. Dije que no moriría hasta haber visto la Estrella Romani, y he mantenido mi promesa. —Era extraño que no pudiera descubrirla ahí arriba, sin embargo, después de haberla visto durante casi cada noche a lo largo de toda mi vida. Aquella enorme cosa roja y llameante. ¿Dónde estaba? ¿Quizá volvía a tener problemas con mis ojos?—. ¿La veis? —pregunté—. ¿Polarca? ¿Chorian?

Parecía que tampoco la veían. Permanecimos de pie allí en la oscuridad, mirando, los ojos entrecerrados, el ceño fruncido. Podía oír la canción de Mulesko Chiriklo, intensa y extraña en medio de la noche.

—Estuve ahí el último día —les dije—. Cuando empezó la dilatación del sol. Y le dije al rey que volveríamos, que yo conduciría el regreso. Eso le

prometí. Como me lo he prometido a mí mismo durante toda mi vida. Como os lo he prometido a vosotros.

—¿Puede que estemos mirando hacia un lugar equivocado, Yakoub? —dijo Polarca.

—Normalmente está... directamente... allí —dije—. ¡Oh, sagrados santos y demonios!

—¿Qué es lo que ves?

—Allí —dije—. Ahora la veo. Pero ya no es roja. Ésa es, esa brillante estrella de ahí. La azul, ¿no la veis? Esa es la Estrella Romani. Está cambiando. Dilatándose. La tercera dilatación del sol ha empezado, ¿no lo veis?

—No veo la que queréis decir —dijo Chorian.

—Ahí. Ahí. —Señalé, y él miró, y Polarca miró. Y mi nieto miró. No parecían ver. Intenté guiarles, describiendo el dibujo de las constelaciones a su alrededor. Ahora era inconfundible. La gran estrella azul brillando allá donde había estado la roja. La tercera dilatación estaba finalmente en marcha; y, después de eso, sería seguro para nosotros volver. Entonces podría enviar a mi gente en naves, centenares de naves, miles de naves. ¿Cuánto tiempo debería transcurrir aún, antes de que fuera seguro? ¿Diez años? ¿Cien? Bien, ya lo averiguaría. Preguntaría a los astrónomos imperiales mañana.

¿Y si ellos decían quinientos años? Bueno, no importaba. No importaba. Alguien se encargaría de conducir el regreso, supongo. ¿Chorian? Me gustaría que fuese Chorian. O este joven Yakoub, quizá. O tal vez su nieto. Eso también estaría bien. Yo había cumplido con mi promesa. Había vivido lo suficiente para ver la Estrella Romani con mis propios ojos. Y para abrir el camino que nos llevaría de vuelta a casa.

¿Y ahora? Hay mucho trabajo que hacer, para el rey, para el emperador. Grandes tareas aguardan, y las realizaré, porque soy el hombre adecuado para esas tareas. Lo supe desde un principio. Y ahora ustedes también lo saben, porque les he contado mi historia, que ahora ya ha terminado, aunque mi trabajo no. Lo que aún falta por venir, ya veremos. Ésta es mi historia, y se la he contado. ¡Chapite! Una palabra romani, que utilizan los narradores de historias cuando han llegado al final de su relato. ¡Chapitei! ¡Es cierto! ¡Todo es cierto!